



MARÍA MARTÍNEZ
PROFECÍA
Almas Oscuras II





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Ahora que Amelia ha muerto, William está decidido a dejar atrás el pasado y a empezar de nuevo al lado de Kate. Juntos viajarán a Inglaterra, el hogar del vampiro. Allí Kate conocerá un mundo oscuro y fascinante por el que se sentirá irremediabilmente atraída. Pero una serie de terribles acontecimientos hará que salgan a la luz secretos que nadie debería conocer.

William sabrá por qué es diferente, y que su destino ya está escrito sin que pueda hacer nada para cambiarlo. Un destino en el que Kate no tiene cabida; no si quiere mantenerla a salvo.



María Martínez

Profecía

Almas Oscuras - 2

Prólogo

—Leinae.

—¿Sí?

—¿Estás segura? ¿Estás segura de que es esto lo que quieres?

Leinae miró al hombre postrado ante ella y sonrió. Alzó la mano y le acarició el rostro con ternura, después se inclinó y depositó un beso en sus labios.

—Sí, es a ti a quien quiero —respondió.

—Pero ellos... nosotros...

—Shhhhhh —lo hizo callar. Enredó la mano en su cabellera color miel y lo atrajo hacia su regazo. Suspiró con la mirada perdida en algún punto del amplio salón, y comenzó a acariciarle la cabeza—. No te preocupes por ellos.

—Pronto lo sabrán —replicó él alzando el rostro para mirarla a los ojos—. Mi alma está condenada, pero no podría soportar que por mi culpa la tuya corriera la misma suerte.

—Mi alma no corre ningún peligro, solo el de romperse en mil pedazos si se separa de ti.

Él sonrió y con dedos temblorosos le rozó la mejilla. Se puso en pie muy despacio, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Iré a prepararlo todo —dijo él.

Leinae observó cómo la razón de su ser abandonaba el salón, cerró los ojos un instante, mientras se ponía en pie, y con determinación se giró.

—Hola, hermano —susurró.

De un rincón en penumbra surgió una figura, alta y esbelta, de piel traslúcida.

—He tenido que verlo con mis propios ojos para creerlo. En verdad tú y él... ¿Por qué?

—Aún no he conseguido transformar en palabras lo que mi corazón siente —respondió Leinae.

—¡Tu corazón no puede albergar ese tipo de sentimientos! —replicó su hermano, enfadado—. Vendrás conmigo y otro ocupará tu lugar. Aunque, después de esto, lo único que deseo es acabar con él y con toda su maldita progenie.

—Tú no tienes el poder para hacer eso, ni tienes motivos. No ha abandonado el camino en muchos siglos.

—Otro ocupará tu lugar, vamos —dijo él tendiéndole la mano.

—No, no iré contigo.

Él la miró aún más enfadado, dio un paso hacia ella con el brazo extendido.

—No iré contigo —repitió Leinae en tono severo—. Sé que no puedes entenderlo, que consideras que mi actitud es un desafío y una barbarie. Pero no es así, no busques nada sucio, hermano, solo encontrarás amor. Y ambos sabemos lo poderoso que puede llegar a ser ese sentimiento.

—No es ese tipo de amor el que nosotros debemos conocer —señaló él bajando el brazo—. Si te quedas, no podrás regresar.

—Lo sé.

—No tendrás nuestra protección.

—Lo sé —respondió Leinae con una sonrisa.

—No hay nada que pueda decir para convencerte, ¿verdad?

Leinae negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—No.

Él la observó con detenimiento, frunció el ceño y clavó la mirada en su vientre. Su expresión se tornó incrédula y poco a poco se fue transformando con una mueca de asco. Instintivamente, Leinae se abrazó el estómago.

—¡Desde este momento quedas expulsada, dejarás de usar tu nombre y olvidarás que algún día fuimos hermanos!

Leinae apartó la mirada de su rostro y sus ojos se llenaron de lágrimas. Apretó los párpados para evitar que se derramaran por sus mejillas. No se movió cuando lo sintió acercarse, ni cuando notó sus labios posarse sobre su frente con el más dulce de los besos.

—Tu secreto será mi secreto —susurró él sin despegar los labios de su piel—. Adiós.

Leinae observó a su hermano dirigirse al balcón y como desaparecía en la oscuridad de la noche sin mirar una sola vez atrás. Entonces las lágrimas rodaron por sus mejillas como una cascada. De repente se quedó inmóvil, posó una mano sobre su vientre y se limpió las lágrimas. Se había movido.

Kate llenó de aire sus pulmones y contuvo la respiración. Empezó a contar: uno, dos, tres, cuatro... Así hasta que los primeros síntomas de asfixia la obligaron a soltar todo el aire de golpe. Lo intentó de nuevo: uno, dos, tres... Esta vez no le estaba funcionando y la sensación de ahogo se negaba a abandonarla.

Se miró en el espejo. Primero de frente, después de lado, se giró hasta quedar de espaldas y observó por encima del hombro su imagen reflejada. Sopló exasperada y comenzó a desabrocharse la camisa, se quitó la falda y se vistió con los vaqueros que había llevado el día anterior. Rebuscó en la maleta que tenía abierta sobre la cama y escogió una camiseta blanca de tirantes.

Volvió a mirarse en el espejo y lo que vio le gustó, pero el cambio de ropa no consiguió aliviar la presión angustiada que le estrujaba el pecho. Contempló la maleta con una mueca de desagrado. Deseó con todas sus fuerzas que la familia de William no le diera demasiada importancia a la apariencia, porque su aspecto distaba mucho de parecerse al de una mujer sofisticada.

La imagen de William y Marie acudió a su mente, y el pánico afloró de nuevo en su interior. Los dos eran tan hermosos y elegantes, inmaculados y perfectos. Y estaba convencida de que el resto de los Crain serían así: sofisticados, ricos y... vampiros. Ni en mil años podría parecerse a ellos. Maldijo por lo bajo, aquella inseguridad la mataba.

Trató de distraerse haciendo un nuevo recuento de todo aquello que no debía olvidar. Abrió su bolso y enumeró: pañuelos, hidratante labial, libro, cartera, pasaporte, teléfono y cargador, cámara de fotos, las vitaminas que el doctor Anderson le había recetado.

«Ajo, crucifijos, agua bendita...», pensó. Empezó a reír con un estúpido ataque de nervios, necesitaba bromear con toda aquella locura. ¡Por Dios, tenía un novio vampiro muy guapo, tanto que cortaba la respiración, pero vampiro! Y sus nuevos y únicos amigos eran hombres lobo. De hecho, su mejor amiga iba a casarse con uno de ellos. Su vida había cambiado tanto y tan rápido en los últimos días, que le costaba creer que todo era real y que no había perdido la cabeza.

Miró la foto de William que tenía sobre la mesa, la que había tomado aquel día en la librería, y su estómago se llenó de mariposas. Cuando estaba con él se olvidaba de todo. Solo existían ellos dos y la pequeña burbuja en la que se

sumergían, su propio universo particular. Pero cuando se separaban, un vacío doloroso colmaba su interior, como el desasosiego que se siente al despertar de un sueño maravilloso y saber que solo era eso, un sueño.

Y así era como despertaba todas las mañanas, de golpe, con la respiración acelerada y el miedo a que los últimos días hubieran sido una simple fantasía. Entonces giraba la cabeza sobre la almohada y allí estaba, una preciosa rosa roja que le recordaba que él era real y que la amaba.

Se acercó a la cama y tomó la flor entre sus manos. Aspiró el dulce olor y enrojeció con un calor sofocante en las mejillas. Había encontrado una cada mañana, y saber que él se colaba en su habitación para dejarlas allí le provocaba taquicardia.

Unos golpecitos en la puerta la sobresaltaron, frunció el ceño rezando para que no fuera Alice dispuesta a darle otra charla. Ya había tenido suficiente con las de los últimos días. Desde que le había dicho que pensaba ir con William a Inglaterra para conocer a su familia, la había perseguido por toda la casa con sus consejos y advertencias maternas. Cuando sacó a relucir el tema del sexo, Kate pensó que no sería capaz de mantener la compostura.

Pero lo peor fue el interrogatorio al que había sometido a su flamante novio la tarde anterior. Aún sentía vergüenza al recordar cómo Alice le había preguntado por sus intenciones respecto a ella. William respondió algo que dejó a su abuela muda y con una sonrisa boba en el rostro, pero no conseguía recordar cuáles habían sido sus palabras. Se había distraído observando su rostro, la curva de sus labios al sonreír, la dulzura de sus ojos. Le resultaba imposible apartar los ojos de él.

—Kate, soy Bob. Vengo por si necesitas que te ayude a bajar el equipaje —dijo una voz al otro lado de la puerta.

Bob era el prometido de su hermana. Jane y él se habían presentado de improviso la noche anterior, y Kate sabía sin lugar a dudas el porqué. Jane tenía algo más que reservas respecto a su relación con William. Odiaba a su hermana por esa actitud prepotente. Ella era incapaz de aceptar que pudieran ocurrirle cosas buenas y William era, con diferencia, la mejor.

Volvió a maldecir por lo bajo, preguntándose por qué a Jane le costaba tanto alegrarse por ella, por qué tenía que ser tan fría y dura con ella. La excusa de: *tuve que hacer de padre y de madre contigo cuando nos quedamos huérfanas*, había dejado de funcionar hacía mucho.

Jane nunca había sacrificado nada por ella. La verdad era bien distinta. Desde que sus padres fallecieron, Jane, que por aquel entonces tenía diez años, había hecho todo lo posible por ignorar su presencia. Y, si en algún momento se dirigía a ella, era para criticarla y hacerla sentir insignificante; algo que se le daba especialmente bien en público. Fingía de maravilla que no tenían nada en común, tanto, que la mayoría de los amigos y compañeros de instituto de Jane

desconocían que fueran hermanas. Nunca tuvieron esa conversación, pero Kate sospechaba que su hermana la culpaba de la muerte de sus padres. Y cuando las pesadillas acudían a su subconsciente, devolviéndole los recuerdos de aquel día, ella también se sentía responsable. Tanto como podría sentirse una niña de tres años que ha visto morir a sus padres en un accidente de tráfico.

Se encaminó a la puerta y la abrió a la vez que esbozaba una sonrisa. Allí estaba Bob, uno de los mejores odontólogos de la costa este. Su hermana no iba a comprometerse con cualquiera. No era muy alto, ni muy atlético, pero era un hombre bastante atractivo. A Kate le caía bien, y en secreto solían hacer alguna que otra broma sobre su hermana. Era su inofensiva forma de vengarse de ella por su carácter insoportable.

—Solo tengo una —dijo Kate señalando la maleta que había sobre la cama.

Bob le dedicó una sonrisa paternal y entró en la habitación. Pero antes de coger la maleta se detuvo y se giró hacia ella con un ligero carraspeo.

—Kate, ¿estás segura de que este viaje es buena idea? No sé, por lo que cuenta tu hermana, hace muy poco que conoces a ese chico, e Inglaterra está muy lejos. Lejos de nosotros, quiero decir —hablaba con tranquilidad, pero su sincera preocupación era más que evidente.

Kate no pudo reprimir un sentimiento de cariño hacia él. ¿Cómo podía aquel hombre tan bueno estar con la arpía de su hermana?

—No te preocupes, Bob, William es un chico estupendo. Cuidará de mí.

—Bueno, sí, te creo, pero aun así me gustaría que aceptaras esto. —Sacó de su bolsillo un pequeño fajo de billetes doblados—. Si algo no va bien, quiero que compres un billete de avión y vuelvas inmediatamente. Y esta es la dirección de un amigo que tengo en Londres. Te ayudará en todo lo que necesites —dijo poniendo una tarjeta de presentación en su mano.

Kate se quedó mirando la tarjeta y sacudió la cabeza.

—Bob, te lo agradezco, pero no puedo aceptarlo. Y no debes preocuparte por mí, estaré bien —respondió, devolviéndosela.

—Me sentiría mejor si cogieras el dinero —insistió Bob.

Kate le sonrió con dulzura.

—Haremos una cosa. Prometo llamar todos los días y, si surge algún problema, serás el primero al que acudiré, ¿de acuerdo?

Se sentía halagada por la preocupación de su cuñado, pero aquella no dejaba de ser una situación un poco incómoda. Era incapaz de aceptar el dinero, aunque sabía que le vendría muy bien. La idea de que William asumiera todos sus gastos tampoco la entusiasmaba.

Bob guardó silencio unos segundos, sin apartar los ojos de su rostro. Poco a poco su expresión se suavizó y una sonrisa curvó sus labios.

—De acuerdo —dijo sin estar del todo convencido—. Vamos abajo, antes de que ese chico llegue y tu hermana lo espante.

—Créeme, William no es de los que sale corriendo.

Juntos bajaron en silencio hasta la planta baja. Bob dejó la maleta al pie de la escalera y se encaminó a la cocina.

—¿Quieres una taza de café? —preguntó a Kate mientras desaparecía por el pasillo.

—No, gracias, lo último que mis nervios necesitan es otra dosis de cafeína —respondió, frotándose las palmas de las manos contra el pantalón para secar el sudor.

Consultó la hora en su reloj de pulsera y salió al porche acristalado. Las ventanas estaban abiertas y una brisa fresca irrumpió agitando su pelo.

—¿Has vuelto a revisar el equipaje? —preguntó Alice desde una de las mecedoras.

Kate asintió, observando cómo su abuela intentaba enhebrar una aguja.

—¿Seguro que no olvidas nada? —insistió.

—No —contestó Kate arrodillándose junto a ella—. ¿Y seguro que tú estarás bien?

—¡Por supuesto! Martha cuidará de mí, no te preocupes. —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano y volvió a centrar su atención en el complicado bordado de la colcha que tejía.

Kate se puso en pie y se apoyó en una de las columnas.

—¿Y a qué hora llegaréis? —preguntó de nuevo Alice, mirándola por encima de sus gafas.

La chica se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo he calculado.

—Pues no es tan difícil —dijo Jane a su espalda. Acababa de aparecer tras ella con una taza de café entre las manos.

—¡Yo no he dicho que lo sea! —replicó molesta.

Jane sonrió con suficiencia y sorbió su café.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —preguntó, relamiéndose los labios.

—A las diez —respondió Kate arqueando las cejas sin mucha paciencia.

—A las diez... que en Londres serán las cuatro... y si a eso le sumamos unas siete horas de viaje... Llegaréis sobre las once o las once y algo.

Kate puso los ojos en blanco.

—¡Gracias por iluminarnos con tu sabiduría, Jane! —dijo con una mueca.

Alice la reprendió con la mirada, pero inmediatamente le dedicó una sonrisa comprensiva. Jane no se dio por aludida.

—Y hablando de viajes. ¿Con qué compañía voláis? —preguntó mientras se sentaba sobre una de las mesitas—. No creas que puedes fiarte de todas. A veces merece la pena pagar un poco más y asegurarte de que viajas con todas las garantías. ¿Te acuerdas, Bob, de aquella historia que nos contó Pam?

—¡Sí, cariño, horrible! —contestó Bob tras ella sin mucho entusiasmo.

—El servicio durante el vuelo fue un auténtico desastre —continuó Jane—. El almuerzo un asco. Le perdieron las maletas, que acabaron en Tokio. Y sufrió tal crisis nerviosa que tuvieron que hospitalizarla.

—¡Qué horror! —exclamó Kate con un guiño irónico. Conocía a Pam, la mejor amiga de su hermana, y era una esnob.

Todos guardaron silencio.

—¿Y? —inquirió Jane, dándole un golpecito en el hombro a su hermana—. ¡La compañía! —exclamó al ver la expresión desconcertada de Kate—. Estás pasmada.

Kate tuvo que contenerse para no soltarle un disparate.

—Volamos en el avión de su familia —respondió tratando de aparentar indiferencia, aunque la verdad era que estaba más que impresionada por ese detalle. Había tardado un rato en poder cerrar la boca, después de que William le comunicara que iban a volar en el avión de la familia.

Jane alzó las cejas y se detuvo con la taza a medio camino de su boca.

—¡Venga ya! ¿Intentas quedarte conmigo? —replicó con escepticismo.

Kate no contestó y se limitó a mover la cabeza, exasperada. Estuvo tentada de decirle algo malsonante, pero se contuvo.

—¿Insinúas que tu novio tiene un avión privado? —la cuestionó con arrogancia y un tonito *de no me creo una palabra*.

Kate resopló.

—Te diga lo que te diga, no me vas a creer. Así que piensa lo que quieras.

—¿Por qué me estás hablando así? —replicó Jane indignada, y miró a su abuela con expresión compungida—. ¿Te das cuenta de que es ella la que siempre piensa mal de mí? ¡Solo era una pregunta, y mira cómo se ha puesto!

Alice reprendió con un gesto a Kate, y esta movió la cabeza negándose a disculparse, pero Alice insistió. Con el ceño fruncido y refunfuñando por lo bajo, Kate se dirigió a su hermana.

—Lo siento, ¿vale? Y sí, su familia tiene un jet.

Jane no dijo nada, pero la expresión suspicaz de su cara hablaba por ella.

—Si no me crees, puedes preguntárselo tú misma —dijo Kate, sin poder disimular el vuelco que acababa de darle el corazón al ver aparecer el Porsche negro circulando a gran velocidad por el camino. Su rostro se iluminó y una agradable sensación de euforia le recorrió la piel.

—¿Ese es tu novio? —preguntó Jane estupefacta, mirando fijamente al chico moreno que descendía del vehículo.

Lo estudió de arriba abajo sin ningún pudor. Lo encontró guapísimo, elegante incluso, a pesar de que vestía un vaquero desgastado y una simple camiseta negra.

Kate no contestó y acudió con paso rápido al encuentro de William. Se detuvo a solo unos centímetros de él. De repente, se sintió cortada, sin saber cómo

saludarlo con todo aquel público a su espalda. Pero él no parecía tener dudas. La tomó de la mano y, con una elegancia innata, se la besó. Entonces le dio un leve tirón, atrayéndola hacia él, y le rozó los labios fugazmente con los suyos.

—Hola —dijo William en un susurro.

—Hola —respondió ella, consciente de las miradas sobre ellos—. Me ha gustado la rosa.

—A mí me gustas tú —musitó con un brillo divertido en los ojos.

Kate enrojeció. Su voz era adorable a sus oídos, no se cansaba de oírla, tan serena como un cálido estanque.

—¿No vas a presentarnos? —preguntó William, lanzando una mirada por encima de ella.

Kate suspiró y giró sobre sus talones. Sintió la mano fría de William presionando ligeramente la suya.

—No le veo la escoba ni las verrugas —dijo él entre dientes.

El tono travieso de su voz provocó la risa de Kate, que tuvo que morderse los labios para no soltar una sonora carcajada.

—Shhh —lo hizo callar devolviéndole el apretón. Jane descendía en ese momento los peldaños del porche—. William, esta es Jane, mi hermana. Y él es Bob, su prometido.

William soltó la mano de Kate y se acercó a la mujer. Ambas se parecían mucho, sobre todo en los ojos.

—Hola, me alegro de conocerte. Kate me ha hablado mucho de ti —dijo William.

—¡Espero que bien! —señaló ella con un mohín coqueto, y le estrechó la mano.

William no contestó y se limitó a dedicarle la mejor de sus sonrisas. Entonces fijó su atención en el hombre y dio un paso hacia él ofreciéndole la mano. Bob se la estrechó con energía y una leve sonrisa.

—¡Así que a Londres! —comentó Jane, estudiando con atención al vampiro.

William asintió y le dedicó una mirada confidente a Kate.

—Sí, deseo que Kate conozca a mi familia —respondió sin perder su sonrisa.

—¿Y en qué parte de Londres vive tu familia?

—Tenemos una casa en el barrio de Maida Vale. Aunque no es ahí a donde nos dirigimos —indicó bajo la mirada de sorpresa de Kate—. Mi familia ha decidido adelantar las vacaciones y acaban de trasladarse a una casa en el campo, cerca de Shrewsbury, Shropshire.

—¡Vaya, suena bien! —señaló Jane.

William asintió.

—Es un lugar precioso.

—¿Y tenéis vuelo directo hasta allí? —continuó Jane con su sondeo.

Kate bufó por lo bajo. La hermana mayor había desaparecido y la perspicaz

abogada, futura ayudante del fiscal, tomaba su lugar. Con esa cualidad suya de desconfiar de todo y de todos.

—Hasta Birmingham, es el aeropuerto más cercano a nuestra residencia —contestó él, y lanzó una mirada fugaz a Kate con la sensación de que se estaba perdiendo algo.

Kate esbozó una mueca exasperada.

—Jane, cariño. No entretengas a los chicos, no queremos que pierdan su avión —intervino Alice, tratando de ponerle fin a aquel interrogatorio.

Le dedicó una sonrisa de disculpa a William y él se la devolvió agradecido. Aunque en ese momento se sentía tan feliz que nada le importunaba. Se sentía feliz por haber encontrado a Kate, feliz porque jamás imaginó que podría amar a alguien tanto como la amaba a ella, feliz porque iban a estar juntos cada minuto de los próximos días.

—Bueno, si el avión es suyo no creo que despegue sin él —replicó Jane como quien no quiere la cosa, aunque el comentario iba cargado de intención.

Una sonrisa burlona se dibujó en la cara de William, empezaba a captar el trasfondo de aquella conversación.

—No, no lo hará. Pero si no despegamos antes de las once, habrá que aplazar el viaje hasta mañana, y mis padres nos esperan. ¡Están deseando conocer a Kate! —respondió sin inmutarse, pero su mirada se oscureció al apartarla de Jane. Quizá Kate no había exagerado respecto al carácter de su hermana—. ¿Estás lista? —le preguntó, centrándose por completo en ella.

—Sí, mis cosas están junto a la escalera.

—Iré a recogerlas.

—Te acompaño —dijo ella tomando su mano.

Entraron en la casa. William se encaminó a la escalera, pero un tirón en su mano lo detuvo. Se giró con una pregunta en los labios que no llegó a formular. Las palabras se le habían atragantado en la garganta. Kate lo miraba con una tímida sonrisa y el rostro completamente ruborizado; el olor de su piel le hizo estremecerse. Se le acercó, enlazó los brazos en torno a su cuello y lo atrajo hacia ella para besarlo. Él le devolvió el beso con ganas. Tomó su rostro entre las manos y se separó unos centímetros para mirarla, completamente cautivado por sus ojos.

—¿Y esto? —preguntó William ciñéndola por la cintura.

Kate se encogió de hombros con las mejillas encendidas.

—Me apetecía. ¿No te ha gustado? —le preguntó mientras le revolvía el pelo.

—Me ha encantado —gruñó divertido. La sujetó por las caderas y la alzó girando con ella en brazos—. Eres consciente de que estás a punto de viajar a miles de kilómetros, con un chico al que apenas conoces, y que para colmo es un vampiro, ¿verdad? —susurró, levantando la barbilla para depositar un tierno beso en su cuello.

Kate lo empujó ligeramente en los hombros para que la soltara. Él la dejó en el suelo, pero la mantuvo sujeta por la cintura.

—Pues no lo había pensado. Pero ahora que lo dices, quizá no sea buena idea... —Arrugó el entrecejo como si dudara.

William negó con la cabeza.

—¡De eso nada, es tarde para arrepentirse! Vendrás conmigo aunque tenga que llevarte a rastras —replicó entre risas.

—Gritaré —repuso ella.

—No, no lo harás —susurró William, mordisqueando su mandíbula—. Porque ya no puedes vivir sin mí. Tú misma lo dijiste, ¿recuerdas?

Kate no contestó y se limitó a mover la cabeza de un lado a otro, rendida por completo a aquellos dos océanos insondables y profundos que eran sus ojos.

—Deberíamos irnos ya. Marie y Shane se encuentran a bordo del avión desde antes del alba. Estarán deseando que aparezcamos —añadió él.

«Yo no estaría tan segura», pensó Kate, apretando los labios para no sonreír. Un par de días antes, Marie le había confesado lo atraída que se sentía por el licántropo. Y por las miradas de soslayo que Shane le dedicaba a la hermosa vampira, él debía de sentir otro tanto.

—¿Solo llevas eso? —preguntó William, señalando la pequeña maleta y la mochila.

—Sí, solo eso.

William cogió los dos bultos y se los llevó al hombro sin ningún esfuerzo.

—¡Pues vamos! —exclamó—. Aún nos queda un largo viaje hasta el aeropuerto.

Kate abrazó a su abuela y la besó en la mejilla. Se dejó acunar por sus brazos, que se resistían a soltarla.

—Ten mucho cuidado y no te separes de William, no conoces nada de ese lugar y podrías perderte.

—¡Abuela, no soy una niña! —dijo entre dientes.

—No se preocupe, Alice. La traeré de vuelta sana y salva, se lo prometo —dijo William, y se encaminó al coche para guardar el equipaje.

—¿Me llamarás todos los días?

—Todos los días, lo prometo —respondió a su abuela, y volvió a abrazarla.

Kate se giró hacia Bob y le dio un beso en la mejilla.

—Recuerda lo que has prometido —le dijo él con una sonrisa.

—El primero —indicó con la mano levantada, asegurando con el gesto su firme promesa.

Después se detuvo frente a su hermana.

—Bueno, que tengas buen viaje —dijo Jane.

Tomó por los hombros a Kate y la atrajo para abrazarla.

—Gracias —susurró Kate sorprendida por el gesto.

No recordaba la última vez que su hermana la había abrazado. Intentó relajarse y devolverle el suave apretón, pero su cuerpo parecía de piedra. Después de tanto tiempo de indiferencia, dudaba de aquel gesto desconocido de modo instintivo. Jane debió de notarlo, porque se apartó, ligeramente incómoda. Le colocó un mechón de pelo tras el hombro.

Kate la miró con cara de sorpresa, convencida de que aquella no era su hermana. Y si lo era, seguro que había sufrido algún golpe en la cabeza que la obligaba a comportarse como una hermana mayor preocupada. Entornó los párpados confundida y asintió forzando una sonrisa.

A William le costaba centrarse en la carretera, solo tenía ojos para Kate. Miró por el espejo retrovisor y vio su propio reflejo en él. Su sonrisa se ensanchó iluminando su cara con aquella expresión de felicidad que lo acompañaba toda la semana. Sin saber por qué, recordó las palabras que Samuel le había dicho en Boston. «Nuestro destino está escrito, y cada paso que damos nos acerca más a él». William no creía en el destino; pero, si los últimos ciento cincuenta años habían sido el precio a pagar para poder llegar hasta Kate, habían merecido la pena.

—¿Va todo bien? Estás muy callada —preguntó al cabo de un rato.

Ella no había pronunciado una sola palabra después de entrar en el coche, limitándose a mirar el paisaje a través de la ventanilla.

—¿Qué?

Dio un respingo, estaba tan ensimismada en sus propios pensamientos que la voz de William la sobresaltó.

—¿Por qué estás tan nerviosa? ¿Te preocupa algo? —se interesó él. Un sentimiento de inquietud se alojó en su pecho.

—No estoy nerviosa.

—Puedo oír tu corazón —dijo en tono condescendiente. Tomó su mano y la besó, para a continuación dejarla reposar sobre su muslo sin soltarla.

A Kate se le encogió el estómago al ver la expresión preocupada de William. Se sintió una completa idiota. Allí estaba, con el chico de sus sueños, a punto de emprender un maravilloso viaje en el que podrían estar juntos día y noche, y ella solo podía pensar en si encajaría en su mundo. En si la aceptarían o la verían como a un aperitivo, cuando era evidente que eso no parecía preocuparle a él. Le sonrió y se obligó a abandonar aquellos pensamientos negativos.

—No es nada, de verdad. Es que me siento un poco rara con todo lo que está pasando. El viaje, tu familia... Un mundo donde ser vampiro es lo normal. ¡Impresiona un poco!

William le acarició el pulso de la muñeca con el pulgar.

—Supongo que es lógico que te sientas así —dijo él. Hizo una pausa y frunció el ceño, pensativo—. Es posible que te esté forzando a dar este paso. Quizá necesites algo más de tiempo —señaló en tono vacilante.

Entrelazó sus dedos con los de ella y la miró con aprensión. Kate movió la cabeza, rechazando esa idea.

—¡No! Quiero acompañarte y quiero conocer a tus padres. Y hablando de tus padres, ¿cómo son? Quiero decir... ¿son normales? —no pudo reprimir la pregunta.

William tuvo que contener una carcajada que quedó reducida a un pequeño hipido.

—Normales, lo que se dice normales, no son —respondió, apretando los labios para no reír.

Ella entornó los ojos, captando la mofa implícita en su respuesta.

—Obviando lo evidente, William —replicó.

Él no dejaba de observarla. Kate le parecía tan sexy, inteligente y encantadora, ¡y lo hacía sentirse tan vivo! Atrajo de nuevo su mano a sus labios y la besó. El murmullo de la sangre corriendo a través de sus venas era como música para sus oídos, y el deseo de beber de ella seguía siendo un punto ardiente en su pecho. Sin embargo, comenzaba a acostumbrarse. Intentaba ser cuidadoso y se alimentaba con bastante frecuencia; sobre todo de sangre humana. No pensaba descuidar ningún detalle. Ella estaría a salvo a su lado en todos los sentidos.

—Kate, tu concepto de lo que es normal, creo que dista mucho del mío. No sé qué decirte. Pero puedes estar segura de que te gustarán —le aseguró convencido. Ella asintió sin apartar la mirada de él—. Y tú les gustarás a ellos, lo sé —añadió, adivinando sus dudas.

Kate sonrió un poco y se acomodó perezosamente en el asiento.

—Es una pena que ya no vayamos a Londres, me apetecía conocer la ciudad —dijo con un mohín.

—¡Iremos si lo deseas, haremos todo lo que quieras! —indicó, deseoso de complacerla.

Kate le dedicó una sonrisa radiante y con un gesto tierno le apartó un mechón de cabello que le caía sobre la frente. Le había crecido bastante en un par de meses.

Ella pensaba que al estar *muerto*, su cuerpo también lo estaría, pero William le había explicado que ciertas cosas seguían funcionando. Su pelo y sus uñas continuaban creciendo, sus heridas sanaban a una velocidad increíble; por lo que era evidente que los tejidos se mantenían vivos. Corría sangre por sus venas, su cuerpo la absorbía con rapidez y por ese motivo debía beberla con frecuencia. Podía sentir hambre, cansancio, debilidad y deseo; por el contrario, el calor y el frío apenas le afectaban. Era incapaz de dormir y la ingesta de alimentos lo enfermaba. Sus funciones fisiológicas tampoco funcionaban, cada gota de sangre era asimilada por su cuerpo.

—¿Y a qué se debe el cambio de planes? —preguntó Kate con interés.

—Los asuntos que mantenían a la familia en la ciudad ya han finalizado. —Acomodó la espalda en el asiento—. Lo cierto es que la residencia que tenemos en Londres apenas se utiliza, pueden pasar años sin que nadie la habite. Mi verdadero hogar está a las afueras de Shrewsbury, una casa en medio del campo. Donde el vecino más cercano se encuentra a muchos kilómetros de distancia.

—¡Vaya, os gusta estar tranquilos! —comentó Kate.

—Somos vampiros, el anonimato es vital. Vivir en un lugar apartado, lejos de ojos curiosos, no es una elección.

—¿Nunca ha sospechado nadie de vosotros?

—Somos cuidadosos, y hemos alimentado una imagen de excéntricos, extravagantes y un poco locos que ayuda bastante. Algunos creen que somos una especie de secta inofensiva. Se mantienen alejados y nos dejan tranquilos. —Un atisbo de humor iluminó su mirada.

—¿Una secta? ¿En serio? —preguntó sorprendida.

William asintió con una sonrisa.

—¿Y qué hay de vuestro aspecto? ¿No se dan cuenta de que no envejecéis? —insistió Kate.

William se encogió de hombros.

—No nos dejamos ver mucho y cuidamos los detalles. —Esbozó una sonrisa pícaro—. Ventajas de salir solo por la noche. Cada cierto tiempo fingimos algún funeral. Una pequeña esquela en el periódico local es suficiente, y un Crain renace —comentó con naturalidad—. Creo que... ahora soy mi propio tataranieto o algo así.

Kate soltó una risita, eso había tenido gracia. Se quedó pensando unos segundos.

—Pero hay humanos que lo saben, como Jill y yo.

—Los hay, y os necesitamos. Los vampiros no pueden salir durante el día. Hay cosas que no podemos hacer.

—Entiendo.

—Por suerte siempre encontramos algún humano en quien confiar y que nos ayuda a pasar desapercibidos.

—Pero en tu caso es diferente. Tú puedes salir durante el día, ir de compras, tener una casa con vecinos. Puedes pasar por uno de nosotros y establecerte, al igual que los Solomon.

William soltó la mano de Kate para cambiar de marcha y enseguida volvió a entrelazar sus dedos con los de ella.

—No, y si lo piensas un instante te darás cuenta de que no es posible, ni siquiera para Daniel —respondió alzando una ceja—. Si nada de lo que ha pasado estos días hubiera sucedido, si ahora simplemente fuésemos amigos, ¿cuánto tiempo crees que tardarías en darte cuenta de que soy distinto a ti?

—Me pareciste un tío raro desde el primer día —dijo Kate con una suave

risa.

—¿Un tío raro? —repitió sorprendido.

Kate lo miró de reojo.

—Sí, ya sabes, con ese aura misteriosa y esa actitud distante. Cada vez que me encontraba contigo, me preguntaba qué parte de ti me ibas a mostrar, si al dulce Dr. Jekyll o al extraño Mr. Hyde.

William soltó una risita ahogada.

—¡Mi querida Mary, ambos están profundamente enamorados de ti!

Kate sintió que el corazón se le salía del pecho, ¡su voz conseguía despertar en ella sensaciones tan intensas!

—Me encantó esa película —susurró. Se quedó mirándolo—. ¡Dios mío, no sé nada sobre ti!

—El tiempo solucionará eso —señaló él.

—Es que nada es como imaginaba —dijo con un atisbo de pesar—. ¿Sabes? Hasta hace unos días, cuando pensaba en vampiros, mi mente vagaba hacia casas lúgubres y góticas. Hacia seres de ficción, criaturas de aspecto siniestro y enormes colmillos, calvos y de orejas puntiagudas. Ni en un millón de años hubiera imaginado que seríais así.

—¿Así? —preguntó él sin entender a qué se refería.

—Así —respondió señalándolo con la mano—. Como... como si os hubierais escapado de una serie de televisión: hermosos, con deportivos caros, ropa de firma y un jet privado. —Puso los ojos en blanco—. Sin contar que eres como Blade, con espada y todo.

Kate suspiró, la sensación de ahogo había vuelto a su pecho.

William disminuyó un poco la velocidad. Guardó silencio unos instantes, sopesando con cuidado cada una de las palabras que iba a decir.

—Los Crain llevan muchos siglos en este mundo, tiempo más que suficiente para haber conseguido una buena fortuna —su voz sonó con un ligero tono de disculpa. Clavó su mirada en ella, entornando los ojos—. Kate, no solo mi familia tiene dinero. Yo también lo poseo, y mucho, se me da bien invertir. No puedo sentirme mal por tenerlo ni por gastarlo. Ese dinero me ha permitido ayudar a muchos vampiros y recorrer el mundo entero dando caza a los Renegados.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó perpleja.

—Porque tengo la impresión de que te incomoda que...

—¿Que te sobre la pasta? —lo atajó.

—Sí.

Kate suspiró meneando la cabeza.

—No me incomoda.

—Pero...

—Pero... —Debía ser sincera con él. Esa era la primera regla que se habían autoimpuesto al comenzar su relación—. William, guardo todos mis ahorros en

una lata de galletas en la cocina, y utilizo los cupones del periódico para la compra del supermercado y la gasolina. No puedo evitar que todo esto me abrume y me haga sentir un poco insegura, pero no significa que me moleste.

—No tienes por qué sentirte así —dijo él con ternura.

—Lo sé y me siento una completa idiota por ello, de verdad.

Guardó silencio y contempló el paisaje, tratando de asimilar en su cerebro cada detalle de la conversación que habían mantenido. William extendió la mano y acarició con el pulgar su mejilla. Ladeó la cabeza para mirarlo y se estremeció al contemplar sus hermosos ojos fijos en ella, observándola con un brillo intenso y arrebatador.

William le hizo un gesto, invitándola a que se acurrucara bajo su brazo.

—Kate —pronunció su nombre en un suspiro y la apretó contra él. No le gustaba que ella se sintiera tan preocupada e insegura.

—¿Sí?

—La verdad es que nada de todo esto importa —dijo rozando con los labios su frente.

—No... no te entiendo.

—No importa mi mundo, ni importa el tuyo. Ni mi familia ni tu familia, y mucho menos el dinero. Solo nosotros. Tú y yo. Deja de preocuparte, ¿vale?

Kate alzó los ojos para mirarlo y asintió una vez, con la promesa de no volver sentirse mal por esas cosas. Con su brazo rodeándole los hombros y sintiendo su cuerpo junto al suyo, el resto del mundo simplemente no existía.

Accedieron a la pista de despegue a través de una puerta de cristal de la terminal, justo cuando el avión abandonaba uno de los hangares y se detenía a pocos metros de ellos. Una mujer descendió por la escalerilla y se dirigió a su encuentro con paso rápido. Llevaba un sobrio traje gris y el pelo recogido en la nuca, un pañuelo de color rosa ondeaba anudado en su cuello.

—Buenos días, señor Crain —dijo a William, ofreciéndole la mano. A continuación estrechó la de Kate—. Soy Beth Campbell y trabajo para su padre. Seré su asistente durante el vuelo. —Hizo un gesto para que la siguieran al avión—. El equipaje ya está a bordo y el catering que solicitó. También se ha dispuesto un lugar para su coche hasta su regreso —indicó mientras terminaba de subir la escalerilla. Se hizo a un lado para permitirles el paso al interior y cerró la puerta tras ellos—. Informaré al piloto de que ya están a bordo y de que podemos despegar.

Tres horas después, el ambiente en el interior del avión estaba bastante animado. Kate volvió a guardar su libro dentro de la mochila. Tras leer el mismo párrafo una y otra vez, se convenció a sí misma de que sería incapaz de concentrarse mientras William y Shane no dejaran de reñir como niños. Estaban jugando al póker y, más que una partida, aquello parecía una batalla campal.

Se reclinó perezosa en su asiento, observándolos divertida. Pensando que si una semana antes, alguien le hubiera dicho que acabaría dentro de un avión, rodeada de vampiros y hombres-lobo, habría llamado sin dudar al psiquiátrico más cercano. Pero allí estaba, convertida en una especie de Mina del siglo XXI.

—¿Vas o no? —preguntó Shane a William.

William miró de nuevo sus cartas y a continuación la expresión de su amigo. Era indescifrable. Se acarició la mandíbula, pensativo.

—Vale, ahí van veinte.

Una sonrisa de suficiencia transformó el rostro de Shane.

—Veo tus veinte y subo otros veinte.

William se enderezó de golpe, frunciendo el ceño con desconfianza.

—¡Ja! ¿Estás de broma? Es imposible.

Kate escondió una carcajada. Le encantaba el nuevo William: divertido, relajado, feliz. Tan diferente al chico oscuro, triste y enfadado que conoció en un

principio.

—Deja de quejarte y juega —replicó el licántropo.

—De acuerdo, veo tus veinte —masculló William—. ¿Qué tienes?

Shane dejó las cartas sobre la mesa con premeditada lentitud y una sonrisa maliciosa iluminó su cara.

—Póker de ases —anunció, y empezó a recoger el dinero a toda prisa.

—¡Venga ya, estás haciendo trampas! —bufó William, arrojando sus cartas contra él.

—Yo no hago trampas, estás ante un maestro.

—Maestro del timo, querrás decir.

Shane esbozó una sonrisa engreída.

—Asúmelo, William. Soy un lobo astuto e inteligente, y tú un pequeño murciélago...

No terminó la frase porque William se abalanzó sobre él. El estruendo de las carcajadas masculinas llenó por completo el ambiente, mientras fingían pelearse.

—Y se supone que damos miedo, ¡si los humanos vieran esto! —comentó Marie mientras se acomodaba junto a Kate con un vaso de plástico entre las manos.

Kate no pudo evitar que sus ojos se clavaran en el líquido rojo y espeso que lo llenaba.

—Si te resulta desagradable, puedo... —dijo Marie con cierta aprensión, pensando que quizá era demasiado pronto para comportarse con tanta naturalidad delante de Kate.

—No, tranquila. Debo acostumbrarme —respondió con sinceridad, a pesar de que sus ojos seguían fijos en el vaso.

Marie le agradeció su esfuerzo con una sonrisa y dio un sorbo a la sangre, poniendo mucho cuidado en no mancharse los labios.

—¿Y cómo lo llevas? Todo esto, quiero decir —preguntó la vampira.

Se deshizo de los zapatos y subió las piernas al asiento. Dio otro trago a su vaso, aliviada por la sensación de calor que le recorría las venas. La presencia de Kate dejó de resultarle perturbadora.

—¡Bien! —exclamó la joven en el tono más despreocupado que pudo adoptar.

—¿De verdad? ¿No estás nerviosa ni preocupada? Porque sería de lo más normal —insistió Marie.

Le había cogido cariño a Kate y deseaba por encima de todo que se sintiera cómoda entre ellos. Quería que se convirtiera en su amiga, en algo parecido a una hermana, porque nunca había tenido una de verdad y la joven humana comenzaba a llenar ese vacío.

—Ahora ya no —empezó a decir Kate—. Cuando te das cuenta de lo que de

verdad necesitas, todo lo demás deja de ser importante. A mí solo me preocupa que William y yo estemos bien, que estemos juntos —dijo con un suspiro.

De repente William se giró hacia ella, y su mirada fue tan intensa y tan íntima que hubiera derretido un iceberg en el Ártico. Le dedicó una sonrisa radiante y volvió a fijar su atención en Shane, que acababa de darle un codazo en el costado para que continuara jugando.

—Nunca le había visto así, nunca. Oírle reír de esa forma, el brillo de sus ojos... —musitó Marie. Guardó silencio y un destello airado iluminó su mirada. Estaban discutiendo otra vez, acusándose mutuamente de hacer trampas—. ¡Aunque no me importaría nada lanzarlos al vacío si no paran de una vez! —chilló a pesar de que hubieran podido oírla susurrar a un kilómetro de distancia. Lanzó un grito exasperado cuando Shane la miró por encima del hombro y le guiñó un ojo.

—Tiene suerte de ser tan guapo, si no lo estrangularía —le dijo a Kate al oído.

En cuanto anocheció, William descubrió las ventanillas y Kate pudo contemplar el paisaje. Se acomodó en uno de los asientos y la atrajo hacia él para que se sentara en su regazo. Distraídamente comenzó a acariciarle la espalda, deslizando los dedos de arriba abajo con lentitud, mientras ambos mantenían la mirada fija en la oscuridad del exterior.

Kate se percató de que estaba más callado de lo habitual. Observó su rostro; unas pequeñas arrugas le fruncían la frente. Le rozó la mejilla con los dedos y él ladeó el rostro buscando la palma de su mano, ensimismado en sus pensamientos.

—¿No vas a contarme qué te preocupa? —susurró Kate, deslizando la mano hasta enredar los dedos en el cabello de William. Le encantaba el tacto suave que tenía.

Él la miró un instante y le dedicó una sonrisa cargada de ternura. Volvió a contemplar el paisaje a través de la ventanilla, en el horizonte empezaba a intuirse la costa oeste de Inglaterra.

—Me marché de casa en 1858. Desde entonces mis visitas no han sido muy numerosas y creo que la más larga apenas duró una semana. Yo también me siento un poco extraño al venir aquí, pero por otros motivos. —Cerró los ojos con un estremecimiento de placer, cuando ella le acarició la nuca con un suave masaje—. Nunca han dejado de insistir en que regrese, pero yo no podía volver. Siento que les he fallado durante todos estos años.

—No les has fallado, simplemente insistían porque se preocupaban por ti y te echaban de menos. Pero en el fondo sabían que el momento debías decidirlo tú, por mucho que tardaras.

William abrió los ojos y la miró con el ceño fruncido.

—¿Cuánto habéis hablado Marie y tú sobre mí? —preguntó con cierta curiosidad.

—Solo un poco —admitió ella con una sonrisa chispeante.

William le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza sobre su pecho. La piel tibia de la chica y el latido de su corazón distraían sus sentidos. Una dulce tortura a la que no renunciaría jamás.

—No tengo intención de establecerme en Inglaterra, aunque les aseguré que lo haría, y temo que eso vuelva a decepcionarlos. —Alzó la mirada para contemplar sus ojos—. Mis planes han cambiado —dijo en un dulce susurro.

A Kate le dio un vuelco el corazón. Tragó saliva para aflojar el nudo que sentía en la garganta.

—¿Y... y qué planes tienes ahora? —preguntó con voz entrecortada. Hasta ese momento, él no había mencionado un futuro mas allá de los próximos días en Inglaterra.

—Quiero quedarme en Heaven Falls. Iré a Harvard contigo si todavía quieres ir, y ...

—¿Y? —lo urgió.

William acarició sus labios con los dedos y recorrió su rostro con una mirada cálida e intensa que la hizo estremecerse.

—Y hablaremos de eso cuando volvamos a casa —dijo con una sonrisa traviesa.

Kate frunció los labios con una mueca de disgusto. Pero por dentro su cuerpo se agitaba con miles de mariposas que amenazaban con salirse por la boca. La forma en la que había dicho *cuando volvamos a casa*, era mejor que cualquier declaración o promesa que hubiera podido hacerle.

Cuando descendieron del jet, una limusina negra los esperaba a pie de pista. La puerta trasera del vehículo se abrió y un hombre vestido con un impecable traje gris se acercó a ellos a paso rápido. Se paró frente a William, dibujando una sonrisa amable en su cara.

—William —pronunció su nombre a modo de saludo y le tendió la mano—. Me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verte, Duncan —respondió el vampiro. Rodeó los hombros de Kate con el brazo—. Quiero presentarte a alguien muy especial. Ella es Katherine —dijo en un tono ceremonioso a la vez que posesivo.

Duncan abrió los ojos como platos, pero rápidamente esbozó una sonrisa en la que trató de esconder su desconcierto. Alargó la mano para saludar a Kate, y la sorpresa terminó de abrumarlo en el momento en el que la cálida piel de la joven le confirmó que era humana.

—Y a Shane Solomon —continuó William.

—¿Shane Solomon? —repitió Duncan—. ¡Vaya... es un placer! —Sus ojos brillaron con fascinación. Llevaba toda su vida rodeado de vampiros, pero nunca había conocido a un hombre lobo. Alargó el brazo, vacilante, y estrechó la mano de Shane apabullado por su presencia, sus dedos la envolvieron como cables de acero.

—Duncan, ¿tardarás mucho con el papeleo? Mataría por un baño de espuma —dijo Marie con un mohín y se colgó del brazo de Shane, apoyando la cabeza sobre su hombro.

Ese gesto pareció sorprender tanto al chico como al abogado. El hombre negó con la cabeza y empezó a rebuscar en sus bolsillos. Sacó unas llaves y se las entregó a William.

—Podéis iros, Beth y yo nos encargaremos de vuestros pasaportes y del equipaje —dijo de forma diligente.

—¡Un momento! —exclamó William—. ¿Beth Campbell es tu hija? —preguntó sorprendido. No se había dado cuenta hasta ese momento de que la joven compartía su apellido con Duncan.

El hombre asintió.

—Los Campbell llevan más de un siglo sirviendo a los Crain, y seguirán haciéndolo. Hace mucho tiempo que esta relación dejó de ser meramente comercial —respondió con afecto.

William le agradeció sus palabras con una leve inclinación de cabeza. Duncan le devolvió el gesto y se encaminó al interior del jet.

—Larguémonos de aquí —sugirió Marie, tirando de la mano de Shane.

Los cuatro se alejaron con paso rápido del jet que comenzaba a maniobrar en dirección a los hangares.

Kate miró la brillante limusina. No terminaba de sentirse cómoda entre tanta ostentación.

—¿Vamos a ir en eso?

—No —respondió William—. Iremos en eso.

Y, como si hubiera oído sus palabras, la limusina se puso en marcha y avanzó, dejando a la vista un precioso BMW M6 descapotable.

La cara de William se iluminó. Robert le había regalado aquel coche y le encantaba. Rodeó con su brazo la cintura de la chica y apretó el paso.

—¿Es tuyo? —preguntó Kate con los ojos como platos. No es que entendiera mucho de coches, pero no había que ser un experto para darse cuenta de que no habría muchos como aquél.

—Sí, y ahora también es tuyo, puedes cogerlo cuando quieras —dijo con una sonrisa radiante. La estrechó contra él y la besó en la coronilla.

Dejaron tras ellos la ciudad y enfilaron una carretera que serpenteaba a través de los valles y colinas de la campiña inglesa. El viento sacudió el cabello de William, alzó el rostro y contempló el cielo estrellado. Aceleró un poco más y el motor rugió con un sonido que le puso el vello de punta. Una sonrisa curvó sus labios, que acabó transformándose en una suave risa al sentir los dedos de Kate acariciando su nuca. Giró la cabeza para mirarla y su pecho se infló con un amor desbordante. Los verdes ojos de la joven brillaban como dos faros en la oscuridad y, bajo la luz del salpicadero, su piel destacaba con una tenue

luminosidad de la que no podía apartar la mirada.

Kate se contagió de su risa y alzó los brazos por encima de la cabeza, dejando que el aire azotara su piel.

—¿Este trasto no puede ir más rápido? —preguntó Shane desde el asiento trasero.

William le lanzó una mirada divertida por el espejo retrovisor. Aferró el cinturón de seguridad de Kate y le dio un tirón para ajustárselo.

—Agárrate —le dijo, y pisó el acelerador a fondo.

Kate apenas podía distinguir nada en la oscuridad, solo la hierba que bordeaba la carretera y el contorno de algunos árboles. Ascendieron por una pequeña colina y, al llegar arriba, las luces de una ciudad surgieron brillantes ante ellos.

—Shrewsbury —anunció William.

Circularon a través de sus calles. El buen clima de principios de verano invitaba a sus gentes a salir, ocupando las terrazas de los restaurantes y de los bares.

Se dirigieron al norte. Unos kilómetros después, llegaron a una bifurcación y giraron a la derecha. Volvieron a girar a la derecha en otro cruce, tomando un camino de tierra que pasaba desapercibido entre los altos setos que bordeaban la carretera.

La luz de los faros iluminó una valla de madera con un cartel que prohibía el paso. William aminoró la velocidad hasta detenerse y se inclinó sobre Kate para coger algo de la guantera. Sacó un pequeño mando y apuntó hacia la portezuela. Esta se abrió lentamente.

Kate se quedó de piedra. Para cualquiera que por allí pasara, aquella valla tenía el aspecto de un redil para animales. Estudió con atención la oscuridad, mientras continuaban la marcha. No se distinguía nada más allá de la luz de los faros, ni una tenue luminosidad que indicara alguna casa cercana. Al cabo de unos minutos, una enorme verja de hierro, sujeta por dos columnas de piedra gigantescas, se alzó ante ellos. La parte interior de la verja estaba cubierta por unas gruesas planchas de hierro y un alto seto que hacía imposible divisar nada del otro lado. Captó un leve movimiento y un destello en la parte superior. Entrecerró los ojos y entonces las vio: había cámaras de seguridad controlando todos los ángulos.

Las puertas se abrieron y William avanzó lentamente. Unos metros más adelante una nueva verja, esta un poco más pequeña, les cortó el paso. El vampiro alargó el brazo y tecleó una clave sobre el panel de un intercomunicador. La puerta se abrió inmediatamente.

Kate empezó a ponerse muy nerviosa. Todas aquellas medidas de seguridad eran extraordinarias y la casa ni siquiera se divisaba a lo lejos. Giró la cabeza para ver cómo se cerraba aquella cancela de acero y sus ojos se encontraron con los de Marie. La hermosa vampira le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Qué es eso? —preguntó Kate. Acababa de ver unos pequeños puntos luminosos de color rojo que destacaban sobre la hierba en la oscuridad.

—Sensores de movimiento —contestó William.

Se sumergieron en una frondosa arboleda. La humedad de la noche se condensaba en las hojas de los árboles y una fina llovizna, apenas perceptible, cayó sobre ellos.

Los ojos de Kate se abrieron como platos al abandonar el pequeño bosque y contemplar la enorme construcción que se alzaba orgullosa frente a ella. Desde luego no le pareció una casa, William se había referido así al edificio, ni siquiera una sobria mansión tal y como la había descrito Marie. Ante ella se levantaba un hermoso castillo.

Conforme se iban acercando, Kate pudo ver con más claridad las torres, los muros de piedra cubiertos de hiedra y a los Guerreros que vigilaban desde lo alto. Después de conocer a Cyrus y a sus hombres, reconocería a aquellos vampiros en cualquier parte. Eran increíblemente altos y corpulentos, fieros y peligrosos. Y saber que estaban allí era todo un alivio, porque ahora que conocía la existencia de los renegados, el mundo ya no le parecía tan seguro. Y aquel pensamiento era un sinsentido, hallarse segura rodeada de vampiros.

—¡Ya hemos llegado! Bienvenidos a Blackhill House —anunció William mientras rodeaba una hermosa fuente y detenía el coche frente a una escalinata con la balaustrada torneada.

Se bajó del vehículo y ayudó a Kate a descender. Miró hacia arriba y contempló su hogar con un nudo en la garganta. Hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que echaba de menos aquellos muros.

La enorme puerta de la mansión se abrió y, a través del umbral, apareció la mujer más hermosa que Kate jamás había contemplado. El pelo oscuro y liso caía por su espalda como una cascada hasta la cintura. Su delicado rostro enmarcaba unos profundos ojos negros y brillantes como el ónice. Era menuda y delgada, mucho más pálida que William, tanto que parecía etérea, casi irreal. Lucía un vestido blanco, vaporoso y largo hasta los pies, y unas sandalias plateadas que repiqueteaban contra la escalinata como si fueran campanillas. Pero lo que más sorprendió a Kate fue la expresión de su rostro al acercarse a William. El amor que reflejaba lo iluminaba con tanta luz, que hubiera rivalizado con la estrella más hermosa y brillante del firmamento.

Tras ella apareció un hombre; su imagen era tan impresionante que tuvo que apretar los dientes para asegurarse de que no tenía la boca abierta de par en par mientras lo miraba. Su pelo era del color de la miel y los ojos como el lapislázuli. Vestía con un pantalón gris y un jersey del mismo color con el cuello en pico, que resaltaba sus amplios hombros. Con aquel regío y magnífico porte era imposible no darse cuenta de que aquel hombre era Sebastian Crain.

—¡William! —exclamó la mujer extendiendo sus brazos hacia él.

William abrió los brazos y los cerró en torno a su delgada figura. Ella tomó su rostro entre las manos y se puso de puntillas para besarlo en las mejillas.

—Hola, madre —dijo William con voz ronca.

El nudo que oprimía su garganta amenazaba con ahogarlo. Sin soltar la mano de Aileen, dio un par de pasos al encuentro de Sebastian. Se miraron un instante y William extendió el brazo ofreciéndole la mano. Sebastian se la estrechó con un fuerte apretón e inmediatamente tiró de ella para atraer a su hijo hacia su pecho y darle un fuerte abrazo.

—Hijo mío —susurró junto a su oído. Permanecieron así unos segundos.

—¿Y Robert? —preguntó William un poco decepcionado, había esperado encontrar allí a su hermano.

—Deseaba con todo su corazón estar aquí para recibirte, pero unos asuntos se lo han impedido —respondió Sebastian.

Lo soltó lentamente y lo miró con atención, estudiando su rostro a conciencia, y lo que vio fue de su agrado. Su hijo emanaba calma, alegría, y de sus ojos había desaparecido el odio y la desdicha. Alzó la vista por encima del hombro de William y clavó la mirada en la joven humana.

William se acercó a Kate y le rodeó los hombros con el brazo.

—Quiero presentaros a Kate... —dijo besándole en la sien—, mi ángel de la guarda. Ellos son mis padres: Aileen y Sebastian.

—Ho... hola, es un placer —dijo Kate en un susurro, completamente cohibida.

—¡Dios mío, es una delicia, William! —exclamó Aileen.

Kate no pudo evitar dar un respingo ante el comentario.

Aileen la tomó por los hombros y la estrechó con cariño, presionando su mejilla ligeramente contra la de ella. Sebastian la besó en la mano con una elegante reverencia.

—El placer es nuestro, querida. Y debo decir que mis hijos fueron bastante parcos a la hora de describirte. Tu belleza es incomparable —dijo Sebastian con una nueva reverencia, y sus ojos brillaron como los de un felino en la oscuridad.

El corazón de Kate comenzó a latir cada vez más deprisa y el rubor ascendió hasta sus mejillas en ardientes oleadas. El magnetismo y el poder que desprendía Sebastian colmaban el ambiente.

—Ya os dije que era especial —intervino Marie—. Ven, quiero enseñártelo todo —le dijo a Kate y tiró de ella arrastrándola al interior del palacio.

Entonces Sebastian se dirigió a Shane.

—Shane Solomon, es un honor recibirte en mi casa —dijo con una inclinación de su cabeza.

—Os aseguro que el honor es mío, señor. Sois una leyenda viva.

Sebastian sonrió con agrado al licántropo.

—Siempre estaremos en deuda con los Solomon. Gracias por haber protegido

a mi hijo.

Shane le devolvió el gesto y una sonrisa temblorosa se dibujó en sus labios cuando Aileen se colocó a su lado y enlazó su brazo al de él.

—¡Espero que tengas hambre! —exclamó ella—. Esta noche cocinaré para vosotros, ¿te gusta el carpaccio de ternera? El pan toscano es delicioso, o eso creo.

Shane abrió los ojos como platos y un ligero rubor invadió sus mejillas. No quería imaginar qué clase de comida podía cocinar un vampiro que no comía. Abrió la boca para decir algo pero las palabras se negaban a salir, finalmente asintió.

Estaba a punto de amanecer cuando Sebastian, Aileen y Marie se retiraron a los pisos inferiores. William guió a Kate a través del vestíbulo. Subieron las escaleras que llevaban al primer piso y enfilaron un largo corredor. Giraron a la derecha y subieron otro tramo de escaleras. Continuaron por un amplio pasillo de paredes decoradas con hermosas pinturas e impresionantes esculturas sobre pedestales. Giraron de nuevo a la derecha y avanzaron unos metros hasta detenerse frente a una puerta con el picaporte de bronce.

William la abrió y dejó que Kate entrara primero. Ella se detuvo en el vano de la puerta y recorrió con la mirada toda la estancia. Una cama inmensa de madera con dosel, vestida con almohadones y sábanas blancas, ocupaba el centro de la habitación. Había una cómoda, un tocador, un pequeño escritorio bajo una de las ventanas, un armario y un diván repleto de cojines. Cada uno de aquellos muebles era una auténtica obra de arte, piezas de museo por las que muchos coleccionistas pagarían cantidades astronómicas. El suelo estaba cubierto de alfombras y, a los pies de la cama, Kate encontró su equipaje.

Entró muy despacio, giró sobre sí misma un par de veces contemplándolo todo y se paró junto a la cama. Acarició las columnas del dosel y la suave tela que colgaba de ellas. Luego se dirigió a una de las ventanas y apartó las cortinas con la mano. Desde allí las vistas eran maravillosas. La habitación daba a la parte trasera de la mansión, frente a un amplio jardín repleto de lilas, violetas y madreselva, de setos perfectamente cortados con las formas más asombrosas que jamás había visto. Más allá del jardín, pudo distinguir el contorno de un lago de aguas tranquilas y brillantes bajo la luz de la luna. A lo lejos, la silueta de lo que parecía un campanario semiderruido se perfilaba contra el cielo.

William observaba a Kate sin moverse de la puerta, dejando que se tomara su tiempo para familiarizarse con la estancia. Lentamente se acercó hasta ella por detrás y le rodeó la cintura con los brazos, atrayéndola hacia él. Depositó un suave beso en su cuello.

—¿Esta es mi habitación? —preguntó Kate.

—Sí. ¿Te gusta?

—Es maravillosa —contestó mientras giraba sobre sus talones para mirarlo a

los ojos.

—Era de Marie. La ocupó hasta que... y a sabes, hasta que...

Kate asintió, entendía perfectamente a qué se refería.

—No te importa, ¿verdad? —continuó William.

—No, claro que no. Si a ella tampoco le importa.

—No tienes que preocuparte por eso. Marie te adora, creo que vendría a arrojarte si pudiera —dijo con una mueca divertida.

—¿Y esa puerta? —preguntó Kate, mirando por encima del hombro de William.

—Ahí está el baño. Ven, te lo enseñaré.

La tomó de la mano y la acompañó.

El baño era casi tan grande como el dormitorio. Tenía un espejo enmarcado en madera que ocupaba todo el ancho de la pared. Bajo él había dos lavabos con la grifería de bronce, enfrente una bañera antigua de patas esculpidas con forma de león. La nota discordante era una ducha de hidromasaje enorme, junto a una estantería repleta de toallas suaves y esponjosas, sales de baño, aceites y jabones olorosos.

—¿Y esa? —volvió a preguntar Kate señalando otra puerta en el baño.

—Esa es mi habitación, ¿te gustaría verla?

Kate asintió con la cabeza y siguió a William a través de la puerta. El suelo de madera estaba completamente desnudo, a excepción de una alfombra gris a los pies de un diván de piel marrón. La cama era idéntica a la de la otra habitación, pero el edredón y los almohadones que la cubrían eran de colores oscuros que iban del negro al gris. El escritorio estaba repleto de libros amontonados entre los que sobresalía la pantalla de un iMac. También había un armario, una cómoda y un par de estanterías. Una de ellas con muchos más libros, y la otra dejaba entrever a través de sus puertas de cristal, un equipo de sonido y una colección de música en la que debía de haber cientos de CDs y discos de vinilo. Pero lo que más sorprendió a Kate, fue el rincón junto a la ventana. Había un caballete con un lienzo a medio pintar, una mesa en la que reposaban una paleta, un tarro de cristal lleno de pinceles de todos los tamaños y varios tubos de óleo. Se acercó y vio, apoyados contra la pared, una decena de lienzos con hermosos paisajes y retratos.

—¿Los has pintado tú? —preguntó con los ojos de par en par. William asintió —. Jared me dijo que pintabas, pero nunca imaginé... ¡Son preciosos! — exclamó sin apartar la mirada de los dibujos—. ¡Podrías dedicarte a esto si quisieras! —sugirió entusiasmada, y se giró para encontrarse con William a solo unos centímetros de ella.

Él no contestó, se limitó a mirarla con una intensidad abrumadora. De repente deslizó una mano por su nuca, la atrajo hacia él y la besó.

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron el momento.

—Espero que sea importante, porque si no, pienso despellejarlo —susurró William, soltándose con reticencia del abrazo de Kate—. ¡Pasa!

Shane entró en la habitación, descalzo y sin camiseta.

—Siento molestaros, pero es que... ¿dónde demonios está la cocina? Me muero de hambre.

William gruñó dedicándole una mirada asesina, y Kate no pudo evitar reír a carcajadas.

Kate se estiró, desperezándose entre las sábanas con un largo bostezo. Lentamente abrió sus ojos somnolientos y se los restregó con los nudillos hasta que solo pudo ver puntos blancos. Un olor dulce colmó su olfato. Giró la cabeza hacia la almohada y allí estaba, su preciosa rosa roja, y también una nota escrita con una bonita y elegante caligrafía. Una sonrisa se dibujó en sus labios, que acabó transformándose en una expresión de sorpresa cuando vio toda la cama cubierta por decenas de aquellas flores. Tomó la nota y la leyó con atención:

Debo reunirme con Duncan Campbell en Birmingham, volveré pronto. Si quieres salir fuera de los terrenos de la mansión, pídele a Shane que te acompañe, aunque preferiría que esperases a mi regreso. Si necesitas algo o tienes cualquier duda sobre la casa, Harriet estará encantada de ayudarte.

*Ya te echo de menos. Te quiero.
William*

—¿Harriet? ¿Quién será Harriet?

Se deslizó fuera de la cama y paseó por la habitación, releiendo la nota una y otra vez. Soltó una maldición cuando golpeó por segunda vez su maleta con el pie descalzo. Deshizo el equipaje, algo que solo le llevó unos minutos, y entró al baño para asearse un poco.

Minutos después salió al pasillo y fue hasta la habitación de Shane que estaba... tres puertas más allá, no, estaba justo al final del pasillo, a la derecha o... era la izquierda. Sonrió divertida, aquel castillo era tan grande que iba a necesitar un plano para no perderse. Golpeó la puerta con los nudillos y al no recibir respuesta pegó la oreja a la madera. No se oía nada. Entró despacio, para que tuviera tiempo de oírla.

—¡Shane! —La cama estaba revuelta, pero vacía, y del baño salía una densa nube de vaho—. ¡Shane! —lo llamó de nuevo, asomando con pudor la cabeza al baño.

El licántropo no estaba y a Kate no le quedó mas remedio que resignarse a pasar sola lo que quedaba de mañana.

Descendió hasta el vestíbulo. Todo estaba desierto y en silencio, a excepción del sonido de sus propios pasos y el tictac de un reloj de péndulo. Sus ojos volaron sin darse cuenta a las puertas que había bajo la escalera. Dos hojas de madera exquisitamente decoradas, que daban paso a unos peldaños que descendían hasta un piso subterráneo donde se encontraban los aposentos de los vampiros.

Con una extraña sensación en el estómago miró el suelo que había bajo sus pies. Entre toneladas de tierra, había sido construida otra vivienda, un bunker de lujo de cientos de metros con amplias estancias. Un lugar donde los vampiros que habitaban la casa se protegían de la luz mortal del sol y de cualquier peligro que pudiera traerles el día. Aguardando al crepúsculo, cuando de nuevo el castillo cobraba vida.

Pensó en curiosear un rato por la planta baja, en ver con más atención aquellos enormes salones repletos de cuadros y esculturas, con frescos en el techo y lámparas de araña. Entró en lo que parecía un comedor. Lo dedujo sin problemas, porque había una mesa tan grande que perfectamente podía dar cabida a más de cuarenta personas. Contempló los aparadores que exhibían ostentosas vajillas, cuberterías y bandejas de plata. Cada una de las piezas tenía grabada una C con enrevesadas florituras: Crain, el apellido de la familia.

Un delicioso olor a café flotó en el ambiente y el estómago de Kate se agitó con una queja. Había una puerta entreabierta al fondo del comedor y se dirigió a ella. Entró a un amplio pasillo, avanzó por él y poco a poco el olor del café se hizo más intenso.

Empujó con suavidad el cristal de una segunda puerta y entró a una hermosa cocina, grande y luminosa.

Una mujer batía algo en un cuenco y se giró con rapidez al percatarse de su presencia. Tenía el pelo completamente blanco, recogido en un moño sobre la nuca. Era alta, delgada, con una nariz recta y elegante, y una sonrisa tan agradable que le cayó bien enseguida.

—¡Hola, ya me preguntaba cuándo aparecerías por aquí! —exclamó la mujer. Se acercó a Kate y la besó en la mejilla—. Soy Harriet, el ama de llaves.

—Yo soy...

Harriet hizo un gesto vago con la mano, sin dejar de sonreír.

—Sé quién eres. William pasó por aquí esta mañana y no hizo otra cosa que hablar de ti. ¿Tienes hambre? —preguntó mientras apartaba una silla, invitándola a que se sentara.

Kate notó que el rubor coloreaba sus mejillas y asintió. Se sentó a la mesa y, con las manos en el regazo, observó cómo Harriet colocaba unos platos repletos de comida ante ella.

—¿Café? —consultó la mujer sujetando una cafetera en la mano.

—Sí, por favor.

Al cabo de media hora, las dos conversaban como si fueran amigas de toda la

vida.

—¿Y cómo supo que los Crain eran... vampiros? —preguntó Kate con timidez, mientras ayudaba a Harriet a colocar las rosas de William en unos floreros. Habían subido juntas a las habitaciones para abrir las ventanas.

La mujer sonrió.

—Lo he sabido desde siempre. Nací en esta casa al igual que mi madre y mi abuela. Mi familia lleva siglos cuidando de ellos y espero que siga haciéndolo otros tantos; son muy buenos con nosotros.

—Entonces, ¿siempre ha vivido aquí, en el castillo?

—No, querida. Henry, que es mi esposo, y yo, vivimos en la casita que hay junto a la arboleda —respondió mientras empezaba a cortar los tallos del último ramillete—. Es más cómodo para todos. Mi marido y yo disfrutamos de nuestra intimidad, y los Crain de la suya. —Hizo una pausa y levantó los ojos de su tarea para mirar a Kate—. Y también más seguro, al fin y al cabo, ellos son vampiros.

Kate abrió los ojos como platos y un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

—¡Oh, no me malinterpretes! —añadió Harriet—. Ninguno de ellos nos haría daño jamás, pero eso no significa que les resulte fácil mantenernos a salvo. Así que de vez en cuando la distancia ayuda. —Puso la última rosa en el jarrón de cristal. Acercó la nariz para oler su fragancia y suspiró con una sonrisa de resignación—. ¡Diez docenas! ¡Si sigue así, dejará el jardín como un prado de hierba!

Kate enrojeció por el comentario y bajó la mirada.

—¿Qué te parece si ponemos un par de estos en el dormitorio de William? Le vendrían bien a esa cueva —sugirió Harriet, guiñándole un ojo.

Abrieron las ventanas y limpiaron el polvo; y mientras Harriet cambiaba las toallas del baño, Kate se entretuvo colocando los libros del escritorio en los huecos de la estantería. Tardó unos minutos en comprender su organización. Estaban ordenados por género y, dentro de este, por año y por autor. En unos pocos minutos el escritorio estaba despejado. Guardó unas carpetas repletas de documentos en uno de los cajones y alineó unos marcos con fotografías. Una era de William con Marie. No estaba segura, pero parecía que se encontraban en la plaza de San Marcos en Venecia, en pleno carnaval. En otra, Aileen posaba sonriendo con un precioso vestido de noche y una tiara de diamantes sobre su pelo trenzado. Su mano reposaba sobre la de William, guapísimo con un elegante esmoquin. En la tercera y última fotografía, William aparecía junto a la fuente de la entrada con una niña muy pequeña en brazos. A su lado una mujer joven sonreía sin apartar los ojos de la niña. Kate reconoció a Harriet en aquella mujer.

—¡Vaya, pensé que esa foto se había perdido! —dijo Harriet—. Cómo pasa el tiempo. —Suspiró con un atisbo de nostalgia en su voz.

—Creí que había dicho que tenía un hijo, no una hija.

—¿Cómo? —Harriet tomó la fotografía en sus manos y la miró con

detenimiento, y enseguida se percató de la confusión de Kate.

—Esa no soy yo, querida. Me has confundido con mi madre. Esta fotografía se tomó el día de mi bautizo, y William fue mi padrino —aclaró la mujer, devolviendo la foto al escritor.

—¿Su padrino?

—Sí, soy la ahijada de William, y él siempre ha estado ahí, conmigo: el día de mi compromiso, de mi boda...

Kate sintió como sus piernas empezaban a temblar, sus manos sudaban y una presión en el pecho amenazaba con cortar la respiración. Sabía que William era un vampiro, que era inmortal y que nunca envejecería; que su aspecto siempre sería el de un adolescente. Y, a pesar de saber todo eso, se dio cuenta de que no era consciente de lo que esa realidad significaba, de lo que significaba para ella. Miró a Harriet con su pelo blanco y su piel arrugada, y de nuevo la fotografía, donde no era más que un bebé en los brazos de William. Entonces centró toda su atención en él. Habían pasado setenta y cinco años, pero su rostro no había envejecido ni lo haría jamás.

De pronto las paredes la asfixiaban.

—Creo que iré... a dar un paseo. Me gustaría... me gustaría ver los jardines —indicó Kate, tratando de disimular el torbellino de emociones que se había desatado en su mente.

—Sí, adelante, estás en tu casa —dijo Harriet, y miró a la joven con la sensación de que algo había cambiado en su ánimo—. ¿Kate, estás bien?

—Sí —respondió forzando una sonrisa, y abandonó la habitación a paso ligero.

Descendió las escaleras a trompicones. Cruzó el vestíbulo corriendo y abrió las puertas de un tirón. El aire azotó su rostro y tomó una bocanada con el apremio de alguien que está a punto de ahogarse. Empezó a caminar sin saber muy bien adónde se dirigía, cruzó los jardines y dejó atrás el lago. Al cabo de un largo rato, ascendió una empinada colina y se dio de bruces con una pequeña abadía de la que apenas quedaba nada en pie. La rodeó y un cementerio apareció bajo la sombra de unos olmos. Se acercó muy despacio, casi con miedo. Se paseó entre las lápidas con el corazón resonando como un tambor dentro del pecho. En cada una de aquellas lápidas había un nombre que conocía y, recordando lo que William le había contado, supo que allí no reposaba nadie, solo tierra.

Parpadeó varias veces, intentando disipar las lágrimas que se arremolinaban bajo sus ojos. No pudo, se derramaron por sus mejillas, calientes y saladas. En aquel trozo de piedra esculpido a sus pies, rezaba un nombre: William Crain, 1903-1933. En otra, el nombre se repetía, pero las fechas eran distintas, 1945-1970. Lentamente se acercó a la estatua de un querubín de pequeñas alas: William Russell Crain, 1838-1857. Esas tumbas estaban vacías y siempre lo

estarían, y no era capaz de asumirlo con naturalidad.

No podía seguir mirando aquello. Dio media vuelta y se alejó con paso rápido, limpiando las lágrimas de su rostro con el dorso de la mano. Sus pensamientos la aplastaban bajo el peso de la verdad que contenían. William nunca moriría, ni siquiera envejecería, siempre sería joven, fuerte y hermoso. En cambio ella... en octubre cumpliría diecinueve años, después vendrían los veinte, los treinta, los cuarenta, los ochenta. Si es que conseguía llegar a los ochenta, porque podría enfermar o tener un accidente y, entonces, ella sí que yacería bajo dos metros de tierra.

El dolor que sentía en el pecho no la dejaba respirar. Dejar a William, aunque fuera dentro de muchos años, era algo que no podría soportar. Pero ¿y si era él el que la dejaba? Cuando su piel ya no fuera suave, ni lisa, ni su cuerpo firme y atractivo; y su larga melena se convirtiera en una maraña de pelo, rala y blanca. No, él no la dejaría, estaba segura de eso. Jamás la dejaría porque sus principios no se lo permitirían. Pero también estaba segura de que eso tampoco podría soportarlo, mantenerlo a su lado por un sentimiento de pena era peor que separarse de él.

Llegó hasta un enorme y frondoso roble que se alzaba solo en medio de un prado. No sabía cuánto tiempo llevaba andando, pero debía de ser mucho porque los músculos de sus piernas le dolían. Apoyó la espalda en el tronco y lentamente se dejó caer, hasta sentarse entre las raíces nudosas que sobresalían de la tierra. Y se desmoronó entre sollozos rápidos, fuertes e incontrolables.

Sintió que unas manos grandes y fuertes aferraban sus antebrazos.

—¡Kate! ¿Estás bien?

Kate abrió los párpados y se encontró con los ojos de Shane fijos en su cara. Parecía agitado.

—Llevo una hora buscándote, me tenías preocupado. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí —respondió pasándose una mano por la mejilla, aún la tenía húmeda por el llanto.

—¿Por qué estás llorando? —preguntó tirando de ella hasta ponerla en pie. No la soltó y buscó su mirada que estaba clavada en el suelo—. ¡Kate!

Ella lo miró a la vez que sacudía la cabeza, sintiéndose tan deprimida que los sollozos comenzaron otra vez.

—Puedes contarme lo que sea. Admito que las palabras no son lo mío, pero sé escuchar —dijo él, limpiando con el pulgar una lágrima que resbalaba por su barbilla.

Kate volvió a negar.

—Dime cómo puedo ayudarte —murmuró Shane en tono suplicante.

—Abrazame, solo abrazame —respondió ella entre hipidos.

Shane la atrajo hacia su pecho y la abrazó con una mano sobre su espalda y

la otra en su pelo, y la mantuvo así, con paciencia, dejando que se desahogara. Poco a poco sintió que el cuerpo de la humana se relajaba entre sus brazos y como los sollozos se transformaban en un suspiro final. La apartó con cariño para poder ver su cara.

—¿Mejor?

Ella asintió esbozando una leve sonrisa.

—Entonces volvamos. William me llamó hace un buen rato, mientras te buscaba, y ya debe de estar de camino.

—¿Le has dicho algo? —preguntó alarmada.

—Oh, sí, le he dicho que habías desaparecido y que no lograba encontrarte por ninguna parte. ¡Pues claro que no le he dicho nada! Aún soy joven para morir —replicó en broma.

Kate dejó escapar una risita.

—Gracias por no decírselo, se preocuparía y...

—No tienes que darme explicaciones si no quieres —replicó Shane—. Te han pasado muchas cosas en poco tiempo. Si para nosotros es difícil, no quiero imaginar cómo será para ti.

—¡Vaya! Creía que lo tuyo no eran las palabras —comentó Kate, empujándolo ligeramente con el hombro.

Shane la miró con el ceño fruncido, pero inmediatamente una sonrisa iluminó su rostro.

—Guárdame el secreto, ¿vale? Tengo una reputación de cerdo insensible que mantener.

Kate asintió y continuaron caminando en silencio. Cada pocos metros, Shane se giraba para dedicarle una sonrisa y viniendo de él, con su carácter introvertido, eran demasiadas atenciones por su parte para una sola tarde. Así que Kate estaba convencida de que lo hacía para asegurarse de que se encontraba bien, y le devolvía la sonrisa para tranquilizarlo. Pero cuando él dejaba de mirarla, su rostro se oscurecía y la desesperación se apoderaba de ella.

Al cabo de unos minutos, una idea empezó a tomar forma en su mente. Una idea tan atractiva como terrorífica. De repente fue consciente de que solo tenía una forma de estar con William para siempre, pero conseguirla era una auténtica locura.

—Shane, ¿puedo hacerte una pregunta? —preguntó tratando de parecer despreocupada.

Él se detuvo y la miró con atención.

—¿Qué serías capaz de hacer por alguien a quien amas? Y no me refiero a la familia —añadió.

Shane la contempló en silencio unos segundos. Aquella pregunta alertó a su instinto, le dio mala espina.

—Nunca he amado a nadie de esa forma.

—¡Por favor, Shane, es evidente lo que sientes por Marie! Y, por cierto, ella siente lo mismo por ti.

Shane dio un paso hacia atrás y cada uno de sus músculos se tensó.

—¿Ella te ha dicho que... siente algo por mí?

Kate asintió.

—¡Vaya, esto es... no sé qué decir! ¡Dios, pero si me he comportado... pensará que soy un idiota! —Se masajeó la mandíbula con nerviosismo.

—No empieces a agobiarte. Todo lo que haces le resulta encantador. Incluso cuando te pones borde le parece mono.

Shane empezó a sonreír para sus adentros. Estaba deseando que llegara el crepúsculo para poder hablar con Marie.

—No has contestado a mi pregunta —insistió Kate.

La expresión de Shane se endureció cuando volvió a mirarla.

—¿Qué tienes en la cabeza?

—¿Qué serías capaz de hacer por estar con ella, Shane? —repitió ella.

—Supongo que... ¡No sé, Kate, ni siquiera sé por qué me estás preguntando esto! —exclamó. Le dio la espalda mientras se pasaba una mano por pelo, sintiéndose incómodo. Volvió a girarse y, con las manos en las caderas, la miró fijamente—. Cualquier cosa, haría cualquier cosa —respondió al fin—. Y ahora dime a qué viene esa pregunta.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo entenderías —contestó, y empezó a caminar de nuevo.

William cruzó el vestíbulo como un rayo, subió las escaleras y avanzó por el pasillo. Subió el segundo tramo de escaleras y se detuvo frente a la puerta; todo en una décima de segundo. Giró el picaporte y entró sin llamar. Kate estaba delante del armario sosteniendo una percha en cada mano, de las que colgaban sendos vestidos, intentando decidir cuál de ellos ponerse. Envuelta en una toalla blanca y con el pelo mojado sobre los hombros, era una visión hermosa.

No dijo nada, la sonrisa en sus labios lo decía todo. Cerró la puerta de un empujón y avanzó con paso felino hacia ella. La abrazó y la hizo girar en el aire. Sin soltarla la empujó contra la pared y dejó que su cuerpo resbalara contra el suyo. Se apoderó de su boca, aplastándola con su peso. Sus labios presionaron con fuerza los de ella, con vehemencia, como si quisiera fundirla con él. Poco a poco se tornaron más suaves y, con un suspiro, enterró el rostro en su cuello.

—¡Cómo te he añorado! —susurró con los labios sobre su piel.

Kate se estremeció al sentir su aliento frío. Cerró los ojos y lo abrazó. Todo desapareció de golpe, los muebles, las paredes, el mundo. Solo existía él, el contacto de su piel, su olor; los deseos y las emociones que despertaba dentro de ella. Y entonces lo supo, supo que nada la detendría. Haría cualquier cosa por estar con él para siempre.

—Yo también te he echado de menos —murmuró casi sin aliento.

William se separó unos centímetros y acarició su cuello con el pulgar.

—Quise venir antes, pero surgieron problemas.

Frunció el ceño. De repente fue consciente de la desnudez de Kate bajo aquella toalla minúscula y se alejó un poco turbado. Recogió los vestidos del suelo y los dejó sobre la cama.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó ella.

William apoyó la espalda contra la columna de madera del dosel y enfundó las manos en los bolsillos de su pantalón.

—No son exactamente problemas, más bien algo con lo que no contaba. Dentro de unos días habrá un baile...

—¿Un baile? —inquirió Kate sin estar convencida de si eso era una buena noticia.

William asintió.

—Olvidé que este año se cumple otro centenario de la firma del pacto. Mi padre y los miembros del consejo se reúnen para celebrarlo. Aunque, más que una celebración, es la excusa que tiene Sebastian para recordarles que deben seguir respetando las leyes. —Hizo una pausa y su expresión se transformó con un atisbo de enojo antes de añadir—: Y que es él quien gobierna y no ellos.

Kate frunció el ceño, pensativa.

—¿Por qué?

—Porque muchos de los miembros del consejo acaban manejando sus territorios con atribuciones que no les corresponden. Olvidando que ellos son súbditos y no señores. Solo existe un señor de los vampiros, y ese es Sebastian. Él y sus leyes nos mantienen a salvo de un mundo dominado por los instintos.

Kate lo miró impresionada. El rostro del vampiro apenas aparentaba los veinte años, pero sus ademanes y su forma de expresarse demostraban que provenía de una época muy lejana a la suya; en más de un sentido.

—Quieres decir que tu padre sería como el presidente y esos vampiros su gabinete de gobierno.

William sonrió por la comparación.

—Algo parecido. Sebastian es el rey y ellos los nobles que le ayudan a cuidar de su pueblo. Aconsejan y opinan, pero la última palabra es la de Sebastian.

—¡Una monarquía absolutista! ¡Sí, muy democrático! —observó Kate de forma sarcástica.

Él se irguió y la señaló con el dedo sin dejar de sonreír.

—Agradece su totalitarismo, porque eso os mantiene a los humanos a salvo de convertirlos en el plato estrella de un buffet para vampiros —dijo arqueando las cejas con gesto condescendiente—. Ya sea por miedo o porque comparten sus ideas o por simple empatía hacia los humanos, el consejo respeta y obedece a mi padre y, con él, todos los vampiros.

—No todos —susurró Kate. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en los renegados y se abrazó los codos.

William bajó la vista.

—Es cierto, los proscritos son un problema, pero lo acabaremos solucionando. No son tantos como imaginas, y gracias a los Guerreros cada vez son menos. Así que no te preocupes por ellos —dijo esbozando una sonrisa tranquilizadora.

Kate le devolvió la sonrisa e intentó pensar en otra cosa.

—¿Y por qué motivos suele reunirse ese consejo? —preguntó. Sentía mucha curiosidad por el mundo de William.

—¡Por todos! —respondió con un atisbo de exasperación—. Traiciones, escarmientos, rencillas, dinero... A veces para pedir la bendición de Sebastian a la hora de convertir a un humano. Muchos vampiros piensan que solicitarla frente a todo el consejo...

Kate se enderezó de golpe.

—¡Espera un momento! ¿Podéis convertir a un humano? ¿Con esa bendi... lo que sea? ¿Qué es, como si pidierais permiso? —preguntó Kate sin dejar que acabara la explicación.

Millones de mariposas se agitaron en su estómago y su corazón empezó a latir violentamente. Convertirse en vampiro con el tiempo, era algo que estaba considerando seriamente. Más que considerar, ya era una decisión inamovible, y la única forma que se le ocurría para conseguirlo y no comprometer a William, era ir en busca de uno de esos renegados y pedirle que la mordiera. A pesar de que sabía que era el mayor disparate que se le había pasado por la cabeza.

Pero si había entendido bien a William, y estaba segura de que sí, ya no era necesario que se convirtiera en el tentempié de ningún vampiro psicópata, dispuesto a desangrarla hasta dejarla seca.

Era increíble cómo su angustia se había transformado en esperanza en un segundo. William pediría esa bendición a Sebastian y este no podría negársela. Y entonces él la convertiría en vampira, en un ser inmortal, y podrían estar juntos para siempre. Y esa idea ya no le parecía tan terrorífica y atroz.

—La noche que... cuando me hablaste de lo que hiciste —añadió ella—, creí entender que ese pacto que tenéis os compromete a no transformar a ningún mortal. Que si lo hacéis el castigo sería... la muerte.

William guardó silencio, y miró a Kate un tanto incómodo por su repentino y efusivo interés en la conversión de humanos.

—Y así es, el castigo es la muerte. Pero a lo largo de nuestra historia ha habido casos en los que, por unos motivos u otros, ciertos humanos han querido convertirse en vampiros. El pacto obliga a que esa decisión se tome en consideración y sin peligro, si se plantea de la forma adecuada ante los únicos con poder para decidir.

—Tu padre y Daniel —señaló Kate muy interesada.

William asintió.

—Y sus herederos. Robert, Marie, Carter, y o... en circunstancias especiales podríamos... Ya me entiendes —dijo sin más.

—¿Y cómo se hace? ¿Có... cómo se pide esa bendición?

—¿Para qué quieres saberlo? —preguntó William en tono suspicaz y de pronto pareció rígido, retraído.

—Por curiosidad, nada más.

William dudó un momento, pero al final respondió.

—Hay unas palabras formales, aunque han caído en desuso. Ya te he dicho que solicitar la bendición no es muy común y cuando algo no se utiliza suele caer en el olvido. —Kate le hizo un gesto de apremio para que no divagara—. Se pide la bendición y si se concede, cosa que no suele ocurrir la mayoría de las veces —enfatózó sus palabras para asegurarse de que las entendía—, el vampiro que la solicita puede transformar al humano. Pero no es de eso de lo que estamos

hablando, sino de que los miembros del consejo vendrán aquí junto con sus familias, y asistirán al baile. ¡Y no sabes cuánto lo siento! Si lo hubiera sabido... —se disculpó con un sentimiento sincero de malestar.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó preocupada.

William se sentó en la cama con los brazos descansando pesadamente sobre las piernas. Ladeó la cabeza y la miró esbozando una triste sonrisa.

—Exponerte de esta forma a ellos. La alta sociedad vampírica se reunirá aquí en pocas noches, con todo lo que eso conlleva. Serás el centro de todas las miradas y las conversaciones girarán en torno a ti. Incluso habrá quien cuestione y critique tu presencia. Muchos creen ciegamente en la supremacía de la raza y, aunque respetan la vida humana, lo hacen como el vegetariano que respeta la de los animales, pero para el que nunca dejan de ser animales.

Kate agarró con fuerza la toalla a la altura de su escote y se sentó en el diván algo temblorosa.

—Pero no debes preocuparte —añadió él con una sonrisa—. Tu sitio está conmigo y mi familia apoya mi elección. Nosotros jamás hemos compartido esas ideas, y nada ni nadie puede influir en eso.

Kate intentó relajarse, al tiempo que trataba de convencerse de que no importaba. No importaba que aquel castillo se llenara de vampiros, ni que ella se convirtiera en el centro de todas las miradas, porque esos seres eran su futuro. Tarde o temprano sería uno de ellos.

—No te preocupes —le dijo al chico—. Este es tu mundo y esos vampiros son parte de él. Si quiero estar contigo yo también debo formar parte, tendré que ganarme su aceptación. ¡Seguro que acaban adorándome! —exclamó con toda la calma que pudo aparentar, y un atisbo de ironía con el que pretendía convertir sus palabras en una broma.

William se puso en pie, y en un visto y no visto estaba arrodillado a los pies de la chica.

—¡Eres maravillosa! —dijo mientras le tomaba el rostro entre las manos y la besaba—. Pero no quiero esta clase de vida para ti. Volveremos a Heaven Falls y allí tendrás una vida normal. Tendremos una vida normal, ¿de acuerdo?

Ella asintió una sola vez y bajó la vista.

William salió de la habitación para que Kate pudiera vestirse, y entró en el baño. Se deshizo de su ropa y se metió en la ducha. Apoyó las manos en la pared e inclinó la cabeza hacia abajo, mientras el agua caliente resbalaba por su espalda. Giró el cuello y contempló la puerta, al otro lado se encontraba su única razón de vivir. Hasta que ella no entró en su vida, el significado de palabras como amor, felicidad, sacrificio... se reducía a eso, a un simple significado, a una definición. Algo que creía haber conocido antes, cuando contemplaba otros ojos; pero que ahora sabía que nunca fue así. Ya fuera por su juventud, por la inexperiencia, por lo ciego que puede ser el amor, nunca había amado de verdad.

No hasta enamorarse de Kate.

La amaba por encima de todo y también la deseaba. Verla envuelta en aquella toalla, con la piel mojada, había encendido de nuevo la llama. Deseaba estar con ella, y necesitarla de aquella forma tan desesperada le preocupaba. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había estado con alguien...

Se pasó la mano por el pelo, estirándolo hacia atrás para apartarlo de los ojos. Suspiró tratando de aflojar el nudo de su estómago. Sabía que antes o después ese momento llegaría, la tensión entre ellos flotaba sobre sus cabezas imposible de ignorar. Él quería que para ella fuera especial, hermoso, y el miedo a no ser el adecuado le hacía sentirse inseguro.

Salió del baño envuelto en una densa nube de vapor y se dirigió a su habitación. Durante un segundo pensó que se había equivocado de lugar. Lo encontró todo limpio y ordenado, las ventanas estaban abiertas y cada rincón olía a las fragancias del jardín.

Observó la librería y comprobó con agrado que los libros ocupaban su sitio como si él mismo los hubiera colocado. Tomó un antiguo ejemplar de *Mucho ruido y pocas nueces*, y acercó el libro a su nariz. Cada centímetro de piel de la encuadernación olía a ella, quién sino Kate habría adivinado su extraño sentido del orden. Dejó el libro junto a la cama con la intención de releerlo en los próximos días. Abrió el armario, sacó unos tejanos y una camiseta y se vistió.

Acababa de anochecer y el encierro de los vampiros había terminado. Al menos hasta el alba, cuando de nuevo volverían a su prisión dorada para protegerse de la luz mortal del sol.

Regresó a la habitación de Kate y la encontró sentada en la cama, abrochándose unas sandalias.

—¿Estás lista? Las puertas de los pisos inferiores están a punto de abrirse.

—Un segundo, solo un segundo —respondió Kate, peleándose con la hebilla.

—Deja que te ayude.

William se arrodilló a sus pies y con gentileza tomó su tobillo. Lo alzó hasta apoyar el pie sobre su muslo y abrochó la hebilla.

—Puedo hacerlo yo —replicó ella con el ceño fruncido.

—Lo sé, pero quiero ayudarte.

Kate se mordió el labio completamente ruborizada, sin darse cuenta apretaba el borde del colchón con tanta fuerza que los dedos se le empezaron a dormir. Nunca nadie le había puesto los zapatos, no desde que aprendió a atarse los cordones con cinco años. Y desde luego, no imaginaba que un gesto tan simple pudiera hacer que su corazón latiera desbocado.

William terminó de abrocharle la segunda sandalia y levantó la vista para mirarla. Sonrió ladeando la cabeza y le guiñó un ojo. Ella tuvo que contener el impulso de lanzarse sobre él, tumbarlo en el suelo y besarlo con la misma necesidad con la que necesitaba el aire para respirar. Algo que casi se convirtió

en un reto imposible cuando William posó las manos en la curva de su cintura y se inclinó hacia delante para rozarle el hombro con los labios.

El vestíbulo estaba completamente iluminado, y las lámparas de cristales se reflejaban sobre las baldosas de mármol blanco y negro que decoraban el suelo con un exquisito dibujo geométrico. William tomó la mano de Kate y juntos descendieron la escalera. Un joven vestido de negro cruzó el vestíbulo a su encuentro. Se detuvo junto al primer peldaño y los saludó con una sobria reverencia. Inmediatamente las duras líneas de su rostro se suavizaron, esbozando una sonrisa que dejó a la vista un atisbo de las puntas de sus colmillos.

—Me alegro de verte —dijo Cyrus con voz grave, una voz que contrastaba con su rostro aniñado.

—Yo también me alegro de verte —respondió William.

Se abrazaron un instante y con un ligero apretón en los hombros se separaron. Entonces Cyrus posó sus ojos en Kate e inclinó la cabeza.

—Katherine.

—Hola —respondió ella. Le costaba sostener la mirada de aquellos ojos tan claros que parecían un trozo de hielo, pero con una inusitada calidez cuando sonreía.

Cyrus volvió a dirigirse a William.

—Tu padre quiere verte, te espera en su estudio.

—¡Claro, en unos minutos bajaré! —indicó William.

—No le hagas esperar. Es importante. Todo esto del centenario lo ha puesto un poco nervioso.

William asintió y miró a Kate con una disculpa en el rostro.

—Tranquilo, ve. Yo daré un paseo.

—Prefiero que me esperes aquí.

Kate entornó los ojos. Le parecía encantador ese aire posesivo y protector que adoptaba con ella, pero no hasta el extremo de que no pudiera dar un solo paso sin él; era excesivo.

—No te preocupes, William, toda la propiedad está vigilada. No hay lugar más seguro que estos terrenos, hemos aprendido de los errores —señaló Cyrus—. Y tu hermana y Shane se encuentran en el cenador, no estará sola.

William lo miró perplejo y arqueó las cejas.

—Lo has llamado por su nombre, ni *bestia*, ni *chucho*... ¿Te estás ablandando,

Cyrus?

El rostro del viejo vampiro adoptó una expresión solemne.

—Hemos luchado juntos y nuestra sangre se mezcló en el campo de batalla; merece mi respeto —admitió, y señaló con la mano la puerta que daba entrada al piso subterráneo, recordándole a William que su padre lo esperaba.

—No tardaré —dijo William a Kate.

Descendieron juntos los tramos de escalera que conducían a los pisos inferiores. Enfilaron un amplio pasillo subterráneo, iluminado con tubos fluorescentes en el techo cada pocos pasos.

—Así que... es ella —dijo Cyrus en voz baja.

Conocía a William desde que era un niño y sabía que entre ellos existía suficiente confianza como para hablarle sobre su vida personal.

—Lo es —admitió con un suspiro.

—Lo cierto es que, viendo esa cara de idiota con la que te paseas, yo también creo que lo es.

William soltó una carcajada que resonó entre las paredes.

—¡Vamos, Cyrus, no creo que vayas a desintegrarte por decirlo!

El vampiro rubio le lanzó una rápida mirada por encima del hombro y sus labios se curvaron con una sonrisa.

—Me alegro por ti, amigo. Y me gusta, me gusta a pesar de que es humana —convino, moviendo la cabeza de un lado a otro con resignación.

Se detuvieron frente a una enorme puerta de acero y Cyrus marcó un código en un teclado que había a su derecha, en la pared. Se oyó un sonido metálico y las puertas se abrieron.

Entraron en un amplio vestíbulo, con un hermoso suelo de color rojo. Rodeado de columnas de mármol blanco, talladas con la forma de cuerpos femeninos vestidos con togas de estilo romano, tan livianas que se podía adivinar sin problema las formas del cuerpo bajo ellas. A través del umbral que formaban las columnas se abrían tres pasillos. Tomaron el que tenían frente a ellos y avanzaron por él hasta una habitación con puertas de cristal. Allí encontraron a otros vampiros vestidos de forma idéntica a la de Cyrus, todos ellos armados. Los Guerreros se levantaron de golpe al ver a William y con una inclinación marcial lo saludaron. William les correspondió con una sonrisa y su atención se centró en los monitores que ocupaban todo el ancho de una de las paredes. Miró en derredor, y estudió con atención el material que se distribuía por la sala.

—Todo este equipo es nuevo —señaló William, asintiendo satisfecho.

—No hay nada mejor respecto a seguridad, ni siquiera se ha comercializado aún. Desde el ataque al laboratorio, nos hemos vuelto un poco paranoicos —le explicó Cyrus apoyando las manos en las caderas.

—Nunca es demasiado —dijo William, mirando con atención uno de los monitores. Kate paseaba por el vestíbulo de arriba, con las manos entrelazadas en

la espalda—. Aunque...

—¿Qué? —preguntó Cyrus.

—Nada —respondió meneando la cabeza. Las dudas continuaban asaltándolo con una gran intensidad.

Abandonó la sala de seguridad dejando allí a Cyrus, y continuó por el pasillo. Giró a la derecha y un corredor mucho más amplio y ostentoso apareció ante él. Se detuvo frente a una puerta de caoba con picaportes dorados y llamó con los nudillos.

Aileen salió a recibirlo. Lo besó en la mejilla, entreteniéndose en el gesto.

—Pasa, tu padre te espera. Yo tengo que ir a ver a Harriet, quiero darle algunas instrucciones para el baile. Nos veremos más tarde, ¿de acuerdo?

William asintió y le devolvió el beso. Se quedó inmóvil mirando como ella se alejaba, delicada y etérea, como si sus pies no tocaran el suelo y flotara en el aire.

Entró en el estudio de su padre, una amplia estancia repleta de librerías de nogal atestadas de primeras ediciones. Algunas tan antiguas, que las conservaba en cajas de cristal perfectamente herméticas por el miedo a que los ejemplares pudieran desintegrarse con solo tocarlos. Retratos de toda la familia colgaban de las paredes, junto a obras de Monet, Pissarro y Renoir.

Sebastian se encontraba en el centro de la habitación. Sentado a en un impresionante escritorio de madera tallado a mano, flanqueado por dos sofás de cuero negro y una mesita de largas patas torneadas junto a cada uno de ellos. Se levantó apartando la litografía que examinaba y con paso rápido rodeó la mesa.

—Gracias por venir. Adelante —dijo con una mano en la espalda de William, invitándolo a que se sentara. Se acercó a una de las vitrinas y tomó dos copas de cristal. Las colocó sobre la mesa, volvió para coger una botella de un armario climatizado contiguo y sirvió parte del contenido en las copas.

—¿Qué mirabas? —preguntó William.

—Una litografía inédita de Matisse, la encontré hace poco. La examinaba antes de enviarla a Suiza. La galería ya tiene comprador. ¿Cómo ha ido todo? ¿Has tenido algún problema? —preguntó a William mientras le entregaba una de las copas.

William la alzó un poco y miró la sangre templada que contenía; dio un sorbo.

—No, ningún problema. Se cerrará parte del aeropuerto a partir de las ocho y todos los coches estarán allí a las nueve. Duncan se encargará de recibirlos. Por la mañana, Beth traerá sangre suficiente como para alimentar a un centenar de vampiros sedientos durante un mes. Así que espero que la sed no sea un problema —apuntó en tono amenazante, y dio otro trago.

—¿Te preocupa Katherine? Nadie le pondrá un dedo encima, no en esta casa, lo sabes —dijo Sebastian al percibir un atisbo de enojo en la voz de su hijo.

—¿También hablas por Misha y Hared? Esos dos nunca se relacionan con

humanos, y tú y yo sabemos por qué.

—Desde que se les concedió el perdón, siempre han cumplido las leyes.

—Sí, porque huyen de los humanos como de la luz del sol, ¿pero qué ocurrirá cuando estén entre estas paredes con ella?

—Desmembraré con mis propias manos a cualquiera que se acerque a ella. Pero no creo que lleguemos a esos extremos. Katherine es ahora un miembro de esta familia y nos encargaremos de que todos lo sepan, para que no haya dudas sobre lo que pasará si sufre algún daño. He hecho la vista gorda en circunstancias especiales y ellos lo saben, pero seré intransigente en este caso. Me aseguraré de que lo entiendan —dijo Sebastian con seguridad.

—Espero que así sea, porque mataré a quien se atreva a tocarla sin importarme las consecuencias.

Sebastian miró a William con un profundo amor. Se había resignado a verlo vagar por el mundo convertido en un fantasma triste y solitario, que se mantenía vivo solo por el odio y la rabia que anidaban en su interior. Alimentado por la amargura y la sed de venganza. Pero ese fantasma había desaparecido y su hijo había vuelto más vivo que nunca. Sus labios se curvaron y una suave risa surgió de ellos.

—Créeme, dudo que alguno de ellos sea tan imprudente como para provocar tu ira —comentó orgulloso. Y volvió a llenar las copas.

William miró a su padre con el ceño fruncido e inmediatamente su rostro se suavizó.

—¡Dios, ni yo mismo me soporto! Pero creo que... que es normal que me preocupe tanto por ella, aunque a veces sé que la asfixio un poco con mi inquietud.

—Solo actúas como un hombre enamorado que cuida con celo a su prometida.

William apuró de un trago su copa y se puso en pie, se aproximó al escritorio y la dejó muy despacio.

—Lo cierto es que aún no le he hecho una propuesta —reconoció con timidez.

—Pero piensas hacérsela, es evidente.

—¡Por supuesto! Convertirla en mi esposa es lo que más deseo. Puede que peque de conservador, pero para mí es importante.

—¿Entonces, a qué esperas? Ya no hay ningún lazo que te lo impida —le hizo notar Sebastian. La muerte de Amelia había liberado por completo a su hijo de cualquier compromiso.

—Si por mí fuera, me casaría con ella esta misma noche, pero creo que debo darle un tiempo para que esté segura de que quiere pasar el resto de su vida conmigo. Acaba de conocerme y es muy joven.

—Entiendo.

William se llevó las manos al rostro y lo masajeó con fuerza.

—¡Padre, la amo tanto que me volveré loco si la pierdo! Pero no dejo de ser consciente de las diferencias que nos separan, y aunque para mí sean insignificantes, puede que para ella acaben siendo insalvables. Debe estar segura de lo que quiere.

—Tienes razón. Qué es el amor sino sacrificio y sufrimiento, pero merece la pena, y hablo por propia experiencia. —Suspiró—. Y hablando de experiencias. Ahora que estamos solos, quiero que seas sincero conmigo, William. Quiero saber cómo llevas todo lo que te está pasando.

—Lo llevo bien. —Hizo una breve pausa y sus labios se curvaron con una triste sonrisa—. Cuando no pienso en ello.

—¿Y si piensas en ello?

William cerró los ojos un momento.

—Unas veces es genial, maravilloso. Me siento increíblemente fuerte, rebosante de energía, sería capaz de reducir una montaña a escombros si me lo propusiera. Mover objetos... —Posó sus ojos sobre una butaca que había en una esquina. La butaca se movió, cruzando la estancia con rapidez hasta la esquina contraria— es solo una nimiedad comparado con lo que siento que puedo llegar a hacer. Y la impaciencia por descubrir esas nuevas cosas me corroe. Otras veces, simplemente me deprimó y no dejo de preguntarme por qué yo. Pero lo peor es que me doy miedo a mí mismo.

Sebastian lanzó una rápida mirada a la butaca que acababa de moverse; si se sentía desconcertado o impresionado, su rostro no lo reflejó.

—¿Cuándo empezó?

—Al llegar a Heaven Falls, al conocer a Kate. Todo en mí se intensificó, sobre todo mis instintos. Me ha costado tanto protegerla —se lamentó.

—¿Protegerla?

—De mí. Si supieras las cosas que se me pasan por la cabeza.

Sebastian se dio cuenta inmediatamente de que era mejor cambiar de tema. El sentimiento de culpabilidad que tenía William por desear la sangre de Kate era muy intenso, y le causaba un gran sufrimiento.

—Creo que es a ti a quien hay que proteger de ella —dijo Sebastian. Se sentó en el sofá con las piernas cruzadas y los brazos estirados sobre el respaldo—. Pronto empezará a organizar tus cosas, creará que esto está mejor aquí, que lo otro allí, «no me gusta esa camisa, ponte esta otra». Acabará tus frases y cuando por fin sepas dónde está cada cosa, volverá a cambiarlo todo de sitio porque lo que ahora se lleva es el *feng shui*. Y aún peor, quitará tus discos de Duke Ellington para poner su colección de grandes éxitos de los setenta y ochenta. ¡Odio la música disco! —Frunció el ceño con un gesto exasperado. William soltó una carcajada y comenzó a mover la cabeza de un lado a otro—. Y eso solo los primeros meses. Imagínate cómo será cuando llevéis cuarenta años juntos. Y, a pesar de todo, te darás cuenta de que cada día que pasa la amas

más y más.

—¿Hablas de Kate o de mi madre? —preguntó William con malicia.

Ambos empezaron a reír con ganas.

Sebastián se acomodó descruzando las piernas para estirarlas, e intentó sacudirse de encima la sensación de inquietud que lo acompañaba todo el día. Las nuevas noticias habían hecho que el instinto de proteger a su hijo prendiera en su pecho como una hoguera.

—No dejo de pensar en ese ser —dijo en voz baja, y le dio un sorbo a su copa. Con un gesto indicó a su hijo que se sentara y William obedeció ocupando el otro sofá, frente a él—. ¿Estás completamente seguro de que es un vampiro, de que es como tú?

—No tengo ninguna duda.

—Pero eso de que desapareciera sin más, no es un poder de vampiro.

—Tampoco las cosas que he empezado a hacer yo, aunque mis habilidades parecen trucos baratos de ilusionista si los comparas con desvanecerte en el aire. Lo tenía agarrado por el cuello, era imposible que se soltara, y de repente se evaporó, se desvaneció. Es más, creo que en ningún momento controlé la situación. Se dejó coger porque en realidad quería hablar conmigo, contarme esas cosas. Insistía en que mi única alternativa era darle mi sangre a ese tipo misterioso.

—¿Ya no crees que Amelia y Andrew Preiss fueran los artífices de ese plan?

—Tengo mis dudas. Hay tantas piezas que no encajan. Como lo del robo. ¿Para qué entraron aquí? Si dentro de esa caja no había nada. Si el suero es un imposible, ¿para qué esa pantomima?

—Puede que ese chico te haya mentado en todo, que nada sea cierto. Quizá sí tengan un suero, o puede que el robo fuera una maniobra de distracción para mantenernos ocupados y que no descubriéramos su auténtico juego.

—Cuantas más preguntas me hago, menos sentido tiene todo —dijo William con un atisbo de desesperación.

Sebastian dejó caer la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo. Cerró los ojos y unas profundas arrugas marcaron su frente, fue como si de pronto el cansancio de muchos siglos de vida cayeran de golpe sobre él.

—No, no tiene sentido... o puede que sí lo tenga, no sé. —Alzó la cabeza y miró a William con atención—. Cyrus me contó algo, algo que me inquieta desde entonces.

—¿Qué?

—Es sobre esos poderes que estás desarrollando, quizá no sean solo unos trucos baratos. La noche que te enfrentaste al ejército de Amelia, Cyrus dice que te transformaste, que de tu cuerpo emanaba un poder extraño y que tú solo acabaste con la mayoría de esos renegados. Asegura que en todos sus siglos de vida nunca ha visto nada parecido. Tu fuerza, tu rapidez. Cyrus me confesó que

por primera vez en mucho tiempo, rezó para que distinguieras a los amigos de los enemigos, porque desataste el infierno en aquel campo... —Guardó silencio y miró a William con atención. La expresión de su rostro parecía una caricatura, con los ojos abiertos como platos—. No recuerdas nada de eso, ¿verdad?

William negó con la cabeza.

—No sé de qué estás hablando —dijo muy despacio, y se llevó las manos a la cara—. ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué soy? —preguntó con angustia.

Sebastian se acercó a su hijo y se sentó junto a él, puso una mano en su hombro y le dio un ligero apretón.

—No pasa nada. Eres William, el hijo de tu madre y el hijo de mi corazón. No hay nada malo en ti, no lo dudes nunca.

—Pero esas cosas que hago...

—Gracias a esos poderes salvaste a muchos. A tu hermana, a Daniel y a sus hijos, a todos esos humanos que habitan Heaven Falls. Tu interior es hermoso.

—¿Cuándo es hermoso? Cuando mi ira me hace desear arrancarle la cabeza a todo el que se me pone por delante o cuando me bebería hasta la última gota de sangre de la mujer que amo o cuando fantaseo con cosas que no serías incapaz de imaginar. ¿Cuándo, padre?

Sebastian suspiró y se hundió en el sofá.

—No eres el único que tiene esos pensamientos. Esa es la maldición de nuestra especie, pero nuestro dolor y nuestro sufrimiento nos hacen dignos. No nos sometemos a un destino insultante que otros han escrito por nosotros, sino que somos dueños de nuestro destino y, si somos pacientes, obtendremos nuestra recompensa.

—Yo he sucumbido.

—Y yo, hijo mío, pero para eso existe el arrepentimiento, y para el arrepentimiento el perdón. Voy a darte un consejo como padre, William: lo importante no es lo que eres, sino cómo eres, así que no cuestiones tu naturaleza y acéptala sin más. Ahí arriba hay una chica preciosa que te ama, y en tu lugar no perdería el tiempo cuestionando preguntas que aún no tienen respuesta.

Apoyó una mano en la espalda de su hijo.

—Y ahora voy a darte un consejo como tu señor —dijo muy serio. William ladeó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Este tema solo incumbe a la familia, no queremos convertirte en el objetivo de un grupo de fanáticos, ¿verdad?

—¿Te refieres a otro grupo de fanáticos, o a los mismos que ya me persiguen por mi sangre milagrosa? —preguntó con sarcasmo y una simpática sonrisa apareció en su cara. Su padre tenía razón, tenía que aprender a relajarse. Por primera vez en ciento cincuenta años era feliz, y sobre todo afortunado, porque la vida no solía prodigarse con segundas oportunidades—. En serio, no tienes de qué preocuparte. Ya sabes cuáles son mis intenciones.

—Sí, y aunque me gustaría que te quedaras con nosotros, he de admitir que

tengo curiosidad por ver cómo te las arreglas para procurarle esa vida normal a Katherine, mientras te conviertes en el señor de los vampiros del nuevo continente.

—¡No voy a convertirme en el señor de nadie! —exclamó rotundo—. Solo intentaré que, a partir de ahora, las cosas les sean un poco más fáciles.

—Lo que tú digas —señaló Sebastian, dejando escapar una suave risa. Se puso en pie y rodeó el escritorio—. Echaba de menos hablar así contigo —dijo a la vez que cogía una americana del respaldo de su sillón y se la ponía con una elegancia innata.

—Yo también. Pero tú no me has llamado solo para hablar sobre mis propósitos con Kate, ni sobre mis nuevas habilidades.

—Tienes razón. —Puso una mano en su hombro e hizo un gesto hacia la puerta con la otra—. Acompáñame.

Subieron al vestíbulo. Continuaron hasta el primer piso y giraron a la izquierda, hacia el ala oeste de la mansión. Recorrieron varios pasillos hasta llegar al torreón. Allí, el Guerrero que custodiaba la puerta se apresuró a abrirla en cuanto les vio aparecer. Ascendieron por una oscura escalera de piedra. Sebastian sostuvo la puerta en la que terminaban aquellos peldaños y William traspasó el umbral cada vez más nervioso, consciente de adónde se dirigían. Enfilaron un nuevo corredor de paredes pintadas con oscuros dibujos. Escenas de una sangrienta guerra entre vampiros y licántropos que tuvo lugar muchos siglos antes.

—No entiendo por qué sigues manteniendo esto —dijo William sin disimular lo repulsivas que le resultaban aquellas imágenes.

—No quiero olvidar. Contemplar esta barbarie me ayuda a no rendirme y a no dejarme arrastrar por esos sentimientos ególatras que dominaban a nuestros antepasados. —Se paró frente a una pintura que representaba a un vampiro sosteniendo una brillante lanza con la que ensartaba el cuerpo de un licántropo. Y añadió—: Los antiguos vampiros nunca fueron superiores, solo creían serlo, y esa idea casi acaba con nuestro linaje.

Sebastian lanzó una mirada al techo y apretó los dientes. Nubes oscuras iluminadas por rayos decoraban esa parte. Semiocultos entre ellas, unos fieros rostros observaban la batalla, condenando a través de sus ojos plateados lo que ocurría sobre una tierra anegada de sangre. Bajó la mirada y continuó andando.

Penetraron en una sala estrecha y alargada. Sebastian encendió un candelabro de cinco brazos y la luz llenó de sombras danzantes toda la estancia, la única sin electricidad de la mansión. William recorrió con la vista el lugar donde se reunía el consejo, una réplica exacta a la que durante siglos se usó en Roma hasta que se firmó el pacto. A ambos lados, en hilera y con el respaldo apoyado contra la pared, se distribuían banquetas cruzadas con el asiento de cuero. Todas iguales. Excepto cuatro tronos de madera, tan sencillos que hubieran

pasado por sillas.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó William mirando a su padre a los ojos.

Sebastian cruzó la sala con paso rápido, rodeó los tronos y se detuvo frente a la pared. Empujó con la mano y la piedra cedió. Cruzó el umbral que acababa de abrirse y William lo siguió sin mediar palabra. Entraron en otra sala, esta mucho más pequeña, completamente vacía a excepción de un cofre negro de madera situado en un sobrio altar.

Sebastian lo abrió con lentitud y tomó de su interior un viejo y amarillento pergamino. Se lo entregó a su hijo.

William cogió el pergamino con un cosquilleo en los dedos, consciente de lo importante que era. Sus ojos recorrieron los trazos de tinta y se detuvieron en las últimas líneas. Las leyó en silencio.

... ambas razas se someterán a las mismas leyes. Nunca más se dañará a un humano, no se les dará a conocer nuestra naturaleza hasta que su mundo esté preparado para ello. Nos adaptaremos a sus costumbres y viviremos bajo sus normas.

Ambos linajes tendrán poder para impartir justicia. Considerando proscrito y condenando a muerte, a todo aquél, vampiro o licántropo, que no cumpla con estos preceptos. Sin que ello se convierta en una violación de este tratado.

Victor Solomon, señor de los licántropos, y Sebastian Crain, rey y señor de los vampiros, bajo los ojos de Dios comparecen para firmar con su sangre este pacto. Sangre que jamás volverá a ser derramada, sangre que pondrá fin a esta guerra.

Que la oscuridad consuma al que falte a su palabra.

Roma, año 1009.

Al pie del pergamino, los nombres de Sebastian y Victor estaban escritos con sangre.

—Robert y tú me contasteis esta historia un millón de veces cuando era niño. Entonces pensaba que no era más que un cuento para asustarme —dijo William, devolviéndole el pergamino—. ¿Qué hacemos aquí?

Sebastian cerró el cofre y miró fijamente a William.

—Y lo era, era un cuento. La verdad es muy distinta —susurró.

William frunció el ceño sin entender. Abrió la boca para decir algo, pero finalmente guardó silencio. Conocía a su padre, y estaba seguro de que quería revelarle algo importante.

Sebastian comenzó su relato.

—Cuando los licántropos aparecieron en el mundo, los vampiros tuvimos miedo por primera vez. Aquellas criaturas que podían cambiar a voluntad su

forma humana por la de un lobo de gran fiereza y fuerza eran una amenaza, o eso creíamos nosotros. Les dimos caza y los sometimos, condenándolos a siglos de esclavitud. Durante ese tiempo de tiranía vino al mundo Victor Solomon. Él nunca aceptó la servidumbre y, en cuanto alcanzó la edad adulta, dirigió una rebelión con la que logró liberar a su clan. Se desató un odio contenido durante mucho tiempo y la guerra estalló. Nos masacrábamos unos a otros y las bajas en los dos bandos eran numerosas. Ese frenesí mortal casi acabó con ambos linajes, y cuando todos parecíamos condenados a la destrucción...

—Tu padre murió y tú le sucediste cambiando el destino de todos. Era un sanguinario y tuviste que matarle, para demostrar que eras más fuerte y así conseguir que los vampiros te obedecieran y te aceptaran como rey. ¡Conozco la historia de memoria! —intervino William. No deseaba escuchar de nuevo aquel relato, ni tampoco entendía por qué Sebastian volvía a narrarlo.

—Te equivocas, yo nunca maté a mi padre. Él se sacrificó por mí, por su sueño.

William se quedó mudo por la sorpresa, sus ojos abiertos como platos no pestañeaban.

—En aquella época —continuó Sebastian—, Alexander Crain era el señor de los vampiros por derecho de nacimiento, como primogénito de su padre y como descendiente de Lilith. Una noche, un grupo de licántropos consiguió entrar en el castillo y mató a mi madre. Alexander enloqueció y los persiguió cegado por el deseo de venganza.

» Los encontró ocultos en una choza, no muy lejos de aquí, pero no fue capaz de matarlos porque allí solo encontró a un par de niñas y a tres muchachos que apenas pasaban de los quince. Alexander había asesinado a sus padres unos meses antes, y los muchachos habían ido en busca de venganza, al igual que él estaba haciendo en ese instante. Mirando aquellos rostros asustados se dio cuenta de que aquella guerra sin sentido debía acabar. Dejó que se marcharan, y desde ese momento todo cambió para él. Empezó a percibir el mundo con otros ojos y consiguió que yo también lo hiciera.

William respiró hondo y preguntó.

—¿Te refieres a los humanos?

—Sí, ellos también eran padres, hijos, tenían familias que sufrían por nuestra culpa. Pero había un problema, los tres hermanos de mi padre no estaban de acuerdo con sus nuevas ideas. Jamás permitirían el cambio, lo matarían antes de ceder a sus pretensiones. Así que ideó un plan. —Sus ojos relucían como rubies a la luz de las velas—. Logró convencerlos de que Victor Solomon se encontraba cerca. Preparó una incursión y los guió hasta una aldea abandonada. Yo los acompañaba. Cuando llegamos allí, los mató a los tres sin dudar, a sabiendas de que la estirpe de Lilith casi desaparecería.

» Me explicó que aquella era la única forma. Que ahora un nuevo futuro

estaba en mis manos, y que debía dar una muestra de mi poder al clan vampiro para que me aceptaran como su nuevo rey y accedieran al cambio. ¡Y qué mejor muestra que acabar yo solo con los cuatro vampiros más poderosos del mundo! Me negué en rotundo. Amaba a mi padre y estaba dispuesto a entregarme al amanecer antes de hacerle daño. Él lo sabía y me lo puso fácil — su voz se apagó hasta convertirse en un susurro. Los recuerdos continuaban siendo dolorosos—. Se decapitó a sí mismo. El resto de la historia es la misma que ya conoces.

William apoyó la espalda contra la pared y se dejó caer hasta sentarse en el suelo.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —preguntó.

Sebastian se sentó a su lado y apoyó la mano en su rodilla.

—Necesitas saberlo. Créeme, lo necesitas —aseguró al ver la expresión de William—. Nunca dudes de la familia, hijo mío. Incluso cuando todo te sugiera que no debes hacerlo, confía en la familia. Lo que te acabo de revelar es la prueba de ello.

En el exterior la noche era silenciosa. Solo se oía el murmullo del agua de la fuente, resbalando sobre las esculturas de jaspe de las que manaba. El cielo estaba despejado y un mar de estrellas lo iluminaba con miles de destellos. Kate cruzó los jardines de camino al cenador. El templete de piedra se encontraba en la parte de atrás, entre los parterres de rosas. Sonrió al descubrir a Shane y a Marie bajo él, sentados sobre un elaborado banco de hierro forjado, semiocultos tras la celosía.

Algo le dijo que no debía acercarse. Se detuvo en el mismo instante en el que Shane se inclinaba sobre Marie y la besaba con una pasión desenfrenada. Cuando ella se sentó a horcajadas sobre él, Kate se dijo que no quería ver aquello, y dio media vuelta para otorgarles intimidad.

Vagó sin rumbo durante un rato. Pronto sus ojos se acomodaron a las sombras y empezó a distinguir la silueta de la arboleda. Pensó en Harriet y en que no sería mala idea hacerle una pequeña visita. Así podría disculparse por la forma precipitada en la que se había marchado esa mañana.

Comenzó a caminar y no tardó en arrepentirse de aquella decisión. Desde la mansión la arboleda no parecía tan lejana, pero estaba más cerca de la casita que del enorme castillo y continuó andando. Poco a poco el contorno de la casa se dibujó ante sus ojos. Era pequeña, apenas tendría tres habitaciones. La hiedra había cubierto gran parte de la fachada y el tejado. Sobre el alfeizar de las ventanas había jardineras repletas de flores. Olía a jazmín.

Se paró frente a la puerta. No había luz en las ventanas y tampoco se escuchaba ningún ruido que indicara que allí hubiera alguien. Golpeó con los nudillos, nadie contestó. Insistió con más fuerza y esperó. Al cabo de un minuto se convenció de que la casa estaba vacía.

Una ligera brisa agitó las ramas de los árboles y el rumor de las hojas se extendió en el aire con un sonido hipnotizador. Unas campanillas comenzaron a sonar y Kate se sobresaltó dando un respingo. Miró hacia arriba y vio colgando del pequeño soportal un carillón que no dejaba de mecerse con aquel estridente tintineo.

Una nueva ráfaga de aire hizo ondear su pelo y su vestido, arrastrando otros sonidos. Una rama crujió sobre su cabeza. Miró con atención y tuvo la vaga

ilusión de que algo se deslizaba de un árbol a otro. Sintió que cada centímetro de su piel se erizaba y que su corazón latía más deprisa. La sensación de que alguien la observaba se instaló en su pecho como un punto frío que congelaba el aire de sus pulmones.

—¡Hola! —dijo en voz alta.

Inmediatamente se dio cuenta de que aquello no había sido una buena idea. Si allí había alguien, ya no tendría ninguna duda sobre su presencia y lo asustada que estaba.

—¿Harriet? Soy Kate. —Llenó sus pulmones de aire y trató de que su voz sonara más calmada—. He venido para... ¡Dios, esto es ridículo! —susurró.

«Vale, tranquilízate, este sitio es el más seguro de la tierra. Es imposible que haya alguien acechando en la oscuridad. Seguro que es una ardilla», pensó.

Observó con atención los árboles. Obligando a sus ojos a ver a los diminutos animales, pero no encontró nada. Entonces se dio cuenta de un detalle. Desde que llegó a Blackhill House no había visto ningún animal, ni un pajarito revoloteando por sus alrededores. Eso no era normal, todo ser viviente temía aquel lugar y ahora empezaba a temerlo ella.

Desde allí podía ver las luces de la mansión como si fueran faros y empezó a caminar en esa dirección. Tan rápido como se lo permitían sus pies, pero sin correr. Su lado lógico la obligaba a convencerse de que no había ningún peligro, probablemente alguno de los Guerreros estaría vigilando por aquella zona. «Sí, eso debe ser», se dijo a sí misma.

Su instinto la empujaba a que echara a correr, pero su cerebro le decía que no era una buena idea; en las películas nunca acababa bien. La chica siempre salía corriendo y terminaba escondiéndose en el único lugar que no debía, o girando justo al lado contrario de donde se encontraba su única salida. Un grito ahogado escapó de su garganta, aquel crujido había sonado justo detrás de ella. Se giró y sus ojos captaron un movimiento, apenas una leve perturbación en el aire. Y su lado lógico dejó paso al irracional.

Sus pies se hundían en la hierba mientras corría a la mansión. Al cabo de unos minutos tuvo que aflojar el paso hasta detenerse. Casi no tenía aliento y le dolía un tobillo. Miró por encima de su hombro, nadie la seguía, y se sintió estúpida por haber tenido ese ataque de pánico. Moviò la cabeza y echó a andar; entonces chocó contra algo muy duro. Sus ojos se abrieron como platos, y todo el aire contenido en sus pulmones se escapó de golpe en lo que debería haber sido un grito.

Se quedó paralizada frente a aquel hombre de ojos penetrantes. Podía verlos destellar en la oscuridad como si fueran brasas ardientes. Y enseguida supo lo que era. El vampiro ladeó la cabeza y su mirada la recorrió de arriba abajo. Moviò el cuello hacia el otro lado y repitió el gesto. Kate dio un paso atrás, y el vampiro también se movió acortando la distancia, limitándose a mirarla.

—¿Te has perdido? —preguntó el vampiro con voz suave y melodiosa.

—No —se apresuró a responder Kate.

Tragó saliva.

—Entonces, ¿por qué corres tan asustada? —curioseó en tono malicioso.

—¡No estoy asustada! Corría porque me esperan en la mansión —respondió tratando de aparentar calma y seguridad—. Estoy aquí invitada por la familia Crain y no quisiera hacerles esperar. Así que si me disculpa —dijo con la firme esperanza de que ese comentario disuadiera al vampiro de cualquier despropósito. Al fin y al cabo, ¿quién estaría tan loco como para molestar a los Crain?

Kate rodeó al vampiro y se encaminó de nuevo a la mansión, esforzándose por mantener un ritmo tranquilo y acompasado al caminar. Lanzó una rápida mirada hacia atrás y comprobó aliviada que el misterioso ser no se movía.

—¡Ah!

Kate sintió cómo la sangre se le paralizaba en las venas. En un visto y no visto el vampiro se había deslizado hasta abordarla de nuevo. Ahora que se hallaban más cerca de la mansión, las luces de esta le ayudaron a verlo con más claridad. Tenía el cabello dorado, un poco más largo por delante que por detrás. Sus ojos eran de un azul oscuro, ligeramente rasgados, con unas pestañas largas y espesas. Era muy alto y esbelto y bajo la fina camisa de lino que vestía, pudo adivinar un cuerpo musculoso. Sonrió un poco al aproximarse a ella.

—No deberías caminar sola. La noche puede resultar peligrosa cuando no sabes lo que se esconde en ella —dijo con tono indiferente, y metió las manos en los bolsillos de su ancho pantalón de color beis.

—Dudo que aquí pueda correr algún peligro. William no lo permitiría y seguro que ahora estará buscándome —indicó a modo de aviso.

—¿William?

Kate asintió.

Una sonrisa arrogante se dibujó en los labios del vampiro, mientras deslizaba los ojos sobre ella logrando que se le pusiera la piel de gallina.

—Entonces deberíamos aliviar su preocupación. Nadie desea que el señor Crain se disguste, ¿verdad? —siseó entornando los ojos con un brillo malicioso.

Kate asintió de nuevo y el vampiro se estremeció con una risa silenciosa.

—Me aseguraré de que llegas de una pieza —dijo inclinándose sobre ella.

Sin avisar la tomó en brazos y echó a andar hacia la mansión. Kate quiso gritar, pero antes de que pudiera abrir la boca, él la dejó en el suelo junto a la fuente.

—No era necesario —gruñó ella, alisándose el vestido.

El vampiro esbozó una sonrisa torcida y sus ojos volaron a la puerta principal. William apareció en el umbral junto a Shane y Marie.

—¡Ahí estás! —señaló William con una sonrisa. Inmediatamente su

expresión se transformó con un gesto de sorpresa—. ¡Robert!

El vampiro rubio sonrió.

—¡Por Dios, William! ¿No has encontrado ni una sola tienda decente donde comprarte algo de ropa? Mírate, pareces un vagabundo —dijo Robert, observando con una mueca de disgusto sus tejanos desgastados y la camiseta blanca.

William soltó una carcajada y abrazó a su hermano.

—No te preocupes, no pienso avergonzarte más de lo necesario —repuso divertido, y sus ojos se posaron en la chica, que los contemplaba algo aturdida—. Veo que ya has conocido a Kate.

—Aún no hemos hecho las presentaciones. Estábamos en ello —indicó Robert.

La miró con los ojos entornados, con una expresión depredadora que contrastaba con sus movimientos suaves.

Kate no dijo nada, incapaz de parpadear o de moverse. Robert poseía el encanto innato de William. Compartía la belleza de sus rasgos y ese aura oscura y atrayente que los convertía en el objeto de deseo de cualquier humano. Al fin y al cabo esas eran sus armas de caza. Pero Robert poseía algo más, algo que le encogía el corazón con un extraño sentimiento que no lograba descifrar.

—Kate, te presento a Robert, mi hermano —dijo William.

Robert la tomó de la mano y depositó un beso sobre sus nudillos, apenas la rozó con los labios, y lo hizo sin apartar ni un instante la vista de sus ojos.

—Si la belleza tuviera un nombre, ese sería el tuyo, querida. ¡Katherine! —lanzó su nombre al aire con tal sentimiento, que ella no pudo evitar alzar los ojos esperando verlo cobrar forma.

—¿Tratas de flirtear con mi novia? —preguntó William divertido.

Rodeó la cintura de Kate con el brazo y la acercó a su cuerpo.

—¡No, Dios me libre de semejante insensatez! —exclamó Robert—. Pero sería una mayor ofensa ignorar lo que es evidente. Y por desgracia, después de mil años, sigo siendo un enamorado de las hijas de Eva.

—¿Y qué opina Charlotte de esa declaración? —inquirió Marie tras él.

Una sonrisa iluminó el rostro de Robert y lentamente se giró hacia su hermana.

—No debes preocuparte por la hermosa Charlotte, ni suponer que entre nosotros había algo más que simples escauceos. Mi corazón es solo tuyo, mi dulce hermana.

Marie soltó una carcajada, fresca y clara como el agua de un manantial, y se lanzó a los brazos de Robert. Él la recogió en un cariñoso abrazo y la hizo girar en el aire.

—Eres un adulator, ¿lo sabías?

—Sí, y también un hermano preocupado —el tono de su voz se volvió frío de

repente—. Casi pierdo el juicio cuando supe que te habías marchado sola. Fue una temeridad, podría haberte pasado cualquier cosa: renegados, cazavampiros... y Dios sabe qué más.

—Por favor, no seas melodramático. Sé cuidarme —replicó Marie bastante molesta.

—Robert —intervino William—, no la regañes. Ella sabe que no estuvo bien lo que hizo, pero se encontraba conmigo. Yo jamás hubiera permitido que le ocurriera nada.

—Sois mis hermanos, no podéis pretender que no me preocupe por vosotros. Protegeros es mi prioridad.

—Estaban protegidos —la voz grave de Shane resonó contra las piedras—. Esa también es nuestra prioridad.

Robert se giró hacia él y examinó con tranquilidad al licántropo, que le sostuvo la mirada con suficiencia y aplomo.

—Tú debes de ser Shane Solomon. He oído algunas cosas sobre ti que no dejan indiferente.

Shane realizó un leve gesto de cortesía con la cabeza.

—Yo también he oído algunas cosas sobre ti —respondió. Miró de soslayo a Marie. Ella bajó los ojos y una sonrisa turbada curvó sus labios.

La puerta principal volvió a abrirse y Aileen apareció como una hermosa visión.

—¿Pero que hacéis todos aquí? ¡Ah, Robert, me alegra que hayas regresado! Queda tanto por preparar.

Kate salió de la ducha con un estremecimiento y se envolvió en la toalla. Tomó otra del armario y comenzó a frotarse el pelo para secar el agua que le escurría por la espalda. Entonces se acercó al espejo y con la mano limpió el vaho de su superficie.

Contempló su imagen detenidamente, estiró los dedos para tocar su reflejo y se dio cuenta de que no dejaban de temblar. Había pasado la mayor parte del día muy nerviosa, pero ahora, a solo unos minutos de que una legión de vampiros invadiera Blackhill House, sus nervios se habían transformado en pánico. Era una humana en un nido de vampiros, como vino para un alcohólico. Se obligó a desenredarse el pelo sin prisa y, aparentando la misma calma, se aplicó una loción hidratante por toda la piel. Volvió a mirarse en el espejo y sonrió para infundirse confianza.

Kate salió del baño y se encontró con Aileen y Marie que la esperaban junto a la cama. Las dos vampiras ya estaban vestidas para el baile de solsticio, con el que celebrarían el aniversario del pacto, y eran la viva imagen de la belleza y la elegancia.

Aileen llevaba un vestido rojo de satén que marcaba su preciosa figura. Se había recogido el pelo en un moño alto decorado con perlas negras y dos plumas que colgaban rozando su nuca. Lucía un collar, también de perlas negras, que resaltaba la extrema palidez de su piel. A su lado, Marie resplandecía con luz propia, enfundada en un vestido de seda verde oscuro con un ribete de encaje que decoraba el escote barco de su corpiño. Una preciosa tiara de diamantes mantenía su larga y rizada melena apartada de su rostro.

—¡Estáis... increíbles! —exclamó Kate.

—Tú también lo estarás cuando hayamos terminado contigo —dijo Marie con una gran sonrisa.

Con un gesto de su mano la invitó a que se sentara frente al tocador en el que habían cubierto el espejo. Kate dejó que la peinaran y maquillaran, disfrutando del mimo con el que la trataban. Al cabo de un rato, Aileen le puso unas gotas de perfume en el cuello y con una sonrisa orgullosa se alejó unos pasos para poder contemplarla.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Kate poniéndose en pie.

Se giró y alargó el brazo para descubrir el espejo.

—¡No, todavía no! —le pidió Aileen sujetando su mano—. Falta lo más importante.

Marie salió de la habitación para regresar un instante después con un vestido en los brazos. Lo dejó sobre la cama con mucho cuidado.

—Es para ti. Un regalo de nuestra parte —dijo la vampira pelirroja mientras se abrazaba a su madre. Ambas observaron con adoración la expresión boquiabierta de la chica.

—Es precioso —susurró ella sin poder apartar los ojos del vestido negro. Con lentitud acarició el encaje que sobresalía de la enagua, la suave tela de la falda, la pedrería del corpiño—. No puedo aceptarlo —dijo de repente dando un paso atrás.

—¿Vas a rechazar nuestro regalo? —preguntó Aileen sin poder disimular una nota de desencanto.

—Es que... es demasiado bonito, y seguro que cuesta una fortuna —las palabras salían a borbotones de su boca—. Es imposible que pueda quedarme bien. Parecerá que voy disfrazada de... de... ¡Por favor, miraos, yo jamás podría lucir así!

—¡No digas tonterías! —la interrumpió Aileen. Se acercó a ella y le rozó la mejilla con los dedos—. Eres preciosa, Kate, por dentro y por fuera. ¡Ojalá pudieras ver lo que yo veo! —La rodeó con sus brazos y la estrechó—. Ahora deja a un lado esas ideas y vístete. Te esperaremos fuera.

Marie siguió a su madre sin dejar de sonreír ni un segundo, estaba encantada con el baile y con tener a Kate a su lado.

—¡Ni se te ocurra mirar! —le dijo a la chica antes de salir.

Kate asintió, y en cuanto se cerró la puerta tomó el vestido. Lo pegó a su cuerpo y giró un par de veces. Entonces se percató de la caja azul que había sobre las sábanas. Dejó el vestido con cuidado para que no se arrugara y se sentó al borde la cama. Puso la caja sobre su regazo. La destapó muy despacio, apartó el papel que cubría el contenido y sus mejillas enrojecieron inmediatamente. Rozó con los dedos el encaje y el satén de la ropa interior; era tan suave y liviana.

Se desprendió de la toalla y se puso el conjunto. La combinación le hacía cosquillas sobre la piel. Acarició la tela con timidez y volvió a ruborizarse; era imposible no sentirse guapa y sexy con aquellas prendas.

Kate terminó de vestirse y deslizó los pies dentro de unos zapatos con tacones de vértigo. Tragó saliva al dar los primeros pasos, convencida de que sería incapaz de mantenerse derecha sobre ellos. Fue hasta la ventana con paso inseguro, pero enseguida se dio cuenta de que el truco estaba en enderezar la espalda y no mirar al suelo. Sonrió cada vez más segura, e imitando el porte de una modelo regresó hasta la cama sin un solo traspie.

Unos golpecitos sonaron en la puerta.

—¿Lista? —preguntó Marie, asomando la cabeza. Aileen entró tras ella y ambas se pararon en seco con los ojos abiertos de par en par.

Kate asintió con un suspiro. Estaba deseando ver su aspecto y esa ansiedad hacía que le sudaran las manos.

Marie retiró la tela que cubría el espejo y se apartó.

Kate enmudeció mientras contemplaba su reflejo. Su pelo, rizado por las tenacillas, estaba semirrecogido sobre su nuca con un pasador. Mechones sueltos enmarcaban su cara y caían sobre los hombros. El maquillaje hacía destacar sus ojos con sombras oscuras y sus mejillas con un suave tono melocotón. Cerró los ojos un momento y volvió a mirarse, le costaba creer que aquel rostro hermoso que le devolvía la mirada fuera el suyo.

El vestido se adaptaba a su cuerpo como si estuviera hecho a medida, resaltando los hombros, el escote, su vientre liso y la forma de sus caderas. No podía apartar los ojos del espejo, se sentía hermosa.

—Estás preciosa —susurró Aileen junto a su oído. Le deslizó una fina cadena alrededor del cuello, de la que colgaba una esmeralda engarzada—. Es un regalo de Sebastian, era de su madre. Ahora quiere que la conserves tú y se molestará mucho si no la aceptas.

Kate le sonrió al reflejo de Aileen en el espejo y acarició con la yema de los dedos la joya. Se sentía un poco incómoda con todas aquellas atenciones, porque no tenía forma humana de devolverlas, pero no dijo nada. Era incapaz de causarles cualquier tipo de contrariedad.

Aileen colocó las manos sobre sus hombros y la besó en la mejilla.

—Perfecta. Hace juego con tus ojos.

—Vas a dejarlos sin habla, y sé de uno que no podrá quitarte las manos de encima —dijo Marie en tono travieso.

—¡Marie! —la reprobó Aileen con una sonrisa azorada.

Kate se sonrojó y volvió a mirarse en el espejo.

—¡Qué, es cierto! —exclamó Marie—. Cuando William la vea, seguro que sufre una combustión espontánea. El deseo causa ese efecto en nosotros.

—¡Marie! —Aileen volvió a reprenderla, esforzándose por no romper a reír a carcajadas.

Marie frunció los labios con un mohín burlón dirigido a su madre y tomó las manos de Kate. Tiró de ella obligándola a dar vueltas, girando cada vez más rápido, como si fueran dos niñas jugando, y se detuvieron junto a la ventana sin dejar de reír.

Aileen también reía, contemplándolas con adoración.

—Debo acompañar a Sebastian para recibir a los miembros del consejo —anunció. Se acercó a Kate y con sus pálidos dedos le recompuso un par de mechones sobre los hombros. Dio media vuelta y salió de la habitación.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Marie tiró de Kate y la obligó a sentarse junto a ella en el diván.

—Tengo que contarte una cosa muy importante. La otra noche pasó algo entre Shane y yo —dijo Marie en un susurro.

Kate asintió, mordiéndose el labio para disimular una sonrisa.

—Lo sé, vi cómo te besaba en el cenador.

Marie abrió los ojos de par en par con un atisbo de temor.

—¿Y William?

—No, él no estaba conmigo.

—Menos mal —suspiró llevándose una mano al pecho.

—¿Por qué? ¿No quieres que se entere?

—Sí, pero quiero que lo sepa por mí. Verás, es que... siempre he sido muy caprichosa con los hombres. He cambiado de novio como de zapatos y a veces, sin yo pretenderlo, les he hecho daño. Estoy segura de que mi hermano pensará que Shane es un nuevo capricho, y querrá apartarme de él. No se arriesgará a que pueda herirle, lo aprecia mucho. Por eso debo ser yo quien se lo diga.

—¿Y es cierto? ¿Es un nuevo capricho?

Marie empezó a negar compulsivamente con la cabeza.

—¡No! Claro que no.

—Es un buen chico, y se nota que le gustas mucho.

—Lo sé —admitió la vampira—. Y él no solo me gusta, le quiero de verdad.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo sé porque conozco el sentimiento. Hace mucho tiempo, cuando aún era humana, sentí algo parecido. —Una triste sonrisa se dibujó en sus labios. Apretó la mano de Kate y la miró a los ojos—. Se llamaba Lawrence Bettany, su madre me daba clases de piano y después siempre me invitaba a tomar el té. Lawrence nos acompañaba, y no tardamos en enamorarnos. Soñaba despierta que me casaría con él, que tendríamos cuatro hijos: dos niños y dos niñas. Y que disfrutaríamos de una vida perfecta en Bristol. Donde él daría clases en la universidad y yo cuidaría de los niños y de nuestra preciosa casa. —Lanzó un profundo suspiro y sus ojos brillaron.

A Kate le pareció que las lágrimas asomarían de un momento a otro, pero entonces recordó que los vampiros no podían llorar.

—En aquel tiempo me convertí en vampira —continuó Marie—, y no me quedó más remedio que abandonarle. Nunca dejé de amarle, siempre observándole en la distancia. Se casó, tuvo hijos; y, a pesar del dolor que eso me causaba, nunca miré a ningún otro hombre. Le fui fiel hasta el día de su muerte cuarenta años después.

Marie se puso en pie con una expresión apenada. Se acercó a la ventana y la abrió, dejando que la suave brisa nocturna refrescara la habitación. Se giró hacia Kate, que la observaba con preocupación, y forzó una sonrisa para indicarle que

todo estaba bien, que aunque recordar a Lawrence aún la entristecía, ya era un tema superado.

—Lo que siento por Shane es incluso más intenso. La pasión que despierta en mí me hace perder el sentido. Estoy irremediabilmente enamorada de él, lo sé, y siento que es para siempre. No concibo mi vida sin él, ahora ya no. ¿Puedes entenderlo?

Kate sonrió.

—Sí, te entiendo perfectamente —respondió, porque ella sentía lo mismo por William.

William y Shane cruzaron el vestíbulo con el sonido de sus elegantes zapatos resonando sobre el suelo de mármol rojo. Entraron en el estudio de Sebastian, donde él y Robert los esperaban, y tomaron asiento junto a ellos.

Sebastian se puso en pie, se dirigió al armario y sirvió sangre templada en tres copas; llenó la cuarta con vino tinto. Sin prisa repartió.

—Bien, la gran noche ha llegado —anunció mientras ocupaba de nuevo su lugar junto a Robert—. Duncan llamó hace unos minutos, pronto llegarán los primeros. Sé que no es necesario que diga esto, aun así lo diré. Este maldito baile es el mayor pulso político y de poder al que tenemos que hacer frente. Han pasado muchas cosas y ellos lo saben. No quiero conflictos, sed pacientes, no entréis en sus juegos y controlad vuestro temperamento. —Miró directamente a su hijo mayor cuando pronunció esas palabras. Robert forzó una sonrisa amable y apuró la sangre de su copa chasqueando la lengua—. Esta noche es especial, la presencia de Shane y Katherine la convierten en todo un desafío. Los miembros de nuestro linaje tendrán que controlar sus instintos...

William se removió incómodo ante el comentario.

—... su hostilidad y sus prejuicios —continuó Sebastian—. Al margen de lo que acabo de comentar, el solsticio de verano es importante para Aileen. Ella disfruta con todas estas celebraciones, tratemos de no disgustarla.

Sonaron unos golpes en la puerta y un Guerrero entró en el estudio.

—Señor, el primer coche se acerca.

Un Mercedes negro se detuvo frente a la puerta. Cyrus, irreconocible con su esmoquin, esperaba junto a la escalinata. Se acercó al vehículo y con fría cortesía abrió la portezuela. Ofreció su mano a una vampira de espesa melena oscura y la ayudó a descender.

Todos los miembros del consejo fueron llegando poco a poco. Sebastian, Aileen y Robert los iban recibiendo junto a la escalinata, prodigándose en cumplidos y atenciones a sus invitados.

Algo más apartados, William y Shane trataban de pasar desapercibidos, ignorando el impacto que estaban provocando. La presencia de William ejercía

tal fascinación entre los vampiros, que todos lo miraban sin ningún disimulo.

—Deberías relajarte, estás muy tenso —dijo Shane entre dientes.

—Y me lo dices tú. Puedo oler tu adrenalina como si fluyera por mis propias venas —susurró William, mientras inclinaba su cabeza saludando a un joven vampiro.

—Pero lo mío es comprensible, se llama instinto de supervivencia. Me resulta imposible reaccionar de otra forma con tanto vampiro cerca. —Se inclinó con una leve venia ante una vampira que le sonreía con timidez y algo de desconfianza.

William resopló exasperado.

—Es que no soporto cómo me miran. Me observan como si estuvieran esperando que de un momento a otro chasqueara los dedos y... ¡*Voilà!* William agita la varita y... —Extendió sus manos como lo haría un mago para mostrar que no oculta nada en ellas—. ¡Magia! ¡Ya estáis curados! ¡Alabado sea el señor!

Shane se llevó una mano a la boca y tosió para disimular su risa.

—Deja tus oraciones para otro momento. Charlotte y sus hermanas acaban de llegar —apuntó Robert tras ellos. Rodeando sus hombros con los brazos los empujó hacia el vestíbulo.

—¿Quién? —preguntó Shane con curiosidad.

—Unas vampiras tan ambiciosas como hermosas y, créeme, son muy hermosas —respondió Robert.

—¿Y huimos por eso?

—¿Qué te sugieren las palabras encerrona y matrimonio? —preguntó William a Shane arqueando las cejas.

—Nada bueno —respondió el lobo.

—Pues ellas son capaces de cualquier cosa con tal de emparentarse con un Crain. Y ahora que lo pienso, puede que también con un Solomon —apuntó Robert, guiñándole un ojo con malicia.

Cruzaron el vestíbulo y traspasaron las puertas del hermoso salón de baile. Donde ya se encontraba la mayor parte de los invitados. Las copas de sangre se alzaban junto a breves reverencias y ademanes de cortesía; y el ambiente se llenó de extraños acentos y lenguas exóticas.

William y Shane ocuparon un lugar al fondo del salón, junto al quinteto de cuerda que en ese momento tocaba el Minuetto de Boccherini. Robert apareció un segundo después portando tres copas. Entregó una a su hermano y otra a Shane, tomó un buen trago de la tercera y miró su contenido con una mueca en los labios.

—Está fría —dijo con disgusto. Alzó la vista de la copa y clavó sus ojos en su hermano—. ¿Qué ocurre?

William miraba fijamente hacia la puerta con los ojos entornados y los labios apretados.

—¿Qué hace ese aquí? —preguntó con desprecio.

Robert se giró buscando con la mirada, y de pronto sus hombros se pusieron rígidos. Sonrió, pero sus ojos estaban serios mientras observaba cómo un vampiro de larga melena oscura hacía su entrada en el salón.

—Es un miembro del consejo, puede estar aquí —respondió Robert sin poder disimular el odio profundo que sentía por aquel tipo. Empezó a mirar a su alrededor muy inquieto—. ¿Dónde está Marie?

—Arriba, con Kate —contestó William.

—¿Qué pasa con ese? ¿Y qué tiene que ver con Marie? —preguntó Shane con voz ronca.

—Ese es Fabio. Marcelo, su mentor, es uno de los vampiros más viejos y respetados del consejo, por eso no lo echamos a patadas en este mismo momento —dijo William en voz baja—. Lleva años obsesionado con Marie. Ansía unirse a ella y formar parte de esta familia.

Los ojos de Shane se transformaron con un brillo dorado y sus labios comenzaron a temblar por la tensión de su mandíbula apretada. Movi6 la cabeza de un lado a otro, como lo haría un depredador midiendo las fuerzas de su presa.

—Marie no debe quedarse sola... —empezó a decir Robert.

—¿Crees que ese tipo sería capaz de hacerle daño? —murmuró Shane, esforzándose al máximo para mantener una actitud calmada.

—Si te refieres a clavarle una daga de plata en el corazón, no, no lo hará. Pero se le da bastante bien acosar y forzar a las mujeres. No creo que llegue a esos extremos con mi hermana, sabe que le arrancaríamos el corazón sin dudar, pero suele molestarla hasta un extremo que sobrepasa nuestra paciencia —indicó Robert sin apartar los ojos de Fabio.

Shane se puso derecho y cada uno de sus músculos se tensó bajo la sofisticada chaqueta de su traje. Durante un instante sus ojos se encontraron con los del vampiro acosador y lo que vio en ellos le causó repulsa. Un instinto territorial y posesivo despertó en él un sentimiento desconocido. Pensó en Marie y todo su cuerpo se electrificó. La sorpresa lo sacudió como lo haría un terremoto. No era solo atracción lo que sentía por la hermosa vampira, era algo mucho más intenso e importante. Sabía lo que eso significaba y que ya no había vuelta atrás, no para él.

—Vosotros tenéis cosas que hacer, yo me ocuparé de que ese tipo no se acerque a Marie —dijo Shane muy serio. Entregó su copa a Robert y se alejó con paso firme.

Su aspecto era el de un hombre, pero era el lobo que había dentro de él quien dominaba la situación y sus instintos en ese momento. Todo en él destilaba peligro. Sus ojos se deslizaban como una advertencia sobre los rostros que lo contemplaban, al tiempo que su cuerpo se balanceaba amenazante a la vez que elegante con cada paso que daba.

—¿Tiene la marca? —preguntó Robert a William, sin apartar los ojos de la espalda de Shane. Percibía con claridad la fuerza que emanaba del licántropo.

—No, la tiene el primogénito de Daniel. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Es completamente blanco? ¿Cuando se transforma es blanco? —aclaró al ver la expresión alucinada de William.

—Sí.

Robert se acercó a su hermano y con un gesto de su cabeza le indicó un cuadro que colgaba frente a ellos. William se sorprendió de no haberse fijado antes en la pintura, debía llevar allí siglos. La imagen representaba la firma del pacto en Roma en el año 1009. Los ojos de William se abrieron como platos, sin dar crédito a lo que veía.

—Ese que está junto a nuestro padre, es Victor Solomon, ¿entiendes ahora mi curiosidad? —preguntó Robert poniendo una mano sobre el hombro de su hermano.

William paseó la mirada desde el cuadro hasta el rostro de Robert y de vuelta al cuadro.

—Victor y Shane son como dos gotas de agua —musitó Robert con una sonrisa—. Mi larga vida me ha enseñado una cosa, hermano, no existen las coincidencias.

Kate salió al pasillo y cerró la puerta de su habitación, dejando a Shane y Marie dentro para que pudieran hablar. Unos segundos antes, él se había presentado ante la puerta bastante alterado y, con la voz entrecortada, había formulado una disculpa y su deseo de estar a solas con Marie unos minutos.

Kate avanzó por el pasillo sin saber muy bien adónde ir. Se detuvo en el rellano de la escalera y desde allí contempló el vestíbulo. Había Guerreros apostados en la entrada y junto a la puerta que daba paso al salón de baile. Se oían numerosas voces y la música de Vivaldi fluyó hasta ella. No se sentía con fuerzas para bajar. Las manos le temblaban y el corazón comenzó a latirle cada vez más deprisa. El deseo de volver arriba se apoderó de ella.

Cyrus apareció en el vestíbulo y sus ojos descubrieron a Kate. Subió la escalera y la saludó con una inclinación de su cabeza.

—Buenas noches, Katherine. Permíteme que te acompañe —dijo con una sonrisa.

Le ofreció su mano y ella posó la suya temblorosa sobre la de él.

—¿Y William? —preguntó con timidez.

—Completamente asediado por sus invitados. Así que tendrás que ser tú quien lo rescate —respondió Cyrus mientras descendían los peldaños.

—¿Yo? —Las piernas le flaquearon y el vampiro tuvo que sostenerla con más fuerza.

—Te llevaré hasta él si así te sientes mejor.

—Te lo agradecería —dijo ella aliviada, y apretó los dedos del vampiro. Él le devolvió el apretón y ese gesto hizo que se sintiera un poco más segura.

Kate recorrió con la mirada el vestíbulo. Guirnaldas de flores colgaban por todas partes y la luz dorada de las velas iluminaba cada rincón proyectando extrañas sombras.

Cyrus la condujo hasta las puertas del salón. Estaban a punto de entrar cuando una voz sonó tras ellos.

—Señor, siento molestarle —se disculpó el Guerrero—, pero debería ver una cosa.

—¿Ahora?

—Sí, señor. No le hubiera molestado si no fuera importante.

Cyrus, que aún no había soltado la mano de Kate, se giró hacia ella con una sonrisa de pesar.

—Lo siento. Debo acudir —se disculpó.

—No importa —susurró Kate.

Cyrus entornó los ojos, dudando por momentos. Miró hacia el salón, después al Guerrero que esperaba y por último posó su mirada en la chica humana. Se inclinó sobre ella.

—Cuando cruces las puertas, no los mires. Alza la barbilla y avanza sin dudar hasta encontrar a uno de los Crain, estarán al fondo. No les tengas miedo. Aquí el único de verdad peligroso soy yo y estoy de tu parte —dijo con una sorprendente calidez, y dando media vuelta se alejó.

Kate contempló las puertas. Llenó de aire su pecho y lo soltó todo de golpe, como si así pudiera deshacerse de los nervios que le estrujaban el estómago. El corazón le latía tan rápido que parecía un pajarito aleteando con fuerza. Sin que le diera tiempo a pensar en nada, los Guerreros empujaron las puertas del salón.

Contuvo el aliento completamente inmóvil, y una ráfaga de aire frió la envolvió erizándole la piel. En aquel salón debía haber diez grados menos que en el resto de la casa. Todo quedó en silencio, a excepción de la música que continuaba sonando.

Kate sentía todas las miradas de los presentes sobre ella, y una fuerza extraña que también la obligaba a ella a contemplarlos. La boca se le secó de repente. Decenas de ojos de todos los colores inimaginables la estudiaban con curiosidad, de una forma tan aguda que pensó que podían penetrar a través de su piel, hasta lo más profundo de su ser.

Tenía la impresión de encontrarse en un museo de cera, rodeada de figuras de pálida piel, estáticas, sin vida. No obstante, aquellos rostros sí reflejaban emociones: sorpresa, desconcierto, puede que algo parecido a la admiración, un atisbo de lujuria, suficiencia, soberbia, fingida indiferencia.

«¿No existe ningún vampiro feo?». La pregunta apareció en su mente como si se tratara de un chiste malo, porque ese no era el momento ni el lugar para plantearse esa cuestión. Pero observando a aquellos vampiros era imposible no hacerlo. Eran atractivos, hermosos, sensuales en cierto modo. Kate se maravilló con los vestidos, los tocados, las joyas.

El destello de unos colmillos la hizo volver en sí. Se estremeció como si despertara de un sueño y entonces recordó las palabras de Cyrus. Alzó la barbilla, miró al frente y dio un paso. Se obligó a dar otro y otro... Los vampiros comenzaron a apartarse, como si se sintieran repelidos por algún campo de fuerza invisible que la rodeara. Continuó avanzando y ellos retirándose de su camino, hasta que un pasillo se abrió ante ella. El corazón le dio un vuelco cuando el último vampiro se apartó dejando a la vista la espalda de William.

Él se giró, y para Kate fue como si el tiempo se detuviera. Sus ojos se

posaron en ella como fuego, pero era un fuego azul, brillante. Le sonrió y se aproximó con paso ligero. Kate no apartó los ojos de él, estaba increíble con aquel traje negro y la camisa del mismo color ligeramente entreabierta. Se detuvo frente a ella, tan cerca que sus cuerpos se tocaban.

Kate lo miró a los ojos y todo su ser se sacudió con una oleada de calor que amenazaba con consumirla. La mirada del vampiro sobre ella era tan intensa que la dejó sin aire, y entonces se dio cuenta de que lo estaba mirando de la misma forma. Él le dedicó una sonrisa cómplice, íntima, y cada una de sus articulaciones se aflojó. La tomó de la mano, se inclinó y posó los labios con lentitud sobre sus nudillos.

—¡Estás impresionante! —dijo William.

—Tú también —respondió, de nuevo consciente de todas aquellas miradas inquietantes sobre ellos.

William le ofreció su brazo y la llevó junto al resto de la familia. Las puertas volvieron a abrirse y Marie apareció en el umbral. Shane iba tras ella manteniendo las distancias y a Kate le preocupó que pudiera haber pasado algo malo entre ellos. Cuando la hermosa vampira llegó a su lado, tuvo que hacerle un gesto para que se recompusiera el escote. Marie le guiñó un ojo y una sonrisa traviesa curvó sus labios, demasiado rojos a pesar de que ya no quedaba ni rastro de carmín en ellos. Kate sonrió, segura de que la distancia entre ellos era una medida de seguridad para no sucumbir a otro arrebato.

De repente reinó el silencio. Los músicos habían dejado de tocar y todos los presentes se giraron hacia el lugar que ocupaba Sebastian. El rey se colocó de forma que Shane quedaba a su izquierda y Kate a su derecha. Su pelo rubio brillaba bajo la luz de las velas y sus ojos, que en ese momento eran de un azul muy oscuro, recorrían con solemnidad los rostros de sus invitados. Entonces habló.

—Esta noche tengo el placer de disfrutar de la compañía de dos personas muy apreciadas por mí. Me es sumamente grato presentaros a Shane Solomon, sobrino de Daniel Solomon, señor de los licántropos, y bisnieto de Victor Solomon. Su presencia aquí, en una noche tan significativa como esta, es un regalo. Un paso más que acorta la distancia entre nuestros clanes. Hoy rendimos homenaje a una alianza que nos trajo la paz. Por eso, supone una gran ofrenda a ese acuerdo el que hoy podamos compartirlo con él. Un licántropo que comparte la sangre de aquél que la derramó junto a mí para sellar el pacto, hace hoy mil años. Porque debo recordaros que...

Sebastian clavó sus ojos en Marcelo, un vampiro de piel aceitunada y de larga cabellera rizada. El mentor de Fabio había aceptado el cambio, más influenciado por el temor a las represalias que por su confianza en la alianza, y aún albergaba un resentimiento profundo hacia los lobos. El rey continuó.

—... no se firmó únicamente para sellar el fin de la guerra, sino para que

ambos linajes pudieran trabajar juntos y crear un nuevo mundo en el que tengamos alguna posibilidad de integrarnos y vivir en paz. —Hubo un murmullo de aprobación—. Y eso solo lo lograremos si dejamos a un lado los viejos rencores.

El rostro de Sebastian se suavizó y una sonrisa tierna asomó a sus labios al posar los ojos en Kate. La tomó de las manos y depositó un beso en su mejilla. Entonces se giró hacia los presentes de forma que la humana quedó oculta tras su espalda. El mensaje de que él la protegía llegó hasta el último rincón.

—Ella es Katherine, y a partir de este momento podéis considerarla un miembro más de esta familia. Una hija para mi corazón y el de mi esposa. Es humana, como ya habréis visto, y acepta a los vampiros sin reservas como otros muchos. Un ejemplo más de que seguimos el camino correcto...

Cuando Sebastian terminó su discurso, los músicos comenzaron a tocar y el ambiente se fue relajando poco a poco. Varias parejas danzaban al ritmo de Paganini y Kate las contemplaba embelesada. Se movían con una gracia y una elegancia tal, que le resultaba imposible apartar los ojos de ellas. Las poses eran estudiadas: cuellos estirados, brazos lánguidos y miradas profundas. Los vestidos giraban formando un mosaico repleto de brillos.

Kate sintió el cuerpo de William contra la espalda. Notó como aspiraba el aroma de su pelo y su mano deslizándose por su brazo hasta entrelazar los dedos con los suyos. Lentamente la abrazó, apretándola contra él. Con un suave movimiento la incorporó al baile y comenzaron a girar. El vampiro la estrechó con tanta fuerza que ni una molécula de aire cabía entre sus cuerpos. Notaba a través de la camisa la pedrería del vestido arañándole la piel, pero no le importaba que la fina tela pudiera rasgarse por la fricción. Toda su atención estaba puesta en los ojos verdes de ella, que enmarcados por el oscuro maquillaje resaltaban con aspecto felino.

—¿Es como lo imaginabas? —preguntó a Kate.

—No... y sí —respondió ella mientras recorría con la mirada el salón.

—Buena respuesta. Breve, pero convincente —replicó muy serio, pero sus ojos brillaban divertidos.

Kate sonrió.

—¡No te burles, no me has dejado terminar!

—¡Mis disculpas, hermosa dama! Continúa, os lo suplico —pidió adoptando un gesto de concentración.

Kate sonrió divertida. Le encantaba esa forma de hablar que siempre utilizaba cuando quería hacerla reír. Se sentía como uno de los personajes de Jane Austen.

—No es como me lo imaginaba porque se supone que los vampiros sois un mito. Una ficción que duerme en ataúdes, en viejas casas mohosas... Nada que ver con esto. —Alzó el rostro hacia el techo para contemplar la espectacular

lámpara de araña que colgaba sobre sus cabezas—. Pero por otro lado, sí lo imaginaba así, no podría ser de otra forma después de conocerlos.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó muy interesado por su explicación.

—¡A todo esto, noble caballero! —exclamó imitándolo—. A que no os veo con bermudas hawaianas y practicando surf en California. Ni haciendo snowboard en Aspen o asistiendo a un concierto de Nickelback Miro a mi alrededor y aún espero que, de un momento a otro, crucen esas puertas Emma Woodhouse y el señor Knightley para completar el cuadro.

William soltó una risita.

—No me imagino a esos vanidosos insustanciales vistiendo de Valentino o Armani, o discutiendo sobre las últimas novedades informáticas como lo hacen esos dos. —Hizo un leve gesto hacia dos apuestos vampiros que conversaban muy cerca—. Te estás dejando influenciar por los tópicos, a pesar de todo lo que te estoy mostrando. Somos viejos, pero conocemos a la perfección cada época en la que vivimos, nos adaptamos e incluso la disfrutamos. Unas más que otras, debo admitir. Los ochenta fueron insufribles, pero este siglo que comienza me gusta bastante. Y para tu información te diré, que me encanta hacer surf y que se me da bastante bien el snowboard, no hay nada como las pistas negras en Lech para volar con una tabla. Y que Nickelback es uno de mis grupos favoritos —indicó, arqueando las cejas con suficiencia.

—No me refería a ti —replicó Kate con rapidez, sintiendo que debía justificarse—, pero ellos... Solo pueden salir de noche. Apenas pueden relacionarse con humanos y hay muchas cosas que jamás podrán experimentar, conocer. ¿Eso no es como tener media vida? —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Viviendo así es imposible que evolucionen al ritmo del mundo humano.

William levantó una ceja.

—¿Crees que Robert no está evolucionando a tu ritmo? ¿Que se quedó anclado a alguna época pasada por culpa de esa media vida que supones? Tiene más de mil años —le hizo notar.

Kate buscó con la mirada a Robert, y lo encontró coqueteando con una vampira rubia demasiado ceñida para sus curvas voluptuosas. Desprendía confianza, seguridad en sí mismo, su mirada era inteligente con el brillo de la locura que siempre acompaña a los genios. Recordó las cosas que William le había contado sobre él: su pasión por la ciencia y las nuevas tecnologías, su carácter sibarita y cosmopolita. No, desde luego Robert no vivía a la sombra de ninguna época pasada, más bien todo lo contrario.

Negó con la cabeza, respondiendo así a las preguntas de William.

—Ahí tienes la respuesta, no puedes generalizar, depende del vampiro —dijo él. Se quedó pensando un momento—. Aunque tienes razón en algo, la mejor

época para los vampiros fue la época victoriana, el siglo diecinueve en general. La música, el teatro, la ópera y las fiestas. Todo aquello era especial, inocente, y sobre todo más seguro para nosotros. Por eso la mayoría se resiste a abandonar del todo ese modo de vida. Forma parte de nosotros.

—Incluso antes de saber que eras un vampiro, podía ver que eras diferente. No pareces un chico de ahora.

—Nunca lo he pretendido —confesó él, cautivado por sus labios; se moría por besarlos.

Kate le dedicó una sonrisa suave, coqueta, intuyendo por su mirada la naturaleza de sus pensamientos. Su corazón se aceleró cuando él la estrechó un poco más, ciñéndola por la cintura.

—¿De verdad sabes hacer surf? —preguntó Kate en tono despreocupado.

Necesitaba pensar en otra cosa que no fuese aquella sensación febril que le recorría el cuerpo. William soltó una carcajada que llamó la atención del resto de bailarines.

—¿Tú qué crees? —Su boca formó una sonrisa burlona. La adoraba y la necesidad de besarla se convirtió en un dolor físico en su pecho.

—Que dudo mucho que haya algo que no sepas hacer.

—Hay muchas cosas que no se me dan bien.

—¿Cambio de pareja? —les preguntó Aileen con una sonrisa radiante.

Ambos se giraron sorprendidos. Estaban tan absortos en su conversación, que no se habían percatado de que ella y Sebastian se habían detenido a su lado y que la pieza musical había terminado.

Una nueva melodía comenzó a sonar.

—Será un placer —respondió William con una enorme sonrisa. Tomó a su madre por la cintura y la besó en la mano.

—Sería un honor para mí que bailaras conmigo —dijo Sebastian a Kate con una inclinación de cabeza.

Kate sintió la mano de Sebastian a media espalda. Esa posición de su brazo hacía que ella tuviera que estirar la columna y erguir los hombros con cierta rigidez. Él le dedicó una sonrisa y, con suavidad, la condujo a través del vaivén de los cuerpos que danzaban. Sentía como si flotara, la forma en la que Sebastian la sujetaba conseguía que sus movimientos fueran mucho más elegantes, hermosos; o al menos así lo sentía.

—Hay algo que a William no se le da muy bien —dijo Sebastian con su voz grave, acercó sus labios al oído de Kate—. Es penoso bailando.

Kate esbozó una tímida sonrisa y lo miró a los ojos, algo que le costaba bastante porque aún la intimidaba. El vampiro tenía las cejas rectas y más oscuras que el pelo. Unas pestañas espesas enmarcaban un iris azul como el lapislázuli. Su nariz era larga y afilada, y sus labios se curvaban ligeramente hacia abajo en las comisuras.

—Nos has oído —dijo Kate sin estar muy segura de si eso la molestaba. Ya sabía que los vampiros tenían sus sentidos muy desarrollados, pero no lo consideraba una excusa para escuchar conversaciones ajenas.

—Solo esa parte. No era mi intención, pero estaba demasiado cerca —sonó a disculpa.

—No importa. No era una conversación privada.

Mientras giraba en brazos de Sebastian, Kate exploró el salón. Vio a Aileen y a William que reían sin parar junto a Robert y su pareja de baile en ese momento. Continuó con el sondeo, consciente de las miradas ávidas que pesaban sobre ella. Sentía los ojos de algunos vampiros fijos en su cuello. Notaba el deseo incluso en la forma en la que contenían el aire cuando se acercaban demasiado.

—El miedo es un potente estímulo para los vampiros, deberías tranquilizarte. Te aseguro que no corres ningún peligro —musitó Sebastian mientras la alejaba disimuladamente de la multitud.

—Intento convencerme de ello, pero la forma en la que me miran...

—Cada uno de nosotros desea tu sangre en este momento, no lo dudes —confesó Sebastian. Kate se estremeció entre sus brazos con una punzada de miedo—. Pero hemos aprendido a contenernos, a soportar la sed y a alejarnos antes de caer en la tentación. Debemos hacerlo si queremos sobrevivir. Las relaciones entre vampiros y humanos son muy complejas. Os necesitamos para subsistir, en muchos sentidos. Pero a la vez tenemos que manteneros alejados de nosotros para protegeros.

—Pero eso es una sinrazón, porque necesitáis alimentaros de nosotros para sobrevivir.

Sebastian sonrió y sus líneas severas se suavizaron.

—Kate, si tuvieras una oveja que te proporciona lana para darte calor y leche para alimentarte. Que mantiene tus pastos limpios de malas hierbas, ¿te la comerías por mucha hambre que tuvieras, por mucho que desearas su tierna y jugosa carne? ¿Arriesgarías la tranquilidad de toda una vida por un instante de placer? ¿O cuidarías de esa oveja como de tu propia existencia aunque fuera un sacrificio costoso?

Kate se quedó muda un instante, considerando sus palabras.

—Supongo que tienes razón, a pesar de que acabas de compararme con una oveja —respondió molesta. Sebastian se estremeció con una suave risa—. Pero hay ocasiones en las que os coméis a las ovejas —añadió en susurro.

Los ojos de Sebastian destellaron con un brillo púrpura.

—Solo cuando representan una amenaza para nuestro anonimato. Hay reglas, Kate, y la primera es proteger a mi linaje por encima de todo. Es muy difícil encontrar el equilibrio, pero parece que lo estamos consiguiendo. Seguimos aquí y muy pocos conocéis la verdad.

—¿Pero cómo sabéis en quién podéis confiar?

—Procuramos no dejar nada al azar. La mayoría de los humanos que conocen nuestra existencia, suelen pertenecer a familias que nos sirven desde hace muchas generaciones. Nacen y crecen conociendo nuestro secreto y la importancia de protegerlo. Y lo transmiten a sus descendientes como un legado al que nosotros debemos mucho más que gratitud, debemos nuestra supervivencia.

—Como Duncan y Beth —dijo Kate.

—Y como Harriet —señaló Sebastian—. Hay otros como Henry, el esposo de Harriet, a quienes les es revelada la verdad por conveniencia. Siempre que exista una mínima seguridad de que podrán aceptarla. Y por último hay otros...

—Las ovejas que suelen acabar devoradas, entre las que yo me encuentro —intervino Kate un poco tensa, adivinando cuál era el tercer grupo.

Sebastian la contempló un segundo.

—Lo cierto es que también podrías pertenecer al segundo grupo. Me consta que William tenía intención de darte a conocer su naturaleza.

Kate asintió y su cuerpo tembló con los recuerdos de esa noche.

—Pero sí —continuó Sebastian—, te situaré en el último grupo ya que son los que realmente despiertan mi curiosidad. Son aquellos que descubren a los vampiros a través de simples casualidades o descuidos, o por una percepción más sensible de la habitual. Si están dispuestos a cargar con nuestro secreto, con todo lo que eso significa, viven. Si no, y muy a mi pesar, mueren.

—¿Y por qué despertamos tu curiosidad? —preguntó Kate, tratando de ignorar sus últimas palabras y la sensación de náusea que tenía en el estómago.

—Porque en vosotros está la clave de nuestro futuro. Necesito comprender qué es lo que hace que unos nos aceptéis y otros no, qué despierta vuestra empatía. ¿Te apetece una copa de vino? —dijo de repente y, sin esperar a que ella contestara, la tomó del brazo y la guió fuera del salón casi en volandas.

Kate miró hacia atrás intentando ver a William, pero no consiguió encontrarlo entre tanta gente.

—Si preguntan por nosotros, la señorita Lowell y yo estaremos en los jardines —informó Sebastian al Guerrero de la puerta sin detenerse.

Cruzaron el amplio comedor y el pasillo que lo unía a la cocina. Sebastian descorchó un borgoña y sirvió una copa para Kate. A continuación sacó una especie de termo de un armario y sirvió sangre en otra copa. Hizo un gesto a la joven para que lo siguiera y habló de nuevo.

—Llevo siglos intentando descubrir qué os motiva. —Sujetó la puerta cortésmente para que Kate pudiera salir al jardín—. Pero creo que nunca lo sabré. El ser humano es complejo. Lo que para uno es normal, para otro es una barbarie. Y sois tan numerosos, que nuestra supervivencia entre vosotros solo sería posible a través de la aceptación. El miedo, el dinero... hemos pensado en tantas posibilidades. —Dio un sorbo a su copa y miró a Kate con atención—. A través del miedo nunca se ha conseguido nada, al final se acaba convirtiendo en

una costumbre. El dinero, no somos tan ricos como para comprarlos a todos. Únicamente nos queda la aceptación, y no estáis preparados. Así que solo podemos tener paciencia y esperar a que algún día vuestras mentes estén libres de prejuicios.

—Es muy difícil para la oveja creer que el lobo se ha vuelto vegetariano —replicó Kate. Lo que Sebastian esperaba del futuro le parecía una quimera en la que se habían depositado demasiadas esperanzas.

Sebastian dio otro trago a su copa sin apartar los ojos de ella. Le gustaba la joven, no solo por ser la razón del regreso de William. La humana daba muestras de ser alguien muy coherente y perspicaz, con la que podría pasar horas hablando sin aburrirse.

—Creo que deberíamos dejar a la prolífica fauna tranquila y hablar de cosas un poco más mundanas. Al fin y al cabo, esto es una fiesta —dijo él con una suave risa.

Le puso la mano en la espalda invitándola a caminar a su lado.

Kate sujetó la copa con las dos manos y miró a Sebastian de reojo.

—¿Por qué me has sacado del salón? Alejabas la tentación de ellos, ¿verdad?

—Kate, Kate... ¿de dónde has salido tú? —replicó gratamente sorprendido por su sagacidad.

Kate intuyó que no era una pregunta, sino un cumplido, y se limitó a encogerse de hombros. Tomó un sorbo de vino para disimular que se estaba ruborizando, así podría achacárselo a la bebida y no a la presencia abrumadora del rey.

—Misha y Hared se estaban poniendo muy nerviosos, lo vi en sus ojos. Antes eran renegados, solicitaron el perdón y se les concedió. Pero han arrebatado demasiadas vidas. Están enganchados al placer de alimentarse hasta provocar la muerte y suelen tener problemas para controlarse.

—¿Enganchados? ¿Cómo un yonki a las drogas?

—Sí, desangrar a un humano hasta la muerte es peligroso. La esencia vital de vuestro cuerpo es poder y fuerza en estado puro para un vampiro. Una vez que la pruebas cuesta vivir sin ella.

—¿Y cómo sabes que fuera de aquí no hacen daño a nadie?

—Les busqué la familia adecuada —dijo con una sonrisa; pero, por el tono de su voz, Kate supo que no iba a decir nada más a ese respecto.

Continuaron paseando entre los parterres de rosales. La brisa arrastraba un dulce olor a madreselva.

—Sebastian, ¿puedo hacerte una pregunta?

Él la miró con curiosidad y se detuvo para dedicarle toda su atención.

—Por supuesto, aunque no puedo garantizarte una respuesta.

—¿A cuántos de los vampiros que hay ahí dentro les has dado tu bendición? Sebastian abandonó su postura relajada y observó a Kate muy serio.

—A tres —respondió al fin, intrigado por los pensamientos de la joven.

—¿Y qué te animó a concedérsela?

—Las razones por las que querían convertirse en vampiros, ¿qué si no?

Kate sintió que su corazón latía cada vez más rápido. Se alejó un par de pasos y contempló un rosal como si de pronto fuera lo más fascinante del mundo. Cerró los ojos, incapaz de controlar su nerviosismo.

—¿Y si yo pidiera tu bendición me la concederías? —preguntó con la respiración entrecortada.

Abrió los ojos y asustada dio un paso atrás. Sebastian estaba frente a ella, tan cerca que sentía su aliento frío sobre la cara.

—Eso depende de tus razones para desear algo semejante —dijo el rey.

—No hay que ser adivino para saber cuáles son —replicó ella obligándose a sostenerle la mirada.

—El amor puede nublar el juicio, Kate. Y convertirse en vampiro no es algo de lo que te puedas arrepentir más tarde... si el amor desaparece.

—Lo sé, pero solo el amor puede justificar un sacrificio así, ¿no? —dijo con rotundidad.

—Veo que has pensado en esto.

Kate asintió con toda la seguridad que pudo aparentar.

—Es lo que deseo —confesó, y comenzó a justificarse sin que pudiera evitar que le temblara la voz—. Y sé que ahora me preguntarán si hago esto por él o por mí, y te diré que eso no importa, porque una razón no puede existir sin la otra. Quiero hacerlo por mí, porque no quiero envejecer y morir, quiero vivir para siempre con él. Y por él, porque no quiero que sufra viendo como envejezco, sabiendo que nuestro tiempo se agota con cada minuto que pasa. Solo hay una forma de que ninguno de los dos sufra.

Sebastian meditó su declaración.

—¿Y si él no lo ve del mismo modo que tú? ¿Has pensado que a lo mejor no quiere que hagas ese sacrificio? William no es como la mayoría de nosotros.

Kate se estremeció y sus mejillas enrojecieron. Ni siquiera había pensado en esa posibilidad.

—Es mi decisión, correré el riesgo. Cualquier objeción que William pueda tener, siempre estará motivada por lo que cree que es mejor para mí. Y lo mejor para mí es que estemos juntos. Estoy segura de que en el fondo, él también sabe que lo nuestro solo funcionará si yo me convierto.

Se sentía muy violenta hablando de sus sentimientos y de sus intimidades con Sebastian, pero había dado el paso y ya no podía dar marcha atrás.

Sebastian no vio dudas en ella, solo una firmeza y una seguridad inquebrantable. Pero él sí tenía dudas y sabía cómo resolverlas. Sin decir una palabra estiró el brazo, ofreciéndole su copa con sangre.

Kate entendió el desafío y lo que se estaba jugando en ese momento. Sin

apartar los ojos de él tomó la copa y la apuró de un trago. Sentía la lengua pegajosa, con un sabor metálico que inundaba incluso su olfato. Su estómago se agitó con náuseas, pero apretó los dientes y terminó de tragar los restos de sangre y saliva sin inmutarse. Estaba a punto de vomitar, y se obligó a ignorar la sensación. Notó una gota que resbalaba por la comisura de sus labios y la atrapó con la lengua, lamiéndola lentamente.

Sebastian sacó de uno de los bolsillos de su pantalón un pañuelo blanco bordado con sus iniciales, y le limpió una mancha de su piel con delicadeza.

—Tienes mi bendición —dijo en voz baja.

—¿Así? ¿Ya está? —preguntó sorprendida.

Él alzó una ceja y le quitó las copas de las manos.

—Sí, ¿qué imaginabas? ¿Algún tipo de ceremonia? Lo que viene a continuación es algo entre William y tú. Supongo que querrás que sea él...

—¡Por supuesto! Solo él —respondió ella de inmediato con miles de mariposas en su estómago.

Sebastian se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Cerró los ojos ante el sonido de su corazón. Latía tan rápido que el eco lo mareó.

—Bienvenida a la familia —susurró junto a su oído.

Faltaba una hora para el amanecer y casi todos los vampiros se encontraban ya en los pisos inferiores. Estarían allí, protegidos de las horas diurnas, hasta que llegara de nuevo la noche. Entonces, los coches volverían para llevarlos de vuelta al aeropuerto.

Las velas se habían consumido y las guirnaldas de flores estaban perdiendo su frescura con rapidez. Kate sentía el suelo muy frío bajo sus pies, pero no le importó. Estaba aliviando el dolor que le habían provocado aquellos tacones imposibles que había llevado durante horas, y que ahora colgaban de sus dedos. William la cogió de la mano y juntos subieron la escalera. Sus dedos fríos la apretaban con fuerza, pero no se quejó. En su mente no dejaba de darle vueltas a la conversación que había mantenido con Sebastian, había dado el paso, y ahora tenía su bendición para convertirse en una vampira. Ya no existía nada que pudiera separarla de William, estarían juntos para siempre. El problema era que no sabía cómo hablar con él del tema. Solo pensar en ello, la sumía en una especie de estado vegetativo en el que apenas era capaz de respirar.

—¿En qué piensas? —preguntó William.

—En nada —respondió con una sonrisa.

—Ese nada parecía interesante. Estabas completamente abstraída —insistió él.

Kate notó que el pasador de su pelo se había desprendido un poco. Se llevó una mano a la nuca y se lo quitó, después lo dejó caer dentro del bolsillo de la chaqueta de William.

—¿Te das cuenta de que apenas hemos estado juntos esta noche? —le hizo notar Kate.

—Bueno, no me sorprende. Tanto mis padres como Robert te han acaparado la mayor parte del tiempo.

Ella dejó escapar una risita mordaz.

—Intentaban que me sintiera bien, ya que tú parecías estar muy solicitado por ese grupito de vampiras esnobs.

La sonrisa de William se ensanchó.

—Forma parte de mis obligaciones ser un buen anfitrión —dijo en tono inocente.

—¡Oh sí, y seguro que te ha resultado de lo más molesto! —replicó Kate con el ceño fruncido y un mohín en los labios.

—Estás celosa. Me gusta —susurró acercando los labios a su oído. Cogió un par de mechones de su pelo y se los colocó sobre el hombro, rozando su piel con lentitud—. Pero yo solo tenía ojos para ti.

Kate se sonrojó y bajó la mirada. Se detuvieron frente a la puerta de su habitación.

En ese momento dos Guerreros aparecieron por el pasillo, revisaban la seguridad de la mansión antes de retirarse a los pisos inferiores. Los saludaron con una leve reverencia y pasaron de largo.

—Supongo que estarás cansada —dijo William.

—Sí, un poco —señaló Kate lanzando una mirada fugaz a los Guerreros. Se habían detenido unos metros más adelante, parecía que habían encontrado algún problema en una de las cámaras de seguridad.

—Entonces descansa, te veré cuando despiertes.

Le acarició la mejilla con el pulgar, mientras sus ojos se la bebían. Entonces se separó de golpe y se encaminó a su habitación. Se detuvo frente a la puerta y miró a Kate dedicándole una sonrisa encantadora.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondió ella.

Kate entró en el dormitorio sintiendo un gran vacío en el pecho. William ni siquiera le había dado un beso de buenas noches y, aunque sabía que la razón era la presencia de los dos Guerreros, eso la dejó un poco triste. No era la despedida que había imaginado. Cerró la puerta con suavidad. Lanzó un suspiro y apoyó la frente contra la madera con los ojos.

Se giró y el corazón le dio un vuelco. Soltó los zapatos, que se estrellaron contra el suelo con un golpe seco. William estaba tan cerca que el aire apenas circulaba entre ellos. Y sin decir una palabra le tomó el rostro entre las manos y la empujó contra la pared. La miró a los ojos un instante y la besó con un impulso desesperado.

—Llevo toda la noche muriéndome por hacer esto —jadeó él, escondiendo el rostro en su cuello—, pensando que acabaría por volverme loco si no te besaba.

Volvió a tomarla con vehemencia. Ella se apretó contra él, devolviéndole el beso de forma frenética. Sintió como su autocontrol empezaba a desaparecer. La agarró por la nuca y la separó unos centímetros para poder mirarla a los ojos.

—Te deseo demasiado y si sigo no podré parar —susurró.

—No pares —dijo ella entrecortadamente.

Él apretó los párpados con fuerza, debatiéndose entre si debía continuar o no. Sabía que para ella sería la primera vez, un momento demasiado importante como para no estar a la altura.

—Debes saber que hace mucho que yo no... —Ella le puso un dedo en los

labios para cerrarlos. Abrió los ojos y deslizó la mano por su garganta, acariciando con lentitud su piel blanca y suave, palpitante.

—Yo también te deseo —musitó ella.

Los ojos de William se transformaron en fuego, en dos lagos profundos de color púrpura que destellaban en la oscuridad. La sujetó por las caderas y volvió a besarla. Ella se separó un poco para coger una bocanada de aire y agarró su chaqueta por las solapas. Se la quitó dejando que cayera al suelo y comenzó a desabrocharle la camisa. Deslizó las manos por su pecho, mientras su respiración se aceleraba cada vez más, y enredando los dedos en su pelo lo atrajo para volver a besarlo.

William le bajó la cremallera del vestido y empujó los tirantes a lo largo de sus brazos. El vestido resbaló por su cuerpo, hasta quedar hecho un montón alrededor de sus pies descalzos. Todas las velas de la habitación comenzaron a arder como por arte de magia, iluminando suavemente sus rostros. La tomó en brazos y la depositó en la cama con cuidado. Se situó sobre ella, aguantando el peso de su cuerpo con los brazos y la miró desde arriba.

—Te quiero tanto... —susurró, y hundió el rostro en su cuello, besándola bajo la oreja.

Kate sintió el peso de su cuerpo con una agradable calidez y cerró los ojos dando rienda suelta a las sensaciones que invadían su interior. Lo amaba con toda su alma y con cada célula de su cuerpo. Hundió las manos en su pelo mientras sus labios se deslizaban por su piel. Pasión. Placer. Respiró su aliento y dejó de pensar.

De repente, William se incorporó alejándose de ella. Cerró los ojos y alzó la barbilla como si intentara escuchar algo.

—¡William! —dijo ella desde la cama, completamente desconcertada, sin entender qué ocurría o si había hecho algo mal.

—¡Algo está pasando! —dijo él muy serio.

Una de las ventanas se abrió de par en par con un fuerte golpe, sin que nadie la hubiera tocado, y William se lanzó a través del hueco.

La camisa abierta ondeó sobre su espalda y sus pies descalzos se posaron en la hierba húmeda del jardín trasero. Aguzó el oído todo lo que pudo e infinidad de sonidos llegaron hasta él. Pero solo buscaba uno, el que había puesto todos sus sentidos alerta provocándole un nudo en el estómago.

« ¡No, suéltale! »

William clavó los ojos por encima del estanque, de aquella dirección provenía la voz de Marie. Empezó a correr mientras las palabras seguían llegando hasta él cada vez más nítidas.

« No, Shane, no te transformes o esa cosa te matará », gritó Marie.

« Jamás permitiré que un sucio animal como tú la toque », esa era la voz de Fabio.

Un rugido brotó de su garganta al contemplar la escena. Dos vampiros aferraban a Marie, mientras ella se retorció mostrando los colmillos. Otros dos sujetaban a Shane por los brazos. El licántropo tenía enroscada en su cuello una cadena que William reconoció enseguida. Se habían usado durante la guerra. Estaban hechas de una extraña aleación prácticamente irrompible que contenía plata y rodio, bañada en belladona. Las heridas infligidas por este metal tardaban más en sanar y, si la lesión era importante, los licántropos podían morir antes de regenerarse. En el cuello de un hombre lobo eran mortales si este se transformaba, porque moría decapitado o desangrado en pocos segundos.

Fabio alzó la mano para asestar otro golpe al licántropo, pero no llegó a tocarlo. William lo agarró del pecho y lo lanzó por los aires. Los otros vampiros corrieron en su ayuda, y se enfrentaron a él. Arremetieron con contundencia, pero William era más rápido y evitaba la mayoría de los golpes.

Fabio se incorporó algo mareado y corrió para ayudar a sus guardaespaldas. Rodearon a William como una manada de hienas.

Marie aprovechó para arrodillarse junto a Shane y empezó a tirar de la cadena intentando aflojarla de su cuello. El metal le lastimaba los dedos con profundos cortes. A pesar de las heridas, continuó tirando de los eslabones sin perder de vista a su hermano. Eran cinco contra uno y las cosas iban a ponerse muy feas, incluso desesperadas.

—No sabes cuánto deseaba este enfrentamiento —dijo Fabio lanzándole una mirada asesina—. Tú tienes la culpa de que ella no quiera estar conmigo. Le has llenado la cabeza con estupideces y la has empujado a los brazos de esa bestia. ¿Sabes lo que estaban haciendo cuando les encontré?

William lanzó una rápida mirada a Shane, estaba a punto de transformarse y no iba a poder ayudarlo. Esa realidad lo golpeó con violencia.

—Marie toma sus propias decisiones. Nunca te ha querido, asúmelo y déjala en paz. Has cruzado un límite muy peligroso, márchate antes de que esto empeore —más que una sugerencia era una amenaza.

Fabio giró la cabeza para mirar a Shane. El cuello se le estaba hinchando y la sangre corría por su pecho, no dejaba de gruñir intentando controlar la transformación. Una sonrisa de triunfo se dibujó en su cara y volvió sus ojos hacia William.

—Tú lo has dicho, ya he cruzado el límite, así que, ¿por qué no seguir con esto hasta el final? —Sacó una daga de su espalda y la hizo girar con destreza entre los dedos.

De repente se abalanzó contra William.

William trató de defenderse, pero eran demasiados y su preocupación por Shane le hacía perder la concentración. Apretó los labios con una mueca de dolor, Fabio había logrado darle un tajo que le cruzaba uno de los pectorales. De repente cayó al suelo embestido por dos de los vampiros y entre los cinco

consiguieron mantenerlo inmóvil, sujetando sus brazos en cruz.

La risa de Fabio al levantar la daga se mezcló con el grito impotente de Marie, que no sabía qué hacer. Shane había comenzado a transformarse y se asfixiaba por la falta de aire, y su hermano estaba a punto de ser apuñalado en el corazón.

Robert apareció de la nada semidesnudo. Le arrebató la daga a Fabio, sujetó a uno de los vampiros por el pelo y, tirando hacia atrás de su cabeza, le rebanó el cuello. En ese momento la cadena que estrangulaba a Shane se partió.

El lobo blanco se alzó sobre sus cuatro patas y aulló a la luna que comenzaba a desvanecerse por la claridad del amanecer. Gruñó mostrando una hilera de dientes grandes y afilados, y sus ojos amarillos se clavaron en Fabio. Agachó la cabeza, acechándolo, y el pelo de su lomo se erizó.

—Déjalo, Shane, mi padre se ocupará —dijo William acercándose a su amigo, la herida de su pecho aún sangraba, pero sanaría en cuestión de segundos. El zarpazo de Shane lo cogió por sorpresa, golpeándole de lleno el estómago—. ¡No, Robert, está descontrolado! —gritó a su hermano cuando este trató de interponerse entre ellos.

Robert se detuvo con la daga empuñada, por si acaso, y William se quedó inmóvil donde había caído.

Shane los observó un instante sin dejar de gruñir, y concentró de nuevo su atención en Fabio. El vampiro se encontraba parapetado tras sus guardaespaldas y lo contemplaba aterrado. El gruñido de su garganta se intensificó y sus patas se flexionaron para saltar.

—¡William, no puede atacar a un miembro del consejo, no dentro de estos terrenos! —gritó Robert.

—¡Ya lo sé, maldita sea! —exclamó poniéndose en pie a la velocidad del rayo.

Marie fue más rápida, adelantó a sus hermanos y se colocó frente al lobo.

—Shane, deja que se vaya, no merece la pena —dijo en voz baja.

El enorme lobo levantó el labio superior mostrando los dientes.

—Marie, ven aquí —la urgió William tendiéndole la mano. Temía que Shane pudiera hacerle daño, pero ella ignoró por completo su ruego, segura de que con él no corría ningún peligro.

—Shane —insistió Marie y esta vez él la miró—. Si le haces daño, será a ti a quien juzguen. Deja que mi padre se encargue de esto —Shane volvió a gruñir y lanzó una dentellada al aire. No obstante, Marie se mantuvo firme—. Escúchame, no volverá a hacerme daño, esta vez ha llegado demasiado lejos. —Estiró la mano lentamente y la posó sobre su hocico.

William alzó el brazo para que Sebastian y Cyrus, que llegaban en ese momento, se detuvieran.

Marie deslizó la mano desde el hocico hasta sus orejas puntiagudas y sin prisa

lo abrazó por el cuello. Apoyó la mejilla cerca de su oído.

—Te quiero, Shane. Estamos juntos y eso es lo único que importa. —El lobo cerró sus ojos amarillos y ladeó la cabeza como si quisiera acariciarla con el morro—. Volvamos a la mansión, acurruquémonos bajo las sábanas y olvidémonos de todo. Por favor, ven conmigo.

Shane se dejó caer en la hierba completamente exhausto y poco a poco recuperó su forma humana. Marie lo abrazó para que apoyara la cabeza sobre su pecho, sin importarle que la sangre empapara su regazo. Presionó la herida con la mano para tratar de detener la hemorragia.

Cyrus cubrió al chico con su chaqueta, a la vez que un sonido de repulsión escapaba de sus labios al contemplar las heridas que tenía en el cuello. Cogió la cadena del suelo y la apretó con fuerza hasta que la sangre goteó de sus dedos. Miró con asco a aquellos que la habían usado.

—¡Os quiero a todos en la sala del consejo, inmediatamente! —rugió Sebastian con el rostro desfigurado por la rabia.

De pie en el tejado, inmóvil como una enorme gárgola, Shane observó a los vampiros. Marcelo se despedía de Sebastian, disculpándose una y otra vez por el comportamiento de Fabio. Podía oír la conversación desde allí, las excusas propias de alguien que odiaba a los licántropos. Palabras vacías que carecían de sinceridad, a las que Sebastian respondió sin inmutarse, que la próxima vez no habría juicio y que él mismo aplicaría sentencia y castigo sin importarle que Fabio estuviera bajo su protección. Nadie desafiaba a Sebastian en su casa sin pagar un precio, y ahora Fabio no gozaba de ningún privilegio.

Shane agradeció desde lo más profundo de su corazón aquellas palabras, pero no era suficiente. Se sentó con los brazos descansando sobre las rodillas y cerró los ojos. Oyó unos pasos acercarse. Suspiró, no tenía ganas de hablar con nadie, ni siquiera con él.

—Lo siento mucho —dijo William, sentándose a su lado en el tejado.

El último coche se perdió de vista al adentrarse en la arboleda, todos los vampiros se habían marchado.

—Tú no tienes la culpa —respondió Shane, restregándose la mandíbula con frustración.

—Pero no puedo evitar sentirme responsable.

—Pues no debes. —Se recostó sobre los codos y, al estirarse, su cuello mostró una línea rosada—. ¿Qué pasará con él?

—Lo han expulsado del consejo, ya no goza de privilegios, ni de protección —respondió William.

Omitió que habían estado a punto de condenar a Fabio a muerte, y que el incomprensible voto de Robert lo había salvado en el último momento. Eso tenía trastornado a William; no entendía por qué su hermano había hecho semejante cosa. El Robert que él conocía se habría ofrecido a ejecutarlo con sus propias manos.

—Bien, eso significa que podré matarlo la próxima vez que nos veamos las caras —dijo Shane con rabia contenida. Se puso en pie, dio un paso adelante y se dejó caer al vacío.

William lo imitó.

—¿Qué te pasó anoche? ¡Perdiste el control! —preguntó caminando tras él.

—No perdí el control en ningún momento, sabía perfectamente lo que hacía —respondió el licántropo.

—¡Pero me atacaste! —exclamó sin dar crédito.

—Te pusiste en medio. —Se detuvo y dio media vuelta para encarar a William—. Mira, en ningún momento tuve intención de hacerte daño y, si me conocieras de verdad, lo sabrías. Te pusiste en medio y yo quería destrozar a ese chupasangre. Ya está. Era asunto mío.

—No, no está. Estuviste a punto de hacer una estupidez. Una vez que mi hermano y yo aparecimos, tu asunto pasó a ser nuestro asunto. Ya sabes como funciona esto, Shane, no es tu territorio.

Shane se llevó las manos a la cabeza y enredó los dedos en su pelo con nerviosismo.

—Ese miserable apareció de la nada con su mini ejército. Me puso esa cosa en el cuello y entonces abofeteó e insultó a Marie. Para mí era personal, así que, como comprenderás, me importa una mierda tu territorio.

—Estáis juntos, ¿verdad? Marie y tú estáis juntos —no era una acusación, pero en su voz había tanta tensión que lo pareció.

Shane apretó los dientes y lo miró con expresión desafiante.

—Sí, y si eso te supone un problema, ve haciéndote a la idea porque no voy a renunciar a ella.

William sacudió la cabeza.

—¡No tengo ningún problema, me parece bien! ¿Por qué... por qué estamos discutiendo?

—Dímelo tú —respondió Shane exasperado.

William cerró los ojos y masajeó el puente de su nariz con fuerza, a continuación se acercó a Shane y puso una mano en su hombro.

—Porque somos un par de idiotas. —Le dio un empujón y una sonrisa se dibujó en sus labios.

Shane le devolvió la sonrisa y también el empujón.

—Quiero que sepas que lo mío con Marie va en serio. Me he enamorado de ella, creo que lo estoy desde que vi ese dibujo tuyo, y o...

—Shane, tranquilo, me gusta la idea, de verdad. Pero lo que te dije hace un tiempo no era broma. Marie suele aburrirse con mucha facilidad y no quiero que te haga daño. —Puso una mano sobre su hombro y le dio un apretón.

Shane sonrió aliviado, la tensión de su cuerpo se relajó.

—Yo tampoco he sido un santo hasta ahora. Marie y yo hemos hablado, no hay secretos, sé todo lo que debo saber de ella y ella de mí. —Soltó una risa ahogada y se frotó el cuello—. ¡Hasta hace poco los vampiros ni siquiera me caíais bien! Y ahora, la mujer a la que amo es un vampiro y mi mejor amigo también lo es.

—Ese mejor amigo... no seré yo, ¿verdad? —replicó William, frunciendo los

labios con disgusto, aunque sus ojos brillaban divertidos.

—¡Idiota! —exclamó Shane empujándolo en broma.

Marcelo subió la escalerilla del jet. Lo primero que vio fue su mano sobre el reposabrazos de la butaca y la copa de sangre que sujetaba entre los dedos. Hizo una señal a Fabio para que volviera a descender y esperara en la pista. Avanzó por el pasillo y se sentó frente a su invitado sorpresa, semioculto en la oscuridad de la cabina.

—No recuerdo haberte citado —dijo Marcelo.

—No, pero te marchaste sin despedirte. Muy desconsiderado por tu parte.

—¿Qué quieres?

—Mi paciencia se está agotando, Marcelo. He hecho todo lo que me has pedido. Mantengo unidos y controlados a la mayoría de los renegados, con falsas promesas sobre un suero que jamás existirá...

—¡Y que más da, ellos no lo saben, lo importante es que sigan creyendo en ti! —intervino Marcelo con desdén.

Robert Crain se inclinó y la luz que entraba por la ventanilla iluminó su rostro. Sus ojos azules brillaban fieros y amenazantes.

—He robado en mi propia casa y esta mañana salvé la vida de tu protegido. Creo que va siendo hora de que sepa por qué hago esto.

Marcelo rió con aire de superioridad.

—Todo lo que has hecho hasta ahora no servía para nada, Robert. Solo probaba tu lealtad. Comprobaba hasta dónde estás dispuesto a llegar. Te pedí que mataras y lo hiciste, que reunieras a los renegados bajo tu mando y lo hiciste, únicamente tú eras capaz. Te pedí que acogieras a la esposa de tu hermano y, por lo que sé, está siendo una tarea muy gratificante. El robo era una prueba más. —Se inclinó hacia él y bajó la voz—. Los dos sabemos que no es posible ningún suero, pero ese pequeño incidente dio credibilidad a tus palabras frente a los proscritos, a la vez que los hacía a ellos responsables del delito a los ojos de tu padre. Y mientras nuestro rey malgasta esfuerzos en encontrar a los responsables, nadie se fija en nosotros. El asunto de Fabio, no te preocupes, no lo olvidaré.

—Pues devuélveme el favor, empezando por contestar a mis preguntas.

Marcelo se recostó en su asiento y, apoyando los codos en los reposabrazos, entrelazó los dedos a la altura de su barbilla.

—Si el suero no es viable, ¿para qué necesitas a William? —preguntó Robert.

—Para romper nuestra maldición, ya te lo dije. Hay otros caminos además del científico.

—¿Cuáles?

—Eso lo sabrás a su momento.

—¿A quién sirves? —Robert se inclinó hacia delante, proyectando de forma amenazante su sombra. Marcelo se puso tenso de repente—. Vamos, no te sientas ofendido, pero no voy a tragarme que estás solo en esto. Hay un pez mucho más grande que tú en este océano y antes o después dará la cara.

Marcelo también se inclinó y sus ojos quedaron a la misma altura.

—No me gusta que me cuestionen, ni tampoco que me presionen. Este comportamiento tuyo me obliga a pensar que te estás ablandando —siseó Marcelo recuperando su seguridad, y esta vez fue Robert quien se sintió incómodo—. ¿Ya no quieres sacrificar a tu hermanito, al favorito de tu padre, al hijo de la luz? —le preguntó con sarcasmo.

—Yo no he dicho eso.

—Es un alivio. No te he mentado, Robert. Existe una forma de que los vampiros puedan sobrevivir al sol, y una vez que eso ocurra, te ayudaré a derrocar a tu padre. Para eso tendrás a los renegados de tu parte, y a todos aquellos que poco a poco empiezan a convencerse de que los viejos tiempos deben volver. ¿No es ese tu sueño?

Robert asintió con la vista clavada en el suelo. Y Marcelo añadió:

—No te desanimes. Y para demostrarte mi afecto te diré algo: si hay alguien más grande detrás de todo esto. Más de lo que puedes imaginar. Sigue de nuestro lado y serás el nuevo rey. Un rey que no temerá al sol.

Robert descendió la escalerilla del avión sumido en un torbellino de pensamientos. Apenas podía contener la rabia que fluía por su venas. Vio a Fabio coqueteando con una de las azafatas y no pudo contenerse. Se dirigió a él con los labios apretados, ciego de ira. Lo agarró por el cuello y lo empujó contra uno de los coches. La carrocería cedió y los cristales explotaron por la violencia del golpe.

—¡No puedes tocarme, no puedes tocarme! —exclamó Fabio asustado.

Robert se inclinó sobre él para susurrarle al oído.

—Si vuelves a acercarte a mi hermana le diré al lobo dónde encontrarte. Ya lo viste, Fabio, ni William pudo pararlo. ¿Qué crees que hará con un cobarde como tú?

Volvió a empujarlo, deseando en lo mas profundo de su ser hacer lo mismo con Marcelo. Un único pensamiento evitó que regresara al avión: la certeza de que un día, no muy lejano, le arrancaría el corazón con sus propias manos.

—Quedas advertido —le dijo a Fabio dando media vuelta.

Kate tomó una manzana del árbol y empezó a mordisquearla distraídamente. Se sentó en el suelo y estiró los dedos de los pies dejando que la hierba le hiciera cosquillas. Lanzó una mirada furtiva por encima de su hombro y vio a William completamente concentrado en su libro, con la espalda apoyada contra el tronco

del manzano y las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos.

Dio otro mordisco a la manzana y observó a un pequeño insecto de alas rojas que corría sobre sus pantalones. Extendió la mano y el animal subió por sus dedos, correteando por su palma mientras ella la giraba de un lado a otro disfrutando de las cosquillas que le hacían sus patitas. Terminó de roer el corazón de la manzana y lo lanzó lejos. Tomó su libro y buscó la página que estaba leyendo. Al cabo de unos minutos lo dejó y volvió a ponerse en pie.

William levantó los ojos de su lectura y observó a Kate con disimulo. Podía percibir su inquietud. Desde la noche del baile, algo había cambiado en ella. Solo era una sensación. Algo en su mirada que de pronto se había vuelto esquiva, la forma en la que despegaba los labios como si estuviera a punto de decir algo y volvía a cerrarlos con un suspiro.

—Kate —la llamó. Cuando ella lo miró, se palmeó los muslos para que se acercara.

La chica se tumbó a su lado. Apoyó la cabeza sobre su regazo y cerró los ojos.

Él comenzó a acariciarle la cabeza, enredando los dedos en la melena desparramada sobre sus piernas. Le rozó la mejilla, sintiendo cómo la tibieza de su piel le calentaba los dedos.

—¿Qué ronda por esta cabecita? —preguntó mientras recorría con el dedo el puente de su nariz hasta la frente.

«Quiero convertirme en vampiro y quiero que seas tú quien me transformes. Porque elijo vivir una vida eterna contigo a vivir cientos de vidas mortales sin ti», pensó. Las palabras fluyeron por su mente con facilidad y, por un momento, pensó que podría decirlas en voz alta.

—Nada —respondió con un suspiro.

William le deslizó la mano por el cuello y acarició con el pulgar la línea azulada que dibujaba su yugular a lo largo de la garganta. Cada vez repetía aquel gesto con más frecuencia, y Kate sabía que lo hacía como una especie de terapia con la que trataba de habituarse a la atracción y el deseo que le despertaba su sangre.

—¿Quieres que hagamos algo esta noche? Podemos ir Shrewsbury si te apetece. Seguro que Henry puede recomendarnos algún sitio agradable donde puedas tomar un café —sugirió él.

—¡Sí, suena bien! —exclamó ella.

—Llevamos aquí una semana y no has salido de estos terrenos. Creo que va siendo hora de divertirse.

—Podríamos invitar a Shane y Marie.

—¡Claro, me encanta la idea! Incluso repetirlo dentro de unos días, ¿qué te parece en Londres? —Se estremeció con una sonrisa al ver como Kate asentía emocionada—. Llamaré para que nos preparen la casa.

—Gracias —susurró ella mientras acariciaba su fría mejilla con los dedos.

—No tienes que darme las gracias. Haría cualquier cosa por verte feliz, lo sabes.

El estómago de Kate volvió a llenarse de mariposas. De repente ese hormigueo se transformó en la seguridad que necesitaba para hablarle a William de sus deseos.

—¿De verdad harías cualquier cosa? —preguntó con la respiración agitada. Él asintió—. Antes tenías razón, algo me ronda la cabeza desde hace días.

Se incorporó sobre el codo para poder mirarle a los ojos. Al apoyar la mano en la hierba sintió un fuerte pinchazo en el dedo índice. Alzó la mano con un gemido.

—¿Qué te pasa? —preguntó William inclinándose hacia delante. Con una mano en su espalda ayudó a Kate a sentarse.

—Se me ha clavado algo en el dedo. —Extendió la mano y vio una astilla del árbol clavada profundamente—. Me duele mucho.

—Déjame ver. —William examinó el dedo—. Está profunda. Vamos a casa, en la cocina hay un botiquín y Harriet podrá ayudarte.

Kate negó con un gesto de su cabeza.

—¡Solo es una astilla! —dijo encogiéndose de hombros para quitarle importancia, y con un ligero tirón la arrancó de su dedo.

Una gota de sangre roja y brillante apareció en la herida. Resbaló y cayó al suelo, y después otra, y otra. Kate se llevó el dedo a la boca y lo succionó, pero no dejaba de sangrar. Entonces se percató de la expresión de William: tenía el rostro desencajado y sus ojos miraban fijamente la sangre con una mezcla de miedo y deseo. Sin pensarlo extendió la mano hacia él, hasta casi rozarle los labios.

—¡No hagas eso! —exclamó asustado, y de un salto se puso en pie, alejándose de ella.

—Lo siento, lo hice sin pensar. —También se levantó.

—¿No te das cuenta de lo que podría pasar? —le preguntó en tono severo, con una voz tan ronca que no parecía suya.

Kate se encogió con un estremecimiento.

—No creo que fuese tan malo que pasara —susurró con los ojos clavados en el suelo.

William sacó un pañuelo de su bolsillo y con decisión agarró la mano de Kate. Enrolló el pañuelo alrededor de la herida, casi sin mirar, mientras ella no apartaba los ojos de su rostro enojado.

—Ni lo pienses, morirías.

Meneó la cabeza con fuerza, tratando de desechar esa idea.

—¡Solo mi cuerpo! —le tembló la voz, consciente de que él ni se había cuestionado la posibilidad de transformarla. Cuando le prometió una vida normal

se refería exactamente a eso, a que jamás la convertiría.

—No solo tu cuerpo, Kate. Perderías cualquier rastro de humanidad...

—¡Eso no lo sabes!

—Convertirte en vampiro no es una opción —replicó William entre dientes.

La miró una sola vez y echó a andar hacia la mansión con paso rápido, decidido a no continuar con aquella conversación.

Kate se quedó inmóvil mirando como se alejaba. Algo dentro de ella se rebeló. William estaba equivocado, mientras ella fuera humana y él vampiro, jamás tendrían una vida normal; ni siquiera una vida. Volvió a sentarse bajo el árbol, si pensaba que iba a salir corriendo tras él para disculparse, estaba muy equivocado.

William entró en su habitación y cerró dando un portazo. El recuerdo de Kate ofreciéndole su sangre no dejaba de atormentarlo. Se imaginó aceptando su regalo, tomando su sangre... Sacudió la cabeza apartando la idea. Jamás la convertiría, no iba a arrebatarle su humanidad, su bien máspreciado. Había olvidado por completo lo hermoso que era estar vivo, ser humano, y Kate se lo había recordado. De alguna forma sentía que podía vivir a través de ella.

Estaba demasiado tenso y su cuello se había convertido en un bloque rígido como el acero. Rotó los hombros tratando de aflojar la tirantez de sus músculos, pero el movimiento solo consiguió agarrotarlos aún más. Se desprendió de la ropa y entró en la ducha, apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos dejando que el agua caliente resbalara por su cara.

Se vistió con un pantalón negro y paseó nervioso por la habitación. La ducha había aflojado la tensión de su cuerpo, pero su enfado seguía intacto. Se asomó a la ventana y vio a Kate acercándose a la casa; caminaba despacio con los hombros encogidos. Apoyó las manos en el cristal y enmarcó con ellas su figura, deseando poder envolverla de aquella forma en la realidad. Quería protegerla de todo y de todos, incluido él mismo.

Se dejó caer en la cama y se cubrió la cara con las manos. El enojo le quemaba la piel, la frustración lo ahogaba y el miedo a estar cometiendo un error, del que ya era imposible arrepentirse, lo sumía en un estado de paranoia. Y a todas esas emociones, ahora se sumaban los remordimientos.

Se arrodilló en el suelo, dejando que el peso de su cuerpo descansara sobre los talones. Colocó las palmas de las manos sobre los muslos e inclinó la cabeza hasta que la barbilla tocó su pecho. Cerró los ojos y se concentró en vaciar su mente de cualquier estímulo. Hacía muchos años que había aprendido a meditar, y era lo más parecido a dormir que había experimentado nunca. Si lo hacía bien, conseguía abstraerse de todo lo que le rodeaba durante horas. Esa era su vía de escape, y cuando volvía a abrir los ojos tenía la vaga sensación de que todo iría mejor.

De repente abrió los ojos y miró el reloj que había sobre su mesa. ¡Eran más de las doce! Empezó a sentirse realmente mal por haber dejado a Kate sola durante tanto tiempo, también por la forma en la que la había abandonado bajo

aquel manzano. Salió al pasillo, descalzo, y se encaminó a la escalera mientras abrochaba un par de botones de su camisa. Kate estaba en alguna de las salas de la planta baja, podía oler su perfume. Aguzó un poco el oído y su voz llegó hasta él, trazando una vibrante estela que siguió completamente hipnotizado.

—¿De verdad luchaste en esa guerra? —oyó preguntar a Kate en tono incrédulo.

—Esa solo fue una de tantas —respondió Robert tras una sonora carcajada—. Pero he de reconocer que fue una de las más divertidas. Me sentaba muy bien el uniforme.

—Me cuesta creer que tengas tantos años. Todo lo que has conocido es fascinante. ¿Volverías a algún momento en particular? ¿Cuál fue el mejor año para ti? —preguntó Kate con avidez.

—Sin duda, los años que pasé en Francia en la corte de Maria Antonieta. Fue una época de excesos que no me importaría volver a repetir.

—¿Conociste a Maria Antonieta? —preguntó ella boquiabierta.

—Profundamente —contestó Robert con un asomo de ironía. Kate dejó escapar una risita azorada—. Levanta la barbilla y no dobles la muñeca.

—Pesa mucho —se quejó ella.

—Eso es porque estiras demasiado el brazo, dobla un poco el codo. Así, muy bien...

Se oyó el sonido del acero chocando contra acero. A continuación el estruendo del metal al desplomarse sobre el suelo y la risa de Kate brotando con ganas de su garganta.

—¿Has visto? Ya es tuyo, y ahora, el golpe de gracia —dijo Robert con entusiasmo.

William abrió la puerta del salón donde solía practicar esgrima de pequeño. Se detuvo bajo el marco de madera, contemplando la escena que tenía ante sus ojos con el rostro mortalmente serio. Robert rodeaba con sus brazos a Kate. Con el derecho sostenía la mano de ella ayudándola a empuñar una espada y con el izquierdo mantenía su otro brazo sujeto contra la espalda. Una armadura abollada estaba en el suelo, a sus pies.

—¡William! —exclamó Kate con una mezcla de alegría y sofoco.

—Hola, hermano. Empezaba a preguntarme cuándo aparecerías. Estábamos preocupados por tu ausencia —dijo Robert, soltando a Kate muy despacio.

—Estaba ocupado. Gracias por entretener a Kate —declaró mientras forzaba una sonrisa que desapareció inmediatamente. Sintió el aguijonazo de los celos en su pecho.

—Ha sido un placer, y he de admitir que te envidio. Esta dama posee todo lo que un hombre podría desear, eres afortunado —dijo con sinceridad.

—Lo soy —respondió sin apartar la vista de ella. Se acercó a la chica y le quitó la espada de las manos—. Podrías herirte con esto, y no creo que sea lo

más recomendable en una casa repleta de vampiros —dijo en un tono que era una clara reprimenda para Robert.

Kate desvió la mirada un poco avergonzada.

—Tienes razón, ha sido un descuido imperdonable por mi parte —se disculpó Robert, y esta vez no parecía tan sincero.

William se quedó callado un momento. Apretó los labios como si intentara reprimir las palabras que empujaban por salir de su boca. Tomó aliento en un intento de calmarse, pero no funcionó del todo. La sonrisa despreocupada y condescendiente de Robert le estaba sacando de quicio. ¿Qué demonios le pasaba a su hermano?

—¿Has cenado? Podemos ir a la cocina y prepararte algo —sugirió a Kate.

—Robert me ayudó a preparar risotto para Shane y para mí —respondió ella—. Creí que tú... —no acabó la frase y se encogió de hombros.

Robert le dedicó una sonrisa de disculpa a su hermano.

La expresión decepcionada de William dio paso a otra más difícil de interpretar. Admiraba a su hermano y lo respetaba, pero había algo en su comportamiento de los últimos días que lo tenía desconcertado. Incluso había momentos en los que le costaba reconocerlo. No pudo contenerse.

—¿Para Shane también? ¡Vaya, es todo un detalle por tu parte! ¿Es algún tipo de compensación por tu deferencia para con Fabio?

Robert no pareció molestarse por la observación. Al contrario, esbozó una sonrisa socarrona que era pura astucia.

—Si me tocas en cuatro movimientos, puede que te conteste —propuso Robert.

Tomó una de las espadas que había sobre la mesa y la blandió con un giro de su muñeca.

William apretó con fuerza la empuñadura de la espada que aún sostenía y la alzó.

—¿Cuatro? —preguntó. Su hermano asintió—. ¿Y serás completamente sincero?

Robert volvió a asentir y sus labios se curvaron con auténtica satisfacción. Su hermano pequeño siempre había sido su mejor adversario y hacía tiempo que no se batían.

William movió los hombros en círculos. Aseguró los pies en el suelo y esgrimió su espada; estudió a Robert con los ojos entornados. Arremetió. Uno, dos, tres y cuatro movimientos, y la punta de su espada presionaba contra la garganta de Robert.

—¡Eso ha sido impresionante! —alabó Robert.

—Te toca —dijo William.

—Hice lo que tenía que hacer —replicó, empujando con el filo de su espada el arma de su hermano—. Puede que Fabio sea un demente descontrolado que

merezca muchas cosas, pero es uno de los nuestros. Dejarse llevar por los impulsos no suele ser acertado. Y eso fue lo que le pasó, un impulso poco acertado que le costó controlar —respondió Robert con un destello carmesí en los ojos, mientras sus hojas chocaban una y otra vez.

Kate los contemplaba sin saber muy bien qué estaba pasando entre ellos. Hablaban tranquilamente, pero golpeaban las espadas con demasiada violencia.

William empezó a reír como si Robert hubiese hecho un chiste.

—Un impulso poco acertado —repitió con sarcasmo—. Si hubieras aplicado esa teoría la noche del robo a la cámara, habría quedado alguien vivo a quien interrogar. Alguien que nos habría dado alguna información a la que atenernos para no andar dando palos de ciego... —Sus armas se engancharon en las empuñaduras, y los hermanos se quedaron mirándose— y ahora sabríamos quién intenta crear un suero.

Robert empujó a su hermano.

—¡Maldita sea, William! Si no me falla la memoria, ya dispones de esa información. Fue Amelia quien orquestó la trama. Y los que asaltaron esta casa eran renegados armados que amenazaban a nuestra hermana, merecían lo que les hice. En cambio, ejecutar a un vampiro que simplemente ha perdido los estribos, lo considero excesivo. ¿No crees que ya sufrimos bastante? —le preguntó con tono airado. Levantó la espada por encima de su cabeza y lanzó un mandoble contra él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó a la vez que detenía su acometida con un giro de muñeca. No daba crédito a la respuesta de Robert, era imposible que pensara en serio que Fabio solo había perdido los estribos.

—Hablo de dolor, de sufrimiento. Estamos condenados por una maldición divina a vagar en la oscuridad, y condenados por nuestras propias fantasías a soportar el dolor que nos causa negar nuestros instintos. Nos hemos convertido en mártires, pero no en depravados —dijo sin disimular su rabia, y lanzó otro tajo que rasgó la camisa de su hermano.

—Existe una esperanza —replicó William, apenado y desconcertado por el comportamiento de Robert. Podía ver el dolor en sus ojos—. Un día los humanos estarán preparados para acogernos, para comprendernos...

—¡Oh, por favor! —rugió con exasperación, abriendo los brazos en cruz como si lanzara una súplica—. ¡Si supieras lo cansado que estoy de oír esas palabras! Tengo más de mil años, y tú, qué, ciento setenta y uno. Creo que tengo más experiencia respecto a humanos que tú. —Lanzó una fría mirada a Kate—. Los humanos son criaturas paranoicas que temen todo lo que es diferente a ellos, jamás aceptarán a los vampiros.

—Hablas como un Renegado —susurró William dejando caer los brazos a ambos lados de su cuerpo.

Robert apretó con fuerza su espada y lanzó una estocada con la que hirió a

William en el pecho.

Kate gritó cuando vio la sangre manchando su blanca piel.

—Los humanos son frágiles, débiles —terció Robert destilando ira. Sin dejar de atacar a su hermano, continuó hablando—: ¿De verdad quieres que nos sometamos a ellos?

—¿Y cuál es la alternativa? —preguntó William casi con miedo a la respuesta. Robert desvió la mirada—. ¿Qué te pasa, hermano? —más que una pregunta pareció una súplica.

Detenía cada una de las arremetidas de Robert, pero se negó a atacarlo. Tenía la sensación de que su hermano solo estaba pasando un mal momento, una de esas épocas en las que uno se cuestiona sus principios y se ve tentado a elegir el camino fácil.

—Lo mismo que a ti, la única diferencia es que yo he dejado de mentirme. Somos iguales, tú también despertarás.

—Yo no soy así —la última palabra se le atascó en la garganta, porque la espada de Robert se hundió en su estómago.

Kate volvió a gritar e intentó acercarse, pero William le hizo un gesto para que se detuviera.

—Sí lo eres, solo que aún no lo sabes —susurró Robert al oído de su hermano, mientras este caía de rodillas—. Puedo sentir como tu cariño se transforma en odio en este mismo momento. Eso me entristece, creí que me conocías mejor.

—El Renegado que me vigilaba en Heaven Falls es como yo —dijo William entre dientes, sujetando con fuerza la mano de Robert para que no se alejara. Eso hacía que la hoja se hundiera más en su cuerpo—. Sebastian me pidió que no te comentara nada, no me dijo el porqué.

Robert intentó alejarse, demasiado abrumado por esa confesión, pero él le sujetaba la muñeca con fuerza.

—¿Por qué me lo cuentas? —susurró.

—Porque no quiero que te rindas. Ese es el camino fácil y a ti no te gusta lo fácil. ¿No te interesa el reto? ¿Averiguar quién es? Puede que ahí estén tus respuestas.

William se quedó sin fuerza y soltó la mano de Robert, que abandonó de inmediato la sala sin decir una palabra.

Kate corrió al lado de William y se arrodillo junto a él.

—¡Dios mío! ¿Es grave?

—Tranquila, no es nada —dijo con calma.

Agarró la empuñadura, tiró de ella hasta sacar la hoja de su cuerpo y la arrojó lejos. Se puso en pie y con los dientes apretados se subió la camisa. La herida comenzó a desaparecer ante la mirada atónita de Kate.

—Será mejor que me quite esta ropa.

William entró en su habitación despojándose de la camisa. Arrojó la prenda a

un rincón y comenzó a pasearse de un lado a otro muy nervioso. No dejaba de revolverse el pelo de forma compulsiva.

Kate salió del baño con una toalla húmeda y se acercó a él para limpiar la sangre que manchaba la piel de su torso.

—No es necesario que hagas eso —dijo con pesar, pero la dejó hacer al darse cuenta de que ni siquiera lo había escuchado.

—¿Qué ha pasado ahí abajo? —preguntó ella intentando parecer calmada, aunque su cuerpo la delataba temblando de pies a cabeza.

Deslizó con lentitud la toalla y al retirar la sangre la piel apareció inmaculada. No había ningún rastro de la herida.

—Él no es así. A mi hermano le ocurre algo y voy a averiguar qué es.

Se acercó a la ventana. Oscuros nubarrones surcaban el cielo ocultando las estrellas y un relámpago iluminó durante un segundo la habitación en penumbra. Las primeras gotas golpearon el cristal. Apartó la vista de la ventana y encontró a Kate sentada sobre la enorme cama. Miraba al vacío, completamente confundida. Verla así hizo que se olvidara de todo y que solo quisiera abrazarla; aunque no estaba seguro de si ella se lo permitiría.

Un trueno estalló sobre sus cabezas y el sonido de la lluvia se intensificó. Se acercó y se arrodilló frente a ella, sin tocarla, y alzó los ojos hacia su rostro con una mirada triste.

—Lo siento —dijo en un susurro. Ella lo miró sin decir nada—. Sé que paso la mayor parte del tiempo disculpándome. De hecho creo que es lo único que hago desde que estamos juntos, y es porque soy un completo idiota que siempre lo fastidia todo...

—Tú no has fastidiado nada —intervino la chica, alargando la mano para acariciarle la cara.

William la sujetó por la muñeca y besó la palma de su mano.

—Déjame terminar, ¿vale? —suspiró—. Esta tarde no debí dejarte sola. Tampoco debí pedirte que me acompañaras a este viaje, porque así no tendrías que haber visto nada de todo esto. Ahora tengo miedo de haberlo estropeado todo, de que mi mundo te supere más allá de lo que sientes por mí. Tengo miedo de no estar dándote lo que necesitas, lo que esperas. ¡Ni siquiera sé qué esperas de mí! —exclamó cabizbajo.

—No has estropeado nada —dijo Kate tomando el rostro de William entre las manos, acariciando con lentitud su incipiente barba—. Me alegro de estar aquí, porque de otro modo jamás hubiera podido comprender quién eres de verdad. Lo único que necesito de ti es que me quieras, y lo que espero es que nunca dejes de hacerlo.

Él se inclinó hacia delante sobre sus rodillas y aferrándola por el cuello la atrajo para besarla.

—¡No tienes idea de cuánto te quiero! —musitó William sobre sus labios—.

Te quiero, te quiero, te quiero...

Kate se separó un poco y, sin apartar la mirada de sus ojos, tragó saliva.

—Demuéstramelo —le ordenó, deslizando las yemas de sus dedos por los brazos desnudos del vampiro hasta las manos. Las tomó y las llevó hasta sus caderas.

Él la miró con un cálido fulgor en el pecho. La invitación le había llegado de forma clara y directa. Y la verdad es que no había dejado de pensar en ello desde su encuentro frustrado la noche del baile.

—¿Estás segura? —preguntó deseando que la respuesta fuera un sí.

Cuando ella asintió, él deslizo las manos por debajo de su camiseta y muy despacio las subió arrastrando la prenda hacia arriba hasta quitársela por la cabeza. Enredó las manos en su pelo y se levantó del suelo. La besó, empujándola con su cuerpo hasta que la colocó de espaldas sobre las sábanas. Kate le rodeó el cuello con los brazos y acarició su mandíbula con los labios. Él volvió a besarla profundamente, mientras le deslizaba la mano por la pierna, subiendo sin prisa por su rodilla hasta su muslo.

William se apartó para mirarla y ella le devolvió una mirada cálida, intensa e incitante, mientras arqueaba la espalda para pegarse a él. Enterró el rostro en su cuello y no pudo evitar aspirar el calor de su piel, el olor de su sangre. Cubrió de besos su garganta, su mandíbula, su oreja y de nuevo su garganta.

Kate lo abrazó con más fuerza. Las sensaciones que recorrían su cuerpo y los pensamientos que llenaban su mente la abrumaban. Dejó de pensar y su cuerpo tomó el control, guiándose solo por irrefrenables impulsos. Arqueó la espalda y ladeó el cuello, sintiendo su aliento frío sobre la piel. El corazón comenzó a latirle muy deprisa. Podía sentir las palpitaciones en la vena del cuello y se lo ofreció inclinando la cabeza hacia atrás. Puso una mano en su pelo y volvió a atraerlo cuando él quiso apartarse completamente agitado.

—No —dijo William en apenas un murmullo. Todo el cuerpo le temblaba.

Kate enredó los dedos en su pelo y le mostró con sensualidad la suave curva de su garganta. Notó que él empezaba a rendirse, que poco a poco se inclinaba sobre ella y que con los labios entreabiertos le rozaba la piel. No sintió miedo, al contrario, todo su cuerpo se retorció expectante pidiéndole que lo hiciera.

—Quiero que lo hagas —musitó. Él separó un poco más los labios y entonces pudo sentir dos puntas afiladas que le arañaban la piel—. Hazlo.

William saltó hacia atrás en el último momento. Derribó el jarrón con rosas que había sobre la mesita, y a punto estuvo de estrellarse contra la pared. Su pecho subía y bajaba con rapidez, como si en realidad necesitara aquel aire para respirar.

—¿Por qué me haces esto? —se lamentó mareado, intentando no mirarla para no abalanzarse sobre ella.

—No... no pasará nada, podemos hacerlo.

Kate se puso en pie, y tuvo que agarrarse a una de las columnas del dosel porque sus piernas eran incapaces de sostenerla.

—No, no podemos —dijo él dándole la espalda.

—Hablé con Sebastian, a él le parece bien.

William se encogió como si hubiera recibido un latigazo y se volvió, fulminándola con la mirada.

—¿Pediste la bendición sin consultarlo primero conmigo? —preguntó sin dar crédito.

—Sí, pero no fue premeditado. Surgió y yo... —De repente estaba asustada porque él la miraba de una forma horrible—. Lo he pensando mucho, y sé que es esto lo que quiero. Quiero que me conviertas y que podamos estar juntos para siempre.

William negaba con la cabeza. No quería seguir escuchándola.

—¿Y qué hay de lo que yo pienso y de lo que yo quiero? —le espetó—. No puedes hacer esto. No puedes tentarme, obligándome a hacer algo que no deseo.

—Tú tampoco tienes derecho a obligarme a que siga siendo humana. ¡No es tu decisión!

—Sí lo es —alzó la voz—, y a que parece que soy el único aquí que piensa con la cabeza. Por nada del mundo te convertiré, no vuelvas a pedírmelo jamás.

—¿Pero por qué? —la frustración la ahogaba.

—No voy a seguir con esta conversación, Kate —respondió con firmeza, y volvió a darle la espalda.

—Dices que me quieres, pero no es así. Si me quisieras no podrías soportar la idea de que algún día pudiéramos separarnos para siempre —le reprochó. Se sentía rechazada a la par que humillada.

Un relámpago iluminó el exterior y la silueta de William quedó perfilada en el marco de la ventana. Su torso desnudo, extremadamente pálido, temblaba a causa de la tensión de sus músculos. El vampiro sintió cada una de sus palabras como una puñalada. Se acercó a ella y le puso una mano en el pecho, sobre el corazón. Durante un segundo cerró los ojos sintiendo cómo latía. Las vibraciones de aquel movimiento se extendieron por la palma de su mano y a lo largo de su brazo. Se inclinó y la besó en la frente con una profunda tristeza.

—No sabes cuánto me duele que creas eso —dijo sin despegar los labios de su piel.

Dio media vuelta y salió de la habitación. Bajó hasta el vestíbulo en dirección al exterior, intentando que la rabia no se apoderara de los últimos vestigios de su autocontrol. Si el encuentro con Robert le había dolido, lo que acababa de pasar entre Kate y él lo estaba destrozando.

La lluvia caía con fuerza y, empujada por el viento, azotaba sin compasión cada centímetro de su cuerpo; pero él continuó caminando sin que pareciera importarle. Llegó hasta la abadía derruida y se sentó junto a uno de los muros

donde el agua no golpeaba con tanta saña.

Hundió la cabeza entre las rodillas. Cada célula de su cuerpo le gritaba que volviera junto a ella. Que la tomara en brazos y hundiera los dientes en su cuello, uniéndola a él para siempre. Eso era lo que ansiaba, lo que había deseado desde el primer día y de lo que se había estado protegiendo. Mintiéndose a sí mismo con excusas, pero a pesar de la aplastante realidad, no conseguía moverse. Era incapaz de ir a buscarla, como si toneladas de roca lo aplastaran contra el suelo.

—Hola, soy yo otra vez. Creo que deberíamos hablar de esto... —guardó silencio un segundo. Era el quinto mensaje que le dejaba en el buzón de voz y ya no sabía qué más decir—. Llámame, aunque solo sea para decirme dónde estás. Estoy preocupada por ti... —Hizo otra pausa—. Aunque eso no significa que me arrepienta de nada, porque no lo hago. ¡Oh! —rugió con frustración y continuó muy enfadada—: ¡Vale, si no quieres hablar conmigo, muy bien, genial! ¡Yo tampoco quiero hablar contigo!

Colgó el teléfono y se quedó mirando la pared. Había pasado toda la noche despierta, esperando a que él regresara, pero no lo había hecho. No dejaba de darle vueltas a todo lo ocurrido entre ellos, y seguía sin entender esa reticencia que William tenía a convertirla. No quería hacerlo, pero no podía evitar pensar mal. Quizá no estaba en los planes del vampiro pasar toda una vida con ella.

Cogió su bolso, una chaqueta y salió de la habitación como un rayo. Necesitaba salir de allí, el silencio de la casa pesaba sobre ella ahogándola. Bajó la escalera y cruzó el vestíbulo, segundos después empujaba la puerta de la cocina.

- Buenos días —saludó sin poder disimular que se encontraba mal.
- Harriet y Shane, que se encontraba desayunando, alzaron la cabeza.
- Buenos días, Kate. ¿Te apetece desayunar? —preguntó Harriet.
- No, gracias. ¿Tiene algún mapa de la zona? Un mapa de carreteras.
- No, lo siento. Pero si necesitas ir a algún sitio, Henry puede...
- No se moleste, ya me las arreglaré.

Dio media vuelta y abandonó la cocina bajo la atenta mirada de Shane.

Las luces del garaje parpadearon antes de encenderse por completo y los ojos de Kate se abrieron como platos. Aquel lugar parecía un concesionario de coches de lujo. Se acercó hasta el BMW de William, solo para comprobar con decepción que las llaves no estaban puestas. Paseó la mirada por el recinto y vio un pequeño armario en una pared.

—¡Bingo! —exclamó al encontrar las llaves dentro.

El ruido del motor invadió el garaje y le embotó los oídos. Agarró el volante algo insegura, aquel coche no se parecía en nada a su viejo Volkswagen. Se sentía como si de golpe hubiera abandonado su triciclo para subirse a una moto de gran

cilindrada. Accionó el mando y la puerta del garaje se abrió.

Shane estaba justo en medio del camino, con las manos enfundadas en los bolsillos de sus vaqueros, y no parecía que tuviera intención de moverse.

—No estoy de humor para numeritos de chico duro. Así que, o subes al coche y vienes conmigo o te quitas de en medio y me dejas pasar —dijo Kate sin paciencia.

Shane sacudió la cabeza y una sonrisa se dibujó en su cara. Se acercó al coche, abrió la portezuela y se sentó junto a ella sin decir una palabra.

Unos minutos más tarde se adentraban en las calles de Shrewsbury. Aparcaron cerca del río y desde allí se desplazaron a pie. Pasearon por el centro de la ciudad, repleto de edificios con entramado de madera en blanco y negro. Recorrieron estrechas y empinadas calles medievales. Tomaron té y pastas en una terraza, y después dormitaron al sol junto a la orilla del río. Comieron en un pequeño restaurante cerca de la plaza. Visitaron la estatua de Darwin y compraron algunos regalos. Kate adquirió una preciosa pámela para Alice, un chal para Martha y un bolso para Jill. Y el día pasó casi sin darse cuenta.

—Tengo hambre —dijo Shane, sobándose el estómago.

—¿Otra vez?

—¡Es casi la hora de cenar!

Kate suspiró con los ojos en blanco. No entendía dónde metía el chico aquellas cantidades ingentes de comida que solía tragar al cabo del día. Ni un ápice de grasa engordaba su cuerpo, era puro músculo.

—Está bien, cenemos —accedió—. ¿Adónde quieres ir?

—Ahí mismo —respondió Shane, señalando un pub.

El sitio estaba atiborrado de gente que veía un partido de rugby que daban por la tele, y tuvieron que esperar un rato en la barra hasta conseguir una mesa. Pidieron empanadas de carne picada y verduras, cerveza negra para él y sidra para ella.

—No está mal, pero me quedo con las alubias con huevos que comimos en el almuerzo —dijo Shane mientras masticaba un trozo de empanada.

Kate sonrió con aire apático.

—Echo de menos las ensaladas con pollo que prepara Mary, y los cappuccinos con mucha nata —comentó Kate.

Apartó su plato a un lado. De repente su móvil empezó a sonar sobre la mesa. Se inclinó hacia delante, vio el número de William parpadeando en la pantalla, y lo ignoró cruzándose de brazos.

—¿No vas a contestar? —preguntó Shane.

—No —respondió cortante.

El chico la miró mientras masticaba.

—Vaya, las cosas están peor de lo que imaginaba —señaló él dando un trago a su cerveza. Se limpió la boca con la servilleta y apoyó los codos en la mesa—.

Mira, llevo todo el día de un lado para otro. He visto museos, mercadillos con flores, incluso le he dado de comer a los patos; y no porque me entusiasme este adorable papel de turista. No quería que estuvieras por ahí tú sola...

—¿Y? —intervino Kate cortando lo que parecía el principio de un sermón.

—Creo que merezco que me cuentes qué te pasa.

—Yo no te he pedido que me acompañes.

—¡Ya, pero como para dejarte sola! —exclamó Shane.

Kate lo fulminó con la mirada, consciente de lo que había dado a entender con aquel comentario. No se fiaba de ella, de que fuera capaz de arreglárselas sin meterse en un lío.

—No necesito una niñera —le espetó. Apartó la mirada y dejó que vagara por las mesas—. ¿Por qué todos me tratáis como si pudiera romperme? —replicó indignada.

—Porque puedes romperte, eres humana. Y no te ofendas.

Kate resopló.

—¡Eh! —El chico se inclinó sobre la mesa buscando sus ojos—. Sé que puedes cuidarte muy bien tú sola y que no necesitas una niñera, pero sí un amigo a quien contarle eso que llevas rumiando todo el día.

—Rumiando —repitió Kate en tono ofendido—. ¿Qué os pasa a vosotros con las ovejas? ¿Es algún tipo de obsesión fetiche?

—¿Qué tienen que ver las ovejas? —preguntó Shane desconcertado.

—Déjalo, no importa —otorgó ella casi en un susurro.

—Venga, desembucha —insistió él. Si cierras los ojos puedes imaginarte que soy Jill. Se llevó las manos al pecho como si sostuviera unos generosos senos.

Kate no pudo evitar sonreír.

—Vale, te lo contaré...

El teléfono de Shane empezó a sonar, le echó un vistazo.

—Es Marie. Voy a enviarle un mensaje, solo será un momento. —Tecleó durante un par de segundos y volvió a guardarlo—. Ya está, cuéntame.

Kate miró a su alrededor asegurándose de que nadie los observaba.

—Le pedí a William que me convirtiera en vampiro y él se negó. Discutimos y se marchó, eso es todo. —Entrelazó los dedos, nerviosa—. Bueno, no es todo, es solo la parte que te puedo contar.

Shane la miró con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—Está bien, capto el mensaje —contestó Shane acomodándose en la silla con una sonrisa perezosa. Pero de repente se puso serio y volvió a inclinarse sobre la mesa—. ¿Por qué quieres convertirte en vampiro? Hace tres semanas ni siquiera sabías que existían.

—Porque es la única forma de que podamos estar juntos sin problemas. Por eso no entiendo su negativa.

—¿Qué te dijo exactamente?

Kate guardó silencio mientras hacía girar su vaso entre las manos.

—Algo sobre que perdería mi humanidad y que él jamás permitiría eso.

Shane soltó muy despacio el aire de sus pulmones y clavó su mirada pensativa en algún punto del mantel. Al final levantó los ojos y los clavó en Kate.

—William cree... Mejor dicho, está convencido de que hay algo malo en su interior. Puede que él piense que, si te transforma, una parte de ese mal pueda pasar a ti. Después de lo que le pasó con Amelia, tras ver el monstruo en el que se convirtió, cualquiera estaría un poco paranoico. No quiero decir que eso sea lo que a él le ocurre, esto solo es una suposición, pero creo que estoy en lo cierto. Empiezo a conocer a William.

—¡Eso es absurdo, él no tiene nada malo en su interior! —exclamó ella.

—Yo opino lo mismo. Pero... respecto a la pérdida de humanidad puede que tenga algo de razón. Cuando un humano se convierte en vampiro puede perder ciertos rasgos. Estoy hablando de moral, de sentimientos como la bondad, el altruismo, la generosidad; de distinguir con claridad el bien del mal. Esos rasgos son los que os hacen hermosos a nuestros ojos. Cuando eres poderoso e inmortal tiendes a olvidarlos, y si eso ocurre y te dejas dominar por tus instintos, puedes acabar convirtiéndote en un Renegado.

—Como le ocurrió a Amelia —susurró. El licántropo asintió—. William no la infectó con ningún tipo de mal. Estoy convencida de que ella nunca fue buena, y que al transformarse en vampiro sus malos sentimientos se fortalecieron. Pero si eres una buena persona, serás un buen vampiro, y yo soy una buena persona.

Shane le sonrió con afecto.

—Buen argumento, y puede que estés en lo cierto.

Kate arqueó las cejas con expresión victoriosa.

—Pero hay otras muchas cosas que sí perderías —continuó Shane—. William no te las habrá mencionado porque por su especial condición y por la naturaleza de su familia, él apenas ha experimentado esas pérdidas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kate con suspicacia.

—Me refiero a tu familia, a tus amigos, al lugar donde vives. A tus recuerdos, al sol, a un bonito arco iris o a una ensalada de pollo. Me refiero a esas pérdidas.

Kate sintió que todo en su interior se desmoronaba hasta quedar en ruinas.

—No habías pensado en eso, ¿verdad? —preguntó él. Ella negó con la cabeza—. Convertirse en vampiro supone un gran sacrificio. Nunca volverías a sentir el sabor del chocolate o de una súper hamburguesa con pepinillos. Estar cerca de tu familia o de tus amigos se convertirá en una tortura. ¿Cómo crees que te sentirás cuando el deseo de desangrarlos ocupe tu mente? ¿Soportarás la culpabilidad de esos pensamientos?

Kate se encogió en la silla.

—Tendrás que alejarte de las personas que amas —continuó Shane—, para que no noten que eres diferente, que no envejeces. Tendrás que contemplar

cómo cada uno de ellos se consume y desaparece. Y eso se repetirá una y otra vez... Nunca podrás permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio, por mucho que este te guste. Tampoco harás nuevos amigos, porque sabes que antes o después tendrás que abandonarlos. Y adiós al sol, a su calor sobre la piel en un día de invierno. Adiós al amanecer o a contemplar el crepúsculo. Algo que William sí puede disfrutar y que tú no volverías a compartir con él. Deberías pensar en eso antes de tomar una decisión tan importante como convertirte en un vampiro.

Los ojos de Kate brillaron por las lágrimas que amenazaban con brotar, parpadeó para controlarlas.

—¡Soy una idiota, una idiota impulsiva! —se lamentó—. ¡Pobre William, he sido tan injusta con él!

—No te preocupes. Él te quiere, seguro que ya se le ha pasado el mosqueo.

—No, Shane, lo tenté con mi sangre en dos ocasiones. Prácticamente lo obligué. Lo puse entre la espada y la pared sabiendo lo que él siente, su deseo de alimentarse de mí, y...

—¿Y? —preguntó Shane casi con miedo a la respuesta. Las cosas que acababa de enumerar Kate ya eran bastantes serias.

—Le pedí la bendición a Sebastian sin contar con él.

Shane soltó de golpe el aire que había estado conteniendo.

—Oh, vale, sé que no está bien que te diga esto pero ¡no se lo cuentes! No le digas que pediste la bendición.

Kate hizo un gesto exasperado.

—¡No! ¿Lo sabe? —inquirió Shane.

—Sí, y sé que eso es lo que más le ha dolido —se atragantó con la última palabra.

William acababa de entrar en el local. Su mirada se posó en ella de inmediato y avanzó a su encuentro entre las mesas, tan hermoso que las miradas lo seguían a su paso. Kate sintió que el corazón se le subía a la garganta palpitando desbocado.

—No era Marie quien te llamó hace un rato, ¿verdad?

Shane se encogió de hombros con una disculpa escrita en el rostro.

William se detuvo frente a la mesa sin apartar la vista de ella, que tenía los ojos clavados en el plato.

Shane se levantó, ofreciéndole su silla al vampiro.

—¿Has traído coche? —preguntó.

William sacó unas llaves del bolsillo de su pantalón y se las entregó.

—El jeep de Cyrus está justo enfrente —le dedicó una breve sonrisa y concentró de nuevo toda su atención en Kate—. ¿Has terminado de cenar? —le preguntó.

Kate alzó los ojos y asintió despacio.

—Ven —dijo tendiéndole la mano. Ella vaciló un instante pero al final la aceptó. La ayudó a levantarse y la condujo fuera del pub.

Ella agarró con fuerza de la mano, tirando de ella casi sin darse cuenta, mientras cruzaban el puente de piedra. No porque estuviera enfadado, sino porque quería estar a solas con ella cuanto antes. Las horas que había estado separado de Kate habían sido una tortura para él. Pero necesitaba pensar, aclarar su mente, encontrarse a sí mismo y averiguar qué quería de verdad para poder tomar una decisión.

Y ya había decidido, sus dudas se habían disipado y necesitaba hablar con ella de inmediato. Se moría de ganas de decirle que sí, que sí la transformaría. Porque no concebía una vida sin ella, y porque dejarla envejecer y morir para después seguirla a ese mismo final era el mayor disparate que podría cometer. Puede que romántico, sí, pero un sinsentido despiadado cuando podrían estar juntos para siempre. Y con ella la eternidad ya no le parecía suficiente.

Ya lo tenía todo planeado, dónde harían el cambio, y dónde se refugiarían hasta que ella pudiera controlarse. Después buscarían un lugar bonito en el que vivir, donde hubiera pocas horas de luz y la noche fuera muy larga y oscura.

Se detuvieron junto a la orilla del río, bajo unos árboles.

—¿Sigues enfadada? —preguntó William con tono inseguro.

—¡No, claro que no! —respondió. Al contrario, se sentía culpable por todo lo ocurrido.

Se contemplaron un instante. El pecho de Kate subía y bajaba muy rápido por culpa de las emociones que lo desbordaban. William le colocó un mechón de pelo tras la oreja y suspiró dejando escapar parte de los nervios que lo consumían.

—Yo... —dijeron los dos a la vez y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Kate, hay algo que quiero decirte —dijo él con voz ansiosa.

—Déjame a mí primero, por favor.

William asintió mientras le rozaba la mejilla con los dedos.

—Yo... siento mucho todo lo que he hecho, no... no tenía ningún derecho a atormentarte.

—Kate, tú no...

—Por favor —dijo ella poniendo una mano sobre sus labios—. Tenías razón, jamás debí pedirte semejante cosa. No era consciente de lo que significaba de verdad. Y no me refiero a lo de perder la humanidad...

—Kate, sobre ese tema puede que yo...

—¿Estés equivocado?

—Sí —respondió con un creciente anhelo.

—Lo estás —aseguró. Esbozó una sonrisa y lo abrazó por la cintura, apretándose contra su cuerpo. Él la besó en el pelo—. Pero yo también estaba equivocada al pedirte que me convirtieras. Me dejé llevar por un impulso sin

detenerme a pensar en lo que eso significaba de verdad.

William la agarró por los hombros y la separó de su pecho para verle la cara.

—Explicate —dijo de repente muy serio.

—No estoy preparada para abandonar a Alice, no ahora, soy lo único que tiene. Pero no es solo eso lo que me ha hecho cambiar de opinión. Yo no podría vivir en un bunker bajo tierra, escondiéndome de la gente. Me aterra no volver a ver la luz del día, no tumbarme bajo el sol en la playa; no tener más días como el de hoy o como el de ayer bajo aquel manzano. Soy la persona con más claustrofobia de la tierra. Y hay algo más. ¿Sabes cuál fue mi primera fantasía sobre ti? —William negó lentamente con la cabeza—. La tuve el día que te conocí. Me vi en la casa que hay cerca de la cascada amarilla. En la cocina, tomando un café sentada en tu regazo, bajo los rayos del sol que entraban por la ventana. Si me transformo en vampiro no podré hacer nada de eso y tú sí, seguiríamos siendo diferentes. Me gustan las cosas tal y como están, quiero vivir el momento y disfrutar cada minuto que estemos juntos.

William cerró los ojos, apretando con fuerza los párpados. Apenas veinticuatro horas antes no quería ni oír hablar de la posible transformación de Kate, le parecía un sacrilegio el hecho de imaginarla como uno de ellos. Sin embargo, ahora se sentía terriblemente vacío, frustrado, porque ella ya no quería convertirse en su adorable y hermosa vampira, en su eterna compañera.

—¿Y tú qué querías decirme? —preguntó ella.

—Nada que tú no hayas dicho ya —susurró con voz profunda y suave, con un atisbo de tristeza que escondió rápidamente en el sonido de su risa. La abrazó, meciéndola con un ligero vaivén.

—¿Estás bien? —preguntó Kate.

—Sí, pero larguémonos de aquí. Se acerca visita —respondió, y se inclinó para depositar un tierno beso en sus labios.

Ella rodeó su cuello con los brazos, convirtiendo el suave roce en un beso más intenso. William se separó casi sin voluntad y apoyó su frente sobre la de ella sin abrir los ojos. Su aliento dulce y frío escapaba a través de sus labios erizando la piel de Kate. Le acarició los brazos.

—Vamos o no respondo de mí —dijo en voz baja.

Sintió cómo ella se ruborizaba y la risa coqueta que escapó de sus labios terminó de desarmarlo. La alzó por las caderas y la empujó contra el tronco del árbol al tiempo que ella enlazaba con las piernas su cintura. La besó con apremio.

Un ligero carraspeo sonó cerca de ellos. William miró con el rabillo del ojo hacia el puente, la visita ya estaba allí. Dejó a Kate en el suelo con lentitud.

—Te lo dije. Vayámonos antes de que nos detengan por escándalo público —sugirió, lanzando otra mirada al policía.

Kate asintió, apretando los labios para contener la risa, y cogidos de la mano fueron en busca del coche.

William giró con habilidad en la curva y aceleró. Las nubes empezaban a ocultar las estrellas y el aire arrastraba un ligero olor a humedad. El motor rugió de nuevo al enfilar la recta y no aminoró cuando entraron en la estrecha carretera que conducía a la mansión. Se detuvieron frente a la puerta de acero, la cámara de seguridad se movió hacia ellos.

—¿Y si vamos a alguna otra parte? —sugirió ella.

William la miró con atención y por un instante sus ojos se iluminaron con un brillo púrpura.

—No sé, pero... —continuó ella— en el castillo tengo la sensación de que hasta las paredes tienen oídos. Y parece que allí no podemos pasar más de media hora juntos sin que uno de los dos se acabe marchando por cualquier motivo.

La puerta de hierro comenzó a abrirse con un sonido mecánico.

—¿Y qué sugieres? —preguntó él, dibujando en sus labios una sonrisa traviesa.

—Vayamos a algún sitio donde podamos estar solos, completamente solos.

William estudió su cara un instante y su sonrisa se ensanchó iluminando su pálido rostro.

—Tengo una idea —dijo él de repente.

Dio marcha atrás muy rápido, giró y derrapó sobre la tierra al acelerar de regreso a la carretera.

Kate sonrió encantada, no podía apartar los ojos de él. Hacía fresco y la humedad se le pegaba en la piel. Un par de gotas cayeron en su brazo y otra en su mejilla. Se arrebujó en el asiento, contemplando la niebla que comenzaba a arremolinarse a ambos lados de la carretera.

—Llegaremos en unos minutos —dijo William sin dejar de sonreír.

—¿Adónde?

—Vamos a colarnos en la casa de Robert —anunció con un guiño—. Pensaba llevarte a un precioso mirador que hay cerca de aquí, pero parece que va a llover.

—¿Robert no vive en la mansión? —curioseó Kate.

—Sí, pero también tiene sus pequeños retiros para cuando quiere pasar unos días solo. —Hizo una pausa y una sonrisa divertida curvó sus labios—. O

acompañado.

—¿Y tú también tienes casitas a las que retirarte para estar solo? —preguntó Kate sin poder disimular un tonito celoso.

—No, yo soy un buen chico —respondió con una suave risa. Le hacía gracia ese ánimo suspicaz.

—No sé si creerte, ¿viste cómo te miraban las chicas en el pub? ¿Siempre causas ese efecto?

—Kate, a pesar de todos mis años, apenas he estado con otras mujeres. El amor dejó de interesarme. —Hizo una pausa—. Hasta que te conocí y no pude evitar enamorarme de ti. Pero sí que tengo un retiro, una pequeña villa en el lago Como. Iba allí de vez en cuando para descansar, pero estoy pensando en venderla y buscar un lugar más tranquilo. —La miró y se quedó pensando—. ¿Por qué no eliges tú el sitio?

—¡Yo!

—Sí, piensa en un lugar que te guste, no me importa dónde, pero que te guste. Y podríamos pasar allí nuestras primeras navidades juntos, ¿qué te parece? ¡Dios, ni siquiera recuerdo mi última Navidad! —indicó muy excitado.

Kate asintió encantada, casi sin dar crédito a lo feliz que se sentía. Y él añadió:

—Bien, este año quiero celebrar la Navidad y todo lo que se suele celebrar. Incluso Halloween, iré de vampiro, ¿crees que daré el pego? —preguntó con voz chispeante, y le guiñó un ojo mientras detenía el coche frente a una verja.

—Lo dudo, eres demasiado guapo para pasar por el típico vampiro —respondió Kate revolviéndole el pelo con la mano.

—¿Truco o trato? —ronroneó inclinándose sobre ella.

—Trato, pero no tengo ni un caramelo para darte —respondió con el corazón latiendo a mil por hora.

—Te lo cambio por un beso —musitó él sobre sus labios, y la besó. Se separó de ella esbozando aquella sonrisa perfecta que lo hacía increíblemente guapo. De repente se puso serio, la miró con atención a los ojos y arrugó el ceño—. ¿Es cierto lo que dijiste hace un rato?

—¿El qué?

—Tu fantasía, lo de imaginarnos juntos en esa casa.

—Sí —respondió mientras se ruborizaba.

William volvió a besarla y salió del coche sin decir una palabra. Marcó unos números en el teclado electrónico de la verja y regresó. Avanzaron por un camino de adoquines que cruzaba un amplio jardín salpicado de frondosos árboles. Se detuvieron frente a una casa de campo de dos pisos que se alzaba elegante y majestuosa rodeada de hiedra y rosales trepadores.

—¿Seguro que Robert no está aquí? —preguntó Kate un poco nerviosa.

—No, tenía que entrevistarse con alguien en Londres, no regresará hasta el

alba e irá directamente a la mansión. Apenas utiliza este sitio.

—¿Ama de llaves, jardinero?

—Tranquila, aquí estaremos completamente solos —susurró tomándola de la mano. Una fina lluvia empezó a caer y tuvieron que correr para resguardarse.

William empezó a rebuscar en su llavero.

—¿Tienes llave? —preguntó sorprendida.

—¿Qué pensabas, que lo de colarnos era literal? Me la dio hace mucho tiempo, pero es la primera vez que la uso.

Entraron en el vestíbulo y William se dirigió a una de las lámparas que había sobre una consola bajo un gran espejo.

—Vaya, no hay luz —indicó, accionando varias veces el interruptor. Probó con la del techo y tampoco se encendió—. No importa, ven —dijo volviendo a tomarla de la mano.

La guió hasta una sala cubierta de alfombras y tapices, con una enorme chimenea frente a un sofá y una chaise longue. De repente todas las velas de la sala comenzaron a arder y un fuego crepitante apareció en la chimenea. Kate observó la estancia maravillada.

—Es fascinante que puedas hacer esas cosas —susurró, pasando su mano sobre una de las velas. La apartó rápidamente cuando sintió que se quemaba—. ¿No puedes hacer lo mismo con las lámparas? —preguntó mientras se sentaba junto a él en el sofá.

—No, o al menos aún no. Los objetos que funcionan con electricidad se me resisten.

Kate recorrió con la mirada las pinturas de las paredes, los ostentosos marcos dorados adornados con filigranas.

William le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia su pecho para acurrucarse juntos en el sofá. Contemplaron en silencio el fuego.

—¿Es esto lo que querías? —preguntó él besándola en el pelo.

—Sí —admitió—, ni hermanos, ni amigos. Tú y yo solos. —Se puso derecha y con un movimiento inesperado se sentó a horcajadas sobre él.

William dio un respingo por la sorpresa, pero de inmediato se relajó. Ella se inclinó lentamente y lo besó. Le recorrió la espalda con las manos y hundió el rostro en su cuello mientras ella lo abrazaba. Empezó a ponerse nervioso, se le secó la boca y un espasmo le encogió el estómago. La sangre le quemaba en las venas.

Kate se apartó un poco y se encontró con los ojos de William convertidos en dos rubíes. Empezaba a distinguir sus reacciones y supo con seguridad que aquella no era provocada por el deseo de estar con ella, sino por otro tipo de deseo mucho más peligroso.

William apretaba los labios y le temblaba la boca. Alzó una mano y acarició la mejilla de ella intentando parecer relajado, pero no lo estaba.

—¿Cuánto hace que no te alimentas? —preguntó Kate.

—Algo más de un día, pero contigo cerca eso es demasiado tiempo —respondió desviando la mirada hacia el fuego—. No debo descuidarme. —La apartó con cuidado y se puso en pie. Se acercó a la chimenea y permaneció contemplando las llamas—. ¿Quieres volver?

—¡No! ¿Tú quieres? —preguntó ella a su vez con el corazón palpitando muy rápido.

—No, pero sería lo más sensato —respondió, mirándola por encima del hombro con sus misteriosos, serios y preciosos ojos.

—Puede que Robert tenga sangre en alguna parte. Podrías alimentarte y así quedarnos a pasar la noche —sugirió Kate. No deseaba marcharse, quería quedarse allí con él, en sus brazos. Inmediatamente se arrepintió de su actitud desesperada, preguntándose qué pensaría él de su insistencia, casi acoso.

—Espérame aquí —dijo William y salió de la sala como un rayo.

Como una sombra sigilosa llegó hasta la cocina y abrió la nevera, estaba vacía; algo bastante lógico cuando ni siquiera había luz. Entonces una idea cruzó por su mente. Regresó a la sala.

—Voy a echar un vistazo en el refugio, allí es donde Robert guarda sus cosas. No te muevas de aquí, podrías caerte en la oscuridad.

Kate asintió y abrazándose las rodillas esperó.

William descendió las escaleras que conducían a la bodega. La oscuridad era absoluta, pero su aguda visión le permitía ver sin problemas. Encontró el cuadro de fusibles y lo abrió, solo para comprobar que se habían fundido. Cruzó la bodega hasta la puerta de acero que daba paso al refugio y abrió el panel. Le sorprendió que estuviera desconectado, pero pensó que sería por la falta de electricidad. Inmediatamente cayó en la cuenta de que no tenía nada que ver. El refugio, esa puerta y la verja de la calle tenían una alimentación diferente al resto de la casa. Dependían de distintos generadores, y el de la puerta y el refugio estaban desconectados a propósito.

Una sonrisa se dibujó en su cara. Sin electricidad, aquella puerta era únicamente un trozo de metal. Cerró los ojos un segundo y la puerta se abrió dejando a la vista una escalera. Bajó despacio, con una ligera inquietud, como un presentimiento incómodo que le obligaba a estar alerta.

Empujó la primera puerta a la izquierda. Entró en el cuarto, una pequeña cocina con muebles forrados de acero, y vio con alivio lo que buscaba. Abrió la puerta de cristal de uno de los frigoríficos y tomó una bolsa de sangre; leyó la etiqueta: *Fundación Crain. Centro de Investigación Hematológica*. Tomó un vaso del armario y lo llenó hasta el borde mientras sentía la presión de sus colmillos en la encía. Bebió lentamente, saboreando la sangre oscura y densa que le resbalaba por la garganta. Todo su cuerpo se estremeció con un intenso placer y sus instintos se sacudieron dentro de él como el champán agitado antes de ser

descorchado. Se sirvió otro vaso y lo apuró de un trago. Cerró los ojos y vio la imagen de Kate sentada sobre él, con su piel cálida y suave brillando por el rubor. Ahora que había saciado su sed, solo sentía el deseo latente que dominaba a su cuerpo desde hacía días. Se moría de ganas de volver arriba y estar con ella.

Pisó el primer peldaño y el sentimiento de inquietud se hizo más intenso. Una ráfaga de aire invernal llegó hasta él desde atrás, arrastrando diversos olores y sonidos. Se giró muy despacio con los puños apretados. Avanzó por el pasillo enmoquetado, con los ojos fijos en una puerta de madera que había a su derecha. El dormitorio de Robert. Dentro se oía el sonido del agua.

La empujó sin hacer ruido y entró. La cama estaba deshecha con las sábanas de satén negras desparramadas por el suelo. Inhaló el aire de la habitación y sus ojos relampaguearon con una mezcla de incredulidad y de miedo por lo que podía ocurrir a partir de ese momento si estaba en lo cierto. Cogió un vestido que colgaba del respaldo de la silla y lo acercó a su nariz. La fragancia penetró en cada rincón de su cerebro y su cuerpo reaccionó como lo haría el de un depredador ante un rival. Sus ojos se transformaron y sus colmillos emergieron amenazantes de las encías.

Un grifo se cerró y el agua dejó de caer. William percibió el sonido de la seda al deslizarse, una toalla golpeando el suelo al caer. Un gruñido vibró en su pecho y escapó de su boca sin que pudiera controlarlo.

«¿Eres tú, cielo? No te esperaba hasta mañana. ¿Vienes a comprobar si estoy siendo una niña buena? ¿O es que me echabas de menos?»

William se estremeció al escuchar la dulce voz. Cada terminación nerviosa de su cuerpo se sacudió. La puerta del baño se abrió y ella apareció envuelta en una bata de estilo oriental de color rojo.

—¿Robert? —dijo Amelia a la vez que levantaba sus ojos del suelo y se encontraba con la fría mirada de William clavada en ella—. ¡Tú! —gritó.

La vampira se lanzó hacia la puerta, pero William la atrapó por el cuello y con un movimiento brusco la estrelló contra el suelo. Se sentó a horcajadas sobre ella y le sujetó las manos por encima de la cabeza.

—¿Por qué sigues viva? —preguntó con rabia.

—Muy cerca de donde caí había un pescador, me sacó del agua —respondió con la voz entrecortada mientras se retorcia intentando soltarse.

—Y en agradecimiento lo desangraste —replicó él con desprecio.

—¿Y qué querías que hiciera? Me estaba muriendo —le espetó—. No me mires así, tú me has convertido en lo que soy. Vivir, vivir a cualquier precio, eso es lo que me has enseñado.

Él la miró a los ojos y ejerció más presión para inmovilizarla.

—Me equivoqué al no dejarte morir aquel día y he pagado por ello durante ciento cincuenta años, pero eso se acabó, Amelia. He dejado de sentirme culpable.

—¿Y qué piensas hacer? Nunca has tenido el valor suficiente para hacer nada, los remordimientos te lo impiden —le dijo con desprecio.

El ruido de unos pasos llegó hasta ellos. Había alguien más en aquel refugio.

—¡Aquí, malditos, aquí! —gritó Amelia sin dejar de retorcerse.

Dos vampiros irrumpieron en la habitación y se abalanzaron sobre él. Amelia aprovechó el momento y se soltó. En ese mismo instante la voz de Kate sonó arriba, al pie de las escaleras.

—¡William!

—¡Sal de aquí, vete, corre, vete! —rugió y escuchó con alivio cómo ella obedecía.

Los dos vampiros cayeron sobre él, y Amelia, con un brillo diabólico en los ojos, saltó por encima de ellos hacia la puerta. William supo que iba a por Kate. Empujó a los renegados y consiguió aferrarla por un tobillo haciéndola caer de bruces. El extraño ser que crecía día a día bajo su piel tomó el control. La extraña luz regresó colmando su interior y un intenso poder se apoderó de cada célula de su cuerpo. Machacó a los dos vampiros en una décima de segundo y se lanzó al pasillo tras Amelia, que intentaba escapar de nuevo. Ya estaba en las escaleras y supo que no podría detenerla a tiempo.

Solo lo deseó y la puerta de acero se cerró con un fuerte golpe que resonó en el pasillo, mezclándose con el grito frustrado de Amelia. Ella descendió la escalera lentamente, se detuvo en el último peldaño y miró a William con un odio profundo. De repente saltó contra él como una pantera e intentó arañarle el rostro.

Consiguió reducirla con facilidad y sujetándola por la garganta la aplastó contra la pared.

—¿Es él? ¿Es mi hermano?

Una sonrisa maliciosa curvó los labios de Amelia y sus ojos relampaguearon deleitándose con el sufrimiento que embargaba a William.

—Sí, Robert es quien está detrás de todo. Tu querido hermano te odia, William. Tanto que quiere borrarle de la faz de la tierra, pero no sin antes drenar hasta la última gota de sangre de tu cuerpo y conseguir con ella la cura para los vampiros. Porque existe la cura.

—Mentira —escupió entre dientes.

—No cierres los ojos a la realidad. Estoy aquí, en su casa, en su lecho, bajo su protección. ¿Qué crees que significa eso? Te detesta, detesta a tu perfecta familia y, por encima de todo, aborrece el pacto, a tu padre y su predilección por ti.

—No te creo —musitó, negándose a creer en las evidencias.

—No te imaginas lo que los celos pueden destruir. Yo no vivo desde que sé que estás con ella. —Se inclinó hacia adelante con intención de besarle, pero él la sujetó con más fuerza contra la pared.

—¿Y tú qué pintas aquí?

—Vamos, William, tú eres inteligente, ¿no lo adivinas? —Él no contestó y ella soltó una carcajada burlona—. Aplica la psicología masculina, querido. Tiene a tu adorable mujercita bajo su techo, en su cama. Tiene para él lo que tú llevas buscando más de un siglo. Retorcido, pero placentero. Además, gracias a mí ha conseguido reunir a los renegados bajo su mando, ¿adivinas para qué? —le preguntó con malicia.

—¿Para qué? —repitió.

—Para liberarnos del yugo impuesto por tu padre, para qué si no. Bajo la luz del sol los vampiros seremos imparables y los humanos solo servirán para llenar nuestras granjas. Robert anhela los viejos tiempos y yo me muero por conocerlos.

—No lo permitiré —dijo William soltándola lentamente.

—¿Y cómo piensas impedirlo? —preguntó con un mohín de burla.

—Voy a parar a mi hermano —dijo sin más, y no era una amenaza, sino una decisión inamovible que acababa de tomar.

—¿Y qué vas a hacer conmigo? —preguntó Amelia con recelo. La ironía había desaparecido de su rostro y sus ojos lo contemplaban con temor.

—Mantente alejada de mí y de los que amo, o la próxima vez que te vea te arrancaré el corazón.

Se encaminó a la escalera. Vio el destello en su mente incluso antes de que ella se moviera. Se dio la vuelta y aferró la mano de Amelia que empuñaba la daga. Se la arrebató y la hundió en su pecho sin que ella tuviera tiempo de darse cuenta de lo que sucedía. Amelia abrió los ojos como platos, sorprendida, y con las dos manos sujetó la muñeca de él que seguía empujando con fuerza contra su pecho. Durante un minuto se miraron a los ojos, el tiempo que ella tardó en desangrarse. Lentamente sus rodillas se doblaron y cayó al suelo en medio de un charco de sangre.

William contempló con frialdad el cuerpo inerte. Ni el más leve sentimiento agitó su corazón, solo podía pensar en Robert y en su traición. Dio media vuelta y abandonó la casa, buscando frenéticamente a Kate. Sus ojos sondeaban la oscuridad, las aletas de su nariz se movían intentando captar su olor.

—¡Kate! —la llamó con urgencia—. ¡Kate!

—Estoy aquí.

Kate surgió de detrás de un seto y corrió para refugiarse en sus brazos; pero él no la abrazó, la tomó por el codo y la obligó a caminar deprisa hacia el coche.

—¿Qué ha pasado? ¡Dios mío, tu ropa está empapada en sangre! ¿Estás herido?

—No —respondió mientras la hacía entrar en el coche. Agarró el volante, giró la llave y el motor del BMW rugió cuando pisó el acelerador—. Ponte el cinturón.

Kate obedeció inmediatamente.

—Entonces, ¿de quién es la sangre?

—De Amelia.

Kate dejó de respirar.

—Amelia está muerta —susurró muy despacio, mirando a William como si este hubiera perdido el juicio.

—Ahora sí, y no será la única muerte de esta noche —anunció con una frialdad que erizó cada centímetro de la piel de Kate.

Las puertas de la mansión se abrieron de golpe, como si una ráfaga de fuerte viento las hubiera empujado. William cruzó el umbral como alma que lleva el diablo.

—¿Ha regresado mi hermano? —preguntó a un Guerrero que vigilaba el vestíbulo.

—¿Regresado? No ha salido desde ayer, está en la biblioteca.

William se dirigió a la biblioteca con Kate corriendo tras él. Aguzó el oído y la voz de Robert le llegó clara y vibrante. Hablaba por teléfono.

«Lo de ese otro vampiro cambia las cosas... No me mientas... Dentro de cuatro horas en el lugar de siempre... No, debo ir a comprobar que ella sigue donde debe estar» .

William ya no tenía ninguna duda sobre la traición de su hermano y para colmo era un soberbio endiosado que se atrevía a tratar sus asuntos desde la mansión.

Las puertas de la biblioteca se abrieron de golpe. William entró e inmediatamente se cerraron ante las narices de Kate. Sus ojos relampagueaban con el brillo del hierro fundido y sus pasos resonaban en la sala a pesar de la alfombra que cubría el suelo.

—¡William! —exclamó Robert sorprendido.

William agarró el enorme escritorio tras el que estaba sentado su hermano y, alzándolo en el aire, lo estrelló contra las librerías repletas de volúmenes. Robert se puso en pie trastabillando, pero no llegó a caer porque William lo agarró por el cuello y lo lanzó sobre el montón de libros y madera astillada.

—No es necesario que vayas a verla, está muerta —dijo entre dientes.

Robert contempló su ropa manchada de sangre y comenzó a entender. Se puso en pie y enfrentó a William.

—¿Amelia está muerta? ¿Por qué demonios fuiste a mi casa? —le gritó—. Esto no debía pasar, esto no debía pasar —empezó a susurrar para sí mismo, desesperado.

Una risa macabra surgió de los labios de William.

—¿Por qué? —preguntó consumido por la pena—. ¿Por qué estás haciendo todo esto?

Robert miró a su hermano y se llevó las manos a la cabeza en un intento por tranquilizarse.

—Hablemos...

—No. —Sacudió la cabeza—. Ella me contó lo que pretendes y no lo voy a permitir. No dejaré que lo hagas.

Se acercó a la chimenea que presidía la estancia. Encima de ella, en la pared, había dos espadas cruzadas sobre un escudo. Arrancó una de ellas y se giró hacia su hermano. Robert dio un paso atrás con un mal presentimiento. Había algo extraño en su hermano, una resolución que no le gustó.

—William, no te dejes llevar por las apariencias.

—¿Apariencias? —preguntó con asco. Se fue acercando despacio con la espada colgando de su mano, la punta arañaba la alfombra. Sus ojos estudiaban a su hermano como un león a su presa—. ¿Vas a negar que tenías a Amelia en tu casa? Y no solo en tu casa. ¡Por Dios, erais amantes!

Robert se movía a la vez que William; sabía que su hermano estaba completamente desquiciado y que así no iba a poder razonar con él. Intentó que sus movimientos lo acercaran a la chimenea.

—Sé lo que intentas. Tú mandaste a esos vampiros a Heaven Falls, querías que me mataran —continuó William.

—Sí, los envié, pero para que te hicieran daño.

—¡Casi matan a Evan! —gritó lanzando una estocada.

Robert saltó a tiempo. Se encaramó a la chimenea, arrancó la segunda espada y giró sobre la cabeza de William. Alzó el brazo y detuvo la segunda estocada. La fuerza de la tercera lo hizo caer al suelo.

—No tuve más remedio, William, intenté que no te hicieran daño.

—Y si no querías matarme, ¿para qué mandaste a Amelia y a ese grupo de renegados?

—Eso no fue cosa mía, te lo juro. Actuó por despecho al enterarse de que Kate existía.

William soltó una amarga carcajada. A través de la puerta podía oír los gritos desesperados de la chica.

—Ya no te creo. Has perdido la razón y en tu locura pretendes arrastrarnos a todos. —Alzó la espada y la blandió en el aire lanzando estocadas para alcanzarle—. No dejaré que te salgas con la tuya. Si quieres un infierno en el que reinar, yo te daré uno. A ti y a tus renegados.

Robert empezó a preocuparse. William, poseído por un espíritu vengativo e irracional, intentaba matarle de verdad.

—Escucha, hermano, estás equivocado —gritó.

El golpe de William le hizo perder la espada y cayó al suelo. Con los ojos desorbitados vio que la hoja caía sin remedio sobre su pecho.

Una fuerza invisible levantó a William del suelo y lo estrelló contra la pared.

Sintió todos sus huesos crujir contra uno de los muebles y al caer su cabeza rebotó contra la alfombra. Abrió los ojos sin entender lo que había pasado y vio a su madre arrodillándose junto a Robert.

—¡No, aléjate de él! —gritó poniéndose en pie a la velocidad del rayo—. ¡Él es el traidor! ¡Él está detrás de todo, del robo, del ataque!

Aileen se levantó del suelo y se colocó entre sus dos hijos. Clavó los ojos en William sin que la expresión dulce de su cara cambiara un ápice.

—Lo sabes —dijo William casi sin voz. Ella asintió y él deseó morir en ese mismo instante—. Estáis juntos en esto.

Ella volvió a asentir y su rostro se transformó con una expresión de amor y compasión.

—Hemos hecho lo que debíamos hacer, era necesario —dijo con una sonrisa, y le tendió la mano.

Él dio un paso atrás mirando fijamente la mano que le ofrecía. Sacudió la cabeza sin querer creer en la evidencia.

—Lo que tenéis que hacer —repitió William—. Y todo para conseguir qué, mi sangre... Eso es lo que os mueve. Para vosotros siempre he sido la llave que abre la puerta...

—William, tienes que tranquilizarte y escucharnos —replicó Aileen en tono preocupado. Veía el aura de William oscilando a su alrededor, electrificándose, cambiando de color a la vez que lo hacían sus sentimientos.

—¡Muy bien, acabemos con esto! —dijo roto de dolor.

Se acercó a una pequeña mesa en la que reposaba una bandeja con copas. Cogió un cuchillo de plata con una mano y estirando la otra sobre las copas hizo un tajo en su muñeca, la sangre chorreó sobre el cristal.

—¿Es esto lo que queréis? Pues bien, ahí lo tenéis —les espetó cargado de desprecio.

—¡Hijo, no hagas eso! —gritó Aileen asustada.

William la miró sin inmutarse. La herida empezaba a cerrarse y realizó otro corte en su piel. La sangre goteó profusa, llenando las copas.

—Ya no me necesitáis —les gritó.

Dio media vuelta y se dirigió a las puertas. Estas se abrieron sin tocarlas e inmediatamente volvieron a cerrarse ante sus narices. William las abrió de nuevo con su mente, fue inútil. Las puertas se cerraron y, para su sorpresa, una enorme librería se movió sola hasta bloquearlas. Se giró mudo de estupor y encaró a su madre.

Aileen lo miraba con tranquilidad. La mujer dio un paso hacia delante con la mano extendida, pero él negó con la cabeza y se alejó observándola como si no la conociera.

Al otro lado de la puerta, Kate se movía en círculos a punto de sufrir un infarto. Shane apareció corriendo con Marie pisándole los talones. Kate lo había

llamado al borde de un ataque de nervios, al comprobar que ninguno de los Guerreros, incluido Cyrus, pensaban interferir en lo que sucedía tras aquellas puertas. Así lo había ordenado Aileen.

Shane aceleró el paso y sus ojos amarillos brillaron como la luz cegadora del sol. Saltó transformándose en el aire y embistió las puertas, irrumpiendo en la biblioteca con estrépito. Gruñendo y lanzando dentelladas al aire se colocó junto a William con actitud amenazante, sin importarle que frente a él estuviera la mismísima reina de los vampiros.

—Nadie va a hacerle daño a William, Shane —dijo Aileen con una sonrisa. Clavó los ojos en su hijo y le ordenó—: Ahora escucharás a tu hermano.

—Por lo que he podido comprobar esta noche, yo no tengo hermano y tampoco madre.

Aileen cerró los ojos como si hubiera recibido una bofetada.

—¿Quién eres? —añadió el vampiro.

—Soy tu madre.

William lanzó una rápida mirada a una de las butacas y el mueble voló por los aires hacia su madre. No llegó a tocarla, rebotó contra algo invisible y terminó estrellándose contra una pared. El ruido fue sofocado por los gritos asustados de Kate y Marie.

William resopló confundido. Necesitaba salir de allí, perder de vista aquel rostro. Intentó moverse, pero sus piernas no le obedecieron. Volvió a intentarlo y la frustración le hizo gritar.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Qué le estáis haciendo a mi hermano? ¿Madre? —preguntó Marie.

—William, vas a escuchar a tu hermano y después, cuando comprendas, te contaré todo lo demás —dijo Aileen. Entonces miró a Marie y le dedicó su sonrisa más cariñosa—. Todo está bien, mi niña. —Extendió su mano—. Kate, cariño, acércate.

—A ella déjala en paz —musitó William con voz suplicante.

Aileen suspiró. Cerró los ojos un instante y cuando los abrió de nuevo eran del color del mercurio.

—William, tienes que confiar en la familia, incluso cuando todo te sugiera que no debes hacerlo.

Él soltó una carcajada amarga. Aquellas palabras le sonaban, ya las había oído de labios de otra persona.

—William —intervino Robert con rapidez—. Hace cosa de un año yo seguía a un grupo proscritos. Les oí decir que un miembro del consejo era un traidor y que les estaba pagando por ciertos trabajos, entre ellos seguirte a ti. No logré que me dijeran nada, ni siquiera sabían su nombre. Así que pusimos en marcha un plan...

Robert continuó hablando, sin detenerse, a pesar de que William parecía

ignorarlo. El vampiro no apartaba los ojos de su madre, a la que miraba con una expresión indescifrable.

—Empecé a frecuentar los círculos del consejo. Hice algunos comentarios en los que ponía en duda la forma de gobernar de nuestro padre, y manifesté mi profundo desacuerdo con ciertos puntos del pacto. No tardó en dar la cara.

—¿Quién? —preguntó William sin apartar los ojos de Aileen. Intentaba escuchar cada palabra de su hermano, pero su mente se empeñaba en repetirle que su madre había movido aquella librería tan solo con su deseo, al igual que él.

—Marcelo —respondió Robert.

William frunció el ceño sorprendido. Sabía que Marcelo no era un ejemplo a seguir, pero nunca dudó de la lealtad del vampiro hacia los Crain.

—Entonces, ¿por qué sigue vivo?

—Porque no está solo en esto. Sirve a alguien y es a ese alguien a quien queremos llegar. Escucha, hermano, era vital que tú no supieras nada para que nuestra mentira se sostuviera. Todos sabemos que no eres de los que se quedan de brazos cruzados —dijo más para sí que para los demás—. Yo planeé el robo. Me he convertido en una especie de líder de los renegados y convertí a Amelia en mi amante; te aseguro que esa parte no fue fácil. Salvé a Fabio cuando yo mismo debería haberle arrancado las tripas. Lo hice porque Marcelo me lo pidió, quería ver hasta dónde estoy dispuesto a llegar para comprobar si puede confiar en mí, y yo le demostré que podía. Ellos quieren hacerte daño y yo haré cualquier cosa para protegerte.

» Dicen haber encontrado la forma de romper la maldición, que necesitan tu sangre para ello; y yo les creo. Por eso voy a seguir adelante e interpretaré el papel de siervo hasta descubrir qué traman. Hay que averiguar quién está detrás de esto y acabar con él. Sobre todo ahora que las cosas están dando un giro tan extraño, hay otro vampiro que comparte tu don y que puede estar con ellos.

—Pero tú no sabías lo de ese vampiro. Yo te lo dije —terció William en tono acerado.

—¡Y no debería saberlo! —gruñó mientras se alborotaba el pelo con frustración—. Solo Dios sabe el esfuerzo que estoy haciendo para no salir a buscarlo yo mismo. Pero debo controlar mis impulsos y no cometer errores. Se supone que únicamente puedo saber lo que él me dice, así no correré el riesgo de equivocarme. —Dio un par de pasos hacia él—. William, jamás te traicionaría.

—Pero lo has hecho —musitó. Su rostro era una máscara fría y ausente.

—Ya te he explicado...

—No me refiero a vuestro plan maestro —dijo con sarcasmo—. No te has sorprendido con el gesto de mi madre.

Por primera vez apartó la vista de Aileen y enfrentó a su hermano con la mirada. Entonces recordó que Sebastian tampoco pareció impresionado cuando lo vio usar su poder por primera vez.

—Las cosas que hago, ¿es porque me parezco a ti? —preguntó a su madre. La miró con amargura y el cuerpo vacío de cualquier otro sentimiento que no fuera la desconfianza. La frialdad que emanaba de él se palpaba en el aire.

—Sí, has heredado esa parte de mí, y la verdad es que ha sido una sorpresa.

—¿Quién eres?

—Tu madre —respondió con dulzura.

—¡Maldita sea, quieres hablar de una vez! —gritó con rabia William.

—Ten paciencia, por favor —rogó Aileen.

Sebastian apareció tras ellos sin hacer ruido y se colocó al lado de su esposa rodeando su cintura con el brazo.

—Todos han abandonado la mansión, podemos hablar con libertad —indicó.

—¿Qué es esto? ¿Un maldito complot? —inquirió William. Se giró hacia Marie—. ¿Tú también?

—¡No! —exclamó Marie negando con la cabeza compulsivamente.

—Era un Vigilante —dijo Aileen captando la atención de todos— y, como mi nombre indica, fui enviada a vigilar. —Hizo un gesto hacia el cielo con la mano y miró a su esposo—. Los de arriba estaban interesados en Sebastian, tenían verdadera curiosidad. Un vampiro que abandona su camino de sangre, entregándose al martirio y al sacrificio para salvar su alma, no era un hecho que se debiera pasar por alto. Así que descendí, observé... y me enamoré.

—¿Estás insinuando que eres un... ángel? —preguntó William perplejo, mientras movía la cabeza, negándose a creerla.

—Con el tiempo descubrieron mis sentimientos hacia Sebastian. Me ordenaron volver y yo me negué a acatar sus órdenes, me desterraron y me convertí en un Caído. Cuando me quedé embarazada, solo pudimos pensar que había sido un milagro. Por mi seguridad y por la tuya, me mantuve oculta durante el embarazo y también durante tus primeros años. Si el embarazo fue una sorpresa, no puedes imaginarte lo que significó darnos cuenta de que crecías como un humano. Inventamos un pasado para mí, y años después simulamos mi conversión. Y así empezó nuestra vida como familia. Una familia de verdad, William, porque nuestros lazos son de sangre.

William miró a su padre y después a su hermano, pero esta vez con nuevos ojos. Sebastian era su verdadero padre, y Robert era su hermano, porque Robert era hijo biológico de Sebastian, los últimos descendientes de Lilit.

—¿Soy una especie de nefilim vampiro? —preguntó William. Sintió que sus piernas flaqueaban y su rostro se transformó con una sucesión de sentimientos: sorpresa, miedo, dolor, ira.

—Ni siquiera sé si existe un nombre para lo que eres —respondió Aileen—. Al menos otro que no sea milagro. Por eso estamos tan preocupados por Marcelo. No sabemos hasta qué punto sabe, ni quién se esconde tras él, ni cómo piensa utilizarte. Y el que haya aparecido otro igual a ti complica mucho más

esta situación. Una vez puede considerarse casualidad, pero dos...

—¡Tenía derecho a saberlo! —exhaló bruscamente como si el aire le quemara en los pulmones.

—Tu derecho termina donde empieza nuestro derecho a protegerte —respondió Sebastian con voz autoritaria—. Para los vampiros eres un humano convertido, con una anomalía que puede justificarse como un nuevo paso en la evolución o un milagro. No me importa lo que crean, siempre y cuando no sepan la verdad. Te convertirías en un trofeo, al igual que tu madre, y no solo para los renegados.

La mirada de William era apagada y apática, y sus labios estaban fruncidos con una mueca de decepción. No conseguía asimilar todo lo que le estaba siendo revelado. Su naturaleza, la de su madre, todo le había sido destapado como una dramática y cegadora revelación. Sin embargo, aquella realidad le daba sentido a su vida. Contestaba a tantas preguntas que durante años lo habían estado atormentando, que por un momento pensó que debía sentirse aliviado, pero no lo estaba. Rechinó los dientes y sus ojos encendidos recorrieron los rostros de sus padres y su hermano.

—¿En qué me voy a convertir? —preguntó.

—No lo sabemos —respondió Aileen desviando la mirada, y una lágrima resbaló por su rostro.

Aquello sorprendió a William tanto como lo que era. Nunca la había visto llorar, los vampiros no lloraban, pero claro, ella no era un vampiro. De repente el amor que sentía hacia su madre afloró con el deseo de abrazarla, pero no se movió.

—¡Estás llorando! —musitó.

—Tu pena me consume, hijo. Tus lágrimas me conmueven hasta donde no puedo soportar.

William se llevó instintivamente una mano al rostro. Cuando la miró, las yemas de sus dedos estaban húmedas y se le doblaron las rodillas. Se esforzó por recuperar la voz.

—¿Creéis que si ese vampiro no me hubiera mordido habría seguido siendo humano?

Aileen movió los labios como si fuese a sonreír. Sebastian le dio un ligero apretón en los hombros tratando de infundirle valor.

—No he dicho que fueras humano, sino que crecías como si lo fueras —contestó, y su voz no fue más que un débil susurro—. No te mordió ningún vampiro.

William se estremeció como si hubiera recibido un latigazo.

Kate se acercó para cogerle la mano. Él se la apretó con tanta fuerza que temió que pudiera romperle los dedos, pero no dijo nada. Se limitó a pegarse a su cuerpo.

—Atacaron la casa, eso sí es cierto —continuó Aileen—, pero no te mordieron. Todo pasó muy deprisa, apenas pudimos reaccionar. Fue como si algo despertara dentro de ti, como si tus instintos de vampiro hubieran reaccionado al ver que nos atacaban. Acabaste con ellos sin que pudiéramos intervenir, probaste su sangre. Después de eso te desmayaste y enfermaste. Pasaste la transformación como un converso normal, eso ayudó a que todos creyeran que te había atacado un Renegado. Y ahora parece que es tu otra mitad la que despierta.

El cuerpo de William comenzó a temblar de forma violenta con un mal presentimiento. El terror se deslizó por su garganta oprimiéndole el pecho.

—¿Y qué le ocurrió a Marie? —preguntó con pánico en sus ojos.

—¡No fue culpa tuya, no sabías lo que hacías! —intervino Marie con ansiedad. Corrió hasta él y lo abrazó—. Yo no te culpo. No debí entrar en la habitación, me lo habían prohibido, pero quería verte. Parecías dormido, me acerqué y tú reaccionaste a mi presencia. Solo fue un accidente. Y sobre lo que están contando te juro que yo no sabía nada, yo también creí que aquel vampiro te había mordido.

William alzó los brazos lentamente y sujetó a su hermana por los hombros, apartándola de él. La miró un instante con el rostro desencajado por el dolor y la desesperación. Negó con la cabeza como si se disculpara y las lágrimas rodaron por su rostro, frías como el hielo, quemándole la piel.

—Yo te hice... —De repente dio media vuelta y abandonó la biblioteca con tal velocidad que apenas si lo vieron moverse.

Kate los fulminó a todos con la mirada y corrió tras él. Cruzó el vestíbulo y salió al exterior gritando su nombre.

—Irá a la abadía derruida, siempre va allí cuando busca refugio. Ve con él, no creo que deba estar solo, y dudo mucho que ahora quiera ver a alguno de nosotros —dijo Robert a su lado.

Kate observó cómo el vampiro se dirigía a uno de los coches aparcados junto a la fuente.

—¿Piensas marcharte después de lo que ha sucedido? —le preguntó en tono de reproche.

Robert se giró con brusquedad, disgustado.

—Dentro de dos horas tengo una cita con el hombre que quiere la cabeza de mi hermano en bandeja de plata. Pero si tanto te molesta, puedo aplazarlo para otro día. Seguro que lo entiende —le respondió con rabia.

Kate no dijo nada, apartó la mirada y no la alzó hasta que el coche se alejó. Rodeó la casa y se dirigió hacia la abadía. Ascendió la colina dando traspiés. La oscuridad era absoluta bajo aquel cielo cubierto de espesas nubes, que continuaban descargando de vez en cuando una ligera llovizna. Llegó hasta arriba y giró en derredor, convencida de que se había desviado. Maldijo su pésimo

sentido de la orientación y empezó a descender.

Tropezó con una piedra y a punto estuvo de caer. La luz de la luna se coló por entre los negros nubarrones e iluminó de golpe la vieja abadía. Kate contempló la pared de piedra que se levantaba a menos de un metro de donde se encontraba, unos pasos más y se habría dado de bruces contra ella.

Caminó a su alrededor, evitando las enormes piedras. Saltó por encima de una viga de madera que había formado parte del techo y entró en la nave central. La pálida luz se colaba a través de los agujeros que los años y las inclemencias del tiempo habían abierto en los casetones. Algunos aún conservaban la pintura, pero no conseguía distinguir el color.

—Toda mi vida ha sido una gran mentira —susurró William en la oscuridad.

Kate dio un respingo y miró hacia arriba. Lo encontró sentado en el hueco del rosetón que había tras el altar, a varios metros de altura.

—Pero se acabaron las mentiras. Ahora sabes quién eres, ya no tienes que seguir buscando —dijo ella.

Él soltó una risa amarga.

—¿Y qué consuelo hay en eso? Antes me reconfortaba saber que hubo un tiempo en el que fui humano, y ahora también me han arrebatado eso. No queda nada en mí, solo un doloroso y oscuro vacío.

—No digas eso, estás lleno de cosas buenas.

—Mírame. Soy un engendro, soy el resultado de la unión de dos de las especies más temibles que existen. ¿O acaso crees que los ángeles son buenos? Pues para tu información te diré que no lo son. Son soberbios, despóticos y nunca han servido a nadie salvo a ellos mismos. Creen que están por encima de todo y de todos, y no tienen conciencia. Son peor que cualquier Renegado, y mi madre es uno de ellos. Yo soy uno de ellos.

—Tú no eres así —replicó Kate al borde de las lágrimas.

William se puso en pie y se dejó caer. Aterrizó en el suelo con la suavidad de una pluma.

—Sí lo soy, mitad vampiro, mitad caído, qué se puede esperar de mí.

—William te conozco...

—¡No, no me conoces! No tienes ni idea de lo que de verdad hay dentro de mí, de lo oscuros que son mis deseos, de las cosas que he llegado a pensar y a imaginar.

—Lo único que sé y me importa, es que rechazas lo que tus instintos tratan de hacer contigo. Cada día eliges no convertirte en aquello que tanto temes, luchas por ser una buena persona porque así lo quieres. Tú decides quién eres, no tu origen.

William hizo una inspiración temblorosa y su rostro se contrajo al borde de las lágrimas.

—Kate, no lo entiendes, solo causo dolor a los que me rodean. Mordí a mi

hermana y la convertí en vampira, se lo arrebaté todo, el amor, los hijos, le arrebaté la vida. Hice lo mismo con Amelia, solo que a ella la he matado dos veces y no lo merecía, en el fondo no lo merecía porque todo fue culpa mía.

Kate no soportaba verlo sufrir de esa forma y ella misma se estaba quedando sin fuerzas. Se llevó las manos al pecho con un gesto suplicante.

—Tienes que seguir luchando. Vale, has cometido errores, pero todos nos equivocamos. Te han mentido, que se vayan al infierno por ello. Tu hermana no te culpa por lo que pasó, te adora. Y Amelia... ella pudo elegir y eligió el mal camino. —Tragó saliva y soltó un suspiro ahogado—. William, eres fuerte, no puedes rendirte. Tienes que luchar contra todo esto y superarlo.

El vampiro gimió.

—Pero es que estoy cansado de luchar contra lo que soy. Estoy tan cansado. Me da miedo que un día no pueda ser lo suficientemente fuerte y que acabe haciéndote daño. A ti no lo soportaría. —Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia el suelo—. Por eso es mejor que te vayas.

Kate empezó a temblar de forma incontrolable.

—¿Qué?

—Quiero que regreses a casa, a Heaven Falls —susurró. Ella lo miró con los ojos tan abiertos y asustados que tuvo que desviar la vista para no flaquear en lo que se proponía hacer.

—¡No!

—Conmigo no estás segura, puede que acabe haciéndote a ti lo mismo que a ellas.

—No lo harás.

William se pasó la mano por el pelo con desesperación.

—¡No puedes estar segura!

—¡Sí lo estoy! —exclamó alzando la voz.

Evitaba mirarla, pero cuando al fin lo hizo, sus ojos estaban cargados de tristeza y resolución.

—Pero yo no. Se acabó, Kate, lo nuestro no es posible y se tiene que terminar.

—¡Venga ya, no puedes hablar en serio! Está bien, puedo entender por lo que estás pasando, todo lo que ha ocurrido esta noche es para volverse loco. Pero podemos superarlo, juntos podemos superarlo —dijo al borde de las lágrimas.

Él empezó a negar con la cabeza.

—Kate, no hagas esto más doloroso —se le quebró la voz.

Kate se estremeció. El modo en el que él la miró, le cortó la respiración. La expresión de William era de dolor, pero la de ella se tornó inmediatamente en horror.

—¡Dios mío, lo dices de verdad, vas a dejarme! ¿Por qué lo haces?

De repente William la abrazó, estrechándola con fuerza contra su pecho.

Enterró el rostro en su pelo e inhaló su olor reteniéndolo en los pulmones. Kate intentó apartarlo empujándolo con sus manos. Fue un esfuerzo inútil, él era como un bloque de cemento contra una mariposa.

—Lo hago porque te quiero. Te amo como jamás creí que amaría a nadie. — La estrechó con más fuerza—. Lo siento tanto, Kate. Nunca debí acercarme a ti. Fui débil e irresponsable y un iluso por creer que esto funcionaría, pero aún estoy a tiempo de arreglarlo. No te preocupes, dentro de poco solo seré un mal sueño.

La besó en el pelo, se separó de ella y empezó a andar de espaldas con un dolor insoportable reflejado en el rostro.

—No vas a dejarme. ¡No des un paso más! —gritó Kate al ver que no se detenía.

—No volverás a verme, y tampoco espero que puedas perdonarme. Quizá sea lo mejor —dijo mientras desaparecía en la oscuridad.

—¡No, no te vayas! —gritó Kate con voz ronca y corrió tras él, tropezó y a punto estuvo de caer. Empezó a girar sobre sí misma esforzándose por ver algo en la oscuridad—. No me importa nada de lo que digas. ¿Me oyes? Para mí no cambia nada y pienso esperarte, voy a esperarte —gritó segura de que él aún podía oírla.

Desesperada y rendida se dejó caer en el suelo, rompiendo en sollozos.

Kate miró fijamente el despertador. Cerró los ojos un momento y se levantó lentamente del alfeizar de la ventana, como si el hecho de ponerse en pie le resultara muy doloroso. Apagó la molesta alarma y se encaminó al baño. Se inclinó para mirarse en el espejo. Sus ojos hinchados y rojos le devolvieron una mirada triste y cansada. Llevaba un mes sin poder dormir, todo el tiempo que William estaba desaparecido. Era como si la tierra se lo hubiera tragado, nadie sabía nada de él. Había Cazadores y Guerreros buscándolo por todas partes, hasta en el último rincón del mundo, y nada, se había desvanecido.

Cada pocos días recibía la llamada de Aileen y Sebastian. La animaban asegurándole que antes o después él regresaría, y que solo necesitaba algo de tiempo para aceptar lo que había ocurrido. Pero Kate sabía que ni siquiera ellos estaban seguros de si volvería. William los había expulsado a todos de su vida. Se sentía herido, traicionado, a la vez que asustado por todo lo que había descubierto sobre sí mismo. Y roto en mil pedazos por ser el responsable de que Marie se convirtiera en vampiro.

Ahora tenía miedo de que ella pudiera acabar siendo su nueva víctima y por ese motivo se había alejado, con la esperanza de que pronto se olvidaría de él. Pero Kate sabía que semejante sacrificio era inútil, jamás podría olvidarlo. Convencida de que el dolor que le provocaba estar lejos de él no lo curaría el tiempo, al contrario, no hacía más que aumentar a cada minuto. Y no conseguía entender cómo él podía siquiera suponer que ella lograría olvidarlo. Esa idea la obligaba a odiarlo tanto como lo amaba.

Pero por otro lado, no se resignaba a aceptar que William la hubiera echado de su vida, y se repetía a sí misma que antes o después aparecería en su puerta completamente arrepentido. Con una disculpa en sus hermosos ojos azules y la promesa de no volver a abandonarla nunca más, de que jamás volvería a hacerla sufrir. Pero después de un mes, ya no estaba tan segura de que eso fuera a ocurrir, y tenía que encontrar la forma de seguir viviendo. Si se podía considerar vida el estado vegetativo en el que se encontraba.

A pesar de todo, el tiempo pasaba sin importarle las cuentas pendientes que dejaba atrás y que jamás volverían para saldarse. Negando cualquier posibilidad de recuperar los momentos perdidos a aquéllos que, como ella, se veían

obligados a seguir sin dejar de pensar en lo que podría haber sido y ya no sería.

Pero el tiempo también podía convertirse en un consuelo, solo faltaban dos semanas para la boda de Jill y Evan, y todos andaban como locos con los últimos preparativos. Jill la mantenía ocupada la mayor parte del día y, aunque le resultaba agotador soportar sus nervios de futura señora Solomon, la frenética actividad prenupcial la ayudaba a evadirse y a no pensar en William todo el tiempo.

Esa misma tarde, Carter pasaría a recogerla para el primer ensayo de la ceremonia. El atractivo hombre lobo se había ofrecido a ser su acompañante en el enlace y, para su sorpresa, la invitación no escondía ningún ánimo seductor ni vanidoso. Había sido una propuesta sincera que dejaba entrever el aire protector que todos los Solomon habían desplegado a su alrededor. Declinó la propuesta, aunque no le sirvió de nada, la palabra «no» no formaba parte del vocabulario de Carter.

Se metió en la ducha y dejó que el agua caliente aflojara su cuerpo, hasta que la piel se le arrugó. Tras secarse el pelo, bajó a la cocina, se preparó un té y se sentó en uno de los sillones de la galería. Con la taza en las manos contempló el lago, sus aguas tranquilas parecían un espejo plateado con ligeras vetas de color rosado. Sopló el líquido caliente y le dio un sorbo. Cerró los ojos e inspiró el aire húmedo y mentolado del bosque. Agradecía aquella calma. Las primeras horas de la mañana, cuando todos dormían, eran las mejores del día. Podía moverse por la casa con libertad, sin sentir las miradas preocupadas de Alice y Martha sobre ella, y no tenía que fingir que se encontraba bien.

A su regreso había mentido sin ningún pudor. Para todo el mundo, excepto los que sabían la verdad, William no había vuelto a Heaven Falls con ella por motivos familiares. Aunque no tardaría en regresar. Eso respondía a los curiosos, y lo hacía porque se negaba a aceptar la separación que él había impuesto. Así, cuando se diera cuenta de su error y apareciera, no tendrían que estar dando explicaciones que solo eran de su incumbencia.

Aparcó cerca del Lou's Café y recorrió a pie el par de calles que la separaban de la elegante boutique donde había quedado con Jill y Keyla. Iba a probarse su vestido de dama de honor.

Al cabo de dos horas, su paciencia estaba bajo mínimos.

—¿Y qué te parecen estas? —preguntó Jill, mostrándole unas servilletas de color amarillo que acababa de sacar de una caja.

Kate levantó la vista de su libro. Se había sentado en una silla cerca de la puerta y esperaba pacientemente su turno con la cinta métrica y los alfileres.

—Son preciosas —respondió sin mucha emoción.

—Has dicho lo mismo de las azules, las verdes y las blancas —replicó Jill molesta.

—Porque todas me parecen bien —señaló cansadamente.

Jill soltó un suspiro exasperado.

—No sé, Kate, al menos podrías fingir que te interesa.

—Jill, me interesa, de verdad. Pero es que estoy cansada. En los últimos días hemos elegido manteles, vajillas, cuberterías, flores y lazos. Anoche probé cuatro menús diferentes. ¿No crees que va siendo hora de que le pidas ayuda a tu madre? Yo estoy al borde del colapso.

Jill se enfurruñó como una niña pequeña y se cruzó de brazos.

—No voy a pedirle ayuda a mi madre —negó de manera rotunda y miró a Keyla buscando su ayuda y comprensión.

—¡A mí no me mires! —exclamó Keyla—. Tengo doble turno las próximas tres semanas y hoy he tenido que mentirle a la jefa de enfermeras para venir a probarme el vestido. Además, Stephen acabará mandándome al cuerno si vuelvo a darle plantón otra noche —comentó con una mueca compungida. Dio un respingo cuando la dependienta tiró del corpiño de su vestido para ajustárselo.

—Vale, puede que me esté pasando un poco —admitió Jill con un suspiro.

—¿Solo un poco? —la cuestionó Kate alzando las cejas.

Una sonrisa se dibujó en los labios de la novia y lanzó contra Kate la servilleta.

—Ya me gustaría veros a vosotras en mi lugar.

—¡Oh no, yo no pienso casarme! —señaló Keyla tratando de recuperar el aire después de que le soltaran el corpiño.

—¿Y por qué no? Tal y como te mira Stephen, no creo que tarde mucho en hacerte una proposición —le hizo notar Jill con una mirada cómplice, en el último mes se habían hecho muy amigas.

—¿Tú crees? —preguntó con una sonrisa nerviosa, que se ensanchó de oreja a oreja cuando Jill asintió.

La dueña de la tienda surgió de la trastienda con un vestido idéntico al de Keyla y comenzó a quitarle el plástico que lo cubría.

—De verdad, señora Rossdale, gracias por permitir que mi amiga venga durante la noche para la prueba del vestido. Marie tiene una extraña alergia al sol y no debe salir durante el día —agradeció Jill con sinceridad.

—No tienes que dármelas, querida. Desde que mi hijo se marchó a la universidad, la casa se me cae encima.

—Aun así, gracias. Está siendo muy paciente conmigo.

La mujer la miró fijamente.

—¡Dios mío, y pensar que yo misma vestí a tu madre para el día de su boda! —exclamó dedicándole una sonrisa cariñosa a Jill—. Y también a tu madre, Kate, ¿lo sabías?

Kate negó con la cabeza, sorprendida.

—Pues sí —continuó la mujer—. Sus padres le enviaron un vestido de uno de esos diseñadores europeos tan famosos, pero ella se había enamorado de un

precioso modelo que yo tenía en el escaparate. Por desgracia, el vestido ya estaba vendido. Tu madre no se conformó, buscó a la chica que me había comprado el traje y le ofreció el suyo a cambio, más trescientos dólares. Por suerte la chica aceptó y tu madre consiguió el vestido de sus sueños. Es uno de los recuerdos más bonitos que tengo de todos estos años al frente de la tienda — admitió con un atisbo de pena—. Supongo que te lo dirán continuamente, pero te parecen mucho a ella.

Kate la miraba muy atenta. Le encantaba oír historias sobre su madre y aquélla era una de las más bonitas que había escuchado.

—Sí, aunque nunca me canso de oírlo —admitió, y se inclinó hacia delante con una sonrisa radiante—. ¿Sabe qué fue de ese vestido? —preguntó muy interesada.

—Deberías preguntarle a tu abuela. Ella consiguió guardar muchas de las cosas de tu madre, antes de que sus padres, tus abuelos quiero decir, se presentaran aquí para llevarse sus pertenencias.

Kate apretó los labios ante el recuerdo de su otra familia. Cuando sus padres se enamoraron, la familia de su madre no estuvo de acuerdo con esa relación. Esperaban que ella se casara con un rico empresario de Virginia e hicieron todo lo posible para que su nueva relación fracasara. En el momento en que su madre decidió casarse, a su familia no le quedó más remedio que aceptar el matrimonio, ya que ella los había amenazado con no volver a dirigirles la palabra. Pero cuando sus padres murieron en aquel accidente de tráfico, los viejos rencores volvieron a la luz.

Un día, sus abuelos aparecieron en Heaven Falls y se llevaron todas las cosas de su madre. Ni se molestaron en fingir interesarse por ella y por Jane, no les dedicaron ni una mirada. Eran el vivo recuerdo del hombre al que consideraban responsable de la muerte de su hija, su padre. No había vuelto a saber nada de ellos.

—Sería precioso que algún día tú también te casaras con ese vestido — continuó la mujer—. Me han contado que tienes un novio muy, pero que muy guapo. Si te quiere solo la mitad de lo que tu padre quería a tu madre, serás muy feliz. Por cierto, ¿cómo se llama el joven afortunado?

Kate sintió que el color abandonaba su rostro. Las manos y las piernas comenzaron a temblarle. Notaba las miradas preocupadas de Jill y Keyla sobre ella, y la expresión interrogante y desconcertada de la señora Rosedale ante su incómodo silencio. No pudo soportar el torbellino de recuerdos y sentimientos que se desató en su interior. Se puso en pie, farfulló una disculpa y abandonó la tienda como una exhalación.

Corrió por la calle, deseando llegar cuanto antes a su coche para una vez dentro poder desplomarse. Chocó contra algo, se llevó la mano al hombro con un gemido y se giró para ver a quién había golpeado. Un chico con el pelo muy

corto y oscuro se agachó para coger su mochila y se la entregó alargando el brazo. Kate la tomó, levantó la vista y se encontró con unos ojos negros que la miraban fijamente. Tuvo que obligarse a apartar la vista de ellos y a articular una disculpa.

—Lo siento, no te vi —dijo Kate un poco avergonzada.

El chico la observó de arriba abajo y una leve sonrisa se dibujó en su rostro.

—No ha sido nada —respondió.

Kate le devolvió la sonrisa.

—Busco un sitio donde comer algo, ¿conoces alguno que esté bien? —preguntó él.

Kate se volvió para señalar con la mano el Café.

—Sí, en la otra acera, Lou's. Allí, ¿lo ves? —contestó con voz temblorosa, aún le duraban las ganas de llorar.

El chico siguió con la mirada su gesto y asintió.

—Gracias —dijo a la vez que se ponía unas gafas de sol de estilo aviador y echaba a andar.

Kate lo observó mientras se alejaba y le calculó unos dieciocho años. Era alto, esbelto y muy atractivo, con una espalda ancha a juego con sus amplios bíceps. Vestía unos pantalones negros de estilo militar, con una camiseta ajustada del mismo color y botas de motero. Pero no era eso lo que le llamó la atención de él, sino la cámara fotográfica que colgaba de su hombro. La maravillosa Canon con la que ella había soñado durante meses. De repente se dio cuenta de que él se había detenido y que también la miraba. Bajó la vista, incómoda, y disimulando se recolocó la mochila en el hombro. Cuando volvió a mirar él ya no estaba.

Pisó algo con el pie derecho, que crujió como el plástico al romperse. Se llevó la mano a la boca, rezando para que no estuviera rota. Se agachó, recogió la tapa del objetivo y empezó a limpiarla con su camiseta. Estaba bien, solo un poco arañada. Respiró hondo y se dirigió al Café.

Saludó a Mary, la dueña, y se abrió camino entre los clientes, hasta el final de la barra donde el chico estaba sentado troceando un sándwich de pavo.

—Hola —dijo Kate, y dejó la tapa sobre la barra junto a la mano de él—. Se te debió caer cuando chocamos.

Él levantó la vista de su plato. Cogió la tapa y la guardó en uno de sus bolsillos.

—Gracias.

—De nada —respondió ella y dio media vuelta.

—Disculpa.

Kate se detuvo con un vuelco del corazón. Seguro que la tapa estaba rota y el chico acababa de darse cuenta. Se giró con una sonrisa.

—Busco un sitio tranquilo donde pasar unos días. ¿Conoces alguno?

Su voz era fuerte y grave, pero muy agradable. Kate volvió a respirar

aliviada.

—Hay un hotel al final de la calle. Dicen que está bien, y tiene piscina —respondió.

—No, estoy buscando otra cosa. Algo apartado, con poca gente. Vengo de una ciudad grande y quiero descansar del ruido. Y hacer algunas fotos —comentó mientras le daba un sorbo a su café.

Kate dudó un segundo de si debía sugerirle la idea que de verdad le rondaba por la cabeza. Tenía la sensación de estar aprovechándose de las circunstancias, pero llevaban dos semanas sin recibir ni un solo huésped, y el señor Collins las había abandonado para ir a vivir con sus hijos a Oregón. Así que, alquilarle una habitación a aquel chico iba a pagar algunas facturas, motivo más que suficiente para no andarse con remilgos.

—Pues entonces conozco el sitio perfecto. Una casa de huéspedes bastante acogedora junto al lago —dijo con una sonrisa—. Discreto, buena comida y mucha tranquilidad. Y hay unos lugares preciosos si te gusta fotografiar paisajes.

Él frunció el ceño y torció la boca con un esbozo de sonrisa. Una sonrisa con un punto de chulería muy atractivo.

—Parece demasiado bueno. ¿Dónde está el truco?

Kate enrojeció y empezó a morderse el labio inferior.

—La casa de huéspedes es de mi familia —dijo esquivando su mirada—. Mi abuela y yo nos ocupamos de ella.

Él apuró su café y se giró en el taburete para mirarla de frente. Apoyó el brazo sobre la barra y Kate se fijó en sus manos y en el anillo de mujer en su dedo meñique.

El chico sonrió dejando a la vista unos dientes brillantes y perfectos. Ladeó la cabeza hacia un lado y la miró de arriba abajo. Su sonrisa se ensanchó con una expresión muy masculina que le iba a la perfección.

—¿Tú vives allí?

—Sí —respondió Kate, tratando de ignorar la forma en que la observaba.

—Lo cierto es que suena bien lo de la buena comida y la tranquilidad —señaló él—. ¿Y dónde se encuentra ese sitio tan maravilloso?

—A pocos kilómetros de aquí. Cuando salgas, gira a la derecha, continúa hasta pasar dos cruces y en el tercero gira a la izquierda. Encontrarás un semáforo, ahí gira a la derecha. Por esa calle saldrás del pueblo. Continúa por la carretera, hasta encontrar una bifurcación a la izquierda y...

—Espera un momento —la interrumpió él con el ceño fruncido—. Has dicho dos cruces y a la derecha o tres cruces, semáforo y a la izquierda.

Kate sacudió la cabeza.

—No, en el tercer cruce gira a la izquierda y en el semáforo a la derecha. Sigues la carretera...

—Espera, espera... —Una risa ronca brotó de la garganta del chico—. Se me

ocurre una idea, ¿por qué no me acompañas? Así no tendrás que sentirte culpable cuando me pierda y acaben encontrándome muerto de inanición en el bosque.

Kate lo miró y no pudo evitar sonreír. Él había adoptado una expresión compungida con la que parecía realmente afligido, aunque sus ojos chispeaban divertidos.

—¿Vas a dejar que acabe perdido? —insistió.

Ella meneó la cabeza sin dejar de sonreír.

—Está bien, de todas formas pensaba regresar y a —contestó con un suspiro.

Él se levantó y pagó su almuerzo, prácticamente intacto en el plato.

—Por cierto, me llamo Adrien —dijo él.

—Kate, Kate Lowell.

—Kate Lowell, es un placer conocerte —susurró estrechándole la mano con un ligero apretón. Se agachó para coger una bolsa de lona que debía pesar una tonelada.

Abandonaron el café y recorrieron juntos la decena de metros que los separaban del lugar donde ella había aparcado su coche.

—¿Piensas quedarte muchos días? —preguntó Kate mientras hurgaba en sus bolsillos buscando las llaves.

—No lo sé, depende de si me siento a gusto aquí. Pero creo que no tendré problemas con eso —respondió, y le guiñó un ojo mientras se ponía las gafas de sol.

Miró a su alrededor como si buscara algo y centró de nuevo su atención en Kate. Un par de chicas que salían de una tienda cercana se detuvieron junto a ellos fingiendo mirar un escaparate. No paraban de lanzar miradas fugaces hacia él y cuchicheaban sin dejar de atusarse el pelo.

Kate sonrió por lo bajo y tiró su mochila dentro del coche.

—Sí, y yo tampoco creo que tengas problemas con eso —admitió mirando con disimulo a las dos chicas y rió por lo bajo.

Adrien también empezó a reír.

—No lo decía por ellas —respondió repentinamente serio.

Kate sintió su mirada atravesándola a pesar de los cristales oscuros. ¿Había sido su imaginación o él acababa de insinuar que estaba interesado en ella? Lo miró fijamente sin darse cuenta de que lo estaba haciendo. Era guapo, con su mandíbula ancha y cuadrada y aquel hoyuelo en la barbilla. No se sentía atraída por él ni nada de eso, pero era imposible no admitir la verdad. Adrien parecía un modelo de revista y resultaba muy difícil no contemplarlo.

—¿Te llevo o tienes coche? —preguntó ella fingiendo no darse por aludida. Pero en su interior su autoestima había subido un par de puntos.

—Te sigo —respondió él.

Dio media vuelta y cruzó la calle mientras se colgaba a la espalda la bolsa de lona. Se acercó a una Shadow 750 Black Spirit aparcada tras una camioneta y se

subió a ella. Arrancó, maniobró con habilidad y, con un ronco acelerón del motor, se colocó junto al viejo Volkswagen blanco.

Quince minutos más tarde, Kate abandonaba la carretera y enfilaba el camino que conducía a su casa con Adrien detrás. Miró por encima del hombro la bolsa de su nuevo huésped, que traqueteaba en el asiento trasero por culpa de los baches. Se había ofrecido a llevarla para que a él le resultara más cómodo el viaje. Le parecía que debía de pesar una tonelada y le costó creer que pudiera viajar con aquello a la espalda.

Se bajó del coche a la vez que Adrien desmontaba de la moto y miraba con curiosidad la casa.

—¿Decepcionado? —preguntó ella mientras abría la puerta del asiento trasero.

—¡No, este sitio es genial! Justo lo que andaba buscando.

—Me alegro —señaló ella.

Agarró la mochila y tiró, pero no se movió ni un centímetro, volvió a tirar.

—Yo llevaré eso.

Adrien estaba pegado a su espalda, con las manos en las caderas y sonriendo verdaderamente divertido por sus inútiles esfuerzos. Ella se apartó. Adrien sacó la bolsa con una sola mano, se la echó a la espalda como si no pesara nada y empezó a caminar hacia la casa.

—¿Qué llevas ahí? Pesa una tonelada.

El chico la miró por encima del hombro y se limitó a sonreír.

Tras las oportunas presentaciones a Alice y Martha, Kate condujo a Adrien a la que sería su habitación durante el tiempo que se hospedara allí. Una vez dentro abrió las ventanas para que entrara aire fresco. Adrien dejó su bolsa sobre la cama y le echó un rápido vistazo a la estancia.

—Ese es el baño —le informó Kate señalando una puerta blanca—. Además de ducha también dispone de una bañera, por si quieres darte un baño.

Adrien asintió, abrió la puerta un poco y asomó la cabeza dentro. Volvió a cerrarla y miró a Kate fijamente.

—Puedes moverte por la casa a tu antojo, salón, cocina... usa lo que quieras. El horario de las comidas está junto a la puerta, al igual que los días de colada. Dispones de Internet y televisión por cable, y en la sala de estar tienes una videoconsola y algunos juegos, por si te aburres. Muchos de nuestros huéspedes son familias con niños —aclaró al ver la cara del chico. Y añadió—: Una cosa más, la última planta es privada. La buhardilla es donde dormimos mi abuela y yo. Pero si necesitas algo durante la noche, puedes llamarnos marcando el asterisco en el teléfono.

—¿Y acudirás tú? —preguntó él con una sonrisa torcida.

—¿Qué? —inquirió ella a su vez, aunque había entendido perfectamente la pregunta.

—Si necesito algo, ¿serás tú quien me atienda?

—Bueno... supongo que sí —dijo un poco cohibida, pero inmediatamente recuperó su seguridad—. Aunque, hasta ahora, los huéspedes siempre han sido muy considerados a partir de ciertas horas y, a no ser que haya una autentica emergencia, no suelen pedir nada.

Adrien asintió con la cabeza y su sonrisa se ensanchó. Inmediatamente se puso serio y entornó los ojos con una extraña expresión. Se giró hacia la ventana dándole la espalda a Kate.

—Gracias, ahora voy a deshacer el equipaje —indicó con voz ronca.

Kate se sorprendió por su repentino cambio de humor.

—¿Estás bien?

—Sí, solo un poco cansado. Así que me echaré un rato en cuanto coloque mis cosas —respondió muy serio.

Ladeó la cabeza para mirarla por encima de su hombro.

—Gracias —repitió.

Kate le dedicó una leve sonrisa y abandonó el cuarto con rapidez, con la duda de si había dicho algo inoportuno que le hubiera molestado. Se encaminó a la escalera y al agarrar el pasamanos sintió un fuerte dolor en el dedo pulgar. Miró la tirita que llevaba puesta, estaba empapada de sangre. El corte que se había hecho el día anterior al cortar verduras debía de haberse abierto. Con cuidado la despegó, solo para comprobar que la herida no estaba cicatrizando bien.

Sintió una ráfaga de aire frío en la nuca. Muy despacio se giró, con la vaga sensación de haber vivido ese momento antes, y encontró a Adrien en el vano de su puerta mirándola fijamente. Él bajó la vista como si estuviera turbado y entró en su cuarto dando un portazo. Kate tragó saliva con un sentimiento de inquietud muy fuerte. Y se preguntó si su herida tenía algo que ver con el cambio de Adrien. Consideró la idea un instante e inmediatamente la descartó, culpando a su estado paranoico de todas las locuras que se le pasaban por la mente. Últimamente veía vampiros por todas partes, vampiros que solo estaban en su imaginación.

Kate pasó el resto de la tarde realizando las tareas de la casa. A eso de las seis, Carter apareció al volante de su llamativo coche, media hora antes de lo que habían concertado. Se echó a reír cuando lo vio entrar en la cocina con su sonrisa de niño bueno y unas flores en la mano. Se encaminó directamente al fregadero, donde Alice lavaba unas patatas, y con un movimiento exquisito se inclinó ante ella ofreciéndole el ramo.

—Flores para mi chica favorita —dijo con voz zalamera.

Alice comenzó a reír con ojos brillantes. Se secó las manos en el delantal y cogió las flores.

—Eres un cielo, pero no necesitas adularme para que te invite a merendar.

Carter soltó una carcajada y abrazó a Alice alzándola del suelo.

—¡Vamos, déjame en el suelo, y ya no estoy para estas cosas! —protestó Alice mientras reía con ganas.

—No sea modesta, en el fondo sigue siendo toda una rompecorazones. ¿No siente cómo el mío se hace pedazos?

Alice le pellizcó las mejillas y sacudiendo la cabeza se dirigió al horno.

Carter arrastró una silla a la mesa y se sentó junto a Kate. Unos segundos después Alice ponía ante él un plato con un enorme trozo de tarta de manzana y un tenedor. Los dejó solos.

Carter se inclinó un poco sobre la mesa y observó el montón de papeles que Kate tenía entre las manos. En las últimas semanas se habían visto casi a diario, se había tomado como algo personal el bienestar de Kate. En un principio por un compromiso de lealtad hacia William, sabía que, a pesar de haberla abandonado, el vampiro amaba a aquella humana, y él amaba al vampiro tanto como a sus propios hermanos. Pero después, simplemente lo hizo porque era imposible no caer rendido a los pies de Kate, y ahora la consideraba una amiga de verdad a la que protegería a toda costa.

—¿Qué haces? —preguntó mientras se llevaba un trozo de tarta a la boca y lo devoraba con deleite.

—Facturas —respondió suspirando. Empujó los papeles con desgana y se masajeó las mejillas.

—¿Necesitas dinero?

—¡No! Solo las estoy organizando. Se llama contabilidad.

—¡Vamos, Kate! ¿Cuánto necesitas?

Se inclinó un poco más hacia delante y Kate se removió incómoda en la silla.

—No necesito dinero.

—Ya —replicó con burla.

Metió otro trozo de tarta en su boca y lo masticó despacio, sin apartar la vista de ella, estudiando cada gesto de su cara.

—Si acabaras necesítándolo, ¿podrías dejar a un lado tu orgullo y pedírmelo?

—No necesito dinero. Hoy mismo se ha registrado un nuevo huésped y tenemos varias reservas para la semana próxima.

Carter empujó el plato y se estiró hacia atrás, cruzando los brazos sobre el pecho. La miró con un atisbo de exasperación, pero le sonrió.

—No te he preguntado eso.

—Ya lo sé —replicó Kate.

—¿Lo harás? —insistió.

—¿Si te digo que sí dejaremos esta conversación?

Carter se encogió de hombros y esbozó una sonrisita de chico malo que le iba como anillo al dedo.

—Lo haré. ¿Contento?

Él asintió y se puso en pie, llevó el plato al fregadero y lo aclaró. Tras secarse

las manos con un paño, se plantó en medio de la estancia, alzó el cuello y comenzó a olisquear el aire.

—¿Es cierto que tienes un nuevo huésped?

—Sí, la moto que hay fuera es suya.

—No hay ninguna moto fuera —replicó Carter mirándola con atención.

—Qué raro. No le he oído salir.

—Lo raro es que no huele a humano —susurró y volvió a inspirar.

Kate se estremeció.

—¿Insinúas que es...?

—No empieces a alucinar. Aquí no huele a vampiro, ni a lobo. ¡Eh, tranquila! —dijo al ver que ella se abrazaba los codos muy nerviosa—. Puede que no capte su olor porque no ha estado aquí el tiempo suficiente. Si fuera un lobo lo sabría, y los vampiros no se pasean en moto a plena luz del día. No hay de qué preocuparse.

—Vale, pero ahora que sé lo que habita entre nosotros, no puedo evitar comportarme como una paranoica.

Carter se acercó a ella y le acarició el brazo.

—Cuidamos de ti. Eres una de los nuestros. —Kate asintió y le dedicó una sonrisa—. ¿Y qué clase de moto tiene ese tío? —preguntó intentando distraerla, aunque también sentía un poco de curiosidad.

—A mí me parecen todas iguales, pero creo que dijo algo como *speedy*.

—¿Spirit? ¿Shadow Spirit?

—Sí, eso.

—¡Es una máquina estupenda! Puede que me pase más tarde para echarle un vistazo. —«Y también a su dueño», pensó.

Adrien cerró el último libro y se mordió el puño con frustración, reprimiendo así el deseo de hundirlo en la mesa. Apoyó los codos en la madera y escondió el rostro entre las manos. Las deslizó con lentitud por su pelo, con rabia agarró dos mechones y tiró de ellos hasta que pensó que podría arrancárselos.

Oyó los pasos de la joven bibliotecaria acercándose. Se atusó el pelo y recompuso una amable sonrisa en su rostro.

—¿Ha habido suerte? —preguntó la chica.

Adrien la miró y negó con la cabeza.

—No, aquí no está lo que busco.

Ella dejó con disimulo un libro antiguo frente a él y se inclinó un poco para poder hablarle en voz baja.

—Puede que aquí encuentres algo —susurró. Adrien la miró sorprendido—. No debería enseñarte esto, no forma parte del catálogo de la biblioteca. Lo tenemos aquí mientras acondicionan para él una sala en el museo.

—¿Qué es? —preguntó Adrien con verdadero interés.

La chica miró a su alrededor y, cuando se aseguró de que no había nadie cerca, se sentó junto a él. Con extremo cuidado abrió el libro.

—Es un diario, el diario de los Padres Fundadores de Heaven Falls. Verás, algunos de los colonos que se establecieron en Virginia, decidieron traer a sus familias hasta aquí. Pensaban que estas tierras eran mucho más prósperas, y no se equivocaban; en poco tiempo Heaven Falls pasó de ser una pequeña aldea a convertirse en un pueblo de grandes fortunas. Te cuento todo esto porque, si esa iglesia que buscas de verdad fue construida, en este diario debe haber algo sobre ella. Aquí se detalla todo: nacimientos, muertes, cosechas, hasta el granero más pequeño figura en sus páginas. También se mencionan un par de incendios devastadores. Puede que tengan relación, que no quede ni una sola piedra de ese templo porque lo consumiera el fuego.

Adrien sonrió y, en un impulso, tomó el rostro de la chica entre sus manos y la besó en los labios. Ella enrojeció y su corazón se aceleró.

—¡Dios mío, van a despedirme por esto! —dijo mientras se cubría las mejillas con las manos. La atracción que sentía por aquel desconocido era tan intensa, que estaba jugándose su puesto de trabajo solo por complacerlo. Se entretuvo mirando sus ojos, tan negros como el ónice—. Estamos a punto de cerrar, pero... podría sacar el diario de aquí y, si no tienes planes, le podríamos echar un vistazo mientras cenamos. En un sitio discreto, por supuesto.

Adrien la miró de arriba abajo y una sonrisa traviesa curvó sus labios.

—Por supuesto.

Dos horas después, Adrien sujetaba la puerta de su habitación para que Amanda, la bibliotecaria, entrara en ella. Inmediatamente se dio cuenta de que allí había estado alguien.

—¿Te importa si uso tu baño? —preguntó ella.

—Es ahí.

Esperó inmóvil a que la chica hubiera cerrado la puerta y dejó la cámara fotográfica sobre la cómoda. Había sacado fotos de cada una de las páginas del diario, para examinarlas con atención más tarde y que así Amanda pudiera devolverlo sin meterse en un lío. La otra alternativa, era partirle el cuello y quedarse con el diario, algo más práctico que unas fotografías; pero mucha gente lo había visto juntos y sumar uno más uno no les iba a costar demasiado.

Cerró los ojos y giró sobre sí mismo mientras llenaba sus pulmones de aire, lo retuvo unos segundos. El sonido de una risa ahogada escapó de sus labios y sacudió la cabeza de un lado a otro. En el fondo no estaba sorprendido y tampoco esperaba menos de ellos. Lo que sí le preocupaba, era si habían descubierto algo.

Recorrió con la vista la habitación, todo parecía en orden. A continuación se asomó a la ventana y tanteó la parte superior del marco, y allí estaban, tal y como las había dejado. Si hubieran descubierto algo las dagas habrían sido lo

primero y, de haber sido así, ya habrían intentado matarle. Volvió a inspirar y buscó en sus recuerdos, inmediatamente reconoció los dos rastros. Uno era el del amiguito de William, el lobo blanco, y el otro el del lobo que había visitado a Kate unas horas antes y con el que se había marchado.

La puerta del baño se abrió y Amanda apareció con menos ropa de la que llevaba al entrar. Adrien la contempló de arriba abajo. Sonrió con suficiencia y se quitó la camiseta mientras se acercaba a ella. Antes de besarla un único pensamiento ocupó su mente, tendría que ser muy cuidadoso si no quería despertar sospechas entre los lobos.

Era una noche agradable. En el cielo una enorme luna resplandecía entre las nubes y su luz plateada incidió sobre William cuando cruzó la plaza a paso ligero. El vampiro serpenteó entre el laberinto de calles hasta localizar el estrecho callejón, cubierto en toda su longitud por arcos de piedra que lo sumían en una oscuridad absoluta. Se detuvo bajo uno de esos arcos. Aguzó todos sus sentidos y percibió a su alrededor, para asegurarse de que nadie le observaba. Buscó en el muro la pequeña juntura y la empujó, la losa de piedra se deslizó dejando escapar una ráfaga de aire con olor a rancio. Arrugó la nariz y se dejó caer dentro de la abertura.

Marchó a través de los oscuros y mohosos pasillos de piedra. Roma estaba surcada por infinidad de pasadizos subterráneos que solo unos pocos conocían, casi todos vampiros que se servían de ellos para vivir ocultos a los humanos. Se adentró en la tierra hasta el final de uno de aquellos túneles. Empujó una puerta de hierro y entró a otro corredor repleto de anaqueles cubiertos de la cera derretida de grandes velones.

Subió por una escalera con forma de caracol y golpeó con fuerza la puerta de madera que había al final. Tres golpes, después dos y de nuevo tres.

Una figura diminuta apareció al otro lado y con una profunda reverencia lo saludó.

—¡No hagas eso, Laura! —exclamó William con una mueca de disgusto.

—Señor, es como debo saludaros.

William contempló a la niña: su cabello dorado, sus ojos grises, su cuerpo impúber. El mismo aspecto que tenía quinientos años antes cuando fue transformada con apenas trece por un Renegado.

—Laura, si no me das un abrazo ahora mismo pensaré que no te alegras de verme, y eso me causará una profunda tristeza —replicó William colocando los dedos bajo su barbilla para obligarla a que lo mirara.

Laura sonrió y su bonito rostro se iluminó. Se lanzó a los brazos de William y lo estrechó con sus delgados y pequeños brazos.

—Tengo una cosa para ti —dijo el vampiro mientras la posaba en el suelo con cuidado.

Sacó algo de su bolsillo y extendió el puño cerrado frente a Laura, lentamente

lo abrió y dejó a la vista un camafeo de coral rosa.

—Aún sigues coleccionándolos, ¿verdad?

Laura asintió con los ojos como platos.

—Gracias. Es el más bonito que he visto nunca —dijo la niña mientras rozaba con los dedos la superficie de la joya.

William le colocó el collar alrededor del cuello y le rozó la nariz con la punta del dedo.

—¿Estáis bien? ¿Necesitáis algo? Si le pregunto a ese viejo cascarrabias me dirá que no.

Laura sonrió con timidez.

—Solo algo de tinta para Silas.

—¿Y para ti?

Laura negó con la cabeza.

—Hay algo que deseas, puedo verlo en tus ojos —dijo él.

—Me... me gustaron mucho los libros que me trajiste la última vez. — William asintió dando a entender que le conseguiría más—. Y... me gustaría probarme unos de esos pantalones que llevan las chicas ahora.

Sacó un papel doblado de un bolsillo de su vestido, la página de una de esas revistas para adolescentes sobre chicos y moda, y se la entregó. William la desdobló y una sonrisa asomó a sus labios.

—¿Quieres unos pantalones tejanos?

La niña asintió.

—También me gustan esos zapatos con cordones y puntera blanca —dijo a la vez que señalaba unas zapatillas *Converse* de color rosa.

William frunció el ceño con pesar.

—Laura, ahí arriba hay montones de tiendas donde podrías conseguir estas cosas y otras mucho más bonitas.

La niña empezó a negar, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No tiene por qué pasarte nada —insistió William.

—¡No, él está ahí, esperándome!

—No es cierto, sabes que ya me encargué de eso. No volverá a hacerte daño, porque está muerto.

Laura volvió a negar compulsivamente.

—Volverá, siempre vuelve. Aquí estoy segura, aquí no puede encontrarme.

—Y si yo te acompaño. ¿Saldrías? Incluso podrías vivir conmigo.

—No, no, no, no...

Comenzó a balancearse de delante a atrás y de atrás hacia delante.

—Está bien, está bien, nos quedaremos aquí —susurró William mientras la abrazaba.

La sostuvo así un rato, hasta que la niña poco a poco se fue tranquilizando. Suspiró con rabia e impotencia. Apenas podía pensar en todo aquello por lo que

había pasado la pequeña, sin desmoronarse y dejar que la ira se apoderara de él. Había encontrado a la joven vampira por simple casualidad, en 1910 en Venecia, durante el carnaval. Llevaba días siguiendo a un grupo de renegados, de los que se rumoreaba que Amelia viajaba con ellos. Cuando por fin dio con su escondite, Amelia no se encontraba allí, pero sí la pequeña Laura, a la que mantenían encadenada a un poste enterrado en el suelo y alimentaban solo con ratas. Tras rescatarla y ganarse su confianza, supo que había sido tratada como una esclava a la que maltrataban y obligaban a robar, usándola también como cebo para atraer a los humanos de los que después se alimentaban. Y todo ese calvario había durado cuatro siglos, en los que la pequeña casi había perdido la razón.

La besó en la frente.

—Vamos a ver a ese cascarrabias de Silas —sugirió él esbozando una sonrisa.

Laura lo guió a través de dos habitaciones con el suelo cubierto de alfombras. El olor a tierra húmeda y a cera seguía siendo muy intenso allí dentro, tanto que le llenaba los pulmones sin necesidad de aspirarlo. Se detuvieron al entrar en una tercera estancia mucho más amplia que las anteriores. Estaba repleta de libros amontonados junto a las paredes atestadas de librerías y estantes, en las que debía de haber miles de manuscritos y pergaminos amarillentos cubiertos por varias capas de polvo. En las mismas paredes colgaban xilografías inéditas de Durero, las preferidas de Silas.

—Te ofreceré algo —dijo Laura, y desapareció tras unos cortinajes descoloridos.

William recorrió con la vista la sala. Todo estaba igual que la última vez que pasó por allí, nada había cambiado de sitio. Tampoco aquella escultura a la que en otras visitas apenas había prestado atención, pero esta vez sus ojos se posaron en ella como si una fuerza invisible los atrajera.

Lentamente rodeó la figura de mármol, admirando en su recorrido las rotundas y musculosas formas del hombre, la tensión de su rostro airado y la delicadeza de las plumas de sus alas completamente desplegadas.

—Es hermosa, ¿verdad? —preguntó una voz a su espalda.

—Sí —contestó William sin poder ocultar la extraña fascinación que le causaba el ángel.

Silas se colocó a su lado y ambos se dedicaron a observar la escultura en silencio.

—Mi querido amigo Bernini me la regaló en uno de mis cumpleaños. Y no me preguntes en cuál porque ni yo mismo lo recuerdo —comentó Silas mientras giraba sobre sus talones y se encaminaba hacia una mesa repleta de papeles. Se acomodó en la silla, mojó una larga pluma de cisne en tinta y comenzó a escribir sobre un pergamino.

—¿Quién es? —preguntó William yendo al encuentro del viejo vampiro.

—¿Bernini? ¿Es que no te enseñaron nada en esos colegios donde creen

saberlo todo sobre arte?

—¡Sé quien es Bernini! —exclamó William entre risas.

Silas alzó la mirada de su trabajo y volvió a contemplar la estatua, pero esta vez su expresión no demostraba admiración ni deleite por la imagen.

—Es Gabriel, uno de los siete arcángeles. Es el ángel de la muerte.

—Pensaba que el ángel de la muerte era Azrael —comentó William en voz baja.

—También se le conoce así. Pero es Gabriel quien ostenta ese título por derecho propio, él será quien despierte a los muertos el día del juicio final. Así está escrito en el Apocalipsis.

William se aproximó a Silas con las manos en los bolsillos.

—¿Crees de verdad en todo eso? En el Apocalipsis y en el fin del mundo.

—Si algo he aprendido en todos mis siglos de vida, es que no hay que creer en nada, pero también que deberíamos creer en todo; por si acaso.

—¿Y qué opinas de los ángeles?

—No es buena idea meterse con ellos, y menos con sus jefes. —Hizo un gesto en dirección a la estatua.

—Parece que los conoces.

—He vivido lo suficiente para contemplar algunas de sus obras, dejémoslo ahí.

Laura entró en la habitación portando una bandeja con dos copas de bronce, entregó una a William y la otra a Silas, y dedicándoles una dulce sonrisa volvió a salir.

Con una maldición, William dejó la copa a un lado. Se llevó las manos a la cabeza y se alborotó el pelo. Cuando miró a Silas, las líneas de rostro se endurecieron hasta parecer de mármol.

—Daría cualquier cosa por verla bien.

—Está mejor. Es fuerte y acabará superándolo.

William dejó escapar un suspiro y se dejó caer en un sillón de terciopelo dorado ribeteado con flecos.

—Eres el ser más paciente que conozco. Por eso la déjate contigo.

—Y jamás te estaré lo suficientemente agradecido. Salvaste a Laura, pero también me salvaste a mí. Estaba cansado de vivir y ella me devolvió la esperanza —dijo Silas con una expresión tan apacible que William volvió a relajarse.

William hizo caso omiso de la copa de sangre y observó a Silas mientras este seguía escribiendo. De forma meticulosa hundía la pluma en el tintero, siempre hasta el mismo punto, le daba una ligera sacudida y continuaba dibujando con suma atención una exquisita caligrafía. En medio del silencio, William notó un viento gélido que recorrió la habitación. Miró a su alrededor buscando la filtración, hasta que se dio cuenta de que el frío procedía de su propio cuerpo.

Últimamente solía ocurrir eso cada vez que se sentía inquieto, y se dijo a sí mismo que tenía que encontrar la forma de controlarlo. Eso, y que cualquier fuente de luz eléctrica que estuviera cerca de él explotara cada vez que se enfadaba mucho. O que el cielo amenazara tormenta si se sentía demasiado angustiado, tal y como había sucedido la noche que se enfrentó a Amelia y a su ejército de renegados.

Le costó reconocerlo, pero ya no tenía dudas sobre lo que pasó. Su miedo a perder a Kate provocó la tormenta eléctrica. Cada trueno, cada rayo, eran el eco amplificado de sus sentimientos. Y la tempestad se repetía cada vez que se sumía en el dolor que le provocaba estar lejos de ella, cuando recordaba que jamás volvería a acariciarla, a besarla, a oír su preciosa risa.

De repente se dio cuenta de que Silas le observaba y aprovechó para abordar el tema que realmente le había llevado allí.

—Mi padre dice que eres el hombre más sabio que ha conocido. Que no hay nada que tú no sepas, y que si no lo sabes es porque no ha existido o no ha ocurrido.

—Tu padre me sobreestima, ni soy tan sabio, ni abarco tanto conocimiento, créeme.

—Pero sí conoces toda la historia de nuestro linaje, desde el primer vampiro que apareció en el mundo —dijo inclinándose hacia delante con expresión ávida.

Silas dejó su tarea y se recostó en la silla. Su pelo largo y blanco le colgaba a ambos lados de la cara como una cortina que apenas dejaba ver sus diminutos ojos, y que hacía parecer su nariz aguileña mucho más picuda. Se acarició la perilla y enroscó la punta en su dedo índice.

—Todo hace pensar que nuestra madre fue el primer vampiro, o al menos la madre del primero, ya que su origen es divino. Yo no estaba allí para saberlo, así que, como verás, son muchas las cosas que no sé. Pero si me preguntas sin rodeos aquello que quieres saber, quizá no tenga que relatarte cada generación de esa línea de sangre, hasta que encuentres en la historia un punto de unión que te ayude a formular tu cuestión sin levantar sospechas. Un esfuerzo inútil, porque ya has llamado mi atención.

William se restregó la cara con las manos, bajó la mirada y comenzó a reírse por lo bajo.

—Bueno, soy todo oídos —dijo Silas entrelazando las manos sobre el pecho.

—Háblame de los Vigilantes —pidió el vampiro a la vez que hacía un gesto con la cabeza para señalar arriba.

El cuerpo de Silas se agitó con un respingo, entornó los ojos y lo miró sorprendido.

—¿Cómo sabes tú de ellos? ¡Apenas hay escritos verídicos que los mencionen!

—Escritos que tú has leído, ¿verdad? —señaló William sin intención de

contestar a la pregunta.

—Ya te he dicho que he vivido mucho —indicó en voz baja.

Hubo un largo silencio en el que Silas no apartó los ojos de William. Cuando se convenció de que no iba a darle ninguna explicación acerca de cómo había conocido la existencia de los Vigilantes, continuó hablando.

—Está bien. ¿Qué quieres saber?

—Todo, solo sé que existen y que su trabajo es vigilar. Quiero los detalles. —Acomodó la espalda en el respaldo del sillón. Tomó la copa y le dio un trago, arrugó los labios con una mueca de desagrado. La sangre estaba fría, pero continuó bebiendo, necesitaba calmar los nervios de su estómago.

—No se sabe mucho de ellos, son pocos y muy poderosos. Sirven a los arcángeles y solo les rinden cuentas a ellos.

—¿Cuál es su papel exactamente?

—El nombre los define a la perfección, se dedican a vigilar, pero no al azar. Cuando descienden ya tienen un objetivo. Puede ser una persona, una familia, incluso un pueblo entero. Los motivos solo ellos y aquél que les envía los conocen. Pero te pondré un ejemplo para que consigas entenderlo. Civilizaciones enteras han sido aniquiladas después de que los Vigilantes las rondaran, otras han prosperado.

—Comprendo. Si estás limpio y el informe es positivo, vives, si eres una mancha para los de arriba, desapareces —replicó William.

Ahora entendía perfectamente las palabras de su madre. Había sido enviada para vigilar a Sebastian, para comprobar hasta qué punto era real y sincero su deseo de apartar a los vampiros de su camino de sangre. Sebastian había abandonado la oscuridad para abrazar la luz. Había cerrado las puertas del infierno, intentando que le fueran abiertas las del cielo, y Aileen era la enviada que debía decidir si lo merecía.

De repente una pregunta ocupó toda su mente. Si Aileen había fracasado en su misión, convirtiéndose en un Caído para estar junto a Sebastian, ¿habrían enviado a otros para que continuaran vigilándolos? Pensar que alguien a quien no podía ver estuviera siguiendo sus pasos, no le resultaba nada tranquilizador. Al contrario, le causaba tal sentimiento de inquietud que no pudo evitar mirar por encima del hombro, como si necesitara comprobar que allí no había nadie.

Silas rió por lo bajo.

—Yo no lo hubiera explicado mejor.

—Los ángeles pueden engendrar, ¿verdad? —preguntó William.

—Sí, con los humanos, sus vástagos se conocen como Nefilim.

—¿Conoces a algún Nefilim?

—Sí, a más de uno. En general se meten en sus propios asuntos, pero hubo un tiempo en el que fueron muy peligrosos para los vampiros.

—No conozco esa historia.

—Dentro de la estirpe de los Nefilim existen varios clanes. Los Anakim eran los más numerosos, pero también los más peligrosos por su fanatismo hacia Dios. Odiaban todo aquello que consideraban impuro, y consideraban impuros a todos aquellos que no fueran cien por cien humanos. Es irónico, cuando ellos no son tan distintos a nosotros. Estaban convencidos de que si limpiaban el mundo de seres como nosotros, serían dignos de entrar en el cielo y convertirse en ángeles completos. Sus ideas radicales se convirtieron en obsesión y dieron comienzo a una era oscura en la que persiguieron a todo ser sobrenatural que habitaba en este mundo. Se convirtieron en nuestros predadores, los primeros cazavampiros. Por suerte éramos mucho más numerosos que ellos y nos defendimos hasta casi erradicarlos. Tu padre puede contarte muchas historias sobre eso.

—Sí, es todo un maestro contando historias —dijo con voz casi imperceptible.

—¿Qué? —preguntó Silas, aunque había oído cada palabra y el tono despechado que había usado.

—¿Has oído alguna vez historias sobre ángeles y vampiros que hayan engendrado hijos?

—¿Qué? ¡No! Casi suena a blasfemia.

—¿Por qué? —preguntó William sin poder disimular su tono ofendido.

—No me malinterpretes, William. El insulto sería para los vampiros. Los ángeles nos desprecian, para ellos no existe diferencia entre los demonios y nosotros.

—Te he entendido —dijo William desviando la mirada, no era su lado vampiro el que se había ofendido. Se sorprendió de hasta qué punto estaba tomando conciencia de su otra mitad—. ¿Estás seguro de que no hay nada en nuestra historia sobre ese tipo de mestizos? —insistió.

—Muy seguro. Sin embargo... es posible...

—Es posible... —lo urgió William para que continuara hablando.

—Tal y como le dije a tu hermano, es posible que...

—¡Un momento! ¿Mi hermano?

—Robert estuvo aquí hace muchos años con estas mismas preguntas, y volvió a repetirlas hace unos días desde ese mismo sillón en el que ahora estás sentado. —Hizo una pausa y soltó un suspiro cansado—. No voy a preguntar qué está pasando, es evidente que sabéis algo que prefiero seguir ignorando, y partiendo del hecho de si podría haber algo de cierto en vuestra búsqueda, te diré lo mismo que a él. Es posible que lo que buscáis no esté en el pasado sino en el futuro.

—¡Silas, como no te expliques con más claridad!

—Profecías, William. Las profecías nos anuncian todo lo que está por venir. Son designios divinos, y si existe la posibilidad de que un ser como el que has descrito aparezca en este mundo, es un hecho tan importante como para que se haya profetizado su advenimiento.

La luz del conocimiento iluminó los ojos de William. Se puso en pie y

comenzó a pasear por la habitación.

—Silas, si ese mestizo ya estuviera entre nosotros...

El viejo vampiro se estremeció. Las vibraciones que emanaban de William lo alteraron, previniéndole.

—Te he dicho que prefiero seguir en la ignorancia.

—¡Maldita sea, vampiro testarudo, esto es importante para mí! —exclamó y sus ojos cambiaron de color transformándose en mercurio.

Los ojos de Silas se abrieron como platos, también se levantó y le dio la espalda a William. Luchó decididamente contra la confusión que sentía y se obligó a girarse hacia su invitado. Sintió que el estómago se le revolvía por la impresión. Se acercó a él y parecía que iba a tomarlo de las manos con gesto respetuoso, pero se detuvo.

—Si ese ser ya está entre nosotros —señaló con un tono que dejaba claro que en esas palabras había mucho más que su simple significado—, es más que posible que exista algún augurio sobre él.

—¿Y qué podría encontrar en esa profecía?

—Interpretándola correctamente... todo.

—Todo —repitió William en un susurro.

Silas asintió sin apartar los ojos de él, con una leve sonrisa de incredulidad. Ahora comenzaba a entender el misterio que durante tantos años había rodeado al vampiro, consciente de que se encontraba ante un milagro.

William abandonó los pasadizos, sumido en una vorágine de pensamientos que amenazaba con hacerle explotar la cabeza. Silas no tenía ni idea de por dónde empezar a buscar algo sobre esa profecía, pero había prometido averiguar todo lo que pudiera. Sin embargo, estaba convencido de que ese designio estaba escrito en alguna parte o en la cabeza de alguien. Y solo había una persona que seguro sabía algo al respecto: Marcelo. Él estaba trazando un descabellado plan con un único fin, en el que la sangre de William tenía el papel principal, y eso sonaba a profecía.

Cruzó de nuevo la plaza. El calor sofocante de principios de agosto parecía salir de las piedras como si el mismísimo sol estuviera bajo ellas. A pesar de que era de noche, la temperatura debía de rondar los treinta y cinco grados. Sin saber muy bien por qué, se dirigió a la entrada principal de la basílica. Con un leve gesto de sus dedos la puerta se abrió, lo suficiente como para que pudiera colarse a través de ella.

El interior estaba en silencio. Escuchó para asegurarse de que no había nadie y salió de las sombras que lo mantenían oculto. Avanzó por la nave principal con la vista fija en el altar mayor, se detuvo frente a él y lo observó durante un rato. Dio media vuelta y contempló las gigantescas columnas que sostenían la cúpula, las ostentosas paredes llenas de pinturas.

Con paso cansado se dirigió al primer banco y se sentó. Las pinturas le ponían el vello de punta, aquellos querubines de pequeñas alas y los ángeles de rostros fieros parecían fijar sus ojos en él. Empezó a preguntarse cuántas clases de ángeles habría y a cuál de ellas pertenecería su madre. Era incapaz de pensar en ella sin que los ojos se le llenaran de lágrimas. Hundió la cabeza entre las manos y se quedó allí, con los ojos cerrados, sintiendo el frío silencio de aquel lugar.

—No deberías estar aquí —dijo una voz a su lado.

William alzó la vista y miró al sacerdote sin inmutarse. Lo había oído acercarse desde el principio. Se puso en pie con intención de marcharse.

—Pareces perdido, hijo mío —replicó el sacerdote mientras sujetaba a William por el brazo.

El vampiro miró la mano que agarraba su codo. Inmediatamente el sacerdote lo soltó, y William continuó caminando hacia la salida.

—Si no estás perdido, ¿qué buscas aquí a estas horas? —continuó el hombre.

—Yo no busco nada —respondió William sin dejar de caminar.

—Vienes a la casa de Dios a horas intempestivas, amparado en la oscuridad. Y si tu alma está tan desolada como tu mirada, es posible que hayas acudido en busca de consuelo. Dios es misericordioso, habla con él, pide de corazón y te dará la paz que necesitas.

William se detuvo y se giró con los labios apretados por la rabia.

—Dios hace mucho que se olvidó de mí. Para él solo soy otra oveja negra en la familia.

—No importa qué hayas hecho. Dios quiere por igual a todos sus hijos y en su corazón misericordioso solo existe el perdón. Él nunca te abandonará. Sus ángeles cuidan de ti, de todos nosotros, velan por nuestras almas.

William rompió a reír de golpe. Aquello sí que había tenido gracia.

—Míreme bien. ¿Cree que de verdad cuido de alguien que no sea yo o de otra alma que no sea la mía? —dijo con desdén, mientras su piel refulgía con un halo blanco y el iris de sus ojos se transformaba en un lago de mercurio.

El sacerdote dio un paso atrás, ahogando una exclamación con las manos. Empezó a santiguarse sin apartar sus ojos abiertos como platos de la espalda de William, mientras este se alejaba. Se dejó caer en uno de los bancos y con los dedos entrelazados miró la cruz tras el altar; empezó a rezar. Una figura se sentó a su lado y colocó una mano sobre su hombro. Ladeó la cabeza para contemplar al visitante y unos dedos se posaron en su frente con un tacto que se asemejaba al de una pluma suave.

«Duerme y mañana no recordarás nada», dijo una dulce voz en su cabeza.

El visitante acomodó al sacerdote sobre el banco, suspiró y recorrió con la mirada el elaborado retablo. Realizó una ligera venia y se encaminó a la salida.

William abandonó la plaza a grandes zancadas. Estaba de un humor de perros y las palabras del sacerdote habían levantado ampollas en su pecho del tamaño de puños.

Los sintió segundos antes de oír sus pasos. Miró de soslayo por encima de su hombro, eran cuatro. Lo siguieron a través del laberinto de callejones, hasta una zona de bares y pubs donde la gente bebía y reía en plena calle. A través de las puertas de los locales la música surgía distorsionada y a un volumen muy alto, aun así podía sentirlos cada vez más cerca.

Continuó avanzando sin intención de despistarlos, tenía que sacarlos de esa zona abarrotada de testigos humanos. Dobló una esquina, un olor nauseabundo surgió del callejón sin salida. Se detuvo junto a unos cubos de basura con el logotipo de un restaurante, esa debía de ser la parte de atrás de la pizzería. Sacó la daga que llevaba escondida en el tobillo, bajo el pantalón. Un instante después los

vampiros aparecieron en el callejón. No intercambiaron ni una sola palabra y se abalanzaron sobre él. El eco de un puñetazo atravesó el aire y el primer Renegado cayó de espaldas sobre un cubo de basura.

Una punzada de dolor atravesó el hombro de William, cuando una daga lo ensartó. Gruñó airado y devolvió la puñalada, penetrando con la hoja en el estómago del proscrito. Alguien lo golpeó con una barra de hierro en los muslos, cayó de rodillas a la vez que un puño impactaba en su mandíbula. Sin saber cómo, se encontró tirado en el suelo con uno de los renegados sobre su pecho, inmovilizándolo, mientras el resto le propinaban patadas por todo el cuerpo. Se sacudió para deshacerse del peso que tenía encima. Levantó la pierna y golpeó al que le estaba machacando las costillas. Consiguió ponerse en pie de un salto, a tiempo de ver como otros dos vampiros se dejaban caer desde el tejado. La situación empezaba a ponerse muy fea.

Los proscritos se alinearon frente a él y lentamente avanzaron. William no podía hacer otra cosa que retroceder, se miró las manos y comprobó que estaban vacías, había perdido la daga. Desarmado y en evidente desventaja, empezó a considerar en serio las posibilidades que tenía de salir de allí, y de repente se dio cuenta de que las tenía.

El aire cambió a su alrededor, electrificándose, las luces amarillas del callejón comenzaron a parpadear y a lanzar chispas. Sintió que la energía lo rodeaba. Su interior se expandió con aquella luz blanca que nacía desde lo más profundo de su ser. Los cubos de basura comenzaron a temblar, los cristales vibraban; y él mismo se sorprendió de lo que estaba haciendo, cada día era más fuerte. Extendió la mano y con un gesto los invitó a acercarse, rebosante de soberbia.

—¡Pero... qué demonios! —exclamó uno de los proscritos dando un paso atrás.

—No seas cobarde, está solo —dijo otro a su lado.

De repente, William sintió una fuerza extraña que lo paralizaba. Un lazo invisible que lo mantenía inmóvil, anclado al suelo, y lo mismo les sucedía a los renegados.

Una ráfaga de aire frío cruzó el callejón y uno de los renegados salió despedido contra la pared, al caer al suelo se cuerpo se convirtió en polvo. William pudo ver de reojo cómo una figura avanzaba desde su espalda hasta su posición. El hombre se detuvo junto a él, hizo un gesto con la mano y dos proscritos ardieron por combustión espontánea. Un nuevo movimiento y los otros tres restantes se estrellaron contra las paredes, desintegrándose al instante.

William apretó los dientes y miró al hombre con insolencia, seguro de que sería el siguiente en morir y demostrándole que ese detalle no le preocupaba lo más mínimo. Él ya estaba muerto y en el infierno, así era como se sentía desde que había dejado a Kate. Entonces el hombre le sonrió con frialdad y volvió a

recuperar el control de su cuerpo.

—Salgamos de aquí, este olor me repugna —dijo el hombre.

William lo contempló atónito, vestía un pantalón oscuro, mocasines y una sahariana marrón sobre una camiseta negra. Tenía el pelo largo hasta los hombros, ligeramente ondulado y del color del trigo en verano. Pero lo realmente llamativo eran sus ojos, parecían de plata y en ellos apenas se distinguían las pupilas. El hombre le sostuvo la mirada un instante y, dando media vuelta, comenzó a caminar hacia la calle, dejando atrás el callejón y también a él. En ese mismo momento, pasada la impresión inicial, William se dio cuenta de que acababa de salvarle la vida un ángel de carne y hueso. No entendía muy bien por qué, pero sabía que lo era, su cuerpo lo reconocía.

Lo siguió hasta la entrada de un oscuro pub. Descendieron una estrecha escalera e irrumpieron en un antro atestado de humanos sudorosos que bebían cerveza y bailaban a ritmo de *hard rock*. El ángel ocupó un taburete en la barra y William se paró a su lado sin dejar de observarlo fijamente.

—¡Vamos, siéntate! —dijo el ángel y una suave risa brotó de su garganta.

Inmediatamente se puso serio y señaló el taburete que había junto a él.

William obedeció, algo le decía que la paciencia no era una de las virtudes del ángel. Se acomodó apoyando los codos en el mostrador, de repente se sentía agotado. Se dio cuenta de que algunos humanos lo miraban con recelo y curiosidad, y no era difícil entender el porqué. Parecía que acababa de salir de una trituradora y su camisa estaba manchada de sangre.

Como si hubiera leído los pensamientos de William, el ángel se quitó la sahariana y se la ofreció. Tomó la prenda y se dirigió al baño. Una vez allí tiró la camisa a la basura y se lavó la sangre que manchaba su piel. Se puso la chaqueta, le estaba un poco pequeña, pero era mejor que ir por ahí medio desnudo.

Cuando volvió a sentarse, el ángel empujó hacia él un vaso con whisky. William miró el vaso con las cejas arqueadas.

—¡Vamos, echa un trago! No es escocés, pero está bueno.

—Gracias, pero no.

—No me gusta beber solo —replicó el serafín con tono imperioso.

William tomó el vaso y lo giró en su mano, vacilante. El ángel lo animó con un gesto. Dio un sorbo y tragó. El ataque de tos fue inmediato, le ardía la garganta, el esófago, y cuando el líquido llegó a su estómago pensó que tenía ácido dentro. Pero para su sorpresa, el malestar desapareció tan rápido como había surgido y apuró el resto de un solo trago. La camarera se acercó con una botella y rellenó los vasos. Volvió a apurarlo y esta vez hasta le supo bueno. Con asombro, se dio cuenta de que podía digerirlo, y también de que se estaba mareando con una sensación nueva y extraña para él.

—Bebe despacio o acabarás ebrio. Y necesito toda tu atención.

Las palabras del ángel lo devolvieron a la realidad. Estaba en un bar bebiendo whisky junto a un espíritu celestial, como si fueran amigos de toda la vida, pero no era así. No le conocía, ni sabía qué hacía allí, ni qué quería. La camarera se acercó de nuevo y William colocó la mano sobre el vaso a la vez que negaba con la cabeza. En cuanto la chica se retiró, concentró toda su atención en el ser que le había salvado la vida unos minutos antes.

—¿Quién eres? —preguntó el ángel.

—Me llamo William.

—No te he preguntado tu nombre.

—Entonces no sé a qué te refieres.

—Pude sentirte en la basílica, como si estuvieras dentro de mi cabeza. Pero es evidente que no eres uno de nosotros, ni siquiera un Nefilim. ¿Por qué puedo sentirte?

—No tengo ni idea de lo que dices.

—¿Qué eres?

—Soy un vampiro.

Una sonrisa amenazante oscureció las facciones del ángel.

—Mientes, no hueles como uno de esos malditos chupadores de sangre —replicó a la vez que inhalaba con los ojos cerrados.

William desplegó sus colmillos con un gruñido airado y entreabrió los labios para que pudiera verlos.

—¡No puede ser! —dijo al tiempo que retrocedía en su asiento.

—Piensa lo que quieras. Me llamo William Crain, mi padre es Sebastian Crain, señor de...

—Sé quien es —lo atajó el ángel.

—¿Eres un Vigilante? —preguntó William frunciendo el ceño.

—¿Qué sabes tú de los Vigilantes?

—Ahora te toca a ti contestar a la pregunta.

—No soy un Vigilante. Ellos nos sirven a mis hermanos y a mí —contestó casi sin pensar, desconcertado por lo que acababa de descubrir.

—Entonces, ¿quién eres?

El ángel lo evaluó un instante.

—¡Sabes quién soy! He visto mi imagen en tu mente.

William lo observó detenidamente. Era cierto, aquel rostro le resultaba familiar, desde la nariz recta y afilada a la barbilla redondeada, pasando por las cejas dibujadas en un arco perfecto, y aquellos labios carnosos que escondían un rictus cruel y despiadado.

—Gabriel —susurró.

—El mismo. —Arqueó las cejas con un gesto de suficiencia.

Se miraron a los ojos durante lo que pareció una eternidad.

—¿Por qué me has ayudado? ¿Qué quieres de mí?

—Respuestas.

—Pues has recurrido al menos indicado. Suelo ser el último en enterarme de las cosas —respondió William en tono sarcástico.

—Sabes más de lo que crees. Como por ejemplo, quién te engendró.

William no pudo contener la risa.

—¿También quieres mi partida de nacimiento? —preguntó con ironía.

De repente sintió como si alguien le estuviera estrujando el corazón con un guante de hierro fundido.

—Puedes sentirlo, ¿verdad? —susurró Gabriel junto a su oído—. Un parpadeo, no necesito más para reducirte a cenizas.

William suspiró aliviado en cuanto sintió su corazón libre de aquella presión letal. Lanzó una mirada furiosa a Gabriel, deseaba con todas sus fuerzas abalanzarse sobre él y destrozarle la yugular. Le costó un esfuerzo terrible, pero se contuvo.

Gabriel dio un trago a su vaso y le hizo un gesto a la camarera. Cuando la chica se acercó, le arrebató la botella y con un nuevo gesto la despidió. Llenó su vaso hasta el borde, hizo otro tanto con el de William.

—¡Por la amistad! —dijo el arcángel mientras alzaba su copa—. Nos interesa ser amigos, así que vamos a cultivar esta relación con buenas semillas: sinceridad, lealtad y respeto. ¿Te ha quedado claro?

William asintió y también alzó su copa, hizo una leve reverencia y bebió.

—Bien. Empecemos de nuevo. Tu padre es un vampiro, ¿y tu madre? —continuó el arcángel cada vez más alterado.

—Mi madre es un ángel... o lo fue —se sentía incómodo diciendo aquellas palabras.

—¡Eso es imposible! —replicó Gabriel, con una furia absoluta dibujándose en su cara.

—Es cierto.

—Mientes.

—¿Y qué gano con ello?

Gabriel lo taladró con la mirada, sintiendo un nudo de miedo en el estómago. Podía oler la mentira como si de un hedor insoportable se tratara, y el vampiro decía la verdad.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Aileen.

—Aileen... bonito nombre para un Oscuro. —Sonrió con burla, intentando que el desasosiego no lo dominara.

—¿Oscuro? ¿Te refieres a un demonio? —preguntó William al tiempo que se enderezaba—. Mi madre no es un demonio. Es uno de los tuyos, un Vigilante.

De repente las copas estallaron en mil pedazos y lo mismo ocurrió con la botella. Las luces comenzaron a parpadear y a lanzar chispas. La gente miraba

en derredor asustada, preguntándose qué ocurría.

—¡Salgamos! —ordenó Gabriel a la vez que se ponía en pie y se encaminaba a la salida.

En cuanto se alejaron de la gente, el arcángel se giró tan rápido que William no tuvo tiempo de reaccionar. Lo agarró por el cuello y lo estampó contra la pared de piedra de una pequeña capilla.

—¡Eso es imposible! ¡Un Vigilante, imposible! —gritó Gabriel con rabia—. Si lo que dices fuera cierto, tú serías... una abominación. —Soltó a William y se alejó de él unos pasos, sin dejar de mirarlo con recelo—. No, mientes. Un Vigilante jamás haría algo así, nunca mancillaría su cuerpo y su alma de esa forma. Estás confundido o simplemente te han mentido. —Hizo una pausa y sus ojos relampaguearon en la oscuridad—. O eres tú el que me está mintiendo.

—Ni estoy equivocado, ni te estoy mintiendo. No tengo por qué hacerlo. Mi madre me lo confesó hace muy poco. Ella era un Vigilante, pero eligió convertirse en un ángel caído para quedarse junto a Sebastian. Él era su misión y se enamoraron —respondió William con la voz entrecortada por el agarre del arcángel.

Gabriel se llevó las manos a la cabeza y empezó a moverse en círculos, muy nervioso, sin dejar de lanzar miradas asustadas a William.

—¿No sabías quién eras?

—Me lo ocultaron para protegerme, o al menos eso dicen.

—Leinae.

—¿Leinae?

—Ese es el auténtico nombre de tu madre.

—¿La conoces? —preguntó sorprendido.

—Sí. Hace mucho que no sé nada de ella. Nos abandonó, aunque nunca supe el porqué, hasta ahora... Ha sabido ocultarse y también a ti. Dame tu brazo —le exigió Gabriel a William. Movi6 la mano, urgiéndolo.

—¿Para qué?

Gabriel no contestó. En un visto y no visto agarró el antebrazo de William, le arrancó la manga de la sahariana y posó un dedo sobre su piel. Empezó a recitar palabras en una lengua que se parecía al latín, pero que el vampiro no supo reconocer.

William sintió un dolor insoportable por todo su cuerpo y empezó a forcejear para liberarse. Notó como si algo intentara abrirse camino a través de sus músculos y de su piel. Por más que lo intentó no pudo contener y acabó gritando a pleno pulmón. Cuando el arcángel lo soltó, cayó de rodillas y vomitó hasta la última gota de whisky que había tomado.

Se miró el brazo y poco a poco una mancha roja como la sangre apareció sobre su piel. Se movía y retorció como si tuviera vida propia, hasta que el dibujo de una estrella apareció nitidamente.

—¿Qué es esto? —preguntó William casi sin aliento.

—Eso es lo que te ha mantenido oculto. Tu madre debió de hacértelo. Es una especie de escudo protector, esconde lo que eres.

—¿De quién me esconde? —preguntó el vampiro.

Con esfuerzo se puso en pie, las rodillas se le doblaban como si fueran de mantaquilla.

—De los ángeles, de todos, no importa el bando.

—Pero tú me has encontrado.

—Soy un arcángel muy perceptivo y tu energía es... —Sacudió la cabeza—. Necesitas algo más poderoso que te siga manteniendo oculto. Lo siento, pero te va a doler.

Posó su dedo en el pecho de William sin que a este le diera tiempo a recuperarse.

William gritó mientras se desplomaba en el suelo, se hizo un ovillo y comenzó a temblar con los dientes apretados.

—Tenía que hacerlo, con esto solo yo podré encontrarte. ¿Quiénes conocen tu verdadera naturaleza?

—¿Para qué quieres saberlo? —preguntó William entre dientes.

—Debo asegurarme de que ninguno de ellos abrirá la boca.

—¿Piensas matarlos?

Tosió con un nuevo ataque de dolor.

—No, sería lo más seguro, pero simplemente les haré olvidar.

—No es necesario, te aseguro que ninguno dirá nada. —Se incorporó lentamente y se miró el pecho, el dibujo de dos alas del color del humo ocupaba un buen trozo de su pectoral izquierdo. La estrella de su brazo había desaparecido —. Yo he visto esto antes.

—¿Qué? —preguntó Gabriel y frunció el ceño como si su cerebro rechazara lo que acababa de oír.

William se inclinó hacia delante creyendo que iba a vomitar de nuevo. Tosió y tragó saliva.

—Hay otro vampiro, es como yo. También tiene dos alas tatuadas en la piel, en su brazo, pero son completamente negras.

Gabriel palideció y parecía que temblaba.

—¿Estás seguro?

William asintió con los dientes apretados, el dolor que sentía aún era insoportable.

—¿Sabes quién es? ¿Dónde está? —lo interrogó Gabriel.

—No, solo le he visto una vez. Vino a buscarme. ¡Maldita sea, cuándo dejará de doler! —masculló con una mueca.

—¿Para qué te buscaba?

—Quería decirme algo. Alguien me necesita y vendrá a por mí. Me dijo que

no tenía elección y que, llegado el momento, debería entregarme tal y como él había hecho. Dijo que éramos peones de un juego y que estábamos condenados a seguir el mismo camino.

Los ojos de Gabriel centellearon con un resplandor de hostilidad.

—Necesito saber todo aquello que tú sabes.

William guardó silencio unos segundos, ordenó sus ideas y rememoró los sucesos de los últimos meses. Impelido por las continuas preguntas de Gabriel, acabó haciendo un relato detallado de todo lo ocurrido. Los episodios de Heaven Falls, la dramática forma en la que descubrió quién era, el plan que los Crain estaban llevando a cabo para desenmascarar a Marcelo y al cerebro oculto tras él. Cuando William terminó de hablar, Gabriel parecía a punto de explotar. Su silueta comenzaba a desdibujarse con una extraña niebla azulada y sus ojos brillaban como dos faros plateados.

—Debería matarte, ahora mismo, antes de que sea tarde —dijo Gabriel con voz ronca.

William lo miró fijamente a los ojos y sintió la luz cegadora emergiendo de su interior. Se puso en pie con estudiada tranquilidad, ignorando por completo el dolor agudo que sentía en el pecho.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó sin ninguna emoción. Sin embargo, sus ojos decían otra cosa: Inténtalo y el muerto serás tú.

Estaba encolerizado, ya no le importaba el dolor. De hecho no parecía importarle nada, estaba harto de sentir que no era dueño de su propia vida. Era una marioneta a la que obligaban a moverse a un son que no le gustaba. Las mentiras habían dominado su vida hasta destrozarlo por dentro, y lo había perdido todo. Pero se acabó, nadie más iba a controlarlo.

—¿Y quién ha dicho que no vaya a hacerlo? —replicó Gabriel.

William no pudo contenerse y se lanzó contra el arcángel, embistiéndolo con todas sus fuerzas. Atravesaron la pared, irrumpiendo con estrépito en la pequeña capilla. Se pusieron en pie de un salto, y William volvió a abalanzarse contra él. Lo agarró por el cuello y lo estampó en el suelo. No tuvo conciencia de ver el rayo de luz, pero allí estaba, surgiendo del arcángel como una explosión. Durante un segundo creyó ver dos alas, enormes y grises como las nubes de una tormenta, desplegándose a su espalda. La visión le hizo vacilar y Gabriel aprovechó para aferrarlo por la garganta y levantarlo en peso.

—Debería matarte porque no hay nada en este mundo más poderoso y peligroso que tú —dijo Gabriel—. Una sola palabra tuya puede acabar con todo. Y si lo que me has contado sobre ese otro híbrido es cierto, ya no hay vuelta atrás. Ha comenzado la liga de los grandes, y tú solo eres un niño que llora y grita autocompadeciéndose porque nadie le comprende. Si supieras lo que representas te suicidarías.

—¡Pues tú pareces saberlo, dímelo!

Gabriel soltó a William y dejó caer los brazos como si estuviera muy cansado.

—No puedo intervenir. Nos está prohibido interferir en las profecías... Y en casi todo —añadió para sí mismo—. Y aunque pudiera, sería inútil, siempre se cumplen. No se puede hacer nada y la prueba eres tú. Existes contra toda lógica, solo porque alguien lo profetizó.

—Así que se trata de eso, de vaticinios. No creo en el destino escrito, y o forjo mi destino. No me importa lo que digan que voy a hacer, simplemente no lo haré; problema resuelto. Pero necesito averiguar qué dice esa profecía. ¿Puedes ayudarme con eso? Porque creo que en el fondo quieres ayudarme. Si no para qué esto. Intentas protegerme —dijo con la mano sobre el dibujo de su pecho.

—Esas alas son la marca de un arcángel, no hay protección más poderosa. Si ese otro vampiro que tú afirmas que existe tiene esa marca, las cosas van a ponerse muy feas. Ocurrirá sin más.

—¿Qué ocurrirá? —preguntó William. El arcángel parecía asustado, y se preguntó qué podría ser aquello capaz de asustar a alguien como él.

Gabriel dudó unos instantes. Cerró los ojos y respiró profundamente. Entonces habló:

—*De la semilla del primer maldito nacerán dos espíritus sedientos de sangre. Uno heredero de la luz y el otro de la oscuridad. El equilibrio perfecto. Tan poderosos que con una palabra darán vida a la muerte y muerte a la vida. Cuando la noche venza al día en su plenitud, la oscuridad dominará con sus sombras a la luz. Sobre el cáliz que alimentó a la primera plaga, los espíritus derramarán su sangre mancillando la tierra sagrada, y aquellos que se ocultan en las tinieblas caminarán bajo la estrella de fuego a salvo de las llamas* —recitó Gabriel sin apartar los ojos de William.

—No soy muy bueno resolviendo acertijos. Voy a necesitar más ayuda.

—Esto me va a costar caro —dijo Gabriel para sí mismo—. Está bien, escucha. El primer maldito hace referencia al primer ser que de verdad fue maldecido con una tortura divina, y esa fue Lilith...

—Siempre he creído que el primer maldito de la historia fue Lucifer.

Gabriel bufó exasperado por la interrupción.

—No, Luzbel nunca fue maldecido, solo se le castigó por su soberbia. Primero a vagar por la tierra, cuando comprobamos que el correctivo no servía de nada y que su sedición iba a más, hubo que tomar otras medidas.

—¿Y qué hizo Lilith? —preguntó William.

—Eso no es importante, sino la profecía en torno a ella. ¿Continúo o prefieres arreglártelas tú solo? —protestó. William asintió y bajó la cabeza—. Bien. «De su semilla nacerán dos espíritus sedientos de sangre», eso quiere decir que Sebastian, último de sus descendientes, es una de las semillas, y tú, su hijo, uno de los espíritus sedientos. Y supongo que ya imaginas quién es el otro.

—Sí.

Gabriel se frotó los brazos.

—Desde el principio de los tiempos, la luz y la oscuridad hacen referencia al cielo y al infierno, a los dos bandos de ángeles. Estoy seguro de que tú eres el heredero de la luz, por tu madre; ella nunca abandonaría el buen camino. Y de que el otro vampiro es la oscuridad, hijo de algún Oscuro que ya ha empezado a mover sus fichas. Por eso quiero ayudarte, porque creo que ellos juegan sucio y con ventaja.

—Hijo de un Oscuro —repitió William pensativo—. ¿Quieres decir un demonio? ¿Y qué diferencia hay? Los demonios también fueron ángeles, son ángeles caídos.

—Este no es momento para una clase de genealogía —le espetó dispuesto a no dar más explicaciones innecesarias. Lanzó un bufido y miró a William tratando de ser paciente—. Los demonios no son ángeles. Hay dos tipos de caídos: los que continúan siendo puros de corazón, pero que prefieren seguir un camino distinto; tal y como hizo Leinae. Y los doscientos que siguieron a Lucifer al infierno, los Oscuros. La mayoría ha perdido todo rastro celestial y no se diferencian en esencia de los demonios: las almas corruptas y pecaminosas engendradas por Lucifer, su prole. Demasiado débiles como para orquestar algo así.

—Pero has dicho que esta es la marca de un arcángel, ese otro vampiro...

—Entre los Oscuros se encuentran siete arcángeles, ellos siguieron a Lucifer en su caída y ahora lideran sus huestes. Uno de ellos protege a ese vampiro, la marca lo demuestra. Pero no divaguemos y centrémonos en lo importante. El cáliz existe y está oculto en algún lugar que desconozco. Si la sangre de los espíritus se vierte en ese cáliz, los que se ocultan en las tinieblas caminarán bajo la estrella de fuego. La maldición de los vampiros desaparecerá y serán inmunes al sol. Ese es el mensaje de la profecía, y no puede cumplirse.

William se apoyó contra la pared y se frotó el pecho.

—Entiendo, aunque... muchos de ellos merecen liberarse de esa maldición —susurró el vampiro pensando en aquéllos a los que amaba, en lo diferentes que podrían ser sus vidas si el sol dejara de ser mortal para ellos.

Gabriel resopló exasperado.

—Que los vampiros caminen bajo el sol solo es otro augurio dentro de la profecía, el primer sello roto. No puede pasar, porque lo que acontecerá después será irremediable. Así que espero que seas tan fuerte como para convertirte en el dueño de tu propio destino, tal y como afirmas. No puedes aceptar, aléjate del otro espíritu tanto como puedas y, si llega el momento, no lo dudes, mátaló —dijo muy despacio, enfatizando cada palabra.

William asintió tragándose una maldición, y el peso de todo lo que le estaba revelando Gabriel comenzó a asfixiarle.

—¿Y qué pasará si el augurio se cumple?

El arcángel no respondió, pero la expresión de su cara dejó completamente paralizado a William.

—Debería matarte —la voz de Gabriel resonó en la calle mientras se desmaterializaba ante el vampiro.

La nieve crujió cuando Gabriel se posó sobre ella con los pies descalzos. Miró arriba, la luna llena brillaba al borde de un cielo sin nubes. Una ráfaga de viento helado le azotó el rostro. Se giró muy despacio, enfundó las manos en los bolsillos de su pantalón y se acercó al precipicio. Nunca se cansaba de admirar la belleza del mundo, y desde aquel pico, el más alto de la tierra, esa belleza era indescriptible. Aunque no lo suficiente como para calmar el torbellino de sentimientos que se agitaban dentro de él.

Dejó que su mirada se perdiera en el horizonte. De repente, su cuerpo se estremeció con una especie de conexión eléctrica.

—Si me has citado aquí, debe ser importante —dijo una voz.

Gabriel se volvió y clavó sus ojos plateados en su hermano con una mezcla de enfado y reverencia.

—¿Qué ocurrió con Leinae? —preguntó.

—¿Por qué me preguntas por ella?

—Tú eras su mentor.

—Se cansó de esto y emprendió una nueva vida.

—Sí, eso he oído. Una nueva vida junto a ese vampiro que, mira tú qué casualidad, resuelta que es un descendiente de Lilith. —Guardó silencio, estudiando la reacción de su hermano, pero este parecía una estatua fría y distante—. Iniciaron una relación prohibida que dio fruto y tú lo permitiste. ¿Cómo pudiste hacer algo así, Miguel? Conocías las consecuencias que esa decisión traería y aun así no la detuviste. —Miguel lo miró en silencio, ninguna emoción se atisbaba en su rostro, ni siquiera la sorpresa—. Pero lo que más me cuesta entender, es cómo has guardado silencio durante tanto tiempo, cómo nos has mentado así.

—Nunca os he mentado.

—Tu silencio es peor que cualquier mentira...

—Si quieres que algo no se sepa, no se lo cuentes a nadie.

—Miguel, he visto al hijo de Leinae. He hablado con él y sabe quién es... Pudiste deshacerte de él antes de su primer soplo, evitar la profecía... y no hiciste nada, ¿por qué?

—No soy un asesino de niños, Gabriel. —Le dio la espalda y contempló el

horizonte. Surgidas de la nada, nubes de borrasca encapotaron el cielo y comenzó a nevar de forma lenta, casi pausada—. Sospechaba la relación que Leinae y ese vampiro mantenían, y una noche acudí dispuesto a averiguar la verdad. No solo confirmé lo que temía, sino que descubrí que en su vientre crecía vida.

—Esa cosa no era un niño, ni ahora es un hombre. No has sentido su poder como yo lo he hecho, y en este momento lo que siento es miedo. Si acaba en el bando equivocado... —Movi6 la cabeza como si así pudiera desechar esa idea.

—Puede que no fuera un niño, pero para mí era una vida.

—Pero sabías lo que esa vida auguraba —lo reprendió Gabriel. Miguel asintió—. Y aun así...

—No pude. —Sacudió la cabeza con pesar—. Mirando a Leinae a los ojos no fui capaz. No podía causarle ese sufrimiento, siempre la he amado por encima de todos. Quizá porque era la única que se atrevía a contradecirme todo el tiempo. —Sonrió para sí mismo al recordarla—. Una parte de mí creía que ese niño no nacería, era tan antinatural que pensé que la propia naturaleza arreglaría el desastre, pero nació. Desde entonces rezo cada día para no tener que arrepentirme de aquella decisión.

—Pues empieza a arrepentirte, la profecía se está cumpliendo —le espetó Gabriel.

Miguel ladeó la cabeza y sus miradas se encontraron. Hubo un largo silencio.

—El segundo espíritu está entre los hombres... —añadió Gabriel.

—Si así fuera, lo habría percibido.

—Lo protege un Oscuro, uno de nuestros hermanos —respondió Gabriel—. Van tras el hijo de Leinae, conocen la profecía y están haciendo todo lo posible para que se cumpla. Tenemos que hacer algo.

—¿Cómo han sabido de la profecía? Solo tú y yo la conocíamos.

—No lo sé... pero les ha llevado hasta William y ese otro chico, están conspirando.

—¿Tienes pruebas?

—No. Solo sé lo que William, el hijo de Leinae, me ha contado; y creo cada una de sus palabras.

—Sabes que no podemos intervenir.

—Si esa profecía se cumple nada importará, y no tendremos más remedio que intervenir.

—Sin pruebas no podemos tocarlos. Así que, a no ser que los cojas en plena conjura, olvídalos. No romperemos las reglas.

—¿Me estás pidiendo que me quede de brazos cruzados viendo cómo el fin se acerca?

—No, te estoy pidiendo que averigües qué está pasando. Que encuentres a ese otro híbrido y a sus padres para obtener respuestas; pero sin romper el acuerdo. —Apoyó una mano en el brazo de su hermano—. Tengamos fe. He

usado todo mi poder para que esas puertas no puedan abrirse, he previsto cada movimiento y creado un sello que lo domine. Y esa sangre puede que nunca se vierta. No todo está perdido.

—Si te sientes mejor pensando así.

Miguel ignoró el comentario y contempló el cielo.

—Averigua cuanto puedas —ordenó a Gabriel.

—Haré todo lo posible, pero será mejor que nos vayamos preparando para lo que está por venir. Los demás deben saber qué ocurre, o se lo dices tú o lo haré yo. Se acabaron los secretos —dijo Gabriel mientras se desvanecía entre la cortina de nieve.

William se agazapó tras los cipreses que bordeaban la carretera y estudió con atención el muro de piedra que se alzaba unos tres metros del suelo. Lo coronaba un cableado de alta tensión dispuesto para propinar una buena descarga a todo aquel que intentara trepar por la tapia. Acababa de anochecer, así que debía darse prisa antes de que los guardias aparecieran en los jardines.

Observó el barrido de la cámara de vigilancia, encontró el ángulo ciego y lo aprovechó. Una vez al otro lado, se movió con cautela. El sitio estaba plagado de alarmas y sistemas de seguridad, pero él había aprendido algunos trucos nuevos.

El plan era sencillo, atraparía a Marcelo y le haría hablar. Por suerte, la villa era una edificación con muchos siglos de antigüedad, y su dueño poco amigo de las nuevas tecnologías. Así que Marcelo dejaba la seguridad del interior exclusivamente a sus guardias, vampiros en los que confiaba ciegamente, y junto con la firme creencia de que nadie intentaría nada contra él, aquel lugar era un parque con las puertas abiertas para cualquiera lo suficientemente loco y osado como para querer entrar.

Una vez dentro de la casa, encontrar la entrada al refugio fue fácil. ¿Qué fallaba en aquella bodega? William rió para sí mismo mientras contemplaba la ostentosa chimenea decorada con volutas y dos bustos femeninos en las esquinas. El calor no era bueno para el vino toscano, especialmente para el *Brunello di Montalcino* con el que comerciaba Marcelo, entre otras muchas cosas.

El busto de la derecha parecía más desgastado. Lo presionó y el fondo de la chimenea cedió. Tres escalones más abajo encontró al primer vampiro muerto, y en apenas diez metros encontró a otros siete. Faltaban cuatro, y también el loco que los estaba masacrando. Reconocería su forma de actuar en cualquier parte. Como el dedo de Dios, así era Robert cuando perdía toda sensatez. No quería encontrarse con su hermano, aún deseaba liarse a puñetazos con él.

La risa burlona de Robert resonó con fuerza en el corredor. El sonido del acero vibraba a través de la fría piedra, y después solo gritos. William corrió hasta irrumpir en una cámara abovedada y se encontró con una escena dantesca. Los cuerpos de cuatro vampiros yacían en el suelo decapitados. Robert estaba cubierto de sangre y empuñaba dos dagas de espaldas a él. Iba a abrir la boca para llamarlo, cuando de repente tuvo que dar un salto hacia atrás para evitar el

tajo que su hermano lanzó de lado a lado.

—¡Eh, soy yo! —exclamó William.

Robert parpadeó como si despertara de un sueño.

—¿Qué haces aquí? —preguntó molesto por su presencia.

—Yo también me alegro de verte —replicó con sarcasmo.

—No deberías estar aquí, conseguirás que te maten.

William miró a su alrededor.

—¿Quiénes? ¿Ellos? —lo cuestionó señalando los cuerpos.

—Aún no he encontrado a Marcelo, ni a Fabio —dijo a modo de respuesta—.

¿Qué haces aquí? —volvió a preguntar.

—Buscar respuestas.

—Pues ya somos dos —anunció mientras tendía una de las dagas a William.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha descubierto?

Robert sacudió la cabeza, molesto consigo mismo.

—No. Pero no soporto ni un minuto más el papel de infiltrado, ya no soy capaz de fingir más sumisión. Y aprovechando que pasaba por aquí...

—¿Sebastian sabe lo que estás haciendo?

Robert alzó las cejas y una sonrisa traviesa se dibujó sus labios.

—Al infierno con todo. Averiguaré lo que Marcelo sabe de una forma u otra. Nuestro padre no debe preocuparse. El final será el mismo, solo que llegaré a él por otros medios más rápidos y contundentes —dijo mientras salía de la cámara a través de un corredor lateral.

William lo siguió.

—¿Crees que conoce la profecía?

Robert se paró en seco y se giró para mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Qué crees que he estado haciendo todo este tiempo? —inquirió William con suficiencia.

—¿La verdad? Esconderte y llorar como un niño, castigándonos y atormentándonos con tu rabieta mientras nos preguntábamos si seguías vivo. Pero ya veo que por fin empiezas a comportarte como lo que eres.

—¿Un engendro? ¿El Armagedón? —replicó mordaz.

—¿Qué? —preguntó sin mucha paciencia. William despegó los labios para contestar, pero Robert lo interrumpió con un ademán—. No sé qué has descubierto, pero úsalo ahí dentro. Después me contarás qué demonios has hecho durante este último mes.

Se plantaron frente a una doble puerta de hierro exquisitamente labrada, en la que se había representado una escena donde se podía ver a Hades, dios del inframundo, sentado en su trono en el Tártaro. Cerbero, su perro de tres cabezas, estaba tumbado a sus pies.

—Bonita alegoría, porque es justo ahí adonde pienso enviar a ese traidor —comentó Robert con los párpados entornados. Sus ojos azules relampagueaban

como los del depredador que era.

Arremetió contra la puerta, pero esta no se movió. Lo intentó de nuevo con la misma suerte. Lanzó una blasfemia y se dispuso a embestirla de nuevo. William posó una mano en su hombro y con un gesto le indicó que se hiciera a un lado. Cerró los ojos un segundo y la puerta chasqueó cinco veces seguidas, el número de cerrojos que la mantenían cerrada.

Robert sonrió y sus colmillos se desplegaron. Empujó las pesadas hojas con todas sus fuerzas y esta vez sí se abrieron. El impacto resquebrajó la piedra de las paredes.

Al otro lado, Marcelo los esperaba empuñando una espada. Tenía los ojos desorbitados, el pelo revuelto y la ropa mal puesta, como si se hubiera vestido rápidamente sin prestar atención a la forma en la que lo hacía. A su espalda, una joven vampira apenas cubierta por una sábana se escondía tras el enorme cabecero de una cama.

—Tú, fuera —ordenó Robert a la vampira.

Ella no se lo pensó dos veces y salió corriendo.

Marcelo no dejaba de lanzar miradas nerviosas a los dos hermanos. Robert hizo una profunda reverencia y sonrió con astucia.

—Señor —dijo contemplando fijamente a Marcelo—. Tenemos que hablar.

Marcelo dejó caer el arma, derrotado por la situación. Sus ojos se clavaron en William con dureza, a continuación los posó en Robert destilando odio.

—¿Me has traído una ofrenda, siervo?

—Sí, lo cierto es que sí. Pero no la que tú anhelas —respondió Robert acercándose a William de forma protectora—. Jamás te hubiera entregado a mi hermano. Aún me sorprende que confiaras en mí.

—Nunca confié en ti, Robert, solo en tu ambición. Pero me equivoqué, siempre serás un mediocre a la sombra de tu hermano. Obedeciendo a tu rey a cambio de nada. ¿O es que crees que abdicará en tu favor? No lo hará, William es su favorito, su orgullo.

Robert se encogió de hombros.

—No pierdas el tiempo, no conseguirás que dude. Yo mismo coronaré a mi hermano si llega el momento. Así que no perdamos más el tiempo. Supongo que imaginas qué nos trae hasta aquí. Pero, por si no lo sabes, te diré qué es lo que queremos. ¿Dónde está la profecía?

—No sé de qué hablas.

—Sabemos que todo tu plan suicida gira en torno a una profecía. Conocemos una parte, solo queremos encontrar el resto —intervino William.

Marcelo los estudió con recelo. Robert resopló impaciente.

—Lo intentaré de nuevo. ¿Quién maneja los hilos?

Marcelo negó con la cabeza. Robert se acercó a él y lentamente se inclinó hasta quedar a la altura de su oreja.

—No tengo por qué matarte, puedo desterrarte. Te largas con tu dinero y tus comodidades a un lugar muy lejano, y te quedas allí para siempre, lejos de nosotros. Solo tienes que hablar.

Marcelo dudó.

—¿Me das tu palabra? —preguntó al fin.

—Yo sí. Juro que así será —intervino William.

Marcelo estudió sus rostros un instante, suspiró y empezó a hablar.

—No sé cómo se llama, ni quién es. Pero no es un vampiro. Se presentó una noche con tentadoras promesas. Me dijo que sabía cómo romper la maldición y que necesitaba a William para ello. Me habló de una profecía y de que esta había empezado a cumplirse. Al principio no le creí, pero a la noche siguiente trajo con él a un joven vampiro. Se llama Adrien, y es como tú. —Miró a William asintiendo a modo de reconocimiento—. Era el chico que puse a tu servicio, Robert. Nunca estuve al mando, sino él.

Robert recordó al vampiro, el mismo al que había enviado a Heaven Falls y del que no se había fiado en ningún momento. Hacía un par de semanas que no sabía nada de él.

—Todo coincide y cobra sentido —dijo William, más para sí mismo que para los demás.

—¿Qué dice esa profecía? —lo apremió Robert.

—No, no la recuerdo. Algo sobre verter la sangre de los elegidos en un cáliz...

—No te creo —dijo Robert alzando la mano para abofetear a Marcelo.

—Dice la verdad —replicó William.

—¡Por supuesto que digo la verdad! Ya no tengo nada que perder, si no me matáis vosotros, lo harán ellos.

—*De la semilla del primer maldito nacerán dos espíritus sedientos de sangre. Uno heredero de la luz y el otro de la oscuridad. El equilibrio perfecto. Tan poderosos que con una palabra darán vida a la muerte y muerte a la vida. Cuando la noche venza al día en su plenitud, la oscuridad dominará con sus sombras a la luz. Sobre el cáliz que alimentó a la primera plaga, los espíritus derramarán su sangre mancillando la tierra sagrada, y aquellos que se ocultan en las tinieblas caminarán bajo la estrella de fuego a salvo de las llamas* —recitó William.

Robert le lanzó una mirada inquisitiva, pero William no se molestó en aclararle nada. Más tarde tendrían tiempo de ponerse al día.

—Sí, eso es lo que dijo el tipo raro —confirmó Marcelo.

—¿Cómo continua la profecía? —lo apremió Robert.

—No lo sé. Adrien también quiso saberlo, pero aquel tipo le dijo que no necesitaba más detalles, que se limitara a cumplir con su parte. Por cierto, el hombre no dejaba de llamarlo hijo.

—¿Dónde está Adrien? —preguntó William. Matar a ese vampiro era una

forma de evitar la predicción.

—Tampoco lo sé. Vino aquí hará un par de semanas y se quedó para estudiar unos libros. Hace unos días les oí hablar. Ese tipo aparece y desaparece a voluntad, como un fantasma. Quería que Adrien se diera prisa en encontrar ese cáliz y lo amenazó.

—¿Lo amenazó?

—Sí, creo que Adrien está en esto en contra de su voluntad.

—Crees —se burló Robert. Marcelo no se preocupaba por nada ni por nadie. Era incapaz de sentir empatía o afecto por ningún ser, a excepción de Fabio, su protegido.

—No era asunto mío, así que tampoco me preocupé. Adrien se largó para encontrar esa piedra. No sé más. Bueno sí, dijo algo sobre...

De repente Marcelo se llevó una mano al pecho, la otra a la garganta. Trató de hablar, pero solo pudo balbucear. Cayó al suelo hecho un ovillo con el rostro desencajado por el dolor, y de sus oídos, su nariz y su boca, comenzó a manar sangre.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Robert sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó William agarrando a su hermano del brazo, tirando de él mientras retrocedía.

Empezó a mirar a su alrededor, esperando ver al ser que estaba torturando de aquella horrible forma al vampiro. Ángel o demonio, era lo de menos. Estaba silenciando a Marcelo para que no continuara hablando. Y los siguientes podían ser ellos, quizá él no, le necesitaban, pero Robert era prescindible.

—¿Quieres decir que eso se lo estaba haciendo un ángel? —preguntó Robert incrédulo, mientras corrían con paso rápido hacia la casa de Silas.

—Sí, un Oscuro, probablemente el arcángel que anda detrás de toda esta historia. El que protege al otro espíritu —respondió William.

Robert se detuvo.

—¡Vale, tiempo muerto!

William también se detuvo y alzó las manos con impaciencia.

—¿Qué haces? ¡Tenemos que ver a Silas!

—No hasta que sepa qué ocurre. No me gusta ir por ahí sin saber a qué me enfrento.

—Ahora podrás hacerte una idea de cómo me he sentido —replicó William con frialdad.

—Dejemos los reproches para otro momento. Cuéntame todo lo que has averiguado. Después podrás desahogarte cuanto quieras.

William resopló, soltando todo el aire de sus pulmones por la boca. Se alborotó el pelo con la mano, ordenando sus ideas.

—Adrien y yo formamos parte de esa profecía, somos los espíritus sedientos. Se supone que, si ambos derramamos nuestra sangre sobre ese cáliz, se romperá

la maldición que obliga a los vampiros a vivir en las sombras. Es lo único que Gabriel pudo decirme.

—¿Quién es Gabriel?

William lanzó una mirada significativa al cielo.

—¿Un ángel?

—El arcángel —respondió William.

—Esto se pone cada vez mejor, continúa, pero desde el principio.

—Anoche vine a ver a Silas. Pensé que él podía saber algo sobre lo que soy, algo, cualquier cosa. Cuando regresé de los pasadizos, unos renegados me atacaron. Intentaron matarme y casi lo consiguieron, pero en el último momento Gabriel apareció y se deshizo de aquellos tipos sin ni siquiera tocarlos.

—¿Sabía quién eras?

—No, pero de alguna forma parece que puede sentir mi presencia, eso fue lo que lo atrajo hasta a mí. Así que, tras las oportunas presentaciones —comentó con sarcasmo—, tuvimos una conversación de lo más interesante.

—¿Y? —exigió Robert tras la larga pausa de su hermano. Le exasperaban esas ausencias que William sufría cuando se encerraba en sus propios pensamientos.

—Dice que soy demasiado poderoso y peligroso. Que puedo acabar con todo, aunque no se qué significa eso exactamente, si al final digo que sí y dejo que la profecía se cumpla. También añadió que me mataría si pudiera. —Robert se estremeció y un gruñido vibró en su pecho—. Tranquilo, no va a hacerlo, no puede intervenir, o al menos eso dijo. No sé por qué, pero creo que quiere ayudarme.

—Voy a darte un consejo, hermanito, no confíes en nadie.

—Lo sé, os habéis encargado de que no olvide esa lección.

Robert suspiró, y durante un momento pareció muy cansado.

—Y volvemos a los reproches. —Meneó la cabeza con resignación e inmediatamente su mirada se volvió curiosa—. ¿Qué quieres decir con eso de que no puede intervenir?

—Tienen prohibido interferir en las profecías, se cumplen y ya está.

—¿Y tú te lo crees? Hay muchas formas de intervenir sin necesidad de ensuciarse las manos.

—Te aseguro que en este momento, no creo nada ni a nadie. Pero tú has visto y oído lo mismo que yo. Alguien quiere que esa profecía se cumpla y Adrien es su instrumento, si yo tengo que convertirme en el instrumento de Gabriel para que eso no ocurra, lo haré —dijo de forma áspera y rotunda, y continuó caminando.

Robert observó unos instantes cómo William se alejaba. Su hermano estaba realmente abatido, desesperado, y tenía el corazón roto. Era un recipiente vacío, dolido y resentido con todos. Y se había alejado del faro que iluminaba su

camino, había abandonado su luz, adentrándose en un océano oscuro y tormentoso mucho más profundo que cualquier otro en el que ya hubiera estado.

En cierto modo, Robert se sentía responsable de la desdicha de William. Pero no arrepentido, siempre pensó que hacía lo mejor para él. Echó a correr y lo interceptó justo donde se encontraba la entrada a los pasadizos que conducían a la casa de Silas.

—Lo siento de verdad, William. Lo siento mucho. Siempre creí que hacía lo mejor para ti, que hacíamos lo mejor para ti. Ninguno de nosotros quiso nunca hacerte daño.

El rostro de William se contrajo con una mueca de reproche. Estuvo tentado de espetarle una grosería, pero ni siquiera tenía ánimo para eso. Suspiró y metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón reclinó la espalda contra la pared, como si necesitara ese apoyo para no desplomarse.

—Me siento traicionado, Robert. Si desde un principio hubiera sabido la verdad, mi vida habría sido muy diferente. Te lo aseguro.

Robert lo imitó y también se apoyó contra la pared, sin dejar de estar alerta. Ahora también tenía enemigos a los que no podía ver y eso le resultaba bastante inquietante.

—Yo no estoy tan seguro de eso —comentó.

William lo miró de reojo y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—William, tú eres como eres. Tu carácter, tu forma de ser, de pensar, de sentir. ¿De verdad crees que serías diferente de haber sabido la verdad? Yo creo que no, eres impulsivo, visceral, impaciente e indeciso. Tienes miedo a arriesgarte. En definitiva, tienes miedo a vivir, siempre lo has tenido. —Contempló los arcos sobre su cabeza—. Además, ya hemos pasado por esto: cuando descubriste que éramos vampiros, y entonces no te resultó tan horrible. El problema no es quiénes seamos, sino las mentiras, eso es lo que te duele. Pero tú hubieras hecho lo mismo.

—No.

—Sí, somos especialistas en mentir, es la única forma de sobrevivir. Todos somos unos mentirosos, y o soy un mentiroso y tú eres un mentiroso.

—Somos hermanos, pero no me conoces.

—Te conozco mejor de lo que crees. ¡Maldita sea, William! ¿Quién ha estado siempre a tu lado, protegiéndote, enseñándote a ser fuerte? Yo. Yo era el último rostro que veías antes de dormir y el primero al despertar. Quien te consolaba cuando tenías pesadillas. Te avisé sobre Amelia. He sido testigo de cómo te embarcabas en cruzadas imposibles, solo porque nunca has sido capaz de aceptar la vida tal y como es, una mierda. Y cuando por primera vez en tu vida eres realmente feliz, vas y lo echas todo a perder por ese complejo de héroe sacrificado que nunca te ha dado nada bueno. No vuelvas a decirme que no te

conozco.

William se quedó de piedra tras la declaración de su hermano, y una parte de él se sintió culpable por haber sido tan duro.

—Estás hablando de Kate, ¿no?

—Sí, porque por más que lo intento, no consigo entender qué haces aquí cuando podrías estar con ella.

—No soy bueno para ella.

Robert soltó una carcajada sin pizca de gracia.

—No, desde luego que no eres bueno para ella, así no. Por eso espero que pronto encuentre a alguien que la merezca y la haga feliz, para que deje de pensar en ti. —William le lanzó una mirada asesina. Y Robert añadió—: Solo imaginarla con otro te consume. Me alegro.

—Tú no sabes nada. No puedes entenderlo —masculló. Tenía la mandíbula tensa, como si se estuviera tragando lo que de verdad quería decir.

—Sé que está pensando en ir a pasar unos días a la playa con algunos amigos. La ha invitado un humano. ¿Cómo dijo que se llamaba? Jess, Joss... —Hizo una pausa y sonrió satisfecho—. No, era algo más largo... ¡Justin! Sí, así se llama el humano.

William palideció, no pensaba admitirlo, pero las palabras de su hermano le hacían sentirse deshecho y confundido. Una llama de flaqueza apareció en su pecho, que ardía por puro y simple egoísmo. Tenía deseos de destrozar a ese humano, Justin no la merecía, de hecho, ningún hombre la merecía. «Y yo menos que nadie», pensó.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó entre dientes.

—La llamo a menudo, hablamos un poco de todo y me aseguro de que no necesita nada. Y no soy el único, William, todos tratamos de mantener el contacto con ella. Aileen está preparando un viaje para visitarla, y puede que Sebastian abandone durante unas noches sus obligaciones para acompañarla. Aman a Kate como a una hija y piensan cuidar de su bienestar. Marie no se separa de ella y los Solomon se han convertido en su segunda familia.

Los ojos de William saltaron para mirarlo, sorprendidos. La rabia estalló en su interior, explotó en su pecho.

—¡Me separé de ella para alejarla de nosotros!

—Habla con propiedad, hermano. Te separaste de ella para alejarla de ti y de tus miedos. Ya sabes cómo funciona: una vez dentro, solo hay una forma de salir. Para bien o para mal, Kate está dentro, y a no ser que sepas como borrar su mente, cosa que dudo, se queda.

—Este mundo es peligroso para ella, yo soy peligroso para ella... para todos —murmuró con tristeza.

—Este mundo es el único que le queda, William. ¡Abre los ojos de una maldita vez! Casi todos los vampiros que deambulan por él ya han oído su

nombre, y muchos conocen su rostro. Y luego están los renegados, porque controlo a algunos pero no a todos, puede que ellos también sepan de su existencia. Y si te parece bien, terminaremos con Adrien, porque no sé si te habrás dado cuenta, pero fue a él a quien conociste en Heaven Falls. Él usó a Kate como señuelo en esa montaña. —William le dio la espalda mientras apretaba los puños con fuerza—. Veo que empiezas a entenderlo. Sin nosotros cuidando de ella, no llegará a convertirse en una viejecita adorable rodeada de gatos.

William gimíó llevándose las manos a la cabeza.

—Lo sé, no dejo de pensar en ello desde que hemos salido de la mansión de Marcelo. Pero tienes que entender que hago todo esto por ella. Soy consciente de lo mucho que la he expuesto, del peligro que corre, pero junto a mí ese peligro se triplica hasta agotar cualquier posibilidad de que sobreviva. —Se dio la vuelta y clavó la mirada en los ojos azules de Robert—. Protégela por mí, eres mi hermano y confío en ti.

Robert puso una mano en el cuello de su hermano y lo atrajo para abrazarlo.

—No necesitas pedírmelo.

Los dos hermanos esperaban impacientes en la biblioteca de Silas. Robert se sentó en el sillón de terciopelo dorado. Cruzó las piernas, las desdruzó y las volvió a cruzar; balanceó durante unos segundos el pie que tenía suspendido en el aire. Con un estremecimiento desdruzó otra vez las piernas y se inclinó hacia delante. Apoyó los codos sobre las rodillas y entrelazó las manos mientras lanzaba un gruñido.

William le observaba desde la pared en la que se había apoyado, con los ojos entornados y los brazos sobre el pecho.

—Deberías tranquilizarte, me estás poniendo nervioso —dijo William.

Robert se puso en pie y comenzó pasear de un lado a otro de la habitación.

—Lleva una hora ahí abajo, ¿crees que encontrará algo?

William se encogió de hombros y se dedicó a mirarse los pies. En realidad lo único que veía era el hermoso rostro de Kate, su piel sonrosada por el sol y salpicada por las olas del océano. Y el rostro de Justin sobre ella.

Un gruñido vibró en su pecho, sus colmillos se desplegaron y sus ojos se iluminaron con un destello carmesí.

—¿Estás bien?

William despertó de su pesadilla. Miró a Robert y luego sonrió, dejando ver sus colmillos.

—Mejor que nunca —respondió.

Robert le devolvió la sonrisa con una mueca de « sé lo que estás pensando ».

Silas apareció con dos pergaminos de un color marrón dorado muy extraño, que parecían a punto de desintegrarse al más mínimo roce.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Robert impaciente, situándose tan cerca de Silas que apenas le dejaba espacio para moverse.

—No estoy seguro —respondió el viejo vampiro mientras desenrollaba los pergaminos y los estiraba sobre la mesa—. ¡No los toques! —exclamó al ver que Robert extendía la mano hacia ellos—. ¿Tienes idea de lo que estás viendo? Estos pergaminos pertenecen a las *Crónicas Sangrientas*, en ellos se recoge nuestra historia desde el principio de los tiempos. Son un tesoro, irremplazables, y no existen copias.

—Tienen un color raro.

—Eso es porque están escritos con sangre, con la sangre pura de nuestros antepasados.

—Empiezo a tener verdadera curiosidad sobre lo que guardas en esas catacumbas —replicó entornando los ojos.

—No hay nada que tenga faldas o que puedas desmembrar, dudo que te interese mi pequeño museo —le espetó Silas.

El hermoso rostro de Robert se contrajo con un gesto herido, sus pupilas se dilataron confiriéndole a sus ojos brillantes una expresión triste, de cachorrito abandonado. De repente soltó una carcajada.

—¿Dolido con tu alumno, Silas? Sabes que soy mucho más que un mujeriego y un psicópata.

—De qué te sirve esa maravillosa inteligencia si no la usas —masculló.

William se frotó los ojos como si le doliera la cabeza. Las últimas semanas habían desencadenado una serie de acontecimientos cuyas consecuencias no podía predecir. Era posible que el mundo se desmoronara y desapareciera si no encontraban una forma de evitarlo. Y aquellos dos ya estaban enzarzados en otro de sus interminables intercambios de frases mordaces, para ver quién acababa diciendo la última palabra. Dedicó una mirada furiosa a su hermano y este se tragó con esfuerzo las palabras que estaba a punto de pronunciar.

—Silas, los pergaminos —dijo William sin mucha paciencia.

—Sí, perdona. Creo que esto puede tener relación, escuchad. Hay muchas leyendas y mitos sobre nuestra madre. Historias que la convierten en un ser perverso y lujurioso, vengativo y sin escrúpulos. Pero nada de eso es cierto, sus virtudes la condenaron. Lilith abandonó el destino impuesto y por eso la condenaron a vagar sin refugio ni descanso en las tinieblas del mundo. A esconderse de la luz que abrasaría su cuerpo, a alimentarse de su propia sangre y a permanecer siempre sedienta conservando su inmortalidad para que su sufrimiento también fuera eterno —explicó Silas con vehemencia—. Según las crónicas, ella fue el primer vampiro, creado por los propios arcángeles. Entonces, mucho tiempo después, ella concibió. Lloró sangre por cada uno de los hijos que engendró, y su corazón se volvió oscuro, ya que todos nacían con su maldición y morían por la sed. Desesperada tomó una piedra negra y sulfurosa que transformó con sus manos en un cáliz. Vertió en él su propia sangre y alimentó a sus hijos, traspasándoles sus poderes, la oscuridad y la ponzoña que habían anidado en su corazón.

» Entonces abandonó el árido desierto en el que habitaba y regresó a la tierra de los hombres. La sangre de estos era dulce y poderosa, y saciaba a su progenie. Con deleite observó cómo aquellos que morían volvían a levantarse para unirse a su estirpe. Y complacida, Lilith desapareció. —Silas dejó el pergamino sobre la mesa y contempló el rostro de los dos hermanos—. Así nacieron los primeros vampiros, puros y poderosos. Aunque más tarde la raza se

debilitó con los convertidos y los primeros prácticamente desaparecieron.

Los dos hermanos cruzaron una mirada ansiosa.

—¿Podría ser el mismo cáliz? —preguntó William casi sin aliento.

—Demasiadas coincidencias para que no lo sea —respondió Silas con voz nerviosa, como si se negara a creer que aquello pudiera estar pasando.

—¿Dónde está ese cáliz? —se entrometió Robert.

—No tengo ni la más remota idea.

Robert frunció el ceño y se llevó las manos a las caderas.

—¿Cómo que no tienes ni idea? —preguntó a Silas.

—El cáliz de Lilith es un mito, una leyenda, en miles de años nadie lo ha visto nunca. Jamás pensé que fuera real. Puede que ni siquiera la historia que os acabo de contar lo sea, y que al final por nuestras venas corra la sangre de Lamia o de algún demonio sumerio.

—Eres historiador, antropólogo, estudioso de nuestra historia. Tus escritos son considerados la Biblia de los vampiros. ¡Y me dices que no sabes nada! —exclamó Robert y su cuerpo se inclinó amenazante sobre Silas.

—Déjalo, Robert —intervino William.

—¿Te haces una idea de lo que está pasando ahí fuera? —continuó Robert alzando aún más la voz, y señaló a su hermano con el dedo—. ¿De lo que podría pasarle a él?

William se interpuso entre ellos y empujó a su hermano en el pecho.

—¡Te he dicho que lo dejes! —le gritó. Se volvió hacia Silas con expresión de pesar—. Lo siento, ya sabes cómo es. Perdónale, él jamás te amenazaría en serio.

—Lo sé, no tienes que disculparte —dijo Silas. Empezó a enrollar los pergaminos en silencio. De repente se detuvo, alzó la cabeza y clavó la mirada en William—. ¡Elijah! No... no estoy seguro, pero es posible que sepa quién puede ayudarlos.

—¿Quién? —preguntó Robert.

—Elijah Goldiak

Kate había pasado otra noche sin dormir, y esta vez no era solo por el insomnio que sufría. Los ruiditos ahogados procedentes de la habitación de Adrien se habían prolongado hasta bien entrada la madrugada.

Después, cerca del amanecer, asomada a su ventana, los vio salir juntos. Amanda iba pegada a Adrien como una lapa y en dos ocasiones intentó cogerle la mano, pero él se había desecho del agarre con bastante habilidad. Una vez sobre la moto, ella se abrazó a él, rodeándole la cintura con los brazos mientras apoyaba la cara sobre su espalda. Kate no pudo evitar sonreír, algo le decía que la experiencia había significado mucho más para Amanda que para Adrien.

No sabía por qué, pero sintió pena por la chica. Lo cierto era que en el fondo sí sabía el motivo, otro corazón roto se intuía en el horizonte, lo sabía sin más. Adrien era extraño y misterioso, e increíblemente guapo. Pero sobre él colgaba un letrero luminoso que advertía del peligro real que representaba. Kate lo había sentido desde el primer momento y esperaba que Amanda también pudiera percibirlo.

Mientras sentía esa inexplicable lástima por Amanda, Adrien levantó la vista hacia la ventana. El corazón le dio un vuelco y se alejó del cristal de un salto. A pesar de la altura y de la cortina, tenía la sensación de que sus ojos se habían clavado en los suyos, sabía que estaba allí. Se abrazó los codos con una extraña sensación.

Aprovechó la ausencia de su nuevo huésped para poner toallas limpias en el baño. Cambió las sábanas, tarea que le resultó bastante incómoda sabiendo lo que allí había sucedido. Y finalmente bajó a la cocina para terminar el desayuno. Preparó una mesa con café, tostadas, zumo y unos huevos revueltos, que acabó comiéndose al cabo de una hora cuando se convenció de que Adrien no vendría a desayunar.

Sentada a la mesa terminó de masticar el último trozo de tostada. Se recostó en la silla y soltó el botón de su pantalón, había comido más de la cuenta. Pero eso era bueno, estaba recuperando su peso habitual y, con algo de suerte, el doctor Anderson le daría el alta en poco tiempo.

Antes de viajar a Inglaterra su salud estaba un poco resentida, y tras la vuelta había recaído hasta tal punto que ella misma se había preocupado; más por su

abuela que por sí misma. Que Alice estaba enferma ya era una realidad. Cáncer, la misma enfermedad que se había llevado a su abuelo. El peso de esa palabra era insoportable, y aun así su abuela estaba dispuesta a luchar, a no rendirse. Por ese motivo, Kate no quería que se preocupara por nada y mucho menos por ella. Sabía que su abuela únicamente debía centrarse en su recuperación, en soportar el tratamiento. Así que continuaría haciendo todo lo posible por aparentar que estaba bien, sana y feliz, aunque por dentro era como un edificio en ruinas a punto de desplomarse.

Tras recoger los platos, pensó en lo mucho que le apetecía ir a nadar. Llevaba días sin hacer nada que no fuera ayudar a Jill con los preparativos de la boda, y necesitaba un tiempo para sí misma. Pasar algún rato a solas, en otro sitio distinto a su habitación.

Llenó una mochila con las cosas que podía necesitar y se dirigió al coche. A medio camino se detuvo. Era una mañana estupenda, el sol brillaba con fuerza por encima de los árboles y hacía días que no llovía. El bosque estaría seco y le apetecía caminar.

Penetró en la arboleda. Media hora después, el rumor de la corriente del río llegó a sus oídos. Paró un segundo para limpiarse el sudor de la frente y recuperar el aliento, y continuó serpenteando entre la maleza, abriendo su propio sendero hasta el remanso que formaba el río en esa zona.

Se quitó la camiseta y el pantalón corto. Se ajustó el bikini y lentamente comenzó a adentrarse en el agua. Cuando le llegaba por las caderas se detuvo con un estremecimiento, estaba más fría de lo que había imaginado. Sin pensarlo más, se lanzó hacia delante, zambulléndose en la profunda poza. Sintió el agua espesa y fría sobre la cabeza, y su piel reaccionó como si miles de agujas se estuvieran clavando en ella. Salió a la superficie y respiró. Durante un rato flotó boca arriba con los ojos cerrados, concentrada en los sonidos del bosque.

Necesitaba aquella paz, necesitaba el silencio, la falta total de estímulos y dejar que saliera su pena. Llevaba mucho tiempo conteniendo sus sentimientos, fingiendo para tranquilizar a aquellos que la querían. Las lágrimas rodaron por sus mejillas hasta fundirse con el agua cristalina. Comenzó a sollozar y el llanto acabó convirtiéndose en un lamento silencioso en su garganta.

Lo echaba de menos, tanto que pensaba que no podría soportarlo un día más. Quería verlo, escuchar su voz, sentir sus manos sobre los hombros y esa suave caricia en su cara cuando le colocaba el pelo tras la oreja. Quería oír su risa, contemplar el océano que eran sus ojos. Quería besarlo, notar su frío aliento y el dulce sabor de sus labios.

Se sumergió, la corriente tiraba de ella y se dejó llevar, completamente ingrátida. Abrió los ojos, la luz brillaba en la superficie con miles de destellos que se fueron oscureciendo conforme se hundía. El sonido del agua a aquella profundidad la relajaba, las burbujas que escapaban de su nariz explotaban sobre

sus pestañas. Dejó que la corriente de la cascada la arrastrara y la hundiera un poco más. Notó unas raíces enredándose en sus pies, los sacudió para liberarlos y la presión aumentó. Pataleó y se enredaron un poco más. Empezó a agobiarse, no podía liberarse. Trató de separarlas con las manos, pero la corriente en aquel punto era muy fuerte y tiraba de ella tensando el amarre.

Notó el primer síntoma de asfixia. Su cerebro lanzó la voz de alarma. «Respira», le gritó. «Respira, respira», volvió a gritar su cerebro. El tiempo pasaba y se negaba a entregarse a la sensación de asfixia. El dolor de su pecho aumentó y mientras tanto no dejaba de forcejear. Gritó pidiendo ayuda, pero de su boca solo salieron burbujas. Sus pulmones comenzaron a golpearle el pecho, luchando por obtener un poco de oxígeno.

«Sal de ahí».

Kate abrió los ojos esperando encontrar al dueño de aquella voz junto a ella, pero allí no había nadie. Pensó que debería ser su subconsciente luchando por mantenerla despierta. Pero aquella voz parecía tan real, como si alguien se hubiera colado en su cabeza. Pero eso era imposible, el único capaz de hacerlo era William y él no estaba allí. Intentó moverse, tenía que regresar a la superficie. Gritó de nuevo y el agua se llenó de burbujas a su alrededor.

«Estás a punto de traspasar el límite. ¡Tienes que salir!», gritó la voz con urgencia.

El cuerpo de Kate reaccionó a la desesperada, luchando. «No puedo», pensó. Sentía el pecho a punto de estallar, se asfixiaba sin remedio. Algo pesado agitó el agua sobre ella y una sombra tapó la escasa luz que se filtraba. Entonces unas manos fuertes sujetaron su tobillo y notó un tirón que le arañó la piel. Esas mismas manos le rodearon la cintura y la apretaron contra un cuerpo frío y tenso. Se vio arrastrada hacia arriba. Emergió a la superficie, abriendo la boca para recuperar el aliento. Tomó una bocanada de aire tras otra con avidez. Tosió sin control mientras trataba de seguir respirando. Poco a poco recuperó el control sobre su respiración.

Entonces se percató de su salvador. Adrien la mantenía sujeta con su cara a pocos centímetros de la de ella. Sus ojos la escrutaban bajo unas pestañas salpicadas de agua, pequeños diamantes brillantes que se reflejaban en su iris de un negro líquido.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella asintió, aún jadeaba y no podía articular palabra. Él sonrió y la soltó poco a poco, se giró con gracia y nadó de vuelta a la orilla.

Kate llenó los pulmones de aire y se dispuso a acercarse a la pequeña playa con lentas brazadas, mientras no dejaba de pensar que había estado a punto de morir. Caminó sobre los guijarros del fondo, retorciendo su pelo para escurrirlo. Levantó los ojos del suelo y se detuvo en seco con un vuelco en el corazón. Adrien estaba enjugando su camiseta y una sonrisa extraña se dibujó en sus

labios mientras la observaba sin parpadear. Kate se obligó a seguir caminando, y continuó escurriendo el agua de su pelo con indiferencia, consciente de que él la miraba de arriba abajo.

—Gracias —susurró ella, y esbozó una sonrisa azorada—. Creí que eran mis últimos minutos en la tierra.

—De nada. Vi desde arriba como entrabas, pensé que tardabas demasiado y...

—Pues gracias otra vez, no sabía que podía ser tan peligroso. ¿Qué haces aquí? —preguntó con toda la calma que pudo aparentar. Su cuerpo temblaba a causa del frío.

Adrien se agachó y cogió su cámara fotográfica, la agitó en el aire y volvió a esbozar aquella sonrisa torcida que marcaba hoyuelos en su cara.

—Tomando algunas fotos —dijo mientras dejaba la cámara a un lado y se ponía en pie con su toalla en las manos.

Se acercó a ella y le colocó la toalla sobre los hombros con extrema lentitud. La cerró cubriéndole los brazos y dejó resbalar las manos sobre ellos recreándose en el contacto.

—Gracias —señaló Kate, y se encogió cerrando aún más la toalla sobre su pecho.

Dio un paso atrás para dejar algo de espacio entre ellos, ya que Adrien no parecía dispuesto a moverse. Estaba inmóvil, mirándola desde arriba con una expresión extraña. Sin decir una palabra dio la vuelta y se sentó bajo el sol para secarse. Kate se miró los pies, agitó los dedos y cambió de posición cargando el peso de su cuerpo sobre la pierna derecha. Alzó la vista y se percató que seguía observándola. Se contemplaron fijamente y el tiempo pareció detenerse, hasta que él desvió la mirada.

—Deberías vestirme, parece que tienes frío —titubeó nervioso.

—Sí, el agua está helada.

Adrien volvió a ponerse en pie. Recogió la ropa de Kate y se la entregó con el brazo estirado, como si de repente quisiera guardar las distancias.

—Me daré la vuelta si así te sientes más cómoda.

—Gracias —musitó ella, y comenzó a vestirse sin dejar de lanzar miradas fugaces a la espalda del chico, pero él no se volvió en ningún momento.

Empezó a secarse el pelo con la toalla.

—¿Has encontrado algún sitio bonito que fotografiar? —preguntó para acabar con aquel silencio incómodo.

Adrien la miró por encima de su hombro y se giró al comprobar que ya estaba vestida. Recogió la cámara del suelo y se la colgó del hombro.

—Sí, un par de ellos. Ahora buscaba un viejo granero que hay cerca de aquí, o al menos eso me ha dicho una amiga.

—Tu amiga tiene razón —corroboró Kate con un tonito malicioso que no

pudo reprimir—. Hay un viejo granero, pero está más al sur, en Cave Creek. Te has desviado bastante. Tendrás que dar un buen rodeo —le indicó mientras comenzaba a recoger sus cosas.

—Al sur —susurró Adrien con las manos en las caderas. Miró al cielo y giró sobre sus talones—. ¿Y dónde está el sur? Desde aquí no puedo ver el sol.

—Por allí —respondió Kate, señalando con su dedo índice hacia la cascada.

—Por allí. ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—¿Por qué no me acompañas? Así no tendrás que sentirte culpable si...

—¡Ah, no, esta vez no te va a funcionar! Me da igual si acabas perdido o devorado por una ardilla carnívora o acribillado por un enjambre de abejas. Estoy cansada y me voy a casa.

—He traído la moto —dijo él esbozando su sonrisa más encantadora.

—No.

—Por favor. Acabo de salvarte la vida.

—No.

—¡Por favor!

Adrien se llevó la mano al pecho con gesto compungido.

Kate casi se echó a reír. Era imposible no rendirse a su encanto, porque lo era, demasiado encantador. Hasta su mirada parecía tierna en ese momento, como la mirada suplicante de un niño que no quiere quedarse solo. Y quién podría negarse a eso.

—¡Vale, te acompañaré! —aceptó con los ojos en blanco.

El viento hacía que le lloraran los ojos, pequeños insectos se estrellaban contra su cara y a Kate no le quedó más remedio que agarrarse a la cintura de Adrien mientras circulaban en moto. Se encogió hasta hacerse muy pequeña tras él. Apoyó el rostro sobre su espalda y trató de relajarse, olía muy bien. Iban demasiado rápido, tanto que la sucesión de árboles solo era una mancha verde sin forma. Sin embargo no sentía miedo, inexplicablemente empezaba a sentirse bien. Cerró los ojos, adormecida.

—¿Estás bien, Bella Durmiente? —preguntó Adrien al detener la moto.

Kate dio un respingo, abrió los ojos desconcertada. ¿Se había dormido!

—Sí, sí... —Se bajó de la moto algo avergonzada—. Es por aquí —le dijo evitando su mirada.

Empezó a ascender por un angosto sendero que conducía al claro donde se levantaba el granero. Salieron de entre los árboles y ante ellos apareció el viejo edificio con sus paredes rojas de madera desconchada, bisagras oxidadas y un enorme agujero astillado en un lateral, como si algo se hubiera estrellado contra él.

—¡Aquí lo tienes! —dijo Kate suspirando.

Adrien observó la edificación con ojo crítico y después barrió con la mirada

el claro. Estaba cubierto de hierba amarilla, salpicada de manchas oscuras que parecían los restos de unas fogatas. Se agachó sobre la más cercana y rozó con los dedos la ceniza petrificada por las inclemencias del tiempo.

—¿Qué es eso? —preguntó Kate, y se acercó hasta él, que parecía demasiado concentrado en la hierba.

Adrien ladeó la cabeza de golpe.

—¿Qué? ¡Ah, esto! No sé, dímelo tú, eres quien conoce este sitio.

Se puso en pie y se limpió la mano en el pantalón.

De repente Kate palideció y miró a su alrededor con nuevos ojos. Observó el agujero del granero, la madera astillada del suelo, alguno de los troncos de la primera línea de árboles mostraban hendiduras. Auténticos tajos que debían de haberse hecho con algún objeto cortante. Volvió a detener la mirada en la mancha oscura del suelo. Sabía que aquello eran los restos calcinados de los vampiros que murieron la noche en la que William se enfrentó a Amelia, y aquél era el lugar que había sido testigo de la encarnizada lucha.

Notó que Adrien la observaba y se concentró para darle una respuesta.

—Aquí no hay muchos sitios para divertirse, así que busquemos lugares donde reunirnos. Ya sabes: fogata, música, cerveza... ¡Fiesta! —exclamó con desenfado.

—Eso tendría sentido si hubiera un par de hogueras, tres, cuatro... Aquí hay al menos una veintena, esto es otra cosa —replicó alzando las cejas de forma inquisitiva.

Kate se puso cada vez más nerviosa, no se le daba bien mentir y guardar silencio era incluso más acusador. Intentó sonreír.

—No sé, será una trastada. Alguien jugando a las señales alienígenas.

—Esto no es un maizal. Es lo típico, ¿no? —insistió él inclinándose sobre ella.

—Pues será cosa de algún pirómano pirado. En este pueblo tenemos de todo, te lo aseguro —dijo más alterada de lo que pretendía, dando un paso atrás para mantener la distancia.

—¿Y qué otros tipos raros tenéis en este pueblo?

Adrien dejó caer la pregunta como si nada, pero Kate notó algo extraño en su voz, algo que le provocó un escalofrío mientras la miraba como si tuviera rayos X en los ojos.

—¿Incluyéndote a ti? —replicó bruscamente, y de inmediato se arrepintió.

Empezaba a ponerse paranoica, otra vez, viendo mensajes ocultos y sospechas en cada palabra que él pronunciaba. Se autoconvenció de que Adrien no sabía nada sobre hombres lobo, ni vampiros, nada de nada. Solo era un chico curioso; y cómo no serlo, aquel prado tenía el aspecto de un paisaje post-apocalíptico.

Le dio la espalda y caminó unos pasos hacia el granero, como si de repente aquel sitio hubiera despertado un irresistible interés en ella. Lanzó un rápido

vistazo por encima de su hombro, con la innegable sensación de haber sido bastante maleducada. Él estaba inmóvil, observándola muy serio y, mientras ella dudaba de si debía disculparse o no, él soltó una carcajada que la cogió por sorpresa.

—¿Crees que soy un tipo raro? —preguntó sin dejar de reír.

—No más que otros —respondió ella, y contuvo una sonrisa.

Era increíble cómo Adrien conseguía sacarla de quicio, para a continuación parecerle el chico más adorable del mundo solo por escuchar su risa.

—¿Qué otros? —inquirió él con tono seductor.

—Deberías hacer tus fotos, la luz va a cambiar —sugirió tratando de eludir el tema.

Kate contempló el sol, era casi mediodía, hora de comer, lo sabía por la creciente sensación de vacío en su estómago. Se dedicó a pasear bajo la sombra de los árboles sin perder de vista a Adrien, que parecía muy concentrado en su búsqueda de buenos encuadres, iluminados bajo una luz perfecta. No tardó en darse cuenta de que no era un simple aficionado, sabía lo que hacía, y observó con atención cada uno de sus movimientos.

Un crujido en el tejado la sobresaltó, miró hacia arriba y una pequeña lechuza salió volando por uno de los agujeros del techo hasta perderse entre las ramas de los árboles. Al posar la mirada en el claro, Adrien había desaparecido. Lentamente fue recorriendo las destastadas paredes del granero, esperando encontrarlo cada vez que doblaba una esquina.

Algo chirrió en el interior. Kate entró en el viejo silo a través del agujero, rayos de luz se colaban por las rendijas del techo como haces luminosos. El suelo estaba en muy mal estado, los tablones de madera se habían resquebrajado y algunos de ellos sobresalían combados por culpa de la humedad que los había hinchado. Se movió con cuidado para no tropezar. Balas de heno se apilaban desordenadas junto a la puerta trasera apenas sujeta por unos goznes oxidados, bajo un altillo repleto de telarañas y nidos de golondrina. Saltó por encima de un par de ruedas de carro roídas por la carcoma. Los pies se le enredaron en un viejo saco y cayó hacia delante, pero alguien la sujetó por la cintura evitando el golpe.

—Deberías tener más cuidado —dijo Adrien.

Kate pudo sentir su aliento en la nuca. Él la soltó muy despacio, dio un par de pasos y se agachó para recoger una horca de dientes afilados semioculta entre el heno. La sopesó en su mano y con un rápido movimiento de su brazo la clavó en uno de los postes que sujetaban el altillo.

—No puedo pasarme el día cuidando de ti —añadió.

—No te he pedido que lo hagas —replicó Kate.

Se apartó un poco de él y un rayo de sol incidió sobre ella bañándola por completo con su luz dorada. Adrien contuvo el aliento un instante, cautivado por

la visión, sin pensarlo dos veces levantó la cámara y apretó el disparador.

—¡No puedes fotografiar a una persona sin su consentimiento! —protestó Kate.

—¿Te importa si te hago una foto? —preguntó con gesto inocente, mientras cambiaba de posición y volvía a disparar.

—Sí, sí me importa —contestó a la vez que le daba la espalda.

—¿Sabes? No es necesario que sigas fingiendo.

—¿Fingiendo?

—Sí, fingiendo que no me soportas. Sé que te gusto.

Kate abrió los ojos como platos y se giró sin dar crédito a lo que acababa de oír.

—¡Tú no me gustas! ¿Qué te hace pensar que yo...?

—No me refería a ese... «te gusto», sino a que te caigo bien —indicó con voz cansada—. Y luego somos los hombres los que no pensamos en otra cosa —añadió para sí mismo.

Kate arrugó los labios con un mohín de disgusto, dispuesta a no entrar al trapo.

—Más que caerme bien, me sacas de quicio —respondió al fin sin poder contenerse.

—Delgada es la línea que separa al amor del odio, de hecho, no pueden existir el uno sin el otro. En el fondo odiamos lo que amamos a la vez que amamos todo aquello que odiamos, somos así de retorcidos.

Kate se quedó pensativa un instante, resopló y se cruzó de brazos.

—Es la mayor tontería que he oído nunca.

—Es posible, pero sigo gustándote, y vas a invitarme a cenar.

—¿Sí? —lo cuestionó con tono burlón, le resultaba irritante esa seguridad que Adrien irradiaba.

—Sí. Sujeta esto, por favor —dijo entregándole la cámara.

Avanzó hasta el centro del granero y limpió con el pie un trozo de suelo, dejando a la vista una trampilla de madera. Se agachó para verla de cerca, completamente concentrado.

—¿Y qué opinará esa amiga tuya? La que te habló de este sitio —preguntó ella con sorna.

Adrien se puso en pie. Sus ojos brillaron y luego se entornaron mientras sonreía ante algo que parecía divertirse solo a él. De repente se quitó la camiseta con un rápido movimiento que contrajo y estiró cada uno de los músculos de su torso.

—¿Por qué iba a importarle que cene contigo? Solo es una amiga.

Kate se quedó boquiabierta. Adrien era realmente hermoso, demasiado para ser humano, pero lo era, se recordó a sí misma. A pesar de su piel blanca y de ese extraño magnetismo que le rodeaba, su aliento era cálido y su temperatura normal; y comía.

—¿Qué haces? —preguntó nerviosa.

Los labios de Adrien se curvaron con una sonrisa maliciosa, que a Kate llegó a parecerle incluso lujuriosa.

—¿Tú qué crees? —el tono bajo de su voz era casi un ronroneo.

Kate dio un paso atrás y tragó con dificultad el nudo que se le había formado en la garganta. Se puso colorada.

—Voy a bajar ahí para ver qué hay, y no quiero estropearla —continuó el chico tras unos segundos de silencio que a Kate se le hicieron eternos.

Le tendió la camiseta y ella la cogió a la vez que soltaba de golpe el aliento. Agarró la trampilla y la levantó sin ningún esfuerzo. Sin dudar, se dejó caer en el agujero.

Kate lo sintió moverse bajo sus pies, de un lado a otro empujando cosas y golpeando otras.

—¿Vas a cenar conmigo o qué?

La voz de Adrien ascendió a través de los tablones de madera.

—Pídeselo a Amanda —respondió Kate apartando de golpe la camiseta de su cara, sin darse cuenta había acercado la prenda a su nariz. Oyó como él ahogaba una carcajada y eso la molestó—. Os vi esta mañana... También os oí.

—¿Espías tras la puerta? —preguntó él con voz sugerente.

Kate dio un respingo, Adrien estaba justo debajo y tuvo la sensación de que podía ver sus ojos negros y brillantes entre los maderos del suelo fijos en ella.

—No fue necesario —respondió.

El chico soltó una risita.

—Bueno, sí, Amanda es bastante expresiva.

—Adrien, no se cómo decirte esto pero... En casa no está permitido... ya sabes... ese comportamiento... No es uno de esos moteles...

—No he visto ningún cartel que prohíba hacer el amor en las habitaciones —replicó él.

Dio un fuerte pisotón y partió un tablón, lo apartó y encontró debajo una enorme losa de piedra. Limpió el polvo con los dedos y contempló asombrado el grabado de unas palabras en latín. Sí, estaba en el buen camino.

Kate no contestó y arrugó la frente, en eso él tenía razón, no había una norma escrita sobre ese tema. Trató de verle a través de los maderos, pero estaba muy oscuro.

—¿Qué haces?

Adrien no respondió, sino que planteó otra pregunta.

—¿Y qué ocurre cuando llega un matrimonio que quiere celebrar su aniversario o una pareja de recién casados a tu *convento*? ¿Les obsequiáis con una baraja y un Scrabble para pasar la noche, en lugar del habitual champagne? —pronunció la palabra con un perfecto acento francés.

Kate se giró de golpe con el corazón a punto de salirse del pecho. Adrien

había surgido de la nada tras ella y sus ojos la taladraban a corta distancia, demasiado corta.

—No es lo mismo. Eso es amor, son parejas, es lo normal. —Se llevó una mano a la frente y la masajeó. Estaba completamente arrepentida de haber empezado aquella conversación, y para colmo él tenía razón, estaba hablando como una mojigata.

—¿Y quién dice que entre esa chica y yo no hubo amor? Porque lo hubo, mucho amor. —Una risita sarcástica escapó de sus labios.

Kate apretó los dientes con rabia. Ahí estaba el motivo real de su reticencia, lo que ella verdaderamente quería explicar. No le parecía bien el tipo de sexo que Adrien había tenido con Amanda en su casa, el de «sexo por una noche y si te he visto no me acuerdo». Y era evidente que para él no había significado nada. Pensó en la pobre Amanda colgada de él y enfureció.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocíais? ¿Un par de horas o estoy exagerando? —le espetó.

—Me estás sorprendiendo, de verdad. ¿Acaso nunca has tenido sexo en la primera cita?

Kate negó con la cabeza a pesar de que no era asunto suyo.

—¿En la segunda? —Ella volvió a negar. Una sonrisa arrogante se dibujó en su cara y se acercó acortando la distancia—. ¿Nunca has estado con nadie? Quién lo diría.

Kate intentó retroceder, pero una bala de heno se lo impidió.

—¡Eso no es asunto tuyo! —gruñó. Le dio un empujón en el pecho para apartarlo y salió a toda prisa del granero a través del hueco en la pared.

Adrien salió tras ella sintiéndose un miserable y, para su sorpresa, era la primera vez en mucho tiempo que se sentía así por alguien.

—¡Kate, lo siento! Ha estado fuera de lugar. Por favor, espera —le suplicó andando tras ella—. Perdóname, soy un bocazas que necesita un filtro entre el cerebro y la boca para no decir siempre lo primero que se me pasa por la cabeza. Por favor, espera —volvió a implorar interceptándole el paso.

Ella se detuvo y lo miró con ojos brillantes a causa de las lágrimas contenidas. Y él se sintió aún peor.

—Lo siento, soy un auténtico idiota. No sé lo que me pasa, de verdad. Eres la última persona a la que querría fastidiar, pero parece que nací con un chip que me hace comportarme como un imbécil. —Hizo una pausa. No podía precisar con exactitud la sensación que experimentaba bajo la piel. Por muy raro que pudiera parecerle, ella le gustaba en cierto modo—. No quiero ser así contigo. Lo de anoche...

Kate se abrazó el estómago con la cámara y la camiseta todavía en las manos.

—No tienes que darme explicaciones.

—Ya, aunque quisiera no podría. —Se encogió de hombros—. Lo hecho, hecho está, pero lo lamento de veras. No voy a justificarme, porque no se me da bien...

—Hablar de ti mismo —lo interrumpió ella con la garganta seca. Ya había tenido esa conversación antes, pero con otra persona. Se lo quedó mirando desconcertada, demasiado impresionada.

—Sí.

—Tengo que irme —replicó con los ojos clavados en el suelo.

Le entregó sus cosas y empezó a caminar hacia el sendero, cogiendo al paso su mochila que estaba tirada en el suelo.

—Deja que te lleve —pidió él sin moverse.

Kate negó con la cabeza y continuó caminando, aliviada al contemplar que él se quedaba en el claro, inmóvil. Pero cuando llegó al final de la senda, Adrien ya estaba junto a la moto.

—Kate, por favor. Hay siete kilómetros hasta tu casa, no puedes ir andando —le hizo notar él.

—Ya lo he hecho antes —replicó, recordando el día en que conoció a William.

Paranoica o no, había demasiadas similitudes. Existía otro vampiro con los mismos poderes que William, ¿y si ese era Adrien?

De repente se detuvo y se giró para encararlo.

—¿Qué eres?

—¿Qué?

—¿Por qué estás aquí?

—No entiendo qué quieres decir.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro de que por algún motivo que desconozco no confías de mí. —La agarró por la muñeca y se llevó su mano al pecho—. Que mi corazón deje de latir si algo de lo que te he dicho no es cierto. Solo soy un tipo raro, tú misma lo has dicho, y mis intenciones son tan transparentes como el aire que nos rodea.

Kate notó los latidos de su corazón a través de la palma de la mano. Palpitaba con fuerza, como un tambor; y su piel era tibia, suave, ligeramente húmeda por el sudor. Adrien era humano y ella se sintió como una idiota obsesionada.

Esa noche, Alice y Martha se marcharon a su cita semanal con el club de lectura. Kate aprovechó para darse un baño y una revisión a fondo que incluía manicura y depilación. Al terminar se vistió con el pantalón y la camiseta de tirantes que usaba para dormir. Se recogió el cabello, lo retorció en un moño y lo sujetó con una horquilla.

Bajó a la cocina para prepararse un sándwich, dispuso sobre la mesa pan, tomates y una fuente de pavo al horno. Con cuidado empezó a cortar un par de rebanadas de pan.

—¿Sigues enfadada?

Kate levantó la vista y miró hacia la puerta. Adrien estaba apoyado en el marco con expresión sombría. No contestó y volvió a su tarea. Entonces vio por el rabillo del ojo cómo daba media vuelta dispuesto a marcharse, y se sintió mal. En el fondo él no había hecho nada tan grave como para castigarlo con tanta indiferencia.

—¿Te apetece uno de estos? —preguntó con voz amable.

Adrien se giró y una sonrisa enorme iluminó su cara. Asintió.

—Deja que te ayude —dijo él y tomó el cuchillo de sus manos.

Terminó de cortar el pan y a continuación hizo lo mismo con el pavo. Sacó un par de platos de la alacena y al pasar junto a la vieja radio la encendió. La música inundó la cocina. Se colocó junto a Kate en el fregadero y fue cortando en rodajas los tomates que ella iba lavando.

—¿Tienes familia, Adrien? —preguntó ella mientras se secaba las manos.

Él se puso rígido un instante, pero inmediatamente se relajó. Ladeó la cabeza para mirarla y asintió.

—Sí, mi madre y mi hermana.

—¿Y dónde están ahora? ¿Por qué estás de vacaciones tú solo?

—Ellas decidieron hacer un viaje algo más largo y lejano.

—¿Por qué no has ido con ellas?

—Tengo asuntos que resolver antes de ir a buscarlas. Soy el hombre de la casa, tengo mis obligaciones —respondió y cerró los ojos un segundo.

—Eres muy joven para esas obligaciones —replicó Kate colocando el pavo sobre el pan.

—Cumpliré veinte en febrero. —Empezó a colocar las rodajas de tomate y sus manos se rozaron un momento. Hubo un silencio en el que ambos parecieron sentirse incómodos—. No soy tan joven.

Kate se dio la vuelta y apoyó la cadera en la encimera, alejándose unos pasos de él.

—Pensé que tenías menos años. Tienes un cuerpo grande, pero tu cara... —Se detuvo, iba a decir que era hermosa.

—Si continuas por ahí, voy a empezar a hacerme ilusiones contigo —terció él guiñándole un ojo.

Kate sonrió y ladeó la cabeza para ocultar que había enrojecido. Miró por la ventana, hacia el cielo, la luna estaba en cuarto creciente.

—Al final me has invitado a cenar —dijo él en un susurro.

—Sí, parece que sí.

Kate cogió los platos y los llevó hasta la mesa. Empezaron a cenar en silencio con la radio de fondo. Adrien apenas tardó un minuto en devorar su bocadillo. Se sirvió una taza de café y lo bebió a pequeños sorbos mientras contemplaba como ella comía. De repente se puso en pie, se inclinó sobre la mesa y tomó la horquilla que sujetaba la melena de la chica.

—¿Qué haces? —preguntó Kate sorprendida.

—Te queda mejor suelto. Lo cierto es que no, tienes un cuello muy bonito, pero te hace parecer muy seria. Suelto está mejor.

Kate sonrió y se recogió el pelo tras los hombros.

—¿Eres así con todo el mundo? —le preguntó al joven.

Adrien se levantó y empezó a recoger.

—¿Así cómo?

—Pues así, impulsivo, bocazas...

Adrien la miró con el ceño fruncido.

—¿Tengo que darte las gracias por el cumplido? —preguntó fingiéndose afectado.

Kate se echó a reír y lo observó desde la mesa mientras él empezaba a lavar los platos. *Fader* de The Temper Trap comenzó a sonar en la radio y el chico se movió a su ritmo mientras tarareaba. Entonces se giró hacia ella y la tomó de las manos.

—¡Arriba! —ordenó mientras la obligaba a levantarse y la hacía girar sobre sí misma como si fuera la bailarina de una caja de música.

—No quiero bailar —replicó ella.

—Sí quieres.

—Esto es muy incómodo.

—¿Tú nunca te diviertes? —preguntó Adrien como si le diera pena que fuera tan seria.

La atrajo hacia él con un elegante giro y volvió a empujarla. La soltó de la

mano y, para su sorpresa, ella empezó a reír con ganas y no se detuvo. Se movió al ritmo de la música sin ningún pudor. Y juntos bailaron alrededor de la mesa mientras terminaban de recoger.

Kate empezaba a divertirse, y no dejaba de mirar al chico.

—¿Qué? —preguntó Adrien alzando las cejas.

Ella se encogió de hombros y levantó los brazos por encima de la cabeza.

—¿Sorprendida? —inquirió él.

—Sí, parecías más patoso. Se te da bien.

—Hay muchas cosas que se me dan bien, soy impulsivo, bocazas... —dijo con tono suficiente. Kate empezó a reír con los ojos en blanco—. No te rías, hundirás mi autoestima —replicó con una carcajada.

Coincidieron en la nevera y Adrien volvió a tomarla de las manos, la hizo girar entre sus brazos. De repente sus pies tropezaron, chocaron contra una silla y cayeron al suelo con estrépito; Kate sobre el cuerpo de Adrien, que había reducido la silla a pedazos bajo su espalda. Se miraron sorprendidos y rompieron a reír con fuertes carcajadas.

—¿Estás bien? —preguntó ella sin dejar de reír.

—Parece que sí. Aunque creo que se me ha clavado una astilla en el trasero.

Las carcajadas aumentaron y ninguno de los dos era capaz de moverse. Sentían los cuerpos flojos por el esfuerzo y el cansancio, y poco a poco lograron calmarse. A Kate se le habían saltado las lágrimas y tenía la cara húmeda. Se miraron sonrientes, entonces, con un gesto tierno, Adrien levantó las manos y secó con los pulgares sus mejillas.

Volvieron a mirarse, pero esta vez de forma diferente. Sin saber muy bien por qué, Kate sintió que aún no podía moverse, o puede que no quisiera hacerlo no estaba segura, pero seguía sobre él. Vio un destello en los ojos del chico y que lentamente levantaba la cabeza. Iba a besarla.

Un carraspeo sonó en la puerta. Ambos levantaron la vista y se encontraron con Jill que los miraba alucinada. Se pusieron en pie como si un resorte los hubiera impulsado. Adrien se disculpó entre dientes y abandonó la cocina a toda prisa.

—¿Qué estaba pasando aquí? —preguntó Jill, empujando con el pie los restos de la silla.

—Nada —respondió Kate.

—¿Nada? ¿Estás segura? —miró con escepticismo a su amiga.

—Sí, Jill, nada —replicó incómoda, y comenzó a recoger los trozos de madera.

—Estabais abrazados en el suelo, a punto de besaros. Yo diría que eso era algo.

Kate se giró y se llevó las manos a la frente, exasperada. De repente tenía la sensación de que la realidad había vuelto más dura que nunca, y con ella su

enfado crónico y su tristeza.

—Puede que lo pareciera, pero no... —Resopló frustrada—. Déjalo, no lo entenderías.

Jill se quedó con la boca abierta. Apoyó las manos en sus caderas.

—¿Y desde cuándo se supone que no te comprendo? ¿Desde ayer cuando hablamos por última vez?

Kate meneó la cabeza e inspiró un poco de aire.

—De verdad, no quiero hablar de esto. Piensa lo que quieras. —Estaba a punto de pedirle que se marchara, necesitaba estar sola, pero sabía que su amiga iba a enfadarse mucho si lo hacía—. ¿Te apetece un café?

Kate fue hasta la radio y la apagó, después sirvió dos tazas de café y las dejó sobre la mesa mientras se sentaba. Jill la imitó sin apartar la mirada de ella.

—¿Y qué te trae aquí a estas horas? —preguntó Kate forzando una sonrisa.

—Evan y yo estamos pensando en celebrar la despedida juntos. En ese bar que hay a las afueras, el Wildcat Grill. Solo seremos nosotros, ya sabes, los Solomon al completo, Marie y Stephen.

—Me parece bien. ¿Cuándo va a ser? —Dio un sorbo a su café y miró por la ventana con expresión ausente.

—El próximo jueves.

—De acuerdo.

Jill comenzó a tamborilear con los dedos sobre la mesa. Se recostó un poco en la silla y miró a su amiga fijamente.

—Suéltalo —dijo Kate sin dejar de mirar a la ventana.

Jill se inclinó sobre la mesa y le cogió la mano.

—Si yo no hubiera aparecido, ¿habrías besado a ese chico?

Kate se quedó pensando, deslizó el dedo por el borde de la taza trazando círculos.

—Creo que sí —admitió sin estar muy segura.

—¿Cuánto hace que lo conoces? —preguntó Jill de forma acusatoria.

—Un día.

—Un día —repitió mientras tomaba aire y lo soltaba con un suspiro. No pudo contenerse y formuló la temida pregunta—. ¿Y qué pasa con William?

Kate reaccionó como si la hubieran golpeado con un hierro candente en el estómago. Se levantó de golpe arrastrando la silla, fulminando a Jill con la mirada.

—¿Qué?

Jill también se levantó.

—No me malinterpretes, no te estoy juzgando ni nada. Pero ayer parecías una viuda de duelo, y hoy estás con ese chico. Comprenderás mi asombro.

Kate sonrió sin pizca de humor. Abrió la boca para decir algo, pero las palabras no salían.

—¿Ves por alguna parte a William, Jill? —preguntó dolida y con un atisbo de sarcasmo—. Acaso está por aquí. ¡No, no está! Me ha dejado y va siendo hora de que me haga a la idea. —Tragó saliva e hizo una pausa para recuperar el aliento—. Y ni tú ni nadie tiene derecho a juzgarme. Me abandonó, pero antes tuvo el valor de pedirme que continuara con mi vida. ¡Pues eso es lo que intento hacer!

Jill sacudió la cabeza con tristeza. No soportaba ver a la chica tan mal, y ella estaba siendo una pésima amiga que solo pensaba en su boda.

—Perdona, tienes razón. Lo siento, cariño —dijo Jill mientras la abrazaba.

Kate se aferró a ella.

—Me prometió que no volvería a verle. Y yo necesito seguir adelante.

Adrien sintió como la coraza tras la que se protegía comenzaba a resquebrajarse. Había conseguido ser inmune a cualquier sentimiento que no fuera el odio y la venganza. Las únicas emociones que le permitirían alcanzar su meta. Alimentaba su lado perverso y cruel, y hacía mucho tiempo que había dejado que sus instintos le controlaran más allá de la fuerza de su cerebro y su corazón.

La gente no significaba absolutamente nada para él, porque la única forma de sobrevivir era no sentir nada por nadie. Sin embargo, eso estaba cambiando y no tenía ni idea de cómo había sucedido, ni en qué momento había bajado la guardia. Pero fuera cual fuera la respuesta a esa pregunta ya era tarde, lo sabía, un destello pulsaba por aflorar su lado bueno. Y Kate tenía mucho que ver en eso.

Aceleró el paso, dejando la casa de huéspedes atrás, y en una fracción de segundo se desmaterializó para aparecer junto al viejo granero. Trató de centrarse en lo que tenía que hacer, pero le era imposible, sobre el pecho aún podía sentir el peso liviano de ella. ¡Dios, si hasta la cena le había sabido bien a pesar de que se moría por otro tipo de alimento, solo porque la había tomado en su compañía!

Entró en el granero, levantó la trampilla y se dejó caer en el agujero. La luz de la luna no llegaba hasta allí, pero él no la necesitaba. Sacó la fotografía que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón y miró la instantánea de los dibujos del antiguo diario. Se agachó sobre la piedra grabada y acarició los relieves desgastados que la decoraban, eran idénticos a los de la imagen.

La levantó con una sola mano sin esfuerzo. Un fuerte olor a rancio surgió del hueco y ladeó la cara, enterrando la nariz en su brazo con una mueca de asco. Cuando pensó que sería capaz de tolerarlo, penetró en la abertura. Vislumbró las antorchas en la pared y estas se encendieron con un leve foganazo.

—Sádicos —murmuró por lo bajo, mientras observaba los objetos de tortura.

En aquella pequeña habitación se apilaban utensilios y máquinas de tortura, que debían de haber sido usados durante años contra aquellas pobres infelices a

las que se las acusaba de brujería. Se obligó a apartar los ojos de aquel potro, que aún conservaba manchas oscuras en sus extremos, y recorrió el entorno con atención. No era de extrañar que aquel lugar estuviera tan oculto, así solían acabar las vergüenzas del pasado, bajo tierra.

Comenzó a rebuscar. Al principio con calma, registrando de forma minuciosa cada rincón. Miró bajo cada fardo, en las grietas tras las que se podían esconder huecos ocultos, pero poco a poco empezó a perder los nervios y acabó destrozando el lugar. Allí no había nada.

Dejó la pesada piedra en su lugar y la disimuló lo mejor que pudo. Hizo lo mismo con la trampilla y abandonó el granero sumido en la mayor tormenta interior que había experimentado nunca. Estaba tan cerca y a la vez tan lejos, y el tiempo se agotaba.

Empezó a dolerle el tatuaje, se frotó el brazo para aliviar la sensación de quemazón e hizo caso omiso a la llamada; tenía otra cosa en mente.

Se materializó en la penumbra de la habitación. Todo estaba en calma, en silencio. Cerró los ojos y disfrutó de la sensación de paz, del olor del aire. Olía a ropa limpia, a libros y a violetas. Se concentró en el sonido de la respiración que surgía de la cama, era suave y susurrante, una nana a sus oídos si pudiera dormir.

Se acercó hasta ella y muy despacio se sentó sobre las sábanas. Observó el rostro de Kate durante un rato y, sin poder contenerse, alargó la mano y acarició un mechón de pelo que reposaba en su mejilla. Lo apartó sobre la almohada y volvió a deslizar los dedos por su cara. Acarició su frente, la línea de su mandíbula y por último el contorno de sus labios. Pensó en besarla, pero se contuvo. Robarle un beso no sería de caballeros, su madre así se lo enseñó.

Deslizó la mirada por la silueta de su cuerpo bajo las sábanas. Pensó que sería maravilloso entrar en aquella cama y dormir acurrucado junto a ella. La abrazaría con fuerza y cerraría los ojos, sintiendo sus cuerpos en contacto. Estaba tan exhausto.

Dio un respingo y se sujetó el brazo a la vez que contenía una exclamación, sentía como si lo tuviera en llamas. Los cristales comenzaron a vibrar, después las paredes y por último el suelo. Al principio de forma sutil, pero rápidamente el temblor cobró intensidad, tanta que Adrien temió que Kate acabara despertándose.

La ventana se abrió, saltó a través de ella y sus pies se posaron en la hierba del jardín. Con estudiada tranquilidad se encaminó al lugar donde aguardaba su peor pesadilla.

La imponente figura permanecía junto a la orilla del lago. A pesar del odio que le inspiraba, Adrien no podía evitar sentirse abrumado por su presencia, por su porte refinado y hermoso. Pero también por el ser racional, extremadamente frío y lógico, maligno y poderoso que jamás imaginó conocer. El mal encarnado.

Adrien empezó a hablar antes de llegar a su lado.

—Allí no había nada, pero sé que está aquí, en este maldito pueblo, y lo encontraré.

El aire escapó de sus pulmones al sentir el impacto. Salió despedido hacia atrás y acabó estrellándose contra el suelo de roca. Su cabeza rebotó contra la piedra y durante unos instantes perdió la visión. Cuando la recuperó, la figura seguía en el mismo sitio, contemplando el agua.

—¡Te he dicho que lo encontraré! —gritó con los puños apretados. Se puso en pie con dificultad—. El cáliz está aquí y lo tendrás.

El hombre se giró y sus ojos completamente negros y fríos lo taladraron.

—Sé que lo tendré, porque tú no descansarás hasta encontrarlo. Tienes motivos para desearlo, tantos cómo yo —dijo con una voz suave y serena—. No te castigo por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—Por esa humana.

Un jarro de agua helada terminó de despertar del golpe a Adrien.

—Te estás enamorando de la única arma que posees —añadió el hombre en tono imperioso.

—No es ningún arma, no la necesitamos. El plan marcha según lo previsto. Robert Crain nos entregará a su hermano.

El hombre resopló.

—Ya no hay ningún plan. Ese maldito vampiro nunca estuvo dispuesto a entregarlo, era una trampa. Por lo que he tenido que intervenir y terminar con ese asunto. Por cierto, Marcelo ha muerto. Así que mantén los pantalones en su sitio y gánate la confianza de esa chica, pronto la necesitaremos.

—Buscaré la forma de que William acceda, te lo juro. A ella podemos dejarla fuera de esto.

—No —replicó. Le dio la espalda a Adrien y comenzó a alejarse.

—No ha venido a buscarla. A ese tío ella no le importa.

—Yo no estaría tan seguro de eso —repuso con una risita socarrona.

Adrien apretó los dientes con fuerza. Los oídos le zumbaban y la rabia distorsionaba su visión. «A ella también, no. A ella también, no», pensó con desesperación. Salió corriendo a través de la alta hierba. El viento cálido de la noche le azotaba la cara y rugía en sus tímpanos.

—¡Mefisto, déjame encontrar otra forma! —gritó—. ¡Mefisto! ¡Padre!

Mefisto se detuvo ante la voz suplicante de Adrien y se giró esbozando una sonrisa arrogante.

—Padre —susurró con deleite Mefisto—. Ves como no es tan difícil decirlo. —Adrien desvió la mirada—. Te guste o no, eres mi hijo, mi único hijo, y deberías estar orgulloso de serlo. De lo que heredarás algún día. Sobre esa zorra, te lo advierto, Adrien, si queremos a William, ella es el único camino. No lo estropees o te aseguro que las torturaré hasta que me supliquen morir, y no

volverás a verlas. ¿Está claro?

Adrien asintió sin levantar la vista del suelo. Se quedó paralizado cuando la cálida mano de Mefisto se posó en su nuca y lo atrajo para darle un dulce beso en su frente. De repente, lo abrazó con fuerza y Adrien se sintió invadido por una sensación de pánico incontrolado.

—Eres mi hijo y te quiero. Carne de mi carne, sangre de mi sangre. Cumple con lo que te pido y tu recompensa será inmensa, te lo juro. —Lo soltó y se recompuso la chaqueta con ligeros tirones en el bajo y las mangas—. Ahora ve y aliméntate como es debido, tu debilidad es palpable y te necesito al cien por cien. Nunca se sabe a qué podrías tener que enfrentarte.

Adrien obedeció a su padre. Oculto en las sombras observó a la pareja. El tipo vestía un traje de los caros y sus zapatos de marca resonaban sobre la acera con un rápido repiqueteo. No dejaba de gritar a la chica, probablemente su novia o su mujer, la tenía sujeta por el brazo y tiraba de ella como si fuera una muñeca. La chica se disculpó con voz entrecortada y él le ordenó que se callara, pero estaba tan asustada que volvió a disculparse. Entonces él se detuvo y le cruzó la cara con una bofetada, obligándola a guardar silencio.

Adrien escudriñó los alrededores, la calle estaba desierta. Salió de su escondrijo y como un rayo corrió hasta la pareja. Sujetó el brazo del tipo, que volvía a levantarlo para asestar otro golpe, y se lo retorció contra la espalda. Miró a la chica, tenía el pelo largo y castaño y unos ojos verdes que le recordaron a Kate, vaciló, no podía alimentarse de ella. Le hizo un gesto para que se marchara y la chica corrió musitando un *gracias*.

Empujó al tipo contra la pared. Lo agarró por el cuello, le dio la vuelta y lo empujó de nuevo.

—¿Pero qué te pasa, tío? Yo no te he hecho nada —dijo el hombre muy asustado.

—Los tipos como tú sois escoria. ¿Te gusta pegar? ¿Por qué no me pegas a mí? Venga, inténtalo con alguien de tu tamaño.

—¿Qué? ¿Es por eso? Solo es una ramera. —El hombre se encogió cuando Adrien se inclinó sobre él con un destello carmesí en los ojos—. Mira, si no eres poli, será mejor que me dejes tranquilo. Lo que yo haga no es asunto tuyo.

Adrien sonrió con soberbia.

—Voy a disfrutar drenando a un idiota como tú.

—¿Qué?

—Solo tendrás una oportunidad, será mejor que la aproveches —dijo con un siseo.

El hombre levantó los puños y lanzó un golpe que impactó en el rostro de Adrien, este ni se molestó en apartarse. Lentamente ladeó la cabeza para volver a mirarlo. Esbozó una sonrisa que era pura maldad.

—Me toca —susurró, y con la destreza de un depredador se abalanzó sobre el

hombre.

Lo cogió del pelo y le torció el cuello. Sus colmillos se desplegaron como los de una cobra y los hundió en la garganta de aquel inútil. Bebió con avidez, controlando en todo momento el flujo de la sangre. Percibiendo cada latido hasta que el corazón del hombre se detuvo con el último aliento y, con este, su esencia vital entró en Adrien como una corriente eléctrica de alto voltaje. Un rugido poderoso y terrorífico surgió de su garganta, la bestia estaba despierta.

Hacía calor, el bosque estaba cubierto de flores bajo la frondosa cúpula que formaban las copas de los árboles con sus hojas teñidas de rojo y marrón. Miles de mariposas revoloteaban de un lado a otro y unos finos copos de nieve flotaban como plumas en su lento descenso hacia el suelo. Era como si las cuatro estaciones se hubieran fusionado en aquel hermoso lugar, dándole un aspecto de fábula. Kate se llevó la mano a la cara y rozó los dedos de William que acariciaban su mejilla. Le sonreía.

—¿Vas a quedarte? —le preguntó.

De repente él se puso serio, retiró la mano poco a poco y dio un paso atrás.

—¡No, no, no, no te vayas! —suplicó Kate estirando el brazo hacia él, pero William no se detuvo, y dando media vuelta comenzó a alejarse sin mirar atrás.

Intentó correr tras él, pero sus pies parecían pegados al suelo. Una espesa niebla invadió el bosque. Giró sobre sus talones, buscando desesperada con la mirada. Comenzó a correr sin poder ver nada. Pero no le importó darse de bruces o caer por una de las pendientes de la montaña.

De repente la niebla desapareció, y ante Kate se materializó un largo pasillo de paredes blancas, repleto de puertas también blancas, a un lado y a otro. Acertó a ver como William desaparecía por una de ellas. Corrió hacia la puerta, la empujó con fuerza y entró a otro pasillo idéntico al anterior. La escena volvió a repetirse y cada vez que ella entraba a un nuevo corredor, él desaparecía por una de aquellas puertas sin poder alcanzarlo.

Comenzó a llorar, las lágrimas enturbiaban sus ojos y no podía ver por dónde pisaba, aun así continuó corriendo, cada vez más deprisa. El blanco pasillo comenzó a difuminarse, transformándose de nuevo en una espesa niebla que la envolvía sin apenas dejarla respirar. Era tan fría que la piel le dolía como si se estuviera congelando, pero lo que de verdad se estaba entumeciendo era el interior de su pecho. Sentía la escarcha solidificando su corazón, sus pulmones, y cómo ascendía por su garganta. Intentó llamar a William, gritó su nombre. Sin embargo, de su boca solo salieron trocitos de hielo tan rojos como la sangre.

Volvió a gritar completamente aterrada.

Abrió los ojos, justo cuando la puerta de su dormitorio se abrió de golpe y Adrien traspasaba el umbral. El chico cruzó como una exhalación el cuarto y la

tomó por los brazos.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, solo ha sido una pesadilla —respondió parpadeando varias veces para aclarar su visión.

Adrien le acarició las mejillas. Entonces notó que estaban húmedas, que estaba llorando, y volteó la cabeza para esconder su rostro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Kate cubriéndose con la sábana.

—Te oí gritar.

—¿Sí? Lo siento, siento haberte despertado.

—Tranquila, estaba leyendo un rato.

Kate se acomodó sobre las almohadas y forzó una sonrisa. Adrien se la devolvió y se levantó de la cama sin prisa.

—¿Quién es él? El hombre al que llamabas —aclaró al ver la cara de sorpresa de Kate.

—Ya te he dicho que era una pesadilla.

—¿Es él el culpable de que siempre estés tan triste? —preguntó sin conseguir que su voz sonara con tono indiferente.

Kate se levantó de la cama como un resorte. Se llevó una mano al pecho y con la otra se masajeó la nuca con nerviosismo.

—Eso no es asunto tuyo —respondió.

Adrien la observó fijamente en aquel incómodo silencio. No podía apartar la vista de sus manos, tan hermosas y pálidas, ni de la piel que rozaban en ese momento. Pura seda envolviendo su tesoro más valioso, litros de exquisita sangre cálida y dulce. Podía oírla fluir a través de las venas, un torrente rápido y desbocado a causa de los nervios que agitaban su corazón.

—No le importas, Kate. Y no va a volver —dijo de pronto.

Kate se quedó petrificada.

—¿De qué hablas?

—De ese novio que dices que tienes. No va a volver.

—¡Qué sabrás tú! Volverá en cuanto solucione unos asuntos familiares.

—Ya, y por eso gritas en sueños, suplicándole que no te deje. No te quiere.

—Tú no lo conoces. Tú no sabes nada.

—Este es un pueblo pequeño, la gente habla.

—¡Pues la gente tampoco sabe nada! —le espetó.

Adrien se encogió de hombros.

—Puede que no, pero te diré lo que yo sé. ¿Cuánto ha pasado? ¿Más de un mes? Desde que volviste sola. Si ese tío te quisiera de verdad, no podría vivir separado de ti, no soportaría no verte. Lo sé, porque yo no podría.

Kate cerró los ojos y sintió que el mundo se encogía a su alrededor, hasta tal punto que la asfixiaba. Se acercó a la ventana y contempló el lago con sus aguas plateadas mecidas por la brisa. Tuvo el impulso de gritarle a Adrien que William

la había dejado porque la quería demasiado, pero eso no era fácil de entender si no conocías la historia completa, y desde luego no iba a contársela.

—No tienes derecho a opinar sobre mi vida.

—Oí la conversación que tuviste con tu amiga en la cocina.

Kate se volvió dando un respingo. Adrien estaba justo detrás de ella y no lo había oído moverse.

—Le dijiste que me habrías besado si no nos hubiera interrumpido —añadió Adrien con voz ronca.

Kate dio un paso atrás, pero Adrien acortó la distancia arrinconándola sin pretenderlo contra la ventana.

—No tomes al pie de la letra todo lo que digo —contestó ella, y se aclaró la garganta.

Adrien apoyó las manos sobre el marco y el cuerpo tembloroso de Kate quedó entre sus brazos. Sus ojos se clavaron en su boca, respiró hondo como si estuviera tratando de reunir fuerzas y volvió a mirarla a los ojos.

—Ibas a besarme —insistió él.

—No hubiera significado nada.

—Yo creo que sí y eso te asusta —susurró acercándose más hacia ella hasta casi rozarle la oreja con los labios.

—¿Qué pasa, Adrien? ¿Te has cansado de jugar con Amanda y ahora quieres a la pobre chica abandonada para entretenerte?

El vampiro sacudió la cabeza, intentando controlar su temperamento.

—No me juzgues solo por lo que ves. Sé lo que piensas de mí, pero te diré una cosa, únicamente has visto lo que yo he querido mostrarte. No soy como imaginas.

—¿Y cómo eres?

—Mírame a los ojos y dímelo tú —susurró.

Kate clavó su mirada en él, la tristeza de su rostro le arrebató el aire de los pulmones.

—Te escondes tras una máscara, interpretas un papel.

—Al igual que tú —suspiró él.

—Entonces, déjame conocerte, deja que compruebe cómo eres en realidad.

Adrien se inclinó hacia ella y la besó en la frente, al separarse sus ojos destellaron un instante como si fueran de plata fundida y los apartó rápidamente.

—Creo que la verdad te gustaría aún menos. —Le dio la espalda y se acercó a la mesa, tomó la foto de William, la miró un momento y volvió a dejarla.

—Desde que te vi la primera vez, algo me hizo mantener las distancias. No creo que estés aquí de vacaciones, ni que seas quien dices que eres, y mi instinto me pide que no confíe en ti.

Adrien soltó una risa amarga.

—Hazle caso.

—Dime por qué estas aquí.

—No tiene que ver contigo. Y pronto me iré, así que no compliquemos las cosas.

—Pero quieres opinar sobre mi vida, involucrarme en la tuya y enrollarte conmigo, a pesar de que vas a marcharte.

El chico se dio la vuelta y la miró.

—Sí, quiero enrollarme contigo y me muero por besarte en este momento, y te juro que me quedaría si pudiera. Y aunque no quieras reconocerlo sé que anoche pasó algo entre nosotros que complica mucho mi situación. También sé que crees estar enamorada de ese tipo y que tienes el corazón roto. —Hizo un gesto desdenoso con la cabeza hacia la fotografía de William—. El mío se consumió hace tiempo y mi alma está hecha pedazos. No sé si te has dado cuenta, pero somos el uno para el otro.

Kate se quedó inmóvil. Boquiabierta, no dejaba de pensar en una cosa, Adrien era mucho más de lo que dejaba entrever y aquello que ocultaba no era la receta de la felicidad absoluta, más bien al contrario. Puede que en el fondo no fueran tan distintos, y tenía la sensación de que ninguno de ellos podía hacer otra cosa que sobrevivir a cada día. Adrien era infeliz por algún motivo que desconocía, tan infeliz como lo era ella. Era evidente que ocultaba algún secreto, al igual que ella. Y estaba desesperado por encontrar la fórmula que aliviara su dolor, al igual que ella.

Estaba segura de sus sentimientos hacia William. Él era su vida y sin él solo era un conjunto de piel, carne y huesos, que funcionaba por impulsos nerviosos que controlaba su cerebro y en los que ella no podía influir. Pero a pesar de esa seguridad, Adrien acababa de colarse dentro de su pecho como un sople de aire. Recordó el encuentro en la cocina, durante esos escasos minutos se había olvidado por completo de todo. Sí, en el fondo quería besarlo, comprobar qué sentiría al hacerlo, porque cuando estaba con él, el vacío de su pecho no era tan profundo. Sin embargo, ni siquiera pensaba intentarlo, estaría usando a Adrien como si fuera un salvavidas al que aferrarse para mantenerse a flote, y eso no sería justo para ninguno de los dos. Y él debió de pensar lo mismo, porque de repente maldijo por lo bajo.

—Mierda, no debería estar haciendo esto. Olvida que hemos mantenido esta conversación —masculó dirigiéndose a la puerta.

A la mañana siguiente, Kate y Adrien coincidieron en la cocina durante el desayuno. No pronunciaron una sola palabra más allá del *gracias* o *por favor*, pero sus ojos se cruzaron infinidad de veces, expectantes, inquietos, contenidos.

Kate sostuvo su segunda taza de café con las dos manos y sorbió, el oscuro líquido le quemó los labios. Siseó por lo bajo y apartó la taza. En ese momento Adrien se acercó a la mesa y le sirvió un poco de leche fría.

—Prueba ahora —dijo.

Kate tomó de nuevo la taza y, sin apartar los ojos del rostro serio y la belleza etérea de Adrien, bebió un largo trago de café.

—Gracias.

—No hay de qué. Creo que voy a ir un rato al pueblo —señaló mientras sacaba del bolsillo de su pantalón las llaves de la moto.

El tiempo se le echaba encima y tenía que encontrar ese cáliz. En el diario había un par de pistas menos que fiables, pero era lo único que tenía.

—Sí, y yo también tengo que ir, he de hacer unas compras —comentó ella.

—Si necesitas ayuda, llámame, estaré encantado de echarle una mano.

—¡Claro, tengo tu número, te llamaré si necesito algo! —dijo tratando de mostrarse natural.

—Bien. Entonces, será mejor que me vaya.

—Sí, y yo también debería ponerme en marcha —dijo Kate levantándose de la silla. Sintió el impulso y su boca habló sin pedirle permiso a su cerebro—. Si quieres podemos ir juntos.

Adrien se detuvo en el umbral, giró su rostro peligrosamente atractivo hacia ella.

—Me encantaría —respondió con una sonrisa. El cáliz tendría que esperar.

La hora del almuerzo llegaba a su fin y las mesas del café comenzaban a vaciarse. Mandy recogía los platos y Lou salió de detrás del mostrador para encender el cartel luminoso de la entrada del establecimiento. El cielo había cambiado su color azul de la mañana por un gris plomizo que anunciaba tormenta, y el paisaje comenzaba a sumirse en una agobiante penumbra.

Kate engulló el último trozo de su tarta de chocolate y dejó el tenedor en el plato con un sonoro suspiro de estar saciada.

—¿Quieres otro? —preguntó Adrien con una sonrisa satisfecha.

—¡No, o tendré que usar un calizador para ponerme estos pantalones! —respondió con las manos en la barriga.

—Estás muy delgada, te vendría bien coger un poco de peso —le hizo notar él, mientras se inclinaba sobre la mesa y empujaba su plato intacto hacia ella.

—Llevas tres días atiborrándome como si fuera el pavo de Acción de Gracias, en cambio tú apenas comes nada —replicó empujando el plato hacia él.

—La culpa es tuya —dijo el chico. Tomó un trocito de tarta con el tenedor y se lo ofreció a Kate—. Me encanta verte comer y acabo olvidándome de mi propio apetito.

De repente sintió la garganta seca, la sed se arremolinaba dentro de él opresiva y ansiosa. Se estaba descuidando, tres días sin alimentarse eran demasiados. Pero el problema no residía exclusivamente en la falta de sangre, sino en la adicción que sufría desde hacía un año cuando desangró al primer

humano hasta la muerte.

Era un adicto a la esencia vital de los mortales. Intentaba controlarla y, cuando no era capaz de soportarlo más, elegía a sus víctimas con mucho cuidado. Indigentes a los que nadie echaría de menos, tipos violentos a los que eliminaba haciendo un gran favor a la sociedad. Pero en alguna ocasión, sus instintos, la rabia y la crueldad que corrían por sus venas, lo habían obligado a matar a inocentes.

—Hicimos un trato, nada de coqueteos —le recordó Kate apuntándole con el dedo.

—No estoy coqueteando —replicó él entre risas y se llevó el trozo de tarta a la boca.

Se miraron un instante en silencio, entonces él se inclinó sobre la mesa y le guiñó un ojo con aire seductor.

—¡Dios mío, eres imposible! —exclamó Kate arrojándole la servilleta.

Él la atrapó al vuelo sin dejar de reír.

Un trueno hizo vibrar los cristales, ambos miraron hacia la calle justo cuando un rayo iluminaba la creciente oscuridad. Otro trueno aún más fuerte que el anterior resonó en sus oídos.

—Deberíamos irnos o nos mojaremos de camino a Moonlake —dijo Kate.

—Demasiado tarde —anunció el chico.

Unas enormes gotas comenzaron a caer. La puerta se abrió y Carol y Emma entraron sacudiéndose el agua del pelo.

—¡Eh, hola! —saludó Carol con la mano al verlos, y se encaminó con paso rápido hacia ellos—. No os imagináis la que se avecina, parece el fin del mundo.

—Debería buscar un sitio para resguardar la moto —dijo Adrien clavando sus ojos negros en Kate.

—Puedes guardarla en la parte de atrás hasta que pase la tormenta —le sugirió Lou desde el mostrador y le lanzó un manojito de llaves—. Es la más pequeña.

—Gracias —respondió Adrien atrapándolas en el aire y miró al hombre como si le hubiera sorprendido su amabilidad.

—No hay de qué. Date prisa o te mojarás, y aquí no tengo ropa que te sirva.

Adrien asintió con la cabeza.

—Enseguida vuelvo —le dijo a Kate y salió como un rayo.

Ella lo observó hasta que desapareció. Entonces sintió las miradas de Carol y Emma en su espalda. Se dio la vuelta soltando un suspiro y encaró a sus amigas con una sonrisa.

—Os vimos anoche —canturreó Carol apoyando los codos en la mesa.

Kate frunció el ceño con expresión interrogante.

—También fuimos al cine —aclaró Emma, encogiéndose de hombros con un gesto de *no le hagas caso*.

—Y también os vimos en el parque —continuó Carol—. Y Tanya os pilló en Campton hace un par de noches, en ese restaurante italiano de la plaza.

—¿Y? —replicó Kate sentándose con ellas a la mesa.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Carol de repente.

—¿Perdón?

—Tienes que contarme cómo haces para ligarte a unos tíos que están tan buenos. Por cierto, no sabía que habías roto con tu novio, William, ¿no? Ya decía yo que no se le veía por aquí. Pero este también es muy guapo, completamente opuesto, pero igual de guapo.

—¡Carol! —la reprendió Emma con una dura mirada.

Kate deseó que la tierra se abriera bajo sus pies y se la tragara. Una piedra tenía más vida que ella en ese momento. Solo escuchar su nombre la dejaba paralizada y la sumía en la más absoluta desolación. Miró en derredor buscando a su salvavidas, pero él se retrasaba.

—Yo no he roto con nadie —acertó a decir en voz baja.

—¡Ah, perdona! —se disculpó Carol ahogando una exclamación con la mano—. Pero eso es genial. Porque significa que tu amigo está libre. ¿Hace mucho que os conocéis? Podrías presentármelo.

—No, apenas le conozco, solo se hospeda en la casa por unos días. Y sí, podría presentártelo —respondió Kate como una autómatas, completamente abrumada.

Algo golpeó la puerta de entrada. Las tres se giraron sobresaltadas, al igual que Lou y Mandy que en ese momento preparaban las mesas para la cena. Un tipo con pantalones de cuero y una camiseta sin mangas entró dando tumbos. Tenía las orejas repletas de piercings y los brazos de tatuajes. Otros dos tipos aparecieron tras él y recorrieron con mirada maliciosa el local.

—Eh, viejo —dijo uno de ellos a Lou—. ¿Tienes tequila?

Lou esbozó su mejor sonrisa. Sin embargo, no pudo disimular el miedo que le producían aquellos tipos.

—Lo siento, chicos, pero aquí no tenemos bebidas tan fuertes. Además, ya estábamos cerrando.

—Ahí fuera está diluviando, ¿vas a echarnos, viejo? —intervino otro de los tipos en tono amenazante.

—No, por supuesto que no —respondió Lou desviando la mirada.

—Bien, entonces ponnos unas cervezas, porque de eso supongo que sí tendrás.

Lou asintió y se dirigió como un rayo hacia el mostrador, lo rodeó y en pocos segundos puso tres botellas sobre él.

—Aquí tenéis, invita la casa. —Hizo un gesto disimulado a las chicas para que se largaran cuanto antes. No le gustaba el aspecto de aquellos hombres y mucho menos su actitud. Y aquellas no parecían las primeras cervezas que tomaban en el día.

Las tres se levantaron despacio y sin decir una palabra se encaminaron a la salida. Kate, con los ojos clavados en el suelo, iba la primera. Un grito escapó de su boca cuando uno de aquellos tipos se giró en el taburete que ocupaba y le cortó el paso con la pierna.

—Hola, preciosa, ¿os marcháis tan pronto? —preguntó. Tenía la cara llena de marcas y las disimulaba con una barba.

Kate dio un paso atrás y sin levantar la vista del suelo asintió.

—Tenemos prisa, así que si me disculpas.

—No sé, ¿qué dices tú, Chad, las disculpamos?

El otro tipo sonrió. También se giró y apoyó el pie en la mesa que tenía enfrente, encerrando a las chicas entre sus amigos y las mesas. Su boca se curvó con una sonrisa arrogante y negó con la cabeza mientras se ajustaba unas gafas de sol.

—¡Vaya, qué lástima, Chad no quiere disculparos!

—Por favor, no queremos problemas, déjanos salir —dijo Emma con nerviosismo.

—¿Quién está hablando de problemas? —dijo el primer tipo—. Nos preocupamos por vosotras. Está lloviendo y si os mojáis, con tan poquita ropa, os vais a resfriar —ronroneó comiéndose con los ojos a Carol con su pantaloncito corto y su top de tirantes.

—Dejad que las chicas se marchen —intervino Lou, su voz sonó vacilante, tanto como sus puños apretados que no dejaban de temblar.

—¿Y si no qué, viejo? —bramó Chad.

Kate dio un respingo y su corazón se aceleró asustado. El hombre acababa de rodearle los hombros con el brazo. Olía a sudor y alcohol, y se le revolvió el estómago.

—Venga, preciosa, siéntate sobre mis rodillas y echemos un trago.

—No —dijo Kate intentando apartarse. Las carcajadas de los hombres le pusieron la piel de gallina.

—No te lo estoy pidiendo —replicó el tipo entre risas. La agarró por la cintura y tiró de ella para sentarla sobre él.

—Déjala —lloriqueó Emma.

La puerta se abrió de golpe y una corriente fría inundó el local. Adrien ocupaba el umbral, proyectando una sombra enorme en el suelo.

«Por favor, que no se haga el valiente o estos tipos le darán una paliza», pensó Kate, que rogaba con todas sus fuerzas para que él se diera la vuelta y saliera corriendo a llamar a la policía. Pero no lo hizo, entró y la puerta se cerró tras él sin que nadie la tocara.

—Suéltala —dijo entre dientes Adrien.

—¿Qué? ¿Habéis oído algo, chicos? —preguntó con sarcasmo el hombre que sujetaba a Kate. Sus compañeros le respondieron con una sonora carcajada.

—No —respondieron.

—Malditos pijos de ciudad, se creen que el mundo se hizo para ellos —masculló el hombre acariciando el lóbulo de Kate.

Adrien entornó los párpados y sonrió. Lentamente comenzó a mover la cabeza de un lado a otro.

—Deberías elegir con más cuidado a quién provocas. Después no digas que no te avisé —dijo con una voz tan profunda que parecía surgir de su estómago.

Clavó los ojos en sus presas y con paso decidido acortó la distancia que los separaba, mientras los tres hombres se ponían en pie saltando por encima de las chicas para enfrentarse a él.

Carol y Emma aprovecharon el momento para salir corriendo hacia la puerta de atrás, seguidas de Lou y Mandy.

Kate no los siguió, incapaz de mover un solo músculo, pero no por la pelea. Esa parte se le escapaba porque sus ojos no podían apartarse de los de Adrien. Habían cambiado de color, seguían siendo oscuros, pero un círculo plateado los enmarcaba con un brillo extraordinario. Su respiración se aceleró hasta que temió que podría desmayarse por estar hiperventilando.

Notó como el aire se electrificaba. ¡Por Dios, los electrodomésticos desprendían tenues rayos, como si fueran bolas de plasma! También se percató del frío que sentía, era agosto y estaban junto a una cocina en la que los fogones y el horno trabajaban a pleno rendimiento, pero aquel lugar estaba a punto de cubrirse de escarcha si la temperatura bajaba un par de grados más.

El guión de la película tomó forma en su mente, y no, esta vez no estaba paranoica, todo era real, tangible. Y si estaba en lo cierto, el mismo chico dulce y seductor que en los últimos días había conseguido rescatarla de la más profunda de las tristezas, era ahora uno de los seres más peligrosos que caminaban sobre la faz de la tierra, y aparentemente también su enemigo.

Uno de los tipos golpeó a Adrien en la cara y, al mismo tiempo, otro estrelló una silla contra su espalda, pero él no se movió ni un milímetro. Kate ahogó un grito cuando el tercero le clavó un enorme cuchillo de cocina por debajo de la clavícula. El vampiro no se inmutó, se lo arrancó con la mano derecha y lo lanzó al suelo, hundiéndolo en la madera hasta el mango.

Kate se estremeció por el miedo, todo su cuerpo se puso en alerta. Nadie debía ver aquello, nadie podía sospechar de la naturaleza sobrenatural de Adrien. Debía protegerlo y con él a los Solomon, a Stephen, a Marie, a todos. Primera norma del pacto, no llamar la atención entre los humanos. Aunque no estaba segura de si Adrien servía al pacto.

Sus miradas se encontraron un instante y tuvo la sensación de que él se había estado conteniendo por la misma razón, o puede que lo hiciera por ella, por no mostrarle su verdadera cara.

Uno de los tipos lo embistió y otro aprovechó para lanzarle una lluvia de

puñetazos.

De repente una luz blanca estalló en el local y el grito que surgió de la garganta de Adrien pareció congelar el tiempo. Las mesas y las sillas vibraban como si tuviera lugar un terremoto. Movi6 una mano en direcci6n a Chad y este sali6 despedido contra la pared por una fuerza invisible. Lo mismo ocurri6 con el otro tipo, que cay6 sobre las mesas con estr6pito.

Adrien fij6 su atenci6n en el tipo que haba tocado a Kate, intentaba llegar hasta la puerta. Se desmaterializ6 y apareci6 de nuevo cort6ndole el paso, justo cuando estiraba el brazo para agarrar el picaporte. Lo aferr6 por el cuello y sin ning6n esfuerzo lo arrastr6 hasta el centro del local. Con un r6pido movimiento levant6 su cuerpo en el aire y lo estrell6 contra el suelo. Apret6 con fuerza la garganta de aquel tipo, que empez6 a ponerse morado con los ojos inyectados por el p6nico y a boquear.

Cualquiera en su sano juicio se hubiera marchado de all6, pero Kate no. La escena parec6a congelada: Adrien sobre aquel tipo con los ojos cerrados y su pecho subiendo y bajando con r6pidos jadeos, como si intentara tranquilizarse. Pero ella tuvo la sensaci6n de que no le estaba funcionando, porque un aire fr6o giraba a su alrededor como un remolino y sus colmillos desplegados asomaban entre sus labios. Estaba paralizada por el miedo, pero sab6a que deb6a intervenir.

—Adrien, su6ltalo, si lo matas habr6 muchas cosas que explicar.

6l abri6 los ojos y ella dio un respingo hacia atr6s. Exhalaban maldad, pura perversidad y otro sentimiento que no era capaz de descifrar. Deseo, era deseo, ¿pero qu6 tipo de deseo? Con determinaci6n se acerc6 a 6l.

—¡No te acerques! —grit6 Adrien—. No consigo controlarme y no quiero hacerte da6o. Vete, vete de aqu6.

—No.

—Te lo suplico, vete. Tengo que hacerlo y no quiero que lo veas.

—¿Hacer qu6?

—Desangrar a este animal hasta que me entregue su 6ltimo aliento —respondi6 con voz ronca. Le volte6 el cuello, exponiendo la yugular.

—Si necesitas sangre, puedo conseguirla. Deja que se vaya.

—No es solo la sangre, necesito su... —Dej6 caer la cabeza como si le pesara una tonelada.

El hombre se hab6a desmayado por la falta de aire.

—Adrien, solo me ir6 si vienes conmigo, as6 que t6 decides.

6l la mir6 un instante, exhal6 bruscamente como si el aire le quemara en los pulmones.

—Lo siento, esto es m6s fuerte que yo.

Entreabri6 los labios y sus colmillos surgieron como los de una serpiente, dispuesto a arrebatarle a aquel tipo lo que su cuerpo le ped6a.

Kate no lo pens6, 6nicamente sab6a que Adrien no pod6a alimentarse de aquel

hombre y mucho menos allí. Las sirenas de la policía sonaban cada vez más cerca. Vio el cuchillo de cocina clavado en el suelo, lo agarró del mango y lo sacó con un fuerte tirón que casi la hizo caer de espaldas. Con determinación se hizo un corte en la palma de la mano. La sangre brotó profusa y goteó en el suelo.

Adrien reaccionó inmediatamente, con un gruñido se levantó del suelo y se abalanzó sobre ella, aplastándola contra la barra. La agarró por la muñeca y acercó la mano a su cara. La sangre resbalaba a lo largo del brazo y el olor metálico y salado colmó el aire como una densa niebla, mareándolo.

Kate no podía apartar los ojos de su rostro feroz, preguntándose por qué había cometido aquella locura, no confiaba tanto en él. Pero entonces, Adrien agarró una servilleta de la barra y le envolvió la mano con ella, presionando para detener la hemorragia. Le temblaban las manos, los labios, y hacia todo lo posible para no mirarla a la cara. Le tomó el rostro entre las manos y apoyó la frente sobre la de ella con los ojos cerrados.

—Estás completamente loca —susurró sobre sus labios, y desapareció como lo haría el humo arrastrado por el viento.

La luz rojiza del crepúsculo inundó la habitación a través de las ventanas. William se levantó de la silla que había estado ocupando las últimas horas y se acercó a la puerta del baño. La golpeó con los nudillos.

—Es la hora —gritó. A continuación cogió su bolsa de viaje, la abrió sobre la cama y sacó un par de dagas que guardó bajo su camiseta.

La puerta del baño se abrió y Robert apareció desnudo de cintura para arriba, la expresión de su rostro dejaba a las claras que estaba de un humor de perros.

—Si tengo que volver a pasar una hora más en un sitio como ese, te despellejo —dijo enfurruñado.

—Perdonad, majestad. Pero el baño era el único lugar sin ventanas.

—Podías haber buscado otro sitio. Esta habitación parece un solárium con tantas ventanas. Seguro que en el pueblo hay algún lugar donde un vampiro pueda descansar tranquilo.

William le dio la espalda con los ojos en blanco.

—La próxima vez dejaré que te achicharres en una suite de lujo, ¿contento?

—Vete a la mierda.

—¿Desde cuándo eres tan quejica? —preguntó William y le dio un empujón a Robert mientras este se abotonaba la camisa.

—No soy un quejica, pero me gustan las comodidades —respondió devolviéndole el empujón.

—Me alegro de que estés aquí.

—No intentes hacerme la pelota, William. Soy el mayor y siempre cuidaré de ti, ese es mi deber.

—Lo único bueno de todo esto ha sido saber que de verdad eres mi hermano, que compartimos la misma sangre.

Robert también guardó un par de dagas bajo su camisa. Se acercó al minibar en silencio, sacó una botella, desenroscó el tapón y dio un largo trago. Frunció los labios con una mueca de asco al tragar la sangre demasiado fría, y le pasó la botella a William.

—La noche que naciste fue la peor de toda mi vida —empezó a decir. Sonrió al ver el gesto de William—. Nos habíamos trasladado a Waterford porque no teníamos constancia de que allí hubiera vampiros, y así podríamos pasar

desapercibidos y mantenerte oculto tras tu nacimiento. El parto se complicó, por lo visto venías de nalgas y ni Sebastian ni yo sabíamos qué hacer. Cuando por fin naciste, no respirabas, estabas muerto, William. —Suspiró concentrado, como si estuviera reviviendo aquellos momentos y le causaran el mismo dolor que en aquel entonces—. Sebastian te puso en mis brazos mientras él atendía a Aileen, y yo no podía dejar de mirarte. Eras mi carne, mi sangre, un milagro, y yo te deseaba. Te necesitaba como los humanos el aire, porque mi vida estaba dejando de tener sentido. Nada me ataba a este mundo y comenzaba a sumirme en mi propia oscuridad. Pero tú eras el futuro que yo necesitaba, mi propósito en la vida, y te habías apagado antes de que pudiera conocerte.

» Estaba a punto de amanecer, te envolví en una manta y salí afuera. Me dirigí a la playa, decidido a esperar el sol para reunirme contigo. Te abracé muy fuerte, mientras el maldito astro despuntaba en el horizonte, y entonces abriste los ojos, me miraste y tu boca se curvó con una sonrisa. Me salvaste la vida. Me juré que siempre te protegería y he intentado cumplir mi promesa. Aunque tú no me lo has puesto nada fácil —sonrió.

Se quedaron en silencio. La habitación del hotel se había sumido en la penumbra y la luz de las farolas se colaba a través de la ventana proyectando sus sombras en la pared.

—Gracias —dijo William tras unos segundos—. Gracias por cuidar de mí.

Robert no respondió, se acercó a su hermano y le dio un golpe cariñoso en la nuca. William se lo devolvió en el hombro. Al final acabaron fundidos en un rápido abrazo.

—Vamos a buscar a ese Elijah —dijo Robert revolviéndole el pelo.

La vieja casona se encontraba a las afueras de Providence. Aparcaron el Porsche frente a la valla de madera y permanecieron unos instantes en su interior, estudiando con ojos atentos los alrededores.

—¿Sabías que la mayor parte de renegados se encuentran en este país? —preguntó Robert sin apartar la vista de la ventanilla.

William no contestó, pero puso toda su atención en él.

—Calculo que unos trescientos y, gracias a Amelia, casi todos ellos creen que soy su señor, que soy un psicópata sanguinario que traerá de nuevo los viejos tiempos. No sé si tendré estómago para continuar con la farsa, pero voy a acabar con todos ellos y tú me ayudarás. Traeremos a los mejores Guerreros, y adiestraremos a otros. Va siendo hora de que la familia gobierne este país como debería haberlo hecho desde un principio. ¿Qué me dices?

William sonrió con un brillo acerado en los ojos.

—Cuenta conmigo. —Sacudió la cabeza mientras alzaba las cejas—. Siempre y cuando sobrevivamos a los ángeles, a los demonios y quién sabe a qué más.

—Eso no será ningún problema. Ellos nos subestiman y no tienen idea de cómo las gasta un Crain cabreado —dijo mientras bajaba del coche—. Bien,

recapitulemos. Se supone que este tipo es una especie de fanático obsesionado con Lilita que ha pasado sus novecientos años investigando sobre ella. Cree en la existencia del cáliz y puede que sea el único que realmente sospeche dónde se encuentra.

—A grandes rasgos, eso es lo que nos dijo Silas.

Una ráfaga de fuerte viento agitó las ramas de los robles sobre sus cabezas. Cruzaron la calle y sortearon las zarzas y la maleza que crecían salvajes en el jardín delantero de la casa. Una contraventana se había soltado en parte de sus bisagras y golpeaba insistentemente contra la pared desconchada. Debía de hacer años que nadie la pintaba.

—Bonito lugar —murmuró Robert mientras llamaba a la puerta con los nudillos. Nadie respondió y volvió a insistir—. ¿Habrá salido?

—No, está ahí —dijo William en voz baja—. Es otra de mis virtudes —aclaró con ironía ante la mirada interrogante de su hermano.

Robert insistió de nuevo y no hubo respuesta. Sin dudar dio un paso atrás para echar la puerta abajo de una patada.

—¿Qué haces? —preguntó William apartando a su hermano de un empujón.

—Entrar.

—¿Y crees que después de irrumpir en su casa echando la puerta abajo querrá ayudarnos?

Robert suspiró ante la evidencia. Hizo un gesto con su brazo invitando a William a que lo intentara.

—Elijah... Elijah, nos envía Silas, dijo que tú podrías ayudarnos. —Silencio —. Sabemos que no hay nadie más que posea tus conocimientos, y necesitamos tu ayuda.

—¿Quiénes sois? —preguntó una voz en lenguaje antiguo al otro lado de la puerta.

—Somos William y Robert Crain, somos...

—Sé quienes sois —replicó la voz. La puerta se abrió y un anciano apareció en el umbral mirándolos con desconfianza—. ¿Y qué se le ha perdido a nuestros regios príncipes en estas tierras? —preguntó en tono mordaz.

—Se trata de Lilita, para ser más exactos, del cáliz de Lilita —respondió William usando también el lenguaje antiguo.

Elijah se apartó y los dejó entrar. Los guió hasta el sótano de la casa, que había sido transformado en una auténtica cámara acorazada con paredes de acero de cuarenta centímetros de grosor. Por mobiliario, solo había un sillón, un par de sillas, una mesa y un televisor sobre un taburete. Las paredes estaban atestadas de mapas antiguos, dibujos, paneles de corcho escondidos bajo capas y capas de anotaciones, recortes y fotografías. Los libros se amontonaban en el suelo, junto a una pequeña nevera y un microondas.

—Es curioso, durante siglos se me ha considerado un loco que perseguía una

quimera —dijo Elijah con una risita astuta—. Me llegaron a comparar con Arturo y su búsqueda delirante del Santo Grial, y ahora, en pocas semanas, todos creen en ese cáliz. No sois los únicos que habéis preguntado por él.

—¿Adrien ha estado aquí? —preguntó William.

—No sé su nombre, pero fue muy amable conmigo —respondió. Sonrió e hizo un gesto hacia la nevera.

Robert resopló y tiró la mochila que llevaba en la mano sobre la mesa, un par de bolsas de sangre quedaron a la vista. Elijah tomó las bolsas y las guardó en la nevera.

—¿El cáliz es real, existe? —preguntó Robert.

—¡Por supuesto! Con él Lilith alimentó a sus vástagos. Los vampiros de hoy no descienden de ella, pero fueron creados por sus hijos, transmitiéndoles la maldición a través de la sangre. ¿Qué os han enseñado? Sois príncipes y algún día seréis reyes, debéis conocer la historia para poder guiar a nuestra raza.

—Por nuestras venas corre su sangre, nosotros somos la historia —le espetó Robert clavando una mirada soberbia en el vampiro.

—Necesitamos que nos digas todo lo que sabes sobre ese cáliz, por favor —intervino William.

Elijah contempló a William en silencio, asintió con la cabeza.

—Está bien, os diré lo que sé, pero antes quiero que me hagáis una promesa. Si lo encontráis, quiero verlo, es la única condición.

William asintió aceptando el trato.

—De acuerdo. La primera pista real que tengo, es de un grupo de colonizadores ingleses que se instalaron en Virginia, en su cuaderno de viaje aparece una lista de pasajeros junto con sus pertenencias. Uno de los peregrinos, un hombre santo, portaba un cáliz negro. Seguí esa pista hasta Maryland, de ahí a Massachussets y por fin la búsqueda acabó en New Hampshire. Tengo constancia de alusiones a un cáliz negro en New Hampton, Plymouth y Heaven Falls.

William se estremeció al oír el último nombre.

—Yo no lo he encontrado —continuó Elijah—, pero eso no significa que vosotros no lo consigáis. Ese cáliz existe y está en alguna parte. No me interesa el motivo por el que lo buscáis, pero si dais con él, el rey debería cuidar de esa reliquia y darle el valor que merece.

—Y así será —replicó Robert esbozando una sonrisa inocente.

—¿Por qué será que no te creo? —preguntó Elijah y no había nada suave en el modo en que lo dijo.

—Suele pasarme a menudo, pero soy buen chico. Lo juro —respondió Robert levantando la mano derecha mientras esbozaba su mejor sonrisa.

Abandonaron la vieja casa en silencio.

—¡Qué cosas tiene la vida! El último lugar de la tierra que querías visitar, es uno de los tres sitios donde podría hallarse el cáliz —dijo Robert una vez en la

calle.

—Por eso irás tú —indicó William sin inmutarse.

—Podrías volver a ver a Kate.

William se giró hacia su hermano con el rostro crispado.

—¡Deja de una vez ese tema, Robert! —replicó exasperado—. No puedo volver a verla. Si lo hago no seré capaz de abandonarla de nuevo, ¿entiendes?

Robert se encogió de hombros dando por perdida aquella conversación. William era demasiado cabezota como para hacerlo entrar en razón, no en ese momento.

—¿Y ahora qué?

William resopló impaciente y empezó a mover la cabeza de un lado a otro.

—Bibliotecas, archivos municipales... No tengo ni idea... ¿Quién será? Nadie tiene este número —dijo William desconcertado mientras sacaba su teléfono móvil del bolsillo, sonaba insistentemente.

—Dime que estás en Heaven Falls —dijo una voz al otro lado.

—¿Samuel? No, no estoy en Heaven Falls.

—¡Maldición! ¿Dónde estás?

—En Providence. ¿Qué pasa?

—Escúchame y no hagas preguntas, no hay tiempo.

—Me estás asustando.

—Cuando escuches esto estarás jodidamente aterrado. Van a atacar a los chicos, a todos. Esta noche, poco después de las doce. Esa es la hora que marca el reloj que aparece en mi visión. Parece que se encuentran en un bar en la carretera, *Wildcat Grill*... creo que así se llama, no lo pude ver bien.

—Sí, lo conozco.

—Estarán allí, celebrando la despedida de Evan y Jill. Van a masacrarlos y no consigo contactar con ellos, con ninguno, es como si los teléfonos hubieran dejado de funcionar en ese maldito pueblo.

William se estremeció y miró a su hermano a los ojos.

—¿Quién va a atacarlos?

—No los he visto nunca. Pero son fuertes y peligrosos. Entre ellos se hacen llamar Anakim. Llevan la palabra tatuada en el brazo.

William se quedó de piedra y la historia que unos días antes le había relatado Silas pasó por su mente como una película.

—¡Tiene que ser una broma!

—¿Los conoces?

—Son Nefilim, Samuel. Y cazan a nuestras especies.

—¡Mierda! ¡Tienes que ir allí, tienes que llegar a tiempo!

William colgó el teléfono y miró el reloj.

—¿Lo has oído? —preguntó a Robert mientras aceleraba el paso hacia el coche.

—Sí. ¿Cuánto tardaremos en llegar a Heaven Falls?

—Demasiado.

Kate se alejó de Heaven Falls por la tranquila carretera que llevaba hasta el Wildcat Grill. Conducía deprisa, Jill la había amenazado con no dirigirle la palabra nunca más si le daba plantón en una noche tan especial, y ya llegaba con media hora de retraso.

En realidad no estaba para muchas fiestas. No dejaba de darle vueltas a la cabeza, repasando mentalmente las escenas de la tarde anterior.

No dejaba de preguntarse dónde se habría metido Adrien o si estaría bien, porque no había sabido nada de él desde su desaparición en el café. Se preguntaba quién sería realmente —aunque tenía una ligera idea sobre la respuesta a esa pregunta—, y hasta qué punto sus impresiones sobre él serían acertadas. Le costaba creer que la desesperación que había encontrado bajo su arrogancia y suficiencia fueran una mentira. Había captado su sufrimiento de una forma tan tangible, que le resultaba imposible imaginar que tal sentimiento se pudiera fingir.

La carretera comenzó a serpentear adentrándose entre las montañas y Kate se obligó a prestar más atención a su forma de conducir. En aquella zona, y sobre todo durante la noche, no era difícil cruzarse con más de un ciervo que surgía de la nada asustado por los faros de los coches.

A través del parabrisas miró hacia el cielo, no había luna, la oscuridad era absoluta y las estrellas brillaban en el cielo como diamantes. Era una noche preciosa.

Un rugido a su espalda la sobresaltó, a la vez que un foganazo de luz en el espejo retrovisor la dejaba momentáneamente ciega. Parpadeó y el corazón le dio un vuelco al comprender de quién se trataba. La moto negra se colocó a su lado, con un violento acelerón la adelantó y se puso al frente, controlando la marcha.

Continuaron así a lo largo de dos kilómetros, hasta que Adrien puso el intermitente. Se hizo a un lado de la carretera, donde el arcén se ensanchaba, y se detuvo por completo. Kate lo imitó, sacó la llave del contacto y se apeó del coche. Con el corazón en un puño fue hasta él, que acababa de quitarse el casco y lo estaba colgando del manillar.

—Te he llamado como un millón de veces. ¿Dónde has estado todo este

tiempo? —preguntó Kate.

—Hola —respondió nervioso. Metió los pulgares en los bolsillos y empujó una piedra con el pie.

—Hola. ¿Dónde estabas? Llevo todo el día sin moverme de casa por si aparecías.

—Lo sé —respondió lanzando rápidas miradas a su alrededor, como si esperara ver surgir algo de entre los árboles.

—¿Entonces por qué no...? Un momento, no has vuelto porque creías que te había delatado a los Solomon —señaló boquiabierto, dando por hecho que él ya sabía quiénes eran.

—Yo lo habría hecho.

Kate frunció el ceño, ofendida.

—Pues yo no, al menos hasta después de darte la oportunidad de explicarte.

—Debí suponerlo al ver cómo te comportaste en el café, fuiste muy valiente. Por cierto, ¿cómo tienes la mano?

—Bien, el corte no era profundo.

—Me alegro.

Kate sentía su corazón golpear contra las costillas mientras contemplaba lo que parecía la silueta de Adrien en la oscuridad. Y él la observaba a ella, lo sabía porque sus ojos brillaban como dos faros plateados.

—Tenemos que hablar —dijo Kate muy seria.

—Lo sé, pero es que... —Hizo una pausa y exhaló de golpe el aire que contenían sus pulmones—. No tengo ni idea de cómo empezar.

—¿Qué te parece si yo hago preguntas y tú respondes? —sugirió con tono vacilante.

Adrien no contestó, pero a ella le pareció que asentía con la cabeza.

—Tú eres el vampiro al que todos están buscando —no era una pregunta sino una afirmación.

—Sí.

—¡Pero tu corazón late, y yo lo sentí!

—No, Kate, no late. —Una sonrisa amarga curvó sus labios—. Se me da bien crear ilusiones.

—¿Quieres hacerme daño?

—¡No! A ti menos que a nadie.

—¿Estás aquí por William?

—Él no está aquí —respondió.

—¿Si estuviera intentarías hacerle daño?

—No —respondió sin dudar, porque esa era la verdad, no quería hacerle daño. Aunque se lo haría si no tenía más remedio, pero eso no iba a decírselo.

—Sé que William es la clave en algún tipo de plan demencial para que los vampiros... —Hizo un gesto exasperado—. No necesito contarte la historia, tú ya

la conoces, ¿no es así? —Él no respondió—. Tú formas parte de ese plan, quieres su sangre, ¿cómo piensas conseguirla sin hacerle daño?

—En el supuesto de que así fuera, hay otros caminos al margen de la violencia.

—No te la dará —su voz sonó suplicante—. ¡Por Dios Santo, Adrien! ¿Por qué estás metido en este disparate? ¿Te están obligando?

De repente un viento helado se arremolinó a los pies del vampiro. Maldijo por lo bajo y se despeinó el pelo con frustración. Las palabras se agolpaban en su boca y en ese momento odió más que nunca su vida. Apretó los párpados con fuerza cuando sintió las lágrimas titilando en sus ojos. Ella le hacía sentirse desnudo, como si su piel fuera transparente y sus sentimientos palpables bajo ella. Era absurdo que se sintiera así, el lazo emocional que había establecido con ella no era lógico. Porque en su interior no había cabida para otra cosa que no fuera la frialdad, incluso la crueldad de la que se alimentaba desde hacía tiempo para poder sobrevivir. Pero con ella todo su mundo se estaba poniendo patas arriba.

—Ya te he dicho que no quiero hacerle daño, eso debería bastarte.

—Pero no es suficiente...

—Esto ha sido un error —la interrumpió él, y dio media vuelta con intención de dirigirse a su moto y marcharse.

—¡Está bien, está bien! —exclamó Kate yendo tras él. Lo sujetó por el brazo con manos temblorosas, deteniéndolo—. Por favor. No insistiré.

Lo soltó y se abrazó los codos con nerviosismo, tratando de ordenar todo lo sucedido desde... ¡Dios, parecía que hiciera una eternidad desde que su vida se había cruzado con la de los vampiros!

Intentó concentrarse en lo que quería hacer, probablemente esa sería la única oportunidad que tendría de encontrar sentido a aquella locura. Incluso, si actuaba con la suficiente inteligencia, podría dar con la forma de pararla. Adrien nunca le había hecho nada, más bien al contrario; casi mató a aquellos tipos la tarde anterior para salvarla. Si conseguía llegar hasta él, conocer la razón que le movía...

Él se giró muy despacio y hubo un largo silencio, cada segundo se hizo eterno. Kate esperó hasta que sus miradas volvieron a encontrarse en la oscuridad, tragó saliva y continuó.

—¿Qué pasa con los Solomon? Ellos son como una segunda familia para mí.

—No tengo nada en su contra. Si no se cruzan en mi camino, yo no me cruzaré en el suyo.

—¿Entonces qué haces aquí?

Adrien negó con la cabeza y bajó los ojos al suelo con disgusto. No podía contestar a esa pregunta. Como si de un truco de magia se tratara, su piel pareció emitir un leve resplandor que iluminó de forma muy tenue sus rasgos.

Kate, boquiabierta por la imagen, se obligó a concentrarse. Observó apenas su rostro irresistiblemente hermoso, que en aquel momento reflejaba una profunda amargura.

—Bien, lo intentaré con otra. ¿Lo tenías planeado? Me refiero a instalarte en mi casa y convertirte en mi amigo.

—¿Me consideras tu amigo? —preguntó sorprendido mientras levantaba la mirada del suelo. El cambio de humor hizo que su luz se apagara y que quedara sumergido de nuevo en la oscuridad. Ella asintió—. Te juro que no lo planeé, la idea era mantenerme alejado. Pero la casualidad hizo que nos encontráramos en esa calle y después que aparecieras en la cafetería, y una cosa llevó a la otra. Yo quería que continuáramos hablando, me gusta el sonido de tu voz. Y pensé que merecía la pena correr el riesgo, a pesar de lo mucho que me exponía a tus amiguitos inmortales —pronunció las últimas palabras con un deje mordaz.

—¿Te gusta mi voz? —pestañeó extrañada.

Adrien sonrió con tristeza, pero la oscuridad impidió que ella lo viera.

—Entre otras muchas cosas —murmuró tras un instante.

Kate se revolvió incómoda, la extraña conexión que habían establecido la hacía sentirse culpable. Inexplicablemente, Adrien le caía bien, le había cogido cariño. No solo eso, necesitaba su amistad, y sí, el sentimiento que le oprimía las costillas en aquel instante era preocupación. Sin embargo, la certeza de que esos sentimientos no eran correctos la agobiaba, sentía que los estaba traicionando a todos: a los Solomon, a los Crain... a William.

—Te creo cuando dices que no quieres hacer daño a nadie, pero será mejor que termines cuanto antes con eso que te ha traído hasta aquí y que te marches. Aquí corres peligro. Si mis «amiguitos inmortales» te encuentran, no se lo pensarán dos veces, intentarán matarte sin darte la más mínima oportunidad para que te expliques.

—¿Te preocupas por mí?

—Mas bien por ellos. No sé por qué, pero creo que llevan las de perder si se enfrentan a ti. —Hizo una pausa y apartó la mirada—. Pero también me preocupa lo que pueda sucederte, te has convertido en alguien importarte para mí.

—¿De verdad?

Kate se mordió el labio sin estar muy segura de si podría contestar a la pregunta. Tenía la respiración tan acelerada que le costaba articular las palabras. Respiró hondo.

—Estos últimos días han sido estupendos. Los necesitaba, y tú pareces saber qué hacer y qué decir en cada momento para que me sienta bien. Me ha gustado tenerte cerca y, aunque no sé muy bien por qué, confío en ti.

De nuevo aquella corriente fría volvió a arremolinarse a los pies de Adrien, pero esta vez con tanta fuerza que agitó el pelo de Kate azotando su cara. Ella

empezó a relacionar los cambios de humor y sentimientos del vampiro con las ráfagas de aire, el cambio de temperatura y aquella luz que surgía de debajo de su piel.

—Pues no deberías, no lo hagas. No confíes nunca en mí —gruñó él.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije, solo ves lo que quiero mostrar.

—Si intentas convencerme de que la persona que he conocido estos días solo era una ilusión, pierdes el tiempo —le aseguró completamente convencida.

—¡Mato personas! —gritó de repente.

Kate negó con la cabeza de forma compulsiva.

—No te creo. Ayer pudiste desangrarme, a mí y a esos tipos, y no lo hiciste.

Una risa lúgubre brotó de la garganta de Adrien.

—Aún no entiendo cómo conseguí controlarme. Tu mano, la sangre... —La sed agitó su estómago al recordarlo y una risa amarga surgió de su garganta—. Están muertos.

Cada uno de sus músculos se tensó bajo la ropa hasta adquirir la solidez del granito. Todo en él era puro desafío.

—¿Qué?

—Esos tres. Los soltaron esta mañana, los seguí y los maté. Y mataré a otros, es algo que no puedo evitar, y ni sé si quiero evitarlo.

Kate se llevó una mano a la boca para contener una exclamación.

—¿Por qué?

—Mejor ellos que alguien inocente.

De repente Kate recordó algo que Adrien había dicho en el café y su mente se iluminó rememorando una conversación entre Sebastian y ella la noche del baile. Se le contrajo el corazón, lanzando oleadas de adrenalina por todo el cuerpo.

—Veo que sabes de qué estoy hablando —añadió él interpretando sus emociones.

Kate asintió.

—Sí, alguien me habló de ello. El placer que un vampiro siente cuando mata mientras se alimenta es tan intenso que, una vez que lo prueba, ya no puede parar.

—¿Placer? —le espetó de forma brusca—. Quién te dijo eso debería bajarse del pedestal en el que se halla subido y ver la vida real. No siento ningún placer, créeme.

—Entonces, ¿qué sientes? —preguntó con la voz entrecortada por el miedo.

No quería sentir ese temor, pero era un instinto primario que no conseguía controlar. Aun así quería llegar hasta Adrien, encontrar una forma de acercarse a él, a lo que había en su interior.

—Un odio profundo hacia lo que estoy haciendo. Después muero mientras

ellos mueren, una vez y otra. Su esencia vital entra en mí, me arden las venas. El poder me desborda, me siento invencible y cruel, despiadado. Soy capaz de cualquier barbarie, y me odio aún más porque siento deseos de volver a hacerlo.

—¿Y cómo llegaste a esto? —preguntó Kate con voz ahogada y cargada de pena.

—¡No me compadezcas! —susurró entre dientes.

—No lo hago, pero no dejo de preguntarme qué te empujó a... —Alzó los brazos al cielo, sintiéndose impotente—. ¡Tú no eres uno de esos renegados sin escrúpulos, lo veo en tus ojos! Algo tuvo que ocurrir, algo tuvo que empujarte a esto. Por favor, déjame ayudarte.

Adrien soltó el aire ruidosamente, la tensión estaba haciendo estragos en él. En un visto y no visto se deslizó hasta quedar frente a ella, tan cerca que sus cuerpos se tocaban.

El pecho de Kate subía y bajaba cada vez más deprisa por la proximidad de Adrien.

—¿Por qué querías hacer algo así? —susurró él rozándole la mejilla con el dorso de la mano.

—No lo sé.

—Esa respuesta no me vale.

Ella ladeó la cabeza al sentir que se ruborizaba.

—¿Por qué, Kate? —insistió y puso un dedo bajo su barbilla para obligarla a que lo mirara.

—Me siento bien contigo, llenas el vacío de mi pecho. Yo... te necesito cerca, aunque no puedo darte nada a cambio y no sé si algún día podré.

Adrien la miraba a los ojos sin parpadear, como si quisiera aprendérselos de memoria. Tan cerca que hubiera podido besarla sin apenas moverse.

—Pero si él regresa, ya no me necesitarás, y entonces, ¿qué?

—Adrien y o... y o no puedo prometerte nada, no siento eso por...

Una suave brisa agitó los árboles, arrastrando un murmullo.

Adrien le tapó la boca con una mano, mientras con la otra le hacía un gesto para que guardara silencio. La tomó del brazo y comenzó a tirar de ella hacia su coche.

—¿Qué pasa? —susurró ella.

—No lo sé, pero no me gusta lo que siento —respondió agudizando sus sentidos al máximo.

El sonido de varios vehículos llegó hasta ellos. Adrien se detuvo y agarró con más fuerza la mano de Kate. Cerró los ojos, una energía extraña se percibía en el aire, la sentía arremolinarse a su alrededor, opresiva, a la vez que familiar. Pero no dejaba de ser extraño, porque era la primera vez que sentía algo parecido.

—¡Sube al coche! —apremió a la chica. Abrió la portezuela y cerró una vez que ella estuvo dentro—. Vas al grill, ¿no?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Nada que deba preocuparte.

—Pero...

—Escucha, solo es una sensación, pero si ocurre algo serás la primera en saberlo, te lo prometo. Ahora vete si no quieres que los lobos empiecen a hacerte preguntas.

Kate asintió y puso el coche en marcha, incorporándose a la carretera bajo la mirada vigilante de Adrien. Justo cuando el coche desapareció tras la primera curva, dos furgonetas de cristales tintados aparecieron en la carretera. De un salto Adrien subió a la moto, ni se molestó en ponerse el casco. Aceleró y derrapando salió a la carretera, directo a encontrarse con aquello que le ponía el vello de punta.

Los vehículos se cruzaron. Un chico rubio, de unos veintitantos años, conducía la primera furgoneta. Llevaba el brazo izquierdo apoyado en la ventanilla y Adrien pudo ver el tatuaje que lucía en el hombro: una corona de espinas sangrante atravesada por una espada y una palabra en la hoja.

«No puede ser», pensó Adrien sin dar crédito. Sus ojos se cruzaron un instante con los del conductor y salió de toda duda. Eran oscuros y en ellos destacaban dos pupilas del color del mercurio, frías y brillantes.

Aceleró a pesar de que sabía que no podían detectarlo. Estaba protegido por la marca de su padre y puede que por su propia naturaleza, era un híbrido único. Mitad vampiro, aunque no olía como ellos, y mitad ángel, aunque solo sus poderes revelaban esa condición.

Se desvió por un sendero que había un poco más adelante, ocultó la moto y volvió corriendo a la carretera. Cerró los ojos, buscó con la mente el rastro de energía que aún continuaba nítido y se desmaterializó. El viento golpeó con fuerza su rostro al tomar forma sobre el techo de la segunda furgoneta. Agazapado como un felino, aguzó su oído tratando de distinguir las conversaciones que tenían lugar en el interior.

—¡Por fin!

Kate dio un respingo tras el volante. Marie había aparecido de la nada y abrió la puerta del coche, tirando de su brazo para que bajara sin ni siquiera darle tiempo a que se quitara el cinturón.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Estás bien? Pareces enferma —continuó Marie.

—Estoy bien. Es que tuve que parar un par de veces, el motor se calienta demasiado —mintió, evitando mirar a Marie a los ojos.

—¿De verdad? Le diré a Shane que le eche un vistazo.

—No, no le molestes. Mañana me pasaré por el taller para que Charlie lo revise.

—¡Oh Kate! ¿Por qué no cambias de una vez este coche? Falta muy poco

para la universidad y no puedes viajar por medio estado en ese... —Hizo una mueca de desagrado— trasto. Podrías tener un accidente, piensa en los que te queremos.

—No tengo dinero para un coche nuevo.

—Pero yo sí.

—Por favor, no insistas, ya sabes lo que opino al respecto.

—Lo sé, pero ¿cuándo te he hecho caso en algo?

—¿Nunca?

—¡Exacto! Así que, dime qué color te gusta, el modelo lo elijo yo.

—¡Marie, ni se te ocurra...! —Resopló al ver que ella la ignoraba—. ¿Sabes qué? Haz lo que quieras.

—Lo haré —respondió, y su sonrisa se ensanchó—. Será un híbrido, por eso del medio ambiente...

La puerta del Wildcat Grill se abrió y el enorme cuerpo de Shane apareció en el umbral, su cara se iluminó con una gran sonrisa en cuanto vio a Kate. Desde que William había desaparecido, se sentía en cierto modo responsable de ella. Pero no solo eso, sentía un cariño especial por ella y había asumido como una misión personal el cuidarla. Se sentía impotente al ver lo mal que Kate lo estaba pasando, por eso se había prometido a sí mismo darle un buen puñetazo a William en cuanto volviera a verle.

—Vamos, te he pedido una ensalada de pollo. Te parece bien, ¿verdad?

Kate asintió ruborizada, le devolvió la sonrisa y entró con ellos en el bar.

Heaven Falls era un pueblo pequeño, pero tenía todo lo que se pudiera necesitar: un centro comercial, un cine completamente nuevo con lo último en sonido, buenos restaurantes, clubes con música en directo los fines de semana y, por encima de todo ello, el Wildcat Grill. Fue construido en los años cuarenta y su decoración había pasado por todas las modas posibles. Por suerte, en los ochenta, un tipo de Ontario compró el local y lo convirtió en un bar de moteros. Un auténtico santuario para los amantes de las dos ruedas. Con sus paredes decoradas con matrículas antiguas, insignias, chaquetas de cuero y una auténtica Harley Davidson colgando del techo, era parada obligatoria para todos los viajeros que cruzaban el pueblo. Una leyenda en todo el estado. Y esa noche estaba a rebosar: montañeros, turistas, gente de paso y del pueblo.

Kate recorrió con la mirada el lugar. Carter y Evan la saludaron desde la mesa de billar, Jill conversaba con un par de chicas del pueblo y le hizo un guiño confidente. Keyla y Stephen se hacían arrumacos en un rincón, y Kate sonrió ante la imagen, formaban una pareja preciosa: morenos, exóticos y enamorados. Saltaba a la vista el brillo que irradiaban sus ojos al contemplarse. Desde el otro extremo de la mesa, Jared la saludó con la mano y se repantigó en la silla con los brazos cruzados y sus largas piernas estiradas.

Pocos minutos después, todos se unieron en la mesa en torno a los platos

repletos de pizza, costillas y hamburguesas.

Kate, que apenas dijo un par de palabras durante la cena, escuchaba atenta las conversaciones cruzadas y reía por los chistes y las bromas de los chicos. En un momento determinado, Carter le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Estás bien? No has probado tu ensalada.

—Sí, es que no tengo mucha hambre.

—Pues tiene una pinta estupenda —dijo el chico, pinchando un trozo de pollo con su tenedor. Se lo llevó a la boca y empezó a masticarlo.

Shane se inclinó sobre la mesa y le acercó otro refresco. Kate se lo agradeció con una sonrisa e inmediatamente bajó los ojos hacia su regazo. Un enorme sentimiento de culpa se instaló en su pecho. Los estaba traicionando, a todos, al no contarles lo que sabía sobre Adrien. Estaba protegiendo al bando equivocado, al enemigo y, si su intuición sobre Adrien le fallaba, sus amigos estaban en grave peligro y en clara desventaja.

Kate dejó que sus ojos vagaran por el bar. Faltaba poco para la medianoche y el local estaba casi vacío. La voz se coló en su cerebro con tal fuerza, que pensó que tenía un ataque de jaqueca. Se llevó las manos a las sienes y las masajeó en círculos, mientras apretaba los párpados hasta ver lucécitas blancas.

«Kate, tienes que salir de ahí», dijo la voz en su cabeza. Kate miró por encima de su hombro esperando ver a Adrien tras ella.

«Sal de ahí, ya».

—¿Estás bien? Parece que has visto un fantasma —preguntó Shane inclinándose sobre la mesa para estudiar su rostro.

—Creo que tengo jaqueca —respondió ella.

—Te conseguiré un analgésico.

—¡No, no te preocupes! Tengo un par de ellos en el coche. Vuelvo en un segundo —indicó ella mientras se ponía en pie y se dirigía a toda prisa hacia la puerta, rezando para que ninguno de ellos la siguiera.

Salió afuera y se detuvo bajo las luces de neón del local. Buscó con la mirada en la oscuridad. La silueta de Adrien apareció entre dos coches del aparcamiento. Sus ojos brillaban con una extraña llama roja en la noche, mientras se movía silenciosamente hacia ella. Kate le hizo un gesto para que se detuviera y corrió a su encuentro.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Si ellos te descubren!

—Tienes que venir conmigo. Hay que largarse de aquí —susurró él agarrándola de la mano y tirando de ella hacia la oscuridad.

—¿Qué? —replicó Kate resistiéndose.

—Vienen a por los lobos, si te quedas, también te matarán.

—¿Que los qué...? ¿Quienes?

—Lo seres más peligrosos que te puedas imaginar, y están a punto de llegar.

—¿Eso es lo que sentiste antes?

—Sí, pero te lo contaré después, ahora tengo que sacarte de aquí —la urgió.

Adrien rodeó la cintura de Kate con su brazo y la alzó del suelo sin ningún esfuerzo, pegándola a su cuerpo.

—Agárrate a mi cuello y cierra los ojos —dijo él con voz imperiosa.

—¿Por qué?

—Puedo aparecer en cualquier otro sitio, con solo desearlo. Te llevo a casa.

—¡No! —exclamó Kate dándole un empujón en el pecho con ambas manos. Él no la soltó y ella comenzó a forcejear—. No pienso abandonarlos. Hay que avisarles.

Adrien la soltó temiendo hacerle daño, porque ella no dejaba de patear y retorcerse entre sus brazos.

—Eso no evitará nada —masculló con frustración, sentía cómo los intrusos se iban acercando poco a poco.

—Sí, si tú les ayudas.

—No voy a meterme en esto —señaló de forma tajante, sus ojos negros ardían a pocos centímetros de los de ella.

—Bien, pues entonces márchate, porque yo me quedo, son mis amigos —le espetó y dio media vuelta para dirigirse al interior del grill.

Adrien la detuvo aferrándola por la muñeca y emitió un sonido que ella no supo interpretar.

—Retiro lo de valiente, eres temeraria, y estás loca —dijo inclinándose sobre ella, tan cerca que sentía su cálido aliento en el rostro. Maldijo por lo bajo y sin soltar su muñeca se encaminó al local con los dientes apretados. La noche iba a ponerse muy fea.

—Gracias —susurró Kate con la respiración agitada por los nervios y el paso rápido que él marcaba.

—Dámelas después, si es que salimos vivos de esta. Si no intentan matarme los lobos, lo harán los Nefilim.

—¿Nefilim?

Entraron en el grill cogidos de la mano. La puerta se cerró tras ellos a la vez que los ojos de Shane se levantaban de la mesa. El gruñido surgió de su pecho como un trueno. Se puso en pie de un salto, la silla salió despedida hacia atrás y un par de vasos bailaron en la mesa hasta volcar por la fuerza del empujón.

—¡Hijo de...! —bramó lanzándose contra el vampiro.

Kate trató de interponerse entre ellos, pero Adrien se lo impidió con un rápido movimiento que la colocó tras él, afianzando los pies en el suelo para aguantar la embestida.

Carter, que se encontraba en el extremo más cercano, consiguió agarrar a su primo en el último momento.

—¿Qué haces?

—Ese es el tipo que va tras William, y tiene a Kate —mascullo tratando de liberarse del abrazo de Carter.

Carter se puso pálido y todo su cuerpo se estremeció con una oleada de cólera.

—Delante de los humanos no —dijo en apenas un susurro, pero con tono imperioso.

Shane lanzó una rápida mirada a su alrededor. Todos los humanos del local les miraban fijamente y el camarero había salido de detrás de la barra dispuesto a mediar en la riña. Lanzó un gruñido y apartó las manos de Carter de su pecho. Con fingida calma dio unos cuantos pasos hasta detenerse frente a Adrien.

—Kate, ven aquí —dijo entre dientes.

—Shane, no hay tiempo, tienes que escucharle —replicó ella intentando acercarse a él. Pero Adrien la mantenía sujeta con actitud protectora.

—¡Suéltala! —gruñó Shane, sus ojos ardían como oro fundido. La bestia luchaba en su pecho pugnando por liberarse y él apenas tenía un atisbo de voluntad para controlarla.

—Suéltame, Adrien, nadie va a hacer daño a nadie. —Adrien la soltó con reticencia sin apartar sus ojos del licántropo—. Shane, tienes que confiar en mí. Alguien viene a por vosotros.

La sorpresa transformó la cara del licántropo. Volvió el rostro hacia la mesa, donde el resto de los chicos les observaban ansiosos. Marie le hizo un gesto

paciente con la mano y asintió a modo de reconocimiento para que escuchara a Adrien.

—¿Por qué debería confiar en él? —se dirigió a Kate, seguro de que aquel tipo la estaba manipulando. Se culpó por no haber prestado más atención a la chica, de forma que hubiera podido evitar aquella situación.

—Si estoy aquí, es por ella. No he conseguido convencerla de que os dejara. Vosotros no me importáis nada —intervino el vampiro.

—Habla —masculló Shane; la respuesta le pareció sincera. Tampoco le pasó desapercibida la forma posesiva en la que miraba a Kate.

—Van a atacaros.

—¿Cuándo?

—Están a punto de llegar.

—¿Quiénes?

Adrien apretó los puños y una mueca contrajo su rostro. Todo su cuerpo se tensó hasta que sus músculos parecieron esculpidos en piedra.

—Ya están aquí —musitó, su oído había captado el sonido de las furgonetas acercándose, y en ese instante todo empezó a desarrollarse de forma vertiginosa —. Nefilim, son Nefilim, cazadores. Hay que sacar de aquí a los humanos.

Instintivamente agarró a Kate y la empujó al centro del local, alejándola de la puerta.

—¿Y qué cazan? —preguntó Shane contagiándose de su nerviosismo; su instinto le decía que por esta vez debía confiar en el vampiro.

Carter ya estaba gritando a los humanos para que salieran por la puerta de atrás, mientras convencía al camarero de que también abandonara el local, porque un grupo de camorristas borrachos venían con intención de destruirlo. El tipo con aires de gallito era en realidad un cobarde, porque fue el primero en salir corriendo.

—Nos cazan a nosotros: lobos, vampiros, todo ser sobrenatural diferente a ellos —respondió Adrien mientras sacaba de su espalda dos dagas de plata. Clavó sus ojos en Kate y se acercó a ella, su única preocupación esa noche era mantenerla a salvo.

—¡Kate, ven conmigo! Intentaré sacaros a Jill y a ti de aquí —la urgió Marie interponiéndose entre ellos, y lanzó una mirada de advertencia al vampiro.

Kate asintió, estiró la mano para tomar la que le ofrecía Marie, pero no pudo asirla. El empujón la dejó sin aire en los pulmones. Oyó el sonido de los cristales al romperse y cayó hacia atrás a la vez sentía que algo le arañaba la sien. Dos flechas de ballesta se clavaron en la barra y una tercera entre las botellas de uno de los armarios tras la barra.

Adrien consiguió sujetarla antes de que se golpeará contra el suelo.

—Gracias —dijo Marie al vampiro, de pie frente a ellos. Él también la había apartado a ella, evitando que la flecha la alcanzara.

El chico ni siquiera la miró. Toda su atención se concentraba en Kate. Le giró el rostro para ver la herida, solo era un rasguño, pero sangraba. De un tirón arrancó un trozo de su camiseta y lo colocó sobre el golpe.

—Presiona un poco —susurró tratando de parecer calmado, sus ojos se habían convertido en dos llamas candentes. La visión de la sangre, más la expectativa de violencia que estaba por desatarse, estaban haciendo estragos en él.

Una nueva lluvia de flechas los obligó a lanzarse al suelo. Adrien cubrió a la humana con su cuerpo. Una décima de segundo después, los Nefilim entraban a través de puertas y ventanas.

—Tienes que llegar a la cámara frigorífica. ¡Rápido! —urgió Adrien a Kate.

Se puso en pie y encaró a los Nefilim haciendo girar las dagas entre los dedos.

Kate buscó con la mirada cómo llegar a la cámara, que debía de estar en la cocina. Gritó el nombre de Jill y esta le respondió desde algún punto detrás del mostrador. Trató de gatear evitando mirar hacia atrás, hacia la lucha que tenía lugar a sus espaldas, para no perder la voluntad. Alguien aterrizó frente a ella, era Evan.

—Ven, te llevaré con Jill —dijo con tono urgente.

Él la tomó por los brazos, pero algo embistió contra ellos y Evan salió volando por los aires mientras que ella caía de espaldas golpeándose contra una silla. Quedó aturdida durante unos instantes, meneó la cabeza para despejarse y la escena que contempló la dejó atónita. Por encima de todo el estruendo oyó a Shane gritando.

—No cambiéis, no os transforméis —rugía con rabia. Los Nefilim portaban cadenas de las que él jamás podría olvidarse.

Kate se quedó inmóvil, sobrecogida por la violencia que contemplaba. Marie sujetaba con fuerza a uno de aquellos tipos, mientras Keyla trataba sin éxito de romperle el cuello. El Nefilim logró liberarse de ellas y con una rapidez sin igual golpeó a Keyla en el estómago. Aferró a Marie aplastándola contra la pared y alzó una daga en el aire dispuesto a enterrarla en el pecho de la vampira.

Shane apareció como un obús, blandiendo una tubería. Golpeó al Nefilim una vez tras otra hasta aturdirlo, para al final ensartarlo en el suelo.

—Siervos, me daís asco —dijo una voz tras Kate, sintió como la aferraban por el cuello y la levantaban del piso.

Un chico moreno, con un rostro tan dulce e inocente como el de un niño, la miraba con odio. La abofeteó con la mano libre y la lanzó contra la mesa de billar. Kate gritó aterrada mientras aquel chico partía por la mitad uno de los tacos convirtiéndolo en un par de estacas.

—Si estuviéramos solos, te enseñaría qué hacemos con las que son como tú —dijo el chico mirando de arriba abajo el cuerpo de Kate.

—¿Como yo? —replicó desafiante mientras se arrastraba de espaldas sobre la mesa.

—Sí, ramerías, amantes de estos monstruos —le espetó agarrándola del tobillo para volver a atraerla.

Kate se retorció cuando el tipo alzó la estaca sobre ella. Sin que nadie lo tocara, él salió volando hacia atrás, estrellándose contra la pared. En ese mismo instante, una de las mesas voló hasta romperse sobre su cuerpo. Adrien apareció al lado de Kate y la ayudó a levantarse.

—¡Jared! —gritó ella casi sin aliento.

El licántropo se agachó, pero no a tiempo. Uno de los extremos de la cadena se enrolló a su cuello, un Nefilim tiraba del otro y la sangre comenzó a correr por el pecho del chico.

Kate se lanzó hacia delante para socorrer a Jared, pero Adrien la detuvo.

—¡Suéltame, lo van a matar! —gritó ella.

El vampiro soltó una maldición.

—¡Escóndete, por favor! —rogó desesperado. La empujó apremiándola y voló para ayudar a Jared.

Kate giró sobre sus talones, cumpliendo el ruego, pero captó un movimiento con el rabillo del ojo e inmediatamente todo el mundo se detuvo a su alrededor. Su respiración se convirtió en un jadeo y el corazón la amenazó con salirse de su pecho. Empezó a temblar de forma violenta, completamente atónita.

William sintió la tormenta desatándose dentro de su pecho, cuando su mirada se encontró con la de Kate. Estaba sangrando, la habían herido, e iba a matar a aquellos semiángeles por haberse atrevido a rozarla. Pero antes debía ponerla a salvo.

Sus sentidos reaccionaron al crujido. Un Nefilim se levantaba de entre un montón de maderas empuñando una ballesta y apuntaba a Kate. Todo fue muy rápido, saltó hacia delante para apartarla, pero una figura se materializó frente a él. Reconoció a Adrien y el miedo lo golpeó de lleno. Trató de alcanzarlo, seguro de que también intentaba atacar a la chica, por eso le costó entender lo que estaba viendo. Adrien la sujetó por los brazos, tiró de ella y la hizo girar pegándola a su cuerpo, consiguiéndose así interponerse en el camino de la flecha que acabó impactando en su espalda. Ambos cayeron al suelo.

William sintió un fuerte golpe en el estómago y otro en las piernas que le hizo perder el equilibrio. Mientras luchaba contra los dos tipos que lo pateaban sin tregua, sus ojos no perdían detalle de cada movimiento de Kate. Adrien se levantó con ella en brazos, el vampiro sangraba de forma profusa por el pecho, la flecha lo había atravesado de lado a lado y parecía mareado. William pensó que iba a volverse loco cuando los vio desvanecerse en el aire. Gritó y una oleada de

energía se dispersó a su alrededor como la onda expansiva provocada por una bomba.

Se puso en pie, derribando a todo el que se le ponía por delante. Alguien chocó contra él, se giró empuñando una daga, y un rugido escapó de su garganta al ver el rostro de Adrien.

—¿Dónde está Kate? —bramó.

—A salvo —respondió mientras evitaba los golpes de un Nefilim—. Preocúpate de salvar a tus amigos, de ella ya me preocupo yo.

William le lanzó una mirada asesina y arremetió contra los intrusos. Instantes después los Nefilim se replegaban y huían.

William lanzó a Adrien a la calle a través de la puerta resquebrajada. Se abalanzó sobre él y rodaron por el suelo bajo la mirada estupefacta de los demás, que no habían tenido tiempo de intervenir.

—¿Dónde está? —preguntó William asestándole un golpe en la mandíbula.

Adrien dibujó una sonrisita burlona en sus labios y le devolvió el puñetazo.

—No te metas —gritó William a Shane, cuando este hizo ademán de interponerse.

Los dos se pusieron en pie, cansados y vapuleados, pero sin intención de frenar la discusión. Se enzarzaron en una pelea de titanes hechos una furia.

—¡Parad ahora mismo! ¡Ya! —exclamó Kate surgiendo del bar como una exhalación. Jill y Evan, que acababa de sacarlas de la cámara frigorífica, iban tras ella.

Ambos giraron el rostro para mirarla y eso le dio tiempo a colocarse entre ellos con los brazos extendidos, como si así pudiera contenerlos.

—Apártate, Kate, no tienes ni idea de quién es —dijo William, su voz sonó casi como una súplica.

Kate cerró los ojos un instante. Oír de nuevo su voz, cómo pronunciaba su nombre, era más de lo que podía soportar esa noche. Estaba allí, había vuelto, pero nada era como había imaginado.

—Sé perfectamente quién es —respondió Kate, obligándose a mirarle.

—Kate, ese tipo es un asesino —intervino Robert. Dio un paso hacia ella, pero se detuvo cuando le apuntó con el dedo y se acercó un poco más a Adrien como si lo protegiera.

—Sé que ha matado a algunas personas, pero puede que lo haga porque no tiene más remedio.

—Déjalo estar, Kate —susurró Adrien.

—¡No te dirijas a ella! —le espetó William apretando los puños.

—No lo haré si ella me lo pide —replicó Adrien de forma provocativa.

—¡Basta! —gritó Kate y con su mirada recorrió cada uno de los rostros

presentes—. Escuchadme todos. Ha tenido miles de ocasiones de hacerme daño y no lo ha hecho, al contrario, ha cuidado de mí. Ayer me salvó la vida, a mí y a todos los que estábamos en el café. Y hoy ha vuelto a hacerlo, nos ha salvado a todos. Si él no hubiera venido hasta aquí estaríamos muertos. Así que nadie va a tocarle un solo pelo, se lo debemos. ¿Está claro?

Nadie contestó y todos desviaron las miradas. Marie, rodeada por los brazos de Shane, no apartaba los ojos de William, que miraba a Kate completamente atónito a la vez que molesto.

Entonces Kate se volvió hacia Adrien.

—Si le haces daño a uno solo de ellos, te mataré con mis propias manos. No sé cómo, pero buscaré la forma y te mataré. —Él asintió con gesto solemne—. Bien, ahora llévame a casa.

Todos dieron un respingo, sorprendidos.

—¡No puedes irte con él! —exclamó William.

—Así estará segura de que ninguno de vosotros intenta nada en su contra.

—Te lo ruego, quédate y hablemos —sugirió él desesperado.

Kate se volvió hacia William, le dolía contemplar su rostro porque aún creía que se trataba de una alucinación. Observó su pelo revuelto, que le caía sobre la frente, y su rostro de ángel pálido como la cera. Se estremeció. Había soñado tantas veces con el reencuentro, que saltaba a sus brazos y él la aferraba con fuerza apretándola contra su pecho. Sin embargo, lo único que surgió en ese momento fue una pregunta.

—¿Por qué has vuelto? Y dime la verdad.

William no apartó sus ojos de los de ella en ningún momento, y una expresión de verdadera determinación le hizo apretar la mandíbula.

—Supe que los Nefilim atacarían. Intenté contactar por teléfono, fue imposible, y no me quedó más remedio que regresar —reconoció.

—No te quedó más remedio —repitió ella muy despacio—. Si esa es la razón por la que has vuelto, creo que no tenemos nada de qué hablar —dijo sin poder ocultar la decepción y el dolor que esa respuesta le había causado—. Sácame de aquí —le susurró a Adrien.

En un visto y no visto, Adrien la rodeó con sus brazos y desapareció.

William se abalanzó sobre ellos para detenerlos, pero ya era tarde, no estaban. Solo quedó una pequeña vibración en el aire y el olor de Kate que comenzaba a desvanecerse. Cada vez más frustrado, se pasó una mano por el pelo. Deseaba gritar hasta quedarse sin garganta. Oyó que Stephen y Carter comenzaban a organizar una forma de limpiar aquello y acallar al dueño.

Shane se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—¿Estás bien? —preguntó el licántropo.

—No —respondió. El sentimiento de culpa estalló en su interior, castigándolo con dureza.

—Me alegro —replicó Shane, y sin avisar le dio un puñetazo en plena cara.

—¡Shane! —exclamó Marie.

De un salto Evan agarró a su primo y lo apartó de un tirón.

—¿Qué demonios te pasa? —le gritó.

Robert empezó a reír con ganas.

—Alguien tenía que hacerlo.

—No, déjalo. Me lo merezco —dijo William, sujetando a Evan de un brazo para alejarlo de su primo. Se masajó la mandíbula.

Decepcionado, Shane entrelazó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué más pruebas necesitas para comprender que alejarte de todo no protege a nadie? —le espetó.

—Creí que os protegía, que la protegía. Estoy cambiando y soy peligroso. Si algún día pierdo los estribos, si me dejo llevar...

Shane resopló por la nariz y sus ojos brillaron como dos faros amarillos.

—Peligroso. ¡Ja! ¿Y yo qué soy, un suave muñequito de peluche? ¿Cuándo soy más adorable? ¿Cuándo me transformo en un lobo de ciento veinte kilos con el único deseo de matar y devorar a cuanto se me pone por delante? ¿Crees que yo no me siento culpable por eso o que no tengo miedo de lo que podría hacer a los que quiero? En este momento deseo arrancarte la cabeza, pero eso no significa que vaya a hacerlo. Y te juro que hace rato que perdí los estribos.

—Tienes razón —contestó William, y apretó los labios.

—¡Por supuesto que la tengo! Te fuiste y las cosas no han hecho más que empeorar. Querías proteger a Kate y mira qué has conseguido. Acaba de largarse en brazos del tipo que quiere verte muerto.

William se llevó las manos a la nuca y entrelazó los dedos, mirando al cielo con un sentimiento de frustración que lo ahogaba.

—Lo sé, lo sé. Soy un estúpido —contestó.

—No hace falta que me lo jures —masculló Shane.

—Estoy disfrutando de esta conversación, de verdad. Porque llevo días intentando meterle eso mismo en la cabeza —intervino Robert—. Pero creedme cuando os digo que en este momento hay cosas más importantes de las que hablar, ¿verdad William?

William lo miró de medio lado y asintió. Aunque no podía dejar de pensar en Kate, en que en ese mismo instante estaba con Adrien en alguna parte, y todo por su culpa. Lo único que quería era ir en su busca y traerla de vuelta, a su lado. ¿Cómo podía haber estado tan ciego? Había perdido lo único importante y real en su vida. Y si tenía alguna posibilidad de recuperarla, acababa de desperdiciarla con la estúpida respuesta que le había dado a su pregunta.

Pero Robert tenía razón. Estaban sucediendo demasiadas cosas, demasiadas coincidencias como para ignorarlas. De una forma u otra, todos habían sido atraídos al mismo lugar. Heaven Falls se estaba convirtiendo en el epicentro del

desastre.

Shane suspiró más calmado, se acercó a William con una sonrisa y le dio un ligero empujón en el hombro.

—Me alegro de verte.

—¿No me odias por marcharme sin decirte nada? —preguntó William.

—Eres mi mejor amigo. Las ganas de matarte solo me duraron un par de semanas.

William no pudo evitar sonreír y le devolvió el empujón, pero inmediatamente su rostro se oscureció por la preocupación. Vigiló la oscuridad como si esperara ver surgir algo de ella.

—No temas por Kate, dudo mucho que ese tipo intente hacerle daño —dijo Shane en voz baja.

—¿Cómo puedes saberlo? —musitó con amargura.

El licántropo se frotó las palmas de las manos contra el pantalón y ladeó la cabeza con un gesto de pesar, como si le costara pronunciar las palabras consciente del daño que iban a causar.

—Porque está enamorado de ella. Por esa razón estaba aquí y por esa razón luchó a nuestro lado. La quiere.

William sintió como si alguien acabara de atravesarle el corazón con un hierro candente.

Faltaba poco para el amanecer cuando William salió de la casa tras la larga conversación que todos habían mantenido sobre los acontecimientos de las últimas semanas. Apoyó las manos en la baranda del porche, volcando todo su peso en la débil estructura. Contempló el tupido bosque que crecía silvestre, alimentado por el arroyo que fluía a través de él. El sonido del agua entre las rocas llegaba a sus oídos como un dulce bálsamo relajante. Solo que no era capaz de disfrutar de nada de eso, la sensación opresiva de su pecho se estaba convirtiendo en una oscura premonición de la que no podía desprenderse.

Sus ojos brillaron con un fulgor rojizo y airado en la oscuridad de la noche, y la madera crujió entre sus dedos mientras el aire comenzaba a arremolinarse a su alrededor cada vez más frío.

Cerró los ojos, le estaba costando mucho calmarse. La mezcla de sentimientos que hervían en su interior amenazaba con desquiciarlo. Se sentía realmente mal: celoso, estúpido, enfadado; un completo idiota incapaz de hacer nada bien.

La puerta se abrió y Marie apareció a través de ella vistiendo un tejano desgastado y una de las camisetas de Shane, que le llegaba por encima de las rodillas. Se apoyó en la barandilla, a su lado, y contempló el bosque en silencio.

—Me gusta tu casa —dijo William.

Marie lo miró a los ojos y esbozó una sonrisa.

—Si hace tiempo me hubieran dicho que acabaría viviendo en una casita de cuento en medio del bosque, jamás lo hubiera creído. Puede que en un ático en Nueva York —Se dio la vuelta y apoyó la cadera en la columna, William la imitó y contemplaron la casa.

—Shane ha hecho un trabajo estupendo.

—Tenías que haberla visto hace unas semanas, parecía un cobertizo. Yo pensaba contratar a alguien para que la reconstruyera, pero Shane dijo que quería hacerlo él, y me alegro de que así fuera, porque ha quedado preciosa.

—Te va como anillo al dedo, aunque esa camiseta... —repuso mirándola de arriba abajo.

Marie soltó una carcajada.

—Prueba a caminar por este bosque con zapatos de tacón y un Versace.

—Te he visto hacerlo —replicó William, contagiándose de su risa—. ¿Te acuerdas de aquella Noche Vieja en los Alpes Franceses? Cuando salimos de caza con aquella nevada. «Nunca se sabe con quién te puedes encontrar», repetías todo el tiempo.

—No me lo recuerdes —se quejó Marie cubriendo su rostro con las manos—. Esa noche perdí mi pulsera favorita y mi precioso vestido quedó destrozado. ¿De verdad soy tan presumida?

William asintió sin dejar de reír.

—Fue la de 1982, ¿no? —inquirió ella.

—1983.

—Prometimos que pasaríamos cada Noche Vieja juntos, que las celebraríamos para no convertir ese día en una fecha maldita. —Alzó los ojos hacia él—. ¿Seguirás manteniendo tu promesa?

—Quiero hacerlo.

Se quedaron en silencio un rato, contemplando de nuevo el bosque.

—¡Dios mío, William! —exclamó Marie de repente—. ¿Cómo pensabas soportar todo esto tú solo? Lo que Robert y tú nos habéis relatado esta noche es para volverse loco: ángeles, ritos, profecías... y querías cargar con todo ese peso sin ayuda. No estás seguro de si puedes confiar en ese arcángel, y ese otro que asesinó a Marcelo...

—Eh, eh, tranquila —dijo William tomándola por los hombros.

—¡Es que me he sentido tan culpable!

—No eres culpable de nada.

—Si yo no hubiera... tú...

William le puso un dedo en los labios para hacerla callar, sonrió y le acarició la mejilla. Ella se abrazó a él, escondiendo el rostro en su pecho.

—¿Estás bien? —preguntó él un poco preocupado por lo que parecía un ataque de ansiedad.

Ella asintió y lo estrechó con más fuerza.

—Te he echado mucho de menos. Me tenías tan preocupada. Te buscamos por todas partes...

William la mecío entre sus brazos.

—Lo siento. Pero no era capaz de mirarte a los ojos después de saber lo que te hice.

—Olvida eso, tú no me hiciste nada. Soy feliz, más de lo que he sido nunca, debería darte las gracias por mordirme. De otro modo no hubiera conocido a Shane.

Hubo un nuevo silencio.

—Hiciste mal en huir —añadió Marie.

William suspiró, sintiéndose cada vez más culpable, impotente porque no tenía ni idea de cómo arreglar la situación. Dejó de abrazarla y fijó la vista en algún punto lejano.

—Estaba convencido de que lo mejor era desaparecer. Me sentía solo, traicionado por mi propia familia... culpable por lo que hice y asustado por lo que podría hacer. Creí que si desaparecía, todos estaríais mejor...

—Pues no ha sido así, y Kate...

—Pensé que la ponía a salvo —repuso William interrumpiéndola—. Abandonarla es lo más duro que he tenido que hacer nunca. Vivir sabiendo que le he hecho daño me resulta insoportable —dijo desesperado, con un peso que le oprimía el pecho—. Y tanto sufrimiento para nada.

Marie volvió a abrazarlo y le acarició la nuca con ternura, no soportaba ver sufrir a su hermano.

William la apartó un poco y la miró a los ojos.

—Esta vez sí que la he fastidiado.

—No te castigues.

—Se fue con él.

—Sí, pero puedes estar seguro de que esa decisión no tiene nada que ver con que pueda sentir algo por él. William, Kate te quiere, pero ha sufrido mucho estas últimas semanas. Te marchaste y ella quedó perdida, sin un norte que marcara su camino, porque su camino eres tú.

—He cometido el mayor error de mi vida, y sé que no lo merezco, pero quiero recuperarla. Sin ella nada tiene sentido para mí.

—¡Pues díselo! —replicó Marie con un atisbo de impaciencia.

—No creo que con eso baste.

—No, pero es un comienzo, y ella te quiere.

William volvió a abrazarla, y con ojos furiosos miró al cielo donde comenzaba a intuirse la claridad del alba. La idea de que Kate continuara en compañía de Adrien sacaba lo peor de sí mismo.

—¡Vamos, déjame a mí, déjame a mí! —dijo la señora Rossdale.

Kate dio un par de tirones más a la cremallera y se rindió refunfuñando. Bajó los brazos y dejó que la señora Rossdale terminara de abrocharle el vestido.

—Preciosa —dijo la mujer—. Este verde te favorece, Kate. Hace juego con tus ojos.

—Gracias, señora Rossdale. ¿Hemos terminado ya? —preguntó forzando una sonrisa.

—Sí, cariño. Ahora te sienta como un guante. —Miró el reflejo de la joven en el espejo y le deslizó las manos por la cintura para alisar una arruga—. Puedes quitártelo.

Kate entró en el probador y se quitó el vestido. Volvió a vestirse con su ropa y esperó pacientemente a que empaquetaran su precioso traje de dama de honor.

El día estaba siendo un espanto. Se sentía abrumada, al borde de un precipicio que amenazaba con dejarla caer para ser engullida por un oscuro y profundo abismo.

Habían pasado dos días desde el ataque de los Nefilim y nadie sabía nada de ellos. Por lo que los planes seguían su curso y esa misma tarde, al anochecer, se celebraría la boda entre Evan y Jill.

Dos días en los que no había vuelto a tener noticias de Adrien. Le pidió que se marchara y él cumplió su deseo sin una sola objeción. Se despidió con un beso en la mejilla y un *ya sabes cómo encontrarme si me necesitas*. Después de la dolorosa despedida, Kate había pasado el resto de la noche llorando. En el fondo no le importaba nada de lo que Adrien pudiera haber hecho antes, sabía que pensar así no era lo correcto, pero no podía evitarlo. Había sido su salvavidas, le había devuelto el aire y, en parte, las ganas de respirar. Sin embargo, también sabía que debía alejarse de él, era la única forma de protegerlos a todos, de que no acabaran enfrentándose por su culpa.

Dos días en los que no había conseguido apartar a William de su mente, y esos pensamientos eran demasiado dolorosos y amargos. Había regresado más guapo que nunca, con el pelo algo más largo y un brillo especial en la piel que ya no parecía tan pálida. Pero su regreso no se debía a ella. Eso fue lo que se repitió a la mañana siguiente del ataque, cuando William apareció en su puerta y se

negó a hablar con él. Apagó el teléfono al quinto mensaje y después de eso, él debió de captar la indirecta, porque dejó de insistir. Era cobarde hacerlo, pero prefería esconderse. Era incapaz de aguantar sus disculpas, sus excusas y un nuevo adiós. Eso sería más de lo que podría soportar.

Sin embargo, esa tarde debía dejar a un lado la cobardía y armarse de determinación. Jill se casaba, era el día más importante en la vida de su amiga y jamás se perdonaría si se lo estropeaba. Además, era una mujer adulta, resuelta, que estaba a punto de entrar en la universidad. Iba a vivir sola, a cuidar de sí misma. Debía rehacerse y seguir adelante, empezando por afrontar su mayor reto, enfrentarse a William.

Abandonó la tienda con la enorme caja en los brazos. Pasó por la zapatería y recogió las sandalias. Lo guardó todo en el coche y se dirigió a la residencia de los Solomon. Sabía que los chicos estarían en la nueva casa de Shane. Evan iba a vestirse allí para cumplir con la tradición de no ver a la novia hasta el momento de la ceremonia.

Tamborileó con los dedos el volante. Tenía los nervios de punta, le temblaban las manos y la ansiedad que sufría le estaba provocando mareos. El cóctel perfecto para sufrir un accidente.

No le quedó más remedio que aparcarse en el camino, a varios metros de la casa, entre el camión del catering y el de las flores. Acercarse hasta la puerta se convirtió en toda una odisea. Había gente de la organización por todas partes, corriendo de un lado a otro ultimando detalles. Kate se sorprendió de que se necesitaran tantas cosas para una pequeña e íntima ceremonia, con apenas un centenar de invitados que no tardarían en llegar.

Tocó el timbre, un segundo después la puerta se abrió y Jill apareció en el umbral. Se llevó una mano al pecho y la otra a la boca ahogando un sollozo.

—¡Estás aquí! —exclamó Jill con ojos brillantes.

—¡Toma, pues claro! ¿Dónde quieres que esté? —respondió Kate sonriente y entró en el salón cargada de bolsas.

Subieron al piso de arriba, hasta la habitación que habían dispuesto para que la novia y las damas se vistieran. Entraron y Jill cerró la puerta con el pie, sin apartar la mirada de su amiga.

—Creí que con él aquí... —dijo algo vacilante tras ella.

Kate lo dejó todo sobre la cama, se detuvo un instante y tomó aire para tranquilizarse. Se sentía tan débil de cuerpo y espíritu que no tenía ni idea de dónde sacar la fuerza para afrontar el día. Se giró con una sonrisa.

—Ni él ni nadie es tan importante como para apartarme de tu lado el día de tu boda.

—¿Estás segura? Porque lo entendería, de verdad.

—Estoy bien, Jill. Es algo que antes o después tendré que afrontar. Se acabó esconderse.

Jill le sonrió y le dio un fuerte abrazo. Juntas sacaron el vestido de la caja y lo colgaron para que no se arrugara.

—Kate, si quieres hablar, sabes que conmigo puedes hacerlo. No sé, antes nos lo contábamos todo. De hecho, yo sigo confesándote hasta mi último secreto, pero tú... pareces tan distante últimamente.

Kate sintió una punzada de culpabilidad. Empezó a estirar la falda del vestido con la mano, a pesar de que no era necesario pues la tela estaba impecable.

—Te lo estás imaginando, Jill. Nada ha cambiado entre nosotras.

—No me contaste lo de Adrien.

—No supe quién era de verdad hasta la otra noche. —Se dio la vuelta para no seguir dándole la espalda, aunque continuó con los ojos clavados en el suelo.

—Y... ¿dónde está ahora?

—No lo sé, le pedí que se marchara.

—¿De verdad? —inquirió Jill sorprendida.

Kate asintió.

—Sí.

—Creo que has hecho lo correcto. Al fin y al cabo él, bueno... él es el enemigo —señaló un poco incómoda.

Para Kate fue como un cubo de agua fría. Estuvo tentada de responder que Adrien no era el enemigo de nadie, que era un buen chico, divertido y cariñoso; puede que un poco creído, pero eso le daba un aire de seguridad al que era imposible resistirse. Y que si hubiera tenido algo más de tiempo para estar con él, habría podido averiguar lo que de verdad escondía y que tan indigno le hacía sentirse. Sin embargo, se limitó a encogerse de hombros.

—William va a quedarse, ha vuelto a instalarse en su habitación —dijo Jill rehaciendo el nudo de su bata por trillonésima vez.

Kate contuvo la respiración, al tiempo que forzaba una sonrisa despreocupada en la que puso todo su empeño para disimular la cascada de emociones que la sacudían. Eso era algo con lo que no contaba, estaba segura que se iría tras la boda. Pero no había que ser un genio para darse cuenta de que esa decisión tenía que ver con Adrien... y no con ella.

—Jill, te casas dentro de tres horas, no creo que sea el momento de hablar de eso. —La tomó por las manos y esbozó su mejor sonrisa—. Deberíamos estar histéricas y buscando la forma de disimular ese grano. —Hizo una mueca mirando la frente de Jill.

—¡Un grano! ¿Dónde? —exclamó corriendo hacia el espejo, se apartó el flequillo y empezó a examinarse la piel con el corazón palpitando muy rápido. Se giró para fulminar a Kate con la mirada, pero inmediatamente comenzó a reír con ganas—. ¡Te mataría cuando haces eso!

Sonaron unos golpes en la puerta y Rose, la única prima que Jill tenía y que vivía en Houston, entró en la habitación. Kate se quedó de piedra al verla. La

última vez que habían estado juntas ambas tenían siete años, y aquella niña regordeta, con gafas y aparatos en los dientes, se había convertido en una chica bastante guapa. Guapa a su manera, porque la estética gótica que lucía impresionaba. A partir de ese momento, Kate apenas tuvo tiempo de pensar en nada.

Rose era un terremoto, no dejaba de hablar, de contar chistes picantes y reía sin parar. Algo que cambió en cuanto vio el vestido que debía lucir. Entonces las que lloraban de risa eran Jill y Kate. Al final aceptó ponérselo, siempre y cuando la dejaran llevar sus botas negras de hebillas y enormes plataformas, y no tuviera que lucir tirabuzones bajo la corona de flores.

Entre bromas y muchos nervios, la habitación se fue llenando de gente. Rachel y Luce, la madre de Jill, pululaban de un lado a otro subiéndole cremalleras y abotonando vestidos. La peluquera y la maquilladora, junto con la señora Rosedale, terminaban de retocar a la radiante novia que estaba realmente preciosa, mientras lanzaban miradas furtivas a Rose y refunfuñaban por lo bajo.

En cuanto se puso el sol, Keyla y Marie aparecieron en la habitación; otro de los momentos que Kate había temido a lo largo del día. Se preparó mentalmente para recibir la regañina por lo ocurrido en el grill, y levantó todas las barreras posibles para no perder los nervios cuando William saliera a colación. Pero, para su sorpresa, ninguna de las dos dijo nada. De hecho, parecía que no había ocurrido nada de nada y que las cosas estaban igual que siempre.

A pesar de aquella aparente normalidad, Kate sorprendió a Marie lanzándole miradas expectantes, incluso suplicantes, que no conseguía interpretar. Eso no mejoró su estado de ánimo, que fue empeorando conforme se acercaba la hora del enlace. Se sentó en el alféizar de la ventana y se estiró la falda del vestido. Observó su reflejo en el cristal, la corona de flores, los rizos castaños que enmarcaban su cara, la línea de sus hombros coronando el escote palabra de honor de su vestido. De repente la asaltó la irreprimible necesidad de salir corriendo. Era casi la hora, y los últimos invitados cruzaban la entrada. Eso significaba que él también estaría ya en el jardín.

Marie apareció a su espalda y posó una fría mano en su hombro.

—Es la hora —dijo la hermosa vampira.

Las sillas blancas, decoradas con lazos y flores, habían sido distribuidas formando un pasillo hasta el altar instalado bajo un bonito templete de madera. Grandes velones y antorchas iluminaban con su tenue luz el jardín, sobre el césped más velas protegidas por búcaros de cristal proyectaban sombras titilantes.

William contemplaba distraído una de esas sombras. Llevaba varios minutos ocupando su lugar al pie del altar, junto a Evan y el resto de testigos: Carter, Shane y Jared.

De repente se hizo el silencio y los músicos comenzaron a tocar la melodía que Jill había elegido como marcha nupcial.

William bajó la cabeza y cerró los ojos un instante, preparándose para el momento que llevaba esperando y temiendo las últimas horas, encontrarse con Kate.

Keyla encabezaba el séquito seguida de Rose, Marie y por último Kate, que trataba de no perder el paso mientras estrujaba su ramillete de flores entre las manos. Tras ellas, Jill avanzaba nerviosa y sonriente aferrada al brazo de su padre.

Todos ocuparon sus lugares bajo un cielo estrellado en el que la luna creciente empezaba a intuirse, Evan y Jill unieron sus manos sin dejar de mirarse ni un segundo, y el sacerdote comenzó la ceremonia. En su breve sermón habló del amor, de la fidelidad, de la confianza y la complicidad. De cómo se debía aceptar al amado con sus defectos, perdonando los errores para poder triunfar en el difícil camino que emprenden dos personas que se aman, cuando deciden unir sus vidas para siempre.

William trató de prestar atención, pero constantemente perdía conciencia de todo lo que sucedía a su alrededor. Su mirada vagaba de un lado a otro para acabar, casi sin darse cuenta, sobre el rostro de Kate. Ella se había negado a verle, a hablarle, ni siquiera había contestado a sus mensajes; y él se había prometido a sí mismo dejarla tranquila, hacer todo lo posible para que su presencia no la turbase. Pero contemplarla era algo que no podía evitar. Estaba tan hermosa que le hacía daño. La oyó suspirar y ese sonido tuvo un efecto narcótico en él. Contuvo el aire y ni se molestó en fingir que respiraba, tenía la sensación de que su cuerpo no era lo suficientemente grande como para contener las emociones que se agitaban en él.

Una ligera brisa, tan fría como un amanecer escarchado, agitó la hierba a su alrededor. El aire pareció electrificarse con pequeños chasquidos. De repente, Kate alzó la vista inquieta y lo miró fijamente a los ojos, como si supiera que él era el causante del fenómeno. Eso le hizo volver a la realidad del momento y desvió la mirada hacia Evan y Jill, que en ese momento sellaban su unión con un apasionado beso.

Más tarde, Kate observaba a los asistentes desde su mesa. Carter bailaba con una de las invitadas, una chica rubia de pelo largo y busto de modelo. Y de pronto la reconoció, se quedó atónita al comprobar que bajo el maquillaje y el elegante vestido, se encontraba Penny, la enfermera del doctor Anderson. Nunca habría imaginado que tras las gafas de pasta, su moño de severa institutriz y el uniforme blanco, se escondía semejante monumento a la feminidad voluptuosa.

Se obligó a apartar los ojos de ella y en su recorrido encontró al buen doctor y padre de la feliz novia, intentando no tropezar con el largo vestido de Rachel mientras exhibía sus más que dudosas dotes para el baile.

Junto a la barra, Daniel charlaba animadamente con Luce y su prometido, y brindaba con todos aquellos que se acercaban para volver a felicitarles. Entonces él ladeó la cabeza y la miró, como si supiera que lo estaba observando, y le guiñó un ojo con complicidad. Sonrió para sí misma divertida. Si esas personas supieran que se encontraban en compañía de vampiros y hombres lobos, la estampida sería apoteósica.

Se estremeció al sentir una mano fría sobre el hombro. Robert apareció a su lado y puso una copa de vino blanco ante ella mientras se sentaba.

—¿No bailas? —preguntó el vampiro.

Kate negó con la cabeza y sonrió.

—No me apetece.

—¿Ni siquiera conmigo? —Hizo una mueca para darle más énfasis a su tono compungido. Kate volvió a negar—. ¡Vamos, no estoy acostumbrado a que me rechacen! Sabes que eso hará estragos en mi ego narcisista.

—Está bien —aceptó finalmente.

Robert la tomó de la mano y con paso elegante y orgulloso la guió hasta el entarimado. Se inclinó con una leve reverencia y colocó la mano en su cintura.

—Supongo que te lo habrán dicho un millón de veces esta noche, pero ahora lo diré yo, estás preciosa.

Kate se sonrojó y alzó la barbilla para mirarlo a los ojos. Abrió la boca para decir algo, pero su mirada se topó con la de William que la observaba desde una mesa que compartía con Shane y Marie. Y tal y como había ocurrido otras tantas veces a lo largo de la noche, en las que sus miradas se habían cruzado, sintió que el tiempo se detenía a la vez que su corazón y su respiración. Intentó ignorar cuán irresistible era la atracción que sentía por él, cuán dolorosa.

—¿Qué pasa, ya no somos amigos? —inquirió Robert con una hermosa sonrisa que mostró sus dientes blancos y perfectos.

Kate parpadeó y se obligó a prestarle atención.

—¿Por... por qué piensas eso? —preguntó sorprendida.

—Los hechos hablan por sí mismos, llevo aquí unos días y ni siquiera me has llamado para saludarme. Hablábamos más cuando miles de kilómetros nos separaban.

—Yo podría decir lo mismo de ti.

Robert torció el gesto.

—Sí, supongo que sí. —Se quedó pensativo un instante, resopló y fijó su mirada azul en ella—. Prometí que no haría esto, pero... ¿Qué demonios hacías con ese tipo? ¡Le antepusiste a nosotros! —exclamó molesto.

Kate comprobó por el rabillo del ojo que William la miraba con disimulo. Apretó los labios, segura de que estaba escuchando.

—Empezaba a preguntarme cuándo empezarían las regañinas —replicó Kate.

—No voy a regañarte, se supone que ya eres mayorcita para saber lo que haces.

Los ojos de Kate brillaron desafiantes.

—Robert, puede que no lo creas, pero hice lo correcto. Él me salvó la vida, dos veces. Qué menos que devolverle el favor.

—¿Y no has pensado que todo podría formar parte de un plan?

Ella soltó una risotada sarcástica.

—¡Menudo plan! Arriesgar el pellejo contra unos Nefilim para ayudar a aquéllos que quieren verle muerto. ¿Y a qué viene esto? ¿Habéis echado a suertes quién debía darme la charla?

De los labios de Robert brotó un leve gruñido y Kate tuvo la sensación de que estaba conteniendo un duro sermón. Un sermón que probablemente merecería, pero no estaba dispuesta a que nadie la reprendiera como a una niña que no sabe lo que es mejor para ella.

—No, puedes estar tranquila. Hemos prometido olvidar este tema y respetar tus deseos —confesó el vampiro—. Entendemos tus motivos y nadie se acercará a Adrien a menos que él se acerque a nosotros. ¡Y lo hará, Kate, irá a por William! Solo espero que no tengamos que arrepentirnos de nada.

Kate tragó saliva y su respiración se aceleró. En el fondo sabía que Robert tenía razón. Sin embargo, no quería perder la esperanza de que todo acabara por solucionarse.

—Adrien no quiere hacerle daño a nadie —susurró. Bajó la mirada, como si de repente encontrara fascinantes los botones de la camisa del vampiro.

Robert levantó una ceja y observó el rostro de la muchacha, intentando ver más allá de la expresión de su cara. Exhaló un profundo suspiro y su rostro se transformó con una dulce sonrisa.

—Nosotros tampoco, pero a veces no queda más remedio —dijo en un tono de voz que a Kate le sonó demasiado paternalista.

La melodía terminó y Robert se separó de Kate con una nueva reverencia. Volvió a tomarla de la mano y la acompañó a su mesa.

—Respecto a William...

—No quiero hablar de él —lo cortó ella.

—Únicamente quiero decir que sería una pena que te alejaras de nosotros solo porque él y tú ya no estáis juntos.

—Lo sé, pero aún no estoy preparada para fingir que no pasa nada —admitió mientras cogía la copa de vino y le daba un sorbo.

—Kate, él te...

Ella hizo un gesto con la mano para que no continuara.

—No puedo hablar de él. ¿Eres capaz de entenderlo?

Dejó la copa sobre la mesa y se encaminó a la casa.

Jill se puso de espaldas al grupo de chicas eufóricas, apretó el ramo entre sus manos y con un fuerte impulso lo lanzó hacia atrás. William aprovechó el momento para escaparse un rato de la fiesta. Enfiló el sendero y llegó hasta el lago. Esa noche sus aguas parecían un oscuro y profundo abismo salpicado de leves destellos que oscilaban en el suave oleaje.

Apoyó la espalda contra el tronco de un frondoso sauce y cerró los ojos tratando de vaciar su mente. Necesitaba olvidarse, al menos durante unos minutos, de la búsqueda del cáliz, de Adrien y de cómo había perdido al ser que más amaba. Si estar separado de ella había sido horrible, tenerla tan cerca y no poder tocarla era aún peor. ¡Por Dios, los celos habían estado a punto de consumirlo mientras ella bailaba con su hermano! Pero sabía que aquella reacción instintiva era una insensatez. Primero, porque no tenía por qué sentir celos de Robert y segundo, porque ni siquiera tenía derecho a experimentar tal sentimiento.

Una leve perturbación en el aire agitó su conciencia. Se frotó el pecho con el pulgar, el tatuaje comenzaba a quemarle.

—Bonita ceremonia —dijo una hermosa voz a su lado.

William abrió los ojos lentamente y se encontró con la mirada plateada de Gabriel sobre él.

—¿Has cambiado de opinión? —preguntó el vampiro en tono mordaz.

Gabriel rió por lo bajo y enfundó las manos en los bolsillos de su elegante pantalón negro.

—No tengo intención de matarte, William. Con un poco de suerte otros se ocuparán de ese menester.

William frunció el ceño con desconfianza y se enderezó hasta que sus rostros quedaron a la misma altura.

—No, y o no envíe a los Nefilim —añadió el arcángel esbozando una sonrisita de suficiencia— y sí, puedo ver parte de tus pensamientos. Por eso estoy aquí. Te pedí que te alejaras del otro espíritu... —Se encogió de hombros—. O que lo mataras. Creí que había sido muy claro contigo, la profecía no puede cumplirse. Así que, ¿a qué esperas?

—Si puedes ver mis pensamientos ya sabes cuál es la respuesta —replicó

William de forma desafiante, había tomado la decisión de no confiar en nadie salvo en sí mismo.

Una furia absoluta se dibujó en la cara de Gabriel, que desapareció tras una sonrisita burlona carente de cualquier humanidad. Los pensamientos de William eran nítidos en su mente. Su determinación respecto a Adrien era un muro contra el que iba a estrellarse. De nada iban a servirle en ese momento las amenazas, pero la paciencia era una virtud que solía dar grandes recompensas. Al final el vampiro haría lo que debía hacer, él mismo se encargaría de que así fuera.

Dio un par de pasos hacia William y alzó las cejas con un gesto desdenoso.

—Busca ese cáliz y destrúyelo —ordenó con voz inexpressiva mientras se diluía en el aire.

William volvió a reclinarse contra el árbol con un suspiro. Se llevó la mano a la frente y se masajó las sienes con el pulgar y el dedo corazón. Apoyó la cabeza sobre la corteza cuarteada del tronco y cerró los ojos.

La olió incluso antes de oír sus pasos, se acercaba por el sendero con paso vacilante por culpa de los altos tacones de sus sandalias. Estaba nerviosa, con el corazón acelerado y la respiración agitada. Podía sentirlo en las vibraciones que llegaban hasta él a través del aire.

Pasó a menos de dos metros del sauce y se acercó a la orilla sin percatarse de su presencia. Se quedó inmóvil y callado, y la observó con un nudo en la garganta que lo ahogaba. Su piel estaba más pálida de lo habitual. El maquillaje prácticamente le había desaparecido y sus mejillas se veían coloreadas por un rubor natural. Simplemente preciosa.

Kate contempló el agua ensimismada. Cerró los ojos y una leve sonrisa curvó sus labios agradecida por el silencio que reinaba en aquel sitio. Estaba que se subía por las paredes y deseaba, con todas sus fuerzas, que la fiesta terminara cuanto antes para poder volver a casa, meterse en la cama y olvidarse de todo. De la tortura que estaba sufriendo al estar tan cerca de William.

Un sexto sentido la hizo girarse. No había escuchado ningún ruido, ni había visto nada, pero supo instintivamente hacia dónde mirar. Unos ojos de un azul misterioso brillaron y luego se cerraron. Contuvo la respiración y el corazón comenzó a latirle como si lo tuviera en la garganta. La visión de William la dejó sin palabras. Tenía la ancha espalda apoyada contra el árbol y las manos hundidas en los bolsillos, una pierna descansaba en el suelo y el pie de la otra contra el tronco. Estaba imponente entre aquellas sombras. A pesar del tiempo que llevaban separados, Kate se dio cuenta de que sus sentimientos no habían hecho más que aumentar. Dio un respingo y salió de aquel estado de hipnotismo. Hizo el ademán de marcharse.

—No, no es necesario que te marches por mí. Yo ya me iba —dijo él incorporándose.

La contempló un instante. Ella le dio la espalda mirando de nuevo hacia el

lago, y eso le dolió más que cualquier golpe que hubiera recibido antes. Se enderezó, apretó la mandíbula y tomó el sendero de vuelta a la casa.

Kate parpadeó para alejar las lágrimas, le escocían los ojos y el nudo que le oprimía la garganta era tan doloroso que se asustó. Se estremeció con un escalofrío y se abrazó el estómago. Sintió la suave tela de una americana sobre la piel, estaba fría. Unas manos se posaron en sus hombros, y descendieron muy despacio por sus brazos hasta que rompieron el contacto bruscamente a la altura de los codos.

En la larga pausa que siguió, ninguno de los dos dijo nada. Ella permaneció inmóvil con los párpados apretados y él con los ojos fijos en su nuca, en la curva de su cuello, en el arco de sus hombros.

—Te lo suplico, habla conmigo —susurró William—. Por favor.

Kate se estremeció al sentir su aliento. Dudó, pero finalmente se dio la vuelta muy despacio. Alzó los ojos y se encontró con su mirada brillante y ansiosa.

—He tardado ciento cincuenta años en encontrarte y solo he necesitado unos días para perderte. ¡Me voy superando! —dijo con una amarga ironía, en la que no pudo esconder una enorme tristeza.

—No me perdiste, me dejaste —replicó medio enfadada.

—Entiendes por qué lo hice, ¿verdad?

—Estabas asustado, enfadado, decepcionado... cansado...

—Sí —susurró sin aliento.

—Y elegiste el camino fácil —terció ella sin poder disimular la rabia que sentía. Clavó los ojos en el suelo.

Él le colocó una mano a cada lado del cuello y con los pulgares en la barbilla la obligó a que lo mirara a los ojos.

—¿Fácil? Dejarte es lo más duro que he hecho nunca, pero estaba convencido de que así te protegía y no dudé. Que estés a salvo es lo único importante para mí y haré lo que sea necesario para conseguirlo.

—Como volver a marcharte.

La soltó muy despacio y dio un paso atrás. Sacudió la cabeza.

—No voy a marcharme.

—¿Por qué?

—Porque no puedo vivir sin verte, aunque solo pueda hacerlo de lejos. Te he hecho daño y entiendo que quieras evitarme... A pesar de que dijiste que me esperarías —le recordó con un deje de disgusto mientras se revolvía el pelo con la mano.

El comentario sacudió a Kate. Se puso rígida y lo miró a los ojos de forma severa.

—Aquí el único que no cumple sus promesas eres tú. «No habrá vuelta atrás, será para siempre, todo o nada», ¿recuerdas tus palabras? —le espetó alzando la voz—. Yo he cumplido. Cada día al despertar esperaba verte junto a mi cama, si

llamaban a la puerta corría rezando para encontrarte al otro lado. Esperaba verte aparecer al doblar cada esquina y... —Apartó la vista emocionada—. Y cuando por fin regresas yo no soy el motivo. Va siendo hora de que asuma la realidad, que lo nuestro se terminó.

Él frunció el ceño, sorprendido.

—¡Qué tú no eres el motivo! Cuando supe que los Nefilim iban a atacaros, en lo único que podía pensar era en ti. ¡Jamás he tenido tanto miedo! Por eso no me quedó más remedio que romper mi promesa de que jamás volverías a verme, y regresé. Kate, no hay excusa que valga, pero si hice aquello fue por miedo a mí mismo. Me aterrorizaba la idea de que algún día pudiera hacerte daño.

Estaban alzando la voz y aquella conversación empezaba a parecer una discusión.

—Lo que hiciste estuvo mal y fue estúpido. No puedes tomar tú solo decisiones que nos incumben a ambos, por muy nobles que creas que son tus razones —replicó Kate exasperada, y su enfado se arremolinó en el aire.

William podía percibirlo sobre su piel, pequeñas vibraciones que le erizaban el vello. Otra cualidad de su nueva naturaleza. Una percepción que podía llegar a ser incluso molesta, aunque en aquel momento deseaba con todas sus fuerzas que fuera aún más aguda y poder leer el pensamiento de ella. La tomó de las manos esperando que lo rechazara, pero ella simplemente las dejó inertes entre sus dedos.

—Te quiero, eres lo más importante en mi vida, esa es la única razón.

—Pero sigues teniendo miedo —musitó ella.

Él empezó a mover la cabeza, como si así pudiera darle más énfasis a sus palabras.

—No, ya no. He tardado en darme cuenta, pero ahora sé que jamás podría lastimarte. No importa en qué acabe transformándome, hasta mi yo mezquino es incapaz de vivir sin ti. Los dos te necesitamos viva y sana para sobrevivir. Por eso necesito pedirte algo: puedes ignorarme, no me perdones si no lo deseas y si no quieres volver a hablarme, también lo entenderé. Pero deja que siga cerca de ti, lo justo para ver que estás bien. No te molestaré, ni siquiera tendrás que verme. Te lo ruego. ¿Me dejarás?

William apretó los puños, estaba temblando por el esfuerzo de no abrazarla.

Kate asintió y tuvo que cerrar los ojos para contener las lágrimas.

—Gracias —musitó él aliviado—. Será mejor que me marche, no deseo incomodarte más. Y por favor, no te quedes aquí sola mucho más tiempo. Nunca se sabe qué puede surgir de las sombras.

Miró a su alrededor con inquietud, pero sus sentidos no percibieron ninguna presencia extraña. Soltó un suspiro entrecortado. La miró una vez más y sus labios se curvaron con una leve sonrisa, ella estaba arrugando la nariz de esa forma que a él le parecía tan graciosa, como siempre que se ponía nerviosa. Dio

medio vuelta y se encaminó de regreso a la fiesta, con la cabeza inclinada hacia abajo y los hombros hundidos. Completamente abatido.

Kate notó una fuerte presión en el pecho, el corazón le latía con tanta fuerza que le dolían las costillas. William creía que ella no deseaba volver con él, cuando era lo único que ocupaba su mente. Pero allí estaba, como una estatua, completamente bloqueada permitiendo con su silencio que él se alejara para siempre.

—¡William! —gritó sin aliento.

Él se detuvo y apenas ladeó la cabeza; tenía miedo al dolor que le causaba contemplarla, pero al final se giró con determinación. Entonces ella echó a correr, saltó y se abrazó a su cuello, estrechándolo con tanta fuerza que le crujió la columna. Temblaba de pies a cabeza y la abrazó con toda su alma mientras la alzaba del suelo.

—No vuelvas a hacerme algo así nunca más, ¿me oyes? —dijo Kate al borde del llanto—. ¡Jamás, jamás en la vida vuelvas a hacerme algo así!

—¿Eso quiere decir que...? —preguntó él con voz ronca.

Sin apenas dar crédito, la dejó en el suelo con cuidado para poder ver su cara.

—Que vas a tener que portarte muy bien si quieres que te perdone —terminó de decir ella.

Entonces él le tomó la cara y la besó con fuerza en la boca. La apretó contra su cuerpo con delicadeza, absorbiendo el calor de su piel. Nada le parecía lo bastante cerca. Amor y deseo corrían por sus venas, y algo mucho más abrasador cuando ella arqueó la espalda eliminando el espacio entre sus caderas. Se separó un poco para volver a mirarla, como si le costara creer que aquello fuera real. Le brillaban los ojos y apretaba la mandíbula.

Kate supo que estaba tratando de no echarse a llorar. A pesar de su metro ochenta y cinco, de la fuerza de su cuerpo y de su poder, parecía un niño el día de Navidad ante su deseo cumplido. Kate le dedicó una sonrisa para tranquilizarlo y notó los labios entumecidos por el beso. Pero no le importó, se puso de puntillas y lo atrajo hacia su boca enredando los dedos en su pelo.

Un ligero carraspeo les trajo de vuelta a la realidad. Shane los observaba con una ancha sonrisa, semioculto entre las sombras del sendero.

—No me odiéis por interrumpiros. Pero Jill y Evan están a punto de marcharse y quieren despedirse de vosotros —dijo con tranquilidad—. Por cierto, Marie os pilló hace rato y se lo está contando a todos. Las apuestas van diez a uno a que te perdona después de patearte el culo —le indicó al vampiro con una risa maliciosa.

—Me hubiera encantado ver a Jill vestida de blanco —dijo Alice.

—Estaba preciosa, como una princesa. ¡Y tan feliz! —comentó Kate mientras se ponía unos calcetines.

Alice tomó el vestido del suelo y lo colgó de una percha tras la puerta.

—Debería haber ido, conozco a esa niña desde que era un bebé.

—Sabes que no debes exponerte, podrías coger una gripe o algo más serio y tendrían que hospitalizarte —replicó Kate mientras guardaba la corona de flores en un cajón de la cómoda.

—Lo sé, lo sé. ¿Quieres un consejo? No envejezcas, mantente siempre joven y hermosa... y sana. —Suspiró y acarició la mejilla de su nieta—. ¿Y qué tal se comportó Luce? Esa mujer es tan superficial y vanidosa, que no me extrañaría que hubiera intentado robarle el día a su propia hija. ¿Y el doctor Anderson? ¿Iba solo o acompañado por alguna amiguita?

—Abuela, estoy muy cansada —dijo Kate con un mohín.

—Vale, pero por la mañana me lo contarás todo.

—Hasta el último detalle, prometido.

—Bien, entonces hasta mañana, tesoro. —Besó a Kate en la frente y cerró la puerta al salir—. ¡Tómate el chocolate, te ayudará a dormir! —gritó desde el pasillo.

Kate esperó tras la puerta. Cuando estuvo segura de que su abuela ya estaba en su habitación, apagó las luces, corrió a la ventana y la abrió. Una décima de segundo después, William se colaba en el cuarto.

—Te he echado de menos —susurró él, la estrechó con fuerza entre sus brazos y la alzó haciéndola girar.

—¡Pero si apenas has estado un ratito ahí fuera!

—Me ha parecido una eternidad. —Le rozó la nariz con un dedo y sus ojos brillaron con total adoración. Olfateó el aire—. ¡Chocolate! —Fue hasta el escritorio y acercó la nariz a la taza—. ¿Vas a tomártelo?

—Eh... no, no me apetece. Me lo llevaré si te molesta el olor.

—¡Molestarme! —exclamó tomando la taza entre las manos. Lo agitó con la cuchara y se la llevó a los labios para lamerla. Kate lo miró asombrada y sus ojos se abrieron aún más cuando él pescó una nube y la masticó con deleite—.

¿Qué son estas cosas?

—Nubes —respondió Kate como una automática.

—Me gustan. —Y se comió otra. Entonces se detuvo con la cuchara suspendida en su mano a medio camino de la boca—. ¿Qué? —preguntó con el ceño fruncido al ver que ella lo miraba boquiabierta.

—¡Estás comiendo! —musitó.

—Sí, bueno... es una de las pocas ventajas que tiene convertirse en medio ángel —reconoció un poco cortado. Ella se llevó las manos a las mejillas y soltó una risita—. ¿Qué? —volvió a preguntar, y también empezó a reír.

—Es que verte comer te hace parecer tan normal.

En ese mismo instante recordó que Adrien también comía, ese había sido uno de los motivos por los que no había desconfiado de él.

—Y eso es bueno, ¿no? —preguntó William. Dejó la taza y relamiéndose agarró a Kate por la cintura.

Ella asintió con una sonrisa radiante.

—Sí, porque me debes una cena, ¿recuerdas?

William le devolvió una sonrisa pícaro y en un visto y no visto saltó hacia la cama arrastrándola con él, arreglándose las espaldas con ella encima.

—Habrá muchas cenas, y comidas, y desayunos —dijo en voz baja acariciándole la cara con el dorso de los dedos. Descendió por la línea de su mandíbula y acabó rozando con el pulgar la vena de su cuello con un brillo hambriento en la mirada.

Kate se estremeció y contuvo el aire un instante. Él parpadeó percibiendo su reacción y levantó la vista hacia sus verdes ojos, esbozó una sonrisa de disculpa.

—Pero la comida no... no compensa... —musitó ella.

—¿La sed? —terminó de decir William. La atrajo hacia su pecho y la abrazó—. No, sigo necesitando y deseando la sangre con la misma intensidad, pero sigo siendo capaz de controlarlo.

El teléfono de Kate vibró un par de veces en la mesita. Se incorporó para mirarlo y una sonrisa apareció en su rostro.

—Es un mensaje de Jill. Ya están en el avión y quiere saber si es delito arrojar por la ventanilla a la azafata que coquetea con su marido. Llamará mañana, cuando se hayan instalado.

Tecléo una respuesta y volvió a dejar el teléfono en la mesita. William abrió los brazos para acogerla de nuevo y ella se acurrucó a su lado descansando la cabeza sobre su pecho.

—¿Y qué le has contestado?

—Que sí es un delito. Así que le he sugerido que lo haga cuando nadie mire.

Él soltó una carcajada tan fuerte que Kate se vio obligada a taponarle la boca para que no despertara a su abuela. William le mordisqueó la palma de la mano

y ella lo soltó, propinándole un golpecito en el pecho.

—De luna de miel por África, quien lo diría. Me imagino a Jill en muchos sitios, pero... ¿de safari por África? ¿Si cree que los ratones son peligrosos? —comentó Kate.

—Bueno, puede que al tener a un licántropo como marido, los leones ya no le parezcan tan fieros —le hizo notar él bastante divertido, y añadió—. Además, África es un continente fascinante, todo el mundo debería visitarlo al menos una vez en la vida.

Kate se incorporó un poco para mirar su cara.

—¿También has estado en África?

—En dos ocasiones, pero hace mucho tiempo.

Kate se mordió el labio mientras jugueteaba con uno de los botones de la camisa de William.

—¿Y dónde has estado estas últimas semanas? —preguntó algo insegura.

William alzó la barbilla y contempló el techo. Sus ojos brillaban con un intenso color azulado, y Kate comprobó fascinada que un nuevo halo plateado rodeaba su iris.

—Buscando respuestas —musitó él.

—¿Y las has encontrado?

—Más de las que necesitaba. —Guardó silencio unos segundos y de forma distraída comenzó a acariciar el brazo de Kate, formando círculos con los dedos—. Ya sé quien soy y por qué existo, y es peor de lo que esperaba.

—¿Qué quieres decir?

—Existe una profecía...

Trató de resumir aquellas semanas, pero sin omitir nada. Sabía que ella debía conocer lo que estaba en juego, lo que podría pasar y a qué se estaba exponiendo al volver a estar juntos. Eran un equipo y esa idea lo aterraba tanto como lo hacía feliz. El mundo podría ponerse patas arriba si una sola gota de su sangre tocaba ese cáliz, y ella debía ser consciente de esa realidad.

—Así que voy a hacer todo lo necesario para que nada de eso ocurra, lo que sea —terminó de explicar con un suspiro.

Kate se sentó sobre las sábanas sin apartar ni un instante los ojos de él y se abrazó las rodillas.

—Y si ese hombre es un arcángel de verdad, ¿por qué no hace nada? —preguntó confusa.

—Asegura que no puede intervenir, pero aunque pudiera, no confío en él. No confío en nadie, y tú no deberías confiar en Adrien. No sé por qué motivo tú y él... —Se puso en pie con una mueca de desagrado y se acercó a la ventana. Se había prometido a sí mismo no mencionar la relación que ellos habían establecido, hasta que fuese ella la que hablara del tema. Pero no pudo contenerse—. No sé qué te habrá dicho para conseguir que te pongas de su parte,

pero...

—¡Yo no estoy de su parte, pero tampoco en su contra! Me salvó la vida, dos veces, y se lo agradezco de todo corazón.

—¡Y yo, por eso aún...! Kate, ese tipo es peligroso, muy peligroso.

Ella suspiró apenada.

—Puede que no lo entiendas... —Se llevó las manos al rostro y se puso en pie—. ¡Dios mío, ni siquiera yo logro entenderlo! Pero no creo que Adrien quiera hacerle daño a nadie. Tiene remordimientos, tiene que haber algo bueno dentro de él para sentirlos. Además, hay cosas que no se pueden fingir. Llámalo intuición o como quieras, pero yo he pasado más de una semana con él y le he... le he visto cosas —rememoró cómo se había sorprendido ante el gesto de confianza que le había dedicado Lou en el café.

—Kate, ¿has oído algo de lo que te he dicho? Adrien está aquí porque busca el cáliz, y lo quiere para romper la maldición de los vampiros, y solo puede lograrlo con mi sangre. Junta las piezas y verás como encajan. —Hizo una pausa y se pasó la mano por la cara—. Incluso si alguien lo estuviera obligando a hacer todo esto, no cambia nada. Él quiere que la profecía se cumpla y yo debo evitarlo. No voy a arriesgarme a ver qué pasará después.

—Pero es que no tiene por qué pasar nada. Yo puedo conseguir que Adrien hable contigo y tú... tú puedes convencerle para que no siga adelante. Hazle ver todo lo que está en juego.

Un músculo de la mandíbula de William se tensó mientras la miraba.

—Me sorprende tu preocupación por él y esa confianza ciega, sobre todo por el poco tiempo que hace que le conoces —dijo con un atisbo de ira.

Las aletas de su nariz se movían con cada inspiración de aire. No lo necesitaba, pero el oxígeno llegaba a sus pulmones con un efecto calmante; sin embargo, esta vez no funcionaba. Los celos estaban abriendo un agujero en su pecho tal y como lo haría una pequeña gota de ácido a través de su piel.

Le dio la espalda a la chica. Apoyó las manos en el marco de la ventana y contempló el exterior sin ver nada que no fuera la luz roja que nublaba su vista.

—¿William? —Kate se acercó hasta él—. ¿Crees que yo siento algo por Adrien? —Lo obligó a girarse. Entonces le tomó el rostro entre las manos para que la mirara a los ojos—. ¡No! Yo solo te quiero a ti, ¿me oyes?, solo a ti. Nunca habrá nadie salvo tú.

Lo abrazó enterrando el rostro en su pecho. Inspiró su olor, había cambiado. Ahora era mucho más intenso, también cálido, y la hacía derretirse por dentro.

William la rodeó con sus brazos.

—Perdona, ha estado fuera de lugar.

Ella alzó la barbilla para mirarlo con una sonrisa.

—No hay nada que perdonar. Que un guapo vampiro, de casi doscientos años, tenga celos y se sienta inseguro por mí, me hace sentir muy sexy.

Kate se ruborizó cuando él le dedicó una sonrisa torcida, mientras deslizaba un dedo desde su barbilla hasta el hueco de su escote. Ladeó la cabeza para mirarla con deseo en los ojos y sintió como cada una de sus articulaciones se aflojaba.

William suspiró y apoyó la palma de la mano sobre su piel, a la altura del corazón. Los latidos desbocados vibraron en su mano como una caricia cargada de anhelo. Ella sentía lo mismo y el momento se transformó en una emocionante agonía. En otro instante, en otro lugar, habría dejado que el fuego estallara. La besó en la frente y la envolvió con los brazos.

Se quedaron así, abrazados e inmóviles durante un rato. Entonces Kate se estremeció y contuvo un bostezo, no quería dormir, quería permanecer dentro de aquel refugio para siempre. Pero su cuerpo no parecía dispuesto a obedecerla y comenzó a relajarse sintiendo los párpados muy pesados.

—Vamos, princesa, hora de dormir —susurró William tomándola en brazos.

—No —gimió Kate, pero cerró los ojos y escondió el rostro en su cuello.

La dejó con cuidado sobre la cama y la arropó con ternura. La acarició mientras observaba su respiración cada vez más pausada. Cuando creyó que se había dormido, se levantó sin hacer ningún ruido.

—Quédate —musitó ella aferrándolo por la muñeca.

El vampiro sonrió mientras le apartaba un mechón ensortijado de la cara. Se tumbó a su lado y ella se acurrucó pegándose a su cuerpo hasta que acabó descansando la cabeza sobre su pecho. En pocos segundos se quedó profundamente dormida por primera vez en semanas.

Kate esbozó una sonrisa de auténtica felicidad y se desperezó bajo las sábanas. Giró el rostro en la almohada e inspiró, el olor penetró en su nariz con un ligero cosquilleo, dulce y adorable. Abrió los ojos y su sonrisa se ensanchó.

Tomó la rosa y la pegó a su nariz mientras se acercaba al escritorio. Con expresión soñadora la colocó junto a las otras en el pequeño jarrón de cristal. El mismo número de rosas que de noches maravillosas en las que se había quedado dormida en brazos de William. Cinco rosas desde que había regresado con ella, cinco días desde que ella había vuelto a respirar sin que le doliera.

Al lado del jarrón vio las llaves del Porsche y una nota.

El depósito está lleno y la documentación en la guantera, por si la necesitas. No te enfades, pero ahí también encontrarás algo que quiero que uses. Prométeme que lo harás. Te llamaré en cuanto acabe.

Deséame suerte.

Te quiero.

—Suerte —susurró, deseando con todas sus fuerzas que William encontrara

en sus pesquisas alguna pista sobre ese cáliz.

Se dio una ducha rápida y engulló media docena de tortitas como si llevara hambrienta una semana. Recogió la cocina y salió de la casa sin hacer ruido para no despertar a Alice, que había vuelto a quedarse dormida en el sofá.

Se acercó a su viejo coche y lo contempló con pena. El motor había fallecido sin posibilidad de reanimación, ni siquiera con cuidados intensivos. Por eso William había insistido en que usara el Porsche hasta que pudieran encontrar algo para ella. Kate había accedido, pero después de que él le prometiera que la dejaría elegir el nuevo vehículo y pagarlo con sus propios ahorros.

Una hora más tarde, Kate abandonó la consulta del doctor Anderson y se dirigió a la farmacia con una decena de recetas bajo el brazo. Alice necesitaba cada vez más medicación, nuevos tratamientos que costaban una verdadera fortuna. Sin contar las facturas del hospital.

—¿Cómo está tu abuela? —le preguntó el señor Ryss tras el mostrador.

—Mucho mejor, gracias —respondió Kate con una sonrisa.

—Me alegro, tu abuela es una mujer muy fuerte. Se recuperará —dijo el hombre. Kate asintió y volvió a sonreír agradecida—. Bien, iré a buscarte todo esto, tardaré solo un minuto.

Mientras esperaba, Kate se dedicó a mirar a su alrededor. Se tocó el bolsillo otra vez, para asegurarse de que no había perdido aquel trocito de plástico y que seguía allí. Lo que William había dejado en la guantera, era una tarjeta de crédito de color plateado. Kate nunca había visto una así, y desde luego no pensaba usarla.

El farmacéutico apareció con un montón de cajitas.

—Kate, hay algo que debo decirte, y lo siento mucho, de verdad, pero no creo que pueda seguir dándote más medicamentos si no pagas los que debes. Te daré estos, pero no podré hacerlo la próxima vez. Mi jefe acabará despidiéndome si se entera. Lo entiendes, ¿verdad?

Kate se ruborizó, en parte por la vergüenza que sentía al deber todas esas medicinas y por la angustia de no saber cómo iban a arreglárselas a partir de ahora.

—Sí, por supuesto. No se preocupe señor Ryss, usted nos ha ayudado mucho. ¿A cuánto asciende... cuánto debo?

—Veamos —dijo el hombre. Sacó un cuaderno de uno de los cajones del mostrador. Suspiró al ver la cifra y miró a Kate con una sonrisa forzada que pretendía ser tranquilizadora—. Seiscientos sesenta dólares.

Kate se llevó la mano a la boca para contener una exclamación. Con los ojos muy abiertos miró el cuaderno y comprobó que no era un error. Vaciló un instante, pero finalmente sacó la tarjeta y se la entregó. No podía permitir que por su orgullo Alice no recibiera su tratamiento. Ya buscaría la forma de devolvérselo a William.

—¡Vaya, veo muy pocas como esa! —exclamó el señor Ryss mirando a Kate sorprendido.

—Tengo amigos que se preocupan por mí.

—Eso he oído —susurró el hombre, y en su voz no había recelo, ni sarcasmo, solo un sentimiento cariñoso—. Heaven Falls es un pueblo pequeño y el regreso de tu amigo ha sido una de las noticias de esta semana.

—Sí, ya imagino —logró articular con las mejillas encendidas. Sabía que en el pueblo se hablaba de ella, pero tener la confirmación la puso nerviosa.

Kate se despidió del señor Ryss y salió a la calle como una exhalación. Mientras caminaba por la acera, rebuscó con la mano libre en el bolso. Atrapó el teléfono con la habilidad de un contorsionista y marcó el número de William.

—Te echo de menos —dijo él al otro lado.

Kate sonrió mientras el corazón le daba un vuelco. Iba a responder que ella también le echaba de menos, pero se obligó a recordar cuál era el motivo de la llamada.

—Pienso devolverte hasta el último dólar —dijo muy seria. Le pareció oír que William reía por lo bajo.

—¡De eso nada! —replicó él.

—Pero, no puedo aceptar...

—Sí que puedes —la atajó—. Tú quieres compartir mis problemas y yo quiero compartir lo que poseo contigo.

—¡No es lo mismo!

—Sí lo es. Estamos juntos, ¿no? Pues entonces lo mío es tuyo.

Kate suspiró con un sentimiento cálido en el pecho.

—Y lo mío tuyo, solo que yo no tengo nada que darte.

—Kate, me has devuelto la vida, y yo jamás podré compensarte eso —contestó él—. Así que usa la tarjeta sin preocuparte por el dinero.

—¿Pero en qué? —preguntó. Empezaba a rendirse.

—En pagar los gastos del hospital, sé que ya no tienes seguro médico. Y después en lo que te apetezca.

—¿Cómo sabes tú eso? —inquirió sorprendida.

—Porque te quiero y me preocupo por ti. Y tú eres demasiado orgullosa para contármelo.

—Voy a matarte.

—Me parece justo —replicó él entre risas.

Kate colgó el teléfono con una gran sonrisa. Trató de volver a guardarlo sin dejar de caminar, entonces chocó contra alguien y cayó al suelo como un trapo.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó una chica arrodillándose junto a ella—. ¿Estás bien?

Kate asintió con la cabeza y miró a la chica. Tenía una melena negra y lacia que le llegaba por los hombros, con un flequillo muy corto y recto, y unos ojos

grandes y marrones que le daban el aspecto de una muñeca.

—Sí, creo que sí —respondió frotándose el brazo. Frunció el ceño con disgusto cuando vio todas sus cosas desparramadas por el suelo. Se arrodilló y empezó a recogerlas.

—Lo siento, lo siento mucho. Deja que te ayude.

—Gracias —dijo Kate cuando la chica le tendió el bolso.

—¿Gracias? ¡Pero si casi te mato!

—Tranquila, estoy bien. —Se miró el codo, se había arañado la piel y le sangraba un poco.

—¡Estás herida! —exclamó la chica con los ojos muy abiertos.

—No es nada, solo un arañazo —le hizo notar mientras pensaba que no era para tanto. Solo habían chocado y la desconocida estaba reaccionando como si la hubiera atropellado con un autobús.

—Puedo llevarte a un hospital... si me dices dónde hay uno —sugirió frotándose las manos nerviosa.

—De verdad que no es nada, estoy bien. —Volvió a asegurarle. Se puso en pie sacudiéndose la ropa—. Bueno, adiós —se despidió mientras echaba a andar.

—¡Espera! —gritó la chica dándole alcance—. A lo mejor me puedes ayudar. Verás, estoy aquí de vacaciones con mi novio y... me preguntaba si conoces algún sitio tranquilo donde poder montar una tienda de campaña sin llamar mucho la atención. Ya sabes lo tiquismiquis que se ponen los guardabosques con las zonas de acampada. Y no tenemos mucha pasta así que... bueno, ya me entiendes.

Kate ladeó la cabeza con curiosidad. Al final asintió con una sonrisa dispuesta a ayudarla.

—¿Eso que tienes es un mapa? —preguntó señalando un papel doblado que sobresalía del bolsillo del pantalón de la chica.

—Sí —respondió mientras se lo daba.

Se apoyaron en un coche y Kate desplegó el plano. Lo giró y observó durante unos segundos, al final señaló un punto con el dedo.

—Aquí, en esta cascada. En este punto el arroyo forma un remanso. —Ladeó la cabeza y miró a la chica—. La orilla es tan ancha que parece una pequeña playa, y se puede llegar fácilmente a través de este camino forestal —explicó mientras señalaba la línea que marcaba la senda—. Siempre y cuando no esté embarrado, pero hace días que no llueve.

—Parece que conoces bien la zona.

—Suelo ir bastante por allí, es un lugar precioso.

—Gracias. Y de nuevo lo siento.

—No ha sido nada. ¿Ves?, ya estoy perfecta. Pásalo bien con tu novio —respondió Kate, y con un gesto de la mano se despidió.

William detuvo el Range Rover frente a la casa de los Solomon. Se quedó sentado con el motor en marcha y las manos aferradas al volante. Dejó caer la cabeza hacia atrás, hundido. No había encontrado nada en la biblioteca, tampoco en el archivo histórico, ni en ninguna otra parte. Las opciones se agotaban y el camino se estrechaba conduciéndolo a un único punto.

Su teléfono sonó en el salpicadero. Lo tomó y sonrió al ver un mensaje de Kate en la pantalla. Lo abrió y mientras lo leía, su cuerpo comenzó a temblar. Aceleró a fondo enfilando el camino a toda velocidad. Se incorporó a la carretera con un volantazo sin apenas frenar. Apenas cinco minutos después se detuvo con un fuerte frenazo. Dejó el Range Rover de Daniel en la carretera. Ascender con el coche por el camino forestal era desesperadamente lento. Iría más rápido corriendo.

Echó a correr y subió la colina en segundos. Con un potente impulso cruzó la garganta por la que circulaba el arroyo. Una vez al otro lado continuó corriendo, atajando a través del espeso bosque hasta alcanzar de nuevo el curso del torrente. Llegó a la cascada y saltó los quince metros que lo separaban de la pequeña playa de guijarros. Sus pies se clavaron en el suelo.

—¡Kate! —gritó—. ¡Kate!

Inspiró buscando algún rastro, pero lo único que percibió fue un extraño olor a gas. Nada de la chica. Todo aquello era demasiado raro y empezó a ponerse cada vez más nervioso. Desconcertado y preocupado volvió a gritar su nombre. El mensaje decía que no se encontraba bien, que se había mareado y que fuera a buscarla a la playa de guijarros. Pero entonces pensó que por qué un mensaje y no una llamada. Si aquello era una broma, iban a tener unas palabras muy serias. Solo que Kate no solía actuar así.

El aire se agitó con una leve vibración y Adrien apareció a su lado. Se miraron un instante, estupefactos, e inmediatamente cada uno se llevó una mano a la espalda en busca de su daga. William gruñó al comprobar que las suyas no estaban bajo su camiseta, las había dejado en el maletero antes de entrar en el archivo histórico, que tenía uno de esos detectores de metales. Apretó los puños dispuesto a enfrentarse a Adrien. El vampiro empuñaba sus dagas y parecía tan sorprendido y contrariado como él.

—¿Qué significa esto? —masculló Adrien lanzando rápidas miradas a su alrededor, seguro de que los lobos andaban por allí y que aquello era una trampa.

—Dímelo tú —replicó William desafiante, convencido de que había caído en una trampa de Adrien. Aunque por su expresión empezaba a dudar de esa teoría.

—¿Yo? Debí imaginar que el mensaje era tuyo.

—¿Mensaje?

Adrien ladeó la cabeza con una sonrisa despectiva, mientras contemplaba las manos vacías de William.

—¿Tanto me subestimas que te presentas desarmado? Me ofendes.

—¿Qué mensaje? —insistió William cada vez más preocupado.

Adrien frunció el ceño y se enderezó, pero sin bajar las dagas. Pensó que, o William era en realidad un actor magnífico, o sabía tan poco como él de lo que sucedía allí.

Un mal presentimiento se apoderó de él.

—Acabo de recibir un mensaje de Kate. Me decía que se había hecho daño, que no podía hablar y que viniera a buscarla.

—Yo he recibido uno parecido —respondió William perplejo.

Adrien miró por encima de su hombro, alerta.

—Vale, esto empieza a gustarme cada vez menos. ¿Dónde está ella? —preguntó mirando en derredor cada vez más inquieto.

William lo fulminó con la mirada mientras sacaba su teléfono del bolsillo, el tono posesivo y preocupado que acababa de usar el vampiro estaba a punto de hacerle perder los estribos.

—¿Y a qué huele? —continuó Adrien.

Aquel olor era cada vez más intenso.

—Creo que alguien intenta confundirnos para que no notemos su presencia —respondió con el teléfono en la oreja.

—¿Quién? —escudriñó haciendo girar las dagas entre los dedos.

Ambos se giraron hacia los árboles al oír el primer timbre, el segundo sonó en el aire directo hacia ellos, y el tercero a los pies de William cuando el teléfono aterrizó en el suelo. Colgó y el teléfono de Kate dejó de sonar. Levantaron la vista del suelo con un gruñido y clavaron sus ojos en las figuras que acababan de aparecer.

—Anakim —anunció Adrien entre dientes. Contempló a los Nefilim armados con ballestas—. Son tan idiotas como para haber vuelto.

William se agachó lentamente y cogió el teléfono sin apartar la vista de ellos.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Miradlos, solo son otros dos animales con piernas; menos que eso —dijo uno de los nefilim.

—¿Dónde está la dueña de este teléfono? —insistió William.

—Ella... ella está bien —contestó una voz de mujer.

William miró por encima del hombre que había hablado y vio a una chica morena con flequillo que parecía muy nerviosa. Cuando sus miradas se encontraron, ella asintió con los ojos muy abiertos para darle mayor credibilidad a sus palabras.

—¡Cállate! —ordenó el hombre a la chica.

Ella bajó la vista y dio un paso atrás. El tipo volvió a centrar su atención en los dos vampiros.

—Llevamos días observándoos. No sois simples vampiros, ¿qué sois?

—Según tú, animales con piernas, y vas a tragarte hasta la última palabra —replicó Adrien.

El Nefilim, el mismo que conducía la primera furgoneta la noche del ataque y que parecía ser el jefe, sonrió con sorna.

—Reconozco que sois fuertes y que vuestras habilidades sorprenden, pero nunca fallamos dos veces. En el fondo me importa una mierda lo que sois, mi misión es limpiar este mundo de la basura como vosotros, y eso es lo que voy a hacer. Sin vuestra presencia, los lobos serán como cucarachas bajo mi bota, y al anochecer este pueblo volverá a ser un lugar puro.

—¿Esa es tu táctica? ¿Separa y vencerás? —preguntó William con una sonrisa torcida, mientras hacía un nuevo recuento de los Nefilim. Había once en total sin contar a la chica, y ella no sería un problema.

El Nefilim rió fríamente y les apuntó con su ballesta.

—O lo hacemos juntos o no saldremos de aquí —susurró William.

Adrien gruñó y una fría brisa comenzó a arremolinarse en torno a ellos. Los Nefilim parecieron sorprenderse por el cambio de ambiente, pero inmediatamente centraron todos sus sentidos en ellos.

—Juntos —respondió Adrien.

Le pasó una de las dagas a la vez que se separaban con rapidez para evitar la trayectoria de las primeras flechas.

Todo se precipitó y estalló la guerra. William evitó por los pelos un par de flechas y un largo cuchillo que iba directo a su corazón. Era más rápido y consiguió llegar hasta dos de los Nefilim, acabando con ellos sin que tuvieran tiempo a reaccionar. Pero le superaban en número y pronto se vio asediado.

Difícilmente podía ver cómo le iba a Adrien, pero parecía bastarse solo. Su habilidad para aparecer y desaparecer era una gran ventaja. De un puñetazo en el estómago lanzó por los aires a uno de sus atacantes, que acabó estrellándose contra la pared de la cascada provocando una lluvia de piedras. Pero mientras salía despedido, el tipo pudo disparar su ballesta y acertó a William en el hombro; otra flecha se le clavó en el costado. Trastabilló un segundo, aturdido, aquellas flechas llevaban algo que lo debilitaba. Probablemente belladona, lo único que podía tumbar a un vampiro; aunque se necesitaban grandes cantidades en sangre para conseguirlo. Apenas tuvo tiempo de ver como uno de aquellos tipos saltaba

sobre él empuñando un cuchillo, pero no pudo reaccionar.

De repente notó que cada célula de su cuerpo se convertía en aire, y cómo volvía a solidificarse un instante después al otro lado del arroyo tras un enorme árbol. Adrien lo sujetaba por los hombros, manteniéndolo en pie.

—¡Maldita sea, no me digas que no sabes saltar! —masculló Adrien. Le sujetó el hombro con una mano y con la otra le sacó la flecha de un tirón.

—¿Saltar? —Apretó los dientes cuando Adrien le arrancó la flecha del costado.

—Desvanecerte, aparecer en otro lugar —explicó. William negó con la cabeza—. *Jumper*, ¿has visto la película? —preguntó mientras se asomaba un poco para localizar a los Nefilim.

Uno de ellos los descubrió y dio la voz de alarma. Empezaron a cruzar el arroyo y Adrien tuvo que volver a *saltar* con William. Ese esfuerzo extra lo estaba debilitando.

—Sí, la he visto —respondió William recuperándose de su aturdimiento.

—Por eso lo llamo saltar, por la película. ¿Recuerdas cómo lo hacía el protagonista? —no esperó a que le contestara—. Visualiza el lugar y desea estar allí, entonces salta. ¡Joder! —masculló, una flecha se había clavado en su muslo. La arrancó con un grito de furia.

William lo sujetó por los brazos cuando las piernas del vampiro se doblaron. Los Nefilim se acercaban y habían perdido las dagas. Hizo lo que Adrien le había dicho. Visualizó la otra orilla del arroyo, donde su daga destellaba en el suelo por el sol, y deseó estar allí. No pasó nada. Lo intentó de nuevo y esta vez se movió. Cayó al suelo golpeándose contra las piedras, y se apartó con un giro cuando Adrien se le vino encima desde el aire.

—Vale, ahora solo tienes que aprender a aterrizar —resopló Adrien.

William sonrió satisfecho y, por un momento, se sintió cercano a Adrien, como si estuviera con un amigo. Pero no lo era, se obligó a recordar.

—Quedan cuatro —indicó Adrien poniéndose en pie.

Arremetió contra el primer Nefilim que cruzaba el arroyo. Se lanzó al suelo con una voltereta, en medio del giro agarró su daga que estaba clavada entre las piedras, y se levantó atravesando de lado a lado el pecho del tipo.

Se quedaron inmóviles contemplando la masacre que habían provocado. Solo se oía el rumor del agua y el canto de los pájaros; y el aire volvía a oler a pino y a tierra.

—Hay que deshacerse de los cuerpos —dijo Adrien limpiándose con el dorso de la mano la sangre que escurría de su mejilla.

—Sí —contestó William y añadió—: El arroyo serpentea por una gruta a la que un humano sería incapaz de acceder, podemos dejarlos allí.

Adrien aceptó la sugerencia y se agachó para arrastrar el primer cadáver.

Un movimiento entre los árboles los alertó. Se miraron un instante y echaron a correr. La chica Nefilim se alejaba en dirección a las cuevas. William la interceptó cortándole el paso y, cuando ella se giró para huir en sentido contrario, Adrien se materializó frente a ella. El vampiro sacudió la cabeza con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó Adrien con la daga en la mano.

—Yo no quería venir... —empezó a decir la chica—. Me obligaron para que me endureciera.

—¿Endurecieras? —preguntó William con el ceño fruncido.

—Sí, eso es lo que me decía T. J., que debía endurecerme viendo por mí misma la clase de monstruos que nos rodean. Que tenía que comprobar las cosas que son capaces de hacer contra los humanos.

—¿Monstruos como nosotros? —preguntó Adrien, retándola con el tono de su voz a contestar.

La chica desvió la mirada y se encogió de hombros.

—Yo no quería venir, ni siquiera sabía que era medio humana hasta que ellos me encontraron.

Lentamente Adrien bajó la daga y miró a William.

—No podemos dejar que se vaya, traerá a otros.

—¡No, no lo haré, te juro que no! —exclamó con vehemencia—. Yo protegí a la chica, a vuestra amiga. Ellos la querían para que os llamara y os hiciera venir, pero yo le robé el teléfono y les convencí de que usaran los mensajes. Ella está bien gracias a mí, querían matarla por ser una sierva.

De repente sonó un *clic*. Los tres se giraron y vieron al jefe de los Nefilim de pie, apoyado en el tronco de un árbol y apenas se mantenía derecho, pero conservaba la fuerza suficiente para sujetar la ballesta y apretar el gatillo.

De un empujón, William apartó a la chica de la trayectoria de la flecha, y apenas tuvo tiempo de inclinar su cabeza hacia atrás para que no se clavara en su cara. Adrien *saltó* y apareció tras el Nefilim, lo agarró del pelo y le rebanó el cuello.

—La chica se ha escapado —dijo William cuando Adrien regresó.

—Ya —replicó con tono mordaz—. Tus debilidades van a matarte un día.

Se sentó agotado en el suelo con la espalda apoyada contra un árbol. William lo imitó y hundió la cabeza entre las rodillas. Regenerarse de tantas heridas los había debilitado hasta un punto peligroso.

—¿Una tregua? —preguntó Adrien. William levantó la cabeza con lentitud y clavó sus ojos azules en él—. Porque estoy sediento y cansado, y creo que sería una estupidez malgastar fuerzas intentando matarnos. —William asintió y se recostó sin apartar la mirada de Adrien—. Bien, porque necesito un trago. ¿Te gusta la cerveza?

Adrien tomó las dos cervezas que le sirvió el camarero y se dirigió a la mesa, puso una frente a William y se sentó dándole un trago a su botella. William colgó el teléfono y lo guardó en el bolsillo.

—¿Ella está bien? —preguntó Adrien mientras su vista vagaba por el local recién remodelado. Nadie hubiera dicho que diez días antes aquel lugar casi quedó reducido a escombros por la pelea contra los Nefilim.

William lo miró de reojo con disgusto.

—Sí, estaba en casa.

—¿Y cómo se ha enterado?

—Una de sus amigas nos ha visto entrar.

—Así que sabe que estás aquí... conmigo —apuntó como si nada. William asintió una vez—. ¿Y cuánto crees que tardará en aparecer?

William sonrió porque él se estaba preguntando lo mismo. Le había pedido que se quedara en casa, pero la conocía bastante bien como para saber que no iba a hacerlo.

—Tiene mi coche, no creo que tarde mucho —respondió mientras hacía girar la cerveza entre sus manos—. Antes, allí arriba, por un segundo pensé que había sido cosa suya. Una encerrona para que habláramos.

Adrien movió la cabeza y dio otro trago a su cerveza.

—Sí, yo también, pero inmediatamente me di cuenta de que no se hubiera arriesgado a dejarnos solos.

William se inclinó sobre la mesa y lo taladró con unos ojos tan fríos como el hielo.

—Ella está conmigo, estamos juntos de nuevo y quiero que la dejes en paz.

—No voy molestarla. Pero no porque tú me lo digas, sino porque ella me lo pidió —confesó en voz baja—. Pero en cuanto Kate lo quiera o tú la fastidies de nuevo, estaré con los brazos abiertos para recibirla.

—Eso no pasará —le aseguró William con un brillo acerado en los ojos.

—¿Eso es lo que te repites cada noche para vivir tranquilo?

William soltó una risita sin pizca de humor y clavó sus ojos en el vampiro.

—Kate se empeña en ver solo el lado bueno de la gente, aunque este sea prácticamente inexistente. Por eso se empeña en protegerte, cree que acabarás

haciendo lo correcto. Yo sé que no.

—Debe de molestarte mucho que se preocupe por mí.

—Kate se preocupa por todo el mundo, ella es así. Cree en ti, cree que no serás capaz de seguir adelante. Aunque tú y yo sabemos que está equivocada, ¿no es así? Te conozco, no vas a detenerte.

Adrien se enderezó en la silla y apretó los puños.

—Tú no me conoces, no sabes nada de mí —masculló con rabia.

—Sé cosas, como que tu padre es un ángel, que tu madre es una vampira descendiente de Lilith, y que tu nacimiento solo se debe a una profecía que predice el resurgimiento del mayor depredador que el ser humano ha tenido jamás. Tú mismo lo dijiste, no somos exactamente iguales. Pero solo porque pertenecemos a bandos diferentes. Por lo demás, somos como dos gotas de agua. Y si tu empeño en que se cumpla esa profecía es tan firme como el mío en evitarlo, no te detendrás.

Adrien se repantigó en la silla sin demostrar ninguna emoción.

—Así que ya sabes toda la historia: quiénes somos, por culpa de quién estamos aquí y para qué estamos destinados. ¡Y lo has averiguado tu solito, bien por William!

—¿Cómo lo averiguaste tú? ¿O siempre supiste quien eras?

—Eso es algo que a ti no te importa.

—Entonces dime por qué lo haces.

—Eso tampoco te importa —respondió Adrien sintiéndose de repente incómodo.

—Yo creo que lo haces por miedo. Recuerdo lo que dijiste la primera vez que nos vimos, y creo que es a tu padre a quien temes. Es él quien quiere que se cumpla la profecía, el que está detrás de todo, ¿verdad?

—Estás empezando a disgustarme, eso no te conviene.

William sonrió con una mueca engreída.

—Lo de tomar una copa juntos fue idea tuya.

—Sí, tomar una cerveza, nada de hablar, y tú pareces una cotorra. —Se inclinó amenazante sobre la mesa—. Déjame en paz, deja de intentar parecer mi amigo. No somos amigos.

—Pero podríamos serlo, venga, mira a tu alrededor. Somos diferentes a todos, estamos solos. Esta tregua podría convertirse en un acuerdo para siempre, podemos cambiar las cosas.

—Esto nunca ha sido una tregua. —Soltó una carcajada al ver que William se ponía tenso y apretaba los puños—. Tranquilo, no voy a saltarte encima. La realidad es que yo no puedo matarte porque te necesito vivo, y si tú no has intentado matarme todavía, supongo que será porque le habrás prometido a Kate que no lo harías. Y mantendrás esa promesa siempre y cuando encuentres el cáliz antes que yo y puedas destruirlo. Si no lo hallas, vendrás a por mí sin dudar.

—No tiene por qué ser así, el destino somos nosotros, no ellos. Nunca tendrán el control, lo tenemos tú y yo. Si destruimos el cáliz todo terminará con él, sin consecuencias para nadie.

—Sin consecuencias —repitió con una nota burlona—. ¿De verdad te crees lo que acabas de decir?

William resopló con un atisbo de exasperación.

—Sí, me niego a pensar que no controlo mi vida.

—No la controlas, otros la controlan —señaló Adrien meneando la cabeza—. Rebélate cuantas veces quieras, no importa, siempre volverás a este punto. —Se inclinó sobre la mesa y observó a William con el ceño fruncido—. Has dicho ellos, así que no estamos hablando únicamente de mi padre: ¿quién te controla a ti?

—A mí no me controla nadie.

—Ya, hasta que encuentren tu punto débil.

—¿Cómo han hecho contigo? Kate tiene el presentimiento de que no actúas por voluntad propia, y Marcelo insinuó algo parecido. Si es así puedo ayudarte.

—¡No quiero tu ayuda porque no necesito tu ayuda ni la de nadie! —masculló con rabia, y la mesa crujió bajo su mano.

—Lo que pretendes no está bien y lo sabes. Si la maldición se rompe, los renegados sembrarán el caos en pocas semanas. Habrá una guerra.

—¿Y crees que me importa? No pierdas el tiempo buscando mi lado bueno, no tengo.

—No te creo.

—¿No? ¿Ves a todos esos humanos? —preguntó recorriendo con los ojos el local—. Para mí no son nada, mi fuente de alimento. Desangrarlos hasta la muerte solo me costaría unos minutos y disfrutaría. Pero en este momento me conformo con romperles el cuello. ¿Sabes cuánto me llevaría eso? Un instante, y no podrías detenerme. Podemos jugar si quieres. ¿A cuántos crees que mataré mientras tú parpadeas?

Sin darse cuenta se habían puesto en pie e inclinados sobre la mesa se sostenían la mirada con un gesto desafiante. La madera crujió con la presión de sus cuerpos, que la comprimían bajo el impulso apenas contenido de abalanzarse el uno contra el otro.

La puerta se abrió de golpe y Kate entró trastabillando con la respiración agitada. Enseguida se dio cuenta de que había llegado a tiempo, porque aquellos dos parecían a punto de liarse a golpes. Con toda la calma que pudo aparentar se dirigió hacia la mesa.

—¿Por qué no le dices eso a Kate? Estoy deseando que me libere de mi promesa —masculló William para que ella no pudiera oírlo.

Adrien lo fulminó con la mirada y se obligó a relajarse. Eran la rabia y el descontrol quienes habían hablado un momento antes, y no él.

—Hola. ¿Va todo bien? —preguntó Kate tratando de parecer animada.

—Sí, muy bien —respondió Adrien mirándola a los ojos. Forzó una sonrisa que inmediatamente se ensanchó de forma natural. Llevaba días deseando escuchar su voz, aspirar su olor.

—Sí, todo bien —confirmó William. Alargó la mano y le acarició la mejilla —. ¿Tú no ibas a quedarte en casa?

—¿Y dejaros solos?, de eso nada. Cuando Carol me ha llamado para decirme que os había visto juntos...

Los evaluó con la mirada y lo que vio no la tranquilizó. William tenía sangre en su ropa a la altura del hombro y del costado, estaba más pálido que de costumbre y su rostro reflejaba un gran cansancio. Adrien no estaba mejor, y su actitud defensiva y ese muro arrogante tras el que se escondía parecían haber resurgido en su carácter.

Kate se sentó y ellos la imitaron.

—¿Os habéis peleado?

—¡No! —respondió William a toda prisa.

—¿En serio? Porque parece todo lo contrario.

—No le he puesto un dedo encima —replicó Adrien levantando las manos a la defensiva—. Es más, le he salvado el pellejo. Deberías darme las gracias —le dijo a William con una sonrisa desdenosa.

—Después de ti, conservas la cabeza gracias a mí —comentó William en el mismo tono.

Kate los observaba con los ojos abiertos como platos, era como estar viendo a dos niños peleándose.

—Sí, seguro.

—No impresionas a nadie con esa actitud.

—Dejadlo ya, por favor —intervino ella. Miró a William—. Toda esa sangre... ¿Vais a contarme qué ha pasado?

William la tomó de la mano.

—Creímos que los Nefilim se habían marchado, pero no era así. Han estado observándonos sin que nos percatáramos de ello, y muy de cerca. —Lanzó una mirada envenenada a Adrien—. Esta mañana uno de ellos, una chica, te robó el teléfono. —Sacó el móvil de su bolsillo y lo puso sobre la mesa, se había roto por el golpe. Kate lo miró alucinada e inconscientemente tocó su bolso como si esperara palparlo dentro. William continuó—. Lo utilizaron para enviarme un mensaje en el que pedías ayuda, Adrien también lo recibió. Cuando llegamos al lugar que indicaba, descubrimos que todo era una trampa para cazarnos. La noche que os atacaron, debieron de darse cuenta de que él y yo somos diferentes, y querían eliminarnos los primeros para llegar más fácilmente a los demás.

—¿Y qué ha pasado con ellos?

—Que están muertos —respondió Adrien recostándose en la silla sin dejar de mirarla fijamente. Ella asintió, como si el hecho de que estuvieran muertos fuera la única opción aceptable, y eso hizo que Adrien sonriera para sí mismo con regodeo.

—¿Cómo no me di cuenta? —susurró Kate. Cogió el teléfono y lo sopesó en su mano—. ¿La chica era morena y con flequillo? —Ellos asintieron a la vez—. Chocó conmigo en la calle, caí al suelo y todas mis cosas quedaron desparramadas en la acera. Ella me ayudó a recogerlas, en ese momento debió de quitármelo. Después intentó hablar conmigo, me preguntó por un lugar donde acampar y yo le dije que la cascada estaba bien. ¿Es ahí dónde...? —Ellos volvieron a asentir—. Todo parecía casual, pero algo irracional me empujaba a alejarme de ella. Debí sospechar.

—No podías saber nada —replicó William.

—Es que ni se me pasó por la cabeza comprobar si tenía todas mis cosas. Si lo hubiera hecho... es posible que...

—Olvidalo —intervino Adrien—. Ni yo hubiera sospechado algo así. ¿La chica parecía todo un angelito? —comentó con ironía.

—¿Parecía? —repitió Kate con aprensión—. ¿Está muerta?

—No, él la dejó escapar. Así que si los Nefilim vuelven será culpa suya —contestó Adrien fulminando a William con la mirada.

—No volverá —replicó sin paciencia. Acarició la mano de Kate—. Está anocheciendo, deberíamos irnos.

Se puso en pie. Ella lo siguió y con una tímida sonrisa clavó sus ojos en Adrien.

—Bueno... adiós... Supongo que ya nos veremos —dijo Kate.

—Aún no he terminado lo que me ha traído hasta aquí. Así que supongo que sí —contestó con tono desafiante, y su mirada se encontró un momento con la de William.

Kate le dedicó un gesto a modo de despedida y tomó la mano que William le ofrecía con actitud posesiva. Podía sentir a cada paso la mirada penetrante de Adrien sobre su espalda. Al llegar a la salida se detuvo.

—Espera un segundo, necesito decirle algo —indicó ella.

—¡Kate! —replicó William.

—No puedo marcharme sin darle las gracias, solo será un segundo.

William la miró fijamente, en su cara se reflejaba lo poco que le gustaba la idea, aun así la dejó ir. Se cruzó de brazos sin apartar la vista de ella.

Kate se acercó hasta la barra donde Adrien acababa de pedir una copa al camarero. Él se giró y le dio un sorbo a su bebida.

—¿No crees que es un poco pronto para eso? —preguntó ella mirando el whisky.

—No, el alcohol es una de las pocas cosas que me afectan y terminar la

noche ebrio me parece un buen plan. ¿Has olvidado algo?

—Gracias —dijo ella—, gracias por ir a rescatarme. Creíste que estaba en peligro y acudiste sin dudar. A pesar de que te pedí que te alejaras de mí.

El vampiro se encogió de hombros.

—Sí, soy como uno de esos perros vagabundos de los que cuesta deshacerse cuando les acaricias la cabeza —repuso mientras apartaba la vista. Le costaba mirarla.

—¡Adrien! —susurró ella sintiéndose impotente ante aquella situación.

—Tranquila, lo digo para hacerte sentir culpable, nada más.

—Pues lo estás consiguiendo.

Él sonrió y dejó ver un atisbo de sus colmillos.

—Bueno, así estamos en paz. Tú también me haces sentir culpable —replicó clavando la vista en su garganta. Su sonrisa se ensanchó al ver que William daba un par de pasos hacia ellos con los puños apretados.

Kate miró por encima de su hombro y William se detuvo.

—Lo que pienso sobre ti no ha cambiado, pero no está bien que nos comportemos como amigos cuando es imposible que podamos serlo. No quiero ser el motivo por el que alguien acabe herido —dijo ella con suma cautela—. Gracias otra vez.

Iba a alejarse cuando se le ocurrió una pregunta.

—¿Por qué pensaron los Nefilim que yo era importante para ti? Parece que estaban muy seguros de que acudirías a mi mensaje.

Él la miró de arriba abajo, se movió inquieto y se pasó una mano por el pelo con disgusto.

—Si me estaban vigilando, puede que me vieran de paso por tu casa alguna que otra vez.

—¿De paso?

—Vale, merodeando —admitió mortificado—. No me fío de él. —Hizo un gesto casi imperceptible hacia William—. Y necesito saber que estás bien.

—Él jamás me haría daño.

—Ya te lo ha hecho y no te ha visto sufrir como yo. Él nunca está cuando lo necesitas, yo sí. ¿Ya le has contado lo que pasó en el río? Estás viva porque yo cuidaba de ti, ¿qué ha hecho él? Abandonarte cada vez que las cosas se ponen difíciles —dijo con rabia, y su única intención era que William lo oyera.

Kate enmudeció. Dio un paso atrás con el rostro desencajado y él la sujetó por la muñeca.

—Lo siento, no quise decirlo —se disculpó completamente arrepentido.

El aire vibró anticipando el rumor de la tormenta, Adrien se puso tenso y clavó sus ojos en William, que venía directamente hacia ellos.

—¡Adrien! —gritó Amanda emocionada. Acababa de entrar en el local con unas amigas y al ver al vampiro se acercó corriendo—. ¡Vaya, qué sorpresa! Te

he llamado varias veces, pero supongo que no habrás visto los mensajes. Pensé que te habías marchado, pero luego me dije que... no lo harías sin despedirte — explicó mientras se ruborizaba.

—No, por supuesto que no —respondió Adrien sin mirarla. Sus ojos estaban fijos en Kate e ignoraba de forma premeditada a William—. ¿Qué tal estás?

—Bien, he venido a cenar con unas amigas. Si quieres puedes unirme a nosotras. Hola, Kate —dijo Amanda.

—Hola.

—También hay sitio para tu novio y tú, si os apetece —añadió la chica.

—Gracias, pero nosotros ya nos íbamos —intervino William rodeando con su brazo los hombros de Kate.

Kate asintió con una sonrisa y se dejó arrastrar por el vampiro.

Fuera casi había anochecido. El sol estaba a punto de desaparecer en el horizonte, convirtiendo el cielo en una paleta de tonalidades naranjas y violetas, que contrastaban con las sombras oscuras del bosque.

Mientras avanzaban hacia el Porsche, William no dejaba de escudriñar todo el espacio que divisaban sus ojos, alerta hasta un punto que rozaba la obsesión. Era imposible relajarse en aquel sitio que parecía haberse convertido en el epicentro de todos los desastres sobrenaturales: vampiros, hombres lobo, ángeles y Nefilim. William empezaba a preguntarse quién más acabaría llegando a aquel pueblo atraído por la *magia* del lugar.

—¿Quieres que vaya delante? —preguntó Kate.

William asintió con el rostro muy serio. Cada uno subió a un coche y condujeron hasta la casa de huéspedes. Antes de que Kate pudiera quitar la llave del contacto, él ya estaba a su lado abriendo la portezuela y ayudándola a salir con demasiadas prisas.

—¿Qué demonios pasó en el río? —preguntó William tomándola por los hombros.

Kate cerró los ojos un instante y suspiró, había pasado todo el viaje temiendo ese momento.

—Nada.

—¡No me mientas, Kate!

Negó afligida con la cabeza, al tiempo que soltaba un suspiro.

—No te estoy mintiendo.

—Entonces no me ocultes cosas. ¿Qué pasó en el río? —insistió.

—Fui a nadar...

—¿Y? —la apremió para que hablara. Ella bajó la vista. Le tomó la barbilla con los dedos y la miró intentando no parecer severo—. Sabes que puedes contármelo todo.

—Se me enredaron los pies en unas raíces y estuve a punto de ahogarme, faltó poco. Adrien me sacó. Solo eso.

—Solo eso —repitió él—. Estuviste a punto de morir y dices que fue solo eso... —Movi6 los labios como si fuera a sonreír, sin embargo esbozó la mueca más triste que Kate jamás le había visto—. Si te hubiera pasado algo, y o... No te merezco, desde que te conozco no he hecho otra cosa que complicarte la vida. Él tiene razón, nunca estoy cuando me necesitas.

—¡No, eso no es cierto!

Él empezó a negar con la cabeza e hizo ademán de apartarse de ella.

—¡William, quieres escucharme! —Le tomó el rostro entre las manos y lo obligó a mirarla—. No puedes culparte por todo lo que me ocurra. Si mañana me atraganto comiendo o resbalo en el baño, ¿también será culpa tuya?

—Sí, si no estoy contigo para evitarlo.

—Pero eso es imposible, ¿te das cuenta de que no puedes controlarlo todo? No puedes, y no puedes culparte por ello o acabarás volviéndote loco. —Le sonrió con ternura y parpadeó para alejar las lágrimas—. Tienes que asumir que puede acabarse mañana y que no será culpa tuya.

Adrien terminó de vestirse mientras observaba el cuerpo desnudo de Amanda sobre la cama. Tenía un pequeño cardenal en la cintura y otro en el hombro, menos daños de los que esperaba para la agresividad con la que la había tratado; aunque a ella no había parecido importarle.

Estaba enamorada de él, un detalle que se encontraba bastante lejos de afectarle. Para él solo había sido sexo, un intercambio de placer del que esta vez ni siquiera había disfrutado. La idea de clavar los colmillos en cada una de las arterias de su cuerpo había dominado la velada, del mismo modo que cada vez que cerraba los ojos era otra cara la que veía, otras manos las que sentía sobre los brazos atrayéndolo con anhelo.

Se desmaterializó con las zapatillas en la mano y, cuando apareció en el salón de la cabaña que había alquilado, las lanzó contra la pared sin importarle que se llevaran por delante la lámpara que reposaba sobre el aparador. Cogió una botella de vino y un vaso, y se dejó caer en el sillón frente a la chimenea. La primera llama surgió como un fogonazo y la madera comenzó a crepitar bajo aquellas llamas sobrenaturales que la consumían con rapidez.

Esta vez sintió su presencia antes de que el tatuaje empezara a abrasarle la piel. Eso le hizo sonreír: cada vez era más fuerte y se aferraba a la esperanza de que un día sus fuerzas se igualarían a las de él. Y cuando ese día llegara, uno de los dos iría al infierno para siempre.

Alzó el vaso por encima de su hombro y unos dedos largos rozaron los suyos al cogerlo. Sin molestarse en saludar bebió un trago directamente de la botella. Ni se inmutó al ver cómo el vaso se transformaba en una copa de cristal de bohemia. A su padre le gustaba lo mejor, jamás se rebajaría a beber en un vaso normal y corriente.

Mefisto se sentó en el otro sillón con la copa de vino entre las manos y observó el fuego en silencio.

—Bonito lugar —dijo al cabo de un rato, paseando la mirada por la habitación en penumbra—. Demasiado sencillo para mi gusto, pero es acogedor. A tu madre le gustaría —dijo con malicia.

Adrien le lanzó una mirada asesina y dio otro trago a la botella.

—Pierdes el tiempo, estoy ebrio y pienso seguir bebiendo hasta que consiga

olvidarme de que existes.

—Te deseo suerte.

—¿Por qué no te largas?

—¡Vamos, haz un esfuerzo! ¿Tanto te cuesta pasar una velada tranquila con tu padre? Podríamos charlar de tus cosas. Por lo que sé, el día de hoy ha sido muy intenso. —Soltó una carcajada al ver la expresión colérica de Adrien—. Lo cierto es que me sorprendió que T. J. intentara mataros de nuevo.

La botella explotó en las manos de Adrien al escuchar el nombre del Nefilim en labios de su padre.

—Los enviaste tú —dijo poniéndose en pie. Tenía un feo corte en la mano del que manaba la sangre de forma profusa—. ¿Por qué? ¿Disfrutas complicándome la vida? ¿O es otra de tus brillantes ideas para que me convierta en el perfecto asesino?

—Paladín —puntualizó Mefisto.

—¿Qué? —preguntó exasperado.

—Un perfecto paladín, mi guerrero; no un asesino. Eso podría serlo cualquiera.

—¿Por qué? Si me hubieran matado, ahora no tendrías plan para tu profecía. Aunque bien visto, debería haber dejado que acabaran conmigo.

—No seas melodramático. Todo ha salido mal por tu culpa. La idea era que los Nefilim acabaran con los lobos, eso haría venir a William hasta aquí, y con ellos muertos sería más vulnerable. Pero entonces tú decidiste jugar al héroe que quiere impresionar a la chica y lo echaste todo a perder. Lo de esta mañana era de esperar, los Anakim no se rinden fácilmente. Pero no hay de qué lamentarse, todo ha salido bien, ¿no es cierto?

—¡Podían haberla matado! —bramó Adrien abalanzándose contra él, pero Mefisto fue más rápido. Se puso en pie, lo aferró por el cuello y lo alzó del suelo estrellándolo contra la pared.

—Estás agotando mi paciencia, el tiempo se acaba. Haz lo que tienes que hacer y hazlo ya —siseó como una serpiente. Las llamas se reflejaban en sus ojos completamente negros confiriéndole un aspecto de pesadilla.

—Lo haré, pero a mi manera, ella se queda al margen —replicó Adrien con voz entrecortada por el agarre.

El rostro de Mefisto pareció desdibujarse por la ira.

—Por esta vez dejaré que veas mis pensamientos, mira con atención —dijo poniendo el dedo índice de su mano libre en la frente de Adrien.

Las imágenes se sucedieron como una secuencia de diapositivas, y con cada una Adrien palidecía y se debilitaba más. El dolor, el sufrimiento y la forma en la que gritaban su nombre era desgarradora. Entonces Mefisto lo soltó y cayó al suelo como un trapo, se encogió en la esquina abrazándose las rodillas.

—Mis deseos son tus deseos, ¿no es cierto? —preguntó Mefisto con voz

imperiosa. Adrien asintió—. Bien, queda muy poco para el eclipse, para entonces quiero que lo tengas todo preparado. —Se agachó junto a Adrien y le acarició el pelo—. Vamos, a mí tampoco me gusta tener que llegar a ese extremo, entiendo lo que sientes por esa humana. Es muy atractiva y tiene un cuerpo que incitaría al pecado al más casto. Te entiendo, pero ella es su único punto débil.

Mefisto se puso en pie y miró a su hijo con algo parecido a la ternura. Se recompuso la camisa y tomó la copa de vino para apurarla de un trago.

—Salma vendrá a ti, búscala —dijo antes de salir por la puerta.

Una vez fuera inspiró el aire nocturno, cerró los ojos y escuchó. El bosque rezumaba vida por todas partes. Aves nocturnas revoloteaban sobre su cabeza a la caza de insectos y roedores que serpenteaban entre la maleza y las raíces nudosas de los árboles. Silbó por lo bajo una melodía y una sonrisa maliciosa curvó sus labios carnosos al comprobar como el bosque enmudecía por completo ante el sonido de su voz. Sacó un cigarrillo de su pitillera y lo encendió con un leve soplo de aliento. Dio una larga calada, aspirando hasta que sus pulmones se hincharon por completo y, a continuación, muy lentamente, soltó el humo por la nariz. Se deleitó con el olor a especias, ligeramente parecido al incienso, de su tabaco turco. Le echó un vistazo a su reloj, aseguró los gemelos de la camisa y se desvaneció en el aire sin que este se agitara lo más mínimo. Hora de tomar el almuerzo.

El maître lo acompañó hasta la mejor mesa. Aún era temprano, por lo que el Maxin's de París apenas tenía clientes. Se acomodó en la silla y contempló con indiferencia el anillo de ónice negro de su dedo. Levantó la vista casi con pereza y le dedicó una sonrisa mordaz a su inesperado visitante.

—¡Vaya, el mundo es un pañuelo! —exclamó Mefisto—. Aunque no debería sorprenderme, el *coulant* que sirven en este sitio es delicioso y tú siempre has disfrutado con el chocolate, ¿no es así, Gabriel?

Gabriel esbozó una sonrisa torcida y estudió a Mefisto mientras este jugueteaba con los cubiertos.

—Cuesta encontrarte —replicó sentándose a la mesa.

—Es evidente que esta vez me he descuidado.

—¿Sabes qué me trae aquí?

Un camarero se acercó y dejó un plato frente a Mefisto.

—Señor, su almuerzo.

—¡Oh, maravilloso, gracias!

El camarero se dirigió a Gabriel.

—Señor, ¿le traigo la carta?

—No, gracias —respondió con una sonrisa que fue toda una invitación a marcharse.

Mefisto tomó los cubiertos y empezó a degustar su almuerzo con una elegancia exquisita, entre pequeños sorbos de vino español.

—Lo que pretendes es una locura —dijo Gabriel inclinándose sobre la mesa.

—Nunca he estado muy cuerdo, aunque en este momento no sé de qué me hablas, la verdad.

—No dejaré que lo hagas.

—¿El qué? —preguntó con un mohín inocente—. Nuestras estúpidas leyes nos mantienen atados de pies y manos. El mundo es de los humanos y nosotros debemos limitarnos a nuestros pequeños paraísos. No podemos intervenir en este bonito lugar —dijo con un gesto de sus brazos con el que parecía abarcar el mundo entero—. Y yo estoy cumpliendo mi promesa, dedicándome a disfrutar de los placeres banales.

Gabriel se reclinó en la silla sin apartar la mirada de Mefisto.

—Conozco tu juego y también sé jugar.

—Oh, mi querido hermano, siempre viendo sombras donde únicamente brilla la luz —dijo Mefisto con tono condescendiente.

—No permitiré que esa profecía se cumpla.

Mefisto se detuvo, miró el tenedor que estaba a medio camino entre el plato y su boca, y arrugó los labios con una mueca de asco. Lo dejó caer en el plato y entrelazó las manos bajo su barbilla. Clavó su mirada en Gabriel.

—¿Profecía?

—Vamos, no hace falta que disimules, siempre has sido demasiado arrogante como para no hacer alarde de tu inteligencia. ¿Cómo supiste del presagio?

Mefisto suspiró, sus ojos ardían mientras miraban fijamente a Gabriel.

—Los profetas no son especiales como creéis, son simples humanos y los humanos suelen equivocarse. Hacen cosas estúpidas como escribir diarios en los que anotan todo aquello que les viene a la cabeza, y después ni siquiera saben esconderlo bien. Resumiendo, mi gratitud se la debo a la divina providencia —dijo en tono mordaz.

—Y ahora estás intentando que se cumpla.

Mefisto guardó silencio y una sonrisa cruel desfiguró su hermosa boca.

—¿Por qué? —insistió Gabriel.

La expresión indiferente de Mefisto se transformó en odio. Sus ojos se convirtieron en dos lagos de mercurio. Las luces comenzaron a parpadear, los muebles se movían como si un terremoto los estuviera zarandeando, pero nadie parecía darse cuenta porque todos los humanos del local estaban inmóviles. El tiempo se había detenido por obra de Gabriel, en un intento por protegerlos de la ira de Mefisto. Si no se movían, no llamarían su atención, y no acabarían convirtiéndose en blancos de su rabia.

—¿Que por qué? En el caso de que estuvieras en lo cierto, ya sabes por qué. Pero para tu tranquilidad te diré que no estoy confabulando contra nadie, hice una promesa y la estoy cumpliendo —le espetó alzando la voz.

—¿Al igual que cumpliste tu promesa de lealtad? La palabra de un traidor no

tiene valor.

Mefisto golpeó la mesa con los puños.

—Solo le debo lealtad a él. Vosotros perdisteis mi favor cuando elegisteis amar a los humanos más que a vuestra propia familia. La familia es lo primero, Gabriel, y un hermano debe estar por encima de esos monos sin pelo. Lo contrario es una humillación difícil de perdonar —masculló.

—Al igual que la desobediencia.

—Estoy cansado de sermones, esta conversación me aburre.

—Sé que los espíritus se encuentran entre los hombres, que la profecía está en marcha y que tú intentas que se cumpla.

—¿Tienes pruebas de eso? Es una acusación muy seria. —Mefisto sacó su pitillera y encendió un cigarrillo.

—Las tendré. No dejaré que te salgas con la tuya —dijo Gabriel poniéndose en pie.

—Pierdes el tiempo, hermano, las profecías se cumplen. Siempre se han cumplido sin necesidad de nuestra intervención.

—Esta no, por mucho que te empeñes —terció Gabriel con tanta seguridad, que sonó como una sentencia. De repente una idea caló en su mente—. Es tu hijo, ¿verdad? Buscaste a una descendiente de Lilith y la dejaste embarazada, forzando así la profecía —lo acusó sin perder de vista su rostro, intentando leer más allá de lo que su expresión reflejaba.

—Yacer con una mujer no rompe ninguna norma, Gabriel. Deberías probarlo, es muy placentero.

Gabriel lo fulminó con la mirada y dio media vuelta dispuesto a marcharse, pero se detuvo un instante y miró a Mefisto por encima del hombro.

—Tengo una curiosidad. ¿Cómo supiste lo del hijo de Leinae?

Mefisto rompió a reír con fuerza.

—Estás perdiendo facultades, hermano. Tantos siglos de ociosidad no son buenos. No hay que ser un lince para darse cuenta de que un vampiro inmune al sol es mucho más de lo que aparenta, sobre todo si conoces cierta profecía —respondió, y rió con más fuerza.

—Cometerás un error, Mefisto, y yo estaré allí para descubrirte —dijo Gabriel y se dirigió a la salida sin mirar ni una sola vez atrás; cuando cruzó el umbral, todo el restaurante volvió a la vida.

—¿Adónde vamos? —preguntó Kate a William, mientras este le rodeaba la cintura con el brazo urgiéndola a que caminara más deprisa.

Él no contestó, pero le dedicó tal sonrisa que a ella le flojearon las piernas. Doblaron la esquina y serpentearon entre las personas que hacían cola frente a la taquilla del cine. Se colocaron al final, justo detrás de Becca Hobb, que no dejaba de lanzarles miradas curiosas por encima del hombro. Y no era la única, casi todas las chicas que esperaban en la fila se habían fijado en él. Kate empezaba a acostumbrarse a que causara ese efecto, pero no dejaba de ser un poco incómodo. Además, un instinto nuevo y desconocido la obligaba a demostrarle a la competencia que aquel chico con rostro de ángel era solo suyo. «Mío», y con ese pensamiento enlazó los brazos en su cuello.

—¿Cine? —preguntó Kate alzando una ceja.

—Sí —respondió él, y se inclinó para darle un beso en los labios.

—¿Y hemos venido aquí por qué...?

—Porque esto es una cita, nuestra primera cita —reveló con una sonrisa—. Nunca hemos tenido una de verdad.

—Cita —repitió Kate conteniendo una carcajada.

—Sí, ya sabes, refrescos, palomitas, te cogeré de la mano en la oscuridad. Iremos a tomar una hamburguesa, jugaremos al billar y después...

—Espera un momento, ¿esto es lo que tú entiendes por una cita de verdad?

—Haré como que no he oído ese tonito —replicó él fingiendo ofenderse.

Kate empezó a reír con ganas y lo abrazó por la cintura.

—Es que has descrito las citas que tenía con quince años. Ahora, no sé, una cena con velas en un lugar romántico me parece más sugerente —respondió con aire seductor.

—Me estás dejando por los suelos —repuso él con el ceño fruncido.

Kate se mordió el labio y puso su mirada más inocente. En el fondo comenzaba a sentirse como la bruja del cuento por haber hecho ese comentario. Las únicas citas con chicas que William había tenido, si es que podían considerarse como tales, se limitaban a largos paseos por jardines interminables y estiradas meriendas de té y pastas, en compañía de las criadas e institutrices que cuidaban de la joven. Lo sabía porque él se lo había contado.

—Vale, lo siento, es una cita estupenda —admitió ella con un guiño—. Te has quedado en una partida de billar y después, ¿qué? Ibas a decir algo antes de que desinflara tu ego.

—Después nada. Tenía preparada una sorpresa, pero no te la mereces —respondió sin más.

—¿Una sorpresa?

William asintió, mientras le echaba un vistazo a los carteles de las películas.

—¡Oh, vamos! ¿Qué sorpresa?

Él hizo como si no la hubiera escuchado y continuó su repaso a la cartelera. Frunció el ceño pensativo.

—Y si un chico quisiera impresionar a su pareja en la primera cita, ¿qué película crees que elegiría?

Kate se volvió para mirar los carteles.

—Bueno, el chico elegiría una comedia romántica como... esa. —Estiró el brazo señalando uno de los carteles—. Convencido de que así parecería más sensible y dulce a los ojos de su cita. El problema es que las chicas preferimos ver esas películas con nuestras amigas, mientras nos comemos un kilo de helado y lloramos con el final. Así que yo le diría al chico que eligiera esa. —Señaló el cartel de la segunda parte de Transformers—. Ese es el tipo de película que a la chica le gustaría. Además, en esas pelis es fácil fingir que te asustas, y un novio atento te rodearía los hombros con su brazo para hacerte sentir mejor.

William la miró con una sonrisa traviesa.

—¿Y tú has usado esa táctica alguna vez? —preguntó con un atisbo celoso en la voz.

—No —respondió ella alargando la palabra—. Bueno, un par de veces, pero no funcionó.

Él le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Me alegro de oírlo, así no tendré que despellejar a ese «par de veces» —susurró en tono cómplice. Una sonrisa taimada cargada de deseo curvó sus labios.

Kate se estremeció y su corazón comenzó a latir muy deprisa. Lentamente él se inclinó para besarla, pero un ligero carraspeo lo interrumpió. La chica que vendía las entradas los miraba con una sonrisa poco natural, a la vez que hacía un gesto hacia el resto de la gente que esperaba tras ellos.

Mientras en la pantalla Sam revivía a Optimus Prime con la matriz, Kate no podía apartar los ojos de William. Recostado en la butaca, estaba completamente concentrado en las escenas, masticando con rapidez los M&M's de su cuarta bolsa. No podía retirar la mirada de sus labios, gruesos y rosados; las mejillas le ardían con solo imaginarlos sobre los suyos. De repente, él ladeó la cabeza y la miró con su hermosa sonrisa de ángel, la tomó de la mano y se la llevó a los labios para besarla. Ella se la apretó ligeramente y, con un nudo en la garganta,

intentó seguir el hilo de la película.

Tras el cine, cenaron hamburguesas y jugaron al billar en el Wildcat y acabaron paseando por una pequeña feria que se había instalado a las afueras del pueblo con ocasión del festival musical de verano.

Las casetas se distribuían por toda la explanada, entre atracciones iluminadas por centenares de bombillas fluorescentes y banderines multicolores; puestos de helados y de perritos calientes. Un mago con capa y chistera hacía trucos con pañuelos ante un público que aplaudía boquiabierto. Cuando Kate pasó junto a él, el mago estiró la mano y sacó una bonita flor de entre su pelo que le entregó con una floritura de su brazo. Ella sonrió oliendo la flor y le devolvió el saludo.

Un grupo de jovencitas aguardaba su turno frente a la carpa de una pitonisa. El cartel de la entrada aseguraba que podía predecir el futuro a través de su bola de cristal y de las cartas del tarot. Un poco más adelante, entre una caseta de tiro y un puesto de palomitas, una chica hacía fotos a los visitantes con una Polaroid. Lucía un atuendo que le daba un parecido más que inquietante con Dorothy, la protagonista de *El Mago de Oz*. Aunque los piercings que lucía en la nariz y las uñas pintadas de negro, mostraban a las claras que ese no era su vestuario habitual.

—¿Os hago una foto? ¡Seguro que queréis tener un recuerdo de esta noche! —dijo la chica saliéndoles al paso—. ¡Vamos, solo son cinco dólares!

Kate dio un paso atrás cuando la chica agitó la cámara ante su cara con una enorme y suplicante sonrisa. Jill y ella siempre se habían burlado de esas cosas. Hacerse una foto ridícula junto al chico que te gusta, delante de un mural con corazones o querubines alados, no era su idea de cómo recordar una cita. Al final, esas fotografías acababan convirtiéndose en una pesadilla de la que no sabías cómo deshacerte, porque siempre salías con cara de idiota, bizca o con la boca abierta.

Pero William no parecía pensar lo mismo, porque sacó de su bolsillo un billete de cinco dólares y se lo entregó a *Dorothy*.

—¡Estupendo! —exclamó la chica, guardando el billete en un bolsito de crochet que llevaba cruzado sobre el pecho—. Podéis elegir entre: Luna llena en el Cairo, Atardecer en Santa Mónica o Amanecer en las cataratas Victoria —explicó señalando tres lienzos enormes que servían de fondos, apoyados en una furgoneta verde pistacho cubierta de pegatinas.

—Elige tú —susurró William.

Ella arrugó el ceño.

—Esto es bochornoso.

—¡Vamos, será divertido! —insistió él.

Kate observó las fotografías con atención y al final decidió que la que más le gustaba era la del amanecer. Un sol que apenas comenzaba a intuirse por encima de la cascada, proyectaba su luz hacia un cielo violeta salpicado de nubes

oscuras, perfiladas por un borde dorado tan brillante que costaba mirarlo. Sonrió sin darse cuenta, ensimismada en la ligera niebla que formaba el agua en la parte inferior.

—Esa —señaló con la mano.

La chica asintió de acuerdo con la elección y colocó la imagen en un caballete en el suelo. Empujó a la pareja hasta colocarlos delante y les apuntó durante unos segundos con la Polaroid, buscando el mejor encuadre. Kate suspiró impaciente.

—Espero que mi sorpresa merezca la pena.

William se limitó a reír por lo bajo, con un sonido tan hermoso que a ella se le aceleró el corazón.

—¿Listos? ¡Sonreír! —exclamó la chica alargando la r. Apretó el disparador. Unos segundos después agitaba la instantánea y se perdía en el interior de su furgoneta—. Solo tardaré un minuto.

—No te muevas de aquí, vuelvo enseguida —le pidió William.

—¿Adónde vas?

—A preparar tu sorpresa —respondió en tono misterioso.

Kate lo observó mientras se alejaba serpenteando entre la gente, vio cómo se detenía junto al mago e intercambiaba unas palabras con él. Contempló la escena con curiosidad, tan intrigada que no prestaba atención a nada de lo que pasaba a su alrededor. Dio un grito al sentir unos dedos nudosos sujetando su muñeca con fuerza.

—¡Aléjate del demonio de ojos rojos! —le dijo la adivina apretando con más fuerza su brazo.

—¿Qué?

—Te quitará lo más valioso que posees, te arrebatará la luz.

—¡Suélteme! —le espetó Kate, dando un tirón con su brazo. Pero la mujer era fuerte y no la soltó, al contrario, acercó su rostro al de ella y en sus ojos había pánico—. Lo he visto, te quiere. Aléjate del demonio de ojos rojos.

—¡Suélteme! —insistió Kate forcejeando nerviosa, intentando zafarse de la mujer.

—¡Salma! —gritó la chica de la Polaroid corriendo hacia ellas—. ¿Qué haces? Suéltala.

—No, tiene que escucharme, corre peligro. Tiene que alejarse del demonio de ojos rojos.

—¡Salma, déjala, vas a hacerle daño! —le ordenó la chica agarrando su mano, y empezó a retorcerle los dedos para que soltara a la chica.

William apareció como una corriente de aire frío, sujetó a la mujer por el codo y la apartó de un empujón.

—No la toques —gruñó con los dientes apretados e inmediatamente se fijó en Kate—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—No, solo me ha asustado —contestó ella masajeándose la muñeca.

—¿Pero qué te pasa, Salma? —inquirió la chica con disgusto.

La mujer no contestó. El color había abandonado su cara y miraba a William fijamente con los ojos abiertos como platos. Destilaba miedo por cada poro.

—Lamia, lamia, lamia —susurraba sin dejar de santiguarse.

—¡Vayámonos de aquí! —masculló él tomando a Kate de la mano.

—¡Esperad! —exclamó la chica—. Os dejáis esto. —Le entregó a Kate la foto, pegada a una cartulina roja decorada con unas flores secas y un lacito en el margen superior para poder colgarla.

—Gracias.

—Siento... siento mucho lo que ha pasado con Salma. Nunca se le había ido la pinza de esa manera. Es cierto que está un poco loca, pero es buena persona, no... no entiendo qué le ha pasado —les explicó la chica un poco cortada.

—Kate —la urgió William disgustado.

Ella le lanzó una mirada de soslayo y se dejó arrastrar por él.

Caminaba tan deprisa que a Kate le costaba seguirle el paso. Se obligó a aflojar el ritmo cuando la oyó resoplar con la respiración ahogada. Se sentía desconcertado por cómo lo había llamado la mujer. Era imposible que un humano tuviera ese tipo de percepción, aunque si algo había aprendido en los últimos meses, era que pocas cosas son imposibles.

—Esa mujer se asustó al verte y te llamó lamia, ¿qué significa? —preguntó Kate.

—Vampiro —respondió William—. Lamia, Lamian, Lamiae, son nombres por los que se conoce a los vampiros.

—Entonces sabía quién eres. ¡Dios mío! ¿Y si se lo dice a alguien? ¿Y si empieza a gritar que hay vampiros en Heaven Falls?

—Esa mujer no me conocía de nada, no nos habíamos visto nunca. Y si dice algo, pensarán que está loca.

—¿Eso significa que es una vidente de verdad? ¿Puede ver cosas que ya han pasado o que van a pasar?

—Es posible, sería la primera que conozco que no es una farsante. Pero también puede que solo tenga una percepción excepcional, un don, y que pueda ver más allá de lo que muestra nuestra apariencia.

Se detuvieron junto al coche y William hurgó en sus bolsillos buscando las llaves.

—No lo creo, esa mujer puede ver cosas —dijo Kate desviando la mirada. Hizo una pausa y miró de nuevo a William muy seria—. Me dijo algo antes de que tú aparecieras. En el fondo no quería hacerme daño, solo prevenirme. Me dijo que... me alejara del demonio de ojos rojos.

—¿Qué?

—Dijo que me alejara del demonio de ojos rojos porque me quería.

—¿Demonio de ojos rojos? —repitió frunciendo el ceño disgustado.

—Sí —respondió Kate con una sonrisa, y colocó las palmas de sus manos sobre el pecho de él—, y tiene razón ¿no? —En ese momento los ojos de William relampaguearon con un destello carmesí y torció el gesto—. No en que seas un demonio, sino en que me quieres.

William suspiró a medias y esbozó una sonrisa.

—Más que a nada —dijo rodeándola con sus fuertes brazos.

Kate hundió el rostro en su pecho inspirando el maravilloso olor de su piel, y se dejó acunar con la agradable sensación de sus manos enredándose en su pelo.

—¿Por qué no nos olvidamos de todo esto y me das mi sorpresa? —sugirió ella en un susurro.

William suspiró de nuevo, pero estaba vez de forma entrecortada, nerviosa. Ella intentó separarse, pero la abrazó con más fuerza, inmovilizándola, y la besó en el pelo. Llevaba días planeando esa noche, y aunque una parte de él estaba asustada, otra se agitaba con un anhelo como nunca había experimentado. Dejó de abrazarla y sus ojos verdes y adorables se posaron en él expectantes.

—Tu sorpresa... —indicó en tono misterioso.

Sacó un pañuelo de su bolsillo y lo sujetó con la punta de los dedos frente a su rostro.

—¿Esta es la sorpresa? —preguntó Kate sin poder disimular su decepción—. ¿Un pañuelo negro?

—Date la vuelta —dijo él con una risita, le resultaba graciosa la expresión de su bonito rostro.

—Pero...

—Date la vuelta —repitió.

Ella abrió la boca para replicar, pero él hizo un gesto con la mano urgiéndola a que obedeciera. Cogió el pañuelo con las dos manos y le tapó los ojos. Ella dio un respingo y sujetó sus muñecas.

—Espera, ¿por qué me tapas los ojos?

—Confías en mí, ¿verdad? —le susurró junto al oído. Ella se estremeció al sentir su aliento en el cuello y asintió con el corazón latiendo cada vez más deprisa—. Entonces, cierra los ojos.

William la ayudó a bajar del coche. Ella intentó quitarse el pañuelo y él se lo impidió sujetándole las manos.

—Aún no, espera a que yo te lo diga.

La tomó en brazos y comenzó a andar.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella abrazada a su cuello.

—Pronto lo verás.

Un búho pasó ululando sobre sus cabezas y ella se estremeció sobresaltada. Una ligera brisa sopló haciendo que las hojas de los árboles se mecieran con un sonido suave. El rumor del agua rompiendo contra las rocas llegó hasta sus oídos

con nitidez.

—Estamos en el bosque —susurró Kate.

Entonces William la dejó en el suelo, sujetándola por los brazos con manos temblorosas, y la atrajo hacia él para que su espalda descansara contra su pecho. Bajó la cabeza y le rozó con los labios un lado del cuello.

—Quítatelo —susurró sobre su piel.

Kate se quitó el pañuelo lentamente y por un instante le flojearon las piernas. La luz de la luna incidía directamente sobre la estructura de piedra y madera, reflejándose en los grandes ventanales. Parecía como si un halo de luz la rodeara por completo con un aspecto de ensueño que encogía el estómago.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó buscando su mirada, aunque en su interior sospechaba la verdad y esa certeza le provocaba vértigo. Una sensación tan emocionante que la estaba dejando sin aire.

William alzó ante su cara una cadena de la que colgaba una llave. Le cogió la mano y puso la llave sobre ella, cerrándola con su propia mano.

—Es tuya —dijo emocionado.

—¿Qué?

—Que es tuya.

—Pero... no... —Se llevó las manos a la boca y comenzó a negar con la cabeza—. No puedes comprarme una casa, es... una locura. No puedes cumplir cada disparate que digo...

William se inclinó sobre Kate y sus labios conectaron haciéndola callar. La besó con tanto amor que ella cerró los ojos extasiada, cuando volvió a abrirlos estaban junto a la puerta de entrada.

—Vamos, abre —dijo William, rodeándole la cintura con los brazos.

Kate empuñó la llave con manos temblorosas y la metió en la cerradura, la giró y la puerta se abrió tras un leve clic. Entró casi con miedo, el interior olía a madera y a barniz. Olía a nuevo y, cuando decenas de velas se encendieron de improviso iluminando el salón, supo por qué. Estaba equipado con muebles que parecían recién comprados, aunque había bastantes huecos y las paredes estaban desnudas.

—Conectarán la luz eléctrica a primera hora —indicó él a modo de disculpa.

—No importa, me gusta la luz de las velas.

Giró varias veces sobre sí misma, contemplando los techos altos y los grandes ventanales a través de los cuales se podía contemplar el bosque en toda su extensión. A su derecha pudo entrever la cocina, y el corazón le dio un vuelco seguido de un rápido aleteo. Recordó su fantasía.

Él la rodeó de nuevo con sus brazos.

—¿Te gusta? —preguntó.

—¡Dios mío, es maravillosa! Me cuesta creer que exista algo tan bonito. Pero... —enmudeció con un nudo en la garganta.

—¿Pero?

—No sé qué decir. Yo... —Giró entre los brazos de William para quedar frente a él y poder ver sus ojos, que en ese momento eran de un azul eléctrico—. ¿Por qué?

Él cerró los ojos un instante y tragó saliva. Por un momento se sintió incapaz de responder. ¿Y si la asustaba? ¿Y si aún no estaba preparada?

—Porque... —Le acarició la mejilla—, porque quiero que vivamos juntos en esta casa.

Kate abrió los ojos como platos, mirándolo fijamente sin ni siquiera parpadear.

—¿Juntos? ¿Aquí? —tartamudeó.

William le puso un dedo en los labios y siseó para que guardara silencio. Metió una mano en su bolsillo y sacó una pequeña cajita negra de terciopelo. La hizo girar entre sus dedos, estaba tan nervioso que temió que se le cayera, así que la apretó con fuerza contra la palma de su mano. La abrió lentamente.

Kate contuvo una exclamación al ver el precioso anillo que había dentro: un diamante azul oscuro engarzado en platino. Nunca había visto nada igual, nada tan hermoso.

—¡Ay, Dios! —exclamó perpleja al darse cuenta de lo que estaba a punto de suceder.

William se agachó y clavó una rodilla en el suelo, tomó el anillo sin apartar los ojos de Kate ni un instante.

—Cásate conmigo.

—¿Qué? —preguntó sin saber por qué, porque había oído perfectamente la proposición.

Él sonrió y la tomó de la mano.

—¿Quieres casarte conmigo?

Kate se mordió el labio con tanta fuerza que casi se hizo sangre. Bañado por la luz dorada de las velas, William era el sueño perfecto, su sueño. Empezó a asentir con la cabeza. Separó los labios para decir que sí, pero lo único que salió fue un gemido.

—¿Sí? —preguntó él esbozando una sonrisa esperanzada.

—Sí —respondió asintiendo de nuevo. Entonces él deslizó el anillo en su dedo y se puso en pie, mirándola con tal intensidad que pensó que iba a echarse a llorar—. Sí, sí, sí, sí... —repitió mientras se lanzaba a su cuello abrazándolo con fuerza. No sabía si era por los nervios o por lo feliz que se sentía, pero no podía dejar de reír.

Se besaron, un roce en los labios, como de plumas. La alzó del suelo y la hizo girar en el aire. La besó de nuevo, muy suave al principio, pero después con vehemencia, ciñéndola contra su cuerpo hasta que ella gimíó. Ese sonido le hizo volver en sí, se estaba dejando llevar demasiado.

Se separó un poco con la sensación de que todo su cuerpo latía a la par que el de ella.

—Compré algunos muebles, solo unos pocos para poder mudarme. El resto podemos elegirlos juntos —dijo intentando recuperar el control, ignorando la fiebre que le calentaba la piel.

—¿Te has mudado?

—Hace un par de días. Ahora esta es nuestra casa, así que es aquí donde debo estar —respondió acariciándole un mechón de pelo. Lo enredó en su dedo.

—A Alice le va a dar algo —susurró Kate pegándose de nuevo a él. Inspiró y su olor era tan maravilloso que las mariposas revolotearon por su estómago. Se moría por volver a besarlo.

—Hablaré con ella y le pediré su consentimiento. Haré las cosas bien. ¿Quieres ver el resto de la casa? —le sugirió.

Ella sonrió y le dio un tímido beso en los labios. Lo miró a los ojos un instante y volvió a besarlo con un sentimiento dulce y maravilloso.

—Quiero ver qué hay arriba —susurró junto a su cuello.

Él dejó de estrecharla, vislumbrando la invitación oculta en aquel comentario. Deseaba lo mismo, más que nada. Pero las veces que había estado a punto de suceder, siempre pasaba algo malo. Esa noche no quería tentar a la suerte. Quizá había un motivo para que el destino no les dejara dar ese paso. Y conforme lo pensó, le pareció la idea más absurda del mundo.

—Arriba están los dormitorios, un estudio, un gimnasio y una terraza. Mañana con luz podrás...

—Quiero verla ahora —insistió ella tirando de su brazo.

Él se dejó arrastrar escaleras arriba casi sin fuerzas.

—Solo hay cuatro habitaciones, pero son muy grandes y todas tienen baño —le explicó abriendo la primera puerta, que daba a una habitación completamente vacía.

—¡Vaya, es enorme! —exclamó ella.

La estancia se veía con claridad a pesar de que la única luz era la que proyectaba la luna a través de la ventana.

—Esta podría ser para Alice —sugirió William.

—Ella jamás abandonará la casa de huéspedes —contestó Kate mientras avanzaba por el pasillo.

William apoyó la espalda contra la pared y se limitó a observar cómo ella se movía. Caminaba con la gracia de una bailarina, de puntillas sobre la madera. Se puso tenso cuando se detuvo frente a la última puerta.

—En esta hay muebles —dijo ella.

—Sí, son un regalo de Rachel. Insistió, y ya sabes cómo es. —Cerró los ojos y se masajeó la frente. Cuando los abrió, ella ya no estaba en el pasillo. Suspiró y fue a su encuentro.

La encontró en medio de la habitación, contemplando el anillo en su mano, tan hermosa que le dolía mirarla. La necesidad de tocarla se convirtió en un dolor físico en su pecho. Entonces ella se giró y le tendió la mano. Dudó un instante, pero no pudo resistirse al efecto que sus ojos verdes como brillantes esmeraldas tenían en él. Sostuvo su mano alzada y entrelazaron los dedos. Se contemplaron un instante con una agradable sensación de euforia recorriéndoles la piel.

Ella lo atrajo hacia sí, enredó los dedos en su pelo y lo besó apretándose contra su cuerpo. Sus labios descendieron hasta su mandíbula, besándola muy despacio, y él abrió los ojos un segundo completamente cautivado. Si continuaba no podría parar. Abrió la boca para decir algo, pero ella volvió a sus labios con un nuevo beso, esta vez más intenso.

Él comenzó a desesperarse por tomar el control o por perderlo si lo tomaba. Pero ella parecía tan segura de lo que estaba haciendo, de no detenerse, y él necesitaba más de todo cuanto pudiera darle. Un calor insoportable le recorrió el cuerpo cuando ella le mordió el labio inferior, y después lo lamó lentamente. Casi sin voluntad, rompió el contacto y apoyó la frente sobre la de ella.

—¿Estás segura?—susurró.

Ella asintió, buscando de nuevo su boca.

No necesitaba más respuestas. La rodeó completamente con sus fuertes brazos y la pegó a su cuerpo, presionando sus caderas contra las de ella, estómago contra estómago, a punto de fundirse.

La piel de Kate se erizaba allí donde él la tocaba. Abrió los ojos un instante, maravillada de que tales sensaciones pudieran existir. Estaba tocando el cielo con las manos, porque el cielo estaba entre sus brazos. Se dejó arrinconar contra la cama. Deslizó las manos por la espalda de William, por debajo de su camiseta, y tiró hasta sacársela por la cabeza. Contuvo el aire mientras acariciaba su pecho, las dos alas grises se agitaban al ritmo de su respiración y las recorrió con los dedos. Después las besó, con suavidad, entreteniéndose en cada roce.

Él le tomó el rostro entre las manos y lo inclinó hacia atrás para mirarla a los ojos. Sin apartar la mirada, Kate se desabrochó la blusa y dejó que resbalara por sus brazos.

La luz de la luna bañaba sus pálidos cuerpos que parecían traslúcidos, hermosos, resplandecientes mientras se abrazaban hasta convertirse en uno solo.

La chica de la Polaroid terminó de guardar sus cosas en la parte trasera de la furgoneta, y con gesto cansado se apoyó contra las puertas. Reprimiendo un bostezo, se soltó el pelo y lo agitó con los dedos hasta que cayó desgreñado sobre los hombros. Sacó de sus pantalones negros de cuero una pitillera lacada en rojo y cogió un cigarrillo.

La primera calada le supo a gloria y la segunda le dio hambre. Se moría por una taza de café y un bocadillo, pero decidió esperar hasta que Salma terminara de recoger. Desde el incidente con aquella pareja, estaba bastante rara.

—¡Deja de mirarme así! —le espetó Salma. Agachada en el suelo, intentaba doblar sin arrugas la lona de su carpa.

—¿Cómo?

—Como si estuviera loca.

—¿Y no lo estás?

Salma la fulminó con la mirada.

—No —respondió.

—Pues hace un rato...

—¿Sabes? Deberías ir a cenar algo a la cafetería de la entrada. Ese chico que trabaja en la caseta de tiro ha decidido dar el primer el paso, te está esperando. Ah, y por si te interesa, acabaréis dándoos el lote en su caravana.

—¡Lo dices para que te deje en paz! —replicó frunciendo el ceño.

—Es posible, pero también puede que sea verdad. Llevas semanas intentando ligar con ese friki. ¿Vas a perder la oportunidad si estoy en lo cierto?

La chica miró fijamente a Salma unos instantes. Entonces la apuntó con el dedo a modo de amenaza, porque si todo aquello era una patraña, más tarde iban a tener unas palabras. Subió a la furgoneta y se marchó.

Salma continuó doblando la lona, una tarea que parecía imposible porque las manos no dejaban de temblarle. El Lamia había aparecido, pero no de la forma en la que lo había visto en su cabeza, ni siquiera se parecía. Pero la chica era la misma, los mismos ojos, el mismo cabello. Y había más detalles que no encajaban, el Lamia había acudido a protegerla y no a hacerle daño. Sí, esos dos estaban juntos y, probablemente, ella no sabía que salía con un muerto. Frunció los labios con una mueca de asco, era una abominación que esos monstruos

tomaran humanas. Se escondían tras rostros extremadamente hermosos, con los que conseguían engañar a los pobres mortales. Y en verdad que eran hermosos, el vampiro de su visión era la viva imagen de la perfección, pero el de carne y hueso que había aparecido frente a ella era la estampa de un dios.

Se masajeó la frente, empezaba a dolerle la cabeza con tantos pensamientos incoherentes, no por los monstruos, sabía desde niña que existían y que lo más sensato era evitarlos. Lo que de verdad le preocupaba era que se había equivocado por primera vez en su vida.

Alisó las últimas arrugas y se levantó cargando con la lona. La dejó sobre la mesita que utilizaba para colocar la bola de cristal. Miró su reloj, Bill no tardaría en aparecer con el coche para ayudarla a recoger. De repente todo se oscureció, tuvo que agarrarse a la mesa para no caer, y se preparó como pudo para recibir la nueva visión sin vomitar. Abrió los ojos de golpe, lo que acababa de ver era el presente, en ese mismo instante y... justo detrás de ella. Se dio la vuelta y palideció. Giró sobre sus talones y echó a correr, pero él se materializó ante ella como un muro contra el que chocó, rebotó hacia atrás y cayó al suelo. Empezó a arrastrarse sobre el trasero, ayudándose de las manos y los pies para ir más rápido. Pero aquel ser la alcanzó con un par de pasos, la agarró por la camisa y la levantó sin esfuerzo. Sin soltarla, se inclinó y acercó el rostro a ella, hasta que sus labios quedaron a la altura de su oreja.

—Si te mueves, te rompo el cuello —le susurró.

Salma abrió los ojos y trató de controlar su miedo. Miró su rostro, era el Lamia de su visión, el que perseguía a la chica. Sus hermosos ojos negros la atravesaban como los de un animal salvaje al acecho.

—No puedes hacerme daño, no hasta que te diga lo que necesitas —respondió ella.

Adrien gruñó contrariado y ladeó la cabeza para estudiar a la mujer. Mefisto solo le había dado su nombre, haciendo honor a su regla de no intervenir. Así que del resto había tenido que ocuparse él, como siempre. Una palabra, un número, el título de un libro o de una película, un lugar, una ciudad. Mefisto dejaba caer la pista con descuido, y Adrien debía romperse la cabeza hasta hallar la conexión que acabaría conduciéndolo al siguiente paso. Por suerte, esta vez había sido relativamente fácil. En cuanto descubrió que era una adivina, supo que todo se resumía a una pregunta, la última pregunta que pondría fin a su pesadilla. Oyó a dos hombres acercarse.

—No puedo matarte, es cierto, pero a ellos sí. Sabes lo que soy y lo que podría hacerles —replicó entre dientes.

La soltó.

—Hola, Salma, ¿todo bien? —preguntó uno de los hombres al pasar junto a ellos.

Salma guardó silencio, atrapada bajo la mirada de Adrien que sonreía con

una mueca siniestra. Él alzó las cejas de forma arrogante, retándola a dar la voz de alarma.

—Sí, solo es un cliente de última hora —respondió, y los despidió con un gesto de la mano.

—Eso ha sido muy inteligente por tu parte —dijo Adrien agarrándola por el codo. Tiró de ella arrastrándola a la oscuridad, lejos de inoportunas interrupciones. La empujó contra un árbol, arrinconándola con su cuerpo hasta convertirse en una jaula de la que era imposible escapar—. ¿Y bien?

—No sé dónde está ese cáliz que buscas.

Adrien abrió los ojos sorprendido, en verdad aquella mujer era lo que decía ser. Sabía por qué estaba allí, y también sabía la respuesta.

—Se supone que tú lo ves todo —masculló—. No te creo.

—Mira, no funciona como crees, a veces no tengo las respuestas y si las tengo pueden estar incompletas. Casi siempre solo apuntan a un camino que no sé dónde acabará. Pero cuando veo algo, por pequeño que sea, es cierto, y si no lo veo también.

Adrien la aferró por el cuello y con el pulgar la obligó a alzar la cabeza mostrando la garganta.

—No me interesan tus trucos. ¿Dónde está escondido el cáliz?

—No lo sé —respondió casi sin aliento, muerta de miedo—. Pero te he visto hablando con un hombre, un anciano, y parecía saber dónde está ese cáliz.

Adrien la soltó lentamente, atónito.

—Continúa.

—Solo sé que se llama Ben, Ben Graham, como el científico. Vive en una casa marrón cerca de un parque. No sé nada más. Lo juro.

—Si me mientes te buscaré, te encontraré y después te convertiré en uno de los míos, para más adelante dejar que el sol te consuma. ¿Lo has entendido?

—¿No vas a matarme?

—No, pero si lo que me has dicho no me sirve, espero por tu bien que tengas algo más que ofrecerme —respondió en tono amenazante, sus ojos carmesí brillaron en la oscuridad rodeados de un halo plateado. Salma se encogió y tuvo que sujetarse el estómago con la primera oleada de náuseas.

—¡Dios mío, esto es el fin! —exclamó llevándose el puño a la boca mientras Adrien se desvanecía en el aire. Cayó de rodillas y miró al cielo asustada por lo que había visto en su mente.

Kate se estiró bajo las sábanas con la sensación más dulce que jamás había experimentado recorriendo su cuerpo. Notaba el sol calentándole la piel desnuda de la espalda. Abrió los ojos, solo un poquito, y una enorme sonrisa somnolienta se dibujó en su rostro. William estaba a su lado con la cabeza vuelta hacia ella, y

la miraba. La luz del sol le bañaba el torso musculado con un brillo dorado y sus ojos azules parecían del color del mar en verano salpicados de motas violetas.

—Buenos días —le susurró él.

—Buenos días —respondió, volviendo a cerrar los ojos completamente ruborizada. El recuerdo de lo sucedido entre ellos acudió a su mente con nitidez.

—¿Estás bien? —preguntó algo inseguro.

—Sí, de maravilla —respondió enrojeciendo aún más y se incorporó un poco sobre el codo.

—¿Y... estuvo bien? —insistió con un atisbo de timidez.

De repente Kate cayó en la cuenta de a qué se refería. Le hizo gracia que estuviera pensando en eso, hasta los vampiros tenían un ego masculino que alimentar.

—Fue perfecto —dijo con tal sensación de calor en la cara, que deseó abanicarse para aliviar la fiebre que los recuerdos le provocaban.

Él sonrió más tranquilo y su cuerpo se relajó con un suspiro.

—Hubo un par de veces en las que dejé de contenerme, di rienda suelta a mis instintos y... —dejó la frase suspendida en el aire y cerró los ojos.

—Y aun así fuiste muy dulce. ¿Te das cuenta? —continuó Kate. Él giró la cabeza para mirarla—. Te resulta imposible lastimarme, incluso cuando pierdes el control sobre ti mismo.

—No estaba seguro de que fuera a ser así, pero deseaba tanto esto...

Con un suave ronroneo Kate se deslizó hasta pegarse a él. Apoyó la cabeza sobre su hombro y le rodeó el pecho con el brazo, su mano descansaba sobre el tatuaje, que comenzó a acariciar dibujando pequeños círculos.

William la estrechó, disfrutando de la paz que lo embargaba. Sentir el cálido y desnudo cuerpo de Kate acurrucado junto al suyo, y su aliento rozándole el cuello, era un sueño del que no quería despertar. Cogió su mano y la alzó un poco, un rayo de sol incidió sobre el anillo y la habitación se llenó de destellos irisados que se reflejaban en las paredes y el techo.

—Me gusta cómo te queda —dijo William girando la mano para verlo desde distintos ángulos.

Kate levantó la cabeza para observar el anillo, agitó los dedos en el aire y una enorme sonrisa se dibujó en sus labios.

—Y a mí me gusta estar así contigo. —Se estiró para darle un beso en los labios. Le rozó las piernas con los dedos de los pies y él se encogió dejando escapar su risa. Ella abrió los ojos como platos, como si hubiera descubierto algo fascinante—. ¡Oh, tienes cosquillas, tienes cosquillas! —exclamó—. Tienes cosquillas —volvió a repetir mientras le deslizaba las manos por los costados.

Él empezó a contorsionarse muerto de risa, tratando de zafarse. Más bien fingía que intentaba zafarse, convirtiendo aquello en un juego con el que estaba disfrutando. La risa de Kate resonaba por toda la habitación. Entonces la agarró

con tal rapidez que ella gritó, tiró de su cuerpo poniéndola de espaldas y se colocó sobre ella.

—¿Acaso tú no tienes? —preguntó él con tono travieso, y empezó a mordisquearle el cuello, y a hacerle cosquillas por los costados y el estómago. Ella pateó riendo a carcajadas, empujando su pecho con sus diminutos puños para apartarlo.

—¡Vale, vale, me rindo! —exclamó ella con ojos brillantes.

William se detuvo y alzó la cabeza de su cuello apoyándose en los brazos, el pelo le caía revuelto sobre la frente y sacudió la cabeza para apartarlo. La luz dorada del sol a su espalda resaltaba su silueta firme y musculosa, de la que Kate no podía apartar la vista.

Sus miradas se cruzaron y se buscaron al mismo tiempo, con urgencia. Se besaron mientras él le acariciaba el pelo y ella se aferraba a su espalda y se apretaba contra su pecho.

Entonces William se obligó a apartarse con besos cada vez más cortos, hasta que consiguió separarse de ella a fuerza de mucha voluntad. El sonido de un coche aproximándose llegó hasta sus oídos.

—Van a llamar a la puerta —dijo con la voz entrecortada.

—No abras —replicó Kate agarrando sus hombros para atraerlo.

—Tengo que hacerlo, es el técnico de la compañía eléctrica —respondió con los labios de Kate sobre los suyos. En ese momento el timbre de la puerta sonó.

—Que se vaya —susurró Kate con una sonrisa traviesa que se ensanchó al ver la mirada hambrienta de William, parecía que iba a devorarla de un momento a otro.

Pero él se levantó de la cama con un gruñido, como si tuviera que obligarse a hacerlo.

—Me lo agradecerás cuando funcione la cafetera y haya agua caliente.

Ella le dedicó un mohín enojado y se tapó la cabeza con la sábana, aunque sabía que él tenía razón; sin café se convertía en una gruñona insoportable, y sin una ducha caliente la cosa empeoraba aún más.

Kate abrió los ojos de golpe, se había quedado dormida. Se desperezó sintiendo el cuerpo entumecido y agradablemente dolorido. Se levantó envolviéndose en la sábana y paseó por la habitación. Era preciosa, con las paredes pintadas en un tono blanco lino que relajaba con solo mirarlo. Los muebles eran de roble, al igual que las puertas. Deslizó los dedos por la superficie de un buró antiguo y pensó que lo podría utilizar como escritorio. Se acercó a la ventana entreabierta y contempló el espeso bosque, el sonido de la cascada dominaba el ambiente. Cerró los ojos y escuchó, nada, solo el canto de los pájaros, las hojas de los árboles agitadas por el viento y el arroyo fluyendo a unas decenas de metros de

allí.

Aferrada a la sabana giró varias veces sobre las puntas de sus pies, sin saber cómo dar rienda suelta a la euforia que le recorría el cuerpo. Se mordió los labios para no gritar como una loca, una loca feliz. No podía dejar de mirar el anillo, adoraba su peso en el dedo, su forma, pero aún más lo que significaba. ¡Por Dios, iba a casarse con William! Y vivirían juntos en aquella casa de ensueño.

Buscó su ropa, que descubrió a los pies de la cama hecha un ovillo bajo la colcha. La estiró sobre la silla que había frente al buró, con la esperanza de que perdiera algunas arrugas antes de volver a la casa de huéspedes y a la mirada escrutadora de Alice. Mientras tanto, pensó en ponerse algo de William. Se quedó alucinada cuando entró en el vestidor, era casi tan grande como su habitación, con un espejo que ocupaba toda la pared. Encontró una camiseta blanca en uno de los cajones.

A la luz del día, la casa parecía completamente distinta, un hermoso palacio de cristal, con paredes blancas y suelos de madera. Descendió de puntillas la escalera, cruzó el salón, en el ambiente aún perduraba un ligero olor a cera derretida.

Escuchó un pitido y a continuación un vago goteo seguido de un intenso aroma a café. Asomó la cabeza al umbral de la cocina. Sonrió y se cruzó de brazos, observando cómo William sacaba unas tostadas de la tostadora y las colocaba en un plato.

—Hola, dormilona —dijo él levantando la vista con una sonrisa.

Kate arrugó la nariz dedicándole un guiño cariñoso y admiró cómo su perfecto cuerpo semidesnudo se movía de un lado a otro preparando el desayuno. Se acercó a él por la espalda y le rodeó la cintura con los dos brazos.

—Tu piel ya no es tan fría —susurró acariciándola con los labios.

William se quedó inmóvil un instante, pero inmediatamente se relajó y acarició la mano que descansaba sobre su vientre.

—Sigo cambiando. ¿Te gustan los melocotones? —preguntó dando media vuelta.

Besó a Kate en la frente y fue hasta un cesto repleto de fruta sobre la encimera.

—Sí, pero ahora me muero por un poco de café —respondió mientras tomaba una taza de la mesa y se la llevaba a los labios.

—¡No, Kate, eso no es...!

Sorbió, y el líquido espeso y templado inundó su boca. El estómago se le encogió con un espasmo y se quedó inmóvil, sin saber si escupir o tragarse la sangre. Optó por la primera y se lanzó contra el fregadero, agarrándose a él con ambas manos por si vomitaba. Escupió todo el contenido de su boca.

—Lo siento, no imaginé que... —dijo William tras ella, y puso un vaso de agua en su mano—. Ten, bebe un poco, te quitará el sabor.

Kate obedeció y se lo bebió sin respirar.

—¿Mejor? —preguntó él.

Ella asintió, una sonrisa se dibujó en sus labios y al final rompió a reír.

—¿Sabes? Creo que deberíamos poner pegatinas a las tazas o elegir un color diferente para cada uno.

—Sí, será lo mejor —admitió William contagiándose de su risa. Tomó una taza limpia del armario, sirvió un poco de café y se la entregó.

Kate sujetó la taza con ambas manos y se acercó a la puerta corredera de cristal, desde donde se podían ver unas vistas maravillosas del bosque y, sobre este, la cima de la montaña. Se giró con una sonrisa perenne en los labios y el tiempo se detuvo. William la observaba sentado a la mesa, tal y como había imaginado tantas veces. Se acercó muy despacio y se sentó en sus rodillas con miles de mariposas revoloteando en su estómago. William la abrazó acunándola y ella enredó la mano en su pelo. El sol de mediodía despuntó por encima de los árboles y sus rayos penetraron en la cocina como haces de luz, envolviéndolos en un halo dorado.

—Es tal y como lo imaginaba, así, tú y yo, de esta forma.

William alzó la barbilla para mirarla.

—¿De verdad?

—Sí, es perfecto —susurró deslizando una mano por su mandíbula—. Perfecto —repitió.

William cerró los ojos con una mueca de desencanto y un móvil empezó a sonar en la planta de arriba.

—Es Alice —dijo con un suspiro, escondió el rostro en su cuello y la besó bajo la oreja.

—¿Cómo lo sabes?

Él se encogió de hombros.

—Simplemente lo sé, a veces me pasan estas cosas, pero también me equivoco. Deberías cogerlo, puede que esté preocupada.

—Lo sé, pero es que se está tan bien aquí —ronroneó rodeándole el cuello con los brazos. Él se estremeció mientras deslizaba una mano a lo largo de su muslo.

—Esta noche me gustaría hablar con ella, y no queremos que se enfade conmigo antes de que eso ocurra, ¿verdad?

—¿No queremos? —cuestionó Kate con un mohín.

William negó con la cabeza.

—No. Quiero que me permita casarme contigo, no que me ponga una orden de alejamiento. Por lo que... —Frunció los labios y apretó los párpados muy fuerte— será mejor que subas a vestirme. Si continúo contemplándote, no podré dejar que te marches. Estás muy sexy con mi ropa —dijo recorriendo su cuerpo con la mirada.

Kate se ruborizó, le apartó el cabello de la cara con la palma de la mano y apoyó la frente en la de él. Con un suave roce de sus labios lo besó.

De repente, William gruñó estrechándola muy fuerte y se desmaterializó con ella en brazos. Cayeron sobre la cama de golpe, lo que hizo que Kate gritara por el susto y empezara a reír a carcajadas.

—Me encanta cuando haces eso —dijo ella cubriéndole la cara con las manos—. Es una sensación increíble.

William sonrió y le dio un beso fugaz. Con la agilidad de un felino se levantó de la cama.

—Voy a darme una ducha, y en cuanto acabe te llevo con Alice.

Kate se acomodó sobre el codo y le dedicó una mirada coqueta.

—Yo también necesito una, podríamos ducharnos juntos, iríamos más rápido —replicó completamente sonrojada.

Él frenó en seco y la miró por encima del hombro con el ceño fruncido a modo de reprimenda. Le estaba costando resistirse a su coqueteo, se moría por volver a sus brazos. Sin embargo, había una búsqueda que debía concluir cuanto antes.

—Yo no estoy tan seguro —dijo con un destello plateado en la mirada.

William tomó a Alice del brazo para ayudarla a sentarse en el banco de madera bajo el viejo roble, y se acomodó a su lado, observando cómo el sol se hundía tras los árboles dejando al bosque en penumbra.

—Supongo que ya sabes por qué he venido a verte —dijo William, apoyó los codos en sus rodillas y se inclinó para mirarla.

Alice sonrió y le acarició el brazo con gesto maternal.

—Ha sido difícil no fijarse en el anillo. Es un anillo de compromiso precioso.

William sonrió un poco nervioso.

—Quiero a Kate con toda mi alma, y quiero casarme con ella, Alice.

—¿Es cierto que has comprado la casa de la cascada?

—Sí, me gusta este lugar y me gustaría echar raíces aquí. —Hizo una pausa y entrelazó los dedos de sus manos sin poder disimular la impaciencia que lo consumía—. Necesito saber que te parece bien, es importante para mí.

Alice suspiró y contempló el lago unos segundos. Entonces alargó el brazo y tomó la mano de William. Cruzaron una mirada y ella sonrió con tristeza.

—Daría cualquier cosa por que fuera el padre de Kate el que estuviera aquí sentado en mi lugar. Así podría ver lo afortunada que es su hija de tener a alguien que la quiere tanto. —William le apretó la mano de forma cariñosa. Volvió a suspirar y continuó—. ¿Que si me parece bien? Creo que sois muy jóvenes para tomar una decisión tan importante, tenéis toda la vida por delante y deberíais disfrutar de lo que esa vida os ofrece: la universidad, los amigos...

—Haremos todo eso, Alice —replicó William con tono suplicante.

Ella le acarició la mejilla.

—Lo sé, por eso os doy mi bendición. —Sonrió al ver el alivio que reflejó el rostro del chico—. Cariño, me estoy muriendo —dijo de repente muy serio—. El tratamiento no está funcionando y me queda muy poco. Kate no sabe nada y quiero que siga así.

William se quedó de piedra. Sabía que estaba enferma, que apenas tenía posibilidades de recuperarse, pero inconscientemente no quería reconocerlo.

—Alice, podemos buscar otros médicos, puedo conseguirte a los mejores, iremos a donde sea necesario —replicó él como si acabaran de clavarle un puñal en el pecho.

Ella siseó haciéndolo callar, mientras negaba con la cabeza lentamente.

—Ya no está en manos de los médicos, créeme. Por eso me hace tan feliz esta noticia, me tranquiliza saber que no va a estar sola, que cuidarás de ella. Prométeme que vas a hacerla muy feliz.

—Te lo prometo —dijo William con un nudo en el estómago.

Alice asintió, agradecida.

Kate agitó la mano desde el coche despidiéndose de su abuela, y se quedó mirándola hasta que desapareció de su vista. Entonces se giró en el asiento y clavó sus ojos llenos de curiosidad en William.

—¿Cómo ha ido? ¿Qué te ha dicho?

—Ya lo sabes, nos da su bendición.

—Habéis pasado mucho tiempo hablando, demasiado —replicó frunciendo el ceño—. ¿Te ha amenazado?

William soltó una carcajada.

—¡No! ¿Por qué iba a hacer algo así?

—A los trece años, Trevor Garret me invitó al baile de fin de curso. Cuando vino a recogerme, Alice le dijo que era bruja y que haría que la cara se le llenara de pústulas si no me respetaba. El chico no volvió a dirigirme la palabra. Y algo parecido ocurrió cuando Benny Talbot me invitó a su fiesta de Halloween.

William rió con más fuerza, a pesar de la pena que sentía en su interior por Alice. Le habría gustado conocerla mucho antes, haber disfrutado de su conversación y de ese carácter tan particular y divertido que poseía. Y por qué no, también le habría gustado recibir alguna de esas amenazas.

—No me ha amenazado —respondió—. La verdad es que... —Hizo una mueca de disgusto y guardó silencio a propósito.

—¿Qué? —explotó Kate alzando las manos.

—Ha querido ponerme sobre aviso.

—¿Sobre aviso de qué? —repitió un poco alterada.

—De tus manías. Dice que estás insoportable hasta que te tomas tu primera taza de café, que comes la mermelada directamente del tarro, que mordisqueas las galletas como un ratoncito llenándolo todo de migas y que cantas en la ducha imitando a Taylor Swift —enumeró muy rápido—. También que sueles hacer muecas frente al espejo cuando estás nerviosa y que eres muy quejica cuando te resfrías.

Kate se hundió en el asiento, tan roja por el sofoco que su piel despedía calor.

—Voy a matarla, esta vez la mato —musitó con las manos en las mejillas.

William ladeó la cabeza para mirarla, y tuvo que esforzarse para no echarse a reír. Tenía sus dudas sobre si ella acabaría enfadándose de verdad, pero era demasiado divertido como para dejarlo estar.

—¿Hay algo más que yo deba saber antes de poner fecha para la boda? —preguntó él con rostro inocente.

Kate le dio un puñetazo en el hombro y resopló hundiéndose aún más en el asiento.

—¡Vamos, es broma! —dijo William acariciándole la mejilla, pero ella lo apartó de un manotazo y le dedicó una mirada asesina. Eso hizo que volviera a reír a carcajadas—. Incluso cuando te enfadas, estás preciosa.

Kate le sacó la lengua con una mueca de burla. Se cruzó de brazos un instante, pero inmediatamente también empezó a reír. De repente algo fuera de lugar captó su atención.

—¡Hay luz en casa! —exclamó Kate con un vuelco en el corazón.

William miró con atención a través del parabrisas.

—Tranquila, no son ladrones. Es algo peor.

Kate sonrió al reconocer a los inesperados visitantes. Todos estaban allí, pululando por la entrada y el jardín: Shane, Marie, Carter, Jared, Keyla y Stephen. Las luces de toda la casa estaban encendidas y la puerta principal abierta de par en par. A través de ella apareció Robert con una taza en la mano, que alzó a modo de saludo cuando ambos descendieron del coche.

—Dime que esto no va a ser siempre así —susurró Kate—. ¿No conocen la palabra intimidad? Me apetecía mucho que estuviéramos solos.

El cuerpo de William se contrajo con un estremecimiento.

—Si en media hora no se largan, yo mismo los echo —musitó con voz ronca, y lanzó a Kate una mirada que la hizo enrojecer.

—¡Os vais a casar, os vais a casar, os vais a casar! —gritó Marie mientras corría hacia ellos. Abrazó a Kate con tanta fuerza que la dejó sin respiración, y a continuación se lanzó al cuello de su hermano—. ¡Felicidades, felicidades!

—Enhorabuena, chicos —dijo Shane estrechando la mano de William. Le dio un ligero golpe con el puño en el pecho—. No te la mereces, lo sabes, ¿no?

William asintió con una sonrisa.

—¡Dios mío, Kate, la casa es preciosa! —exclamó Keyla abrazándola.

—Sí, es maravillosa.

—Si necesitas ayuda para elegir los muebles o cualquier otra cosa, ya sabes, solo tienes que decirlo.

—Claro, gracias —respondió abrumada. Dio un respingo al sentir una mano fría sobre el hombro.

—Pésima elección —susurró Robert junto a su oído—. Te has equivocado de hermano. Yo debería ser el afortunado, soy el mayor y mejor partido —dijo muy serio, pero sus ojos lo delataron brillando divertidos.

Kate le dio un codazo en las costillas y fue al encuentro de Jared, el chico estaba sentado en una jardinera junto a la entrada. De entre todos, sentía especial predilección por él, por su dulzura y su carácter tan parecido al de ella. Hacía

días que no lo veía y se sorprendió al comprobar que se había cortado su melena rizada. Así parecía mayor, el pelo corto le endurecía las facciones de una forma muy masculina, estaba guapísimo.

—¿Y este cambio?

Jared se encogió de hombros y se pasó la mano por la cabeza, aún se sentía un poco desnudo sin su pelo.

—Así no se me enredará en el casco.

Kate se paró a pensar un segundo.

—¿Vas a presentarte? —preguntó sorprendida.

—Bueno, sí, ahora que Evan no está, el instituto necesita un *quarterback*.

—No tendrá nada que ver esa animadora con la que te vi el otro día, ¿verdad?

—¡No! —respondió Jared alargando la palabra para darle más énfasis, pero una sonrisita vergonzosa curvó sus labios.

—A por ella, tigre —replicó Kate con un guiño.

En ese momento Marie se subió sobre el capó del coche de Carter y silbó.

—¡Chicos, es hora de darle su regalo a la futura señora Crain! —canturreó.

Kate se ruborizó al oír las palabras. « Señora Crain », repitió para sí misma, le gustaba cómo sonaba.

—Shane, cariño —dijo Marie.

—¿Qué pasa? —preguntó William.

—Ya lo verás —dijo Carter—. A Kate le va a dar algo.

Shane asintió y salió corriendo hacia la parte trasera de la casa. Un segundo después el ruido de un motor vibró en el aire y el sonido de unos neumáticos sobre la tierra se fue acercando muy lentamente. La luz de los faros dejó a Kate momentáneamente ciega, parpadeó y consiguió enfocar un bonito coche de color azul.

—¡Marie! —exclamó Kate clavando una mirada asesina en su futura cuñada. La hermosa vampira se había salido con la suya.

—¡No puedes enfadarte! Me diste permiso, ¿recuerdas? —respondió Marie. Bajó de un salto del Hummer, con una gracia felina que era imposible no admirar. Tomó a Kate de las manos y le puso ojitos—. Es un regalo de parte de todos, por el compromiso. No puedes rechazarlo.

Kate intentó mantener su expresión seria, mientras recorría uno a uno el rostro de los chicos. Todos la miraban expectantes. Al final esbozó una gran sonrisa.

—Gracias, es precioso. ¡Y me encanta! —soltó un grito y corrió hasta el coche.

—¿Y yo qué? ¿No hay regalo para mí? —intervino William.

—Tú ya tienes bastante con que te haya aceptado —le espetó Carter, dándole un empujón.

—En eso tienes razón —respondió mientras abrazaba a Kate por la cintura.

Adrien llevaba días rondando por la zona y ni rastro del tal Ben Graham. Su casa estaba cerrada a cal y canto, había correo en el buzón y las flores del porche empezaban a marchitarse. Supo por una vecina cotilla, que el señor Graham solía ausentarse unos cuantos días todos los veranos, aunque desconocía el motivo de aquellas ausencias.

Comenzaba a desesperarse. Si la adivina estaba en lo cierto, aquel hombre era el único que podía darle una pista sobre dónde se encontraba el cáliz. Y no tenía ni idea de por dónde empezar a buscar a aquel tipo.

Miró su reloj y sintió una punzada de hambre. Estaba sediento, y el *mono* hacía estragos en su autocontrol. Desde que desangró a los tres tipos que irrumpieron en el café, había hecho todo lo posible por no atacar a nadie. Cada vez que contemplaba con ese deseo enfermizo a un humano, la cara de Kate aparecía en su mente como un antídoto contra el que empezaba a inmunizarse.

Una puerta se abrió cerca de allí y el olor de la sangre fresca llegó flotando hasta su olfato, mezclado con el de la laca de uñas. Una chica apareció en la acera, tirando de una correa de la que colgaba un pequeño perrito que se negaba a caminar. La chica se chupaba un dedo mientras fruncía el ceño con un gesto de dolor.

—Esta vez me has hecho daño, Tea. Me has mordido —le iba diciendo al perrito—. Si vuelves a hacer algo así, te castigaré.

La chica se sacó el dedo de la boca y le dedicó una sonrisa a Adrien, él se la devolvió e inmediatamente la borró de su cara. La observó con una mirada intensa y penetrante que no tenía nada que ver con la atracción que la chica creía haber despertado en él. En realidad solo estaba interesado en una parte de su anatomía, su largo y bonito cuello. La chica le lanzó una mirada coqueta y volvió a chuparse las gotitas de sangre de su dedo. Sin dejar de observarle por encima del hombro, continuó caminando hacia el parque.

Adrien cerró los ojos. El olor era tan intenso y apetecible. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le observaba, dio media vuelta y siguió a la chica.

—Bienvenido, Ben, ¿cómo ha ido su viaje? —dijo una mujer desde su porche.

—Muy bien, gracias.

Adrien se detuvo y giró la cabeza a tal velocidad que un humano se hubiera partido el cuello. En un visto y no visto estaba junto al anciano.

—Deje que le ayude con eso —le dijo a Ben.

El hombre dio un respingo, sobresaltado por la voz que surgía a su espalda. Y contempló al joven que cogía el equipaje del maletero de su coche.

—No es necesario, muchacho.

—No es ninguna molestia y parece que pesa —dijo Adrien esbozando una sonrisa amable.

Ben le devolvió la sonrisa y se encaminó a la casa con las llaves en la mano,

seguido de Adrien que cargaba sin esfuerzo con las maletas.

—¿Dónde las dejó? —preguntó una vez dentro.

—Puedes dejarlas junto a la escalera.

Adrien obedeció y un instante después volvía a la puerta.

—Muchas gracias, joven, eres muy amable.

—Ha sido un placer. ¿Sabe una cosa? Usted se parece mucho a mi abuelo.

—¿De verdad?

Adrien asintió y descendió los peldaños del porche dispuesto a marcharse.

—No te había visto antes. ¿Vives por aquí? —preguntó el señor Graham.

Adrien se detuvo en el último peldaño y en su rostro se dibujó una sonrisa de triunfo. Se giró poniendo su cara más inocente.

—No, estoy en Heaven Falls por un trabajo que estoy haciendo.

—¡Vaya! ¿Y qué tipo de trabajo? Si no es indiscreción.

—Un trabajo de investigación. Reúno información sobre los primeros colonos que habitaron estas tierras. Para ser más exacto, sobre las comunidades religiosas que se formaron. Ya sabe, las iglesias que se construyeron, cómo funcionaban, cómo se administraban, qué ha sido de sus riquezas... Todas esas cosas.

—Muy interesante, la verdad. ¿Y cómo lo llevas?

Adrien se encogió de hombros y alzó las cejas con expresión resignada.

—No muy bien. Lo que he encontrado en la biblioteca y en los archivos no me sirve. Yo busco esas historias que no están escritas, leyendas que todo el mundo conoce, pero que nadie sabe si son ciertas. Por ejemplo, hay quien dice que en este pueblo se torturaba a las brujas y que en algún lugar escondido aún quedan algunos de esos instrumentos de tortura.

—Sí, yo también he oído esas historias, pero nadie ha encontrado nada.

—Y usted, ¿sabe algo que pueda servirme?

—Me temo que no. Lo mío no es la historia, hijo. Soy fotógrafo jubilado.

Adrien apretó los labios, forzando una sonrisa. El tipo se le escapaba, así que tendría que tomar medidas más drásticas. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo vería entrar.

—¿Le importaría darme un vaso de agua? Estoy sediento.

—¡Por supuesto, pasa! —exclamó Ben y se encaminó a la cocina.

Adrien lo siguió, cerrando la puerta tras él con el pestillo. No tenía paciencia para rodeos y sutilezas, necesitaba encontrar ese cáliz e iba a sacarle la respuesta a aquel pobre hombre como fuera. Ben apareció con un vaso de agua.

—Lo cierto es que... no es agua lo que necesito de usted. —Tomó el vaso y lo dejó sobre la mesita de la entrada que estaba a su espalda. Entonces se fijó en una fotografía en la que Ben aparecía junto a Kate, ambos abrazados. Kate lucía un birrete azul, por lo que la instantánea debía haberse tomado el día de su graduación.

—¿Es su nieta? —preguntó con voz ronca.

Ben miró la fotografía y su cara se iluminó con una sonrisa.

—No, pero la quiero como si lo fuera, la conozco desde el mismo día que nació. Su madre fue mi mejor ayudante en el periódico, y la hija que nunca tuve. Perdona, pero... ¿qué has dicho hace un momento?

Adrien enmudeció, tomó la foto y la miró con más atención.

—¿Dónde fue hecha esta fotografía? —preguntó con anhelo—. Parece el museo, pero no reconozco esa sala.

—Porque no está en el museo, esa sala está en el instituto de Heaven Falls. El instituto fue construido sobre una vieja iglesia que acabó consumida por el fuego hace siglos. Durante las obras, los trabajadores descubrieron una cripta repleta de objetos que se supone pertenecieron a los primeros colonos: vestidos, utensilios de hogar, libros, pinturas y algunas reliquias de poco valor. Y se decidió crear esa sala para que los estudiantes tuvieran más cerca un poquito de la historia de este pueblo. Tengo decenas de imágenes sobre ese hallazgo —explicó. Dejó la foto en su lugar y observó con curiosidad a Adrien—. ¿Te interesa para tu trabajo?

Adrien suspiró, aunque sonó como un sollozo. Se pasó las manos por el rostro sin dar crédito a lo que acababa de pasar, y lentamente asintió.

—Sí, más de lo que imagina —respondió, y dando media vuelta se marchó como una exhalación.

William volvió a colocar el diario dentro de la urna de cristal y se desmaterializó para aparecer de nuevo en el callejón, en la parte de atrás del museo. Shane puso el coche en marcha y, en cuanto el vampiro estuvo dentro, aceleró incorporándose al tráfico.

—¿Algún problema? —preguntó.

William negó con la cabeza.

—Nadie lo ha echado en falta. Y bien, ¿dónde crees que está ese sitio?

Shane le entregó el portátil que tenía sobre las rodillas. William lo abrió y miró con atención la página que mostraba la pantalla.

—Es lo único que he encontrado. El único lugar que se me ocurre, es el viejo granero de Cave Creek. La información coincide con el lugar, con la descripción. Tiene que ser allí.

—Pues vamos.

Empezaba a amanecer cuando llegaron al prado donde se levantaba el viejo granero. William lo recorrió con un atisbo de aprensión en la mirada. No había vuelto allí desde la noche en la que se enfrentaron a los renegados de Amelia. La hierba había crecido al menos un palmo, menos en los puntos donde habían ardido los cuerpos de los proscritos. Ni la lluvia había podido borrar el color grisáceo de la ceniza pegada a la tierra.

No tardaron en encontrar la trampa. Shane tiró con tanta fuerza que la

arrancó de los goznes y se encogió de hombros con una sonrisa de disculpa. Se dejaron caer por la abertura y estudiaron cada palmo de suelo.

—¡Aquí! —exclamó William mientras se arrodillaba—. La han ocultado a propósito.

Empezó a apartar tierra con las manos, hasta dejar al descubierto una losa de piedra con símbolos y palabras en latín. La levantó sin apenas esfuerzo y se coló en el hueco húmedo y oscuro. Shane lo siguió.

—Aquí ha estado alguien hace poco —le hizo notar el licántropo—. El olor a quemado es reciente.

William no dijo nada, cerró los ojos un instante y las antorchas prendieron iluminando la sala. Todo estaba revuelto, como si un terremoto muy fuerte hubiera zarandeado aquel lugar sin ningún miramiento.

—¡Dios, esto es un potro de tortura! ¡Tío, aquí desmembraban a la gente! —pronunció Shane con tono repulsivo.

—Caza de brujas. Otra de las grandes cruzadas en nombre de la fe —masculló William.

Apartó de una patada un fardo de tela y una palangana de cerámica desconchada. Hubo un estruendo y se volvió con mala cara.

—No lo he tocado —se excusó el lobo, señalando el roído mueble de madera que acababa de desplomarse. Se metió las manos en los bolsillos y observó con el ceño fruncido todo aquel desastre—. William, él ha estado aquí, y por cómo está este sitio no creo que se fuera muy contento.

William torció la boca y dio otra patada al fardo.

—Tienes razón, aquí no está el cáliz.

Salió de aquel sótano de un salto. Abandonó el granero a través del agujero en la pared y se detuvo en medio del prado. Se pasó una mano por la mandíbula de forma brusca, estaba tan irritado que pensó que de un momento a otro comenzaría a echar chispas.

Shane apareció a su lado, resoplando molesto por el calor. Conforme avanzaba la mañana, el cielo se había ido despejando dejando paso a un sol insidioso y sofocante.

—¿Y ahora qué? —preguntó el lobo.

—Ya no sé dónde más buscar —respondió furioso. No corría ni ápice de brisa, sin embargo la hierba se agitó a su alrededor azotada por un extraño remolino de aire frío.

—Puede que Carter y tu hermano hayan encontrado algo en Plymouth —comentó Shane.

—Ese viaje era innecesario. Adrien está aquí, por lo que el cáliz está aquí.

—Pero él tampoco lo tiene, así que estamos en tablas.

—No sabemos si lo tiene —masculló. Buscó la sombra de un árbol y se apoyó en el tronco descansando la cabeza contra la corteza.

—No lo tiene, si así fuera ya estaría intentando drenar tu vena —susurró Shane con ironía.

Una risa amarga escapó de los labios de William. Rotó el cuello para aliviar la tensión de sus músculos y empezó a caminar de regreso, sin prisa. Shane se despegó con una mueca de disgusto y lo siguió. Caminaron en silencio. William iba absorto en sus pensamientos. Agobiado por una sensación frustrante, un sentimiento de impotencia y desesperación que lo ahogaba. Había agotado todas las posibilidades y ya no sabía dónde más buscar.

Por lo que no le quedaba otra opción que la que llevaba evitando desde que había regresado a Heaven Falls. Tenía que dar con Adrien y matarlo; no iba a correr más riesgos. Después ya encontraría la manera de que Kate entendiera que era la única forma posible. Ella era todo bondad, dulzura. Le costaba ver que el mal era algo real que formaba parte de las personas, y que en algunos casos solo existía esa parte. Y así ocurría con Adrien, ya no era recuperable, si alguna vez había tenido algo bueno en su interior, debió consumirse hacía tiempo.

Se masajeó el puente de la nariz, tenía dolor de cabeza, pero no era un dolor común. Se le nublaba la vista, y unos pequeños y molestos puntos blancos aparecían dentro de su campo de visión.

—A veces no puedo evitar pensar cómo sería mi vida con Marie si esa maldición no existiera —dijo Shane con tono vacilante.

William se detuvo y giró sobre sí mismo para encontrarse con la mirada huidiza de Shane.

—No es posible —dijo negando con la cabeza—. Sabes cuál es el precio.

—Lo sé, y no pretendo que te cuestiones nada, de verdad. Jamás te haría algo así. Haces lo correcto, pero... hay tantas cosas que nunca podremos compartir.

—¡Shane, no me hagas esto! ¿Acaso crees que no he pensado en ella? Yo la convertí, fui yo quien la condenó a vivir en la oscuridad. ¿Crees que no he pensado en compensarla dejando que esta maldita profecía se cumpla? Y no solo por ella. Mis padres, mi hermano, todos aquellos vampiros que conozco y que respetan la vida humana. Todos ellos merecen liberarse de la maldición. ¿Pero a qué precio, Shane? No sabemos cuáles serán las consecuencias. —Se llevó las manos a la cabeza con desasosiego. Le brillaban los ojos por la culpa que sentía y el dolor de cabeza insoportable que apenas le dejaba pensar—. ¿Y si no compensa? ¿Y si el precio a pagar es demasiado? ¿Te arriesgarías a perder lo que tienes ahora?

—William, jamás te pediría algo así, estoy de tu parte y creo firmemente que haces lo correcto. Solo son pensamientos, no puedo evitarlos y eres la única persona con quien puedo compartirlos.

William apretó los párpados nervioso, angustiado, cada vez más inquieto. Volvió a pasarse las manos por el pelo con exasperación.

—¡Estoy hecho un lío y las dudas me están volviendo loco! —exclamó

agobiado mientras extendía las manos con gesto suplicante.

De repente algo escapó de entre sus dedos. Una fuerza extraña, como la onda expansiva provocada por una explosión, y Shane salió volando por los aires estrellándose contra el suelo con un golpe seco que lo dejó sin aire en los pulmones.

Durante un instante William permaneció inmóvil, estupefacto. Entonces su cerebro procesó lo que acababa de ocurrir y con el miedo estrujándole el corazón corrió junto a Shane.

—¿Estás bien? —Se arrodilló junto al licántropo, que intentaba sentarse sin parar de toser.

—Sí —respondió. Parpadeó un par de veces y sacudió la cabeza tratando de despejarse. Clavó sus ojos en William y un gruñido brotó de su pecho—. ¿Pero qué mierda ha sido eso?

William, todavía alucinado, empezó a negar de forma compulsiva.

—No tengo ni idea. Ni siquiera sé cómo lo he hecho. ¿Estás bien?

—Como si me hubiera pasado por encima un mercancías. Creo que tengo el brazo roto.

—¡Joder! Lo siento, ha... ha salido de mi mano sin más.

Shane empezó a reír mientras se sujetaba el brazo roto.

—Tú nunca dices tacos. Eso no es muy propio de un ángel, ¿no? —dijo divertido. William lo ayudó a ponerse en pie—. Dices tacos, bebes, ¿también hay sexo en tu nueva vida? Porque en la de antes... —señaló con un atisbo de espanto.

—¿Y a ti qué te importa eso? ¿Te pregunto yo qué haces con mi hermana? —replicó sin poder disimular una sonrisa azorada.

—Se te ve menos tenso que de costumbre, ventajas de estar comprometido con una chica preciosa. Aún no entiendo qué ha visto en ti —dijo Shane con un guiño.

William empezó a reír a carcajadas y miró a Shane con aprecio. Su amistad era muy importante para él por muchas razones, como en aquel momento en el que con sus bromas había conseguido restarle importancia a lo sucedido. Le dio un ligero golpe en el hombro.

—Yo en tu lugar cambiaría de tema. Aún te quedan unos cuantos huesos que puedo romperte.

Kate se dirigió en su resplandeciente coche hasta la que sería su nueva casa muy pronto. El más leve roce sobre el acelerador y aquel vehículo pasaba de cero a cien en un suspiro. Sonrió encantada, ya no tenía que ir encorvada sobre el volante mientras lo sujetaba con fuerza como si así pudiera hacer que fuera más deprisa, como cuando conducía su viejo Volkswagen.

Llegó a la bifurcación, giró a la izquierda y el corazón comenzó a latirle con fuerza. Se le encogió el estómago con la sensación de tenerlo lleno de mariposas y sus labios se curvaron dibujando una sonrisa imposible de borrar.

Se detuvo frente a la entrada y sacó las llaves del bolsillo de sus vaqueros. Su sonrisa se ensanchó mientras pensaba que no iba a costarle mucho acostumbrarse a todo aquello.

—¡William! —lo llamó al entrar. Dejó las llaves sobre la repisa de la chimenea—. ¡William! —insistió.

Subió a la planta de arriba, en el pasillo encontró un par de cajas con un matasellos inglés y no pudo resistir la tentación de curiosidad dentro. Eran algunas de las pertenencias que William tenía en Blackhill House: unos pocos libros, fotografías, un estuche con lo que parecía una colección de relojes...

Salió de la casa por la parte trasera, a través de la cocina.

—¡William! —insistió—. ¿Dónde se habrá metido?

El aire se agitó con una especie de onda expansiva que retumbó dentro de su pecho y después otra algo más fuerte, seguida de un estruendo en el bosque. Siguió esa dirección, deslizándose bajo las ramas de los árboles y saltando sobre sus raíces nudosas. Alcanzó la orilla del arroyo y la siguió con paso vacilante por culpa de los guijarros arrastrados en la última crecida.

De nuevo aquella vibración y el ruido de algo desintegrándose. Lo encontró junto a la cascada. Abrió la boca para llamarlo, pero el nombre se le atragantó. William había agitado su mano y una especie de fuerza invisible había surgido de ella, doblando ramas y troncos hasta impactar contra una roca al otro lado del arroyo. Lanzó aquella cosa una vez más, dos, y la roca quedó reducida a grava y polvo.

—Empecé a hacerlo esta mañana, sin saber cómo. Casi mato a Shane —dijo William mirándose las manos. Se giró y su cara se iluminó al contemplar a Kate.

—Llevo un rato llamándote —dijo ella un poco preocupada.

—Lo siento, debía de estar muy concentrado.

—Sí, tan concentrado que si llego a ser otra persona, ahora tu secreto ya no sería tan secreto. ¡William, podría haberte visto cualquiera!

Él esbozó una sonrisa compungida, se acercó a ella y la abrazó por la cintura.

—Me gusta que te preocupes por mí. —La besó en los labios—. Pero necesito saber cómo funciona, aprender a controlarlo. Cuanto más fuerte sea y más poderes domine, más posibilidades tendré de vencer.

—Vencer a Adrien —musitó ella desviando la mirada—. No has encontrado nada en ese diario, ¿verdad?

William negó con la cabeza.

—El diario nos condujo al viejo granero de Cave Creek, dentro había una especie de cripta. Pero si el cáliz estaba allí, ya no está, alguien se nos adelantó. La habían abierto hace poco, supongo que Adrien, por lo que no sé si lo ha encontrado o no.

—¿En el granero? Yo estuve allí con Adrien poco después de que llegara al pueblo. Estuvo rebuscando bajo las tablas del suelo.

William la soltó y se frotó la mandíbula tratando de esconder su disgusto.

—No me habías contado nada de eso.

—Es que no le di importancia —aseguró ella—, de eso hace ya varias semanas, antes de que tú volvieras.

—¿Sabes si sacó algo de allí?

Kate meneó la cabeza.

—No, al menos cuando estuvo conmigo —respondió con timidez. No quería que William se enfadara con ella, ni que esos estúpidos celos que sentía hacia Adrien volvieran a hacerle dudar de lo que sentía por él—. Eso fue al poco de llegar y desde entonces me consta que ha seguido buscando ese cáliz. ¡Y espero que lo siga buscando toda su vida! Si esa cosa no aparece, nadie saldrá herido —dijo con malestar.

William le acarició la mejilla y la besó en el pelo mientras la abrazaba.

—Kate —susurró. La mecía entre sus brazos—. Solo es cuestión de tiempo que aparezca, lo hará, así está escrito. Por eso no tengo opciones, ya no sé dónde más buscar y no puedo dejar que sea Adrien el que se haga con él. Necesito que lo entiendas, necesito que comprendas que debo hacerlo.

—Pero si te ocurre algo, yo... William, estamos planeando un futuro juntos, ¿qué pasa con eso? ¿Qué futuro nos espera si te matan?

—No va a sucederme nada, muerto no les sirvo. —Le tomó el rostro entre las manos y la obligó a alzarlo para que lo mirara a los ojos—. ¿Tan poco confías en mí? Soy tan fuerte como él.

—Pero él... —Hizo una mueca de desprecio—, él mata personas, se apodera de su esencia y eso le hace muy fuerte.

—Matar a un ser humano y arrebatarse su esencia es como un veneno para un vampiro. Esa esencia se transforma en oscuridad, en maldad. El odio, la ira, la venganza... son sentimientos de una fuerza inagotable, y si los potencias te conviertes en algo imparale; aunque también te destruyen poco a poco. Pero yo he descubierto que otros sentimientos pueden hacerte igual de fuerte, incluso más. Existe otro veneno por el que yo me dejaría dominar para siempre: mi amor por ti y el miedo a perderte. No hay nada más fuerte que eso. Contigo a mi lado soy invencible.

Kate sonrió, se puso de puntillas y lo besó en los labios. William se estremeció con un gemido y su cuerpo empezó a brillar con una tenue luz. Abrió los ojos para mirarla, cada vez eran más plateados, con pequeñas máculas azules y una pupila negra y brillante en la que podía verse reflejada. Sonrió y poco a poco recuperaron su color, ese color azul en el que adoraba sumergirse.

—Eres tan hermoso —susurró en la frente sobre su pecho.

—He temido que todos estos cambios te dieran miedo —musitó William algo inseguro.

—¡No! Aunque... —Se mordió el labio y desvió la mirada.

—¿Qué?

—Bueno, eres medio ángel. Yo siempre he creído en Dios y todo eso. ¿Técnicamente esto es un sacrilegio? El que te quiera y... te desee.

Una sonrisita burlona se dibujó en la cara de William y esta vez sus ojos se iluminaron con un destello púrpura.

—¿Me deseas? —preguntó en un tono insinuante.

Kate se ruborizó, tanto que su cara parecía una tea ardiente.

—No me hagas contestar a eso —respondió cerrando los ojos.

—Yo también te deseo —susurró él junto a su oído—. Y no me importa si es sacrilegio, técnicamente no soy un ángel.

—Técnicamente sí lo eres —dijo una voz.

Ambos dieron un respingo y, por instinto, William tiró de Kate ocultándola tras su espalda.

Gabriel, vestido completamente de blanco, estaba bajo uno de los árboles con la espalda apoyada en el tronco, partiendo ramitas con los dedos.

—¿Quién es? —preguntó Kate en voz baja.

—Gabriel —respondió William sin abandonar su postura tensa.

—Técnicamente, sí lo eres —repitió el arcángel. Se enderezó y se acercó a ellos sin prisa—. Esa parte de ti está dominando casi por completo tu naturaleza vampira. Aunque hay rasgos que serán imposibles de eliminar: el deseo de sangre y esa sombra oscura que oculta tu alma. Por lo demás, nada te diferencia de mí. —Tiró la última ramita al suelo y se sacudió las manos centrando su atención en Kate—. Por lo que sí es un sacrilegio vuestra unión. ¡Pero a quién le importa! A mí no. —Ladeó la cabeza y sonrió sin apartar la vista de ella, le

ofreció la mano.

—Kate, ¿por qué no vas a casa? Yo iré en un minuto —dijo William.

—Tranquilo, William, solo quiero tocar su mano —replicó el arcángel.

Kate salió de detrás de William y con un nudo en el estómago dejó que su mano descansara sobre la palma de ángel. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo y de golpe se relajó. El ambiente empezó a oler a tarta de manzana, después a cereas de colores como las que usaba en el colegio cuando era pequeña, a la colonia de su padre, a la crema de manos de Alice y ... a la piel de William cuando la abrazaba.

El aire a su alrededor era suave como plumas y sonrió con esa sensación de bienestar con la que despertaba después de dormir toda una noche a pierna suelta. Entonces Gabriel apartó la mano y todo se desvaneció. Abrió los ojos sorprendida, pero la mirada estupefacta de Gabriel sobre ella lo era aún más.

—Hacia tiempo que no encontraba tanta pureza en un único ser —dijo Gabriel entornando los ojos—. No cruzaste, me preguntó por qué.

—¿Cruzar? ¿Adónde? —preguntó Kate.

Gabriel sonrió con condescendencia y miró hacia la otra orilla del arroyo. Contempló los destrozos que William había provocado.

—Veo que tus poderes aparecen con rapidez. Eso es bueno. Aprende a controlarlos, hasta que no necesites pensar en ellos para usarlos.

—No es tan fácil, necesito concentrarme tanto que dejo de prestar atención a lo que me rodea, y me vuelvo vulnerable.

—Eso es porque tienes demasiadas dudas sobre ti mismo, acepta de una vez lo que eres y verás como simplemente fluyen.

Chasqueó los dedos y una llama apareció flotando en el aire. La tomó en la palma de la mano y la llama creció hasta convertirse en una bola del tamaño de una pelota. Con un rápido movimiento la lanzó convertida en una llamarada, en una larga lengua de fuego que envolvió por completo un enorme pino. El árbol comenzó a arder sin control, con un sonoro crepitar que retumbaba por todas partes, rebotando entre las piedras cada vez con más intensidad. Entonces Gabriel hizo un nuevo movimiento y el fuego desapareció como si un agujero se lo hubiera tragado. Se giró hacia William.

—Ahora tú.

William sonrió sin dar crédito a lo que acaba de ver, seguro de que jamás podría hacer algo así. Rindiéndose incluso antes de intentarlo.

—Sabes hacerlo, está en ti. Inténtalo —insistió Gabriel y esta vez su tono era imperioso.

William se apartó de Kate por miedo a dañarla y suspiró. Miró con atención el pino intacto. Inspiró un par de veces y concentró toda su atención en la palma de su mano. Nada. Gabriel se colocó a su espalda.

—No te esfuerces, relájate —el tono de su voz resultaba tranquilizador—.

Imagina esa llama y aliméntala.

—¡No puedo! —exclamó William. Se llevó las manos a la cabeza y se apretó las sienes—. Siento como si la cabeza me fuera a estallar.

—Eso es porque continuas pensando. Vacía tu mente, escucha el zumbido y libéralo —lo urgió sin mucha paciencia. Sin embargo, su voz apenas era un susurro que solo William podía oír—. ¡Vamos, William! ¿Con qué armas piensas enfrentarte a los Oscuros? ¿Cómo piensas protegerla a ella?

Los ojos de William destellaron como plata fundida, estiró el brazo y este prendió hasta el codo. El fuego le lamía los dedos enroscándose como una serpiente. Gabriel dio un paso atrás como sorprendido de que aquel ser, medio vampiro y medio ángel, tuviera tanto poder.

William observó su brazo, lo giró ensimismado, sintiendo el fuego sobre la piel. Estaba frío, retorciéndose como un gatito que busca las caricias de su dueño. Apretó los labios recreando el rostro de Adrien en su mente, y la llamarada surgió como una explosión rodeando el pino, alzándose un par de metros por encima de la copa.

—¡Bien, ahora apágalo! —dijo Gabriel.

William cerró la mano y el fuego desapareció. Dio media vuelta y enfrentó al arcángel temblando de arriba abajo.

—Enséñame más.

Gabriel soltó una risa fuerte y clara, música a los oídos de los mortales. Su piel se iluminó, sus ojos plateados brillaban como faros con algo parecido al orgullo.

—No hay nada más que pueda enseñarte. Todo está dentro de ti, necesitabas liberarlo, nada más.

—Continúas ayudándome, pero aún no me fío de ti. Porque... ¿quién me asegura que tú no quieras utilizarme al igual que ellos?

—No pierdas el tiempo disgustándome, William. Esa profecía está a punto de cumplirse y no veo que tú hagas nada para evitarlo. —Lanzó una mirada de reproche a Kate—. A veces solo hay un camino, por muy doloroso que este sea. No todos tienen salvación. —Hizo una pausa y clavó sus ojos en William—. Mata a Adrien.

Kate estaba paralizada, demasiado impresionada, incapaz de interrumpir la conversación. Se suponía que aquel ser debía ser bueno y justo, pero estaba hablando de asesinar a otra persona y le estaba pidiendo a William que lo hiciera.

William también miró a Kate, tenía el rostro desencajado y en sus ojos brillaban las lágrimas. Allí el único ángel, el único ser puro y bondadoso, era ella. Empeñada en salvar a todo el mundo.

—No hasta que no me quede más remedio —respondió sin mirar directamente a Gabriel.

—Te arrepentirás de esta decisión.

—No si aún puedo encontrar el cáliz —respondió levantando la voz.

—No hay más ciego que el que no quiere ver, William. Y tú eres dos veces ciego. Primero porque no quieres asumir que tu victoria depende de si Adrien vive o muere, y segundo porque lo que buscas nunca ha estado oculto —le espetó con ira. Dio media vuelta con intención de marcharse.

William lo siguió cortándole el paso.

—¿Qué quieres decir? ¿Sabes dónde está el cáliz? ¿Está aquí? Venga, necesito un poco de ayuda.

Gabriel no contestó y se limitó a sostenerle la mirada sin ninguna emoción.

—Ya. Lo olvidaba, no puedes intervenir —continuó William con tono mordaz. Lo miró de arriba abajo con desdén y dio media vuelta, dejándolo allí plantado. Tomó a Kate de la mano y enfíló la vereda de vuelta a la casa.

—¡William! —gritó Gabriel. El vampiro se detuvo y lo miró por encima de su hombro—. Te estás quedando sin tiempo. Tienes que acabar con él, no hay otra forma y lo sabes.

William continuó caminando, mientras mascullaba palabras en una lengua que ni sabía que conocía. Por más que intentaba convencerse de lo contrario, sabía que Gabriel estaba en lo cierto, y tenía esa certeza desde el instante en que supo que la profecía hablaba de Adrien y él. Uno de los dos debía desaparecer para que nunca llegara a cumplirse.

—¡William, para, William! —exclamó Kate forcejeando para que la soltara—. ¿Vas a hacer lo que te ha dicho? ¿Vas a enfrentarte a Adrien?

—Kate, no voy a hablar de esto ahora —replicó exasperado.

—¡Os están usando a los dos, en alguna otra parte otro de esos ángeles estará incitando a Adrien para que vaya a por ti! ¿No lo ves?

—No quiero hablar de esto ahora —repitió, mirando a todas partes menos a ella. Su cabeza bullía en ese momento con un montón de pensamientos confusos.

—Sé que Adrien no quiere hacerte daño, y tú tampoco quieres hacerle daño a él. Busquemos alternativas.

—¡Kate! —gritó. Respiró hondo, una inspiración, dos. Intentó hablar de una forma más calmada—. No quedan alternativas, he intentado cumplir mi promesa, creer que Adrien de verdad es otra víctima en esta locura. Pero se acabó, si no logro encontrar ese cáliz en los próximos días, Adrien puede darse por muerto. Así que vas a tener que elegir, él o yo.

Kate bajó la vista hacia el suelo y contempló su precioso anillo de compromiso. No había cabida para las dudas. Si tenía que elegir salvar a alguien, ese sería William, por encima de todo el planeta.

—Siempre tú —respondió.

William suspiró aliviado, la estrechó con fuerza escondiendo el rostro en su pelo y se desvaneció con ella en brazos.

Llamaron a la puerta justo cuando se materializaban en el amplio salón. El

timbre sonó otro par de veces con insistencia.

—¿Quién será? —preguntó ella.

William aguzó sus sentidos, percibió el olor, el sonido de sus respiraciones y el tono de sus voces susurrando tras la puerta.

—Tienes visita —le dijo a Kate arqueando una ceja. Ella se encogió de hombros con expresión interrogante—. Esas amigas del instituto, Emma y ... esa tan...

—¿Cotilla? —termino de decir Kate. William asintió, sonriendo con una disculpa en la cara—. Carol, se llama Carol.

Otra vez el timbre.

—Deberías abrir, puede que sea importante.

Kate se dirigió a la puerta, agarró el pomo y compuso una enorme sonrisa antes de abrir. Carol y Emma abandonaban en ese momento la entrada, convencidas de que en la casa no había nadie. Se giraron al oír un ruido y la sorpresa transformó sus caras.

—¡Así que es cierto! —exclamó Carol.

—Quiere decir... —intervino Emma mientras fulminaba con la mirada a Carol—, que tu abuela nos dijo que estarías aquí.

Carol asintió de forma compulsiva sin dejar de sonreír. Sus ojos brillaban muy abiertos, se moría por empezar a hacer preguntas. Kate la conocía lo suficiente como para saber que no se rendiría hasta conocer el último detalle, y quizá fuera lo mejor. Heaven Falls era un pueblo pequeño donde todos conocían la vida de todos, un rumor o un cotilleo solía tardar como mucho una mañana en ser de dominio público. Por lo que la noticia de su compromiso ya debía de ser tema de conversación entre los habitantes del pueblo.

—¡Dios mío, mira su mano! —exclamó Carol sin poder contenerse. Corrió hasta Kate y le tomó la mano—. Es un anillo de compromiso precioso, Kate.

—Gracias.

—Así que todo lo que se rumorea es cierto. —Carol soltó un sonoro suspiro y miró a Kate—. ¿Y cuándo pensabas contárselo a tus amigas?

Kate forzó una sonrisa de disculpa.

—Esperaba el momento oportuno.

—Carol, estamos aquí para pedirle un favor a Kate, no para que te cuente su vida que, por si no lo sabías, es privada —intervino Emma.

—En el pueblo circulan un montón de versiones, y algunas son realmente raras. Alguien tiene que contar la verdad y acallar los rumores.

—¿Alguien como tú? —preguntó Emma con una sonrisa sarcástica.

Carol puso los ojos en blanco y enlazó su brazo al de Kate. Con una habilidad pasmosa, se las arregló para colarse dentro de la casa.

—¡Quién lo iba a decir, tú a punto de casarte, y con ese chico tan guapo! ¡Madre mía, y esta casa es preciosa! —Recorrió con los ojos toda la estancia—.

Debe de haber costado una fortuna.

—¡Carol! —Emma le tiró del brazo—. No tienes remedio.

—Es que es tan emocionante. ¡Kate se casa! —De repente se dejó caer en el sofá, asintiendo como si ya supiera antes de tocarlo que iba a ser muy cómodo—. ¿Te lo pidió de rodillas? Tienes que contarnos cómo fue.

William descendió la escalera con una caja en brazos. Las chicas enmudecieron y se ruborizaron cuando se detuvo frente a ellas con una enorme sonrisa.

—¡Vaya, qué agradable sorpresa! —dijo él. Dejó la caja sobre la mesa y rodeó los hombros de Kate con el brazo—. ¿Y a qué se debe esta visita?

Carol se puso en pie sin poder apartar los ojos del vampiro. Parecía como si de pronto su extensa y prolífica cháchara se hubiera reducido a escuetos monosílabos.

—Queríamos pedirle un favor a Kate, y a ti también, si no tienes inconveniente. Necesitaremos toda la ayuda posible —dijo Emma.

—Por supuesto, ¿de qué se trata? —preguntó William con curiosidad.

—Supongo que sabréis que, con las últimas lluvias, el tejado del local donde se guardaban las carrozas para el desfile quedó destrozado. Y que las carrozas también han quedado inservibles —les explicó Emma; Kate asintió—. Mi familia va a celebrar una fiesta benéfica para recaudar fondos, y cualquier colaboración nos vendría bien. Había pensado que podrías ayudarnos con la comida y la decoración del interior. William también podría ayudar a los chicos con las mesas y la iluminación de fuera. Aceptamos cualquier contribución por pequeña que sea, es por una buena causa.

—Sí —respondió Kate entusiasmada—. Cuenta con nosotros, ¿verdad? —preguntó clavando sus ojos verdes en William.

—Por supuesto —respondió él.

—¡Genial, os espero a primera hora de la mañana en mi casa!

—¿Te importaría recordarme qué tengo yo que ver con una fiesta benéfica y con las familias fundadoras de este pueblo? —preguntó Shane desde el asiento trasero del Porsche.

Desde que habían pasado a buscarlo por su casa, no había dejado de refunfuñar.

Kate se giró para mirarlo a los ojos.

—Nada, pero eres fuerte y se te dan bien las chapuzas. Y harás esto por mí, ¿verdad? —respondió con ojitos tiernos.

Shane no contestó y se dejó caer sobre el asiento esbozando una sonrisa torcida.

—Gracias —vocalizó ella y le lanzó un beso—. A ti también, Jared, gracias por echarnos una mano.

—No tenía nada que hacer —respondió el chico contemplando el paisaje.

Tomaron un camino asfaltado a las afueras del pueblo. Unos tres kilómetros más adelante, el camino terminaba a los pies de una enorme verja abierta de par en par, por la que no paraba de entrar y salir gente. Aparcaron a la sombra de un frondoso seto y continuaron andando hasta la casa, una construcción blanca de estilo sureño de grandes columnas dóricas también blancas, rodeada de árboles centenarios, arbustos decorativos y rosales. Emma salió a recibirlos, agradeciéndoles por millonésima vez que hubieran acudido. Pronto asignó a los chicos una lista interminable de tareas y se llevó a Kate al interior de la casa.

—¿Qué te parece si me ayudas en la cocina? Hay un centenar de pastelitos que hornear, kilos de limones que exprimir y un montón de cosas más —dijo Emma en tono aburrido.

—¡Claro!

—Gracias por haber venido, de verdad, y gracias por haber traído a tus amigos. Peter, Justin y los demás llevan por aquí toda la mañana, pero no dejan de perder el tiempo con sus tonterías. Para ligar deberían haber elegido otro lugar. —Puso los ojos en blanco, mientras se enfundaba unos guantes de cocina.

—No te preocupes, Emma, verás como todo sale bien.

—¡Mirad quién ha venido! —exclamó la señora Stanford, la madre de Emma, desde la puerta—. ¡Kate, mi niña, me alegro de verte! —Se acercó con

una gran sonrisa y la abrazó presionando su mejilla ligeramente con la de ella—. Emma ya me ha contado. Tus padres estarían orgullosos. Una beca completa para Harvard y te has prometido. Me alegro mucho de que las cosas te vayan tan bien.

—Gracias, señora Stanford —respondió Kate.

—¿Me dejas verlo? —preguntó la mujer señalando el anillo. Kate alzó la mano completamente ruborizada—. ¡Un diamante azul, es precioso! Ese chico debe de quererte mucho.

Kate se limitó a sonreír. Entonces hubo un estruendo en la entrada y la señora Stanford se apresuró a salir para ver qué ocurría.

—Quizá no debí pedirte que vinieras. Eres la novedad y todo el mundo va a andar tras de ti para cotillear —dijo Emma en voz baja, consciente de que todas las personas que había en la cocina estaban pendientes de ellas.

—No te preocupes. Bien, ¿por dónde empiezo?

Shane terminó de comprobar la última bombilla y descendió de la escalera limpiándose el sudor de la cara con la camiseta. El sol estaba en lo más alto y hacía un calor insoportable. William apareció con un montón de antorchas decorativas y le pasó unas cuantas al licántropo. Las colocaron alrededor de la fuente y a lo largo de toda la baranda que rodeaba la planta baja de la casa. Después siguieron a la señora Stanford hasta el salón, de allí cogieron unas cuantas cajas con objetos que la mujer quería guardar en la biblioteca por miedo a que pudieran romperse durante la fiesta. Tras eso, por fin habrían terminado.

—Podéis dejarlas allí, junto a la vitrina, así nadie tropezará con ellas —dijo la señora Stanford—. No sé cómo agradeceros todo lo que habéis hecho. El jardín ha quedado precioso.

—No tiene que darnos las gracias, ha sido un placer ayudar —respondió William.

Dejó la última caja en el suelo y se enderezó sacudiéndose las manos. Apartó el pelo de sus ojos con un movimiento de cabeza y sonrió a la señora Stanford, que parecía encantada de tenerlos allí.

—Espero que la fiesta sea todo un éxito y que acuda mucha gente con la cartera llena de dólares —dijo ella con una mueca divertida—. Me reservaréis un baile, ¿verdad? El señor Stanford es un soso con dos pies izquierdos.

La mujer guardó silencio, esperando una respuesta galante por parte de William, pero este se había quedado paralizado mirando por encima de ella algún punto en la pared.

—No es que yo sea un gran bailarín, pero será un placer bailar con usted —intervino Shane desviando la atención de la mujer.

—¡Oh, gracias! Eres un amor.

Entonces William cruzó la habitación a toda prisa y se detuvo frente a la pared, junto a la puerta. Observó con atención las fotos enmarcadas que colgaban de ella. No tenían muy buena calidad y eran en blanco y negro. Recortes de un periódico, dedujo con un molesto martilleo en la cabeza. Por un momento le flojearon las piernas y tuvo que apoyarse en la pared.

—¿Conoce este lugar?—preguntó tratando de parecer tranquilo.

La mujer se acercó un poco y miró la foto que William señalaba.

—¡Ah, sí, es la sala de trofeos de instituto! Un pequeño museo donde se guardan todos los trofeos conseguidos por el equipo de fútbol y el de natación. También los premios de ciencias y el literario estatal; el instituto lo ha ganado tres años seguidos—explicó la señora Stanford, atusándose el pelo.

—Pero esto de aquí no es un trofeo—replicó William señalando un punto de la fotografía, y su mirada se encontró con la de Shane. El licántropo abrió los ojos como platos en cuanto comprendió qué había descubierto el vampiro.

La señora Stanford se acercó un poco más, metió una mano en uno de los bolsillos de su vestido y sacó unas gafas. Se las puso con un mohín que le hizo arrugar la nariz y miró detenidamente la fotografía.

—No, por supuesto que no. Esas son las joyas de nuestro pequeño museo. —Se quitó las gafas y contempló a los chicos, encantada de haber encontrado a dos oyentes tan interesados en la historia del instituto que dirigía—. Cuando se construyó el edificio, en las excavaciones apareció una cripta con objetos que pertenecieron a nuestros padres fundadores. El Ayuntamiento, junto con la Asociación de Descendientes de las Familias Fundadoras, decidió crear en el instituto un pequeño museo que albergara todos esos objetos. Por desgracia, hace años que ninguno de nuestros estudiantes se interesa por esa habitación, el único que entra allí es el conserje.

William se revolvió el pelo, lanzó una mirada significativa a Shane y no pudo evitar sonreír. Le costaba creer que fuera tan fácil, que al final todo se redujera a un simple golpe de suerte, y allí estaba, al alcance de su mano. Era posible que aquel disparate de la profecía hubiera llegado a su fin y sin consecuencias. Volvió a mirar la fotografía sin dar crédito a su buena suerte.

Al salir de la biblioteca, William le dio las llaves del coche a Shane.

—Ve poniéndolo en marcha, voy a buscar a Kate.

Corrió hasta la cocina, no estaba allí, tampoco en el resto de habitaciones de la planta baja. Salió fuera y rodeó la casa a la carrera. Se apartó el pelo de la cara con la mano, mientras giraba sobre sí mismo intentando divisarla en algún rincón del jardín. Nada. Cerró los ojos y agudizó sus sentidos. Era capaz de encontrarla entre un millar de personas con los ojos cerrados, como si su cerebro fuera un GPS. Pero estaba tan nervioso que le costaba concentrarse. Cerró los ojos y lo intentó de nuevo. Su risa llegó hasta él como un dulce murmullo, sonrió a su vez, jamás se cansaría de oírla.

Corrió hacia el invernadero. Entró en el pequeño edificio acristalado y encontró a Kate junto a Carol y Emma, podando unas flores que iban colocando en un cesto.

—¡Kate! —la llamó, y forzó una sonrisa ante el efusivo saludo de Carol.

Kate dejó las flores y sus tijeras sobre la mesa, y se acercó algo extrañada.

—¿Va todo bien?

—Tengo que marcharme —respondió.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Ha surgido algo, nada que deba preocuparte.

Kate frunció el ceño y se pegó a él para hablar en voz baja.

—¿Pasa algo malo? —preguntó casi con miedo.

Emma dio un grito y algo metálico chocó contra el suelo.

—¡Mierda, me he cortado! —exclamó la chica agitando el dedo, y le dio una patada a las tijeras—. Lo siento —se disculpó con una tímida sonrisa.

El olor de la sangre colmó el olfato de William, el estómago le dio un vuelco y las venas comenzaron a arderle. Intentó no mirar en aquella dirección, pero sus ojos parecían tener iniciativa propia y no se apartaban de la mano de la chica.

—Todo está bien, de verdad. Nos vemos en casa más tarde y te cuento, ¿vale? —respondió.

Le rozó la frente con los labios y dio media vuelta lanzando una mirada fugaz a Emma, Carol presionaba el corte con un pañuelo y reían; por el contrario, él estaba a punto de sufrir un ataque.

—¡William! —ella lo agarró del brazo y se plantó delante cortándole el paso.

—Kate, esa chica está sangrando —le susurró muy inquieto.

—Solo quiero saber qué está pasando.

—Creo que lo he encontrado —susurró—, en ese pequeño museo que hay en el instituto.

Los ojos de ella se abrieron como platos.

—¿Te refieres a...?

Él asintió.

—Todo este tiempo... y yo... —empezó a decir ella. Un gesto de determinación endureció sus rasgos y tiró del brazo de William empujándolo a la salida—. Vamos.

Él no se movió, ni cuando ella tiró por segunda vez con más fuerza.

—Tú te quedas —replicó. Ella empezó a negar con la cabeza—. Kate, no puedes ayudarme en esto y tampoco puedo preocuparme por ti. Estaré mejor si te vas a casa y me esperas allí. ¡Por favor!

Ella finalmente le soltó el brazo y asintió con disgusto.

—Terminaré esto y le pediré a Carol que me lleve.

—Nos vemos en casa —susurró él. Volvió a besarla y salió del invernadero.

Kate se quedó mirando la puerta, el corazón le latía muy deprisa. Aquel

objeto había estado durante años a apenas unos metros de ella y nunca se había fijado en él. Si lo hubiera hecho, solo un mes antes, habrían podido evitarse muchas preocupaciones, angustias, y también discusiones.

—Kate, voy a acompañar a Emma para que se lave la herida. ¿Puedes terminar tú con esto? —preguntó Carol a su lado. Kate asintió esbozando una sonrisa poco convincente—. ¿Estás bien? ¿Has discutido con William?

—¡No! Problemas con las tuberías, ya sabes, las casas que llevan tanto tiempo cerradas... —Se encogió de hombros.

—¿Qué me vas a contar! La primavera pasada, cuando regresamos a la cabaña que tenemos en Vermont, una familia de castores se había llevado medio porche.

Kate se echó a reír al imaginarse la escena.

—Iros, yo termino de cortar las flores —dijo ella y las despidió con un gesto de la mano.

Tomó las tijeras y empezó a corta las últimas margaritas. Hacía la labor como lo haría un autómata, su mente se encontraba muy lejos de allí. Un sentimiento de euforia comenzaba a calentarle el pecho, un hormigueo extraño que la obligaba a sonreír sin parar. Había terminado y nadie había sufrido, William estaba bien, Adrien estaba bien, todos estarían bien a partir de ahora. La profecía no se cumpliría y las cosas continuarían como hasta ahora. William llevaría ese cáliz a casa y ella misma lo reduciría a polvo, para después esparcirlo desde el pico más alto de las Montañas Blancas. Así nadie podría reconstruirlo jamás, se desvanecería en el aire como si nunca hubiera existido.

Colocó las flores cuidadosamente en el cesto. Miró la hora en su teléfono, ya habían pasado cuarenta minutos y empezaba a sentirse rematadamente ansiosa.

Miró hacia el techo de cristal. El sol lo atravesaba sin compasión y el ambiente era casi irrespirable por culpa de la humedad. Se pasó una mano por la frente para secar el sudor que ya le escurría por el cuello, diminutas gotas que le hacían cosquillas en la nuca. Se acercó a una de las ventanas y tiró de la palanca para abrirla, estaba atascada. Sopló agobiada y regresó a por el cesto. Una brisa helada la hizo estremecerse y se encogió por instinto.

—¿Mejor? —preguntó una voz tras ella.

Kate se giró de golpe y clavó su mirada en aquellos ojos negros que la contemplaban demasiado cerca. Se le erizó la piel y un escalofrío le recorrió la espalda. Adrien dio un paso atrás y sonrió. Iba vestido de negro de arriba abajo, y se había cortado el pelo. Su aspecto era siniestro, a la vez que increíblemente atractivo. Y parecía haber aumentado de tamaño desde la última vez que lo vio.

—Puede que muy fría —continuó Adrien. Otra ráfaga de aire azotó a la chica y esta vez era más cálida, suave, una delicia.

Kate se apartó el pelo revuelto de la cara.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Quería verte, darte mis felicitaciones por el compromiso —respondió con un atisbo de enojo.

Kate enrojeció y desvió la mirada. Podía sentir los ojos de Adrien clavados sobre ella y eso la hacía sentirse muy incómoda, como si su instinto la estuviera avisando de que algo no marchaba bien.

—Adrien, nunca te mentí, siempre fui sincera sobre mis sentimientos por William y sobre lo que podías esperar de mí.

—Tranquila, no estoy aquí para reprocharte nada. Siempre he sabido que entre tú y yo no podía haber nada, aunque eso no evita que me duela un poco. Me sigues gustando.

—Deberías marcharte, William y Shane andan por aquí, no quiero que os enfrentéis.

—¿Te sigues preocupando por mí?

—¡Por supuesto! Nunca he dejado de preocuparme por ti, eres mi amigo.

—La última vez que nos vimos dijiste que no podíamos ser amigos.

—Dije que no deberíamos comportarnos como amigos cuando evidentemente no podemos serlo, no que no quisiera ser tu amiga. —Hizo una pausa y le dedicó una sonrisa—. A pesar de todo lo que sé sobre ti, no puedo verte de otra forma —admitió.

—Estás convencida de que hay algo bueno en mí, ¿verdad?

—Sí, sé que no eres tan malo como me quieres hacer creer. Pero también sé que tiene que haberte ocurrido algo terrible para hacer las cosas que estás haciendo y las cosas que planeas.

De repente se puso tenso.

—Puede que al principio fuera así, pero ahora ya no estoy tan seguro, quizá este sea mi auténtico rostro. Quizá dormía en mí esperando a que fuera despertado.

—¿Y quién lo despertó?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó él. Kate asintió con la respiración entrecortada, y él continuó—. Puede que sea lo justo. Sí, tienes derecho a saberlo.

De repente la sujetó por la cintura y se desmaterializó con ella en brazos.

Kate sintió los guijarros bajo sus pies, abrió los ojos y durante un instante el reflejo del sol destellando en el agua la cegó; aun así, reconoció la pequeña playa. Apartó la mirada con el ceño fruncido. Entonces comprobó que Adrien la mantenía abrazada y miraba fijamente sus labios. Puso las manos sobre su pecho y lo empujó un poco para apartarlo. Él acabó soltándola muy despacio, como si se hubiera tenido que obligar a hacerlo. La miraba sin parpadear, ni respirar, completamente inmóvil.

—¿No había un sitio más apartado en el que hablar? —preguntó Kate con ironía.

—Dime adónde quieres ir y estarás allí antes de que puedas cerrar los ojos.

Kate sabía que lo decía en serio, el Adrien sarcástico y divertido no estaba allí con ellos, podía verlo en su cara, en sus ojos.

—¿Qué te parece si caminamos un poco entre los árboles? Aquí hace mucho calor —sugirió ella.

Empezó a andar y sus pies resbalaron sobre la primera mancha de hierba entre los guijarros. Abrió los brazos intentando mantener el equilibrio. Adrien apareció a su lado tendiéndole la mano.

—No hay nada malo en que me cojas la mano —dijo él cuando vio que dudaba—. Me lo agradecerás si vuelves a resbalar.

Kate sonrió y puso su mano sobre la de él. Continuaron caminando por el sendero.

—Supongo que William te habrá contado todo lo que ha descubierto sobre mí —dijo él.

—No sé si todo. Lo cierto es que no podemos tener una conversación en la que aparezca tu nombre sin acabar discutiendo. —Oyó cómo Adrien reía por lo bajo—. ¿Qué te resulta tan gracioso?

—Que tu novio tenga tanto miedo de lo que puedas sentir por mí. ¿Tiene motivos para estar tan asustado?

—¡Adrien, por favor!

—Lo siento, no he podido resistirme. Me gusta cómo frunces los labios cuando te enfadas.

—Me has traído aquí por otro motivo —le recordó ella, y le dio un apretón cariñoso en la mano.

Adrien se quedó mirando sus manos entrelazadas unos segundos. Entonces suspiró y la soltó, alejándose unos pasos de ella. Se apoyó en un árbol y la observó con expresión cansada, mientras en su mente parecía haber algún tipo de conflicto que requería un gran esfuerzo de concentración por su parte.

—Tienes razón. Te he traído aquí por otro motivo y mereces saber cuál es, es lo mínimo que puedo ofrecerte.

Kate se apoyó en otro árbol de cara a él. No sabía por qué, pero tenía la impresión de que las palabras de Adrien escondían algún tipo de doble sentido. Se lo decía el nudo de su estómago, y que el vampiro parecía cada vez más sombrío mientras la miraba.

De repente él se alejó unos pasos y se quedó mirando algún punto en el paisaje de espaldas a Kate.

—Nací en 1925 en Le Havre, al norte de Francia. Siempre he sabido la verdad sobre mí, que mi madre era uno de los últimos descendientes de Lilith que sobrevivían, y que inexplicablemente yo había nacido humano. Sobre mi padre, ella no tenía mucho que decir. Lo conoció una noche en París, por aquel entonces ella vivía en la ciudad y todas las noches iba hasta el Louvre para pasear por sus

salas... Le encanta el arte, sobre todo el romanticismo. En esos años habían llegado muchas obras de ese estilo al museo, que ella no se cansaba de admirar.

» Una noche mi padre se le acercó. Ella solo recordaba que era increíblemente guapo, elegante y refinado. Inteligente hasta rayar el decoro, solía decir ella, y eso le gustaba. Mi madre también es muy inteligente. —Miró por encima del hombro a Kate, ella estaba completamente concentrada en él—. También sabía que no era humano. Tampoco un vampiro, y cuando le preguntaba al respecto, él se limitaba a decir que era la mitad de su alma y su corazón. A ella en el fondo no le importaba quién fuera, la trataba como a la flor más delicada, y mi madre siempre ha sido una romántica.

» Se encontraron varias veces como si fuera cosa del azar. La primera en el Louvre, la segunda dando un paseo en barco por el Sena, y hubo más. Poco después él desapareció y mi madre ni siquiera sabía su nombre, mucho menos un apellido o una dirección en la que poder encontrarlo y decirle que esperaba un hijo. Crecí humano, temiendo a los humanos. Los vampiros del aquelarre de mi madre eran mi única familia. Después vino mi hermana, la encontramos cuando yo tenía cinco años, en las cloacas de la ciudad donde la habían transformado y abandonado. Mi madre se ocupó de ella y mi vida estuvo completa. Cecil... haría cualquier cosa por mi hermana. Años después, un grupo de Anakim llegó a la ciudad. Sí, yo ya los conocía —dijo al ver la cara de sorpresa de Kate. Se giró por completo hasta quedar frente a ella—. Nos encontraron a Cecil y a mí. Nos encantaba correr por la playa y los Nefilim debieron de pensar que me perseguía, porque se lanzaron a por ella ignorándome por completo. Después solo sé lo que me contó Cecil. Algo dentro de mí despertó, cambié y probé la sangre de uno de aquellos desgraciados, los destrocé y desperté convertido en vampiro».

Kate se acercó y colocó una mano sobre su hombro, la otra en su mejilla, y lo abrazó. Adrien ni siquiera se movió. Se moría por devolverle el abrazo, pero sabía que eso sería un acto miserable, no con lo que vendría después. La apartó muy despacio y se alejó unos pasos mientras continuaba con su relato.

—Hace un par de años comencé a cambiar de nuevo, perdí a alguien y creo que ese fue el detonante. Empecé a hacer cosas, movía objetos, me elevaba en el aire... Entonces él apareció, mi padre, Mefisto, capitán de los ejércitos oscuros. Me arrebató a mi madre y a Cecil, y me dejó muy claro que, si quería recuperarlas, debería jugar a un pequeño juego. ¡Con esa mierda del no puedo intervenir, casi ha conseguido que me vuelva loco! —exclamó exasperado—. Una pista detrás de otra, señales imposibles de encontrar, hasta que al final logré averiguar qué quería. He intentado negarme varias veces, pero él se cabreaba y ellas pagaban las consecuencias.

» He hecho cosas horribles, cosas de las que no sé si me arrepiento. Pero que me han hecho fuerte, carente de debilidades, por eso he podido llegar al final y

soportar toda esta basura. Y ahora aquí estoy, a punto de terminar por fin este juego infernal y de poder recuperarlas; aunque lo que tendré que sacrificar me duela tanto como perderlas a ellas» .

—Es peor de lo que imaginaba —musitó Kate—, y entiendo lo desesperado que debes estar, Adrien. Pero no puedes seguir adelante. Si William supiera esto, él, su familia, los Solomon... todos te ayudarían a rescatarlas. Esta historia puede terminar bien.

—¡Y ganaríamos, seguro! Nosotros contra el favorito de Lucifer. —Movi6 la cabeza de un lado a otro, mientras esbozaba una sonrisa sarcástica y amarga—. Kate, el infierno no es un lugar, Mefisto es el infierno. Y cuando le dé lo que necesita y ellas estén a salvo, seré yo quien se encargue de él, solo yo.

—Te entiendo, y siento mucho todo lo que te ha ocurrido, pero la profecía no va a cumplirse. William ha encontrado el cáliz y lo va a destruir.

Adrien se giró, clavó su mirada en Kate y esbozó una sonrisa arrogante.

—El cáliz ya no está en el instituto, Kate. Lo tengo yo.

Kate palideció.

—¿Tú? ¿Cómo...? —Tomó una bocanada de aire—. No te entregará su sangre.

—Estoy seguro de que lo hará, ¿y sabes por qué? Porque es igual a mí, y cuando tenga que elegir, elegirá aquello que ama por encima de todo sin importarle lo que le ocurra al resto del mundo. Tal y como yo he hecho, aunque esa elección vaya a romperme el alma para siempre. —Sus ojos brillaban con mucha intensidad, como si estuviera conteniendo las lágrimas—. Lo que tengo que hacer va a matarme —dijo con el rostro desencajado. Dio un paso hacia ella y le acarició la mejilla—. Eres tan cálida, estás tan llena de vida.

Kate se encogió con un mal presentimiento.

—¿Qué es lo que tienes que hacer, Adrien?

—Lo siento mucho.

—¿Qué es lo que tienes que hacer? —gritó apartándolo de un manotazo. Empezó a caminar hacia atrás, alejándose de él.

—Si te sirve de algo, va a dolerme mientras viva, más de lo que te dolerá a ti. Las puntas de sus colmillos destellaron entre sus labios.

—¡Oh, Dios mío, vas a...! No, por favor, no, te lo suplico, Adrien.

—No tengo otra opción, es la única forma de recuperar a mi familia.

—No lo hagas.

—Él las matará, en cambio para ti será un nuevo comienzo. Si cuando la maldición se rompa, el mundo cambia, tú serás el depredador, no la presa. Estarás a salvo.

—¡Por favor, por favor, jamás podré vivir así, no podré vivir así!

—No es tan malo —dijo él a modo de consuelo.

—¿De verdad crees que William romperá la maldición por mí? No lo hará —

le gritó.

—Sí lo hará, eso es lo único que me consuela, que él te salvará.

—Tendré que dejar a Alice, a mis amigos, mi vida. Me lo arrebatarás todo.
¡Maldito seas, Adrien, y yo también tengo una familia!

—Habrá otra vida, te acostumbrarás.

—¡No, no, esto no está pasando! —Dio media vuelta y echó a correr.

—Sabes que no sirve de nada que hagas eso —dijo él en la distancia y su voz ya no era tan dulce.

Kate sabía que tenía razón, que acabaría atrapándola, pero era incapaz de dejar de correr. Su instinto de supervivencia era demasiado fuerte. Adrien surgió de la nada frente a ella. Frenó en seco.

—Así será más doloroso, para los dos —insistió con tono resignado.

Kate giró y empezó a correr en sentido contrario.

—Kate, hazme caso, necesitare toda mi concentración para detenerme a tiempo.

—Y si no, qué, ¿me matarás como a todos los que has matado hasta ahora?

—No quiero hacerte daño.

—Pues deja que me vaya.

—No puedo hacerlo.

Kate se giró con un sobresalto hacia la voz y, sin darle tiempo a reaccionar, él la empujó haciéndola caer de espaldas. Cayó sobre ella antes de que tocara el suelo y la sujetó con su cuerpo contra la hierba. Kate empezó a retorcerse y a golpearlo en el pecho con los puños, pero él no se movió ni un milímetro. La aferró por las muñecas y le puso los brazos sobre la cabeza.

—¡Y tú dices que me quieres! —le espetó ella.

Adrien recorrió su rostro con la mirada, el deseo por ella y por su sangre se agitaban en su cuerpo como un látigo. Le acarició la mandíbula con la nariz.

—Creo que me enamoré de ti en el mismo instante en el que chocaste conmigo en aquella acera. Te has metido tan dentro de mí...

La besó en las mejillas, secando con sus labios las lágrimas que rodaban por ellas, y sin pensarlo la besó en la boca. Por un momento temió que no podría hacerlo. No debía dilatarlo más o no sería capaz. Sus ojos se tiñeron de rojo, sus colmillos se alargaron y suplicó, sin saber muy bien a quién, poder detenerse a tiempo.

William volvió a frotarse el esternón. De pronto tuvo la extraña sensación de que no podía respirar, algo absurdo después de llevar más de un siglo sin necesitar el aire.

—¿Estás bien? —le preguntó Shane.

—Sí, debe de ser este maldito tatuaje, cuando Gabriel anda cerca me arde.

—¿Está por aquí? —miró a través de la ventanilla y recorrió con la mirada el aparcamiento del instituto.

William cerró los ojos y escuchó.

—No le percibo —susurró desconcertado—. Da igual, tardaré un segundo. —Cruzó una mirada significativa con Shane y sonrió. En cuanto tuviera el cáliz en las manos, todo terminaría.

Se desmaterializó dentro del coche y volvió a tomar forma dentro de la sala de trofeos del instituto. Reconoció la vitrina de la fotografía y corrió hacia ella. Se quedó petrificado frente al cristal, con los puños apretados y temblorosos mientras la presión se acumulaba dentro de él haciendo estragos. No estaba, el cáliz no estaba allí, una marca circular limpia de polvo era todo el rastro que quedaba del objeto.

Contempló su reflejo en el cristal y unos fieros ojos plateados con motas azules le devolvieron la mirada. No tenía ninguna duda de quién tenía el cáliz y cuál sería su siguiente paso, así que, ¿por qué no ponérselo fácil? Adrien no tendría que ir a buscarlo, porque sería él el que iría a su encuentro, con una daga en cada mano.

Se le doblaron las rodillas y tuvo que apoyarse en el mueble con una mueca de dolor. Algo no iba bien y no tenía que ver con su enojo por haber perdido el cáliz. Tragó saliva y le supo amarga, a bilis. Volvió a masajearse el pecho, en círculos, tratando de aliviar aquella sensación de miedo. Se desmaterializó y apareció junto al coche, tuvo que apoyar las manos en el capó para no desplomarse. Shane se bajó del Porsche a toda prisa.

—¿Qué ha ocurrido, dónde está el cáliz? —preguntó.

—Adrien ha sido más hábil y rápido —respondió con otra mueca de dolor.

—¡Mierda! —masculló dando una patada a una lata en el suelo. Entonces se percató de lo mal que estaba William, tenía la palidez y el rictus de un enfermo

—. Tranquilo, no dejaremos que se salga con la suya —dijo poniendo una mano en su hombro—. Ese tío no sabe con quién se la está jugando.

—Lo sé, puede darse por muerto —suspiró de forma entrecortada—. No es eso lo que me tiene así. Algo no va bien, Shane.

—¿A qué te refieres?

—Es un presentimiento, estoy aterrado y no sé por qué.

—¿Te había ocurrido antes?

—No —respondió con la mano en el pecho—. Tengo que hablar con Kate.

Sacó el móvil de su bolsillo y marcó. Esperó diez tonos y colgó. Volvió a marcar y una voz que no era la de ella contestó al otro lado.

—¿Emma? ¿Dónde está Kate?

—No lo sé, la dejé en el invernadero, pero hace un rato fui a buscarla y ya no estaba allí. La verdad es que me ha extrañado bastante.

—¿Y no la has buscado?

—Pensé que os habríais escondido un rato —dijo con tono azorado—. Iré a buscarla. ¿Crees que está bien?

—Sí, seguro que anda por ahí. En cuanto la veas, dile que me llame —respondió con toda la calma que pudo. Colgó, fue hasta el maletero y cogió un par de dagas, se las guardó a espalda, bajo la camiseta. Miró a Shane un instante—. No me gusta esta sensación.

Condujo de nuevo hasta la casa de los Stanford. Desmaterializarse hubiera sido más rápido, pero estaba teniendo serias dificultades para concentrarse. Aún no conseguía hacerlo de forma espontánea, sino que tenía que abstraerse por completo y pensar únicamente en el salto. En ese momento ni siquiera era capaz de rastrearla, no podía sentirla en ninguna parte. Comenzó a desesperarse y aquel presentimiento no hacía más que aumentar. Entró en el invernadero, el único olor era el de las flores y apenas un recuerdo diluido del perfume de Kate. Se llevó las manos a la cara y se masajeó la mandíbula con fuerza.

—Vamos, Kate, dime dónde estás, dame una señal, solo necesito una señal —susurró, cada vez más convencido de que algo le había pasado, y el miedo a esa certeza era tan insoportable que creyó que iba a volverse loco—. Soy un maldito ángel. Está dentro de mí, solo necesito liberarlo —dijo para sí mismo, recordando las palabras de Gabriel.

Cerró los ojos, deseando sentir el intenso dolor que le taladraba la cabeza cuando se ponía en marcha el mecanismo de sus poderes. Abrió los ojos de golpe y se evaporó en el aire con un crujido que se asemejaba al impacto de un rayo en la tierra.

Gritó su nombre en cuanto sus pies se posaron sobre el manto de acículas secas de un pino. Empezó a correr, el gemido había surgido de algún lugar al este. Cruzó de un salto la profunda garganta y continuó corriendo. No se detuvo cuando llegó al precipicio, sino que aceleró el ritmo y se lanzó al vacío con la

temeridad de un suicida. Sus pies se hundieron un palmo en la tierra al aterrizar. Cada vez percibía a Kate con más claridad. El latido de su corazón retumbaba dentro de su pecho como si fuera su propio latido, pero era muy débil y demasiado lento.

La vio a lo lejos, caminando con esfuerzo por un estrecho sendero, apoyándose en los árboles para no desplomarse.

—¡Kate! —gritó con voz ronca, resonando como un trueno en cada rincón de aquella montaña.

Ella levantó la vista y estiró el brazo hacia él, el movimiento la desequilibró y cayó. William consiguió cogerla antes de que tocara el suelo. De rodillas, la abrazó con fuerza, acunándola. Kate empezó a gemir contra su pecho.

—Tranquila estoy aquí, estoy aquí —susurró desesperado.

Estaba tan fría. La apartó ligeramente para verle el rostro, y el alma se le partió en dos al reparar en la herida de su cuello y en la sangre que le empapaba la ropa. Con manos temblorosas apartó los mechones de pelo que se habían pegado a la herida. Apretó los párpados y un sollozo escapó de su garganta. La habían mordido, la marca de su cuello era el mordisco de un vampiro.

—Todo irá bien, aguanta —le dijo besándola en la frente. Se enfriaba con demasiada rapidez. Su respiración se debilitaba y también su corazón. Ya no podía hacer nada por ella, estaba infectada y no había vuelta atrás. Dejó los lamentos a un lado y comenzó a rezar para que sobreviviera a la transformación. No podía perderla, no iba a perderla.

Kate comenzó a convulsionarse, la transformación iba muy deprisa.

—Por favor, aguanta. No me dejes, quédate conmigo.

Se levantó con ella en brazos. La sujetó con todo el cuidado del que fue capaz. Ella apoyó la cabeza en su hombro, la balanceaba como si le pesara mucho y no conseguía mantener los ojos abiertos. La besó en la frente y se desmaterializó.

Le flaquearon las fuerzas y tuvo que aparecerse a unos dos kilómetros de la casa. Caminó con cuidado, porque ella parecía quejarse cada vez que su cuerpo oscilaba. Kate abrió los ojos un instante y lo miró, sus ojos reflejaban dolor. Empezó a toser como si se ahogara y se llevó una mano a la herida, después intentó enfocar la mano sobre su cara y gimió al ver sus dedos manchados de sangre.

—Ni se te ocurra dejarme, ¿me oyes? O me iré contigo —le suplicó William apretándola contra su pecho.

Kate comenzó a gritar y William se dio cuenta de que era por el sol, tenía la piel cada vez más roja y sobre el hombro empezaba a intuirse una llaga. Divisó la casa y corrió con toda su alma. Abrió la puerta con la mente y la cruzó a la velocidad del rayo sin detenerse hasta llegar al sótano. El único lugar de la casa sin ventanas.

William se desplomó en el suelo sin dejar de apretarla contra su pecho.

Meciéndola como a un bebé, repitiendo su nombre sin parar. Ella volvió a gritar con los ojos abiertos como platos, empezó a retorcerse, emitiendo gemidos y ruidos extraños. William supo que sus pulmones se habían detenido, se estaba ahogando. Después se le paró el corazón y sus gritos aumentaron entre temblores y espasmos. La abrazó con desesperación, llorando como un niño lanzó una mirada suplicante hacia arriba y rogó en silencio soportar aquella agonía por ella. Pero nadie acudió, nadie le escuchó. La rabia lo sacudió con violentas oleadas.

—Aguanta, dejará de doler, te lo prometo —le susurró apretando su mejilla contra la de ella.

William apoyó la espalda contra la pared, exhausto. Kate por fin había dejado de gritar, de retorcerse. Se había quedado quieta, un cuerpo flácido, frío y... muerto entre sus brazos. Le puso una mano sobre el pecho, sobre su corazón. Parpadeó para contener las lágrimas, jamás volvería a oírlo palpar. Ni tampoco su suave respiración al dormir. Ni sentiría el calor de su piel desnuda sobre él.

La movió para acomodarla sobre su regazo y sus brazos inertes se desplomaron a ambos lados del cuerpo. La miró con atención y después con miedo. No había ningún signo de vida en ella, ¿y si estaba muerta en todos los sentidos? ¿Y si no había superado la transformación? No podía saberlo. Volvió a mecerla tal y como había hecho durante horas, susurrándole lo mucho que la quería. Entonces todos sus sentidos reaccionaron ante una nueva presencia, por un momento temió que algún vampiro se hubiera colado en la casa. No tardó en darse cuenta de que era ella la presencia que percibía. No se sentía amenazado, sino irremediabilmente atraído. Un nuevo olor llenó la habitación y el cuerpo de Kate se estremeció.

La contempló durante un rato, mientras su miedo se iba transformando en rabia. Un instinto asesino pulsó en su pecho, sabía sin lugar a dudas quién era el responsable e iba a matarlo con sus propias manos. La acomodó sobre el edredón con el que la había estado arropando y volvió arriba.

Se detuvo al pie de la escalera y contempló el salón. Todos estaban allí y sus rostros preocupados le devolvieron la mirada, parecían los tristes invitados a un trágico funeral. Marie se levantó del sofá, impresionada por el aspecto demacrado de su hermano, parecía un fantasma.

Él esbozó una leve sonrisa para tranquilizarla, que desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido. Cruzó la sala rodeado de un aura gélida, se detuvo junto a Robert, tan cerca que sus cuerpos se tocaban. Se inclinó sobre su oído.

—Ha sido él. Encontradlo y traédme... vivo.

Kate regresó de golpe a su cuerpo. Abrió la boca para respirar pero no sirvió de nada, sus pulmones no funcionaban, se expandían pero no procesaban el aire.

« No puedo respirar », pensó aterrada. No sabía dónde estaba, ni recordaba nada de nada, solo sentía un miedo profundo.

—William —su nombre fue el único recuerdo que reconoció en su mente.

—Estoy aquí —dijo él acariciándole la mejilla.

El dolor llegó rápido y fuerte, agónico. Se dobló y rodó por el suelo. Notó unos brazos que la recogían y la abrazaban. Abrió los ojos, su visión era turbia, no podía ver más que sombras. Se arqueó, le ardía todo el cuerpo, sentía la garganta completamente seca y le dolía la encía superior.

Se hizo un ovillo abrazándose el estómago. Solo sentía dolor y estaba tan débil que no podía concentrarse en nada que no fuera esa sensación agónica que le recorría las venas. De repente, una angustia mayor que el tormento que sufría su cuerpo brotó de su pecho. ¿Dónde estaba William? ¿Por qué no iba a ayudarla? ¿Por qué no paraba aquello?

Volvió a abrir los ojos mientras un violento temblor estremecía su cuerpo. Comenzó a recordar. Adrien, el bosque, William llevándola a casa y ... la forma atroz en la que su cuerpo había muerto mientras sentía cómo ocurría. Empezó a temblar de manera incontrolable, y por más que apretaba los dientes estos no dejaban de castañetear.

—Tranquila, tranquila —le susurró una dulce voz.

Parpadeó para aclarar su visión y se obligó a concentrarse en lo que tenía alrededor. Estaba en el sótano, en el suelo, entre unas piernas que reconoció enseguida. Ladeó la cabeza y miró hacia arriba. William la tenía apretada contra su pecho mientras deslizaba los dedos por su larga melena, tratando de tranquilizarla. Sus miradas se encontraron y él le sonrió con tanto amor que el corazón le dio un vuelco. Vaciló un momento, no, su corazón no se había movido, ni se había acelerado hasta palpar desbocado resonando en cada rincón de su pecho como un tambor. No latía.

—¿Soy un vampiro? ¿Lo soy? —preguntó con voz rota.

Él asintió poniendo una mano sobre su cara y le acarició la mejilla con el pulgar.

—Sí, lo eres.

Kate empezó a llorar, pero por dentro, porque sus ojos estaban completamente secos. Quiso morirse, morir de verdad. Enterró el rostro en el pecho de William y apretó los puños con un gemido.

—¿Cuándo terminaré de transformarme? Quiero que me deje de doler.

—Kate, la transformación terminó hace horas. Lo que sientes es otra cosa, necesitas beber.

—¿Beber? ¿Te refieres a...?

—Necesitas sangre. Cuanto antes te alimentes, antes desaparecerá el dolor.

—No, no... no puedo, me duele el estómago.

—Y te dolerá más si no te alimentas —le aseguró. Ella empezó a negar con la

cabeza y se tapó los oídos. William la sujetó por las muñecas para que lo escuchara—. Notas la garganta tan seca que crees haber comido arena y sientes fuego bajo la piel, como si miles de diminutas serpientes escamosas la recorrieran. Son tus venas secándose, Kate. Apenas tienes sangre circulando por ellas y tu cuerpo la absorbe muy rápido para recuperarse de la transición. Tienes que beber o no sobrevivirás ni dos días —replicó con toda la desesperación y el amor que sentía.

—Yo no quería esto, no ahora... ni en mucho tiempo —gimoteó.

—Lo sé, pero ya no hay vuelta atrás, no sirve de nada lamentarse. Y no puedes rendirte y dejarme solo. Así que bebe. —Alargó la mano y cogió un termo de metal. Lo destapó con cuidado y empujó a Kate ligeramente en la espalda para incorporarla un poco. Acercó el termo a sus labios.

Kate olió la sangre tibia y dulce, y su estómago se agitó. Sentía el cuerpo tenso, tembloroso, como si fuera sacudido por pequeñas réplicas después de haber sufrido una descarga eléctrica de alto voltaje. El dolor de la encía aumentó, sintió presión en los colmillos y estos se alargaron. Los rozó con la lengua. Algo empezó a despertar dentro de ella, una sensación más animal que humana. Un ligero ronroneo sonó en su pecho.

—Bebe —le ordenó él presionando un poco el metal contra los labios.

Ella le lanzó una mirada inquieta, él asintió animándola. Kate cerró los ojos y tragó, la sangre penetró en su boca con un sabor dulce y salado, tan intenso que era lo único que percibía. Bebió con avidez y a cada trago el dolor iba menguando, hasta que desapareció por completo. Fue reemplazado por una sensación de calor y somnolencia tan agradable que suspiró. Se lamió los labios con ansia.

—Más —le dijo a William con ojos brillantes como ascuas.

Unas horas después Kate no lograba tranquilizarse.

—Necesito salir, no soporto estar aquí encerrada. Este sótano me ahoga —dijo sin dejar de moverse.

William la miró, sentado desde el mismo lugar que había ocupado las últimas cuarenta y ocho horas, de las cuales, cuarenta y cuatro las había pasado abrazándola. Sufriendo con ella cada segundo de su agonía, llorando como un niño cada vez que gritaba y lo llamaba en medio de su tormentosa transformación. Ahora quería olvidar todas esas horas como si nunca hubieran existido, un mal sueño del que había despertado. Lo que no estaba dispuesto a olvidar era el deseo de venganza que ardía en su interior. Adrien iba a pagar por lo que le había hecho a Kate, por condenarla a una vida que ella no deseaba y de la que no estaba seguro si soportaría.

—No puedes salir —dijo con tono condescendiente—. Todavía no ha anochecido y, cuando lo haga, no podrás abandonar la casa.

Kate se detuvo frente a él con los brazos en jarras y una mirada asesina. Él

no pudo evitar contemplarla de arriba abajo. Había cambiado, no de forma drástica, más bien sutil. Estaba más hermosa que nunca. Tenía el pelo un palmo más largo, más ondulado, y sus reflejos cobrizos eran mucho más brillantes. Su palidez se había acentuado y ahora su piel parecía puro y hermoso alabastro. Sus ojos eran de un verde imposible, que se transformaban en violetas cuando cambiaba de humor o tenía sed. En las cuatro horas que llevaba como vampira no había dejado de tomar sangre y él la animaba a que bebiera aún más. Si estaba saciada, sería más fácil de controlar y menos peligrosa, estaría más tranquila. Aunque el problema estaba siendo su claustrofobia. Necesitaba el aire libre como un pajarito.

—Yo quiero salir, William. Necesito salir o me volveré loca aquí dentro. —Se frotó las sienes de forma compulsiva.

—Ven, bebe un poco más —dijo él levantando el termo.

Ella miró el bote y sus ojos llamaron mientras la boca se le volvía pastosa.

—No —negó apartando la vista—. No creo que deba beber tanto. Si quiero aprender a controlar la sed, necesito sentirla y resistirme, ¿no?

—Sí, pero es pronto para eso. Y no se trata solo de la sed, hay otras sensaciones que la acompañan que deberás controlar primero. Sensaciones que si estás sedienta te será más difícil manejar.

Kate se arrodilló frente a él y lo miró con sus ojos de gatito abandonado. William enderezó la espalda contra la pared y dobló las rodillas apoyando en ellas los brazos. Fue un movimiento con el que intentó disimular la punzada de amor y deseo que acababa de atravesarle el pecho. Ella se acercó un poco más y le cogió las manos.

—Necesito ver a mi abuela...

William empezó a negar antes de que ella terminara la frase y la sujetó con fuerza de las muñecas, atrayéndola cuando intentó alejarse disgustada.

—Entiendo que quieras verla. Pero no es seguro.

—¿Cómo que no es seguro?

—No es seguro para ella, Kate.

—Yo jamás le haría daño a Alice.

William le tomó el rostro entre las manos.

—Escúchame atentamente. Tienes que confiar en mí. Ahora tu mente se guía solo por puro instinto, y los instintos de un vampiro son los de un depredador, el más peligroso. Cazar, alimentarte, el deseo y el placer de tomar sangre, son instintos primarios e incontrolables. Te dominan sin que te des cuenta y no importa a quién tengas delante, lo único que verás y sentirás será el sonido de su corazón y el olor de su sangre. Sé de lo que estoy hablando —dijo pensando en Marie—. Requiere tiempo controlarlos y nunca consigues ser totalmente inmune a ellos, por lo que también debes saber cuándo retirarte antes de hacer daño a alguien. No querrás correr un riesgo así con Alice, ¿verdad?

Kate guardó silencio, pensando, frunció el ceño y su expresión se tornó triste.

—No —respondió dándose por vencida—. ¿Qué le diremos para que no se preocupe?

—Cree que has contraído la gripe. Marie la ha convencido de que es mejor que te quedes aquí unos días, para no arriesgarnos a que enferme con su sistema inmunitario tan débil. La gripe nos da un par de semanas, después ya veremos.

Kate se dejó caer en sus brazos y escondió el rostro en su cuello. Él le acarició el pelo con ternura y se estremeció cuando ella lo besó en la garganta, un roce suave. Volvió a besarlo, un beso tras otro ascendiendo por su mandíbula hasta su boca. William se sorprendió de su apremio, del anhelo y la agresividad. Sabía que en parte de debía a su nueva naturaleza. Ahora, y durante un tiempo, su ánimo iba a oscilar continuamente de un extremo a otro.

Le tomó el rostro y la miró a los ojos, dos rubíes fríos y brillantes que lo tentaban. No le importaba si era humana o vampira, el efecto que tenía sobre él era el mismo. Bastaba un beso o una caricia para que se derritiera.

—¿Y hay algún otro instinto primario del que deba preocuparme? —preguntó ella sobre sus labios en tono seductor.

—No, creo que este en particular podré manejarlo —respondió besándola con apremio.

William terminó de vestirse mientras Kate se daba una larga ducha borrando de su cuerpo cualquier rastro de los últimos dos días. Estaba agotado y sediento, había evitado tomar sangre por si ella la necesitaba, y no sabía cuánto tiempo iba a poder estar así. Esperaba que el envío urgente que la Fundación Crain les había remitido llegara pronto. Cinco vampiros en Heaven Falls ya eran demasiados para que la pobre Keyla los alimentara con sus pequeños robos al banco de sangre.

Se recostó en la cama y desde allí tuvo una amplia visión del baño a través de la puerta entreabierta. Kate, envuelta en una toalla, se miraba en el espejo con atención, recorriendo con los dedos la pálida piel de su rostro. Se inclinó sobre el lavabo para ver más de cerca sus ojos y después elevó el labio para observar sus diminutos colmillos.

—Sigues siendo preciosa, más aún —dijo él. Kate lo miró con escepticismo por encima del hombro.

—Mis ojos son violetas, ¿a cuántas personas conoces con unos ojos como estos? —preguntó de vuelta a la habitación.

—Lo que yo decía, preciosa y única. —Esbozó una sonrisa torcida que también la hizo sonreír a ella.

—No vas a dejarme sola ni un segundo, ¿verdad? —inquirió Kate arrojándole la toalla con la que se estaba secando el pelo.

William negó con la cabeza y se encogió de hombros con una expresión de *es lo que hay*. Se levantó, fue hasta ella y le rodeó la cintura con los brazos, besándola en el hombro descubierto mientras rebuscaba en una pequeña maleta que Alice había preparado con algo de ropa.

—Quizá podamos salir un rato —dijo William. Ella asintió con una enorme sonrisa—, pero solo a la terraza, no nos alejaremos de la casa, ¿de acuerdo?

Kate volvió a asentir. Cogió unos pantalones y una camiseta, y empezó a vestirse.

Contemplaron abrazados el cielo cubierto de estrellas. Todo estaba tranquilo, en calma, sumido en una especie de hipnótico letargo. William cerró los ojos e inspiró reteniendo el nuevo olor de Kate en sus pulmones. No era del todo diferente, pero sí más intenso, y le provocaba miles de mariposas revoloteando

en su interior descontroladas. Ella se estremeció y se puso tensa de repente.

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Tú también lo oyes? —inquirió ella un poco nerviosa.

—¿El qué?

—Todos esos sonidos, el ruido, los golpes. El «pum pum» y el «zas zas», ese repiqueteo y los susurros.

William escuchó tratando de identificar esos sonidos. Sonrió y la estrechó con fuerza para que se sintiera mejor.

—El «pum pum» parece el latido de algún animal, probablemente el de algún ratón asustado. El «zas zas» son pájaros batiendo sus alas. El repiqueteo es del grifo que hay en el garaje, aún no he tenido tiempo de arreglarlo. Y los susurros solo son las hojas de los árboles agitadas por la brisa.

—¿Puedo oír el corazón de un ratón desde aquí? —preguntó muy sorprendida.

—Sí.

—¡Vaya! Es tan... —vaciló buscando las palabras.

—Abrumador, increíble, atrayente...

Kate rompió a reír.

—Sí. —De golpe se puso seria. Un halo de tristeza la rodeó y deshaciéndose del abrazo de William se alejó unos pasos. Alzó la cabeza y contempló el cielo—. Pero hay otras que no lo son tanto —suspiró—. No hay colores en la noche, no hay amarillos, ni azules, ni rojos... no hay luz.

—Kate, la única persona que puede conseguir que esta nueva vida sea buena eres tú. Yo puedo ayudarte, pero tienes que ser tú quien quiera seguir adelante.

Ella le sonrió con tristeza y volvió a contemplar la oscuridad.

—Tienes razón —dijo de pronto—. ¿Sabes? Creo que voy a plantar esas flores en la tierra. —Señaló unas macetas que había comprado unos días antes.

—Me parece una idea estupenda. Yo recogeré esas ramas y las hojas que derribó el viento, dejaremos un jardín precioso, ¿vale?

—Vale —respondió algo más animada.

Al cabo de un rato, William había amontonado todas las ramas junto al tocón y las cortaba para apilarlas en la leñera, la madera serviría para la chimenea. Kate seguía enfrascada en su tarea y colocaba piedrecitas blancas a modo de jardinera alrededor de las plantas. En ese momento Shane apareció en el jardín cargando con una caja.

—¡Hola, chicos! —saludó.

Miró a Kate y se alegró de verla en el exterior con tan buen aspecto.

William le hizo un gesto de bienvenida con la cabeza y se limpió las manos en los pantalones.

—¡Hola! —dijo Kate con una sonrisa, contenta de volver a verle. Se puso en pie y fue a su encuentro para darle un beso en la mejilla—. ¿Y Marie?

—Vendrá dentro de un rato. Y amenaza con traer otra de sus películas

románticas. Si algún día me encuentro con Hugh Grant en persona, le daré un mordisco, te lo juro —refunfuñó.

Kate empezó a reír y le revolvió el pelo. Volvió junto a las plantas y se arrodilló para cavar otro agujero.

—¿Dónde pongo esto? —preguntó Shane a William.

—Ven, por ahora usaré la nevera de la cocina. Pero tendré que buscar un sitio un poco más discreto.

Entraron en la cocina y Shane dejó la caja refrigerada sobre la mesa. La abrió y empezó a sacar bolsas de sangre que William fue colocando en el frigorífico.

—Con esto tendréis para algunos días.

William asintió taciturno. Tomó una de las bolsas y se sirvió la mitad en un vaso. Apoyó la cadera contra la encimera y empezó a beber sin apartar los ojos de Kate.

—¿Cómo lo lleva? —preguntó el licántropo mientras la observaba.

—No sé para qué me molesto, jamás podré ver estas flores abiertas —gruñó Kate. Arrancó las flores con sus pétalos cerrados y las tiró lejos.

Entró en la cocina y desapareció camino de la sala, la oyeron subir las escaleras a toda prisa y entrar en el dormitorio dando un portazo. Algo de cristal se estrelló contra el suelo.

—Ahí tienes la respuesta —dijo William con un suspiro, y apuró la sangre de su vaso. Se sirvió el resto y salió fuera. Shane lo siguió—. No va a poder con todo esto, Shane. No puede vivir en la oscuridad y temo que acabe consumiéndose.

—Se acostumbrará.

—Tiene claustrofobia, ¿lo sabías? —Shane negó con la cabeza y frunció el ceño preocupado—. Parece un animal enjaulado en ese sótano, sufre.

—Podemos buscar una manera de sellar la casa durante el día, contraventanas de acero sobre rieles que puedan cerrarse de forma automática con un temporizador. Eso le dará espacio.

—Ya he pensado en ello. ¿Te importaría organizarlo?

—Está hecho.

—Aunque eso solo hará que la jaula sea un poco más grande —musitó.

—¿Y tú qué tal? Y no me digas que bien, porque sé que no es así.

—No quiero pensar. Intento no pensar. Pero no dejo de imaginar todas las formas posibles de asesinar a Adrien, voy a arrancarle el corazón con mis propias manos. ¿Sabéis algo de él?

—Como si se lo hubiera tragado la tierra, pero no dejaremos de buscar, lo encontraremos.

El vampiro asintió apretando los dientes y el odio se desbordó en su pecho como la lava de un volcán. Arrojó el vaso con la velocidad de un proyectil y este se hizo añicos contra el tronco de un árbol.

William terminó de recoger la sala después de que Shane y Marie se hubieran marchado. Kate seguía inmóvil junto a la ventana, contemplando el cielo, una tenue luminosidad anaranjada se intuía sobre los árboles.

—Debemos ir abajo, está amaneciendo —dijo William tras ella, le apartó el pelo de la nuca y la besó allí. Ella se abrazó los codos con un estremecimiento y continuó mirando por la ventana.

—No tienes por qué bajar conmigo —dijo ella al cabo de un minuto.

—No quiero separarme de ti.

—Estaré bien. Tú puedes salir, hazlo. Seguro que tienes cosas que hacer.

William la estrechó besándola en la coronilla y suspiró contra su pelo.

—Vamos —susurró, y la empujó con su cuerpo obligándola a caminar. Al llegar al principio de la escalera que bajaba al sótano, se detuvo y la cogió de la barbilla para que lo mirara—. Lo intentaremos.

—¿Qué?

—Eres fuerte y muy cabezota, mucho. Así que, si te lo propones, es posible que puedas controlarte.

—¿De qué hablas?

—Esta noche saldremos. —Ella abrió los ojos como platos al oír sus palabras—. Iremos al pueblo, si funciona, intentaremos ver a Alice otra noche.

Kate se lanzó a su cuello y lo abrazó con tanta fuerza que le crujieron todos los huesos de la espalda, tuvo que apartarla.

—Cuidado, ahora podrías romperme las costillas —dijo con una mueca de dolor. Sonrió al ver su mirada estupefacta y le apartó un mechón de la cara con la mano.

—Ahora soy fuerte, ya no tienes que tratarme como si pudiera romperme con el más mínimo roce.

William se encogió de hombros.

—Supongo que no —respondió. Miró hacia a las ventanas, la luz comenzaba a entrar—. He puesto un televisor abajo. Toca cine. ¿Qué te apetece ver... *La Cosa* o *La Guerra de los Mundos*? La versión antigua, por supuesto.

Kate frunció el ceño como si pensara.

—Creo que tengo otra cosa en mente —dijo agarrándolo por la camisa y atrayéndolo hacia ella con una sonrisa coqueta.

William empezó a reír, convencido de que lo arriesgaría todo, hasta su propia alma, por verla siempre así de feliz.

—¡Mujer insaciable! —replicó tomándola en brazos.

—¿Por qué me miran así? —preguntó Kate a William al doblar la esquina, unos chicos que salía de una pizzería se habían detenido para mirarla sin ningún disimulo.

—¿Qué por qué? Estoy a punto de volver y licuarles el cerebro para que dejen de pensar esas cosas —replicó él lanzando una mirada furibunda por encima del hombro.

Kate se detuvo y lo miró a los ojos con curiosidad.

—¿Sabes lo que piensan?

—No, pero no es necesario, solo había que verles las caras.

Kate ladeó la cabeza y sonrió.

—Así que... a ti pueden acosarte mis amigas —dijo recordando cómo reaccionaba Carol cada vez que se encontraba cerca de él—, y a mí no pueden mirarme unos chicos —lo cuestionó.

—Digamos que... sí —admitió.

Kate sonrió. El suave sonido de su voz la colmaba de felicidad, sin importarle las tonterías que estuviera diciendo por culpa de sus celos tontos.

—Se fijan en mí por lo que soy, como te ocurre a ti, ¿no es cierto? Las chicas siempre te miran como si fueran a devorarte.

William le rodeó los hombros con el brazo y continuaron caminando.

—El encanto vampírico, irresistible. Pero tú no lo necesitas, te miran porque eres preciosa. ¿Cómo estás? —preguntó al notar que seguía tensa, incapaz de relajar los músculos.

—Tenías razón —admitió con voz ronca—. El latido de sus corazones, la sangre fluyendo por sus venas... A veces es lo único que oigo en mi cabeza. Pero tranquilo —añadió al ver que él se detenía alerta—, por ahora no tengo el deseo de lanzarme al cuello de nadie.

—Bien, lo estás haciendo muy bien. Tienes que acostumbrarte a moverte poco a poco entre ellos. Ahora no estás sedienta, pero puede que en otra ocasión sí lo estés y entonces será muy importante que hayas desarrollado toda la resistencia posible a tus instintos.

—Ellos, lo dices de una forma...

—Las cosas son así. Ahora son ellos a un lado, y tú y yo al otro. —Hizo una pausa y olfateó el aire—. Carol doblará esa esquina dentro de unos segundos, seguro que se parará para hablar con nosotros. Podemos evitarlo si no estás segura.

—No, está bien, pero... ¿cómo lo sabes?

—Tú también lo sabrías si prestaras atención. Vamos, inténtalo.

Kate inspiró con una profunda inhalación, decenas de olores llegaron a su olfato, olores que ni siquiera sabía que existían, solapándose unos a otros de tal forma que al final no conseguía distinguir ninguno con claridad.

—Me estoy mareando —dijo mientras se tapaba la nariz con la mano.

—Tienes que separarlos e ir descartando, no es tan difícil como parece —le indicó tomándola de los hombros para que se concentrara solo en él.

Kate lo intentó de nuevo. Al principio no consiguió nada, pero después pudo

diferenciar un par de ellos y apartarlos. En segundos lo tenía dominado y encontró el que buscaba, justo cuando su amiga dobló la esquina.

—¡Eh, que sorpresa! —exclamó Carol—. Creí que tenías gripe, o eso me dijo ese amigo tuyo, Jared.

—Estoy mejor, gracias.

—Pues si lo hubiera sabido, te habría llamado para la fiesta —repuso con un mohín.

—¿Fiesta?

—¡Sí, pero daos por invitados, venid conmigo! Ya deben de estar todos allí. —Hizo un gesto con la cabeza animándolos a seguirla—. Aunque se supone que es una sorpresa y que yo no tengo ni idea, por lo que tendréis que fingir asombro y abrir mucho los ojos... Ya sabéis, en plan... ¡Ooooh!

—Sí —susurró Kate algo abrumada.

Carol sacudió la cabeza mientras contemplaba a su amiga.

—No tienes ni idea de lo que te estoy hablando.

—No, lo siento —reconoció Kate apenada.

—¡Mi cumpleaños! Llevo dos semanas hablando de ello.

—¡Es cierto! Lo siento, lo olvidé —se disculpó Kate—. ¡Felicidades!

—Feliz cumpleaños, Carol —dijo William.

Carol arrugó el ceño, pero inmediatamente sonrió.

—Vale, te perdono si me das un abrazo. —Se lanzó al cuello de Kate estrechándole con fuerza mientras soltaba una risita floja—. ¡Diecinueve añazos, y soy toda una abuelita!

Kate sintió como si le hubieran pinchado adrenalina directamente en el corazón. La piel de Carol parecía fuego en contacto con la suya. Olía de maravilla, a fruta y a sal, vida en estado puro. Comenzó a temblar asustada. El murmullo de la sangre de Carol la estaba mareando, y los colmillos presionaban en sus encías. De repente su amiga se apartó, justo cuando que creía que no podría controlarse ni un segundo más.

—¿Y tú no me vas a dar un abrazo? —le dijo a William. Él la estrechó un instante y volvió a felicitarla. Se separó completamente ruborizada—. Bueno, ¿os apetece ir de fiesta?

—Gracias, Carol, pero Kate aún no está completamente restablecida y creo que voy a llevarla a casa —replicó William con su mejor sonrisa.

—Está bien. Cuídate esa gripe, ¿vale? —le dijo a su amiga mientras se alejaba.

A Kate le flojearon las piernas y William apenas tuvo tiempo de sujetarla por los codos y aguantar su peso.

—Ha sido horrible —dijo ella con la voz ronca—. He pensado en morderla. Lo he considerado de verdad y, por un momento, he llegado a convencerme de que estaría bien... de que no pasaría nada... —William la abrazó y ella enterró el

rostro en su pecho—. ¿Así es cómo te sentías cuando estabas conmigo?

William le puso las manos a ambos lados del rostro y la obligó a mirarlo.

—Solo a veces, y porque lo que yo siento por ti es tan intenso que se magnifica en todos los sentidos.

—¡Dios mío! Estar conmigo te hacía sufrir y aun así querías que continuáramos juntos.

—Porque te quiero. Verte cada día, acariciarte, lo compensa todo. Kate, escúchame, mejorará con el tiempo, lo que sientes no será tan intenso. Fíjate en Robert y en Marie, se relacionan con humanos sin ningún problema. Y cuando no estés segura, aléjate. —La besó en la frente.

—Pues alejémonos —susurró mirando con miedo a las personas que pasaban junto a ellos.

William le rodeó los hombros como si fuera un escudo protector. Se alejaron de las zonas concurridas y pronto encontraron una calle desierta y poco iluminada.

—¿Lista? —preguntó él. Kate asintió—. Cierra los ojos —le susurró antes de desvanecerse con ella en brazos.

Kate leyó el último párrafo del libro y lo cerró. Se levantó y lo puso sobre el que había leído el día anterior. A ese ritmo, pronto tendría una buena pila. Pensó en terminar de recortar y pegar el resto de fotografías en el álbum que estaba montando. Inmediatamente se arrepintió, no tenía ánimo para contemplar paisajes bajo el sol, días de instituto, recuerdos de cosas que no podría volver a disfrutar.

Conforme avanzaban las horas, más deprimida se sentía. Había telefoneado a Alice a media mañana, conversaron un ratito y al despedirse, cuando le preguntó por milésima vez si se estaba tomando los antigripales y si comía bien, estuvo a punto de contarle la verdad. Se sentía fatal por tener que mentirle de la forma en que lo estaba haciendo. William insistía en que una mentira piadosa no era una mentira en sí, que la verdad en el mundo vampiro era muy relativa; y ella deseaba que llegara el día en el que pudiera verlo de esa forma. Por ahora se sentía como una sucia embustera.

Miró su reloj y soltó un gruñido, faltaba una eternidad para que anoheciera. Empezó a andar de un lado para otro, mirándose los pies para ignorar el techo y las paredes que tenía alrededor. No conseguía acostumbrarse a estar encerrada, ni siquiera lo toleraba. Superaba las horas a duras penas y casi todo el mérito era de William, que no la dejaba sola ni un segundo. Pero esa mañana lo había convencido para que saliera. Llevaba días posponiendo sus obligaciones, y aún tenía que recoger algunas de sus cosas de casa de los Solomon, como el ordenador portátil. Lo mantenía allí por la conexión a Internet, otra de las cosas

que necesitaban en casa. Cuando te tienes que pasar media vida bajo tierra, aislada del mundo, necesitas de las nuevas tecnologías para no perder el contacto con lo que ocurre fuera.

Pensó en llamarlo, solo para escuchar su voz y tranquilizarse con su sonido, pero entonces él se preocuparía. Pensaría que algo no iba bien y regresaría, abandonando todo lo que estuviera haciendo.

Se sentó en el sillón, cerró los ojos, e intentó relajarse. Suspiró, ni siquiera disponía de un poco de silencio para conseguirlo. Infinidad de sonidos vibraban en el aire. En el jardín algún animal olisqueaba las plantas, con seguridad un conejo; los pájaros trinaban en el tejado. Había partes de la casa que no dejaban de crujir; hasta podía oír la corriente eléctrica viajando por los cables, un chisporroteo que podía acabar poniéndola de los nervios.

Sobre su cabeza sonaron unos pasos. Miró hacia arriba y vio una araña de largas patas correteando por el techo. Pensó que era asquerosa, con todas esas patas peludas y ese cuerpo regordete. ¿Cuánta sangre podría tener en su cuerpo un animal como aquél? Cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza. ¿De verdad había pensado aquello? ¡Por Dios, estaba pensando en la sangre de aquel bicho! Cuando William le decía que al principio la sangre era una obsesión, que no se calmaba por más que bebieras, debía de referirse a aquello.

Buscó el termo, necesitaba beber. Al menos eso la tranquilizaría un rato. Lo abrió.

—¡No, no! —susurró agitando el bote, no quedaba ni una gota. William lo había dejado lleno antes de irse y no recordaba habérsela bebido.

Ahora no podía pensar en otra cosa. Necesitaba beber, le dolía el estómago, tenía la garganta seca...

Contempló la escalera. Vaciló unos segundos, sabía que no era buena idea, pero al final se puso en pie y subió los peldaños. Abrió la puerta un poco y la luz le taladró los ojos, se los frotó y poco a poco pudo distinguir lo que tenía alrededor. Salió afuera y se pegó a la pared, desde allí contempló la sala. La distancia hasta la cocina era muy grande y haces de luz se colaban a través de las ventanas convirtiendo la habitación en una trampa mortal. Pensó qué hacer. Si tenía cuidado podría evitar los rayos de sol y llegar hasta la nevera.

Se pegó a la pared todo lo que pudo y avanzó de puntillas como si recorriera el borde de un precipicio. Dobló la primera esquina y se agachó para pasar por debajo de un haz que rebotaba en la pared. Gateó tras el sofá, desde allí había unos cinco metros hasta la puerta de la cocina y todo estaba en sombras. Se puso en pie con una sonrisa de triunfo en los labios. Sin embargo, un sexto sentido la urgía a que regresara al sótano. Pero la nevera estaba tan cerca.

Aceleró el paso e inmediatamente se detuvo mirando a su alrededor. Asustada comprobó que las sombras se movían. Miró hacia las ventanas, había nubes en el cielo que ocultaban el sol, pero estas se estaban moviendo. La

primera trazada le dio de lleno en el brazo, al principio se sorprendió de no sentir nada, entonces el dolor surgió insoportable y la piel comenzó a echarle humo.

Gritó y cayó al suelo, se arrastró como pudo. Volvió a gritar, esta vez el sol le había tocado la pierna. Consiguió llegar a la puerta del sótano y entró lanzándose escaleras abajo. Apoyó la espalda contra la pared para no desplomarse y se revisó la piel. Tenía ampollas por todo el brazo y las piernas, y le dolían horrores. Dejó que su espalda resbalara por la pared hasta sentarse en el suelo y se encogió abrazándose las rodillas mientras se mecía, concentrándose en el movimiento para no pensar en las quemaduras. Para su alivio y asombro se curaron en pocos minutos, pero la experiencia la había dejado exhausta y más sedienta.

Miró de reojo a la escalera y aguzó el oído. Se puso en pie, alguien se acercaba a la casa corriendo por el camino. Podía oír con total nitidez la gravilla crujendo bajo el peso de los pies y una respiración acelerada que parecía un silbido. El timbre de la puerta sonó un segundo después.

—Kate, ¿estás ahí?

A Kate se le doblaron las rodillas y casi se cae de culo al oír la voz de Jill. Había regresado, su mejor amiga estaba allí y... ¡No podía entrar de ninguna manera, no podía acercarse a ella! Jill no sabía nada de su nueva situación. Todos habían guardado silencio para no estropear la luna de miel de los recién casados. Kate sabía que su amiga lo dejaría todo y regresaría para estar con ella, por eso se lo había ocultado.

La oyó dar media vuelta y alejarse, detenerse y dar media vuelta otra vez, para a continuación rodear la casa.

—Vete, vete, vete, por favor —susurró Kate, consciente del peligro que entrañaba aquella situación.

Era una vampira, recién convertida, sin apenas control de sí misma y muy sedienta.

La puerta corredera de la cocina se abrió.

—¿Kate, dónde estás? —canturreó Jill a pleno pulmón y Kate pensó que iban a reventarle los tímpanos. ¿Desde cuándo tenía Jill aquella voz tan aguda? Guardó silencio, con suerte se convencería de que allí no había nadie.

—¡Vamos, sé que estás por aquí! En la entrada está tu precioso coche nuevo, ¿y sabes por qué sé que es tuyo?, porque la marca la elegí yo... —alargó la o con otro grito—. ¡Madre mía, esta casa es una pasada! —exclamó desde el salón—. Si estás en el baño, no me importa, voy a subir —dijo junto a la escalera.

Kate dio un paso atrás y sin darse cuenta pisó el termo, que rodó por el suelo con un ruido metálico.

—Nena, ¿estás ahí abajo?

Kate se mordió el labio y se frotó las mejillas con frustración.

—Sí, pero no bajas —contestó nerviosa.

—¡Cómo que no baje! ¿Eso es lo que me dices después de casi tres semanas sin vernos? Ni cómo estás, ni cómo te ha ido, ni un me alegro de verte o te he echado de menos. —Empezó a descender la escalera, lo hacía despacio porque no había luz y sus ojos tardaban en acostumbrarse a la penumbra—. A ti te pasa algo.

—Jill, por favor, no bajes, te lo digo en serio. Mira, sí que pasa algo, pero ahora no puedo contártelo. Más tarde, te lo prometo... ¡No bajes! —le ordenó cuando vio sus pies aparecer en los peldaños.

—¿Qué pasa, Kate? Me estás preocupando —dijo al llegar abajo.

Kate le dio la espalda y se alejó de ella poniéndose de cara a la pared en una de las esquinas. Se cubrió el rostro con las manos para no oler la sangre de su amiga.

—Cariño, ¿qué haces aquí abajo a oscuras? —preguntó Jill sin apartar los ojos de ella.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Kate a su vez. Jill se detuvo a su espalda, podía sentir su mirada fija y se alejó refugiándose en la otra esquina.

—Hace unos minutos, ni siquiera he pasado por casa. Le pedí a Evan que me dejara en el camino, porque no podía esperar a verte. Él... él ha ido a deshacer el equipaje —respondió mientras se acercaba de nuevo a Kate—. ¿Por qué te escondes de mí? ¿Qué te pasa? —puso la mano en su hombro intentando que se girara.

—¡Nada! —le espetó Kate de malos modos a la vez que la apartaba de un empujón, con tanta fuerza que Jill salió despedida hacia atrás estrellándose contra un montón de cajas.

Kate se quedó inmóvil un instante, sin dar crédito a lo que acababa de hacer. Corrió a ayudar a su amiga, se arrodilló junto a ella y la sujetó por los brazos para que pudiera sentarse.

—¿Estás bien? No sé... no sé que me ha pasado. Yo... y o jamás te haría... —Sus ojos se posaron en la herida que Jill se había hecho por encima de la muñeca —... daño —terminó de decir sumiéndose en un peligroso trance.

Cerró los ojos inspirando el olor de la sangre fresca que manaba del brazo, lo acercó a su rostro y volvió a inspirar. Una parte de su cerebro empezó a protestar urgiéndola a apartarse, la otra la apremiaba a beber, y tenía tanta sed que esa segunda parte era la que más la atraía. Abrió los ojos teñidos de violeta y miró a Jill con una sonrisa que mostraba un atisbo de sus diminutos colmillos, la sonrisa tranquilizadora del depredador antes de abalanzarse sobre su presa.

—¡Dios mío, eres un...! —exclamó Jill sin poder terminar la frase. Kate le puso un dedo en los labios y siseó para hacerla callar, mirando fascinada cómo resbalaba la sangre por su brazo. Sintió el ansia que esa visión le provocaba.

—Kate, suéltame —replicó Jill con tono imperioso. Ya sabía bastante del mundo de los vampiros y los licántropos como para saber qué le ocurría a Kate y

en lo que estaba pensando. Kate parpadeó confundida, su voz severa hizo que se fijara de nuevo en su rostro—. Suéltame el brazo.

—No puedo, no aguanto más. Te dije que no bajaras —susurró compungida, avergonzada y culpable.

De repente una ráfaga de aire frío congeló el sótano. William apareció en la escalera y en un visto y no visto apartó a Kate sujetándola por la cintura. Ella empezó a forcejear, golpeando como podía con brazos y piernas, sin poder apartar la vista de la sangre. A él no le quedó más remedio que estamparla contra la pared y sujetarla por el cuello con una mano, mientras trataba de inmovilizarla con su cuerpo. Kate no dejaba de gruñir y de retorcerse para liberarse.

—Tú eres más fuerte que todo esto, eres la persona más fuerte que conozco —le dijo William al oído—. Escúchame, cariño, no dejes que te domine, no mires la sangre sino a Jill. Mirala a ella, es tu amiga y no quieres hacerle daño. —Ella persistía en zafarse. Y él le gritó mientras la zarandeaba—. ¡Maldita sea, Kate, nunca podrías perdonártelo! Yo lo sé y tú también.

Kate dejó de forcejear. Parpadeó como si despertara de un mal sueño y fijó sus ojos en William, que le devolvía una mirada angustiada. Se abrazó a él con todas sus fuerzas.

—Lo siento —gimió mirando a Jill por encima del hombro del chico—. Lo siento mucho. Yo jamás... Soy horrible —se le atragantaron las palabras y hundió el rostro en el pecho de William.

Jill se levantó del suelo con esfuerzo, bastante magullada por el golpe.

—Tú no eres horrible —le dijo a Kate. Ella alzó el rostro desolada y Jill le sonrió con ternura—. Somos hermanas, juntas pase lo que pase, ¿recuerdas? No importa lo que haya a pasado.

Kate asintió y se abrazó con más fuerza al cuello de William.

—Ya no soy la misma.

—Sí lo eres, para mí sigues siendo la de siempre.

Kate gimió sin poder contestar.

—Jill, será mejor que subas a lavarte ese brazo, yo iré en un minuto —dijo William.

—Sí —contestó. Miró a Kate sin dejar de sonreírle—. Nos vemos después, ¿vale?

William entró en la cocina y se sentó a la mesa frente a Jill. Apoyó los codos sobre la madera tapándose el rostro con las manos. Estuvo así unos segundos, tratando de mantener la compostura y no venirse abajo. Kate estaba destrozada por lo sucedido, se había sentado a oscuras con la vista fija en la pared y sin decir una palabra. Solo se había movido para devolverle el termo vacío.

—¿Estás bien? —preguntó al fin con un suspiro.

—Sí, no te preocupes por mí —respondió Jill—. ¿Cómo está ella?

—Ahora está mejor. La sed en un neófito es tan dolorosa que son incapaces

de controlarse —dijo a modo de justificación. Guardó silencio mientras sostenía la mirada preocupada de Jill—. Ha sido culpa mía, no debí dejarla sola —se lamentó—. ¿Quieres que te cuente algo gracioso? Estoy aterrado. No sé si cuido bien de ella, quizá deba llevármela lejos de aquí hasta que no sea tan peligrosa para los humanos.

—¿Y adónde te la llevarías? —preguntó Jill en un tono que dejaba claro que no estaba de acuerdo con esa idea.

—A cualquier parte donde el humano más cercano esté a muchos kilómetros de nosotros. —Hizo una pausa y la miró a los ojos—. Kate es increíblemente fuerte, más de lo que imaginaba. Tiene una capacidad de autocontrol que ni yo mismo conseguí hasta muchos meses después de convertirme, pero supongo que no es suficiente.

—Sí lo es —aseguró Jill. Alargó su mano por encima de la mesa y cogió la de él, le dio un ligero apretón de consuelo—. No creo que me hubiera mordido, ella es incapaz de dañar a nadie por muy vampira que sea.

William sonrió y le devolvió el apretón. Nunca se habían entendido muy bien, desde el principio había existido entre ellos una especie de muro de antipatía que quizá se debiera a una simple cuestión de celos absurdos. Pero estaba claro que ambos la querían y que no soportaban verla sufrir.

—Tienes razón.

—La tengo. Tú mismo lo has dicho, tiene una capacidad de autocontrol increíble.

—Sí.

—Sí —repitió Jill, asintiendo compulsivamente—. Por eso aquí nunca ha pasado nada. Kate no me ha atacado y lo del brazo me lo he hecho al caerme de vuelta a casa. Ni Evan ni nadie tiene que saber qué ha ocurrido aquí, ¿de acuerdo? ¿De acuerdo? —insistió al ver que William dudaba.

—Sí —respondió.

—Bien. —Hizo una pausa y se inclinó sobre la mesa—. ¿Ha sido Adrien? ¿Fue él?

El vampiro la miró estupefacto, y ella añadió:

—No me mires así, jamás pensaría que has sido tú. Y ese tipo nunca me ha dado buena espina.

William se puso en pie de repente. Fue hasta la ventana, se detuvo un instante y volvió sobre sus pasos.

—Fue Adrien. Y no hay que ser adivino para saber el porqué. Quiere machacarme, destrozarme, y lo ha conseguido. Está seguro de que romperé la maldición por ella.

—¿Y lo harás?

—Kate me lo ha prohibido. Dice que romperá nuestro compromiso si lo hago —respondió con una lúgubre sonrisa. Habían tenido esa conversación una decena

de veces y Kate siempre la zanjaba de la misma forma. Le prohibía tajantemente que contemplara esa posibilidad. «Lo hecho, hecho está, y no sabemos qué consecuencias puede acarrear cumplir la profecía», decía sin vacilar.

Jill también sonrió y se reclinó en la silla.

—¿De verdad sería tan malo que esa estúpida profecía se cumpliera?

William se acercó de nuevo a la cristallera y la abrió para que entrara el aire y aliviara el ambiente sobrecargado por el olor de la sangre de Jill. Se quedó allí parado, contemplando cómo la tarde avanzaba. En pocas horas el sol se pondría y Kate saldría de su encierro. Necesitaba con urgencia que Shane pusiera las persianas de acero en las ventanas, para que durante el día no necesitara encerrarse en aquel frío e incómodo sótano que le provocaba una claustrofobia insoportable.

Jill se levantó de la silla y fue a su lado, le rozó el brazo con afecto para traerlo de vuelta de sus pensamientos. William ladeó la cabeza y le sonrió.

—Los renegados no son estúpidos, por eso se alimentan de vosotros de una forma que no llame la atención, ¿y sabes cuál es el motivo principal? —Jill negó con la cabeza—. Que son vulnerables durante el día y eso es una desventaja muy grande. Pero si no temieran al sol nada les detendría, saldrían a la luz y, para cuando los humanos fueran conscientes del peligro, habría tantos convertidos que...

—¡Vale, vale, me hago una idea! —exclamó Jill frotándose los brazos—. Tengo que irme, pero volveré más tarde. Sé que me necesita y quiero estar con ella.

William asintió.

—Gracias, eres su mejor amiga, puede que entre los dos consigamos que supere todo esto.

—Lo hará, ya lo verás —aseguró Jill.

Kate sonrió, la hierba húmeda bajo sus pies descalzos le hacía cosquillas en los dedos. Caminó despacio, vagando por el jardín con los ojos cerrados. Olía a madera, a barro, y un aroma dulzón parecido al sirope que provenía de las hojas de los árboles. Ya no volvería a probar el sirope, le encantaba comerlo con los dedos hasta acabar tan pringosa que el tarro se le quedaba pegado a las manos; pero ahora al recordarlo, su estómago se agitaba con náuseas.

Se sentó sobre la hierba con las piernas cruzadas y empezó a jugar con el césped, deslizando las hojas por entre sus dedos abstraída por completo en sus pensamientos. Lo intentaba, pero no conseguía apartar de su cabeza aquellas ideas tristes. Intentaba no pensar en las horas que pasaba encerrada bajo aquella luz artificial con aquel sonido tan insoportable; nunca había sospechado que una bombilla pudiera emitir semejante zumbido.

Contempló el cielo. Pronto habría luna llena, una esfera brillante en el firmamento, y eso sería lo más parecido al sol que vería nunca. En verdad los ángeles eran crueles, William se lo había dicho la noche que descubrió que él era en parte uno de ellos, aunque ella pensó que lo decía por lo enfadado que estaba con su madre. Ahora sabía que estaba en lo cierto. Era cruel maldecir a alguien privándolo del sol, arrebatándole la luz que daba vida y la hacía crecer. Sumir a un ser en la oscuridad era el peor castigo posible y ella no había hecho nada para merecerlo. Entonces, ¿por qué permitían que continuara así? Porque no les importaba.

Inspiró hondo, a pesar de no necesitar el aire, simular que respiraba la tranquilizaba. Había visto a William hacerlo muchas veces cuando se ponía nervioso. Era curioso cómo el cuerpo se resistía a perder ciertos hábitos, esos movimientos mecánicos que se hacen sin pensar cuando estás vivo. Cuando William la acariciaba, su respiración se disparaba hasta convertirse en un jadeo, como cuando estaba viva. El cuerpo tenía sus propios recuerdos, quizá no podía diferenciar si de verdad estaba muerto.

Abrió los ojos de golpe.

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche? —preguntó Kate sin dejar de acariciar el césped. Oyó que reía por lo bajo y una décima de segundo después, William se sentaba tras ella rodeándola con sus piernas y brazos.

—¿Qué haces aquí tan quieta?

—Escuchar, ahora puedo distinguir muchos sonidos. Puedo separarlos y saber qué o quién los hace, a qué distancia... Hasta la hierba me susurra.

—¿Y qué te cuenta? —preguntó él estrechándola entre sus brazos.

—Que me quieres.

—Entonces hazle caso, sabe lo que dice —dijo con una suave risa.

Permanecieron abrazados y en silencio un rato.

William le apartó el pelo de la nuca y la besó en el cuello, después tras la oreja.

—Kate —susurró junto a su oído. Ella ladeó la cabeza para mirarlo—. Hace semanas que nos prometimos y aún no has fijado la fecha para la boda.

—Bueno, es así como funciona. Primero te comprometes, más tarde se fija la fecha y después te casas.

—Yo no quiero esperar.

—¿A qué vienen esas prisas? —preguntó sorprendida. Él apoyó la frente en su pelo y la estrechó con más fuerza mientras suspiraba. Tuvo que forcejear un poco para que la soltara. Se puso de rodillas y le tomó el rostro entre las manos obligándolo a mirarla—. ¡William! ¿Qué te preocupa?

Él se entretuvo mirándola antes de contestar.

—Que te arrepientas, que no quieras seguir adelante con nuestro compromiso.

—¿Y por qué no iba a querer?

—Sé que no estás bien, puedo verlo. Ya no ríes como antes, estás triste y callada. —Esta vez fue ella quien desvió la mirada—. No estabas preparada para esto, te supera. Tengo miedo de que acabes culpándome a mí.

Kate se quedó perpleja y empezó a negar con la cabeza.

—¿Culparte a ti? Nunca, tú no tienes la culpa.

—Nada te hubiera sucedido si no fuera por mí. Él te hizo esto por mí, Kate —replicó con amargura.

—Asumí el riesgo cuando supe quién eras y decidí estar contigo. Y tú mismo lo has dicho, Adrien fue quien me lo hizo y pagará por ello. Quiero que pague. —Apoyó su frente en la de él.

—Pero en aquel momento no eras del todo consciente de dónde te estabas metiendo.

—Puede que no. —Le puso las manos a ambos lados del cuello y sonrió—. Pero cuando regresaste sí lo sabía y aun así volví a tu lado.

William la miró a los ojos fijamente, entreteniéndose en las máculas púrpuras que salpicaban el verde de sus ojos.

—Porque eres una inconsciente —señaló con una sonrisa.

—Sí, una inconsciente que te quiere, para lo bueno y para lo malo. Por eso quiero casarme contigo cuanto antes.

—¿De verdad?

—¡Sí, no seas tonto!

William se puso en pie a la velocidad del rayo y la ayudó a levantarse.

—Puede que aún encontremos alguna capilla abierta y dónde comprarte un vestido —dijo arrastrándola hacia la casa.

—¡Espera, espera! No voy a casarme en una capilla de guardia.

William se detuvo y la miró con el ceño fruncido.

—Ni en una iglesia —añadió—. Después de saber cómo son las cosas arriba, ¿qué sentido tiene un matrimonio religioso? No les importamos.

Él la tomó por los hombros y su mirada era clara y firme.

—Creo en la institución del matrimonio, en lo que representa, si no a los ojos de Dios y de los hombres, sí a los míos. Quiero hacerlo bien, verte caminar hacia mí con un vestido precioso y guardar ese recuerdo en mi corazón para siempre.

Kate sonrió de oreja a oreja y enredó sus dedos en el pelo revuelto de William. Se puso de puntillas y lo besó.

—Vale, pero será aquí, en el jardín, y no esta noche, ¿de acuerdo?

—Será como tú quieras. Siempre y cuando acabes pronunciando un gran sí —respondió William y la besó en los labios—. Cierra los ojos —susurró abrazándola.

—¿Adónde vamos? —preguntó sin poder apartar la vista de él. De su piel clara y el cabello oscuro y brillante como hilos de seda, de la sonrisa juguetona que iluminaba sus ojos azules con ese halo plateado que a veces llegaba a deslumbrarla.

—Hay algo que no puedes posponer más —respondió en tono paternalista.

—¡No, William! —exclamó ella. Sabía a qué se refería, llevaban días hablando de ello.

—Antes o después tendrás que hacerlo, y mejor ahora que no cuando de verdad lo necesites y no sepas cómo.

—Prefiero seguir bebiendo de un vaso. No voy a ser capaz de morderle a un pobre animal que no me ha hecho nada —repuso muy tensa.

—Kate, no seas niña, por favor. No siempre habrá un vaso de sangre humana esperándote sobre la encimera de la cocina. Tendrás que recurrir a la caza. Además, te ayudará a aliviar la tensión que sientes cuando estás cerca de los humanos, más vale cazar un ciervo que no al cartero. —Pretendía que fuera una broma, pero a Kate no le hizo ninguna gracia.

—Está bien, pero no me gusta.

William volvió a sujetarla por la cintura.

—Espera a probarlo para decir eso —replicó con un guiño travieso.

Kate se arrodilló junto al arroyo y hundió las manos en el agua clara y fría, las

colocó a modo de cuenco y se lavó los restos de sangre de la cara. Después miró con atención su reflejo en el espejo que formaba el remanso, sus ojos brillaban como ascuas y la adrenalina aún recorría su cuerpo haciéndola temblar. No sabía exactamente cómo se sentía, porque había disfrutado desde el primer momento. Agazapada entre la maleza había observado al animal con una extraña mezcla de horror y fascinación, después todo había sucedido sin ni siquiera pensar en lo que estaba haciendo.

Sus instintos habían tomado el control, y cada uno de sus movimientos, de sus pensamientos durante la cacería, habían sido los de un depredador. Libre de miedo, de culpa, y le había gustado. Beber de un cuerpo caliente, vivo, de un corazón palpitante, era fascinante. La sangre no era en absoluto como la humana, ni la saciaba ni la fortalecía de la misma forma. Sin embargo, cazar a aquel animal era lo más excitante que había hecho nunca. Ya no sentía ese deseo imperioso de abalanzarse sobre todo lo que se movía, ni de destrozar hasta el último mueble de la casa cuando la embargaba la desesperación.

Levantó la vista de su reflejo y contempló a William en lo alto de la cascada, el vampiro levantó los brazos por encima de su cabeza y saltó hacia el agua formando con su cuerpo un arco perfecto. La zambullida apenas agitó la superficie y en pocos segundos quedó en calma, como un lienzo inanimado. Se puso en pie y lo buscó con la mirada. Surgió con la hermosura de un dios del mar. La camiseta negra se le había pegado al torso resaltando cada una de sus líneas. El pelo le chorreaba por la frente y se lo apartó con una sacudida, le tendió la mano y ella no se lo pensó.

Kate saltó a sus brazos con tanto ímpetu que lo tiró de espaldas y ambos cayeron al agua. Empezaron a reír a carcajadas mientras nadaban abrazados.

—Lo has hecho muy bien. Rápida y silenciosa como la brisa —le dijo William apartándole de la cara unos mechones de pelo.

—Tengo al mejor maestro —respondió ella y le rodeó el cuello con los brazos —. Deberíamos volver, Jill pasará por casa esta noche —susurró con los ojos entornados de puro deleite. Él le deslizaba los tirantes de su camiseta por los brazos y le mordisqueaba el hombro—. ¡Noche de chicas! No tenemos una desde hace mucho tiempo.

William la miró a los ojos y una sonrisa con la que le prometía el cielo curvó sus labios. A Kate se le encogió el estómago, y en un visto y no visto que la hizo gritar, estaba tumbada de espaldas sobre la hierba, con William sobre ella apoyado en los brazos para no aplastarla. Le brillaban los ojos y el reflejo de su respiración era acelerado.

Kate entornó los ojos, no necesitaba ser adivina para conocer sus pensamientos. Lo abrazó sintiendo su piel sobre la suya. Ya no le parecía fría, sino cálida como un día de verano.

—¿Dónde estabais? Llevo dos horas intentando localizaros. No hay nadie en

casa, no contestáis al teléfono —les espetó Jill desde la entrada.

A Kate se le escapó una risa floja.

—Fuimos de caza, Kate necesita aprender —respondió William.

—Lo siento, Jill, no me di cuenta de que fuera tan tarde. No te enfades, ¿vale?
—dijo Kate.

Jill se cruzó de brazos muy nerviosa y su respiración se aceleró por momentos. Miró a su amiga con ojos sombríos.

—¿Qué pasa? —preguntó Kate con un mal presentimiento.

—Es Alice, está en el hospital —contestó Jill.

Kate sintió que se ahogaba, y un sabor amargo ascendiendo por su garganta hasta la boca. El pánico la golpeó de lleno en el pecho y durante un segundo no pudo reaccionar.

—Tengo que ir con ella —dijo girándose hacia William.

Él asintió, la abrazó y se desmaterializaron.

Entraron corriendo por la puerta de urgencias y se acercaron al mostrador de admisión, donde una enfermera atendía el teléfono.

—Alice Lowell, la han traído hace un rato, su médico es el doctor Anderson —dijo Kate con voz ronca. La mujer le hizo un gesto con la mano para que esperara. Un gruñido escapó de su garganta, y si William no la hubiera sujetado por el brazo, habría saltado sobre aquella enfermera para clavarle los colmillos en la yugular.

—¡Kate! —gritó una voz tras ellos.

Keyla se aproximaba a la carrera por uno de los pasillos.

—¿Dónde está? —gritó Kate yendo a su encuentro.

—En la tercera planta, cuidados intensivos. Venid por aquí —les dijo señalando el ascensor.

En la tercera planta salieron del ascensor y giraron a la derecha, avanzaron por un largo corredor y volvieron a girar a la derecha. Kate se sintió desfallecer cuando vio a las personas que esperaban frente a la puerta de la habitación. Estaban todos, a excepción de Daniel, Rachel, Jerome y los niños, que no regresarían de su viaje a Canadá hasta principios de septiembre.

—¿Tan mal está? —le preguntó a Keyla sin poder apartar los ojos de Marie, que en ese momento abrazaba a Martha, consolándola.

Keyla le rodeó los hombros con el brazo y le dio un apretón.

—Deberías prepararte para lo peor.

Kate se llevó las manos a la boca para contener un sollozo.

Cuando entró en la habitación el pánico la atacó de nuevo. Alice estaba sobre una cama flanqueada por dos barreras y un montón de monitores que emitían distintos pitidos. Tenía un tubo en la boca que la ayudaba a respirar y vías en ambos brazos por las que no dejaban de administrarle medicación.

Una enfermera estaba apuntando algo en unas hojas que colgaban de la

cama y levantó la vista hacia ella por encima de sus gafas.

—Hola, tú debes de ser Kate. No dejaba de preguntar por ti antes de que la sedaran.

—¿Está sedada? —preguntó con voz entrecortada.

—No quedó más remedio. En esta etapa de la enfermedad los dolores son muy fuertes.

Kate asintió sin apartar la mirada del rostro de Alice.

—Puedes acercarte si quieres —le dijo la enfermera—. Cógele la mano, sabrá que estás aquí.

Kate se acercó muy despacio e hizo lo que la enfermera había dicho. Tomó la mano de su abuela y, al sentir la calidez de su piel, su cuerpo se relajó y empezó a pensar con más claridad.

—¿Cómo está?

—La han estabilizado. El médico que la está atendiendo vendrá dentro de un rato y podrás hablar con él —respondió la enfermera encaminándose a la puerta, se detuvo antes de salir—. Kate, ¿tienes más familia? Alguien a quien quieras que avisemos.

Kate negó con la cabeza.

—Solo una hermana, aún no he conseguido hablar con ella. Pero está en Los Ángeles, de vacaciones, así que... aún tardará bastante.

La enfermera la observó un segundo, no sabía por qué, pero Kate le inspiraba una ternura especial. Tenía la sensación de estar contemplando una muñeca preciosa con su largo pelo rojizo, y unos ojos tan grandes y verdes con los que parecía que iba a devorarlo todo. Se parecía a una de esas hadas de los cuentos que solía leerle a sus hijas por la noche. Sonrió ensimismada en aquel rostro de jaspé.

—Bueno, no parece que estés sola —dijo mientras señalaba con la cabeza la cortinilla que cubría la pared de cristal, a través de ella se vislumbraban las siluetas de sus amigos.

Kate le devolvió la sonrisa con tristeza.

—No, no lo estoy —respondió.

—Estaré en el mostrador que hay al final del pasillo. Llámame si me necesitas.

—Gracias —respondió Kate sin apartar la vista de su abuela.

Unas horas después, el médico abandonó la habitación despidiéndose de William con un apretón de manos. Keyla se había llevado a Martha para que comiera algo y el resto continuaba en el pasillo montando guardia.

Kate suspiró y apoyó la frente sobre la mano de Alice, después se la acercó a la cara y la rozó con la mejilla. Podía oír perfectamente los latidos de su viejo corazón, lentos y desacompañados. Tenía que concentrarse con todas sus fuerzas para no distraerse con el murmullo de su sangre. Por un momento se odió a sí

misma, a pesar de la situación, su deseo de sangre seguía tan presente como ella misma en aquella habitación.

—Kate —William posó una mano en su hombro—. Está a punto de amanecer, tenemos que marcharnos. Además, necesitas alimentarte, en este lugar el olor a sangre no lo disimula ni el desinfectante. No es seguro.

—No pienso dejarla sola —repuso ella.

William se revolvió el pelo exasperado. Sacar a la chica de allí iba a ser más difícil de lo que había imaginado.

—¡Quieres mirar a tu alrededor! —exclamó con un tono más duro de lo que pretendía—. Hay ventanas por todas partes, hasta en el pasillo. Este hospital parece un maldito solárium.

Kate se lo quedó mirando incrédula.

—Ya has oído al médico, no puedo irme. Yo... yo quiero estar con ella cuando... cuando... —Escondió el rostro entre las manos, destrozada.

William se arrodilló a su lado y le acarició la espalda en un intento frustrado de consolarla.

—Yo me quedaré a su lado —respondió. Ella empezó a negar con la cabeza—. Kate, le prometí que cuidaría de ti, que nunca dejaría que te pasara nada, y voy a cumplir mi promesa. Puedes elegir, o te vas a casa y dejas que yo la cuide, o te llevo a la fuerza y me quedo contigo para que no hagas ninguna tontería. Tú decides.

No quería ser tan duro, y menos en aquellas circunstancias, pero ella no estaba en condiciones de pensar con claridad y en apenas una hora amanecería. Para entonces debía estar a salvo en casa o el sol acabaría con ella.

—Te obligaré si es necesario —dijo él.

Kate se levantó con ganas de abofetearlo, pero su ira no pareció conmoverlo en lo más mínimo. Lo desafió con la mirada y a continuación se encaminó a la puerta, no sin antes darle un beso a su abuela. Agarró el picaporte, pero antes de salir se detuvo un instante sin levantar la mirada del suelo.

—¿Sabes qué? Puede que en el fondo sí te culpe de todo esto —dijo con una voz tan fría como el hielo.

William la observó mientras se alejaba por el pasillo. En ese momento no pudo contenerse más y las lágrimas rodaron por su rostro como diminutos diamantes. Se acercó a la ventana y la observó hasta que subió al coche con Marie y Robert, y desaparecieron entre el tráfico.

—No lo ha dicho en serio, está desesperada, nada más —dijo Shane a su lado.

—La estoy perdiendo —replicó impotente.

—No digas tonterías, Kate te quiere más que a su propia vida. Va a perder a la que ha sido su madre y está asustada. Siempre ha sido autosuficiente, se ha encargado de todo y ahora tiene que limitarse a cruzarse de brazos y esconderse. Es lógico que reaccione así.

—Sí, es lógico, y el único responsable de que se encuentre en esta situación soy yo. Si acaba odiándome, lo tendré bien merecido.

—No va a odiarte. Es fuerte, superará todo esto.

—Sé que es fuerte, pero todos tenemos un límite, ¿qué más crees que podrá aguantar?

Shane no supo qué contestar y se limitó a permanecer a su lado, mirando el cielo a través de la ventana. William tenía razón, todo el mundo tenía un límite. Kate estaba pasando por demasiadas cosas y sin apenas tiempo a asimilarlas. Lo único que la mantenía cuerda era el amor que sentía por William, que compensaba todo lo malo. Pero ¿y si eso no era suficiente en aquel momento? No, Kate amaba demasiado a William, lo estaba demostrando día a día.

—Solo piensa en lo que tú soportarías por ella y ahí tendrás la respuesta. Ella te quiere tanto como tú a ella —respondió al fin, y le dio una palmada en la espalda.

William ladeó la cabeza para mirarlo. Aún tenía los ojos húmedos y tristes, sin embargo le dedicó a Shane una sonrisa cargada de gratitud.

—Marie está haciendo milagros contigo —dijo algo más animado.

Shane se encogió de hombros y rió por lo bajo. De repente ambos se giraron alarmados hacia la habitación y todos los monitores comenzaron a sonar.

William se arrodilló junto a Kate sin importarle que el impecable traje negro que vestía se manchara. Le colocó un mechón de pelo tras la oreja y le rozó la mejilla con el dorso de la mano. Llevaba horas sin moverse de aquel rincón, con la mirada perdida y sin decir ni una palabra. No había reaccionado a la visita de Jill, ni de Shane, ni siquiera él había conseguido sacarla de aquel letargo en el que se había sumido tras conocer la muerte de Alice. Y saber que no podría acudir al funeral, porque este iba a celebrarse a media tarde por orden de Jane, había empeorado su ánimo.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya? —preguntó William tomando su mano flácida entre los dedos. Ella ni siquiera parpadeó—. ¡Kate, te lo suplico! Háblame, aunque solo sea para decirme que me odias. —Ella no se inmutó. William suspiró y sin más dilación se levantó—. Está bien. Volveré en cuanto pueda.

Subió la escalera intentando no mirar abajo, si lo hacía no sería capaz de marcharse y dejarla allí a pesar de que se lo había prometido. Lo había amenazado con escaparse si no se ocupaba del funeral, y había rechazado cualquier compañía. No quería ver a nadie. Él no tuvo más remedio que aceptar, incapaz de causarle más disgustos.

—No te odio —susurró Kate hundiendo la cabeza entre las piernas cuando oyó cerrarse la puerta.

Se acurrucó hasta hacerse un ovillo, llorando sin lágrimas y en silencio la pérdida de su abuela. Sentía un dolor tan intenso que apenas podía soportarlo. Alice ya no estaba, se había ido sin poder despedirse de ella, y ni siquiera podría decirle adiós en su funeral. Estaba tan deprimida que lo único que deseaba era dormir como cuando era humana, soñar y olvidar durante unas pocas horas.

Pensó en William y un gemido de desamparo escapó de su garganta. Lo había estado castigando con su silencio y su indiferencia, tratando de culparlo con todas sus fuerzas de las cosas horribles que le habían sucedido en los últimos días. Pero le resultaba imposible, William estaba tan dentro de ella como su propio corazón, y jamás podría sentir por él otra cosa que no fuera un profundo amor.

Hablaría con él en cuanto regresara, necesitaba que la abrazara y que le susurrara que la quería.

De repente se puso tensa y miró hacia el techo con recelo. No sabía cómo, pero lo sabía, como si por alguna extraña razón estuvieran conectados. Se puso en pie apretando puños y dientes con rabia, y ascendió la escalera. Desde el umbral escrutó todo el espacio que le permitían sus ojos. El sol daba en la parte trasera, por lo que la sala y la entrada estaban a la sombra. Sin dudar se encaminó a la puerta principal y la abrió de un tirón.

La luz la deslumbró por un momento, parpadeó y fijó una mirada asesina en la figura que tenía delante, en medio del camino. Parecía un fantasma, pálido y demacrado, con unas profundas ojeras que oscurecían sus ojos hasta convertirlos en dos pozos negros. Nunca había visto a nadie tan cansado. Por un momento se conmovió y estuvo a punto de tenderle la mano para consolarlo; no podía evitarlo, sentía cariño por él. Entonces todos los recuerdos la golpearon de lleno en el pecho y la rabia surgió de su cuerpo como un geiser.

—No me queda nada que puedas arrebatarme, así que vete por donde has venido —le espetó destilando odio.

Adrien frunció los labios con una mueca de dolor y cerró los ojos, cuando volvió a abrirlos las lágrimas brillaban en ellos.

—Siento mucho lo de tu abuela, quería que lo supieras —dijo él con voz ronca.

—¡No la nombres, ni se te ocurra nombrarla! —le gritó—. No tienes ningún derecho.

Él desvió la mirada.

—Ni siquiera he podido despedirla —añadió—. En este momento están enterrando su cuerpo y yo no he podido decirle adiós. Todo por tu culpa. Te odio, Adrien. Te odio con toda mi alma, te odiaré mientras viva, que gracias a ti será para siempre.

Adrien sollozó sin darse cuenta y parpadeó repetidamente. Le dolía tanto verla así.

—Kate, apenas consigo vivir sabiendo lo que te he hecho.

—¡Me alegro! —le espetó—. Ahora márchate, no soporto tenerte delante.

—Nunca quise hacerte sufrir, yo te...

—¡No te atrevas a decirlo, no te atrevas a decir que me quieres porque eso no es cierto! Me has utilizado. —Apretó los puños con ganas de estamparle uno en su cara—. William no descansará hasta dar contigo y te matará. Yo misma se lo he pedido.

Él no pudo sostenerle la mirada por más tiempo y la apartó.

—Toda esta locura ha llegado a su fin, en pocas horas terminará. Entonces tú misma podrás acabar conmigo. Es lo único que puedo ofrecerte para compensar el daño que te he hecho. —Sacó una daga de su espalda y la hizo girar entre sus dedos—. Te la daré en cuanto todo termine, después serás libre de usarla.

—¿Qué quieres decir con que en pocas horas terminará? —preguntó Kate con

el estómago encogido—. ¿A qué has venido realmente?

—A decirte que lo siento. Necesito disculparme una y otra vez, aunque eso no solucione nada —respondió desesperado.

—¿Y a qué más? —insistió sin poder disimular el miedo y la desconfianza que su presencia le causaban.

Él la miró en silencio mientras su rostro se transformaba en una máscara dura y fría.

—He venido a por ti —susurró con un destello que transformó sus ojos en plata fundida.

Kate giró sobre sus talones a la velocidad del rayo y corrió hacia las escaleras del sótano. Antes de que pudiera rozar la puerta, Adrien la agarró por la cintura alzándola del suelo. La apretó contra su pecho con tanta fuerza que le crujieron los huesos y todo se desvaneció a su alrededor.

No dejó de forcejear en ningún momento y, cuando sus pies tocaron de nuevo el suelo, trató de patear las piernas de Adrien que la mantenía sujeta sin inmutarse por ninguno de sus golpes. Gritó, se retorció y volvió a gritar, hasta que se dio cuenta de que así no iba a lograr nada; solo acabar agotada y más sedienta. Finalmente se dio por vencida y dejó de moverse. Poco a poco él la soltó y sin quitarle los ojos de encima se alejó un par de pasos.

Entonces, con un rápido movimiento, Kate se dio la vuelta y le propinó una sonora bofetada.

—¿Has terminado? —le preguntó él frotándose la mejilla. Vio venir otra bofetada pero no hizo nada por esquivar el golpe. Se pasó la lengua por el labio y saboreó su propia sangre—. ¿Mejor?

Kate levantó la mano dispuesta a golpearlo otra vez con todas sus fuerzas. Él fue más rápido y la sujetó por la muñeca. De un empujón la empotró contra la pared, la sujetó por el cuello y la besó con vehemencia. Aturdido por el sabor de la sangre y la dulzura de sus labios, se apartó de golpe cuando el deseo de arrancarle la ropa empezó a ocupar su mente.

—Si intentas pegarme de nuevo, volveré a besarte, y esta vez iré más lejos —le dijo apuntándola con el dedo de forma desafiante.

—No te atreverás.

—Sí que lo haré, ¿aún dudas de hasta dónde puedo llegar?

Kate apretó los dientes hasta que le rechinaron y se limpió los labios con el dorso de la mano. Se cruzó de brazos sin apartar los ojos de él. Si las miradas matasen, Adrien habría caído fulminado al suelo en ese mismo instante. Apartó la vista cuando él se quitó la camiseta manchada de sangre y la arrojó a la chimenea. Le sorprendió que tuviera el fuego encendido en pleno agosto.

Observó con detenimiento la cabaña, una bonita construcción de madera que en otras circunstancias le habría parecido preciosa. Sus ojos se clavaron en la puerta y en la tenue luminosidad que entraba bajo ella. Las contraventanas

estaban cerradas, por lo que no podía calcular la posición del sol, ni qué hora sería... y había perdido el reloj.

Con disimulo volvió a centrar su atención en la puerta. La luz tenía un tono anaranjado, por lo que la tarde estaba muy avanzada, probablemente no tardaría en anochecer. Escuchó con atención: ramas que crujían, pájaros que trinaban y aleteaban de un lado para otro, algo roía corteza muy cerca de allí. Estaban en algún punto en las montañas y debía de ser un sitio oculto de difícil acceso, por lo que, con toda seguridad, aquella cabaña se encontraba en lo más profundo del bosque. Un bosque milenario de grandes y tupidos árboles que apenas dejaban filtrarse al sol.

Corrió hacia la puerta incluso antes de estar segura de si era una buena idea o una completa y peligrosa locura. Tiró del picaporte y se precipitó afuera sin dudar. Corrió entre la penumbra de los árboles con los ojos entornados por el exceso de luz. Al principio no sintió nada, creía que estaba segura bajo la tupida bóveda que formaban las copas de los árboles sobre su cabeza, y que solo debía mantenerse oculta bajo ella evitando a Adrien hasta que anocheciera por completo. Entonces podría huir. El viento comenzó a soplar haciendo que las hojas silbaran con un sonido estremecedor, zarandeándolas con violentas rachas de aire que abrían agujeros enormes por los que se colaban los rayos del sol. Hermosos haces de luz letales para un vampiro.

Un grito desesperado escapó de sus labios, sentía la piel como si un ácido corrosivo se la estuviera disolviendo. Nunca había experimentado un dolor tan intenso y abrasador, lo sucedido unos días antes en su casa no había sido nada comparado con aquello. Profirió un alarido desgarrador cuando el sol le tocó la cara, se la cubrió con las manos y estas también se quemaron. Durante un larguísimo instante fue consciente de que era el final, no había donde esconderse, no había donde ir. Cayó al suelo entre convulsiones y lo último que vio fue una sombra gigantesca cerniéndose sobre ella.

Adrien abrió el grifo de la bañera y fue a buscar hielo mientras esta se llenaba. Al paso cogió de la nevera un par de bolsas de sangre y las dejó sobre el lavabo. Vacío el hielo con descuido sin importarle que el suelo del baño se inundara con las salpicaduras. Tomó a Kate del suelo y con mucho cuidado se metió con ella en la agua helada. La apoyó contra su pecho de forma que no resbalara y se sumergiera. Alargó una mano y cogió la toalla, la empapó y muy despacio la fue escurriendo sobre su rostro, sobre las quemaduras. Con la pericia de un contorsionista alcanzó las bolsas de sangre, las rasgó con los dientes y con paciencia la fue vertiendo en la boca de Kate.

Estaba tan asustado que las manos le temblaban y parte de la sangre caía sobre la garganta y el pecho de la chica tiñendo el agua. Ella no despertaba, no intentaba tragar. La estrechó contra su pecho, meciéndola.

De repente Kate gimió con un estremecimiento.

—¡Eso es, eso es! Vamos, regresa —susurró vertiendo un poco más de sangre en su boca. Sonrió aliviado al ver que reaccionaba y empezaba a succionar—. Así, así, sigue bebiendo.

En pocos segundos terminó con la sangre y sus quemaduras empezaron a desaparecer con rapidez. Pero Kate empezó a gemir de nuevo, abrazándose el estómago como si le doliera.

—No es suficiente, necesita más —dijo para sí mismo.

Miró a Kate y después su propio cuerpo, sin saber muy bien cómo levantarse sin que ella se moviera demasiado; aún tenía ampollas en los brazos. Pensó en desvanecerse, pero desechó la idea porque podría ser muy brusco.

Ella gimió otra vez y se encogió deslizando los brazos alrededor del pecho del vampiro. Él se puso tenso de golpe y se quedó completamente quieto, mientras ella continuaba haciendo aquellos ruiditos con la nariz pegada a su piel, como si olisqueara. Sin apenas tiempo a entender lo que estaba pasando, Kate se sentó a horcajadas sobre él y le mordió el cuello. La sorpresa fue tan grande que en un principio no reaccionó, entonces sintió el impulso de empujarla y quitársela de encima. La sangre de vampiro no era buena para otro vampiro, tenía el mismo efecto que para un humano beber leche cortada, la vomitabas.

La agarró de los hombros para apartarla, pero ella se zafó con la agilidad de un pez y se agarró a su cuello succionando con codicia. La miró de reojo, la sangre parecía sentarle bien, su piel estaba recuperando algo de color y las ampollas le habían desaparecido.

Infinidad de sensaciones comenzaron a embargarlo, jamás había sentido algo igual. El cuerpo delgado de Kate encaramado sobre el suyo mientras bebía de él, era lo más intenso que había experimentado en la vida. Acomodó la espalda tratando de relajarse y empezó a acariciarle el pelo, dejando que tomara todo lo que pudiera necesitar.

De repente Kate abrió los ojos y saltó hacia atrás, salpicando con brazos y piernas. Salió de la bañera.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó.

—¿Que qué estoy haciendo? Eras tú la que intentaba dejarme seco.

Kate se pasó la mano por los labios y vio la sangre en sus dedos, desconcertada dio un paso atrás.

Adrien salió de la bañera chorreando agua. Por su pecho desnudo corría un hilillo de sangre del que Kate no podía apartar la mirada.

—Te he mordido... —musitó abrumada.

—Estabas muy débil, necesitabas la sangre y yo te la he dado encantado.

—¿Un vampiro puede beber de otro vampiro? —preguntó Kate cada vez más impresionada.

—No, pero técnicamente yo no soy un vampiro, y parece que gracias a mi sangre te has recuperado —respondió mientras se limpiaba el cuello con una

toalla. Se palpó la herida, cicatrizaba sin problemas.

Kate se miró los brazos y corrió al espejo para ver su rostro. Su piel estaba perfecta y no le dolía. De hecho, se sentía increíblemente bien, fuerte, despierta como nunca.

—Eso que has hecho ha sido una estupidez —añadió él enfadado. Resopló y fue hacia ella sin dejar de mascullar.

Kate retrocedió hasta chocar contra un armario, e intentó resistirse cuando él la agarró del brazo y la arrastró hasta el salón.

—Si no me hubieras secuestrado, no tendría que intentar escapar —replicó lanzando una mirada a la puerta.

Adrien siguió su mirada y puso los ojos en blanco.

—¿Piensas intentarlo otra vez? Adelante, puede que esta vez no llegue a tiempo. —Fue al dormitorio y un segundo después regresó con unos vaqueros y una camiseta—. Ten, ponte esto hasta que tu ropa esté seca.

Kate cogió las prendas y dio media vuelta para ir al baño.

—Vístete aquí —dijo él cortándole el paso—. No pienso perderte de vista.

—¡No voy a desnudarme mientras me miras!

Adrien gruñó disgustado y le dio la espalda.

—¿Está bien así?

Kate se cambió de ropa y le lanzó las prendas mojadas a Adrien, que las atrapó al vuelo sin apenas moverse. El chico colocó una silla frente al fuego y colgó la ropa.

—¿Por qué tienes el fuego encendido? Los vampiros no tenéis frío —preguntó Kate con curiosidad, sin darse cuenta del tiempo que había usado. Todavía consideraba a los vampiros como *ellos*, no como un nosotros.

—Suele cambiar de color cuando él se acerca, lo descubrí hace poco —respondió. Apoyó las manos sobre la chimenea y su espalda se tensó marcando cada uno de sus músculos.

—¿Él? ¿Te refieres a tu padre? —inquirió Kate. Entonces se percató del dibujo de su espalda, el tatuaje había desaparecido de su brazo y ahora estaba entre sus hombros, negro como la noche y del tamaño del que lucía William en su pecho.

Adrien asintió sin dejar de mirar las llamas.

—¿Y esas alas? —continuó con las preguntas.

Él la miró una vez por encima del hombro y volvió a hundir la cabeza.

—¿Vas a fingir que no sabes lo que son?

—Sé lo que son, pero esas son nuevas.

—Necesitaba una protección mayor, cada vez es más difícil mantenerme oculto a ciertos ojos. Pronto este tampoco servirá. Tengo curiosidad por saber qué hará entonces mi *amado* padre —masculló en tono sarcástico.

Kate experimentó una pequeña punzada de lástima, empezó a recordar las cosas que Adrien le había contado sobre su madre, su hermana... y sobre su

padre, el ser que lo estaba empujando a hacer todas esas cosas horribles. Desechó la pena de inmediato, jamás podría perdonarlo por muy nobles que hubieran sido sus razones.

—¿Qué hora es? —preguntó Kate.

—¿Quieres saber cuánto falta para que anochezca? —preguntó él a su vez.

Ella guardó un silencio incómodo. Adrien se masajeó el rostro, frustrado, y con las manos en las caderas se giró para enfrentarla.

—Mira, puedes hacer que esto sea fácil o difícil. —Señaló un sillón frente al fuego—. Puedes sentarte ahí y no hacer otra tontería, u obligarme a usar eso. —Esta vez señaló un rincón en el que ella no había reparado.

Kate miró hacia donde él señalaba y sus ojos se abrieron como platos. Había cadenas sujetas por argollas a la pared de piedra.

—¿Vas a atarme?

—Solo si me obligas —respondió sin atreverse a mirarla.

—Soy un vampiro, gracias a ti, ¿recuerdas? Unas cadenas no van a retenerme —replicó con aire de suficiencia.

Adrien sonrió y dio unos cuantos pasos hacia ella sumiendo su rostro en la penumbra. Las llamas a su espalda parecían un halo brillante que rodeaba su cuerpo haciendo que su piel desnuda brillara de una forma insólita. Kate se puso tensa. Tenía un aspecto sobrecogedor.

—Esas te retendrán —respondió él señalando las cadenas con un gesto de la cabeza—. ¿Sabes de qué están hechas? De lo mismo que esto. —Tomó una daga de la repisa de la chimenea.

Kate apretó los labios, molesta. ¿Desde cuándo estaba esa daga allí? ¿Y por qué no la había visto antes? Podría haberla usado.

Al ver que ella no decía nada, Adrien añadió.

—Están hechas de una extraña aleación de plata, rodio y polvo de diamante, enfriada en el agua destilada de la Belladona. —Fue hasta la pared de piedra y tomó una de las cadenas—. Provocan una peligrosa reacción en seres como nosotros, suele infligir heridas muy difíciles de sanar que pueden matarte si no te regeneras a tiempo.

Sin apartar los ojos de Kate, le dio un tirón a la cadena. La soltó de golpe con un siseo y abrió la mano, ella pudo ver que la tenía en carne viva.

—¡Y pensar que te consideraba mi amigo, que me he preocupado por ti todo este tiempo! —Lo apuntó con el dedo—. ¡Maldito estúpido! ¿De verdad crees que todo esto te va a funcionar? ¿Que William vendrá corriendo hasta aquí y te dará su sangre para que me dejes libre? No lo hará.

Adrien la miró como si de pronto estuviera cargando con algo muy pesado en su interior, le temblaban los labios cuando habló.

—Daré su sangre para que sigas viva. No será capaz de sacrificarte.

—Va a matarnos —masculló Carter sin dejar de moverse, iba de un lado a otro como un león enjaulado.

—Si mata a alguien, será a nosotros, estábamos vigilando —replicó Jared, lanzando una mirada nerviosa a Shane.

—¿Estáis seguros? —preguntó Carter.

—¡Maldita sea, sí! —exclamó Shane—. Ni un solo rastro se aleja de esta casa, no ha salido.

—¡Pero tampoco está dentro! —gritó Carter a su vez.

—Ya está bien —intervino Jared. Puso una mano sobre el hombro de su hermano para tranquilizarlo—. Te hemos llamado porque estás al mando hasta que papá vuelva. Bien, ¿qué hacemos? Porque el funeral terminó hace unos minutos.

Carter soltó una risa amarga y miró a su primo con un destello dorado en los ojos.

—Llámalos y preparaos para la tormenta.

Shane asintió con un suspiro y sacó su móvil, se alejó unos pasos y empezó a hablar.

De repente los tres miraron hacia la casa. Un sonido se iba acercando, como un retumbar que parecía surgir de la mismísima tierra. Luego se oyó un ligero tintineo de cristales vibrando y la temperatura empezó a descender. Una fría explosión de furia los sacudió y William surgió caminando del interior.

—¿Dónde está? —bramó.

William continuaba hecho una furia. Su ánimo empeoraba conforme pasaban las horas y no encontraba ninguna pista sobre el paradero de Kate. Había rastreado cada palmo de aquella montaña, del pueblo, y de cualquier lugar que se le pasaba por la cabeza. Sabía que era un esfuerzo inútil porque Adrien podría habérsela llevado a cualquier parte del mundo.

Miró su reflejo en el río. Su hermosa cara se asemejaba a la de un espectro demoníaco, poseído por una especie de frenesí vengativo al que no sabía cómo dar rienda suelta. Y eso era lo último que necesitaba en ese momento, perder la cabeza no iba a ayudarlo. Debía mantenerse frío y calmado; y pensar, pensar en cómo encontrar a Kate.

Estaba a punto de amanecer. Se desmaterializó y un segundo después tomó forma en el exterior de su casa. Poco a poco fueron llegando los demás, nadie había encontrado nada.

Robert le puso una mano en el hombro y le dio un apretón.

—Tranquilo, la encontraremos.

William asintió con un movimiento seco de cabeza y la mirada fija en algún punto que solo él parecía ver.

—Está a punto de amanecer, deberíais marcharos —dijo con la mandíbula apretada y los nervios de punta.

Cuando los vampiros se hubieron marchado, los lobos formaron un semicírculo frente a él, como si esperaran a que él les dijera lo que debían hacer. Pero ni él mismo lo sabía. Aunque sí conocía a alguien que podría tener la respuesta.

Con paso decidido avanzó hasta el centro del jardín. Alzó la cabeza al cielo y abrió los brazos.

—¡Gabriel! —gritó con todas sus fuerzas.

Los Solomon se miraron como si William hubiera perdido la cabeza.

—¡Gabriel! —volvió a gritar girando sobre sí mismo—. ¡Gabriel! ¿Quieres que te suplique? Bien, lo haré. —Se arrodilló en el suelo—. Te lo suplico.

Un fuerte viento comenzó a soplar arrastrando un zumbido, y empezó a nevar bajo un cielo completamente despejado. Un resplandor cegador surgió de la nada iluminándolo todo con una cascada de destellos. Poco a poco una figura mucho más resplandeciente y translúcida comenzó a tomar forma ante sus ojos. Gabriel posó sus pies descalzos en el suelo, vistiendo tan solo unos pantalones negros que hacían juego con sus alas. Las batió un par de veces y se plegaron hasta desaparecer por completo.

Clavó sus ojos plateados en William y lo contempló con un atisbo de afecto. Inmediatamente se tornaron fríos y distantes.

—Te lo advertí. Te dije que lo mataras, cuando aún disponías de tiempo —dijo con una mueca de desprecio.

—Lo haré, dime dónde está y lo haré. Te lo prometo.

—No sé dónde está, no puedo percibirlo, ¿recuerdas? —dijo golpeándose el pecho con dos dedos para recordarle a William el pequeño detalle de la protección.

—Tiene a Kate. —Se puso en pie con una sensación asfixiante cerniéndose sobre él.

—Lo sé, es lo único que puedo ver en tu mente. Olvídate de ella, ya es tarde, el tiempo se ha agotado —replicó lanzando una mirada indiferente a los Solomon.

—¿Qué quieres decir?

Gabriel sonrió de una forma siniestra y recitó parte de la profecía.

—Cuando la noche venza al día en su plenitud y la oscuridad domine con sus

sombras a la luz... ¿Qué significa eso, William? —William negó con la cabeza y Gabriel resopló exasperado—. ¿Qué ocurrirá hoy a medio día? ¿Qué fenómeno encogerá dentro de unas horas los corazones místicos y supersticiosos de los hombres? —y añadió para sí mismo distraído—. Extraña dualidad, cohabitar dos conceptos tan opuestos en un mismo recipiente.

La mente de William se iluminó como un faro.

—¡El eclipse! —respondió, lo había olvidado por completo, y el hecho de no haberlo relacionado lo hizo sentirse estúpido.

—Exacto, cuando la noche domine al día en su plenitud, el tiempo de la profecía llegará a su fin. Ha llegado el momento de que demuestres en qué lado estás, si de verdad eres tan fuerte como para lograr que un destino escrito hace miles de años no se cumpla.

—Acabaré con Adrien, su sangre se derramará, pero no donde él imagina —replicó William con una seguridad aplastante.

—¡Sigues sin entenderlo! —Gabriel alzó la voz, molesto, irradiando una brillante luz dorada—. Desaparece, ve a dónde nadie pueda encontrarte y no vuelvas hasta que ese eclipse haya terminado. Es la única forma de no correr riesgos.

—¿Y qué pasa con Kate? —preguntó William casi con miedo.

—Olvidate de ella, no puede salvarse. Una vida a cambio de muchas es un precio justo —respondió el arcángel con indiferencia.

William palideció hasta que su piel se asemejó a la cera. Gabriel le estaba pidiendo que huyera, que buscara un lugar donde esconderse y que se olvidara de Kate; que la sacrificara. Rechazó la idea de lleno. No iba a abandonarla, y solo él podía plantarle cara a Adrien. El vampiro era demasiado fuerte y peligroso como para que los licántropos le ayudaran, y no estaba dispuesto a perder a ninguno de ellos. Por lo que no había opciones que contemplar. No huiría, no se escondería. Pelearía.

—No —replicó William en un tono impregnado de rencor.

Los Solomon empezaron a moverse nerviosos intercambiando miradas preocupadas. Shane lanzó una pregunta a Carter a través de una de aquellas miradas y Carter asintió imperceptiblemente sin asomo de duda. Ambos se prepararon.

Gabriel frunció el ceño y su cuerpo empezó a difuminarse cobrando de nuevo aquella apariencia traslúcida que resultaba mortalmente hermosa bajo los rayos del sol.

—No —repitió William.

—No me desafíes —replicó el arcángel con el rostro encolerizado.

—¿Y qué harás? Nada, no puedes intervenir. —Sostuvo sin parpadear la mirada cruel de Gabriel.

De repente William cayó de rodillas y se llevó las manos al pecho, mientras

Gabriel caminaba lentamente hacia él con un puño apretado, estrujándole el corazón a distancia.

Los Solomon reaccionaron, no sabían exactamente cómo, pero el arcángel estaba atacando a William y en ese momento su lealtad era clara. Se transformaron, dispuestos a arremeter contra él sin importarles que desafiaban a un arcángel. Pero fue un esfuerzo inútil, se encontraron con un muro invisible que los repelía cada vez que intentaban llegar a él. La impotencia que sentían les obligaba a insistir y se lanzaron una y otra vez contra aquel campo de fuerza, mientras William parecía sufrir la peor de las torturas.

—¿Por qué no te rindes? —preguntó Gabriel con un suspiro. William se puso de rodillas, pero volvió a desplomarse con un grito de dolor—. Deja de luchar y obedece, entiende que lo que está en juego es demasiado importante. Ella será sacrificada, pero puedo conseguir que su alma no descienda al infierno. Así podréis reencontraros cuando tus días en este mundo terminen.

William reaccionó a sus palabras y, sacando fuerzas de donde no las tenía, se puso poco a poco en pie. Pensó en Kate e intentó no sentir aquella presión que le desgarraba el pecho. Inspiró y espiró, inspiró y espiró cada vez más rápido, concentrándose únicamente en aquel movimiento, hasta que su respiración se convirtió en un rítmico jadeo. Sintió la luz que se expandía desde su interior y el zumbido en su cabeza, que en ese momento le pareció el sonido más maravilloso del mundo. La vibración cobró fuerza y su cuerpo se fue calentando hasta que pensó que acabaría estallando en llamas. Pero no ocurrió, su cabeza se despejó de repente. Sintió un poder tangible arremolinándose en su interior, tan intenso que apenas podía contenerlo. Clavó sus ojos en Gabriel, que de pronto parecía sorprendido, y el dique que lo contenía se rompió.

Se irguió con los brazos estirados a ambos lados de su cuerpo. Una explosión invisible surgió de él, que agitó hasta los cimientos de la casa con una onda expansiva que se repetía una y otra vez en violentas oleadas. Sintió cómo su corazón quedaba libre de la presión. Los lobos se agazaparon intentando protegerse de las sacudidas. En cambio Gabriel seguía de pie sin inmutarse, con los ojos entornados y el pelo ondeando a su espalda. Solo su rictus de dolor y enojo demostraba que el ataque de William lo había cogido desprevenido.

—Impresionante, demasiado poder para alguien que solo piensa en sí mismo, todo un desperdicio —dijo sin ninguna emoción. Sonrió cuando vio que de las manos del vampiro surgía una larga serpiente de fuego dispuesta a atacar, a su alrededor unas sombras oscuras se movían con vida propia. El chico aprendía rápido—. Eso no es necesario, no vamos a enfrentarnos, al menos en este momento —suspiró decepcionado—. He intentado guiarte hacia el lado correcto, pero tú has tomado una decisión y yo no puedo obligarte a nada que no desees, mis leyes me lo impiden —puso tanto desprecio como pudo en su voz. Sus alas se desplegaron y empezaron a batir. Se alzó del suelo—. Crees que puedes lograrlo,

evitar la profecía, rescatar a tu amada... y salvar al chico malo. Yo no apostaría por eso ni el alma más corrupta. No tienes ni idea del precio que este mundo pagará por tu debilidad. —Miró una última vez a William y desapareció con el mismo resplandor cegador con el que había aparecido.

Shane observó al vampiro desde el porche, no podía evitar sentirse inquieto. Le preocupaba lo que pudiera estar maquinando su amigo. Llevaba horas en medio del jardín, inmóvil, y eso no presagiaba nada bueno. No había dicho ni una palabra desde la aparición del arcángel. Fue a su encuentro.

—Así que este es el plan —dijo Shane y alzó la vista al cielo para contemplar el eclipse. Pronto el sol quedaría cubierto por completo y todo se sumiría en una extraña oscuridad—. Esperar.

William asintió sin apartar los ojos del cielo.

—William —dijo Shane intentando captar su atención, se despeinó con nerviosismo y puso las manos en las caderas—. El sol está a punto de ocultarse, ¿no has pensado que quizá no llame? —Dio un paso atrás cuando el vampiroladeó la cabeza taladrándolo con la mirada, pero tenía que decirlo, la idea lo estaba carcomiendo desde hacía rato—. ¿Y si pasa de la profecía? ¿Y si lo único que quiere es a Kate? ¿No lo has pensado?

El sol se ocultó por completo. De repente el teléfono que William tenía en la mano empezó a vibrar, le echó un vistazo a la pantalla y miró a Shane.

—No —respondió. Descolgó y escuchó—. Están en Saint Mary, y voy solo —le dijo al licántropo sin ni siquiera mirarlo.

Dio media vuelta y se encaminó a la casa. Sacó dos dagas de una caja negra de madera y las ocultó bajo su ropa. Después se dirigió a la cocina y apuró una bolsa de sangre.

—No puede ir solo —oyó que le decía Carter a Evan y Jared.

—Voy solo —masculó con una amenaza en los ojos—. Y no moveréis ni un dedo.

—No puedes ir, ya sabes lo que quiere. ¿Y si no sale como esperas? —masculó Shane cortándole el paso.

William lo miró con gesto suplicante.

—Tengo que ir. Tiene a Kate. Tiene a mi Kate.

Se desmaterializó, dejando a Shane con la palabra en la boca.

Saint Mary era una pequeña iglesia de paredes de piedra situada en un extremo del parque, su estilo recordaba al de las iglesias medievales de Europa. A su espalda, un antiguo cementerio de lápidas cubiertas de maleza le daba un aspecto algo siniestro. Llevaba años sin que en su interior se realizara ningún oficio. La

amplitud, la calefacción y el aire acondicionado de Saint Martin, construida apenas treinta años antes, la habían relegado a simple monumento turístico. Ya ni eso.

Se materializó frente a la puerta principal. Lo había intentado dentro, pero algo se lo impedía.

Escudriñó los alrededores, todo estaba desierto y sumido en una inquietante oscuridad. La gente se había concentrado en los lugares libres de la arboleda para ver el eclipse, donde el cielo podía contemplarse en toda su extensión. Por suerte Saint Mary se encontraba rodeada de frondosos árboles y setos. Adrien había elegido muy bien el lugar.

Miró al sol, completamente oculto a excepción de aquel halo de color sangre que lo rodeaba. Cerró los ojos un instante e intentó calmar los nervios que le estrujaban el estómago, debía concentrarse y no vacilar ante lo que pudiera encontrar entre aquellas paredes.

Empujó las pesadas puertas y entró. Se le doblaron las piernas. Tras el altar, Kate colgaba suspendida de unas cadenas, rodeada de vidrieras con dibujos multicolores que parecían cobrar vida con la luz danzante de las velas votivas; y bajo un tragaluz redondo, un ojo de buey cubierto con metacrilato.

El plan de Adrien tomó forma ante sus ojos como si él mismo lo hubiera diseñado. Su certeza de poder controlar la situación se vino abajo. Hasta ese momento había estado seguro de que Kate sería moneda de cambio: su sangre a cambio de volver a verla o, por el contrario, Adrien se la llevaría para siempre; amenaza que no podría cumplir porque antes acabaría con él.

Jamás se le pasó por la cabeza que fuera capaz de sacrificarla. Aunque se le revolvió el estómago con solo pensarlo, sabía que Adrien estaba enamorado de ella, y esa era la ventaja con la que contaba. Ahora el juego había cambiado.

—¡No, vete de aquí, vete de aquí! —le gritó Kate en cuanto lo vio entrar.

William hizo oídos sordos y corrió a su encuentro. El impacto lo lanzó hacia atrás con violencia y se estrelló contra las puertas que crujieron en sus goznes. Lo intentó de nuevo, corrió por el pasillo, pero una fuerza invisible volvió a golpearlo. Esta vez su cabeza rebotó contra el suelo y por un instante quedó aturdido. Se puso en pie mareado.

—¡Tienes que irte! —le gritó Kate con desesperación.

—Pero no se irá, ¿verdad que no, William? —dijo Adrien surgiendo de entre las sombras que lo mantenían oculto. En una mano portaba el cáliz y en la otra una brillante daga. Dejó el cáliz sobre el altar y lo rodeó hasta quedar frente a William, separados apenas por las decenas de metros que medía el largo pasillo.

—¡Suéltala! —dijo William muerto de miedo. El eclipse no duraría para siempre y entonces Kate se consumiría bajo el sol.

—No podría aunque quisiera —respondió Adrien haciendo girar la daga en el aire, la agarró por la punta y estiró el brazo ofreciéndosela a William—. Podrás

soltarla tú mismo si aceptas esto.

William miró a Kate, ella empezó a negar compulsivamente con la cabeza.

—No le hagas caso —dijo Adrien—. Sus sentimientos altruistas le nublan el juicio.

William cerró los ojos. Deseó que el cielo se cubriera con un grueso manto de nubes negras y que estallara la tormenta del siglo, tal y como ocurría cada vez que experimentaba aquella agonía que le estrujaba el pecho. Sintió una fuerte presión en la cabeza y una dolorosa punzada que le hizo estremecerse.

—Eso no va a funcionar —replicó Adrien muy serio. Mantenía el brazo estirado, ofreciéndole la daga.

William apretó los dientes y entornó los ojos destilando odio a través de ellos. Sus brazos prendieron y con un rápido movimiento lanzó una llamarada contra él. De la mano de Adrien surgió otra llamarada y ambas chocaron con gran estrépito. Los dos chicos afianzaron los pies en el suelo aguantando la embestida, finalmente las llamas desaparecieron sin que ninguno de ellos cediera ni un solo centímetro, exhaustos y sin quitarse los ojos de encima.

Sin un segundo de tregua, William tomó de nuevo la iniciativa y lanzó con fuerza una de aquellas explosiones invisibles. No sirvió de nada, Adrien la absorbió con sus manos y se la devolvió con más contundencia, lanzando a William por los aires. Se levantó con esfuerzo, sujetándose las costillas.

—¡Por favor, dejadlo ya! —gritó Kate. Una mueca de dolor oscureció su rostro, las cadenas le estaban lastimando las muñecas.

—Déjalo estar, William. Soy mucho más fuerte que tú —dijo Adrien exasperado—. Nunca podrás conmigo.

—Pero yo tengo un motivo para vencerte. —Lanzó una mirada ansiosa a Kate—. En cambio tú... —replicó con una mueca de desprecio.

—No eres el único con un motivo.

—¿Esperas que me trague esa historia que le contaste a ella? A ti no te importa nadie.

Adrien apretó los dientes y resopló por la nariz, estaba a punto de perder los estribos. Cerró los ojos un segundo para perderlo de vista y no lanzarse y arrancarle el corazón del pecho.

De repente William se desmaterializó aprovechando la oportunidad y apareció tras él empuñando las dagas. Adrien se dobló hacia abajo justo a tiempo, y la daga apenas le arañó el cuello. La segunda estocada lo hirió en el estómago.

—¿No querías sangre? —le espetó William sin dejar de acosarlo.

—Sí, pero así no sirve —jadeó. Se agachó para evitar un nuevo golpe, giró sobre sí mismo y con un giro de muñeca le dio un tajo a William en el brazo—. Tienes que ofrecérsela al cáliz por propia voluntad.

Continuaron enzarzados en su batalla sin darse cuenta de que el interior de la

iglesia comenzaba a iluminarse con un arco iris de luz. Los colores titilantes de las vidrieras se reflejaban en las paredes. Las sombras se retiraban empujadas por su mayor enemigo.

Un grito histérico les hizo detenerse con un vuelco en el estómago. Se giraron a la vez y el pánico se dibujó en sus caras. Kate miraba aterrada hacia el suelo, mientras encogía las piernas e intentaba elevarse, pero las cadenas herían sus brazos al hacer fuerza hacia arriba. Tenues rayos de luz estaban penetrando a través de las ventanas, a la altura de donde colgaban sus pies. Pronto el sol aparecería sobre su cabeza.

William corrió hacia ella, pero Adrien le cortó el paso amenazándolo con las dagas.

—Deja que la baje, se está quedando sin tiempo —le suplicó.

—Entrega lo que necesito y podrás sacarla de ahí.

—¡Maldita sea, Adrien! ¿No te das cuenta de lo que pasará después?

—¿Qué? ¿Que los renegados camparán a sus anchas? Los mataremos a todos. ¿Qué los humanos sepan de nuestra existencia? Y a mí qué. Tendré lo que de verdad me importa... y tú tendrás a Kate.

—¿Y si no son solo los renegados? ¿Y si provocamos el principio del fin? —insistió William con la esperanza de hacerlo entrar en razón.

Adrien se encogió de hombros con un gesto de indiferencia.

William lanzó una mirada angustiada a Kate, la sangre de sus muñecas le resbalaba por los codos. A pesar de las heridas que le provocaban las cadenas intentaba levantarse para que la luz no tocara sus piernas. William se estremeció desesperado, las lágrimas amenazaban con desbordarse de sus ojos. No podía perderla.

Ella intuyó sus pensamientos. Clavó su mirada en él y comenzó a negar con la cabeza.

—Vete —susurró Kate. Gimió al sentir una creciente claridad sobre ella, el calor del sol que comenzaba a descubrirse—. Vete, no quiero que lo veas. Vete, por favor —le suplicó.

El semblante derrotado de William se endureció con un rictus de determinación. Miró a Adrien a los ojos, le arrebató la daga y saltó por encima de él hasta el altar. Empuñó la daga y estiró el brazo sobre el cáliz.

—¡No! —gritó Kate a William.

En ese momento el sol le rozó las manos y un alarido de dolor escapó de su garganta.

—¡Espera! —exclamó Adrien sujetando la mano de William—. Tenemos que hacerlo a la vez.

William asintió, se miraron a los ojos.

—Ahora —susurró Adrien sin poder disimular un atisbo de agradecimiento en la voz.

La sangre goteó sobre el cáliz. Mantuvieron las dagas presionando las heridas para que estas no se cerraran y, en unos instantes, el líquido denso y rojo rebosó, empapó el altar y resbaló sobre la piedra. La primera gota tocó el suelo.

Los muros empezaron a temblar, una ligera nube de polvo se desprendió del techo y el aire se volvió denso y pegajoso. El estruendo aumentó al ritmo de un suelo que oscilaba bajo sus pies. La luz del sol inundó de golpe toda la iglesia, con una refulgencia que les dañaba los ojos.

Kate gritó. Soltaron las dagas y corrieron en su auxilio, apenas podían ver nada.

—¡Sujétala, yo la soltaré! —gritó Adrien tirando con todas sus fuerzas del clavo de acero que anclaba las cadenas a la pared.

William atrapó entre sus brazos el cuerpo de Kate, la tumbó en el suelo sin poder ver bien lo que hacía. A tientas le soltó las muñecas y la abrazó con fuerza. Un olor nauseabundo colmó el ambiente, pensó con horror que sería su carne abrasándose.

—¡Kate! —la llamó angustiado al sentir su cuerpo inmóvil y flácido.

Se levantó con ella en brazos, buscando un sitio donde ocultarla, pero el sol iluminaba hasta el último rincón. Giró sobre sí mismo desesperado. Entonces, la intensidad de la luz disminuyó y pudo verla. Su blanca piel estaba intacta y fría, brillante bajo aquella claridad sobrenatural. Sonrió con un suspiro entrecortado, sin dar crédito. La profecía era cierta, su sangre junto con la de Adrien, había roto la maldición: los vampiros eran a partir de ese momento inmunes al sol.

—¿Está bien? —preguntó Adrien sin apartar la mirada de ella.

William abrió la boca para mandarlo al infierno. Entonces Kate gritó, abrió los ojos y empezó a mover los brazos como si intentara protegerse de algo. Saltó del regazo de William y se pegó a la pared intentando fundirse con ella, mirando aterrorizada el sol.

—Tranquila, no puede hacerte daño —dijo William sujetándola por los hombros para que lo mirara.

Ella parpadeó y por un momento no entendió lo que William le decía.

—¿Lo ves? Era verdad, ha funcionado.

Kate se miró los brazos bañados de luz, los giró comprobando que su piel seguía fresca y dio unos pasos hasta colocarse bajo el enorme haz de luz que proyectaba el ojo del tejado. Se miró el cuerpo y giró sobre sus talones mientras la luz la bañaba por completo.

Adrien tragó saliva sin saber muy bien a dónde mirar, cuando Kate se le acercó. Se plantó delante de él y no le quedó más remedio que clavar sus ojos oscuros en los de ella. La bofetada lo cogió por sorpresa, no dijo nada, se lo merecía, y se limitó a sostener su mirada asesina.

—Déjala, Kate. No merece la pena —dijo William cogiéndola del codo para apartarla.

Ella se giró y también lo abofeteó con fuerza.

—Pero... —empezó a decir frotándose la mandíbula.

Plas, plas, plas, plas...

Mefisto caminó por el pasillo sin dejar de aplaudir, riendo a carcajadas.

—Me encanta esta chica. Es preciosa y agresiva, y tan apetecible —ronroneó con malicia.

William arrastró a Kate y la colocó tras él, interponiéndose entre Mefisto y ella.

—Déjala en paz —masculló Adrien.

—Acaso... ¿ya no la deseas para ti? —preguntó alzando las cejas—. Pensaba regalártela, sé que la quieres, y qué no haría un padre por su hijo. —Hizo un gesto despreocupado con la mano y señaló a William—. Si es por él, no te preocupes. Será como aplastar un insecto.

Esta vez fue Adrien quien se interpuso entre Mefisto y William. Algo que a William no le pasó desapercibido.

—Olvídate de ellos —replicó de forma desafiante—. Solo quiero una cosa. He cumplido mi parte, ahora cumple tú la tuya.

Mefisto hizo una ligera venia, sin llega a asentir, y sonrió.

—Me he acostumbrado a su compañía. Las echaré de menos —suspiró. Sonrió con malicia al ver cómo su hijo apretaba los puños tratando de contenerse. Sabía lo que estaba pensando, sentía su miedo, el chico dudaba de si acabaría cumpliendo su palabra—. ¡Oh, no te preocupes, siempre cumplo mi palabra! También mantengo mis ofertas —añadió—. A mi lado lo tendrías todo, hijo.

—Ya sabes lo que quiero —respondió Adrien intranquilo.

Mefisto suspiró desencantado.

—Mi virtud es la paciencia, sé esperar. —Sonrió con una mueca fría y soberbia. Chasqueó los dedos.

Para Adrien el mundo se paró en aquel momento. Junto a las puertas, surgidas de la nada, aparecieron su madre y su hermana.

—¡Madre, Cecil! —gritó corriendo hacia ellas.

—¡Adrien! —exclamó su madre abriendo los brazos.

—¿Estáis bien? Pensé que jamás volvería a verlos —dijo estrechándolas contra su pecho. Lanzó una mirada a Mefisto por encima de su hombro, como si necesitara asegurarse de que no se movería, que no intentaría llevárselas de nuevo.

—Estaremos en contacto —dijo Mefisto a su hijo. Se giró hacia William y Kate—. Ha sido un placer conocerlos. —Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo mientras fruncía el ceño—. Por cierto, si ves a Gabriel, dile que nada evitará lo inevitable. Es época de cambios, lo quieran o no —las últimas palabras destilaban veneno.

Su hermoso rostro se contrajo con una sonrisa siniestra, y entonces

desapareció.

William se giró y abrazó a Kate con toda su alma.

—No debiste hacerlo, lo que ocurra a partir de ahora solo será culpa nuestra —dijo ella, en su voz había decepción e indignación al mismo tiempo.

William suspiró a medias.

—No podía sacrificarte. ¿Tú habrías dejado que yo lo hiciera?

—¡No! Pero estamos hablando de mí, yo...

—Tú eres lo único que me importa. Sin ti yo no tengo motivos para seguir adelante. —Se llevó las manos de ella al pecho y las apretó con fuerza.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

William se encogió de hombros.

—Asumo lo que he hecho. Yo he abierto la puerta de los renegados y yo la cerraré.

—Lo que dije antes iba en serio —replicó Adrien tras ellos.

Ambos se volvieron para mirarlo. William tuvo el impulso de golpearlo y Adrien pareció percibirlo porque añadió.

—Pégame si eso te hace sentir mejor. Podríamos pelearnos hasta mañana y no cambiaría nada. Pero yo tengo otra idea. —Lanzó una mirada fugaz a su madre y a su hermana, como si necesitara saber que seguían allí y que no eran un sueño—. Puede que me haya convertido en un monstruo...

—¡Tú no eres ningún monstruo! —replicó Kate.

—No pensabas eso hace un rato.

—Ahora que las veo, no puedo odiarte por lo que has hecho. Yo habría actuado de la misma forma —respondió ella abrazándose a William.

Adrien se revolvió el pelo, todavía inquieto, y clavó sus ojos en William.

—Mira, no tenemos por qué fingir que nos soportamos ni nada de eso, pero, si unimos fuerzas, los renegados no serán un problema. ¿Qué dices? —le ofreció la mano.

William guardó silencio y miró por encima de Adrien a las dos mujeres.

—No mentías —dijo muy serio.

—No —respondió—. He hecho lo que debía para recuperarlas, ahora puedes entenderlo.

William estrechó a Kate con un ligero apretón y aceptó la mano que Adrien le ofrecía. Entendía perfectamente la posición del vampiro, él mismo había ocupado ese lugar y había sacrificado al mundo entero por recuperar lo que más quería. En el fondo eran más parecidos de lo que podría admitir jamás.

—Me gustaría conocerlas —dijo Kate con una sonrisa insegura—, parecen tan... perdidas.

Adrien también sonrió, y se giró hacia ellas.

—Madre, Cecil. —Les hizo un gesto con la mano para que se acercaran.

Ellas vacilaron y, en vez de avanzar, se pegaron a la pared sin apartar la vista

de los haces de luz que las rodeaban.

—Aún tienen miedo, les cuesta creer que el sol no les hará daño —dijo Adrien.

Kate soltó a William y se acercó a ellas.

—Hola, mi nombre es Kate y él es William... —Hizo una pausa, reconsiderando lo que iba a decir—. Somos amigos de Adrien.

—Mi nombre es Cecil, y ella es mi madre, Ariadna —respondió la mujer más joven.

—¿De verdad eso es el sol? —preguntó Ariadna con los ojos como platos, un rayo brillante tocaba el suelo, separándolas.

—Sí —respondió Kate con una sonrisa. Alargó el brazo y atravesó el haz de luz—. Eso es el sol... y es precioso.

Kate cerró los ojos y estiró los dedos, sintiendo cómo la hierba le hacía cosquillas en la palma de la mano. Empezaba a notar la piel algo más sensible, pronto tendría que volver y descansar de la intensa luz del sol. Sus rayos ya no eran mortales para los vampiros como ella, podían tolerarlo durante unas cuantas horas sin ningún problema. Transcurrido ese tiempo, les invadía una sensación de debilidad que poco a poco iba en aumento, y su piel se irritaba con un leve enrojecimiento y escozor. Nada importante de lo que no pudieran recuperarse con un rato a la sombra y algo de alimento.

Abrió los ojos y contempló la vasta extensión de cielo azul que alcanzaba su mirada. De repente se sintió incómoda, culpable. Una parte de ella se alegraba de que la maldición se hubiera roto, la otra esperaba con temor las consecuencias de que hubiera sucedido. Se preguntó si, en ese momento, alguien desde arriba la estaría observando de la misma forma que ella escrutaba el cielo. Acusándola en silencio de haber provocado el mayor de los desastres, aunque desconocía cuán terrible sería este o si de verdad habría algo que temer.

Los ángeles habían demostrado que no eran de fiar, jugaban bajo sus propias reglas, cambiándolas a su capricho según sus intereses. Así que aquellos seres celestiales de supuesta bondad y pureza infinita, podían haber estado mintiendo desde el primer momento, usándolos como peones de un juego que desconocían.

Aquellos pensamientos la sumían en una agónica incertidumbre. El futuro la asustaba y temía por todos aquellos a los que amaba. De nuevo cerró los ojos y apartó de su mente los malos presagios. Alargó la mano y rozó con la yema de los dedos la piedra caliente de la lápida, recorrió el contorno de las letras esculpidas. Recreó la imagen de Alice y sonrió devolviéndole la sonrisa. «Siempre te echaré de menos», pensó con un nudo de tristeza en la garganta. Se llevó una mano al pecho, atesorando en su interior toda una vida de recuerdos.

Sintió una ráfaga de aire fresco y su pelo ondeó contra su cara. Permaneció completamente quieta, disfrutando de la paz que la embargaba cada vez que él aparecía a su lado.

—Sabía que estarías aquí —dijo William entrelazando sus dedos con los de ella.

Kate abrió los ojos, ladeó la cabeza y lo miró fijamente.

—No pareces contento —susurró ella.

William frunció el ceño y contemplando el cielo se frotó el pecho.

—Las alas han desaparecido —contestó.

Kate se incorporó sobre el codo para poder verle el rostro.

—¿Y qué crees que significa eso?

Él negó con la cabeza y alzó la mano para acariciarle la mejilla.

—No lo sé. Supongo que... y a no necesita mantenerme oculto.

—¿Y ahora te conviertes en un faro en la oscuridad? —replicó ella, consciente de que William ya no tenía ningún tipo de protección que lo mantuviera oculto a los ojos de cualquier ser sobrenatural.

—Gabriel no me debe nada. Le he traicionado, que me quite el tatuaje es menos de lo que esperaba.

—¿Y qué esperabas?

—Me sorprende que no se haya presentado para matarme.

—Aún —musitó Kate con un atisbo de pánico, y no pudo evitar recorrer con la mirada el cementerio.

—Aún —repitió William con un suspiro—. Pero eso no me preocupa, la última vez fui capaz de hacerle frente, no le temo.

Kate se acurrucó a su lado apoyando la mejilla en su pecho.

—Puede que el precio a pagar por mí sea demasiado alto.

—No existe nada que compense el que yo pueda perderte, deja de darle vueltas. No importa cuántas veces pudiera volver atrás, haría exactamente lo mismo —admitió de forma clara y firme.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kate con tono taciturno.

William la estrechó contra su cuerpo.

—Solo han pasado tres días. Puede que los renegados aún no hayan descubierto que ahora son inmunes al sol. No hay ninguna noticia al respecto que deba preocuparnos en este momento. A pesar de eso, empezaremos una cruzada contra todos ellos. Voy a borrarlos de la faz de la tierra, Kate.

—Y yo te ayudaré —respondió ella con mucha seguridad—. Aniquilaremos a esos proscritos y después, si de verdad esto solo es el principio, afrontaremos juntos lo que pase.

William sonrió con condescendencia y la besó en la coronilla.

—¡Lo digo en serio! Iré contigo dónde tú vayas, ¿está claro? —añadió Kate.

—Sí —respondió William alargando la palabra, y la ciñó con más fuerza—. Aunque por ahora solo hay un único viaje que quiero hacer contigo.

—¿Un viaje? —preguntó ella con el ceño fruncido, sin entender a qué se refería.

—Hay algo que no pienso posponer más. Cierra los ojos —le sugirió, y se desvaneció con ella entre sus brazos.

—Ya puedes abrirlos —susurró William.

Kate abrió los ojos muy lentamente. Él la mantenía abrazada sin que sus pies tocaran el suelo y apoyaba su frente contra la de ella. El rumor del mar llegaba hasta sus oídos con total claridad, el batir ensordecedor de las olas parecía proceder de algún lugar bajo ellos.

William la dejó en el suelo con cuidado y la soltó sin apartar los ojos de su rostro. Era como si no quisiera mirar lo que había a su alrededor.

—¿Dónde estamos? —preguntó Kate.

Recorrió con la mirada la amplia planicie que se extendía hasta un frondoso bosque de pinos y cedros, el acantilado y el mar azul oscuro. Giró sobre sus talones y pudo ver una casa abandonada que en otro tiempo debió de ser la más bonita de la zona. Las contraventanas desvencijadas colgaban de los goznes y batían con fuerza contra las ventanas de cristales rotos. El porche se había inclinado hacia un lado y parte se había desplomado sobre una maraña de rosales y zarzas que crecían salvajes cubriendo parte de la fachada. Desde allí pudo distinguir los restos de un establo.

William tragó saliva y la cogió de la mano.

—Aquí es donde comenzó mi infierno hace ciento cincuenta años. Ya va siendo hora de terminar con él.

—¿Estamos en Summerside? —preguntó ella con los ojos como platos—. ¿Tan lejos?

William asintió.

—Este sitio está lleno de recuerdos. En ese bosque conocí a Daniel. Siempre andaba de un sitio para otro husmeando donde no debía. Un día un alud de piedras lo sepultó. Por suerte yo le encontré, unos minutos más y no hubiera sobrevivido. —Hizo una pausa y contempló la casa—. Pocos meses después, fue él quien me salvó la vida dentro de esa casa. La casa donde Amelia y yo vivíamos hasta que...

Kate apartó la mirada de William y la posó de nuevo en el edificio en ruinas.

—No es necesario que hables de ello —dijo Kate en voz baja.

—Saltó por ese acantilado —continuó él—, mientras huía de mí.

—William, tú no eres responsable de nada de lo que ella hizo después de que la transformaras.

—Lo sé, ahora lo sé. Creo que... por fin estoy en paz conmigo mismo. Por eso debo dejar el pasado atrás y pensar solo en el futuro.

Se alejó de Kate unos pasos, separó los brazos del cuerpo y un leve fulgor iluminó su piel. Dos lenguas de fuego surgieron de sus manos, que se fueron enroscando en sus brazos como cariñosas serpientes.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, aunque se hacía una idea de la respuesta.

—Renacer de las cenizas —respondió.

Dos llamaradas cruzaron el aire y prendieron la madera. En pocos segundos

la casa estaba envuelta en llamas crepitantes, que se alzaban varios metros por encima del tejado.

Kate se acercó a él y lo abrazó rodeándole la cintura con los brazos.

—Por primera vez sé quién soy en realidad, sé qué quiero y sé dónde debo estar. Mi vida empieza de verdad en este momento —añadió. La tomó por los hombros y la hizo girar para mirarla a los ojos—: Contigo.

Kate sonrió conmovida, se abrazó a él pasándole las manos por la espalda con suaves caricias.

—Quiero hacerte feliz —susurró William con los labios en su pelo.

—Ya me haces feliz —respondió en su pecho, sintiendo su piel a través de la ropa. Echó la cabeza hacia atrás con los labios entreabiertos—. Te quiero tanto que a veces creo que no podré soportarlo.

William recorrió su rostro con ojos brillantes, puso una mano en su cuello y se inclinó para besarla en los labios. Apoyó su frente en la de ella y suspiró.

—Estaría toda la eternidad besándote —musitó con el aliento entrecortado.

Ella abrió los ojos y un destello violeta los iluminó. Una sonrisa seductora se dibujó en su cara.

—Tenemos todo ese tiempo.

William sonrió. Le tomó el rostro entre las manos y regó su boca de besos, al principio muy despacio, de forma suave, para poco a poco tornarse más intensos, hambrientos y desesperados.

Tras ellos la casa terminó de consumirse, reducida a un montón de brillantes ascuas. Una fuerte brisa comenzó a soplar, meciendo con violentas sacudidas la hierba. Empezó a arremolinarse en torno a los rescoldos, arrastrando las cenizas hacia el mar. Como si quisiera limpiar aquel lugar de cualquier resto, como si allí nunca se hubiera levantado nada.

Epílogo

Gabriel contempló cómo sus pies se hundían en la suave arena del desierto. Alzó los ojos hacia la brillante luna y alargó el brazo, colocándolo de forma que parecía que podía sostenerla sobre la palma de la mano. Sonrió ante la belleza del mundo y su expresión se tornó triste por el pensamiento de que todo pudiera desaparecer.

—Siempre has sido un romántico —dijo una voz tras él.

Gabriel se encogió de hombros sin ni siquiera molestarse en mirar al recién llegado.

—El mundo nunca debió pertenecerles, se creó para nosotros —continuó Mefisto.

—No, y sabes que eso no es cierto. El mundo solo les pertenece a ellos y nuestra misión siempre ha sido la de velar por sus almas, guiarlos desde el corazón.

Mefisto rió entre dientes.

—Lo que tú digas. La verdad es que no estoy aquí para discutir sobre esas cuestiones, me aburren. —Se colocó junto a su hermano y también observó la luna—. Tengo un mensaje para el *gran* Miguel —pronunció las palabras con sarcasmo—. No hay nada que pueda hacer para parar esto y mucho menos vencer. Se rompe el acuerdo, el juego está en marcha y esta vez la ventaja es nuestra. Una a una las puertas se abrirán y regresará más fuerte que nunca, siempre ha sido el más fuerte. El ocaso del hombre se acerca, va siendo hora de liberar al mundo de su presencia, no tienen futuro ni esperanza. Todo esto nos pertenece. —Hizo un gesto con las manos que abarcaba toda la extensión que alcanzaban sus ojos—. Y vamos a recuperarlo.

—Si vencéis, cosa que dudo —replicó Gabriel con voz firme—. Ya lo habéis intentado, tantas veces que he perdido la cuenta, y siempre habéis fracasado. Dudo que esta vez sea diferente a las demás.

—Lo es, y lo sabes, puedo percibir la incertidumbre en tus ojos. Venceremos y no dudaré a la hora de levantar mi espada contra ti, hermano.

Gabriel esbozó una media sonrisa que se borró de su cara cuando Mefisto se situó frente a él para mirarlo a los ojos.

—Gabriel, aún puedes elegir el bando correcto, unirte a mí.

—Eso jamás.

—Solo sois seis, estáis en desventaja. —Sonrió con malicia al ver la mirada desconcertada de Gabriel—. ¡Ah! ¿No lo sabías? Uriel os ha abandonado. Parece que la balanza se inclina a nuestro favor. —Acarició la mejilla de Gabriel con gesto cargado de ternura y dando media vuelta se alejó perdiéndose en la oscuridad—. Piénsalo, Gabriel —gritó a lo lejos—. Morir por otros no te hace mejor, solo estúpido.